

EL SIGLO DE LUIS

XIV

VOLTAIRE

Freeditorial 

CAPITULO 1

INTRODUCCIÓN

No me propongo escribir tan sólo la vida de Luis XIV; mi propósito reconoce un objeto más amplio. No trato de pintar para la posteridad las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en el siglo más ilustrado que haya habido jamás.

Todos los tiempos han producido héroes y políticos, todos los pueblos han conocido revoluciones, todas las historias son casi iguales para quien busca solamente almacenar hechos en su memoria; pero para todo aquél que piense y, lo que todavía es más raro, para quien tenga gusto, sólo cuentan cuatro siglos en la historia del mundo. Esas cuatro edades felices son aquellas en que las artes se perfeccionaron, y que, siendo verdaderas épocas de la grandeza del espíritu humano, sirven de ejemplo a la posteridad.

El primero de esos siglos, al que la verdadera gloria está ligada, es el de Filipo y de Alejandro, o el de los Pericles, los Demóstenes, los Aristóteles, los Platón, los Apeles, los Fideas, los Praxiteles; y ese honor no rebasó los límites de Grecia; el resto de la tierra entonces conocida era bárbara.

La segunda edad es la de César y de Augusto, llamada también la de Lucrecio, Cicerón, Tito Livio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Varrón y Vitruvio.

La tercera es la que siguió a la toma de Constantinopla por Mahomet II. El lector recordará cómo por aquel entonces, en Italia, una familia de simples ciudadanos hizo lo que debían emprender los reyes de Europa. Los Médicis llamaron a Florencia a los sabios expulsados de Grecia por los turcos; eran tiempos gloriosos para Italia. Las bellas artes habían cobrado ya nueva vida; los italianos las honraron dándoles el nombre de virtud, como los primeros griegos las habían caracterizado con el nombre de sabiduría. Todo iba hacia la perfección.

Las artes, trasplantadas de nuevo de Grecia a Italia, encontraron un terreno favorable en el que fructificaron rápidamente. Francia, Inglaterra, Alemania, España, quisieron a su vez poseer esos frutos: pero o no llegaron a crecer en esos climas, o degeneraron demasiado pronto.

Francisco I estimuló a los sabios, que fueron meros sabios; tuvo arquitectos, pero no tuvo un Miguel Ángel o un Palladio; en vano quiso fundar escuelas de pintura: los pintores italianos que llamó no hicieron alumnos franceses. Nuestra poesía se reducía a unos cuantos epigramas y algunos cuentos libres. Rabelais era nuestro único libro de prosa a la moda en tiempos de Enrique II.

En una palabra, sólo los italianos lo tenían todo, si se exceptúan, la música, que todavía no había llegado a su perfección, y la filosofía experimental, desconocida por igual en todas partes hasta que la dio a conocer Galileo.

El cuarto siglo es el llamado de Luis XIV, y de todos ellos es quizá el que más se acerca a la perfección. Enriquecido con los descubrimientos de los otros tres, ha hecho más, en ciertos géneros, que todos ellos juntos. Es cierto que las artes no sobrepasaron el nivel alcanzado en tiempos de los Medicis, los Augusto y los Alejandro; pero la razón humana, en general, fue perfeccionada. La sana filosofía no se conoció antes de ese tiempo, y puede decirse que partiendo de los últimos años del cardenal de Richelieu hasta llegar a los que siguieron a la muerte de Luis XIV, se efectuó en nuestras artes, en nuestros espíritus, en nuestras costumbres, así como en nuestro gobierno, una revolución general que será testimonio eterno de la verdadera gloria de nuestra patria. Esta feliz influencia ni siquiera se detuvo en Francia; se extendió a Inglaterra, provocó la emulación de que estaba necesitada entonces esa nación espiritual y audaz; llevó el gusto a Alemania, las ciencias a Rusia; llegó incluso a reanimar a Italia que languidecía, y Europa le debe su cortesía y el espíritu de sociedad a la corte de Luis XIV.

No debe creerse que esos cuatro siglos hayan estado exentos de desgracias y de crímenes. La perfección de las artes que ciudadanos pacíficos cultivan no les impide a los príncipes ser ambiciosos, a los pueblos sediciosos, a los sacerdotes y a los monjes revoltosos y bribones a veces. Todos los siglos se parecen por la maldad de los hombres; pero sólo conozco esas cuatro edades que se hayan distinguido por los grandes talentos.

Antes del siglo que llamo de Luis XIV, y que comienza aproximadamente con la fundación de la Academia Francesa, los italianos llamaban bárbaros a todos los trasalpinos, y hay que confesar que en cierto modo los franceses se merecían esta injuria. Sus antepasados unían la galantería novelesca de los moros a la rudeza gótica. Casi no poseían artes amables, prueba de que las artes útiles estaban descuidadas; porque, cuando se ha perfeccionado lo que es necesario, se encuentra en seguida lo hermoso y lo agradable; y no es de extrañar que la pintura, la escultura, la poesía, la elocuencia, la filosofía, fuesen casi desconocidas por una nación que, teniendo puertos sobre el Océano y sobre el Mediterráneo, carecía sin embargo de flota, y que, amando excesivamente el lujo, contaba apenas con algunas toscas manufacturas.

Judíos, genoveses, venecianos, portugueses, flamencos, holandeses e ingleses, hicieron alternativamente el comercio de Francia, la cual ignoraba sus principios. Luis XIII, al subir al trono, no tenía un solo barco: París no llegaba a las cuatrocientas mil almas, y apenas la adornaban cuatro hermosos edificios; las demás ciudades del reino se asemejaban a esas villas que se ven más allá del Loira. La nobleza, acantonada en el campo, vivía en torres rodeadas de fosos y oprimía a los que cultivaban la tierra. Los caminos reales eran punto menos que intransitables; las ciudades carecían de policía, el estado de dinero, y el gobierno rara vez tenía crédito en las naciones extranjeras.

No hay por qué ocultar que Francia, que rara vez gozó de un buen gobierno, languideció de esa debilidad desde la decadencia de la familia de Carlomagno.

Para que un estado sea poderoso, es menester que la libertad del pueblo esté fundada en las leyes, o que la autoridad soberana sea indiscutible; En Francia, el pueblo fue esclavo

hasta los tiempos de Felipe Augusto, los señores, tiranos hasta el reinado de Luis XI, y los reyes, ocupados constantemente en mantener su autoridad sobre sus vasallos, jamás tuvieron tiempo de pensar en la felicidad de sus súbditos, ni el poder de hacerlos felices.

Luis XI, que hizo mucho por el poder real, no hizo nada, en cambio, por la felicidad y la gloria de la nación. Durante el reinado de Francisco I nacieron el comercio la navegación, las letras y todas las artes; pero no tuvo la suerte de hacerlos arraigar en Francia y todo desapareció con su muerte. Enrique el Grande, que comenzaba a sacar a Francia de las calamidades y la barbarie en que la habían hundido treinta años de discordia, fue asesinado en su capital, en medio del pueblo cuya dicha comenzaba a hacer. El cardenal de Richelieu, absorbido por la tarea de abatir la casa de Austria, el calvinismo y la fuerza de los grandes, no gozó de un poder lo bastante pacífico para reformar la nación.; pero inició, cuando menos, esa obra feliz.

Así, pues, durante novecientos años el genio de los franceses se vió casi siempre oprimido por un gobierno gótico, a merced de las divisiones y las guerras civiles, sin leyes ni costumbres fijas, y con un idioma que no obstante ser renovado cada dos siglos seguía siendo grosero; sus nobles indisciplinados no conocían más que la guerra y el ocio; los eclesiásticos vivían en la relajación y la ignorancia; y el pueblo, sin industria, estaba sumido en su miseria.

Los franceses no participaron ni en los grandes descubrimientos ni en los inventos admirables de las demás naciones; la imprenta, la pólvora, los espejos, los telescopios, el compás de proporción, la máquina neumática, el verdadero sistema del universo, no se les pueden atribuir en lo absoluto; celebraban torneos, mientras los portugueses y los españoles descubrían y conquistaban nuevos mundos al oriente y al occidente del mundo conocido. Carlos V prodigaba en Europa los tesoros de México, antes de que algunos súbditos de Francisco I descubrieran la región inculta del Canadá; pero incluso por lo poco que realizaron los franceses a comienzos del siglo XVI, se vió todo de lo que son capaces cuando se les guía.

Nos proponemos mostrar lo que fueron durante el gobierno de Luis XIV. Al igual que en el cuadro de los siglos anteriores, no debe esperarse encontrar aquí sino la relación sin cuento de las guerras, de los ataques a ciudades, tomadas y recuperadas por las armas, entregadas y devueltas por tratados. Mil circunstancias interesantes para los contemporáneos se pierden a los ojos de la posteridad, y desaparecen para dejar ver tan sólo los grandes acontecimientos que han fijado el destino de los imperios. No todo lo acontecido merece ser escrito. En esta historia me interesaré sólo por lo que merece la atención de todos los tiempos, que puede pintar el genio y las costumbres de los hombres, servir de ejemplo y fomentar el amor a la virtud, a las artes y a la patria.

Ya hemos visto lo que eran Francia y los demás estados de Europa antes del nacimiento de Luis XIV; describiré ahora los grandes acontecimientos políticos y militares de su reinado. El gobierno interior del reino, el tema de mayor importancia para el pueblo, será tratado aparte. Hablaré ampliamente de la vida privada de Luis XIV, las particularidades de su corte y su reinado. Dedicaré otros capítulos a las artes, las

ciencias y los progresos del espíritu humano en ese siglo. Por último, hablaré de la Iglesia, ligada desde hace tanto tiempo al gobierno, que tan pronto lo inquieta como lo fortalece, y que, instituida para enseñar la moral, se deja arrastrar frecuentemente por la política y las pasiones humanas.

CAPITULO II

DE LOS ESTADOS DE EUROPA ANTES DE LUIS XIV

Desde hacía mucho tiempo la Europa cristiana podía considerarse (incluyendo Rusia) como una especie de gran república dividida en varios estados, unos monárquicos, los otros mixtos; éstos aristocráticos, aquéllos populares, pero relacionados todos los unos con los otros; con un mismo fundamento religioso, a pesar de estar divididos en diversas sectas, e iguales principios de derecho público y de política, desconocidos en las demás partes del mundo. Gracias a estos principios, las naciones europeas no esclavizan a sus prisioneros, respetan a los embajadores de sus enemigos, se ponen de acuerdo acerca de la preeminencia y de algunos de los derechos de ciertos príncipes, así como de los del emperador, de los reyes y de los demás potentados menores, y, sobre todo, es común a todas la sabia política de mantener entre ellas, mientras sea posible, el equilibrio del poder, establecido mediante negociaciones, en medio de la guerra inclusive, y por el mantenimiento en los distintos países de embajadores, o espías menos honorables, cuya tarea consiste en advertir a las demás del curso de los propósitos de una sola, dar oportunamente la alarma a Europa, y proteger a los más débiles de las invasiones que el más fuerte está siempre dispuesto a emprender.

Desde Carlos V la balanza se inclinaba del lado de la casa de Austria. Esta casa poderosa era, hacia el año de 1630, dueña de España, de Portugal y de los tesoros de América; los Países Bajos, el Milanésado, el reino de Nápoles, Bohemia, Hungría, hasta Alemania (si puede decirse) se habían convertido en su patrimonio; y cuando tantos estados habían sido reunidos bajo el gobierno de un solo jefe de esta casa, podía temerse el avasallamiento final de Europa.

DE ALEMANIA

El imperio de Alemania es el vecino más poderoso que tiene Francia; es más extenso, menos rico quizá en dinero, pero más fecundo en hombres robustos y laboriosos. La nación alemana está gobernada, sobre poco más o menos, como lo estaba Francia en tiempos de los primeros reyes capetos, que eran jefes, con frecuencia mal obedecidos, de algunos grandes vasallos y de un gran número de pequeños. Hoy en día, sesenta ciudades libres, llamadas imperiales, otros tantos soberanos seculares, cerca de cuarenta príncipes eclesiásticos, abates u obispos, nueve electores, entre los que se cuentan actualmente cuatro reyes, y por último el emperador, jefe de todos esos potentados, constituyen el gran cuerpo germánico, que la flema alemana ha hecho subsistir hasta nuestros días con tanto orden casi como confusión hubo en otro tiempo en el gobierno francés.

Cada miembro del Imperio tiene sus derechos, sus privilegios, sus obligaciones; y lo difícil del conocimiento de tantas leyes, frecuentemente discutidas, da lugar a lo que en Alemania se llama estudio del derecho público, de que tanta fama goza la nación germánica.

El emperador, por sí solo, no sería, en verdad, mucho más poderoso ni más rico que un dux de Venecia. Es sabido que en Alemania, dividida en ciudades y principados, sólo le queda al jefe de tantos estados la preeminencia, con extremados honores, pero sin dominios y sin dinero y, por consiguiente, sin poder.

No posee, a título de emperador, un solo pueblo. Sin embargo, esta dignidad, a menudo tan vana como suprema, se tornó tan poderosa en las manos de los austríacos que más de una vez se temió que convirtieran en monarquía absoluta esa república de príncipes.

Dos partidos dividían entonces, y dividen todavía hoy, la Europa cristiana, y sobre todo Alemania.

El primero es el de los católicos, más o menos sometidos al papa; el segundo es el enemigo de la dominación espiritual y temporal del papa y de los prelados católicos. Designamos a los de este partido con el nombre general de protestantes, aunque estén divididos en luteranos, calvinistas y otros, que se odian entre sí casi tanto como odian a Roma.

En Alemania, Sajonia, una parte de Brandeburgo, el Palatinado, una parte de Bohemia, de Hungría, los estados de la casa de Brunswick, Virtemberg, Hesse, profesan la religión luterana, que se llama evangélica. Todas las ciudades libres imperiales abrazaron esta secta, que parece ser más conveniente que la religión católica para pueblos celosos de su libertad.

Los calvinistas, esparcidos entre los luteranos, que son los más fuertes, constituyen un partido mediocre; los católicos encabezados por la casa de Austria constituyen el resto del Imperio, y eran, sin duda, los más poderosos.

No sólo Alemania, sino todos los estados cristianos, sangraban, todavía por las heridas recibidas en tantas guerras de religión, violencia propia de los cristianos, ignorada de los idólatras, y consecuencia desgraciada del espíritu dogmático, que se ha apoderado desde hace tanto tiempo de todas las condiciones. Son raros los puntos de controversia que no hayan causado una guerra civil; a las naciones extranjeras -quizá a nuestra posteridad- les será difícil comprender que nuestros padres, durante tantos años, se degollaran mutuamente mientras predicaban, paciencia.

Ya hemos visto cómo Fernando II estuvo a punto de cambiar el régimen aristocrático alemán en una monarquía absoluta, y cómo le faltó poco para ser destronado por Gustavo Adolfo. Su hijo, Fernando III, que heredó su política e hizo, como él, la guerra desde su gabinete, reinó mientras Luis XIV fué menor de edad.

Alemania no era tan floreciente como lo fué después; no se conocía el lujo y las comodidades de la vida eran muy raras, aun en casa de los más grandes señores. No fueron llevadas, sino hasta el año 1686, por los refugiados franceses que establecieron en ese país sus manufacturas.

Este país, fértil y poblado, carecía de comercio y de dinero; la gravedad de las costumbres, y la lentitud particular a los alemanes, los privaban de esos placeres y de esas artes agradables que la sagacidad italiana cultivaba desde hacía tantos años, y que la industria francesa comenzaba a perfeccionar. Los alemanes, ricos en su país, eran pobres fuera de él, y esa pobreza, agregada a la dificultad de reunir en poco tiempo, bajo los mismos estandartes, a tantos pueblos diferentes, los colocaba, sobre poco más o menos como hoy, en la imposibilidad de llevar, y sostener durante largo tiempo, la guerra en los países vecinos. Por eso, ha sido casi siempre en el imperio donde los franceses han hecho la guerra contra los emperadores. Las diferencias de gobierno y de genio parecen hacer a los franceses más aptos para el ataque, y a los alemanes para la defensa.

DE ESPAÑA

España, gobernada por la rama primogénita de la casa de Austria, había inspirado, después de la muerte de Carlos V, más terror que la nación germánica. Los reyes de España eran incomparablemente más absolutos y más ricos. Las minas de México y Potosí parecían suministrarles con qué comprar la libertad de Europa. Nadie ignora ese proyecto de monarquía, o más bien, de hegemonía universal sobre nuestro continente cristiano, comenzado por Carlos V y continuado por Felipe II.

La grandeza española no fué, durante el reinado de Felipe III, más que un vasto cuerpo sin sustancia, con más prestigio que fuerza.

Felipe IV, heredero de la debilidad de su padre, perdió Portugal por su negligencia, el Rosellón por la poca fuerza de sus armas y Cataluña por los abusos de su despotismo. La fortuna no podía favorecer durante mucho tiempo a reyes semejantes en sus guerras contra Francia. Si las divisiones y los errores de sus enemigos les hacían obtener algunas ventajas, perdían el fruto de ellas por su incapacidad. Además, mandaban a pueblos cuyos privilegios les daban el derecho de servir mal: los castellanos tenían la prerrogativa de no combatir fuera de su patria; los aragoneses defendían sin cesar su libertad contra el consejo real, y los catalanes, que miraban a sus reyes como enemigos, no les permitían siquiera reclutar milicias en sus provincias.

Sin embargo España, unida al Imperio, ponía un peso temible en la balanza de Europa.

DE PORTUGAL

Portugal convertíase por aquel entonces en reino. Juan, duque de Braganza, príncipe que pasaba por ser débil, le había arrebatado esta provincia a un rey más débil que él. Los portugueses cultivaban por necesidad el comercio, que España descuidaba por soberbia; y acababan de aliarse con Francia y Holanda, en 1641, contra España. Esta revolución portuguesa fué más valiosa para Francia que las más notables victorias. El gobierno francés, que en nada contribuyó a este acontecimiento, dedujo fácilmente de él la mayor ventaja que pueda obtenerse sobre el enemigo, la de verlo atacado por una potencia irreconciliable.

Portugal, sacudiendo el yugo de España, extendiendo su comercio y aumentando su poder, nos recuerda a Holanda, que gozaba de las mismas ventajas pero de muy diferente manera.

DE LAS PROVINCIAS UNIDAS

El pequeño estado de las siete Provincias Unidas, fértil en pastos pero pobre en granos, malsano y casi cubierto por el mar, era, desde hacía cerca de medio siglo, un ejemplo, casi único sobre la tierra, de lo que pueden el amor a la libertad y el trabajo infatigable. Esos pueblos pobres, poco numerosos, mucho menos aguerridos que las menores milicias españolas y que no contaban para nada en Europa, resistieron a todas las fuerzas de su amo y tirano, Felipe II, eludieron los propósitos de varios príncipes que querían socorrerlos para avasallarlos, y fundaron una potencia que hemos visto hacer vacilar el poder de la propia España. La desesperación que inspira la tiranía los armó rápidamente: la libertad elevó su valor, y los príncipes de la casa de Orange hicieron de ellos excelentes soldados. Apenas vencedores de sus amos, establecieron una forma de gobierno que conserva, en la medida de lo posible, la igualdad, el derecho más natural de los hombres.

Este estado, de especie tan nueva, estuvo desde su fundación íntimamente ligado a Francia; el interés los unía, tenían los mismos enemigos, y Enrique el Grande y Luis XIII habían sido sus aliados y protectores.

DE INGLATERRA

Inglaterra, mucho más poderosa, ambicionaba la soberanía de los mares y pretendía equilibrar las fuerzas de Europa; pero Carlos I, que reinaba desde 1625, lejos de poder sostener ese equilibrio, sentía que el cetro se le escapaba de las manos. Había querido emancipar su poder de las leyes de Inglaterra y cambiar la religión de Escocia. Demasiado obstinado para desistir de sus propósitos y demasiado débil para realizarlos; buen marido, buen soberano, buen padre, hombre honrado, pero monarca mal aconsejado, se empeñó en una guerra civil que le hizo perder por último, como ya lo hemos dicho, el trono y la vida sobre el cadalso, a consecuencia de una revolución casi inaudita.

Esta guerra civil, comenzada durante la minoridad de Luis XIV, impidió por un tiempo a Inglaterra ingerirse en los intereses de sus vecinos: perdió su consideración junto con su ventura; su comercio se interrumpió; las demás naciones la creyeron sepultada bajo sus ruinas, hasta el momento en que se hizo, de pronto, más formidable que nunca, durante la dominación de Cromwell, que la sometió llevando el Evangelio en una mano, la espada en la otra y la máscara de la religión sobre el rostro, y que cubrió durante su gobierno con las cualidades de un gran rey los crímenes de un usurpador.

DE ROMA

Este equilibrio que Inglaterra, durante tanto tiempo, se jactó de mantener entre los reyes por su poder, la corte de Roma trataba de mantenerlo por su política. Italia estaba dividida, como hoy, en varias soberanías: la que posee el papa es lo bastante grande para hacerlo respetable como príncipe, y demasiado pequeña para hacerlo temible. La naturaleza de su gobierno dificulta el poblamiento del país, que, por otra parte, posee poco dinero y comercio; su autoridad espiritual, un tanto mezclada siempre de autoridad temporal, es desconocida y aborrecida por la mitad de la cristiandad; y si en la otra es considerado como un padre, tiene hijos que le resisten a veces con razón y con éxito. La máxima de Francia es mirarlo como persona sagrada, pero atrevida, a la cual hay que besar los pies y atar algunas veces las manos. Se pueden ver todavía, en todos los países católicos, las huellas de los pasos dados, en otro tiempo, por la corte de Roma, hacia la monarquía universal. Al advenimiento de un nuevo papa, todos los príncipes de religión católica le envían embajadas llamadas de obediencia. Cada corona tiene en Roma un cardenal que toma el nombre de protector. El papa da bulas de todos los obispos y se expresa en ellas como si confiriera esas dignidades por su solo poder. Todos los obispos italianos, españoles, flamencos, se llaman obispos por la gracia divina, y por la de la Santa Sede. Hacia el año 1682, numerosos prelados franceses rechazaron esta fórmula, desconocida en los primeros siglos; y hemos visto en nuestros días, en 1754, a un obispo (Stuart Fitzjames, obispo de Soissons) lo bastante valiente como para omitirla en un mandamiento que debe pasar a la posteridad, mandamiento, o más bien instrucción única, en la cual se dice claramente lo que ningún pontífice se había atrevido a decir, a saber, que todos los hombres, y hasta los infieles, son nuestros hermanos.

En fin, el papa ha conservado, en todos los estados católicos, prerrogativas que indudablemente no hubiera obtenido si el tiempo no se las hubiera dado. No hay reino que no le conceda numerosos privilegios al ser elegido; recibe como tributo las rentas del primer año de los beneficios consistoriales.

Los religiosos, cuyos jefes residen en Roma, son otros tantos súbditos inmediatos del papa, diseminados por todos los estados. La costumbre, que todo lo puede, y es causa de que al mundo lo gobiernen tanto los abusos como las leyes, no siempre permitió a los príncipes remediar totalmente un peligro que, por otra parte, atañe a cosas consideradas sagradas. Prestar juramento a otro que no sea su soberano es crimen de lesa majestad si lo hace un laico, pero si se hace en el claustro es un acto de religión. La dificultad de saber hasta qué punto debe obedecerse a ese soberano extranjero, lo fácil que es dejarse seducir, el placer de sacudir un yugo natural para tomar otro escogido por uno mismo, el espíritu anárquico, la desgracia de los tiempos, han llevado con demasiada frecuencia a órdenes enteras de religiosos a servir a Roma contra su patria.

El espíritu ilustrado que reina en Francia desde hace un siglo y que se ha extendido a casi todas las condiciones, ha sido el mejor remedio puesto a este abuso. Los buenos libros escritos sobre la materia son verdaderos servicios prestados a los reyes y a los

pueblos; y uno de los grandes cambios realizados mediante ellos en nuestras costumbres durante el reinado de Luis XIV, es el de que todos los religiosos comienzan a convencerse de que son súbditos del rey antes que servidores del papa. El pontífice romano conserva todavía la jurisdicción, ese distintivo esencial de la soberanía. Inclusive Francia, a pesar de las libertades de la Iglesia galicana, tolera que se apele al papa en última instancia en algunas causas eclesiásticas.

Si se quiere disolver un matrimonio, desposar la sobrina o la prima, hacerse relevar de sus votos, es también a Roma y no a su obispo a quien uno debe dirigirse; las gracias están tasadas, y los particulares de todos los estados compran dispensas a cualquier precio.

Jamás corte alguna supo acomodarse mejor a los hombres y a los tiempos. Los papas son casi siempre italianos envejecidos en los negocios, sin pasiones que los cieguen; constituyen su consejo cardenales que se les asemejan, y animados todos por el mismo espíritu. Del consejo emanan órdenes que van hasta la China y hasta América: en ese sentido abarca el universo, y algunas veces ha podido decirse de él lo que dijo en otro tiempo un extranjero del senado de Roma: “He visto un consistorio de reyes.” La mayor parte de nuestros escritores se rebelaron con razón contra la ambición de esa corte, pero no he visto jamás que se haya hecho bastante justicia a su prudencia. No creo que otra nación hubiese podido conservar durante tanto tiempo en Europa un número tan grande de prerrogativas constantemente combatidas: cualquiera otra corte las hubiera perdido quizá, por su soberbia o por su blandura, por su lentitud o por su vivacidad; pero Roma, empleando casi siempre, deliberadamente, la firmeza y la flexibilidad, conservó todo lo que humanamente pudo conservar. Se la vio humilde durante el reinado de Carlos V, terrible con el rey de Francia Enrique III, ya enemiga, ya amiga de Enrique IV, hábil con Luis XIII, opuesta abiertamente a Luis XIV mientras fue temible, y frecuentemente enemiga secreta de los emperadores, de los cuales desconfiaba más que del sultán de los turcos.

Algunos derechos, muchas pretensiones, política y paciencia, he ahí lo que le queda actualmente a Roma, a esa antigua potencia que seis siglos antes había querido someter a la tiara al imperio y a Europa.

Nápoles es un testimonio vivo aún del derecho de crear y dar reinos que los papas supieron adjudicarse, en tiempos pasados, con tanta habilidad y grandeza: pero el rey de España, poseedor de este estado, no le dejaba a la corte romana más que el honor y el peligro de tener un vasallo poderoso en exceso.

Por lo demás, el estado del papa se mantenía en una paz dichosa, alterada tan sólo por la pequeña guerra de que hablé, entre los cardenales Barberini, sobrinos del papa Urbano VIII, y el duque de Parma.

DEL RESTO DE ITALIA

Las demás provincias de Italia atendían a intereses diversos. Venecia temía a los turcos y al emperador, defendía con dificultad sus estados de tierra firme de las pretensiones de Alemania y de la invasión del Gran Señor. No era ya la Venecia en otro tiempo dueña del comercio del mundo, la que, cincuenta años antes, había provocado la envidia de tantos reyes. La sabiduría de su gobierno subsistía, pero su gran comercio aniquilado le quitaba casi toda su fuerza, y la ciudad de Venecia, por su situación incapaz de ser dominada, era, por su debilidad, incapaz de emprender conquistas.

El estado de Florencia gozaba de tranquilidad y abundancia durante el gobierno de los Médicis; las letras, las artes y la cortesía nacidas con los Médicis, florecían aún. La Toscana era entonces en Italia lo que Atenas había sido en Grecia.

Saboya, destrozada por una guerra civil y por las tropas francesas y españolas, se había declarado unánimemente en favor de Francia y contribuía al debilitamiento del poder austríaco en Italia.

Los suizos conservaban, como hoy, su independencia, sin tratar de oprimir a nadie. Vendían sus tropas a los vecinos más ricos; eran pobres, ignoraban las ciencias y todas las artes nacidas con el lujo, pero eran sensatos y felices.

DE LOS ESTADOS DEL NORTE

Las naciones del norte de Europa, Polonia, Suecia, Dinamarca, Rusia, lo mismo que las demás potencias, recelaban continuamente unas de otras o bien estaban en guerra.

Polonia tenía, como en nuestros días, las costumbres y el gobierno de los godos y de los francos, un rey electivo, nobles que compartían su poder, un pueblo esclavo, una débil infantería, una caballería compuesta de nobles; carecía de ciudades fortificadas y casi no tenía comercio. Estos pueblos eran atacados unas veces por los suecos, otras por los moscovitas y por los turcos. Los suecos, nación más libre todavía por su constitución, que admite que sus campesinos figuren incluso en sus estados generales, pero que entonces estaba más sometida a sus reyes que Polonia, salieron victoriosos en casi todas partes. Dinamarca, antes formidable para Suecia, ya no lo era para nadie; y su verdadera grandeza comenzó durante los reinados de sus dos reyes Federico III y Federico IV. Moscovia todavía era bárbara.

DE LOS TURCOS

Los turcos ya no eran lo que habían sido durante los gobiernos de los Mahomet, los Selim o los Solimán; la molicie que corrompía el serrallo no desterraba la crueldad. Los sultanes eran, a un mismo tiempo, los más despóticos soberanos en su serrallo y los menos seguros del trono y de la vida. Osmán e Ibrahim acababan de morir ahorcados; Mustafá había sido depuesto dos veces. El imperio turco, estremecido por estas sacudidas, era además atacado por los persas; pero cuando los persas lo dejaban respirar y las revoluciones del serrallo terminaban, este imperio se hacía formidable para la cristiandad: porque, desde la desembocadura del Borístenes hasta los estados de Venecia, las armas de los turcos hacían presa en Hungría, en Moscovia, en Grecia, o en las islas, y desde el año 1644 sostenían la guerra de Candia tan funesta para los cristianos. Tales eran la situación, las fuerzas y los intereses de las principales naciones europeas en la época de la muerte del rey de Francia, Luis XIII.

SITUACIÓN DE FRANCIA

Francia, aliada a Suecia, a Holanda, a Saboya, a Portugal, y teniendo en su favor los votos de los demás pueblos que permanecían en la inacción, sostenía contra el Imperio y España una guerra ruinosa para los dos partidos y funesta para la casa de Austria. Esa guerra era semejante a todas las que se han producido desde hace tantos siglos entre los príncipes cristianos, en las que millones de hombres son sacrificados y provincias enteras devastadas, para obtener algunas pequeñas ciudades fronterizas, cuya posesión rara vez vale lo que ha costado su conquista.

Los generales de Luis XIII habían tomado el Rosellón; los catalanes acababan de entregarse a Francia, protectora de la libertad que defendían contra sus reyes; pero esos éxitos no impidieron que los enemigos tomaran Corbie en 1636 y llegaran hasta Pontoise. El miedo ahuyentó de París a la mitad de sus habitantes; y el cardenal de Richelieu, en medio de sus vastos proyectos para abatir el poder austríaco, se vio forzado a imponer a cada una de las puertas cocheras de París la obligación de suministrar un lacayo para ir a la guerra, y para rechazar a los enemigos de las puertas de la capital.

Los franceses habían hecho, pues, mucho daño a los españoles y alemanes, pero no habían sufrido menos.

FUERZAS DE FRANCIA DESPUÉS DE LA MUERTE DE LUIS XIII Y COSTUMBRES DE LA ÉPOCA

Las guerras produjeron generales ilustres como un Gustavo Adolfo, un Wallenstein, un duque de Weimar, Piccolomini, Jean de Vert, el mariscal de Guébriant, los príncipes de Orange, el conde de Harcourt. Algunos ministros de estado no se distinguieron menos. El canciller Oxenstiern, el conde duque de Olivares, pero sobre todo el cardenal de Richelieu, atrajeron la atención de Europa. Ningún siglo ha carecido de hombres de estado y de guerra célebres; la política y las armas parecen ser, desgraciadamente, las dos profesiones más naturales al hombre: siempre ha sido necesario negociar o pelear. El más afortunado pasa por ser el más grande y la gente atribuye con frecuencia al mérito los éxitos de la fortuna.

La guerra no se hacía como la hemos visto hacer en tiempos de Luis XIV; los ejércitos no eran tan numerosos; ningún general, desde el sitio que Carlos V puso a Metz, se vió a la cabeza de cincuenta mil hombres; se sitiaban y defendían las plazas con menos cañones que hoy. El arte de las fortificaciones estaba todavía en la infancia. Se usaban picas y arcabuces y se utilizaba mucho la espada, que hoy se ha hecho inútil. De los antiguos derechos de gentes se conservaba todavía el de declarar la guerra mediante un heraldo. Luis XIII fue el último que observó esa costumbre: envió un heraldo de armas a Bruselas para declararle la guerra a España en 1635.

Como es sabido, lo más común entonces era ver a sacerdotes al mando de los ejércitos; el cardenal infante, el cardenal de Saboya, Richelieu, La Valette, Sourdis, arzobispo de Burdeos, el cardenal Teodoro Trivulzio, comandante de la caballería española, se pusieron la coraza y marcharon a la guerra. Un obispo de Mende fue muchas veces intendente de ejércitos. Los papas amenazaron frecuentemente con la excomunión a esos sacerdotes guerreros. El papa Urbano VIII, disgustado con Francia, mandó decirle al cardenal de La Valette que lo despojaría del cardenalato si no abandonaba las armas; pero cuando se unió a Francia lo colmó de bendiciones.

Los embajadores, que son ministros de paz tanto como los eclesiásticos, no ponían ningún reparo a servir en los ejércitos de las potencias aliadas, cuyos empleados eran. Charnace, enviado de Francia en Holanda, mandaba un regimiento en 1637, y después incluso el embajador de Estrades fue coronel a su servicio.

Francia tenía en total un efectivo de alrededor de ochenta mil hombres solamente. La marina, aniquilada desde hacía siglos, restablecida en parte por el cardenal de Richelieu, fue arruinada durante el gobierno del cardenal Mazarino. Luis XIII contaba más o menos con cuarenta y cinco millones reales de renta ordinaria; pero la moneda estaba a veintiséis libras el marco; esos cuarenta y cinco millones equivalían aproximadamente a ochenta y cinco millones de nuestro tiempo, en que el valor arbitrario del marco de plata acuñado se ha elevado hasta cuarenta y nueve libras y media; el de la plata fina a

cincuenta y cuatro libras diez y siete centavos: valor que el interés público y la justicia piden que jamás sea alterado.

El comercio, muy extendido actualmente, estaba en unas cuantas manos; la policía del reino estaba totalmente descuidada, prueba segura de una administración poco feliz. El cardenal de Richelieu, celoso de su propia grandeza, unida a la del estado, había comenzado a hacer a Francia formidable en el exterior sin haber podido todavía hacerla floreciente en el interior. Los grandes caminos no eran reparados ni vigilados, estaban infestados de bandidos; en las calles de París, estrechas, mal pavimentadas y cubiertas de desagradables inmundicias, abundaban los ladrones.⁸ Por los registros del parlamento sabemos que la ronda de la ciudad se limitaba entonces a cuarenta y cinco hombres mal pagados, y que además no servían.

Desde la muerte de Francisco II Francia se había visto constantemente desgarrada por las guerras civiles o turbada por las facciones. Jamás se llevó el yugo de manera pacífica y voluntaria. Los señores fueron educados en las conspiraciones, que era entonces el arte de la corte, como el de agradar al soberano lo fue después.

Este espíritu de discordia y de facción pasó de la corte a las ciudades menores y se apoderó de todas las comunidades del reino: todo era materia de disputa porque nada había que estuviera reglamentado; y hasta las parroquias de París llegaban a las manos, y las procesiones se agredían mutuamente por el honor de sus pendones. Repetidas veces se vio a los canónigos de Notre Dame luchar con los de la Sainte-Chapelle; el parlamento y la cámara de las cuentas riñeron por el paso en Notre Dame, el día en que Luis XIII puso su reino bajo la protección de la Virgen. Casi todas las comunidades estaban armadas y casi no había particular que no se dejara arrastrar por la violencia del duelo⁹. Esta barbarie gótica autorizada antaño por los mismos reyes y convertida en característica de la nación, contribuía también, tanto como las guerras civiles y extranjeras, a despoblar el país. No es exagerado decir que en el curso de veinte años, de los cuales diez fueron turbados por la guerra, murieron más gentiles—hombres franceses a manos de los propios franceses que de los enemigos.

No hablaremos aquí de cómo se cultivaban las ciencias y las artes, pues se encontrará esa parte de la historia de nuestras costumbres en su lugar. Se hará notar solamente que la nación francesa estaba sumida en la ignorancia, sin exceptuar a quienes no creen pertenecer al pueblo.

Se consultaba a los astrólogos y se creía en ellos. Todas las memorias de aquel tiempo, empezando por la historia del presidente de Thou, están repletas de predicciones. El grave y severo duque de Sully refiere seriamente las que se le hicieron a Enrique IV. Esa credulidad, prueba inequívoca de ignorancia, estaba tan acreditada, que se procuró tener un astrólogo oculto cerca de la cámara de la reina Ana de Austria en el momento del nacimiento de Luis XIV.

Lo que apenas se creará, y que, sin embargo, es relatado por el abate Vittorio Siri, autor contemporáneo muy instruido, es que Luis XIII tuvo desde la infancia el sobrenombre

de Justo por haber nacido bajo el signo de libra. La misma debilidad que ponía de moda esa absurda quimera de la astrología judicial, hacia creer en los posesos y en los sortilegios: se hacia de ello un punto de religión; todo eran sacerdotes conjurando demonios. Los tribunales, integrados por magistrados que debían ser más ilustrados que el vulgo, se ocupaban de juzgar hechiceros. Se le reprochará siempre a la memoria del cardenal de Richelieu la muerte de ese famoso cura de Loudun, Urbain Grandier, condenado por mago a la hoguera por una comisión del consejo. Es indignante tanto que el ministro y los jueces hayan tenido la debilidad de creer en los diablos de Loudun, como la barbarie de hacer perecer a un inocente en las llamas. Se recordará con asombro hasta la más remota posteridad que la mariscala de Ancre fué quemada en la plaza de Grève por hechicera.

Se encuentra también, en una copia de algunos registros del Châtelet, un proceso iniciado en 1610, con motivo de un caballo amaestrado por su industrioso dueño de manera semejante a algunos ejemplos que hemos visto en la Feria; querían hacer quemar al dueño y al caballo.

Todo esto basta para dar a conocer, en general, las costumbres y el espíritu del siglo anterior al de Luis XIV.

La falta de ilustración en todos los órdenes del estado fomentaba en las personas más honestas prácticas supersticiosas que deshonoraban la religión. Los calvinistas, confundiendo con el culto razonable de los católicos los abusos que se hacían de ese culto, se afirmaban más en su odio contra nuestra Iglesia. Oponían a nuestras supersticiones populares, a menudo licenciosas, una dureza salvaje y costumbres feroces, características de casi todos los reformadores. Así era como el espíritu de partido desgarraba y envilecía a Francia; el espíritu de sociedad, que la hace hoy tan célebre y amable, era absolutamente desconocido. No había casas en las que personas de mérito se reunieran para comunicarse sus conocimientos, ni academias, ni teatros que dieran funciones regulares. En fin, en las costumbres, las leyes, las artes, la sociedad, la religión, la paz y la guerra no se veía nada de lo que más tarde se vió en el siglo llamado el siglo de Luis XIV.

CAPITULO III

MINORIDAD DE LUIS XIV. VICTORIA DE LOS FRANCESES AL MANDO

DEL GRAN CONDE, ENTONCES DUQUE DE ENGHIEN

El cardenal de Richelieu y Luis XIII acababan de morir, uno admirado y odiado, el otro olvidado ya. Habían legado a los franceses, entonces muy inquietos, aversión por el sólo nombre de gobierno y poco respeto por el trono. Luis XIII establecía en su testamento un consejo de regencia. Este monarca, mal obedecido durante su vida, esperó serlo mejor después de muerto, pero el primer paso dado por su viuda, Ana de Austria, fue el de hacer anular las decisiones de su marido por decreto del parlamento de París. Ese cuerpo, durante largo tiempo opuesto a la corte y que apenas si conservó durante el reinado de Luis XIII la libertad de hacer amonestaciones, anuló el testamento de su rey con la misma facilidad con que hubiera juzgado la causa de un simple ciudadano. Ana de Austria se dirigió a este cuerpo para obtener la regencia ilimitada, porque María de Médicis recurrió al mismo tribunal después de la muerte de Enrique IV; y María de Médicis dio ese ejemplo porque cualquiera otra vía hubiera sido larga e incierta, dado que el parlamento, rodeado por sus guardias, no podía resistir a su voluntad, y que un fallo emitido por el parlamento y por los pares parecía asegurar un derecho incontestable.

La costumbre que otorga la regencia a las madres de los reyes les pareció entonces a los franceses una ley casi tan fundamental como la que priva a las mujeres de la corona. Al parlamento de París, que decidió dos veces esta cuestión, es decir, que estableció por sendos fallos ese derecho de las madres, le pareció que había concedido la regencia y se consideró, no sin cierta verosimilitud, tutor de los reyes, y cada uno de los consejeros creyó participar de la soberanía. Por el mismo dictamen, Gastón, duque de Orléans, joven tío del rey, obtuvo el vano título de lugarteniente general del reino durante el reinado de la regencia absoluta.

Ana de Austria se vió obligada primero a continuar la guerra contra el rey de España, Felipe IV, hermano a quien quería. Es difícil decir con exactitud por qué se hacía esta guerra; no se le pedía nada a España, ni siquiera Navarra, que debió ser patrimonio de los reyes de Francia.

Se peleaba desde 1635 porque el cardenal de Richelieu lo había querido, y es de creer que si lo quiso fué para hacerse necesario.¹ Se había aliado contra el emperador con Suecia y con el duque Bernardo de Saxe-Véimar, uno de esos generales que los italianos llamaban condottieri, es decir, que vendían sus tropas. Atacaba también a la rama austríaco-española en esas diez provincias que conocemos generalmente con el nombre de Flandes; y compartió con los holandeses, entonces aliados nuestros, ese Flandes que no se conquistó.

Lo fuerte de la guerra se hacía del lado de Flandes; las tropas españolas salieron de las fronteras de Henao en número de veintiséis mil hombres, al mando de un general experimentado llamado don Francisco de Melo. Arrasaron las fronteras de Champaña, atacaron Rocroi y creyeron llegar pronto hasta las puertas de París como lo habían hecho ocho años antes. La muerte de Luis XIII, la debilidad de una minoridad, alentaban sus esperanzas; y cuando vieron que sólo se les oponía un ejército inferior en número, al mando de un joven de veintiún años, su esperanza se convirtió en seguridad.

Ese joven sin experiencia a quien despreciaban era Luis de Borbón, entonces duque de Enghien, conocido más tarde por el nombre de gran Condé. La mayoría de los grandes capitanes han llegado a serlo progresivamente, pero este príncipe nació general; parecía conocer por instinto el arte de la guerra: en Europa sólo él y el sueco Torstenson tenían a los veinte años ese genio que permite prescindir de la experiencia.

El duque de Enghien había recibido, junto con la noticia de la muerte de Luis XIII, la orden de no arriesgar batalla. El mariscal de L'Hospital que había sido puesto a su lado para aconsejarlo y dirigirlo, secundaba con su circunspección esas órdenes tímidas. El príncipe no le hizo caso ni al mariscal ni a la corte, sólo le confió su propósito a Gassion, mariscal de campo, digno de ser consultado por él, y obligaron al mariscal a librar la batalla necesaria.

(19 de mayo de 1643) Hay que hacer notar que el príncipe, habiéndolo arreglado todo en la noche víspera de la batalla, se durmió tan profundamente, que fué necesario despertarlo para combatir. Se cuenta la misma cosa de Alejandro. Es natural que un joven, agotado por las fatigas que exigen los preparativos de un día tan señalado, caiga luego en profundo sueño; y lo es también que un genio nacido para la guerra, obrando sin inquietud, deje a su cuerpo lo bastante tranquilo para dormir. El príncipe ganó la batalla por sus propios méritos, por un golpe de vista que le permitía ver a la vez el peligro y el recurso, por su actividad exenta de confusión que lo llevaba afortunadamente a todos los sitios. Fue él quien atacó con la caballería a esa infantería española hasta entonces invencible, tan fuerte, de líneas tan cerradas como las de la antigua y apreciadísima falange, y que se desplegaba con una agilidad que la falange no tenía, para dejar partir la descarga de dieciocho cañones situados en su centro. El príncipe la rodeó y atacó tres veces. Apenas victorioso suspendió la matanza. Los oficiales españoles se arrojaban a sus pies para encontrar a su lado un amparo contra el furor del soldado vencedor. El duque de Enghien puso la misma solicitud en protegerlos que había puesto en vencerlos.

El viejo conde de Fuentes que mandaba esta infantería española murió acribillado. Al saberlo, Condé dijo: “hubiese querido morir como él si no hubiera vencido.”

El respeto que se tenía en Europa por los ejércitos españoles se volvió del lado de los ejércitos franceses, los cuales no habían ganado una batalla tan memorable desde hacía cien años, porque la sangrienta jornada de Marignan, disputada más bien que ganada por Francisco I contra los suizos, fué obra de las bandas negras alemanas tanto como de las tropas francesas. Las jornadas de Pavía y San Quintín hablan sido fatales para la

reputación de Francia. Enrique IV tuvo la desgracia de obtener victorias memorables únicamente sobre su propia nación. Durante el reinado de Luis XIII, el mariscal de Guebriant logró pequeños triunfos, balanceados siempre por pérdidas. Grandes batallas, de las que conmueven los estados y quedan para siempre en la memoria de los hombres, no habían sido dadas en ese tiempo más que por Gustavo Adolfo.

Esa jornada de Rocroi marcó la fecha de la gloria francesa y de la de Condé, el cual supo vencer y sacar provecho de la victoria. Sus cartas a la corte determinaron el sitio de Thionville que el cardenal de Richelieu no se atrevió a acometer; y al regreso de sus correos todo estaba ya preparado para la expedición.

El príncipe de Condé pasó a través del país enemigo, burló la vigilancia del general Beck y tomó, por último, Thionville (8 de agosto de 1643). De allí corrió a sitiar Syreck y se apoderó de ella; hizo repasar el Rin a los alemanes, y lo atravesó en su seguimiento; voló a reparar las pérdidas y derrotas sufridas por los franceses en estas fronteras, después de la muerte del mariscal de Guébriant. Encontró a Friburgo tomada y al general Merci ante sus muros con un ejército superior al suyo. Condé tenía bajo su mando a dos mariscales de Francia, uno de ellos era Grammont y el otro Turena, que era mariscal desde hacía pocos meses, después de haber servido felizmente en Piamonte contra los españoles. Por aquel entonces colocaba los cimientos de la gran fama de que gozó después. El príncipe, con esos dos generales, atacó el campamento de Merci, atrincherado sobre dos eminencias (31 de agosto de 1644). El combate comenzó tres veces, en tres días diferentes. Se dice que el duque de Enghien arrojó su bastón de mando a las trincheras enemigas y marchó a rescatarlo, espada en mano, a la cabeza del regimiento de Conti. Quizá eran necesarias acciones tan audaces para que las tropas hicieran ataques tan difíciles. La batalla de Friburgo, más mortífera que decisiva, fué la segunda victoria del príncipe. Merci levantó el campo cuatro días después. Filisburgo y Maguncia rendidas fueron la prueba y el fruto de la victoria.

El duque de Enghien vuelve a París, recibe las aclamaciones del pueblo, pide recompensas a la corte y deja su ejército al príncipe mariscal de Turena. Pero este general, a pesar de su habilidad, es derrotado en Mariendal. (Abril de 1645) El príncipe regresa rápidamente al ejército, se pone de nuevo al frente y une a la gloria de mandar a Turena la de reparar su derrota. Ataca a Merci en las llanuras de Nordlingen. Gana una batalla completa (agosto de 1645); el mariscal de Grammont es apresado; pero el general Glen que mandaba a las órdenes de Merci es hecho prisionero y Merci figura entre los muertos. Este general, considerado como uno de los más grandes capitanes, fué enterrado cerca del campo de batalla y se grabó sobre su tumba: STA, VIATOR; HEROEM CALCAS: Detente, viajero, pisas a un héroe. Esta batalla acreció la gloria de Condé e hizo la de Turena, quien tuvo el honor de ayudar poderosamente al príncipe a obtener una victoria con la que podía sentirse humillado. Quizá jamás fué tan grande como cuando sirvió, de esta manera, a aquel de quien fué más tarde émulo y vencedor.

El nombre del duque de Enghien eclipsaba entonces a todos los demás (7 de octubre de 1646). Sitió en seguida Dunkerque, a la vista del ejército español, y fué el primero que entregó esta plaza a Francia.

Tantos éxitos y servicios, menos recompensados que sospechosos a la corte, lo hacían tan temible para el ministerio como para sus enemigos. Fue alejado del teatro de sus conquistas y de su gloria y enviado a Cataluña con tropas malas y mal pagadas; sitió Lérida y se vio obligado a levantar el sitio² (1647). En algunos libros lo acusan de fanfarronería porque mandó asaltar las trincheras al son de violines. No sabían que ésa era la costumbre en España.

Bien pronto, amenazantes problemas obligaron a la corte a llamar a Conde de Flandes. El archiduque Leopoldo, hermano del emperador Fernando III, sitiaba Lens en Artois. Condé, de nuevo con las tropas que habían vencido siempre bajo su mando, fué al encuentro del archiduque. Era la tercera vez que daba batalla en inferioridad numérica. Dijo a sus soldados simplemente estas palabras: “Amigos, acordaos de Rocroi, de Friburgo y de Nordlingen.”

(10 de agosto de 1648) Socorrió personalmente al mariscal de Grammont que se replegaba con el ala izquierda y capturó al general Beck. El archiduque se salvó apenas con el conde de Fuensaldagne. Los imperiales y los españoles que integraban ese ejército fueron dispersados, perdieron más de cien banderas y treinta y ocho piezas de artillería, pérdidas que entonces eran muy importantes. Se les hicieron cinco mil prisioneros, se les mataron tres mil hombres, el resto desertó y el archiduque se quedó sin ejército.³

Los que verdaderamente quieran instruirse pueden observar que, desde la fundación de la monarquía, jamás ganaron los franceses tantas batallas seguidas, y tan gloriosas por el mando y por el valor. (Julio de 1644) Mientras el príncipe de Condé contaba los años de su juventud por victorias, y el duque de Orléans, hermano de Luis XIII se mantenía a la altura de la reputación de hijo de Enrique IV, y de la de Francia con la toma de Gravelinas (noviembre de 1644), de Courtrai y Mardick, el vizconde de Turena capturaba Landao, expulsaba a los españoles de Tréveris y reponía al elector.

(Noviembre de 1647) Junto con los suecos ganó las batallas de Levingen y Sommerhausen, y obligó al duque de Baviera a abandonar sus estados casi a la edad de ochenta años. El conde de Harcourt tomó Balaguer y derrotó a los españoles (1645). Perdieron en Italia Pontoñ Longone (1646). Veinte barcos y veinte galeras de Francia que constituían casi toda la marina restablecida por Richelieu, derrotaron a la flota española en las costas de Italia.

Pero esto no era todo, las armas francesas invadieron también Lorena con el duque Carlos IV, príncipe guerrero pero inconstante, imprudente y desafortunado, quien se vio a la vez despojado de su estado por Francia y hecho prisionero por los españoles. Los aliados de Francia hacían presión sobre el poder austríaco al mediodía y al norte. El duque de Albuquerque, general de los portugueses, ganó a España la batalla de Badajoz.

(Mayo de 1644) Torstenson desafió a los imperiales cerca de Tabor (marzo de 1645) obteniendo una victoria completa, y el príncipe de Orange, a la cabeza de los holandeses, penetró hasta Brabante.

El rey de España, derrotado en todas partes, veía al Rosellón y a Cataluña en manos de los franceses; Nápoles sublevada contra él, acababa de entregarse al duque de Guisa, último príncipe de esa rama, perteneciente a una casa tan fecunda en hombres ilustres y peligrosos. Éste, que pasaba por simple aventurero audaz, ya que no triunfó, tuvo la gloria por lo menos de abordar sin ayuda una barca en medio de la flota de España, y de defender Nápoles sin otro recurso que su coraje.

Abatiéndose tantas desgracias sobre la casa de Austria, acumulando los franceses tantas victorias, secundadas por triunfos de sus aliados, se creería que Viena y Madrid no esperaban más que el momento de abrir sus puertas, y que el emperador y el rey de España quedarían casi sin estados. Sin embargo, cinco años de gloria apenas interrumpidos por algunos reveses produjeron muy pocas ventajas reales; mucha sangre derramada, ninguna revolución. Si hubo que temer por alguien fue por Francia, que se acercaba a su ruina en medio de esa prosperidad aparente.

CAPITULO IV

GUERRA CIVIL

La reina Ana de Austria, regente absoluta, hizo al cardenal Mazarino dueño de Francia y de sí misma. Ejercía sobre ella el imperio que un hombre hábil debía tener sobre una mujer nacida con suficiente debilidad para ser dominada, y bastante firmeza para persistir en su elección.

En algunas memorias de la época se lee que la reina dio su confianza a Mazarino sólo cuando le faltó Potier, obispo de Beauvais, a quien eligió primero para ministro. Nos pintan al obispo como a un hombre incapaz: y es de creer que lo fuera, y que la reina se sirviera de él durante algún tiempo como de un pelele para no alarmar prematuramente al país con la elección de un segundo cardenal y de un extranjero. Pero no debemos creer que Potier haya iniciado su ministerio pasajero declarando a los holandeses “que debían hacerse católicos si querían continuar como aliados de Francia”. De ser así, hubiera tenido que hacer la misma proposición a los suecos. Casi todos los historiadores relatan este absurdo porque lo han leído en las memorias de los cortesanos y de los de la Fronda. Hay en esas memorias demasiadas cosas falseadas por la pasión, o basadas en rumores populares. No hay que citar lo pueril ni que dar fe a lo absurdo. Es muy probable que el cardenal Mazarino haya sido el ministro designado, desde tiempo atrás, en el espíritu de la reina, y aun en vida de Luis XIII. No se puede dudar de ello después de leer las Memorias de La Porte, primer ayuda de cámara de Ana de Austria. Los subalternos, testigos de las intimidades de una corte, saben cosas que los parlamentos y hasta los jefes de partido ignoran o solamente sospechan.

Al principio, Mazarino usó su poder con moderación. Sería necesario haber vivido mucho tiempo con un ministro para pintar su carácter, para decir qué grado de valor o flaqueza había en su espíritu, hasta qué punto era prudente o ladino. Así, pues, sin pretender adivinar cómo era Mazarino, hablaremos solamente de lo que hizo. En el comienzo de su grandeza mostró tanta sencillez como altivez desplegara Richelieu. Lejos de tener una guardia propia y marchar con fausto real, llevó al principio el más modesto tren, fue afable y hasta blando en todo aquello en que su predecesor había mostrado una altanería inflexible. La reina deseaba que su regencia y su persona fueran amadas por la corte y por los pueblos, y lo conseguía. Gastón, duque de Orléans, hermano de Luis XIII, y el príncipe de Condé, apoyaban su poder, y competían sólo en servir, al estado.

Se necesitaban impuestos para sostener la guerra con España y con el emperador. Las finanzas de Francia estaban, desde la muerte del gran Enrique IV, tan mal administradas como en España y Alemania. La administración era un caos; la ignorancia extrema; la venalidad llegaba al máximo: pero esa venalidad no se extendía sobre objetos tan importantes como hoy. El estado estaba ocho veces menos endeudado, no había que pagar sueldos a ejércitos de doscientos mil hombres, ni que pagar subsidios inmensos,

ni sostener guerra marítima. Las rentas del estado en los primeros años de la regencia alcanzaban a cerca de setenta y cinco millones de libras de ese tiempo. Eran suficientes, de haber habido economías en el ministerio, pero en 1646 y 1647 se necesitaron nuevos recursos. El superintendente de entonces era un campesino sienés, llamado Particelli Emeri, de alma más baja que su cuna, cuyo fausto y abusos indignaban a la nación. A este hombre se le ocurrían recursos onerosos y ridículos. Creó cargos de inspectores de haces, de jurados vendedores de grano, de consejeros del rey pregoneros de vino; vendía títulos de nobleza. Por aquel entonces las rentas de la Municipalidad de París no alcanzaban más que a once millones aproximadamente. Se suprimieron algunos barrios a los rentistas; se aumentaron los derechos de entrada; se crearon algunos cargos de magistrados acusadores; se retuvieron alrededor de ochenta mil escudos de emolumentos de magistrados.

Es fácil juzgar la indignación de los ánimos contra estos dos italianos llegados a Francia sin fortuna, enriquecidos a expensas de la nación, y que se daban tanta importancia. El parlamento de París, las demás cortes, los rentistas, se amotinaron. En vano Mazarino quitó de la superintendencia a su confidente Emeri y lo relegó a una de sus tierras: seguía provocando indignación el que este hombre poseyera tierras en Francia, y el cardenal Mazarino se hizo aborrecible, aunque por aquel tiempo consumara la gran obra de la paz de Múnster: porque es preciso señalar que ese famoso tratado y las barricadas se hicieron en el mismo año de 1648.

Las guerras civiles comenzaron en París como habían empezado en Londres, por un poco de dinero.

(1647) Al revisar los edictos de esos impuestos, el parlamento de París se opuso vivamente a los nuevos edictos y se ganó la confianza del pueblo por las objeciones con que fatigó al ministerio.

La rebelión no comenzó inmediatamente, sino que los ánimos se agriaron y enardecieron paulatinamente. El populacho puede correr sin dilación a las armas y darse un jefe, como lo hizo en Nápoles, pero los magistrados y los hombres de estado proceden con más madurez y empiezan por considerar los pros y los contras, en la medida en que lo permite el espíritu de partido.

El cardenal Mazarino creyó prevenir todos los conflictos, dividiendo hábilmente la magistratura; pero a la flexibilidad se opuso la rigidez. Quitó cuatro años de sueldo a todos los tribunales superiores, devolviéndoles la paulette, es decir, eximiéndolos de pagar el impuesto inventado por Paulet durante el reinado de Enrique IV, para asegurar la propiedad de sus cargos. Aun cuando la medida no suponía un perjuicio Mazarino hizo una excepción con el parlamento pensando desarmarlo con ese favor. El parlamento despreció esta gracia que lo exponía al reproche de preferir su interés al de los demás cuerpos. (1648) No por ello dejó de dar su fallo de unión con las demás cortes de justicia. Mazarino, que jamás pudo pronunciar bien el francés, dijo que el fallo de oignon era atentatorio y lo hizo anular por el consejo; poniéndose en ridículo con sólo

pronunciar oñon; y, como no se cede nunca ante quien se desprecia, el parlamento se volvió más atrevido.

Exigió altaneramente que se suprimieran todos los intendentes, considerados por el pueblo como exactores, y que se aboliera esa magistratura de nueva especie, instituida durante el reinado de Luis XIII sin cumplir con las formas ordinarias; esto era agradar a la nación tanto como irritar a la corte. Quería que, de acuerdo con las antiguas leyes, ningún ciudadano fuera encarcelado sin que sus jueces naturales tuvieran conocimiento dentro de las veinticuatro horas; y nada parecía más justo.

El parlamento hizo más; abolió por decreto a los intendentes y dio orden a los procuradores del rey, de su jurisdicción, de que se les instruyera proceso.

Así, pues, el odio contra el ministro, apoyado por el amor del bien público, amenazaba a la corte con una revolución. La reina cedió y ofreció dejar cesantes a los intendentes, pidiendo solamente que le dejaran tres, lo que le negaron.

(20 de agosto de 1648) Mientras comenzaban los desórdenes, el príncipe de Condé obtuvo la célebre victoria de Lens, llegando a la cúspide su gloria. El rey, que contaba entonces sólo diez años, exclamó: El parlamento se enojará mucho. Estas palabras dejan ver claramente que la corte miraba al parlamento de París como a una asamblea de rebeldes.

El cardenal y sus cortesanos no le daban otro nombre y cuanto más se quejaban los parlamentarios de que se les llamara rebeldes, tanto mayor resistencia hacían.

La reina y el cardenal resolvieron separar del parlamento a tres de los más obstinados magistrados, Novion Blancménil, presidente de los que llaman a mortier, Charton, presidente de una cámara de investigaciones, y Broussel, antiguo consejero de la gran cámara.

No eran jefes de partido sino instrumentos de los jefes. Charton, hombre muy limitado, era conocido por el mote de He dicho, porque con esas palabras comenzaban y terminaban siempre sus intervenciones. Broussel no tenía de recomendable más que sus cabellos blancos, su odio al ministerio y la fama de levantar siempre la voz contra la corte con cualquier motivo. Sus colegas hacían poco caso de él, pero el populacho lo idolatraba.

En lugar de llevárselos sin ruido, en el silencio de la noche, el cardenal creyó impresionar al pueblo haciéndolos detener en pleno mediodía, mientras se cantaba el Te deum en Notre Dame por la victoria de Lens, y los suizos de la cámara llevaban a la iglesia setenta y tres banderas tomadas al enemigo. Eso fué precisamente lo que provocó la rebelión del reino. Charton escapó; a Blancménil lo detuvieron sin dificultad, pero no así a Broussel. Una anciana sirvienta sola, al ver arrojar a su amo en una carroza por Comminges, teniente de los guardias de corps, amotina al pueblo; rodean la carroza y la destrozan, pero los guardias franceses prestan auxilio y el prisionero es conducido al camino de Sedán. El rapto, lejos de intimidar al pueblo, lo irrita y lo enardece. Se

cierran los comercios, se tienden las gruesas cadenas de hierro que había entonces a la entrada de las calles principales; se levantan algunas barricadas y cuatrocientas mil voces gritan: ¡Libertad y Broussel!

Es difícil conciliar todos los detalles relatados por el cardenal de Retz, madame de Motteville, el abogado general Talon, y tantos otros, pero todos concuerdan en los principales puntos. Durante la noche que siguió al motín la reina llamó alrededor de dos mil hombre de las tropas acantonadas a algunas leguas de París, para defender la casa real. El canciller Seguier se trasladaba al parlamento precedido de un lugarteniente y de varios guardias para anular todas las resoluciones, y hasta, se decía, para disolver ese cuerpo.¹⁰ Pero esa misma noche los facciosos se reunieron en casa del coadjutor de París, tan famoso con el nombre de cardenal de Retz, y todo fue dispuesto para poner a la ciudad sobre las armas. El pueblo detiene la carroza del canciller y la vuelca. Éste apenas puede huir con su hija, la duquesa de Sully, quien, a pesar suyo, quiso acompañarlo, y se retira apresuradamente al hotel de Luines, acosado e insultado por el populacho. (27 de agosto de 1648) El lugarteniente civil va por él en su carroza y se lo lleva al Palais Royal escoltado por dos compañías de suizos y una escuadra de gendarmes; el pueblo dispara sus armas contra ellos, matan varios: la duquesa de Sully es herida en un brazo. En un instante se levantan doscientas barricadas, algunas de ellas a cien pasos tan sólo del Palais Royal. Los soldados, al ver caer a algunos de los suyos, retroceden y dejan hacer a los burgueses. El parlamento en corporación se dirige a pie hacia la reina, a través de las barricadas que se abren a su paso y pide que se le entreguen sus miembros encarcelados. La reina se ve obligada a hacerlo, lo que, por sí mismo, es una invitación a los facciosos a cometer nuevos ultrajes.

El cardenal de Retz se vanagloria de haber armado el solo a todo París en esa jornada que se llamó de las barricadas, y que era la segunda de esa especie. Este hombre singular es el primer obispo que hizo en Francia una guerra civil sin tener la religión por pretexto. Se pintó a sí mismo en sus Memorias, escritas con un aire de grandeza, una impetuosidad de genio y una desigualdad que nos dan la imagen de su conducta. Fue un hombre que, en pleno libertinaje, y languideciente aún por las consecuencias infames que acarrea, predicaba al pueblo y se hacía idolatrar por él. Personificaba la facción y los complots; a la edad de veintitrés años fué el alma de una conspiración contra la vida de Richelieu; fué el autor de las barricadas, precipitó al parlamento en las intrigas y al pueblo en las sediciones. Su extrema vanidad le hacía atreverse a crímenes temerarios, para que se hablara de él. Esa misma vanidad le hizo repetir muchas veces: “Soy de una casa de Florencia tan antigua como la de los más grandes príncipes”; y lo decía él, cuyos antepasados habían sido comerciantes, como tantos otros de sus compatriotas.

Lo sorprendente es que el parlamento, arrastrado por él, levantara bandera contra la corte, antes aun de que ningún príncipe lo apoyara.

A este cuerpo lo veían con muy distintos ojos, desde hacía mucho tiempo, la corte y el pueblo. Si hemos de creer lo que dicen todos los ministros y la corte, el parlamento de París era un tribunal encargado de juzgar las causas de los ciudadanos; gozaba de esa

prerrogativa por la sola voluntad de los reyes, y no tenía sobre los demás parlamentos del reino más preeminencia que la de su antigüedad y la de su jurisdicción mas amplia; era la cámara de los pares sólo porque la corte residía en París; tenía el mismo derecho que los demás cuerpos a hacer exhortaciones y ese derecho era también una simple merced: sucedió a los parlamentos que en otro tiempo habían representado a la nación francesa, pero conservaba de esas antiguas asambleas únicamente el nombre; y como prueba incontestable de ello tenemos que, en efecto, los estados generales fueron sustituidos por las asambleas de la nación, y el parlamento de París no se parecía más a los parlamentos de nuestros primeros reyes de lo que un cónsul de Esmirna o de Alepo se asemeja a un cónsul romano.

Este nombre equívoco servía de pretexto a las ambiciosas pretensiones de un cuerpo de legistas, que por haber comprado sus cargos creían ocupar el sitio de los conquistadores de las Galias y de los señores feudales de la corona. En todos los tiempos ese cuerpo abusó del poder que necesariamente se arroga un primer tribunal, que reside siempre en una capital. Se atrevió a dictar una sentencia contra Carlos VII, desterrándolo del reino; abrió un proceso criminal contra Enrique III; en todos los tiempos resistió, tanto como pudo, a sus soberanos; y durante la minoridad de Luis XIV, con el más suave de los gobiernos y la más indulgente de las reinas, quiso hacer la guerra civil a su príncipe, a ejemplo del parlamento de Inglaterra que tenía entonces a su rey prisionero, y que le hizo cortar la cabeza. Eso era lo que alegaban y pensaban en el gabinete.

Pero los ciudadanos de París y todo lo que dependía de la toga, veían en el parlamento un cuerpo augusto, que hacía justicia con una integridad respetable, que sólo deseaba el bien del estado y lo deseaba hasta comprometer su fortuna; que limitaba su ambición a la gloria de reprimir la ambición de los favoritos y que sabía mantenerse firme entre el rey y el pueblo; y, sin examinar el origen de sus derechos y de su poder, se le suponían los derechos más sagrados y el poder más incontestable: cuando se lo veía defender la causa del pueblo contra ministros odiados se lo llamaba el padre del estado; y apenas se distinguía entre el derecho que da la corona a los reyes y el que daba al parlamento el poder de moderar la voluntad de los reyes.

Entre esos dos extremos era imposible hallar un justo medio; porque, a fin de cuentas, la ocasión y el tiempo eran las únicas leyes indiscutidas. Con un gobierno fuerte el parlamento no era nada: lo era todo con un rey débil; y podía aplicársele lo dicho por M. de Guémené, cuando el cuerpo se quejó, durante el reinado de Luis XIII, de haber sido precedido por los diputados de la nobleza: “Señores, tomaréis la revancha durante la minoridad.”

No queremos repetir aquí todo lo escrito sobre esos desórdenes y copiar de los libros para poner ante los ojos infinidad de detalles entonces tan preciados e importantes y hoy casi olvidados; sino que se debe expresar lo que caracteriza el espíritu de la nación, hablar menos de lo que es común a todas las guerras civiles y más de lo que distingue a la de la Fronda.

Establecidos entre los hombres únicamente dos poderes para el mantenimiento de la paz y habiendo iniciado la rebelión un arzobispo y un parlamento de París, el pueblo creyó justificados todos esos arrebatos. La reina no podía aparecer en público sin ser injuriada, se la llamaba Señora Ana a secas; y si se agregaba algún título era de oprobio. El pueblo le reprochaba con furor sacrificar el estado a su amistad con Mazarino; lo más insoportable era que oía por todas partes esas canciones y vaudevilles, monumentos de mofa y malignidad hechos como para eternizar las dudas que se tenían acerca de su virtud. Madame de Motteville dice con su noble y sincera ingenuidad: “esas insolencias horrorizaban a la reina, y los parisienses equivocados le inspiraban piedad”.

(6 de enero de 1649) La reina huyó de París con sus hijos, su ministro, el duque de Orléans, hermano de Luis XIII, el gran Condé, y se dirigió a Saint-Germain donde casi toda la corte durmió sobre la paja. Fue necesario dar en prenda a los usureros las pedrerías de la corona.¹¹

El rey careció a menudo de lo necesario y los pajes de su cámara fueron despedidos porque no había con qué alimentarlos. En ese tiempo hasta la tía de Luis XIV, hija de Enrique el Grande, esposa del rey de Inglaterra, refugiada en París, se vio reducida a una extrema pobreza, y su hija, casada después con el hermano de Luis XIV, permanecía en el lecho por no tener con qué calentarse, sin que el pueblo de París, ebrio de ira, prestara atención siquiera a la aflicción de tantas personas reales.

Ana de Austria, cuyo espíritu, gracia y bondad se alababan, casi siempre fue desdichada en Francia. Durante largo tiempo fue tratada como una criminal por su esposo; perseguida por el cardenal de Richeheu, le quitaron sus documentos en Val-de-Grâce; obligada a firmar en pleno consejo que era culpable ante el rey, su marido. Cuando dio a luz a Luis XIV, ése mismo marido se negó a besarla, como era la costum-bre,¹² y esta afrenta trastornó su salud hasta el punto de poner su vida en peligro. Por último, en su regencia, después de colmar de favores a todos aquellos que se los imploraron, se vio expulsada de la capital por un pueblo voluble y furioso. Ella y su cuñada, la reina de Inglaterra, eran un ejemplo memorable de las revoluciones a que están expuestas las testas coronadas; y su madre política, María de Medicis, fue todavía más desventurada.

La reina, con lágrimas en los ojos, instó al príncipe de Condé para que se convirtiera en el protector del rey. El vencedor de Rocroi, de Friburgo, de Lens y de Nordlingen no desmintió sus muchos servicios anteriores: se sintió halagado por el honor de defender una corte, que creía ingrata, contra la Fronda que buscaba su apoyo. El parlamento tuvo, pues, que combatir al gran Condé y se atrevió a sostener la guerra.

El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, tan celoso de su hermano mayor como incapaz de igualarlo; el duque de Longueville, el duque de Beaufort, el duque de Bouillon, animados por el espíritu inquieto del coadjutor y ávidos de novedades, jactándose de levantar su grandeza sobre las ruinas del estado y de hacer servir a sus designios particulares los movimientos ciegos del parlamento, fueron a ofrecerle sus servicios. Se nombraron, en la gran cámara, los generales de un ejército inexistente. Todos se impusieron la tarea de reclutar tropas. Había veinte consejeros provistos de

cargos nuevos creados por el cardenal de Richelieu. Sus cofrades, por una pequeñez de espíritu a la que toda sociedad es susceptible, parecían perseguir en ellos la memoria de Richelieu; los abrumaban a disgustos y no los miraban como miembros del parlamento: cada uno debió donar quince mil libras para gastos de guerra y para comprar la tolerancia de los cofrades.

La gran cámara, la de investigaciones, la de las demandas, la cámara de las cuentas, el tribunal de consumos, que tanto habían gritado contra impuestos moderados y necesarios, y, sobre todo, contra el aumento de la tarifa, que no alcanzaba a más de doscientas mil libras, suministraron una suma equivalente a diez millones de nuestra moneda actual, para trastornar a la patria. (14 de febrero de 1649) Se dictó una resolución por la cual se ordenaba la incautación de todo el dinero de los partidarios de la corte. Se requisaron un millón doscientas mil libras de las actuales. Se reclutaron doce mil hombres por disposición del parlamento: cada puerta cochera proporcionó un hombre y un caballo. A esa caballería se la llamó la caballería de las puertas cocheras. El coadjutor tenía un regimiento que se llamaba regimiento de Corinto, por ser ésa la ciudad del arzobispo titular.

Sin los nombres del rey de Francia, del gran Condé, de la capital del reino, la guerra de La Fronda hubiera sido tan ridícula como la de los Barberini; no se sabía por qué se peleaba. El príncipe de Condé sitio, cien mil burgueses con ocho mil soldados. Los parisienses se ponían en campaña adornados de plumas y cintas y sus evoluciones eran objeto de bromas por parte de las personas del oficio. Huían en cuanto encontraban doscientos hombres del ejército real; todo parecía una broma; y cuando el regimiento de Corinto fue vencido por una pequeña partida se llamó a esta derrota la primera de los corintios.

Los veinte consejeros que contribuyeron con quince mil libras no alcanzaron más honor que el de ser llamados los quince-veinte.

Al duque de Beaufort-Vendôme, nieto de Enrique IV, ídolo del pueblo e instrumento utilizado para sublevarlo, príncipe popular pero de espíritu limitado, se le hacía objeto públicamente de las burlas de la corte y de la misma Fronda. Siempre que se hablaba de él se le llamaba el rey del mercado. Una bala le produjo una contusión en un brazo, y dijo que había sido una simple confusión.

La duquesa de Nemours refiere en sus Memorias que el príncipe de Condé presentó a la reina un enanito giboso, armado de pies a cabeza, diciéndole: “He aquí el generalísimo del ejército parisiense.” Se refería a su hermano el príncipe de Conti, que era en efecto jorobado, y había sido elegido general por los parisienses. Sin embargo, el propio Condé, que según madame de Nemours decía que esa guerra no merecía más que ser puesta en versos burlescos, fue después general de esas mismas tropas. La llamaba también la guerra de las bacinicas.

Las tropas parisienses que no salían de París sin volver derrotadas, eran recibidas con gritos y carcajadas. Epigramas y coplas eran la única compensación de esas pequeñas

derrotas; y los cabarets y demás casas de vicio eran las tiendas de campaña donde se reunían los consejos de guerra, en medio de bromas, canciones, y la alegría más disoluta. La licencia era tan desenfadada que una noche los principales oficiales de la Fronda se encontraron en la calle a unos sacerdotes que llevaban los santos sacramentos a un hombre que se sospechaba era mazarinista, y los persiguieron a cintarazos.

El propio coadjutor, arzobispo de París, asistió a la sesión del parlamento con un puñal en el bolsillo, cuya empuñadura sobresalía. Al verlo, la gente decía: “Ése es el breviario de nuestro arzobispo.”

Un heraldo de armas fué enviado a la puerta San Antonio, acompañado de un gentilhomme ordinario de la cámara del rey, para hacer proposiciones (1649). El parlamento no quiso recibirlo, pero admitió en cambio, en la gran cámara, a un enviado del archiduque Leopoldo, que estaba entonces en guerra con Francia.

En medio de todos esos desórdenes la nobleza se reunió en masa en los Agustinos, nombró síndicos y dispuso realizar sesiones públicamente. Lo natural sería pensar que lo hacían para reformar a Francia y reunir los estados generales; pero no, el motivo era un taburete que la reina había regalado a madame de Pons; quizá no haya habido nunca una prueba más palpable de la ligereza de espíritu reprochada a los franceses.

Las discordias civiles que precisamente por ese tiempo desolaban a Inglaterra nos sirven muy bien para ilustrar el carácter de ambas naciones. Los ingleses pusieron en sus contiendas civiles un encarnizamiento melancólico y un furor razonado: daban batallas sangrientas; el hierro lo decidía todo; los cadalsos aguardaban a los vencidos; el rey, hecho preso mientras combatía, fué llevado ante una corte de justicia, enjuiciado por el abuso de poder de que se le acusaba, condenado a morir decapitado y ejecutado delante de todo el pueblo (9 de febrero de 1649), con el mismo orden y aparato de justicia desplegado para condenar a un ciudadano criminal; y sin que, en el curso de esos horribles trastornos, Londres resintiera ni por un solo momento las calamidades que las guerras civiles traen aparejadas.

Los franceses, por el contrario, se lanzaban a la sedición por capricho y riendo: las mujeres se ponían a la cabeza de las facciones y el amor hacía y deshacía las intrigas. La duquesa de Longueville comprometió a Turena, apenas nombrado mariscal de Francia, a que sublevara al ejército que el rey había puesto bajo su mando.

Era el mismo ejército reunido por el célebre duque de Saxe-Weimar. Al morir el duque de Weimar, pasó bajo el mando del conde de Erlach, miembro de una antigua casa del cantón de Berna. Este conde de Erlach fué quien cedió ese ejército a Francia, a cambio de lo cual obtuvo la posesión de Alsacia. El vizconde de Turena trató de seducirlo; de lograrlo, Luis XIV hubiera perdido la Alsacia, pero el conde fué inquebrantable y mantuvo a las fuerzas de Weimar fieles al juramento dado. El cardenal Mazarino le llegó a pedir incluso que detuviera al vizconde. Este gran hombre, infiel por debilidad, se vio obligado a abandonar huyendo el ejército del cual era general para complacer a una mujer que se reía de su pasión; y de general del rey de Francia se convirtió en

lugarteniente de don Esteban de Gamare, con el cual fué derrotado en Rethel por el mariscal du Plessis-Praslin.

Se conoce la esquila dirigida por el mariscal de Hocquincourt a la duquesa de Montbazon: Peronne es la bella entre las bellas. Son conocidos también los versos dedicados por el duque de La Rochefoucauld a la duquesa de Longueville, escritos cuando recibió, en el combate de San Antonio, un tiro de mosquete que le hizo perder por un tiempo la vista:

*Pour mériter son coeur, pour plaire à ses beaux yeux,
j'ai fait la guerre aux rois; je l'aurais faite aux dieux*

En las Memorias de Mademoiselle se lee una carta de Gastón, duque de Orléans, su padre, cuya dirección es: A las señoras condesas, mariscales de campo en el ejército de mi hija, enemigo de Mazarino.

La guerra terminó y volvió a empezar en varias ocasiones; no hubo nadie que dejara de cambiar frecuentemente de partido. El príncipe de Condé que condujo de nuevo a París a la corte triunfante, se entregó al placer de despreciarla después de haberla defendido; y estimando que no se le recompensaba en proporción a su gloria y sus servicios, fué el primero en poner a Mazarino en ridículo, en desafiar a la reina y en insultar al gobierno que desdeñaba. Se dice que escribió al cardenal: all'illustrissimo signor Faquino. Otro día le dijo: Adiós, Marte. Animó al marqués de Jarsai para que se le declarara a la reina y le sentó mal que se atreviera a darse por ofendida. Se unió a su hermano el príncipe de Conti y al duque de Longueville, que abandonaron el partido de la Fronda. Se llamó a la intriga del duque de Beaufort, al comienzo de la regencia, la de los importantes y a la de Condé la del parti des petits-maîtres porque querían ser los amos del estado. Esas revueltas no han dejado más huellas que el nombre de petimetre aplicado hoy a la juventud presuntuosa y mal educada, y el nombre de frondeurs, que se da a los censores del gobierno.

Todos los bandos emplearon medios tan bajos como odiosos. Joli, consejero en el Châtelet, luego secretario del cardenal de Retz, se hizo una incisión en un brazo y mandó descerrajar un tiro en su carroza para hacer creer que la corte lo había querido asesinar.

Pocos días después, para dividir el partido de Condé y los frondeurs, y tornarlos irreconciliables, dispararon tiros de fusil sobre las carrozas del gran Condé y mataron a uno de sus lacayos; a esto se le llamó: une joliade renforcée. ¿Quién ejecutó esta extraña empresa? ¿Fue el partido del cardenal Mazarino? Se sospechó mucho de él. Se acusó en pleno parlamento al cardenal de Retz, al duque de Beaufort y al anciano Broussel, pero se justificaron.

Todos los partidos se agredían, negociaban y se traicionaban sucesivamente. Todo hombre importante o que quería serlo pretendía cimentar su fortuna sobre la ruina

pública; y el tema del bien público no se le caía a nadie de los labios. Gastón sentía celos de la gloria de Condé y del prestigio de Mazarino; Condé ni los quería ni los apreciaba. El coadjutor del arzobispado de París deseaba que la reina lo designara cardenal, y se consagraba a ella para obtener esa dignidad extranjera que si no daba ninguna autoridad realzaba el prestigio del que la poseía. Eran tan fuertes los prejuicios que el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, quería cubrir como él, su corona de príncipe con un capelo rojo. Y, al mismo tiempo, era tan grande el poder de las intrigas que un abate de humilde origen y sin mérito, llamado La Rivière, le disputaba el capelo romano al príncipe. Ni uno ni otro lo tuvieron; el príncipe porque, por último, lo despreció; La Rivière, porque se burlaron de su ambición: en cambio el coadjutor lo obtuvo por haber abandonado al príncipe de Condé a los resentimientos de la reina.

Esos resentimientos no tenían más fundamento que pequeños conflictos de interés surgidos entre el gran Condé y Mazarino. Ningún crimen de estado podía ser imputado al gran Condé; sin embargo, él, su hermano de Conti y su cuñado de Longueville, fueron detenidos en el Louvre, sin más expediente que el temor de Mazarino. (18 de enero de 1650) Este procedimiento iba, en verdad, contra toda ley, pero ninguno de los partidos se guiaba por la ley.

El cardenal recurrió a una baja acción, calificada entonces de habilidad política para apresar a los príncipes. Se acusó a los frondeurs de haber intentado asesinar al príncipe de Condé; Mazarino le hizo creer que se trataba de detener a uno de los conjurados y de engañar a los frondeurs; que su alteza debía firmar la orden para que los gendarmes de la guardia estuvieran alertas en el Louvre, y el gran Condé firmó la orden de su propia detención. Es difícil hallar mejor ejemplo de que la habilidad política consiste muchas veces en el engaño y de que la sagacidad estriba en saber descubrir al mentiroso.

En la Vida de la duquesa de Longueville se lee que la reina madre se retiró a su pequeño oratorio mientras capturaban a los príncipes y que hizo arrodillar al rey su hijo, de once años de edad, para que juntos rogaran a Dios devotamente por el feliz resultado de la expedición. Lo que en Ana de Austria no pasaba de ser una debilidad común a las mujeres, en Mazarino hubiera sido una fantochada atroz. Las mujeres unen la devoción al amor, a la política y a la crueldad incluso. Las mujeres fuertes están por encima de esas pequeñeces.

Con sólo haber querido agradar el príncipe de Condé hubiese podido gobernar el estado, pero le bastaba con ser admirado. El pueblo de París, que levantó barricadas por un clérigo consejero medio imbécil, encendió fogatas cuando llevaron a la torre de Vincennes al defensor y héroe de Francia.

Prueba evidente también de la manera como los acontecimientos engañan a los hombres. La prisión de los tres príncipes que debía apaciguar las facciones, las reanimó. La madre del príncipe de Condé, desterrada, permaneció en París, a pesar de la corte, y presentó su demanda al parlamento (1650). Su esposa, arrostrando mil peligros, se refugió en la ciudad de Burdeos, y ayudada por los duques de Bouillon y de La Rochefoucauld sublevó a la ciudad y armó a España.

Toda Francia reclamaba al gran Condé. De haber aparecido entonces la corte hubiera estado perdida. Gourville, que de simple mucamo del duque de La Rochefoucauld se convirtió en hombre importante por su carácter avisado y prudente, concibió un medio seguro de liberar a los príncipes encerrados en Vincennes. Uno de los conjurados cometió la tontería de confesarse a un sacerdote de la Fronda. Ese mal sacerdote advirtió al coadjutor, perseguidor en ese tiempo del gran Condé, y la empresa fracasó por la violación del secreto de confesión, hecho tan común en las guerras civiles.

Por las Memorias del consejero de estado Lenet, más curiosas que conocidas, vemos cómo, en esos tiempos de licencia desenfrenada, de turbulencias, de iniquidades y hasta de impiedades, los sacerdotes tenían todavía poder sobre los espíritus. Cuenta cómo en Borgoña, el deán de la Santa Capilla, adicto al príncipe de Condé, le ofreció a título de ayuda hacer hablar en su favor desde el púlpito a todos los predicadores, y de hacer actuar a todos los sacerdotes en la confesión.

Para darnos a conocer mejor las costumbres del tiempo, refiere que, cuando la mujer del gran Condé fue a refugiarse a Burdeos, los duques de Bouillon y de La Rochefoucauld salieron a su encuentro a la cabeza de una multitud de jóvenes gentileshombres que gritaron en sus oídos: ¡viva Condé! agregando una palabra obscena para Mazarino, y rogándole que uniera su voz a las suyas.

(13 de febrero de 1651) Un año después, los mismos frondeurs que habían entregado al gran Condé y a los príncipes a la venganza tímida de Mazarino, forzaron a la reina a abrir sus prisiones y a expulsar del reino a su primer ministro. Mazarino en persona fue al Havre donde estaban detenidos y los puso en libertad, recibiendo de ellos tan sólo el desprecio que debía esperar; luego, se retiró a Lieja. Condé volvió a París, aclamado por el mismo pueblo que lo había odiado tanto. Su presencia renovó las intrigas, las disensiones y las muertes.

Este estado de incandescencia se prolongó en el reino durante algunos años más. El gobierno tomó casi siempre partidos débiles y vacilantes: debió por ello sucumbir, pero la desunión de los rebeldes salvó a la corte. El coadjutor, tan pronto amigo como enemigo del príncipe de Condé, se ganó la enemistad de una parte del parlamento y del pueblo; tuvo la osadía de servir a la reina enfrentándose al príncipe, y, a un mismo tiempo, de ultrajarla obligándola a alejar al cardenal Mazarino, quien se retiró a Colonia. La reina, por una contradicción muy común a los gobiernos débiles, se vio obligada a aceptar tanto sus servicios como sus ofensas y de elevar al cardenalato a ese mismo coadjutor instigador de las barricadas, que no sólo forzó a la familia real a salir de la capital sino que la sitió.

CAPITULO V

CONTINUACIÓN DE LA GUERRA CIVIL HASTA EL FIN DE LA

REBELIÓN EN 1653

El príncipe de Condé se resolvió por fin a una guerra que debía haber comenzado en tiempos de la Fronda si hubiera querido apoderarse del estado, o que no debía haber hecho jamás si hubiera sido ciudadano. Parte de París; se dirige a sublevar Guyena, Anjou y Poitou, y mendiga contra Francia la ayuda de los españoles, de quienes había sido el más terrible azote.

Nada muestra mejor la obcecación de la época y la anarquía con que se procedía, que lo acontecido entonces al príncipe. Mediante un correo de París la reina le hizo proposiciones que debían obligarlo al regreso y a la paz. El correo se equivocó, y en vez de ir a Angerville, donde estaba el príncipe, fue a Augerville. La carta llegó demasiado tarde. Condé dijo que si la hubiera recibido antes habría aceptado las proposiciones de paz; pero como estaba ya bastante lejos de París no valía la pena volver. Así pues, el error del correo y el capricho del príncipe sumieron nuevamente a Francia en la guerra civil.

(Diciembre de 1651) Entonces el cardenal Mazarino, que había gobernado a la corte desde su exilio en Colonia, volvió al reino, menos como ministro que se dirige a reasumir el cargo que como soberano que toma posesión de sus estados; volvió acompañado de un pequeño ejército de siete mil hombres reclutados a sus expensas, es decir, con el dinero que se había apropiado del reino.

En una declaración de la época, se le hace decir al rey que el cardenal había, en efecto, reclutado las tropas con su dinero, lo cual viene a desmentir la opinión de quienes escribieron que al salir por primera vez del reino Mazarino se encontraba en la indigencia. Dio el mando de su pequeño ejército al mariscal de Hocquincourt. Todos los oficiales llevaban bandas verdes, color de las libreas del cardenal. Cada partido tenía entonces su banda: la del rey era blanca; isabelina la del príncipe de Condé. Era asombroso que el cardenal Mazarino, que hasta entonces había aparentado tanta modestia, tuviera el atrevimiento de hacer llevar sus libreas a un ejército, como si perteneciera a un partido diferente del de su soberano; pero no pudo resistir a esa vanidad: lo mismo precisamente, hecho por el mariscal de Ancre, contribuyó con mucho a su pérdida; sin embargo, igual temeridad favoreció al cardenal Mazarino, ya que la reina la aprobó. El rey, ya mayor, y su hermano, salieron a su encuentro.

(Diciembre de 1651) A las primeras noticias de su regreso, Gastón de Orléans, hermano de Luis XIII, que había pedido el alejamiento del cardenal, reclutó tropas en París sin saber en qué emplearlas. El parlamento renovó sus sentencias; proscribió a Mazarino y

puso precio a su cabeza. Fue preciso hacer una búsqueda en los registros para saber cuál era el precio de una cabeza enemiga del reino, y se encontró que durante el reinado de Carlos IX se habían ofrecido, por decreto, cincuenta mil escudos a quien entregara al almirante Coligni, vivo o muerto. Se creyó muy seriamente proceder en regla poniendo el mismo precio al asesinato de un cardenal primer ministro.

La proscripción no tentó a nadie a hacerse merecedor de los cincuenta mil escudos, que, al fin de cuentas, no hubieran sido pagados. En otra nación y en otro tiempo, no hubieran faltado ejecutores de semejante sentencia, pero sólo sirvió de pábulo a nuevas bromas. Los Blot y los Marigni, espíritus joviales, que ponían la nota alegre en la tumultuosidad de aquellas revueltas, fijaron carteles en París ofreciendo repartir ciento cincuenta mil libras; tanto para quien cortara la naridículo fué todo lo que produjo la proscripción contra la persona del ministro; pero sus muebles y su biblioteca se vendieron por un segundo decreto. Ese dinero, destinado a pagar un asesino, fué disipado por los depositarios, como todo el dinero percibido entonces. El cardenal, por su parte, no empleaba contra sus enemigos ni el veneno ni el asesinato, y a pesar de la acritud y la obcecación de tantos partidos y de tantos odios, no se cometieron muchos grandes crímenes; los jefes de partido fueron menos crueles y el pueblo menos violento que en tiempos de la Liga, porque ésta no era una guerra de religión.

(Diciembre de 1561) La locura reinante en esa época se apoderó en tal forma del cuerpo del parlamento de París, que después de haber ordenado solemnemente un asesinato objeto de mofa, dispuso que varios consejeros se trasladasen a la frontera para instruir proceso contra el ejército del cardenal Mazarino, es decir, contra el ejército real.

Dos consejeros fueron lo bastante imprudentes para ir con algunos campesinos a destruir los puentes por donde debía pasar el cardenal: uno de ellos, llamado Bitaut, fué hecho prisionero por las tropas del rey y luego puesto en libertad indulgentemente, sufriendo las burlas de todos los partidos.

(1652) Entretanto, el rey, ya mayor, disuelve el parlamento de París y lo transfiere a Pontoise. Catorce miembros adictos a la corte obedecen, los otros hacen resistencia. He aquí dos parlamentos que, para llevar la confusión al colmo, se fulminan con sentencias recíprocas, como en tiempos de Enrique IV y Carlos VI.

Precisamente cuando este cuerpo se dejaba llevar a tales extremos contra el ministro del rey, declaró reo de lesa majestad al príncipe de Condé, quien no se había armado sino contra el ministro, y por un estado de enajenación de espíritu en el que todos los pasos precedentes hacen creer, ordenó que las nuevas tropas de Gastón, duque de Orléans, marcharan contra Mazarino: y, al mismo tiempo, prohibió que se tomara un solo denario de los dineros públicos para asalariarlas.

No se podía esperar otra cosa de un cuerpo de magistrados que, arrojado fuera de su esfera y no conociendo ni sus derechos, ni su poder real, ni los asuntos políticos, ni la guerra, reuniéndose y decidiendo tumultuosamente, tomaba un partido en el que no había pensado el día anterior y del que él mismo se sorprendía en seguida.

El parlamento de Burdeos servía entonces al príncipe de Conde; pero mantuvo una conducta más uniforme, porque alejado de la corte, como lo estaba, lo agitaban menos las facciones opuestas. Objetos más importantes interesaban a toda Francia.

Condé, aliado de los españoles, estaba en campaña contra el rey; y Turena, que había abandonado a esos mismos españoles con los cuales fuera derrotado en Rethel, acababa de hacer las paces con la corte y mandaba el ejército real. Las finanzas agotadas no permitían a ninguno de los dos partidos tener grandes ejércitos; pero los que había, a pesar de ser pequeños, no dejaban de decidir la suerte del estado. En algunos momentos cien mil hombres en campaña apenas pueden tomar dos ciudades, y en otros una batalla librada entre siete u ocho mil hombres puede derribar un trono o afirmarlo.

Luis XIV, criado en la adversidad, iba con su madre, su hermano y el cardenal Mazarino, de provincia en provincia, llevando escasas tropas alrededor de su persona, que no equivalían, ni con mucho, a las que tuvo después en tiempos de paz para su sola guardia. Cinco o seis mil hombres, unos enviados de España, los otros reclutados por partidarios del príncipe de Condé, lo perseguían en el corazón del reino.

El príncipe de Condé corría entretanto de Burdeos a Montauban, tomaba ciudades y engrosaba en todas partes su partido.

Las esperanzas todas de la corte estaban cifradas en el mariscal de Turena. El ejército real se hallaba cerca de Gien-sur-Loire. El del príncipe de Condé estaba a algunas leguas, bajo las órdenes del duque de Nemours y del duque de Beaufort. Las divisiones de estos dos generales serían funestas al partido del príncipe. El duque de Beaufort no tenía el menor don de mando y el de Nemours pasaba por ser más bueno y amable que hábil. Los dos juntos arruinaron su ejército. Los soldados que sabían que el gran Condé estaba a cien leguas de allí, se creían perdidos, cuando en mitad de la noche se presentó un correo en el bosque de Orléans ante las avanzadas. Los centinelas reconocieron en ese correo al propio príncipe -de Condé, que llegaba de Agen después de mil aventuras, el cual, sin quitarse su disfraz se puso al frente de su ejército.

Su presencia servía de mucho y mucho más aún esa llegada imprevista. Sabía que todo lo repentino e inesperado transporta a los hombres y aprovechó al instante la confianza y la audacia que acababa de inspirar. El gran talento del príncipe en la guerra consistía en tomar instantáneamente las resoluciones más atrevidas y ejecutarlas con tanto acierto como prontitud.

(7 de abril de 1652) El ejército real estaba separado en dos cuerpos. Condé cayó sobre el que se encontraba en Blenau, mandado por el mariscal de Hocquincourt, cuerpo que se dispersó en cuanto fue atacado. No se pudo advertir a Turena. El cardenal Mazarino, asustado, corrió a Gien a media noche, a despertar al rey que dormía para comunicarle la noticia. La pequeña corte se consternó; se propuso salvar al rey huyendo y conducirlo secretamente a Bourges. El príncipe de Condé victorioso se acercaba a Gien aumentando el temor y la desolación. Turena con su firmeza tranquilizó los ánimos, y con su habilidad salvó a la corte; con las escasas tropas que le quedaban hizo

movimientos tan felices, aprovechó tan bien el terreno y el tiempo que impidió a Condé aumentar su ventaja. Fue difícil decidir quién había logrado más honor, si Condé victorioso, o Turena arrancándole el fruto de la victoria. Es cierto que en ese combate de Blenau, durante tanto tiempo célebre en Francia, no hubo ni cuatrocientos muertos, pero no por ello el príncipe de Condé dejó de estar muy cerca de apoderarse de toda la familia real y de tener en sus manos a su enemigo, el cardenal Mazarino. Es difícil encontrar reunidos en un combate tan pequeño, mayores intereses, y peligros más inminentes.

Condé, que no pudo gloriarse de haber sorprendido a Turena como sorprendió a Hocquincourt, dirigió su ejército hacia París, apresurándose a llegar a la ciudad para gozar de su gloria y de las disposiciones favorables de un pueblo ciego. La admiración que despertó ese último combate, del cual se exageraban además las circunstancias en que se había dado, el odio que inspiraba Mazarino, el prestigio y la presencia del gran Condé parecieron, en un principio, hacerlo dueño absoluto de la capital; pero todos los ánimos estaban divididos en el fondo, y cada partido subdividido en facciones, como ocurre en todas las conmociones populares. El coadjutor, convertido en cardenal de Retz, reconciliado en apariencia con la corte que lo temía y de la cual desconfiaba, no era ya el amo del pueblo y no desempeñaba el papel principal. Gobernaba al duque de Orléans y se oponía a Condé. El parlamento oscilaba entre la corte, el duque de Orléans y el príncipe: aunque todos clamaban de común acuerdo contra Mazarino, cada uno perseguía en secreto intereses particulares; el pueblo era un mar tempestuoso de olas llevadas al azar por todos esos vientos contrarios. Pasearon por París el relicario de Santa Genoveva para obtener la expulsión del cardenal ministro; y el populacho no dudó de que la santa operaría el milagro, de la misma manera como concede la lluvia.

Todo eran negociaciones entre los jefes de partido, diputaciones del parlamento, asambleas de las cámaras, sediciones de la plebe, gentes de guerra en el campo. Se montaba la guardia a las puertas de los monasterios. El príncipe pidió socorro a los españoles. Carlos IV, duque de Lorena, expulsado de sus estados, cuya única propiedad era un ejército de ocho mil hombres que vendía todos los años al rey de España, llegó a las cercanías de París con ese ejército. El cardenal Mazarino le ofreció más dinero para que regresara del que el príncipe de Condé le había dado para que viniera. Acto seguido, el duque de Lorena, llevándose el dinero de los dos partidos, abandonó Francia después de arrasarla a su paso.

(1652) Condé se quedó, pues, en París, con un poder que día a día disminuía y un ejército más débil aún. Turena condujo al rey y su corte a París. El rey, a la edad de quince años (2 de julio), vio, desde la altura de Charonne, la batalla de San Antonio, en la cual ambos generales hicieron tan grandes cosas con tan pocas tropas, y la fama de los dos, que parecía no poder crecer más, aumentó.

El príncipe de Condé, con un corto número de señores de su partido, seguido por unos cuantos soldados, sostuvo y rechazó los ataques del ejército real. El duque de Orléans, sin saber qué decisión debía tomar, permanecía, en su palacio de Luxemburgo. El

cardenal de Retz estaba acantonado en su arzobispado. El parlamento esperaba el resultado de la batalla para dictar alguna resolución. La reina, deshecha en llanto, se prosternaba en una capilla de los Carmelitas. El pueblo, que temía tanto a las tropas del rey como a las del señor Príncipe, cerró las puertas de la ciudad y no dejó entrar ni salir a nadie, mientras lo más granado de Francia se encarnizaba en el combate y vertía su sangre en las afueras. En esa ocasión el duque de La Rochefoucauld, tan ilustre por su valor como por su espíritu, recibió el tiro cerca de los ojos que le hizo perder la vista durante algún tiempo. Un sobrino del cardenal Mazarino fué muerto; y el pueblo se creyó vengado. Todo eran jóvenes señores muertos o heridos llevados a la puerta de San Antonio, que permanecía cerrada.

Por último, Mademoiselle, hija de Gastón, se puso de parte de Condé, a quien su padre no se atrevió a socorrer, hizo abrir las puertas a los heridos y tuvo la osadía de hacer disparar sobre las tropas del rey los cañones de la Bastilla. El ejército real se retiró: Condé ganó gloria tan sólo; pero Mademoiselle se perdió para siempre en la voluntad del rey, su primo, por esta acción violenta; y el cardenal Mazarino, que conocía los enormes deseos de Mademoiselle de desposar una testa coronada, dijo entonces: Estos cañones acaban de matar a su marido.

A la mayor parte de nuestros historiadores les basta con hablar de esos combates y de esos prodigios de valor y política: pero aquél que conociera los resortes vergonzosos que tuvieron que utilizarse, las miserias en que fueron sumidos los pueblos, y las bajezas a que se tuvo que recurrir, vería -la gloria de los héroes de aquel tiempo con más piedad que admiración. Con sólo los detalles referidos por Gourville, hombre adicto al príncipe, puede juzgarse. Él mismo nos dice cómo, para proporcionarle dinero, robó el importe de una recaudación, cómo fué a casa de un director de correos, lo secuestró y le hizo pagar un rescate: y cuenta esas violencias como cosas ordinarias.

La libra de pan valía entonces en París veinticuatro centavos de los de ahora. El pueblo sufría, las limosnas no bastaban, diversas provincias se hallaban en la miseria.

¿Hay algo más funesto que lo ocurrido en esta guerra frente a Burdeos? Las fuerzas reales apresan a un gentilhomme y le cortan la cabeza; entonces, el duque de La Rochefoucauld hace apresar, como represalia, a un gentilhomme del partido del rey, no obstante lo cual el duque de La Rochefoucauld pasa por filósofo. Pero los grandes intereses de los jefes de partido hacían olvidar pronto todos estos horrores.

Y, al mismo tiempo, ¿hay algo más ridículo que ver al gran Condé besar el relicario de Santa Genoveva en una procesión, frotar contra él su rosario, mostrarlo al pueblo, y probar, con esta bufonada, que los héroes rinden culto con frecuencia a la canalla?

Ni el menor decoro, ni decencia alguna, tanto en los procedimientos como en las palabras. Orner Talon nos refiere cómo oyó a algunos consejeros llamar ganapán al cardenal primer ministro; y un consejero apellidado Quatre-Sous apostrofó rudamente al gran Condé, en pleno parlamento, por lo cual comenzó una pelea a bofetadas en el santuario de la justicia.

También se dieron de golpes en Notre-Dame por un sitio que los presidentes de las cortes de investigaciones disputaban al deán de la gran cámara en 1644. En 1645 se dejó penetrar al estrado reservado a la gente del rey a mujeres del pueblo, que de rodillas pidieron que el parlamento revocara los impuestos.

Estos desórdenes de todo género continuaron desde 1644 hasta 1653, primero sin graves trastornos, luego en continuas sediciones, de un extremo a otro del reino.

El gran Condé llegó al extremo de dar una bofetada al conde de Rieux, hijo del príncipe de Elbeuf, en casa del duque de Orléans: no eran éstos procedimientos para reconquistar el corazón de los parisienses. El conde de Rieux devolvió la bofetada al vencedor de Rocroi, de Friburgo, de Nordlingen y de Lens. Esta extraña aventura no pasó a mayores. Monsieur mandó por unos días a la Bastilla al hijo del duque de Elbeuf, y ya no se habló más de ello.¹

La disputa del duque de Beaufort con su cuñado el duque de Nemours, fué seria. Se retaron a duelo, llevando cada uno cuatro padrinos. El duque de Nemours fué muerto por el duque de Beaufort, y el marqués de Villars² apodado Orondate, que apadrinaba a Nemours, mató a su adversario Hericourt, a quien veía por primera vez. No había ni sombra de justicia. Los duelos eran frecuentes, las depredaciones continuas, las licencias llevadas hasta la impudicia pública; pero en medio de tantos desórdenes reinó siempre una alegría que los hizo menos funestos.

Después del sangriento e inútil combate, de San Antonio el rey no pudo volver a París ni el príncipe permanecer allí más tiempo. Una conmoción popular y la muerte de numerosos ciudadanos de la cual se le creyó autor lo hicieron odioso al pueblo. Sin embargo, seguía intrigando en el parlamento. (20 de julio de 1652) El cuerpo, poco temeroso entonces de una corte errante y en cierto modo expulsada de la capital, apremiado por las intrigas del duque de Orléans y del príncipe, dictó una resolución declarando al duque de Orléans lugarteniente general del reino, aunque el rey era mayor: el mismo título le fue otorgado al duque de Mayenne en tiempos de la Liga. Se nombró al príncipe de Condé generalísimo de los ejércitos. Los dos parlamentos, el de París y el de Pontoise, que por desconocerse mutuamente y dar resoluciones contrarias se ganarían el desprecio del pueblo, estuvieron acordes en pedir la expulsión de Mazarino: ¡hasta tal punto parecía ser un deber esencial de todo francés el odiar al ministro!

Todos los partidos de esa época eran débiles: el de la corte no menos que los otros; a todos les faltaban el dinero y las fuerzas, las facciones se multiplicaban, los combates sólo habían causado pérdidas y pesares en los dos bandos. (19 de agosto de 1652) La corte se vio obligada nuevamente a sacrificar a Mazarino, que siendo tan sólo el pretexto, todo el mundo señalaba como causa de las revueltas. Salió por segunda vez del reino, y por un puntillo de honor el rey publicó una declaración por la que despedía a su ministro ponderando sus servicios y lamentándose de su destierro.³

Carlos I, rey de Inglaterra, acababa de perder la cabeza en el cadalso por haber entregado, al comenzar los disturbios, a su amigo Strafford al parlamento. Luis XIV, por el contrario, se hizo dueño pacífico de su reino al permitir el destierro de Mazarino. Así, pues, una misma debilidad tuvo resultados muy diferentes. El rey de Inglaterra al abandonar a su favorito enardeció a un pueblo que deseaba la guerra y odiaba a los reyes; y Luis XIV, o más bien la reina madre, al despedir al cardenal dejó sin pretexto para rebelarse a un pueblo cansado de la guerra y que amaba a la realeza.

(20 de octubre de 1652) Apenas hubo partido el cardenal Mazarino para dirigirse a Bouillon, lugar de su nuevo retiro, los ciudadanos de París, espontáneamente, mandaron una comisión al rey para suplicarle que volviera a su capital. Volvió, y todo se desarrolló tan pacíficamente que hubiera sido difícil imaginar la confusión reinante pocos días antes. A Gastón de Orléans, desafortunado en sus empresas porque jamás las supo sostener, lo relegaron a Blois donde pasó arrepintiéndose el resto de su vida; fué el segundo hijo de Enrique el Grande que murió con poca gloria. Al cardenal de Retz, tan imprudente como audaz, lo detuvieron en el Louvre y después de ser conducido de prisión en prisión, llevó durante mucho tiempo una vida errante que terminó en el retiro, en el que adquirió virtudes que su gran valor no pudo conocer en los avatares de su fortuna.

Los consejeros que habían abusado más de su ministerio pagaron sus culpas con el destierro; algunos se mantuvieron en los límites de la magistratura y otros más se aplicaron a sus deberes mediante una gratificación anual de quinientos escudos que Fouquet, procurador general y superintendente de finanzas, les hizo dar en secreto.⁴

Entretanto, el príncipe de Condé, abandonado en Francia por casi todos sus partidarios y mal socorrido por los españoles, continuaba en las fronteras de Champaña una guerra desafortunada. Quedaban todavía algunas facciones en Burdeos pero fueron apaciguadas pronto.

Esta tranquilidad del reino era el efecto del destierro del cardenal Mazarino; sin embargo, apenas expulsado por el clamor general de los franceses y por un decreto real, el rey lo hizo regresar. (3 de febrero de 1653) Se asombró de entrar en París todopoderoso y tranquilo. Luis XIV lo recibió como a un padre y el pueblo como a un amo. Se le dio un banquete en la Municipalidad, entre las aclamaciones de los ciudadanos; arrojó dinero al populacho; pero se dice que, en la alegría de un cambio tan feliz, demostró desprecio por la inconstancia, o más bien por la locura de los parisienses. Los miembros del parlamento después de haber puesto a precio su cabeza como si se tratara de la de un ladrón vulgar, solicitaron casi sin excepción el honor de ir a pedirle protección; y ese mismo parlamento, poco tiempo después, condenó a muerte, por contumacia, al príncipe de Condé (27 de marzo de 1653); cambio común en semejantes momentos, y tanto más humillante cuanto que se sentenciaba a aquel con el cual habían compartido durante tanto tiempo las faltas.

Se vio al cardenal, que apresuraba la condenación de Condé, casar a una de sus sobrinas con el hermano de éste, el príncipe de Conti (22 de febrero de 1654) : prueba fehaciente del poder ilimitado de que gozaría el ministro.

El rey reunió los parlamentos de París y de Pontoise y prohibió las asambleas de las cámaras. El parlamento quiso protestar; pusieron preso a un consejero y desterraron a otros; el parlamento se calló: todo había cambiado.

CAPITULO VI

SITUACIÓN DE FRANCIA HASTA LA MUERTE DEL CARDENAL MAZARINO EN 1661

Mientras el estado, como hemos visto, era desgarrado por dentro, lo atacaron y debilitaron en el exterior. Todo el fruto de las batallas de Rocroi, de Lens y de Nordlingen se perdió. (1651) La importante plaza de Dunkerque fue recuperada por los españoles; además, expulsaron a los franceses de Barcelona y recobraron Casal en Italia.

Sin embargo, a pesar de los trastornos de una guerra civil y el peso de una guerra extranjera, el cardenal Mazarino fue lo bastante hábil y afortunado para concertar la célebre paz de Westfalia, por la cual el emperador y el Imperio vendieron al rey y a la corona de Francia la soberanía de Alsacia por tres millones de libras pagaderas al archiduque, es decir, por seis millones de las de hoy, poco más o menos. (1648) Por ese tratado, que sirvió de base a todos los tratados del porvenir, se creó un nuevo electorado para la casa de Baviera. Se confirmaron los derechos de todos los príncipes y de las ciudades imperiales; y los privilegios de los menos importantes gentileshombres alemanes. El poder del emperador quedó restringido a límites estrechos, y los franceses, unidos a los suecos, se convirtieron en legisladores del Imperio. Esta gloria para Francia se debió, al menos en parte, a las armas de Suecia. Gustavo Adolfo había comenzado a poner en peligro el Imperio. Sus generales también habían llevado muy lejos sus conquistas bajo el gobierno de su hija Cristina. El general Wrangel estaba a punto de entrar en Austria. El conde de Kcenigsmark era dueño de media ciudad de Praga y sitiaba la otra mitad cuando se negoció la paz. Abrumar tanto al emperador costó a Francia cerca de un millón entregado anualmente a los suecos.

Suecia cobró también por esos tratados mayores ventajas que Francia; obtuvo la Pomerania, numerosas plazas y dinero. Forzó al emperador a entregar a los luteranos beneficios que pertenecían a los católicos romanos. Roma clamó por esta impiedad y dijo que la causa de Dios era traicionada. Los protestantes se vanagloriaron de haber santificado la obra de la paz despojando a los papistas. Sólo el interés habló por boca de todo el mundo.

España no quedó incluida en esta paz y con bastante razón; porque viendo a Francia abismada en guerras civiles el ministerio español esperó sacar provecho de sus divisiones. Las tropas alemanas licenciadas, fueron para los españoles un nuevo socorro. El emperador, después de la paz de Múnster, hizo pasar a Flandes, en el lapso de cuatro años, cerca de treinta mil hombres. Ésta era una manifiesta violación de los tratados, pero casi nunca se ha obrado de otra manera.

Los ministros de Madrid tuvieron, al comenzar las negociaciones de Westfalia, el acierto de hacer una paz particular con Holanda. La monarquía española se sintió

completamente feliz por no tenerlos más como enemigos, y por reconocer la soberanía de aquellos a quienes durante tanto tiempo había tratado como a rebeldes indignos de perdón. Estos republicanos aumentaron sus riquezas y afirmaron su grandeza y su tranquilidad pactando con España sin romper con Francia.

(1653) Eran tan poderosos que, en una guerra sostenida algún tiempo después con Inglaterra, botaron cien naves de guerra, y la victoria se mantuvo frecuentemente indecisa entre Blake, el almirante inglés, y Tromp, el almirante de Holanda, que eran en el mar lo que los Turena y los Condé eran en tierra. Francia no tenía ni diez barcos de cincuenta cañones que pudiera poner en el mar; su marina decaía día a día.

Luis XIV se encontró, pues, en 1653, dueño absoluto de un reino agitado todavía por las sacudidas recibidas, con el desorden enseñoreado de todas las ramas de la administración, pero pleno de recursos; sin ningún aliado excepto Saboya, para hacer una guerra ofensiva, y sin más enemigos extranjeros que España, que se hallaba entonces en peor estado que Francia. Los franceses que habían hecho la guerra civil estaban sometidos, excepto el príncipe de Condé y algunos de sus partidarios, de los cuales uno o dos permanecían fieles por amistad o por grandeza de alma, como el conde de Coligni y Bouteville; y los otros porque la corte no quiso comprarlos a un precio demasiado alto.

Condé, convertido en general de los ejércitos españoles, no pudo rehabilitar unas tropas que él mismo había debilitado por la destrucción de su infantería en las jornadas de Rocroi y de Lens. Combatía con fuerzas nuevas, de las cuales no era el amo, contra los viejos regimientos franceses que habían aprendido a vencer bajo sus órdenes y estaban al mando de Turena.

Fue destino de Turena y de Condé el ser vencedores cuando combatieron juntos a la cabeza de los franceses, y ser derrotados cuando mandaban a los españoles.

Turena apenas salvó los restos del ejército de España en la batalla de Réthel, cuando de general del rey de Francia pasó a ser lugarteniente de un general español; el príncipe de Condé corrió la misma suerte frente a Arrás. (25 de agosto de 1654) Asediaba la ciudad junto con el archiduque; Turena los sitió en su campamento y forzó las líneas poniendo en fuga a las tropas del archiduque. Condé, con dos regimientos de franceses y lorenenses contuvo solo los esfuerzos del ejército de Turena, y, mientras el archiduque huía, derrotó al mariscal de Hocquincourt, rechazó al mariscal de La Ferté y se retiró victorioso cubriendo la retirada de los españoles vencidos. Por ello, el rey de España le escribió exactamente estas palabras: “Supe que todo estaba perdido y que vos lo habéis conservado todo.”

Es difícil decir qué es lo que hace perder o ganar las batallas, pero Condé era, en verdad, uno de los más grandes hombres de guerra que jamás se hayan visto, y también es cierto que el archiduque y su consejo no quisieron hacer, en esa ocasión, nada de lo que les propuso.

La ciudad de Arrás a salvo, las líneas forzadas y el archiduque en fuga colmaron de gloria a Turena. No obstante, en la misiva, escrita en nombre del rey al parlamento comunicándole esa victoria, se atribuyó al cardenal Mazarino el éxito de toda la campaña y ni siquiera se mencionó el nombre de Turena. El cardenal se encontraba, en efecto., a algunas leguas de Arrás con el rey. Estuvo también en el campamento del sitio de Stenai tomado por Turena antes de socorrer Arrás, y en presencia del cardenal se realizaron consejos de guerra. Con este fundamento se atribuyó el honor de los acontecimientos, y esa vanidad le hizo caer en un ridículo que toda la autoridad del ministerio no pudo borrar.

El rey no se encontró en la batalla de Arrás y hubiera podido estar; estuvo en la trinchera durante el sitio de Stenai pero el cardenal Mazarino no quiso que siguiera exponiendo su persona, a la cual parecían ligados el poder del ministro y la paz del estado.

De un lado, Mazarino dueño absoluto de Francia y del joven rey; y del otro, don Luis de Haro, que gobernaba a España y a Felipe IV, continuaban en nombre de sus soberanos esa guerra sostenida con desgano. El mundo no conocía todavía el nombre de Luis XIV, y jamás se había hablado del rey de España. Por aquel entonces había en Europa una sola testa coronada que tuviera gloria personal: Cristina, reina de Suecia, que gobernaba por sí misma y sostenía el honor del trono, abandonado, desvirtuado, o desconocido en los demás estados.

Carlos II, rey de Inglaterra, fugitivo en Francia con su madre y su hermano, arrastraba en ella sus desdichas y esperanzas. Un simple ciudadano había subyugado a Inglaterra, Escocia e Irlanda. Cromwell, ese usurpador digno de reinar, había tomado el nombre de protector y no el de rey, porque los ingleses sabían hasta dónde debían llegar los derechos de sus reyes y no conocían los límites de la autoridad de un protector.

Afirmó su poder sabiendo reprimirlo oportunamente: no hizo nada contra los privilegios de los cuales el pueblo era celoso; jamás alojó tropas en la ciudad de Londres, no impuso impuesto alguno del que se pudiera murmurar, ni ofendió la vista con el excesivo fausto, ni se permitió ningún placer, ni acumuló tesoros, y cuidó de impartir justicia con la despiadada imparcialidad que no distingue a los grandes de los pequeños.

El hermano de Pantaleón Sá, embajador de Portugal en Inglaterra, creyendo que su falta quedaría sin castigo porque la persona de su hermano era sagrada, insultó a algunos ciudadanos de Londres, a uno de los cuales hizo asesinar para vengarse de la resistencia de los demás; lo condenaron a la horca. Cromwell pudo indultarlo pero dejó que lo ejecutaran y firmó luego un tratado con el embajador.

Jamás el comercio fue tan libre y floreciente, ni Inglaterra tan rica. Sus victoriosas flotas hacían respetar su nombre en todos los mares, mientras Mazarino, preocupado únicamente por dominar y enriquecerse, dejaba que decayera en Francia la justicia, el comercio, la marina, y hasta las finanzas. Amo de Francia como Cromwell lo era de Inglaterra, después de una guerra civil, hubiese podido hacer por el país que gobernaba

lo que Cromwell hizo por el suyo; pero era extranjero, y el alma de Mazarino, no tan bárbara como la de Cromwell, tampoco tenía su grandeza.

Todas las naciones de Europa que no se cuidaron de la alianza de Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I y Carlos I, la buscaron bajo el gobierno del protector. Inclusive la reina Cristina, que aborrecía la muerte de Carlos I, se alió con un tirano al que estimaba.

Mazarino y Luis de Haro prodigaron a más y mejor su habilidad política para unirse con el protector, que disfrutó durante cierto tiempo de la satisfacción de verse cortejado por los dos reinos más poderosos de la cristiandad.

El ministro español le ofrecía ayudarlo a tomar Calais; Mazarino le proponía sitiarse Dunkerque y devolverle la ciudad.¹ Cromwell podía elegir entre las llaves de Francia y las de Flandes. También fué muy solicitado por Condé, pero no quiso negociar con un príncipe que contaba tan sólo con su nombre y carecía de partido en Francia y de poder entre los españoles.

El protector se decidió por Francia, pero sin hacer ningún tratado particular y sin compartir conquistas por anticipado: quería ilustrar su usurpación con más grandes empresas. Se proponía quitarle México a los españoles, pero éstos fueron advertidos a tiempo. Los almirantes de Cromwell le entregaron, al menos, Jamaica (mayo de 1655), isla que todavía poseen los ingleses y que asegura su comercio con el Nuevo Mundo. Fue después de la expedición de Jamaica cuando Cromwell firmó el tratado con el rey de Francia, pero sin mencionar todavía Dunkerque. El protector lo trató de igual a igual obligando al rey a darle el título de hermano en las cartas..(8 de noviembre de 1655) Su secretario firmó antes que el plenipotenciario de Francia en la minuta del tratado, que se quedó en Inglaterra, pero lo trató en verdad con superioridad cuando obligó al rey de Francia a hacer salir de sus estados a Carlos II y al duque de York, nieto de Enrique IV, a quienes Francia debía asilo. No podía hacerse un mayor sacrificio del honor a la fortuna.

Mientras Mazarino hacía ese tratado, Carlos II le pedía una de sus sobrinas en matrimonio. El mal estado de los negocios, que obligaba al príncipe a dar este paso, fué lo que le valió la negativa. Se ha llegado a sospechar incluso que el cardenal quería casar con el hijo de Cromwell la sobrina que rehusaba al rey de Inglaterra; en cuanto vio menos cerrado el camino del trono a Carlos II quiso volver a concertar el enlace, pero fué rechazado a su vez.

La madre de estos dos príncipes, Enriqueta de Francia, hija de Enrique el Grande, vivía en Francia sin recursos, viéndose reducida a suplicarle al cardenal que obtuviera de Cromwell por lo menos el pago de su viudedad. Era el colmo de las más dolorosas humillaciones pedirle sustento a quien había derramado la sangre de su marido sobre el cadalso. Mazarino elevó débiles instancias en Inglaterra en nombre de la reina y le anunció que no había conseguido nada. La reina permaneció en París en la pobreza, con la vergüenza de haber implorado la piedad de Cromwell, mientras sus hijos se

incorporaban al ejército de Condé y de don Juan de Austria para aprender el oficio de la guerra contra Francia, que los abandonaba.

Los hijos de Carlos I, expulsados de Francia, se refugiaron en España. Los ministros españoles protestaron en todas las cortes, y sobre todo en Roma, de viva voz y por escrito, contra un cardenal que sacrificaba, según decían, las leyes divinas y humanas, el honor y la religión, al asesino de un rey, y que expulsaba de Francia a Carlos II y al duque de York, primos de Luis XIV, para agradecer al verdugo de su padre. Por toda respuesta a los gritos de los españoles se dieron a conocer los ofrecimientos hechos por ellos mismos al protector.

La guerra continuaba en Flandes con variada suerte. Turena al asediar Valenciennes con el mariscal de La Ferté padeció el mismo revés sufrido por Condé en Arras. El príncipe, secundado entonces por don Juan de Austria, más digno de combatir a su lado que el archiduque, forzó las líneas del mariscal de La Ferté, lo hizo prisionero y liberó Valenciennes. Turena hizo lo que hiciera Condé en una derrota parecida. (17 de julio de 1656) Salvó el ejército derrotado y resistió en todas partes al enemigo; llegó incluso, un mes más tarde, a sitiar y tomar la pequeña ciudad de La Capelle: quizá por vez primera un ejército derrotado se atrevía a poner un sitio.

Esta marcha de Turena tan elogiada, después de la cual tomó La Capelle, fué eclipsada por otra, superior aún, hecha por el príncipe de Condé (abril de 1657). Comenzaba Turena a sitiar Cambrai, cuando Condé, seguido de dos mil caballos, pasó a través del ejército de los sitiadores, derribó todo lo que se oponía a su paso y penetró en la ciudad. Los ciudadanos recibieron de rodillas a su libertador. Así, estos dos hombres, opuestos el uno al otro, desplegaban los recursos de su genio. Se los admiraba tanto en sus retiradas como en sus victorias, en su buena dirección y aun en sus errores que sabían siempre cómo reparar. Sus talentos detenían, cada uno a su vez, los progresos de ambas monarquías, pero el desorden de las finanzas en España y en Francia era un obstáculo mayor aún puesto a sus éxitos.

La alianza pactada con Cromwell dio, por último, a Francia una superioridad más marcada; de un lado, el almirante Blake quemó los galeones de España junto a las islas Canarias haciéndole perder los únicos tesoros con los cuales podía sostener la guerra; del otro, veinte navíos ingleses bloquearon el puerto de Dunkerque, y seis mil soldados veteranos, que habían hecho la revolución en Inglaterra, reforzaron el ejército de Turena.

Dunkerque, la más importante plaza de Flandes, fué entonces sitiada por mar y tierra; Condé y don Juan de Austria reunieron todas sus fuerzas y acudieron a socorrerla. Europa tenía los ojos puestos en este acontecimiento. El cardenal Mazarino llevó a Luis XIV cerca del teatro de la guerra, sin permitirle llegar, aunque tenía ya casi veinte años. El príncipe se quedó en Calais, a donde Cromwell le envió una embajada fastuosa encabezada por su yerno lord Falconbridge. El rey le envió al duque de Crequi y a Mancini, duque de Nevers, sobrino del cardenal, seguidos de doscientos gentileshombres. Mancini presentó al protector una carta del cardenal, carta notable

donde Mazarino dice: “que le aflige no poder presentarle en persona los respetos debidos al hombre más grande del mundo”. Así hablaba al asesino del yerno de Enrique IV, y del tío de Luis XIV, su soberano.

Entretanto el príncipe mariscal de Turena atacó al ejército de España, o mejor dicho, al ejército de Flandes, cerca de las Dunas. Lo mandaba don Juan de Austria, hijo de Felipe IV y de una comedianta,² que dos años después se convirtió en cuñado de Luis XIV. El príncipe de Condé formaba en ese ejército pero carecía de mando, por lo cual a Turena no le costó trabajo vencer. Los seis mil ingleses contribuyeron a una victoria completa. (14 de junio de 1658) Los dos príncipes de Inglaterra, reyes más tarde, vieron sus desgracias acrecentadas en esa jornada por el ascendiente de Cromwell.

El genio del gran Condé no pudo nada contra las mejores tropas de Francia e Inglaterra. El ejército español fué destruido; Dunkerque se rindió poco tiempo después. El rey acudió con el ministro para ver desfilar a la guarnición. El cardenal no dejó que Luis XIV apareciera ni como guerrero ni como rey; Luis XIV no tenía dinero que distribuir entre los soldados; apenas lo servían; cuando estaba en el ejército iba a comer a la mesa de Mazarino o del mariscal de Turena. Este olvido de la dignidad real no era en Luis XIV consecuencia del desprecio por el fausto, sino del desorden de sus finanzas y del cuidado que ponía el cardenal en guardarse para sí el esplendor y la autoridad.

Luis entró en Dunkerque tan sólo para devolvérsela a lord Lockhart, embajador de Cromwell. Mazarino trató de eludir lo pactado mediante algún subterfugio y no restituir la plaza; pero Lockhart amenazó, y la firmeza inglesa triunfó sobre la habilidad italiana.

Varias personas han asegurado que el cardenal, además de atribuirse el triunfo de Arras, quiso obligar a Turena a cederle también el honor de la batalla de las Dunas, y que Du-Bac-Crepin, conde de Moret, fué de parte del ministro a proponer al general que escribiera una carta en la cual se demostrara que el cardenal había pensado todo el plan de operaciones. Turena recibió con desprecio esas insinuaciones y se negó a dar un consentimiento vergonzoso para un general del ejército y ridículo para un hombre de iglesia. Mazarino, además de esa debilidad, tuvo la de estar resentido por esto, hasta su muerte, con Turena.

En medio de este primer triunfo el rey cayó enfermo en Calais y estuvo varios días a punto de morir. Inmediatamente todos los cortesanos se volvieron hacia su hermano Monsieur. Mazarino se deshizo en atenciones, zalamerías y promesas al mariscal du Plessis-Praslin, antiguo preceptor del joven príncipe, y al conde de Guiche, su favorito. Se formó en París una cábala bastante audaz para dirigir una carta a Calais contra el cardenal, quien tomó medidas para salir del reino y poner a cubierto sus inmensas riquezas. Un empírico de Abbeville curó al rey con vino emético que los médicos de la corte consideraban un veneno. El buen hombre se sentaba en el lecho del rey y decía: “Está muy enfermo este joven, pero no morirá.” En cuanto entró en la convalecencia, el cardenal desterró a todos los que habían intrigado contra él.

(13 de septiembre) Pocos meses después, murió Cromwell a la edad de cincuenta y cinco años,³ mientras, hacía proyectos para el afianzamiento de su poder y para la gloria de su nación. Había humillado a Holanda, impuesto las condiciones de un tratado a Portugal, vencido a España y obligado a Francia a buscar su alianza. Poco antes, al conocer la altura a que había rayado el comportamiento de sus almirantes frente a Lisboa había dicho: “Quiero que se respete la república inglesa tanto como se respetó en otro tiempo la república romana.” Los médicos le anunciaron la muerte. Yo no diré que sea verdad, que en ese momento se hizo el animoso y que el profeta les contestó que Dios obraría un milagro en su favor. Thurloe, su secretario, afirma que les dijo: La naturaleza puede más que los médicos. Estas palabras no son las de un profeta sino las de un hombre muy sensato. Tal vez, convencido de que los médicos podían equivocarse, haya querido, si se salvaba, ostentar ante el pueblo la gloria de haber pronosticado su curación y hacer por ello su persona más respetable y más sagrada inclusive.

Lo enterraron como a monarca legítimo, y dejó en Europa la reputación de hombre intrépido, y a las veces, fanático y bribón; y de usurpador que había sabido reinar.

El caballero Temple afirma que Cromwell quiso antes de su muerte aliarse con España contra Francia y obtener Calais con la ayuda de los españoles, como consiguió Dunkerque de manos de los franceses. Nada era más propio de su carácter y su política. Hubiera sido el ídolo del pueblo inglés si hubiera despojado, una después de otra, a dos naciones que la suya odiaba por igual. La muerte trastornó sus grandes designios, su tiranía y la grandeza de Inglaterra.

Debe hacerse notar que la corte de Francia llevó luto por Cromwell, y que Mademoiselle fué la única que no rindió ese homenaje a la memoria del asesino de un rey pariente suyo.

Como hemos visto, Ricardo Cromwell sucedió pacíficamente y sin oposición en el protectorado a su padre, como un príncipe, de Gales hubiera sucedido a un rey de Inglaterra. Ricardo demostró que del carácter de un solo hombre depende con frecuencia el destino del estado. Tenía un genio muy contrario al de Oliverio, Cromwell, poseía toda la dulzura de las virtudes civiles y carecía de la intrepidez feroz que lo sacrificaba todo a sus intereses. Hubiera conservado la herencia adquirida por los trabajos de su padre simplemente con dar muerte a tres o cuatro grandes oficiales del ejército que se oponían a su elevación. Prefirió dimitir a reinar por el asesinato; vivió como particular, y aun ignorado, hasta la edad de noventa años, en el país del cual había sido el soberano durante unos días. Después de renunciar al protectorado viajó por Francia; es sabido que un día, en Montpellier, el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, hablándole sin conocerlo, le dijo: “Oliverio Cromwell era un gran hombre pero su hijo Ricardo es un infeliz que no sabe gozar del fruto de los crímenes de su padre.” Sin embargo, Ricardo vivió dichoso y su padre no conoció nunca la felicidad.

Poco antes Francia había conocido otro ejemplo, mucho más memorable, de desprecio por la corona. Cristina, reina de Suecia, se fué a París. Se admiró en ella a la joven reina

que a los veintisiete años de edad renunciaba a la soberanía, de la cual era digna, para vivir libre y tranquila. Es vergonzoso que los escritores protestantes se hayan atrevido a decir, sin aducir la menor prueba, que dejó la corona porque no podía conservarla más. Tenía ese propósito desde los veinte años y lo dejó madurar siete años más. Esta resolución tan superior a las ideas vulgares y tan largo tiempo meditada, debía cerrar la boca a los que le reprochaban ligereza y una abdicación involuntaria. Los dos reproches no podían ser ciertos a la vez; pero es casi una ley fatal que lo grande haya de ser atacado por los espíritus pequeños.

Para conocer el genio excepcional de esta reina basta con leer sus cartas. En la que escribió a Chamut, en otro tiempo embajador de Francia en Suecia, leemos: “He poseído sin fausto, deo con facilidad. Después de esto no temáis por mí; mi bien no está en el poder de la fortuna.” Al príncipe de Condé le escribió: “Me siento tan honrada por vuestra estima como por la corona que he llevado. Si después de dejarla me juzgáis por ello menos digna, confesaré que el reposo tan deseado me cuesta caro; pero no me arrepentiré, sin embargo, de haberlo comprado al precio de una corona, y no mancharé jamás una acción que me parece bella con un cobarde arrepentimiento; y si ocurre que condenáis esta acción, os diré por toda excusa que no habría abandonado los bienes que la fortuna me otorgó si los hubiera creído necesarios a mi felicidad, y que hubiese ambicionado el imperio del mundo si hubiera estado tan segura de triunfar o morir, como lo estaría el gran Condé.”

Ésa era el alma de tan singular persona, y ése su estilo en nuestra lengua, en la que rara vez habló. Sabía ocho idiomas, fué discípula y amiga de Descartes, que murió en su palacio de Estocolmo, sin haber podido obtener una pensión en Francia, donde sus obras fueron además proscritas, por todo lo bueno que contenían. Atrajo a Suecia a todos aquellos que podían ilustrarla. El pesar de no encontrar ninguno entre sus súbditos le quitó el gusto de reinar sobre un pueblo de simples soldados. Creyó que era mejor vivir con hombres que piensan que mandar a hombres sin instrucción o sin genio. Cultivó todas las artes en un país donde todavía eran desconocidas. Su propósito era retirarse a vivir rodeada de ellas en Italia: en Francia estuvo sólo de paso porque sus artes apenas comenzaban a nacer. Su gusto la detuvo, en Roma. Por este motivo dejó la religión luterana por la católica; indiferente respecto de las dos no tuvo escrúpulos para acomodarse aparentemente a los sentimientos del pueblo con el cual quería convivir. Abandonó su reino en 1654 y abdicó públicamente en Inspruck. Agradó a la corte de Francia aunque no se encontrara en ella ni una mujer de genio comparable al suyo. El rey la vio y le hizo grandes honores, pero apenas le habló, porque habiéndose criado en la ignorancia su innato buen sentido lo hacía tímido.

La mayor parte de las mujeres y cortesanos se fijaron tan sólo en que esta reina filósofa no se peinaba a la francesa y bailaba mal. Los sensatos sólo le reprocharon la muerte de Monaldeschi, su escudero, a quien hizo asesinar en Fontainebleau en 'un segundo viaje. Sea cual fuere la falta cometida por él contra su persona, puesto que había renunciado a la realeza, debió pedir justicia, y no hacérsela por su cuenta. Ya no era una reina que castigaba a un súbdito, sino una mujer que terminaba una galantería con una muerte; y

un italiano que hacia asesinar a otro, por orden de una sueca, en un palacio de un rey de Francia. Sólo las leyes pueden condenar a muerte a alguien. En Suecia, a Cristina no le hubiera sido permitido asesinar a nadie; y lo que hubiese sido un crimen en Estocolmo no tenía por qué estar permitido en Fontainebleau. Los que justificaron esta acción merecen servir a semejantes amos. Esta vergüenza y esta crueldad empañaron la filosofía de Cristina, por la cual abandonó un trono; hubiera sido castigada en Inglaterra⁶ y en todos los países donde reinan las leyes, pero Francia cerró los ojos a ese atentado contra la autoridad del rey, contra el derecho de gentes y contra la humanidad.

Después de la muerte de Cromwell y de la destitución de su hijo, Inglaterra permaneció un año en la confusión y la anarquía.. Carlos Gustavo, a quien la reina Cristina dejara el reino de Suecia, se hacía temer en el norte y en Alemania. El emperador Fernando III había muerto en 1657; su hijo Leopoldo, de diez y siete años de edad, rey ya de Hungría y de Bohemia, no fué elegido rey de los romanos en vida de su padre. Mazarino trató de hacer emperador a Luis XIV. Era un propósito quimerico, pues hubiera sido necesario violentar a los electores o sobornarlos. Francia no era ni lo bastante fuerte para apoderarse del Imperio ni lo bastante rica para comprarlo, de ahí que las primeras proposiciones hechas en Francfort por el mariscal de Grammont y por Lionne fueran abandonadas al momento mismo de ser propuestas. Leopoldo fué elegido. La política de Mazarino consiguió solamente establecer una alianza con los príncipes alemanes para que los tratados de Múnster fueran observados y para poner un freno a la autoridad del emperador sobre el Imperio (agosto de 1658).

Después de la batalla de las Dunas, la gloria de sus armas y el estado a que se veían reducidas las demás naciones hacía poderosa a Francia en el exterior, pero sufría en el interior porque se había terminado el dinero, se necesitaba la paz.

Las guerras de los soberanos de las monarquías cristianas carecen casi siempre de interés para las naciones. Ejércitos mercenarios, reclutados por orden de un ministro y dirigidos por un general que obedece ciegamente a ese ministro, emprenden campañas ruinosas, sin que el rey en cuyo nombre combaten tenga la esperanza o siquiera el propósito de quedarse totalmente con el patrimonio del vencido. El pueblo vencedor jamás se aprovecha de los despojos del pueblo vencido: él lo paga todo; sufre tanto cuando la suerte es favorable en las armas como en la adversidad, y la paz le es tan necesaria después de la más grande victoria como cuando los enemigos han tomado sus plazas fronterizas.

El cardenal necesitaba dos cosas para consumir felizmente su ministerio: hacer la paz y asegurar la tranquilidad del estado con el casamiento del rey. Durante su enfermedad, las intrigas le hicieron ver cuán necesario era un heredero del trono para la grandeza del ministro. Todas estas consideraciones lo determinaron a acelerar el casamiento de Luis XIV. Dos partidos se presentaban, la hija del rey de España y la princesa de Saboya. El corazón del rey estaba comprometido, amaba perdidamente a la señorita de Mancini, una de las sobrinas del cardenal; nacido con un corazón tierno y firmeza en sus

resoluciones, lleno de pasión y sin experiencia, hubiera podido decidirse a casarse con su amada.

Madame de Motteville, favorita de la reina madre, en cuyas Memorias hay una gran apariencia de verdad, afirma que Mazarino estuvo tentado a dejar hacer al amor del rey y sentar a su sobrina en el trono. Una de sus sobrinas estaba casada con el príncipe de Conti, otra con el duque de Mercœur, y la que Luis XIV amaba había sido pedida en matrimonio por el rey de Inglaterra. Todos ellos títulos que podían justificar su ambición. Sondeó hábilmente a la reina madre: “Temo, le dijo, que el rey desee demasiado vehementemente casarse con mi sobrina.” La reina conocía al ministro y comprendió que deseaba lo que fingía temer. Le respondió con la altivez de una princesa de la sangre de Austria, hija, mujer y madre de reyes, y con la acritud que le inspiraba desde hacia algún tiempo un ministro que aparentaba no depender ya de ella. Le dijo: “Si el rey fuera capaz de esa indignidad, me pondría con mi segundo hijo a la cabeza de toda la nación contra el rey y contra vos.”

Dicen que Mazarino jamás le perdonó esta respuesta a la reina, pero tomó el prudente partido de pensar como ella y de hacer cuestión de honor y de mérito el oponerse a la pasión de Luis XIV. Su poder no necesitaba el apoyo de una reina de su sangre. Temía incluso el carácter de su sobrina y creyó afianzar más el poder de su ministerio huyendo de la gloria peligrosa de elevar demasiado su propia casa.

En 1656 mandó a Lionne a España a solicitar la paz y a pedir la mano de la infanta; pero don Luis de Haro, persuadido de que por débil que fuera España, Francia no lo era menos, rechazó los ofrecimientos del cardenal. La infanta, hija del primer matrimonio, estaba destinada al joven Leopoldo. El rey de España, Felipe IV, de su segundo matrimonio tenía un solo hijo de infancia enfermiza que hacía temer por su vida. Querían que la infanta, posible heredera de tantos estados, llevara sus derechos a la casa de Austria y no a una casa enemiga: pero habiendo tenido otro hijo, don Felipe Próspero, y estando además su mujer encinta, le pareció a Felipe IV menos grande el peligro de dar la infanta al rey de Francia, y la batalla de las Dunas le devolvió la paz necesaria.

Los españoles prometieron la mano de la infanta y pidieron la suspensión de hostilidades. Mazarino y don Luis se dirigieron a la frontera de España y de Francia, a la isla de los Faisanes (1659). Aunque el objeto principal de las conferencias era el casamiento del rey de Francia y la paz general, se pasaron no obstante casi un mes arreglando las dificultades acerca de la precedencia y disponiendo las ceremonias. Los cardenales se decían iguales a los reyes y superiores a los demás soberanos. Francia pretendía, con más justicia, la preeminencia sobre las demás potencias; sin embargo, don Luis de Haro estableció una igualdad perfecta entre Mazarino y él, entre Francia y España.

Las conferencias duraron cuatro meses. Mazarino y don Luis desplegaron allí toda su habilidad; el cardenal se valía de la astucia, don Luis de la lentitud. Éste no decía esta boca es mía, y aquél hablaba siempre por equívocos. El ministro italiano ponía su genio

en el engaño; el español ponía el suyo en no dejarse sorprender. Cuentan que don Luis de Haro decía del cardenal: “Tiene un grave defecto en política, quiere engañar siempre”.

La suerte de las cosas humanas es tal que de ese famoso tratado de los Pirineos no quedan hoy ni dos artículos. El rey de Francia conservó el Rosellón que hubiera sido suyo sin esa paz: a la monarquía española no le resta nada de Flandes. Francia era entonces amiga obligada de Portugal, y ya no lo es: todo ha cambiado. Pero si don Luis de Haro dijo que el cardenal Mazarino sabía engañar, se ha dicho después que sabía prever. Meditaba desde hacía mucho tiempo la alianza de las casas de Francia y España. Se cita la famosa carta que escribió durante las negociaciones de Múnster: “Si el rey cristianísimo pudiera obtener los Países Bajos y el Franco-Condado como dote al casarse con la infanta, podríamos aspirar a la sucesión de España, aunque se obligara a la infanta a hacer alguna renuncia; y no sería una esperanza muy remota, pues sólo la vida del príncipe su hermano podría invalidarla.” Ese príncipe era Baltasar, muerto en 1646.

El cardenal se equivocaba evidentemente al pensar que la infanta llevaría como dote al casarse los Países Bajos y el Franco-Condado. En esa dote no se estipuló una sola ciudad. Al contrario, se le devolvieron a la monarquía española ciudades muy importantes conquistadas anteriormente, como Saint-Omer, Yprés, Menin, Odenarda y otras más. Se conservaron algunas. Pero no se equivocaba en lo absoluto creyendo que la renunciación sería inútil más tarde; pero quienes le hacen el honor de esta predicción suponen que previó también que el príncipe don Baltasar moriría en 1646; que los tres hijos del segundo matrimonio morirían muy pequeños; que Carlos, el quinto de los hijos varones moriría sin descendencia y que el rey austríaco haría un día testamento en favor de un nieto de Luis XIV. En suma, el cardenal Mazarino previó lo que valdrían las renunciaciones en caso de que la descendencia masculina de Felipe IV se extinguiera; y extraños sucesos lo justificaron alrededor de cincuenta años más tarde.

María Teresa, pudiendo llevar como dote las ciudades que Francia devolvía, aportó a su contrato de matrimonio tan sólo quinientos mil escudos de oro: al rey le costó más ir a recibirla a la frontera. Esos quinientos mil escudos, que entonces valían dos millones quinientas mil libras, fueron sin embargo tema de muchas discusiones entre los dos ministros. Por último, Francia no recibió más que cien mil francos.

No sólo fué la paz la única ventaja real y tangible que esta boda aportó, sino que la infanta renunció a todos los derechos que pudiera tener sobre los territorios de su padre; y Luis XIV ratificó esta renunciación de la manera más solemne y la hizo registrar acto seguido en el parlamento.

Las renunciaciones y los quinientos mil escudos de dote parecían ser las cláusulas ordinarias de los matrimonios de las infantas de España con los reyes de Francia. La reina Ana de Austria, hija de Felipe III casó con Luis XIII en las mismas condiciones, y cuando Isabel, hija de Enrique el Grande, fué dada en matrimonio a Felipe IV, rey de España, llevó tan sólo como dote quinientos mil escudos de oro que jamás se le

pagaron; así pues, no se veía la ventaja de esos grandes enlaces; pensaban que sólo eran bodas de hijas de reyes que se casaban con reyes, y que llevaban un pobre regalo de bodas.

El duque de Lorena, Carlos IV, de quien Francia y España tenían mucho de qué lamentarse, o mejor dicho, que tenía mucho de qué quejarse, fué comprendido en el tratado, pero como príncipe desgraciado a quien se castigaba, porque no podía hacerse temer. Francia le devolvió sus estados pero demolió Nancy y le prohibió tener tropas. Don Luis de Haro obligó al cardenal Mazarino a que perdonara al príncipe de Condé, amenazándolo con dejarle la soberanía de Rocroi, el Catelet y otras plazas que estaban en su poder. Así pues, Francia ganó, a la vez, las ciudades y al gran Condé, que dejó de ser gran maestro de la casa del rey, cargo que se le dio a su hijo, y regresó con sólo su gloria casi.

Carlos II, rey titular de Inglaterra, más desdichado entonces que el duque de Lorena, se dirigió a las cercanías de los Pirineos donde se trataba la paz. Imploró el socorro de don Luis y de Mazarino. Tenía la esperanza de que los reyes, sus primos hermanos, reunidos, se atrevieran por fin a vengar una causa común a todos los soberanos puesto que Cromwell ya no existía; ni siquiera pudo obtener una entrevista con Mazarino o con don Luis. Lockhart, el embajador de la república de Inglaterra, estaba en San Juan de Luz; se hacía respetar todavía después de muerto el protector, y los dos ministros, por el temor de molestar al inglés rehusaron ver a Carlos II. Pensaban que su restablecimiento era imposible, puesto que todas las facciones inglesas, aunque estaban divididas entre sí, se unían en el propósito de no reconocer jamás rey alguno. Ambos ministros se equivocaron: el destino hizo pocos meses más tarde, lo que hubieran podido emprender para su gloria los dos ministros. Carlos fué llamado a sus estados por los ingleses sin que un solo potentado de Europa se hubiese creído en el deber ni de impedir la muerte del padre ni de ayudar al restablecimiento del hijo. Lo recibieron en las llanuras de Douvres veinte mil ciudadanos que se arrodillaron ante él y algunos ancianos allí presentes me contaron que casi todo el mundo estallaba en llanto. Quizá no haya habido nunca espectáculo más conmovedor ni revolución más repentina. Este cambio se llevó mucho menos tiempo del que necesitó el tratado de los Pirineos para terminarse; y Carlos II era ya dueño pacífico de Inglaterra cuando Luis XIV no se había casado todavía por poder.

(Agosto de 1660) Al fin el cardenal Mazarino pudo llevar al rey y a la nueva reina a París. Un padre que hubiera casado a su hijo sin dejarle la administración de sus bienes, hubiera procedido de la misma manera que Mazarino; volvió más poderoso y más celoso de su poder, y aún de los honores, que nunca. Exigió y obtuvo del parlamento que acudieran a arengarlo algunos diputados; fué algo sin precedente en la monarquía, aunque no era una reparación excesiva del mal que el parlamento le había hecho. No volvió a dar la mano en tercer lugar a los príncipes de la sangre como en otro tiempo lo hiciera. El que trató a, don Luis de Haro como igual quiso tratar al gran Condé como inferior. Vivía entonces con fausto real, teniendo, además de sus guardias, una compañía de mosqueteros, que después fué la segunda compañía de los mosqueteros del

rey.⁷ Ya no se tuvo libre acceso a su persona, y si alguien era lo bastante torpe como cortesano para solicitar una gracia al rey, estaba perdido. La reina madre, durante tanto tiempo protectora obstinada de Mazarino contra Francia, perdió su prestigio cuando ya no le fué útil, y el rey, su hijo, criado en una sumisión ciega al ministro, no podía sacudir el yugo que le había impuesto y que se impuso a sí misma; la reina respetaba su obra y Luis XIV no se atrevía a reinar en vida de Mazarino.

Puede perdonársele a un ministro el mal que hace cuando las tempestades le obligan a torcer el timón del estado; pero en la calma es culpable por todo el bien que no ha hecho. Mazarino sólo se benefició a sí mismo y a su familia por relación a él. Ocho años de poder absoluto y tranquilo, desde su último regreso hasta su muerte, no se señalaron por ningún establecimiento glorioso o útil, ya que el colegio de las Cuatro Naciones fué sólo efecto de su testamento.

Gobernaba las finanzas como el intendente de un señor cargado de deudas. El rey le pedía a veces dinero a Fouquet, el cual le respondía: “Sire, no hay nada en los cofres de vuestra majestad, pero el señor cardenal os prestará.” Mazarino tenía aproximadamente una fortuna de doscientos millones, contando como se hace hoy. En varias memorias leemos que amasó una parte de esa fortuna por medios que estaban muy por debajo de la grandeza de su cargo, y refieren que compartía con los armadores los beneficios de sus comisiones, hecho jamás probado; pero los holandeses lo sospecharon y no hubieran sospechado nunca del cardenal de Richelieu.

Se dice que al morir tuvo escrúpulos aunque aparentara valor. Al menos temió por sus bienes y le hizo al rey la donación entera de los mismos, convencido de que el rey se la devolvería y no se equivocó; el rey le restituyó la donación al cabo de tres días. (9 de marzo de 1661) Por fin murió y sólo el rey pareció lamentarlo, porque este príncipe sabía ya disimular. El yugo empezaba a pesarle y estaba impaciente por reinar; sin embargo quiso aparentar que sentía una muerte que lo ponía en posesión de su trono.

Luis XIV y la corte llevaron luto por Mazarino, honor poco ordinario, y que Enrique IV llevó en memoria de Gabrielle de Estrees.

No intentaremos aquí examinar si el cardenal Mazarino fué o no un gran ministro: que hablen sus acciones y que la posteridad juzgue. El vulgo supone a veces una grandeza de alma prodigiosa y un genio casi divino en aquellos que han gobernado imperios con algún éxito. Es su carácter y no una penetración superior lo que hace a los hombres de esta-do. Los hombres, por poco buen sentido que tengan, conocen todos, sobre poco más o menos, cuáles son sus intereses. Un ciudadano de Amsterdam o de Berna sabe sobre ese punto tanto como Seján, Jiménez, Buckingham, Richelieu o Mazarino; pero nuestra conducta y nuestras empresas dependen únicamente del temple de nuestra alma, y nuestros éxitos de la suerte.

Por ejemplo, si un genio como el papa Alejandro VI o Borgia, su hijo, hubiera tenido que tomar La Rochelle, habría invitado a su campamento a los principales jefes, bajo un juramento sagrado, y se hubiera desembarazado de ellos; Mazarino habría entrado en la

ciudad dos o tres años más tarde, dividiendo y ganándose a los burgueses; don Luis de Haro no se hubiera atrevido a la empresa. Richelieu construyó un dique sobre el mar, a ejemplo de Alejandro, y entró en La Rochelle como conquistador; pero una marea un poco fuerte, o un poco más de diligencia por parte de los ingleses, liberaron La Rochelle dejando a Richelieu como temerario.

Podemos juzgar el carácter de los hombres por sus empresas. Podemos afirmar que el alma de Richelieu respiraba altivez y venganza; que la de Mazarino era prudente, flexible y ávida de bienes. Pero para conocer la espiritualidad de un ministro, hay que haberlo oído hablar frecuentemente o leer sus escritos. Les ocurre muchas veces a los hombres de estado lo que todos los días a los cortesanos; que el más animoso fracasa, que el que tiene un carácter más paciente, fuerte, flexible y perseverante, triunfa.

Leyendo las cartas del cardenal Mazarino y las Memorias' del cardenal de Retz, se ve fácilmente que Retz era un genio superior. No obstante, Mazarino fué todopoderoso y Retz fué abatido. En fin, es muy cierto que, para que un ministro sea poderoso, sólo hace falta, a menudo, un espíritu mediocre, buen sentido y suerte; pero para ser un buen ministro es necesario tener como pasión dominante el amor del bien público. El gran hombre de estado es el que deja grandes monumentos útiles a la patria. La adquisición de Alsacia es el monumento que inmortaliza al cardenal Mazarino. Dio esta provincia a Francia cuando Francia se revolvió contra él; y, por un destino singular, le hizo más bien al reino cuando fué perseguido que en la tranquilidad de un poder absoluto.⁸

CAPÍTULO VII

LUIS XIV GOBIERNA POR SÍ MISMO. OBLIGA A LA RAMA DE AUSTRIA ESPAÑOLA A CEDERLE EN TODO LA PRECEDENCIA, Y A LA CORTE DE ROMA A DARLE UNA SATISFACCIÓN. COMPRA DUNKERQUE. SOCORRE AL EMPERADOR, A PORTUGAL, A LOS ESTADOS GENERALES, Y HACE A SU REINO FLORECIENTE Y TEMIBLE.

Jamás hubo en corte alguna más intrigas y esperanzas que durante la agonía del cardenal Mazarino. Las mujeres que se creían bellas se jactaban de gobernar a un príncipe de veintidós años, a quien ya había seducido el amor hasta hacerle ofrecer su corona a su amada. Los cortesanos jóvenes creían que renacería el reinado de los favoritos. Cada ministro esperaba ocupar el primer lugar. Ninguno pensaba en que un rey que había sido criado alejado de los asuntos de estado se atrevería a tomar sobre sí el fardo del gobierno. Mazarino prolongó la infancia del monarca tanto como pudo; lo venía instruyendo desde hacía muy poco tiempo, y eso porque el rey quiso ser instruido.

Era tan remoto esperar ser gobernado por el soberano, que ninguno de los que hasta entonces habían trabajado con el primer ministro le preguntó al rey cuándo sería escuchado. Todos le preguntaron: “¿A quién nos dirigiremos?” y Luis les contestó: A mí. Más sorprendente aún fué verlo perseverar. Desde hacía algún tiempo medía sus fuerzas y probaba en secreto su genio para reinar. Una vez tomada esta resolución, la mantuvo hasta el último momento de su vida. Fijó a cada uno de sus ministros los límites de su poder, hízose rendir cuenta de todo a horas convenidas, les dio la confianza necesaria para acreditar su ministerio y veló para impedir que abusaran demasiado.

Madame de Motteville nos dice que la reputación de Carlos II, rey de Inglaterra, que pasaba por gobernar por sí mismo, inspiró la emulación de Luis XIV. De ser así, superó con mucho a su rival y fué digno toda su vida de lo que antes se había dicho de Carlos.

Comenzó por poner orden en las finanzas, transtornadas por un prolongado pillaje. La disciplina fué restablecida en las tropas como el orden en las finanzas. La magnificencia y la decencia embellecieron la corte y hasta los placeres tuvieron brillo y grandeza. Todas las artes fueron estimuladas y utilizadas para gloria del rey y de Francia.

No es éste lugar para presentarlo en su vida privada ni en el interior de su gobierno; eso lo haremos aparte. Baste con decir que su pueblo, que desde la muerte de Enrique el Grande no había visto a un verdadero rey y que detestaba el imperio de un primer ministro, se llenó de admiración y de esperanza cuando vio a Luis XIV realizar a los veintidós años, lo que Enrique hiciera a los cincuenta. Si Enrique IV hubiese tenido un

primer ministro, se habría visto perdido, porque el odio contra un particular habría reanimado veinte facciones poderosas en exceso. Si Luis XIII no lo hubiera tenido, ese príncipe, cuyo cuerpo débil y enfermo le enervaba el alma, habría sucumbido bajo el peso. Para Luis XIV no había peligro en tener o no tener primer ministro. No quedaba ni el menor rastro de las antiguas facciones; en Francia no existían más que un soberano y sus súbditos. Desde un principio demostró que ninguna gloria le era ajena y que deseaba ser tan considerado en el exterior como rey absoluto en el interior.

Los antiguos reyes de Europa pretenden que son totalmente iguales entre sí, pretensión muy natural; pero los reyes de Francia reclamaron siempre la precedencia merecida por la antigüedad de su raza y de su reino, y si no han cedido a los emperadores es porque los hombres nunca son lo bastante audaces para romper con una larga práctica. El jefe de la república de Alemania, príncipe electivo y poco poderoso por sí mismo, tiene la preeminencia sin contradicción sobre todos los soberanos, a causa de su título de César y de heredero de Carlomagno. La cancillería alemana ni siquiera daba a los demás reyes el tratamiento de majestad. Los reyes de Francia podían disputarle la precedencia a los emperadores, puesto que Francia fundó el verdadero imperio de Occidente, cuyo nombre subsiste sólo en Alemania. Tenían para sí no solamente la superioridad de una corona hereditaria sobre una dignidad electiva, sino la ventaja de descender, en una serie ininterrumpida, de soberanos que reinaron sobre una gran monarquía varios siglos antes de que, en el mundo entero, ninguna de las casas que hoy ciñen corona hubiera alcanzado altura alguna. Querían preceder, por lo menos, a las demás potencias de Europa. Alegaban en su favor el nombre de muy cristiano. Los reyes de España oponían el título de católica; y desde que Carlos Quinto tuvo a un rey de Francia prisionero en Madrid, la soberbia española ni remotamente quería ceder ese rango. Los ingleses y los suecos, que no alegan hoy ninguno de esos sobrenombres, reconocen lo menos posible esa superioridad.

Estas pretensiones se debatían antiguamente en Roma. Los papas, que daban los estados por una bula, se creían, con mayor razón, en el derecho de decidir el rango entre las coronas. Esta corte, a la que todo se le va en ceremonias, era el tribunal donde se juzgaban esas vanidades de la grandeza. Francia tuvo siempre la superioridad cuando fue más poderosa que España; pero desde el reinado de Carlos Quinto, España no perdió ocasión de atribuirse la igualdad. La disputa estaba indecisa: un paso de más o de menos en una procesión, un sillón colocado cerca de un altar, o frente al púlpito de un predicador, eran triunfos y establecían títulos para la preeminencia. El puntillo de honor se extremaba entonces a este respecto entre las coronas, como el furor de los duelos entre los particulares.

(1661) Ocurrió que al entrar en Londres un embajador de Suecia, el conde de Estrades, embajador de Francia, y el barón de Vatteville, embajador de España, se disputaran el paso. El español, con más dinero y con séquito más numeroso se ganó al populacho inglés: primero hizo matar los caballos de las carrozas francesas y luego la gente del conde de Estrades, herida y dispersada, dejó marchar con la espada desenvainada a los españoles, en son de triunfo.

(24 de marzo de 1662) Luis XIV, informado del insulto, llamó a su embajador en Madrid, hizo salir de Francia al de España, anuló las conferencias que se realizaban todavía en Flandes con motivo de los límites, y comunicó a su suegro, el rey Felipe IV, que si no reconocía la superioridad de la corona de Francia y no reparaba la afrenta con una satisfacción solemne, volvería a empezar la guerra. Felipe IV no quiso hundir a su reino en una nueva guerra por la precedencia de un embajador, y envió al conde de Fuentes a declarar al rey, en Fontainebleau, en presencia de todos los ministros extranjeros que estaban en Francia, “que los ministros españoles no concurrirían en adelante con los de Francia”. Esto no era suficiente para reconocer claramente la preeminencia del rey; pero bastaba como palpable confesión de la debilidad española. Esta corte, soberbia todavía, murmuró largo tiempo por esta humillación. Después, varios ministros españoles renovaron sus antiguas pretensiones y obtuvieron la igualdad en Nimega; pero Luis XIV adquirió entonces, con su firmeza, una superioridad real en Europa e hizo ver cuán temible era.

Apenas solucionado con tanta grandeza este pequeño asunto, mostró mayor dignidad aún en cierta ocasión en la que su gloria parecía menos comprometida. Los jóvenes franceses, en las guerras que tenían lugar desde hacía tiempo en Italia contra España, dieron a los italianos, circunspectos y celosos, la idea de una nación impetuosa. Italia consideraba bárbaras a todas las naciones que la inundaban, y a los franceses como bárbaros más alegres que los otros, pero más peligrosos, pues llevaban a todas las casas los placeres con el desprecio, y la licencia con el insulto. Eran temidos en todas partes y especialmente en Roma.

El duque de Créqui, embajador ante el papa, había sublevado a los romanos por su altivez; sus sirvientes, gentes que llevan siempre al ex. tremo los defectos de sus amos, cometían en Roma los mismos desórdenes que la juventud indisciplinada de París, para la cual era por aquel entonces un honor atacar noche tras noche a la ronda que vela vigilando la ciudad.

(20 de agosto de 1662) Algunos lacayos del duque de Créqui acordaron cargar, espada en mano, contra una escuadra de corsos (son guardias del papa que apoyan las ejecuciones de la justicia). Todo el cuerpo de corsos ofendido, y secretamente animado por don Mario Chigi, hermano del papa Alejandro VII, quien odiaba al duque de Créqui, se dirigió armado a sitiar la casa del embajador. Dispararon sobre la carroza de la embajadora que volvía en ese momento a su palacio, mataron a un paje e hirieron a varios sirvientes. El duque de Créqui salió de Roma acusando a los parientes del papa, y al papa mismo, de haber favorecido el asesinato. El papa demoró tanto como pudo la reparación, persuadido de que con los franceses con sólo contemporar bastaba, y de que todo se olvidaría. Hizo prender a un corso y a un esbirro al cabo de cuatro meses; ordenó salir de Roma al gobernador, sospechoso de haber autorizado el atentado: pero se sintió consternado al enterarse de que el rey amenazaba con hacer sitiar Roma, que ya hacía pasar tropas a Italia y que el mariscal du Plessis-Praslin había sido nombrado para mandarlas. El asunto se había convertido en una disputa de nación a nación, y el rey quiso hacer respetar la suya. El papa, antes de dar la satisfacción pedida, imploró la

mediación de todos los príncipes católicos; hizo todo lo que pudo para decidirlos contra Luis XIV, pero las circunstancias no eran favorables al papa. Los turcos atacaban el Imperio y España estaba coprometida en una guerra desafortunada con Portugal.

La corte romana no hizo más que irritar al rey sin poder perjudicarlo. El parlamento de Provenza ordenó comparecer al papa y mandó apoderarse del condado de Aviñón. En otro tiempo, las excomuniones de Roma hubieran sido la consecuencia de esos ultrajes; pero eran armas gastadas, que se habían tornado ridículas; el papa debió, pues, doblegarse y se vio obligado a desterrar de Roma a su propio hermano, a enviar a su sobrino, el cardenal Chigi, en calidad de legado a latere a dar satisfacción al rey, a disolver la guardia corsa y a erigir en Roma una pirámide con una inscripción que refería la injuria y la reparación. El cardenal Chigi fue el primer legado de la corte romana enviado para pedir perdón, pues antaño los legados iban a dictar leyes y a imponer diezmos. El rey no se contentó con hacer reparar un ultraje con ceremonias pasajeras y monumentos que también lo son (porque permitió, algunos años más tarde, la destrucción de la pirámide); sino que obligó a la corte de Roma a prometer la devolución de Castro y Ronciglione al duque de Parma, y a indemnizar al de Módena por sus derechos sobre Comacchio, sacando de un insulto el honor de ser el protector de los príncipes de Italia.

Manteniendo su dignidad, no olvidaba aumentar su poder, (27 de octubre de 1662_). Las finanzas bien administradas por Colbert lo colocaron en condiciones de comprar Dunkerque y Mardick al rey de Inglaterra por cinco millones de libras, a veintiséis libras diez por marco. Carlos II, pródigo y pobre, tuvo la vergüenza de vender lo comprado al precio de la sangre inglesa. El parlamento de Inglaterra, que castiga a menudo las faltas de los favoritos y llega a veces hasta juzgar a sus reyes, desterró a su canciller Hyde, acusado de haber aconsejado, o cuando menos tolerado, esa debilidad.

(1663) Luis puso treinta mil hombres a fortificar Dunkerque por el lado de tierra y por el del mar. Cavaron entre la ciudad y la ciudadela un estanque capaz de contener treinta barcos de guerra, por lo cual, apenas vendida la ciudad por los ingleses se convirtió para ellos en objeto de terror.

(30 de agosto de 1663) Poco tiempo después el rey obligó al duque de Lorena a entregarle la plaza fuerte de Marsal.

Ese desdichado Carlos IV, guerrero bastante ilustre pero príncipe débil, inconstante e imprudente, acababa de hacer un tratado por el cual donaba Lorena a Francia después de su muerte a condición de que el rey le permitiera percibir un millón sobre el estado que abandonaba, y que los príncipes de la sangre de Lorena fueran considerados príncipes de la casa real de Francia. Este tratado, registrado en vano por el parlamento de París, fué causa tan sólo de nuevas inconstancias por parte del duque de Lorena, demasiado feliz después de ceder Marsal y de entregarse a la clemencia del rey.

Luis aumentaba sus estados inclusive en tiempo de paz, y se mantenía dispuesto constantemente para la guerra, hacía fortificar las fronteras, conservaba disciplinadas a las tropas, aumentaba el número de las mismas, y a menudo les pasaba revista.

Por aquel entonces los turcos eran muy temibles en Europa; atacaban, a la vez, al emperador de Alemania y a los venecianos. La política de los reyes de Francia fué siempre, desde Francisco I, la de aliarse a los emperadores turcos, no sólo por las ventajas del comercio sino para impedir que la casa de Austria predominara en demasía. Sin embargo, un rey cristiano no podía negar socorro al emperador que estaba en gran peligro, y si a Francia le interesaba que los turcos inquietaran a Hungría, no le convenía que la invadieran; por último los tratados con el Imperio convertían en deber esa decisión honorable. Envió pues seis mil hombres a Hungría, a las órdenes del conde de Coligny, único superviviente de la casa de Coligny, antiguamente tan célebre en nuestras guerras civiles, merecedor quizá de tanta fama como el almirante por su valor y virtud. Unido por la amistad al gran Condé, todos los ofrecimientos del cardenal Mazarino no pudieron comprometerlo jamás a faltar a su amigo. Llevó consigo a lo más selecto de la nobleza de Francia, y, entre otros, al joven La Feuillade, hombre emprendedor y ávido de gloria y de fortuna. (1664) Todos ellos sirvieron en Hungría al mando del general Montecuculli, que se enfrentaba entonces al gran visir Kivperli o Kouprogli, y que después, sirviendo contra Francia contra balanceó la reputación de Turena. En San Gotardo, a orillas del Raab, se dio una gran batalla entre los turcos y el ejército del emperador. Los franceses hicieron prodigios de valor y hasta los alemanes, que no les tenían la menor estima, no pudieron menos que hacerles justicia; pero no es hacérsela a los alemanes el decir, como se ha hecho en tantos libros, que sólo a los franceses correspondió el honor de la victoria.

El rey, poniendo su grandeza en socorrer abiertamente al emperador y dar brillo a las armas francesas, utilizaba su política para defender a Portugal de España. El cardenal Mazarino había abandonado formalmente a los portugueses por el tratado de los Pirineos, pero el español cometió varias pequeñas violaciones tácitas a la paz. El francés por su parte, cometió una violación audaz y decisiva: el mariscal de Schomberg, extranjero y hugonote, entró en Portugal con cuatro mil soldados franceses pagados con dinero de Luis XIV, que pasaban por estar a sueldo del rey de Portugal. (17 de junio de 1665) Esos cuatro mil soldados franceses unidos a las tropas portuguesas obtuvieron en Villaviciosa una victoria completa, que afianzó en el trono a la casa de Braganza. Así pues, Luis XIV era considerado como príncipe guerrero y político y Europa lo temía desde antes de haber iniciado la guerra.

Gracias a esta política evitó, a pesar de sus promesas, unir los pocos barcos que tenía entonces a las flotas holandesas. Se había aliado con Holanda en 1662. Por este tiempo la república holandesa reanudó la guerra con Inglaterra, cuyo motivo era el vano y extravagante honor del pabellón, y los intereses reales de su comercio en las Indias. Luis veía con placer a esas dos potencias marítimas poner en el mar, todos los años, una contra otra, flotas de más de cien naves y destruirse mutuamente en las batallas más obstinadas que se hayan dado jamás, y cuyo único fruto era el debilitamiento de los dos

partidos. Una de ellas duró tres días enteros (11, 12 y 13 de junio de 1666). En esos combates se ganó el holandés Ruyter la reputación de más grande marino conocido hasta entonces. Fue el quien quemó los más hermosos barcos de Inglaterra en sus propios puertos, a cuatro leguas de Londres. Hizo triunfar a Holanda en los mares, el imperio de los cuales tuvieron siempre los ingleses y en los que Luis XIV todavía no era nada.

Hacía ya tiempo que esas dos naciones compartían el dominio del Océano. Sólo ellas conocían el arte de construir barcos y de utilizarlos en el comercio y en la guerra. Durante el ministerio de Richelieu, Francia se creyó poderosa en el mar, porque de los sesenta barcos que había en sus puertos, podía poner en el mar cerca de treinta, de los cuales sólo uno tenía setenta cañones. Durante el gobierno de Mazarino se compraron a los holandeses los pocos barcos que había. Se carecía de marineros, de oficiales y de manufacturas para la construcción y para el equipo. El rey emprendió la tarea de reparar a la marina en ruinas y de dotar a Francia de todo lo que le faltaba, con una diligencia increíble: pero en 1664 y 1665, mientras los ingleses y los holandeses cubrían el Océano con cerca de trescientas grandes naves de guerra, Francia no tenía más que quince o dieciséis de ínfima categoría, empleadas por el duque de Beaufort contra los piratas de Berbería; y cuando los Estados generales apremiaron a Luis XIV para que uniera su flota a la suya, no había en el puerto de Brest más que un solo brulote, que fué enviado por las reiteradas instancias de los holandeses, aunque daba vergüenza mandarlo, vergüenza que Luis XIV se apresuró a borrar.

(1665) Socorrió a los Estados con sus fuerzas de tierra, ayuda más necesaria y decente. Les envió seis mil franceses para defenderlos del obispo de Múnster, Cristóbal Bernardo Van Galen, prelado guerrero y enemigo implacable, que Inglaterra pagaba para que asolara Holanda; pero se hizo pagar caro este socorro y los trató como un hombre poderoso que vende su protección a comerciantes opulentos. Colbert puso en la cuenta, además del sueldo de las tropas, los gastos de una embajada enviada a Inglaterra para concertar la paz con Carlos II. Jamás socorro alguno fué dado de tan mala gana ni recibido con menos agradecimiento.

Este rey, cuyas tropas estaban fogueadas, que había formado nuevos oficiales en Hungría, en Holanda y en Portugal, que se habla hecho respetar y vengar en Roma, no tenía un solo potentado a quien pudiera temer. Inglaterra devastada por la peste; Londres reducida a cenizas por un incendio³ atribuido injustamente a los católicos; la prodigalidad y la indigencia continua de Carlos II, tan peligrosa para sus asuntos como el contagio y el incendio, ponían a Francia a seguro del lado de los ingleses. El emperador apenas se rehacía de la agotadora guerra contra los turcos. El rey de España, Felipe IV, moribundo, -y su monarquía tan débil como él, hacían de Luis XIV el único rey poderoso y temible. Era joven, rico, estaba bien servido, se le obedecía ciegamente, y se mostraba impaciente por conquistar y distinguirse.

CAPITULO VIII

CONQUISTA DE FLANDES

La ocasión se le presentó muy pronto a este rey que la buscaba. Felipe IV, su padre político, murió (1665): había tenido de su primera mujer, hermana de Luis XIII, a la princesa María Teresa, casada con su primo Luis XIV, por cuyo matrimonio la monarquía española pasó a la casa de Borbón, durante tanto tiempo su enemiga. Del segundo matrimonio con María Ana de Austria, nació Carlos II, niño débil y enfermizo, heredero de la corona y el único superviviente de tres niños varones, de los cuales dos murieron de corta edad. Luis XIV pretendió que Flandes, Brabante y el Franco-Condado, provincias del reino de España, debían, según las leyes de esas provincias, ser devueltas a su mujer a pesar de haber renunciado a ellas. Si los conflictos entre los reyes pudieran juzgarse según las leyes de las naciones, por un tribunal desinteresado, el asunto no hubiera sido muy claro.

Luis hizo examinar sus derechos por su consejo y por teólogos, que los juzgaron incontestables; pero al consejo y al confesor de la viuda de Felipe IV les parecieron muy discutibles. A ella le asistía una poderosa razón, la ley expresa de Carlos Quinto; pero a esas leyes de Carlos Quinto apenas si se las tomaba en cuenta en la corte de Francia.

Uno de los argumentos de que se valía el consejo del rey era el de que los quinientos mil escudos dados en dote a su mujer no le habían sido pagados; pero se olvidaba de que la dote de la hija de Enrique IV tampoco lo había sido. Francia y España sostuvieron primero una guerra de documentos en los que se expusieron cálculos de banqueros y razones de abogados; pero sólo se atendía a la razón del estado. Razón asaz extraordinaria, por cierto. Luis XIV iba a atacar a un niño cuyo protector natural debía ser, puesto que se habla casado con la hermana de ese niño. ¿Como pudo creer que el emperador Leopoldo, considerado como jefe de la casa de Austria, le permitiría oprimir a esta casa y engrandecerse en Flandes? ¿Quién podría creer que el emperador y el rey de Francia se habían repartido in mente los despojos del joven Carlos de Austria, rey de España? En las Memorias del marqués de Torci encontramos algunas huellas de esta triste verdad, por lo demás no muy claras. El tiempo ha aclarado el misterio y ha probado que entre los reyes las conveniencias y el derecho del más fuerte hacen las veces de justicia, sobre todo cuando esa justicia es dudosa.

Todos los hermanos de Carlos II, rey de España, habían muerto. Carlos era de constitución débil y enfermiza. Luis XIV y Leopoldo hicieron, durante su infancia, sobre poco más o menos, el mismo tratado de partición que comenzaron al morir el rey. Por ese tratado, que actualmente se halla en el depósito del Louvre, Leopoldo debía dejar a Luis XIV en posesión de Flandes, a condición de que, a la muerte de Carlos, España pasara a ser dominio del emperador. No se sabe si esta extraña negociación costó

dinero. Ordinariamente este artículo fundamental de tantos tratados se mantiene en secreto:

Leopoldo se arrepintió al instante mismo de firmar el acta, y exigió que, por lo menos, ninguna corte tuviera conocimiento de ella; que no se hiciera la doble copia acostumbrada; y que el original que debía ser conservado fuera encerrado en un cofrecito de metal, del cual tendría una llave el emperador y otra el rey de Francia. Este cofrecito fué confiado al gran duque de Florencia. Con ese propósito el emperador lo puso en manos del embajador de Francia en Viena, y el rey envió dieciséis de sus guardias de corps a las puertas de Viena para acompañar al correo, por miedo a que el emperador cambiara de opinión e hiciera robar el cofre en el camino. Lo llevaron a Versalles y no a Florencia; esto hace sospechar que Leopoldo había recibido dinero, ya que no se atrevió a quejarse.

He aquí cómo el emperador permitió el despojo del rey de España.

El rey, que contaba más con sus fuerzas que con sus razones, marchó a Flandes a una conquista segura. (1667) Iba a la cabeza con treinta y cinco mil hombres, otro cuerpo de ocho mil fue enviado hacia Dunkerque, y otro más de cuatro mil hacia el Luxemburgo. Turenna, a sus ordenes, era el general de este ejército. Colbert multiplicó los recursos del estado para subvenir a los gastos. Louvois, nuevo ministro de guerra, hizo inmensos preparativos para la campaña. Se distribuyeron en la frontera almacenes de toda especie. Este ministro fué el que introdujo por primera vez este ventajoso método -que la debilidad del gobierno había hecho hasta entonces impracticable- de asegurar las subsistencias de los ejércitos mediante almacenes; de este modo cualquiera que fuera el sitio que el rey quisiera poner, hacia cualquier lado que volviera sus armas, hallaba siempre dispuestos toda suerte de socorros, los alojamientos de las tropas señalados y sus marchas reglamentadas. La disciplina, que la austeridad inflexible del ministro hacía cada día más severa, encadenaba a todos los oficiales a su deber.¹ La presencia del joven rey, ídolo de su ejército, tornaba fácil y grata la dureza de ese deber. El grado militar comenzó a partir de entonces a estar muy por encima del derecho de nacimiento. Los servicios y no los antepasados fueron tenidos en cuenta, cosa nunca vista; con ello, fué estimulado el oficial de origen más humilde sin que los de alta alcurnia tuvieran de qué quejarse. La infantería, en la que recaía todo el peso de la guerra, después de haber sido probada la inutilidad de las lanzas, compartió las recompensas que tenía la caballería. Estos nuevos principios de gobierno inspiraron nuevo coraje.

El rey, con un jefe y un ministro igualmente hábiles, celosos el uno del otro, y por ello sirviéndole mejor, seguido de las mejores tropas de Europa, y, por último, aliado de nuevo con Portugal, atacaba con todos sus recursos una provincia mal defendida de un reino arruinado y desgarrado. No tenía que habérselas más que con su madre política, mujer débil, gobernada por un jesuita, cuya administración descuidada y funesta dejaba indefensa a la monarquía española. El rey de Francia poseía todo lo que le faltaba a España.

El arte de atacar las plazas no estaba tan perfeccionado como hoy porque se ignoraba todavía más el de fortificarlas y defenderlas bien. Las fronteras del Flandes español apenas tenían fortificaciones y guarniciones.

A Luis le bastó con presentarse frente a ellas. (Junio de 1667) Entró en Charleroi como en París; Ath, Tournai fueron tomadas en dos días; Furnes, Armentières, Courtrai, dejaron de resistir. Bajó a la trinchera frente a Douai que al día siguiente se rindió (6 de julio). (27 de agosto) Lila, la más floreciente ciudad de esas regiones, la única bien fortificada y con una guarnición de seis mil hombres, capituló después de nueve días de asedio. (30 de agosto) Los españoles contaban sólo con ocho mil hombres que oponer al ejército victorioso y además la retaguardia de este pequeño ejército fué destrozada por el marqués, más tarde mariscal, de Créqui. El resto se ocultó en Bruselas y Mons, dejando que el rey venciera sin combatir.

Esta campaña, hecha en la mayor abundancia, de éxitos fáciles, pareció el viaje de una corte. La buena alimentación, el lujo y los placeres fueron introducidos entonces en los ejércitos, a la vez que se afirmaba la disciplina. Los oficiales cumplían con mucha mayor exactitud sus deberes militares, pero con comodidades más rebuscadas. El mariscal de Turena durante mucho tiempo usó sólo platos de hierro en campaña, siendo el marqués de Humières el primero que, en el sitio de Arras, en 1658, se hizo servir en vajilla de plata en la trinchera, y que comió guisados y entremeses. Pero en esa campaña de 1667, donde un joven rey amante de la magnificencia, desplegaba la de una corte en las fatigas de la guerra, todo el mundo se preciaba de suntuosidad y de afición por la buena mesa, los vestidos y los equipos. Este lujo, prueba evidente de la riqueza de un gran estado y a menudo causa de la decadencia de los pequeños, era, sin embargo, muy poca cosa todavía, comparado con lo que se vio después. El rey, sus generales y sus ministros se dirigían a las concentraciones del ejército a caballo; mientras que hoy no hay capitán de caballería ni secretario de oficial general que no haga ese viaje en silla de posta, con vidrios y elásticos, más cómoda y más tranquilamente de lo que se iba entonces en una visita de un barrio a otro de París.

El refinamiento de los oficiales no les impedía bajar a la trinchera con el casco en la cabeza y la coraza a cuestas. El rey daba el ejemplo: bajó así a la trinchera de Douai y Lila. Esta prudente conducta conservó a más de un gran hombre, pero fué descuidada después por jóvenes poco robustos, valerosos pero negligentes, que parecen temer más la fatiga que el peligro.

La rapidez de esas conquistas alarmó a Bruselas cuyos ciudadanos comenzaban ya a llevar sus enseres a Amberes. La conquista de Flandes entero podía ser fruto de una campaña, pero le faltaba al rey disponer de tropas lo bastante numerosas para conservar las plazas, dispuestas a abrirse ante sus armas. Louvois le aconsejó mantener fuertes guarniciones en las ciudades tomadas, y fortificarlas. Vauban, uno de los grandes hombres y de los genios que aparecieron en ese siglo para servir a Luis XIV, fué encargado de esas fortificaciones. Utilizó un nuevo método para construir las, regla hoy

de todos los buenos ingenieros. Era sorprendente ver a las plazas rodeadas de fortificaciones casi a ras de suelo.

Las altas y amenazantes fortificaciones estaban más expuestas a ser fulminadas por la artillería: cuanto más bajas menos expuestas estaban. Construyó la ciudadela de Lila según esos principios (1668). En Francia estaban todavía unidos el gobierno de una ciudad y el de su fortaleza; en favor de Vauban, que fue el primer gobernador de una ciudadela, se sentó el nuevo precedente. Es de notar también que el primer plano en relieve, expuesto en la galería del Louvre, fué el de las fortificaciones de Lila.

El rey se apresuró a gozar de las aclamaciones del pueblo, de la adoración de sus cortesanos y de sus amantes, y de las fiestas que dio a su corte.

CAPÍTULO IX

CONQUISTA DEL FRANCO CONDADO. PAZ DE AIX-LA-CHAPELLE.

(1668) Estaba todo el mundo entregado a la diversión en Saint-Germain, cuando en el corazón del invierno, en el mes de enero, causó asombro ver marchar tropas por todos lados, idas y venidas en los caminos de Champagne, en los Trois-Évêchés; trenes de artillería y carros de municiones se detenían con diversos pretextos, en la ruta que lleva de Champagne a Borgoña. Se veían en esta parte de Francia numerosos movimientos cuya causa se ignoraba. Los extranjeros por interés, y los cortesanos por curiosidad, se perdían en conjeturas. Alemania estaba alarmada: todo el mundo desconocía el objeto de esos preparativos y de esas marchas irregulares. Jamás se guardó mejor el secreto de la conspiración que en esta empresa de Luis XIV. El 2 de febrero parte de Saint-Germain con el joven duque de Enghien, hijo del gran Condé, y algunos cortesanos; los demás oficiales se hallaban con las concentraciones de tropas. Hace grandes jornadas a caballo y llega a Dijon. Veinte mil hombres, llegados por veinte caminos diferentes, se encuentran el mismo día en el Franco-Condado, a algunas leguas de Besançon, y con el gran Condé a la cabeza, cuyo principal teniente general es su amigo Montmorency-Bouteville, convertido en duque de Luxemburgo, adicto a él en la buena como en la mala fortuna. Luxemburgo era discípulo de Condé en el arte de la guerra; y a fuerza de méritos, obligó al rey, que no lo quería, a emplearlo.

Se produjeron intrigas en esta empresa imprevista: el príncipe de Condé estaba celoso de la gloria de Turena y Louvois del favor que le dispensaba el rey; Condé estaba celoso como héroe y Louvois como ministro. El príncipe, gobernador de Borgoña, que limita con el Franco Condado, se había hecho el propósito de apoderarse de él durante el invierno, empleando para ello menos tiempo del que necesitó Turena el verano anterior para conquistar el Flandes francés. Primero participó su proyecto a Louvois, que se aferró a él con avidez para alejar e inutilizar a Turena, y para servir al mismo tiempo a su soberano.

Esta provincia, entonces bastante pobre en dinero, pero muy fértil, bien poblada, con una extensión de cuarenta leguas de largo por veinte de ancho, llevaba el nombre de Francia y lo era en efecto. Los reyes de España eran más bien sus protectores que sus dueños. Aunque el país perteneciera al gobierno de Flandes dependía poco de él; su parlamento y su gobernador compartían y se disputaban la administración toda del Franco-Condado. El pueblo gozaba de grandes privilegios, respetados siempre por la corte de Madrid, que cuidaba a una provincia celosa de sus derechos y vecina de Francia. También Besançon se gobernaba como ciudad imperial. Jamás pueblo alguno vivió bajo una administración más suave, ni fué tan adicto a sus soberanos. Este amor por la casa de Austria se conservó durante dos generaciones, amor que era en el fondo el de su libertad. En fin, el Franco-Condado era feliz pero pobre, y como era una especie

de república, en él habían facciones. A pesar de lo que diga Péliſson, no sólo se empleó la fuerza.

Se ganó primero a algunos ciudadanos con presentes y esperanzas. Se aseguraron la voluntad del abate Jean de Vateville, hermano de aquel que, habiendo insultado en Londres al embajador de Francia, procuró, con este ultraje, la humillación de la rama de Austria española. A este abate, en otro tiempo oficial, después cartujo, luego, durante mucho tiempo, musulmán entre los turcos y, por último, eclesiástico, le prometieron hacerlo gran deán y otorgarle otros beneficios. Fueron comprados a bajo precio algunos magistrados y algunos oficiales; y casi al final hasta el marqués de Yenne, gobernador general, se tornó tan tratable que aceptó públicamente, después de la guerra, una cuantiosa pensión y el grado de teniente general de Francia. Apenas comenzadas, estas intrigas secretas fueron sostenidas por veinte mil hombres. Besançon, la capital de la provincia, es atacada por el príncipe de Condé; Luxemburgo corre a Salins: al día siguiente Besançon y Salins se rinden. Besançon para capitular no pidió más que la conservación de un santo sudario muy reverenciado en la ciudad; lo cual se le concedió muy fácilmente. El rey llegó a Dijon; Louvois, que había volado a la frontera para dirigir todas esas marchas, va a comunicarle que esas dos ciudades están sitiadas y tomadas y el rey corre inmediatamente a mostrarse a la fortuna que lo hacía todo por él.

Fue en persona a sitiar Dôle. Esta plaza, reputada fuerte, tenía por comandante al conde de Mont-Revel, hombre de gran valor, fiel por grandeza de alma a los españoles que odiaba y al parlamento que despreciaba. Tenía sólo como guarnición cuatrocientos soldados y los ciudadanos; y se atrevió a defenderse. La trinchera no había sido construida como de costumbre; apenas abierta, una multitud de jóvenes voluntarios que seguían al rey corrió a atacar la contraescarpa y se instaló allí; el príncipe de Condé, a quien la edad y la experiencia habían dado un valor tranquilo, los hizo resistir a propósito y compartió su peligro para sacarlos de allí. El príncipe iba a todas partes con su hijo, y acudía inmediatamente a dar cuenta de todo al rey como un oficial que tuviera que hacer carrera. En su cuartel el rey mostraba más bien la dignidad de un monarca en su corte que un ardor impetuoso que no era necesario. Todo el ceremonial de Saint-Germain era observado. Tenía su petit coucher, sus guardias, sus petites entrées y un sala de audiencias en su tienda. Atemperaba tan sólo el fausto del trono haciendo comer a su mesa a los oficiales generales y sus ayudantes de campo. No se le veía en los trabajos de la guerra ese valor arrebatado de Francisco I y de Enrique IV, que buscaban toda clase de peligros. Se contentaba con no temerlos y con comprometer a todo el mundo a precipitarse por él con ardor. (14 de febrero de 1668) Entró en Dôle al cabo de cuatro días de asedio, doce días después de su partida de Saint-Germain, y en fin, en menos de tres semanas todo el Franco-Condado fué sometido. El consejo de España asombrado e indignado por la poca resistencia, escribió al gobernador que “el rey de Francia debió mandar sus lacayos a tomar posesión de ese país, en lugar de ir en persona”.

Tanta fortuna y tanta ambición despertaron a la Europa adormilada; el Imperio comenzó a moverse, y el emperador a reclutar tropas. Los suizos, vecinos del Franco-Condado y

que entonces casi no tenían otro bien que su libertad, temblaron por ella. El resto de Flandes podía ser invadido en la próxima primavera; los holandeses, a quienes siempre les interesó tener a los franceses como amigos, se estremecían al pensar que los tendrían por vecinos. España recurrió entonces a los mismos holandeses, y fué, en efecto, protegida por esa pequeña nación, que antes sólo le había parecido despreciable y rebelde.

Holanda era gobernada por Juan de Witt, quien a la edad de veintiocho años fué elegido gran pensionario; hombre tan enamorado de la libertad de su país como de su grandeza personal. Sujeto a la frugalidad y a la modestia de su república, no tenía más que un lacayo y una sirvienta y andaba a pie en La Haya, mientras en las negociaciones de Europa se contaba su nombre entre los de los reyes más poderosos: hombre infatigable en el trabajo, pleno de orden, sabiduría y habilidad en los negocios, excelente ciudadano, gran político, no obstante lo cual fué después muy desgraciado.¹

Contrajo con el caballero Temple, embajador de Inglaterra en La Haya, una amistad muy rara entre ministros. Temple era un filósofo que unía las letras a los negocios, hombre de bien, a pesar de los reproches de ateísmo que le ha hecho el obispo Burnet; nacido con el genio de un sabio republicano, amaba a Holanda, como a su propio país, porque era libre, y era tan celoso de esa libertad como el mismo gran pensionario. Estos dos ciudadanos se aliaron con el conde de Dhona, embajador de Suecia, para detener los progresos del rey de Francia.

Este tiempo estaba señalado por los acontecimientos rápidos. El Flandes, llamado Flandes francés, fué tomado en tres meses; el Franco-Condado en tres semanas. El tratado entre Holanda, Inglaterra y Suecia para mantener el equilibrio europeo y reprimir la ambición de Luis XIV, fué propuesto y concluido en cinco días. El consejo del emperador Leopoldo no se atrevió a entrar en esta intriga. Lo ataba el tratado secreto que firmó con el rey de Francia para despojar al joven rey de España. Alentaba, en secreto, la unión de Inglaterra, Suecia y Holanda, pero no tomaba abiertamente ninguna medida.

A Luis XIV le indignó que un pequeño estado como Holanda concibiera la idea de limitar sus conquistas y de convertirse en árbitro de reyes, y más aún, que fuera capaz de serlo. Esta empresa de las Provincias Unidas fué para él un ultraje sensible que tuvo que aguantar y cuya venganza comenzó a meditar desde entonces.

Por más ambicioso y todopoderoso que fuera y por más irritado que estuviera, desvió la tormenta que iba a levantarse de todos los puntos de Europa. Él mismo propuso la paz. Francia y España eligieron Aix-la-Chapelle para lugar de las conferencias, y al nuevo papa Rospigliosi, Clemente IX, para mediador.

La corte de Roma, para adornar su debilidad con un prestigio aparente, buscó por todos los medios el honor de ser árbitro entre las coronas. No había podido obtenerlo en el tratado de los Pirineos: pareció lograrlo, al menos, en la paz de Aix-la-Chapelle. Un nuncio fue enviado al congreso para que fuera un fantasma de árbitro entre fantasmas de

plenipotenciarios. Los holandeses, celosos de su gloria, no quisieron compartir la de concluir lo que habían iniciado. En efecto, todo se trataba en Saint-Germain a través de su embajador Van Beuning. Lo acordado en secreto por él era enviado a Aix-la-Chapelle para ser firmado con aparato por los ministros reunidos en el congreso. ¿Quién hubiera dicho treinta años antes que un burgués de Holanda obligaría a Francia y a España a aceptar su mediación?

Van Beuning, regidor de Amsterdam, tenía la vivacidad de un francés y el orgullo de un español. Se complacía en herir, en todas las ocasiones, la imperiosa altivez del rey, y oponía una inflexibilidad republicana al tono de superioridad que empezaban a tomar los ministros de Francia. “¿No os fiáis de la palabra del rey?”, le decía M. de Lionne en una conferencia. “Ignoro lo que el rey quiere, dijo Van Beuning, tomo en cuenta lo que puede.” (2 de mayo de 1668) En la corte del más soberbio monarca del mundo, un burgomaestre estableció con autoridad una paz por la cual el rey se vio obligado a devolver el Franco-Condado. Los holandeses hubieran preferido mucho más que devolviera Flandes y librarse de un vecino tan temible; pero a todas las naciones les pareció que el rey mostraba bastante moderación al privarse del Franco-Condado. Sin embargo, salía ganando al retener las ciudades de Flandes, que le dejaban abiertas las puertas de Holanda, a la cual pensaba destruir al tiempo en que cedía.

CAPITULO X

OBRAS Y MAGNIFICENCIA DE LUIS XIV.

AVENTURA SINGULAR EN PORTUGAL.

CASIMIRO EN FRANCIA. SOCORRO DE CANDÌA.

CONQUISTA DE HOLANDA.

Luis XIV, obligado a permanecer en paz durante algún tiempo, continuó, tal y como había pensado, ordenando, fortificando y embelleciendo su reino. Hizo ver cómo un rey absoluto, que quiere el bien, lo consigue todo sin esfuerzo. No tenía más que mandar y los éxitos en su administración eran tan rápidos como lo fueron sus conquistas. En verdad, era admirable ver los puertos de mar, antiguamente desiertos, arruinados, rodeados ahora de fortificaciones que constituían su ornamento y su defensa, cubiertos de barcos y de marineros, y conteniendo ya cerca de sesenta grandes naves que podía armar para la guerra. Nuevas colonias, protegidas por su pabellón, partían de todos lados para América, para las Indias Orientales, para las costas de África. Entretanto en Francia, bajo sus ojos, edificios inmensos ocupaban millares de hombres, con todas las artes que la arquitectura trae consigo; y en el interior de su corte y de su capital, las más nobles e ingeniosas artes daban a Francia placeres y una gloria que apenas se imaginaron los siglos precedentes. Las letras florecían; el buen gusto y la razón penetraban en las escuelas de la barbarie. Todos estos detalles de la gloria y la felicidad de la nación hallarán su verdadero lugar en esta historia; aquí tratamos solamente los asuntos generales y militares.

Portugal daba en esa época un extraño espectáculo a Europa. Don Alfonso, hijo indigno del feliz don Juan de Braganza, reinaba en él: era iracundo e imbécil. Su mujer, hija del duque de Nemours, enamorada de don Pedro, hermano de Alfonso, se atrevió a concebir el proyecto de destronar a su marido y casarse con su amante. El embrutecimiento del marido justificó la audacia de la reina. Era de una fuerza corporal superior al común; tuvo, y no lo recató, de una cortesana un hijo que reconoció; había hecho vida matrimonial largo tiempo con la reina, pero, a pesar de todo, ella lo acusó de impotencia; y habiendo adquirido en el reino, con su habilidad, la autoridad que su marido había perdido con su furor, lo hizo encerrar (noviembre de 1667). No tardó en conseguir de Roma una bula para casarse con su cuñado. No es sorprendente que Roma concediera esta bula; pero sí lo es que personas todopoderosas la necesitaran. Lo que Julio II otorgó sin dificultad al rey de Inglaterra Enrique VIII, lo concedió Clemente IX a la esposa de un rey de Portugal. La más pequeña intriga logra en una época lo que las mayores razones no consiguen en otra. Ha habido siempre dos pesos y dos medidas para los derechos todos de los reyes y de las gentes; y esas dos medidas estaban en el Vaticano desde que los papas comenzaron a influir en los asuntos de Europa. Sería

imposible comprender cómo tantas naciones habían dejado una tan extraña autoridad al pontífice de Roma, si no se supiera cuánta fuerza tiene la costumbre.

Este acontecimiento, que fué una revolución en la familia real y no en el reino de Portugal, al no haber cambiado rada en los asuntos de Europa, merece atención sólo por su singularidad.

Francia recibió poco tiempo después a un rey que descendía del trono de otra manera. (1668) Juan Casimiro, rey de Polonia, repitió el ejemplo de la reina Cristina.¹ Cansado de las dificultades del gobierno y deseando vivir feliz, eligió su retiro en París, en la abadía de Saint-Germain, de la cual fué abate. París, convertida desde hacía varios años en sede de todas las artes, era una morada deliciosa para un rey que buscaba las dulzuras de la sociedad y amaba las letras. Había sido jesuita y cardenal antes de ser rey, y hastiado por igual de la iglesia y la realeza, buscaba tan sólo vivir como particular y como sabio, y no soportó jamás que le dieran en París el título de majestad

Pero un asunto más interesante mantenía atentos a todos los príncipes cristianos.

Los turcos, a decir verdad, menos formidables que en tiempos de los Mahoma, los Selim y los Solimán, pero todavía peligrosos y fuertes por nuestras divisiones, después de bloquear Candia durante ocho años la asediaban regularmente con todas las fuerzas de su imperio. No se sabe qué era más asombroso: si que los venecianos se hubiesen defendido tanto tiempo, o que los reyes de Europa los hubieran abandonado.

Los tiempos han cambiado mucho. Antiguamente, cuando la Europa cristiana era bárbara, un papa, y hasta un monje, enviaban millones de cristianos a combatir con los mahometanos en su imperio: nuestros estados agotaban hombres y dinero para ir a conquistar la miserable y estéril provincia de Judea; y ahora que la isla de Candia, considerada como el baluarte de la cristiandad, era inundada por sesenta mil turcos, los reyes cristianos miraban esta pérdida con indiferencia. Algunas galeras de Malta y del papa eran el único socorro que defendía a esta república contra el imperio otomano. El senado de Venecia, tan impotente como sabio, con sus soldados mercenarios y sus socorros tan débiles, no podía resistir al gran visir Kiuperli, buen ministro, mejor general, dueño del imperio de Turquía, seguido por tropas formidables y que además contaba con buenos ingenieros.

El rey dio inútilmente a los otros príncipes el ejemplo de socorrer Candia. Sus galeras y los barcos recientemente construidos en el puerto de Tolón llevaron siete mil hombres al mando del duque de Beaufort: auxilio que resultó demasiado débil en tan gran peligro, porque la generosidad francesa no fué imitada por nadie.

La Feuillade, sencillo gentilhombre francés, ejecutó una acción cuyo ejemplo sólo se encontraría en los antiguos tiempos caballerescos. Llevó cerca de trescientos gentileshombres a Candia a sus expensas, aunque no era rico. Si alguna otra nación hubiera hecho por los venecianos algo equivalente a lo que hizo La Feuillade, es seguro que Candia habría sido liberada. Este socorro sólo sirvió para retardar algunos días su

caída y derramar sangre inútilmente. El duque de Beaufort pereció en una salida, y Kiuperli entró al fin por capitulación en la ciudad, que sólo era un montón de ruinas (16 de septiembre de 1669).

En este asedio los turcos se mostraron superiores a los cristianos, hasta en el conocimiento del arte militar. Los más grandes cañones vistos en Europa hasta entonces fueron fundidos en su campamento. Por primera vez hicieron líneas paralelas en las trincheras. De ellos hemos tomado esta práctica; pero ellos, a su vez, la aprendieron de un ingeniero italiano. Ciertamente es que vencedores como los turcos, con su experiencia, valor, riquezas y esa constancia en el trabajo que los caracterizaba entonces, debían conquistar Italia y tomar Roma en muy poco tiempo; pero los perezosos emperadores que tuvieron después, sus malos generales, y el vicio de su gobierno, fueron la salvación de la cristiandad.

El rey, poco impresionado por estos lejanos sucesos, dejaba madurar su gran designio de conquistar todos los Países Bajos, y de comenzar por Holanda. La ocasión se hacía día a día más favorable. Esta pequeña república dominaba en los mares, pero en tierra era más débil que nadie. Aliada con España e Inglaterra, en paz con Francia, descansaba con demasiada seguridad en los tratados y las ventajas de un comercio intenso. Sus tropas de tierra eran desorganizadas y despreciables en la misma proporción que su armada era disciplinada e invencible. Burgueses que no salían nunca de sus casas y que pagaban gentes de la hez del pueblo para hacer el servicio en su lugar integraban su caballería. La infantería se hallaba, sobre poco más o menos, al mismo nivel; los oficiales, y aun los comandantes de las plazas fuertes, eran hijos o parientes de los burgomaestres, criados en la inexperience y la ociosidad, y que consideraban sus empleos como los sacerdotes miran sus beneficios. El pensionario Juan de Witt quiso corregir este abuso, pero no lo deseó bastante; ésta fué una de las más grandes faltas de ese republicano.

(1670) Primero era necesario desligar a Inglaterra de Holanda. Faltándole este apoyo a las Provincias Unidas, su ruina parecía inevitable. No le fué difícil a Luis XIV comprometer a Carlos en sus proyectos. El monarca inglés no era, en verdad, muy sensible a la vergüenza sufrida por su reino y su nación cuando sus naves fueron quemadas en el mismo río Támesis por la flota holandesa. No ansiaba ni venganza ni conquistas. Quería vivir en los placeres y reinar con un poder más cómodo; y por ahí podía seducirsele. Luis, al que le bastaba con hablar para tener dinero, le prometió mucho al rey Carlos, que no lo conseguía sin el parlamento. Esta alianza secreta entre los dos reyes no fué confiada en Francia más que a Madame, hermana de Carlos II y esposa de Monsieur, hermano único del rey, a Turenna y a Louvois.

(Mayo de 1670) Una princesa de veintiséis años fué la plenipotenciaria que debió consumir el tratado con el rey Carlos. Se tomó como pretexto del traslado de Madame a Inglaterra un viaje que el rey quiso hacer por los lugares de sus nuevas conquistas: Dunkerque y Lila. La pompa y la grandeza de los antiguos reyes de Asia no se aproximaban a la magnificencia de ese viaje. Treinta mil hombres precedieron o si-

guieron la marcha del rey, destinados unos a reforzar las guarniciones de los países conquistados, otros a trabajar en las fortificaciones, y otros más a aplanar los caminos. El rey llevaba consigo a su esposa la reina, a todas las princesas, y a las más bellas mujeres de la corte. Madame brillaba en medio de ellas y gustaba en el fondo de su corazón del placer y la gloria de todo este aparato que rodeaba su viaje. Fue una continua fiesta desde Saint-Germain hasta Lila.

El rey, que deseaba ganarse los corazones de sus nuevos súbditos y deslumbrar a sus vecinos, desparramaba por todas partes sus liberalidades con profusión, prodigando el oro y las pedrerías a todo el que tuviera el menor pretexto para hablarle. La princesa Enriqueta se embarcó en Calais para ver a su hermano, que se había adelantado hasta Cantórbery. Carlos, seducido por la amistad hacia su hermana y el dinero de Francia, firmó todo lo que quería Luis XIV, y preparó la ruina de Holanda en medio de los placeres y las fiestas.

La pérdida de Madame, muerta, a su regreso, de manera repentina y horrible, arrojó sospechas injustas sobre Monsieur, mas no cambió en nada las resoluciones de los dos reyes.⁴ Los despojos de la república que se iba a destruir estaban repartidos ya por el tratado secreto entre las cortes de Francia e Inglaterra, como en 1635 fué repartido Flandes con los holandeses. Así se cambia de miras, de aliados y de enemigos y se está con frecuencia equivocado en todos los proyectos.

Los rumores de esta próxima empresa empezaban a propalarse, pero Europa los escuchaba en silencio. El emperador ocupado por las sediciones de Hungría; Suecia adormecida por negociaciones; y España continuamente débil, irresoluta y lenta, dejaban el camino libre a la ambición de Luis XIV.

Para colmo de desdichas, Holanda estaba dividida en dos facciones: una, la de los republicanos rígidos a quienes toda sombra de autoridad despótica les parecía un monstruo contrario a las leyes de la humanidad; la otra, la de los republicanos moderados que querían establecer en los cargos de sus antepasados al joven príncipe de Orange, tan célebre después bajo el nombre de Guillermo III. El gran pensionario Juan de Witt y su hermano Cornelio, encabezaban a los partidarios austeros de la libertad, pero el partido del joven príncipe empezaba a prevalecer. La república, que se cuidaba más de sus disensiones domésticas que de su peligro, contribuía a su propia ruina.

Extraordinarias costumbres, introducidas desde hacia más de setecientos años entre los cristianos, permitían que los sacerdotes fuesen señores temporales y guerreros. Luis tuvo a sueldo al arzobispo de Colonia, Maximiliano de Baviera, y al propio Van Galen, obispo de Munster, abate de Corbie⁵ en Westfalia, lo mismo que al rey de Inglaterra, Carlos II. Primero había socorrido a los holandeses contra este obispo y luego le pagaba para aplastarlos. Este obispo era un hombre singular que la historia no debe dejar, en modo alguno, de dar a conocer. Hijo de un asesino y nacido en la prisión donde su padre estuvo encerrado catorce años, llegó al obispado de Múnster mediante intrigas secundadas por la suerte. Apenas elegido obispo quiso despojar a la ciudad de sus privilegios. La ciudad ofreció resistencia, él la sitió, y saqueó el país que lo había

elegido para pastor. Dio el mismo trato a su abadía de Corbie. Era considerado como un salteador a sueldo, que tan pronto recibía dinero de los holandeses para hacerle la guerra a sus vecinos, como lo recibía de Francia contra la república.

Suecia no atacó las Provincias Unidas, pero las abandonó en cuanto las vio amenazadas y volvió a sus antiguas alianzas con Francia, mediante algunos subsidios. Todo conspiraba para la destrucción de Holanda.

Bien singular es y digno de señalarse el que de todos los enemigos que iban a arrojar sobre ese pequeño estado, ni uno solo pudiera alegar un pretexto de guerra. Era una empresa casi igual a la liga de Luis XII, el emperador Maximiliano y el rey de España, que antaño tramaron la pérdida de la república de Venecia porque era altiva y rica.

Los Estados generales, consternados, le escribieron al rey preguntándole humildemente si los grandes preparativos que hacía estaban en efecto destinados contra ellos, sus antiguos y fieles aliados; que en qué lo habían ofendido, y qué reparación exigía. El rey les contestó “que haría de sus tropas el uso que exigiera su dignidad, de lo cual no debía cuentas a nadie”. Sus ministros alegaban por toda razón que el gacetillero de Holanda había sido demasiado insolente y que se decía que Van Beuning había mandado acuñar una medalla injuriosa para Luis XIV. Reinaba entonces en Francia el gusto por las divisas. A Luis se le dio la divisa del sol con esta leyenda: *Nec pluribus impar*. Van Beuning se había hecho representar, decían, con un sol y estas palabras por alma: *IN CONSPECTU MEO STETIT SOL*; A mi vista el sol se ha detenido. Esta medalla no existió jamás. Es cierto que los Estados habían hecho acuñar una medalla en la cual expresaron todo cuanto la república tenía de glorioso: *Assertis legibus; emendatis sacris, adjutis, de f ensis, conciliatis regibus, vindicata marium libertate; stabilita orbis Europw quiete*. “Las leyes afirmadas; la religión depurada; los reyes socorridos, defendidos y reconciliados; la libertad de los mares reivindicada; Europa pacificada.”

No se jactaban de nada que no hubiesen hecho, y, sin embargo, mandaron destruir el cuño de esa medalla para apaciguar a Luis XIV.

El rey de Inglaterra, por su parte, les reprochaba que su flota no había arriado el pabellón delante de un barco inglés, y alegaba también que en cierto cuadro Cornelio de Witt, hermano del pensionario, estaba pintado con los atributos de un vencedor. En el fondo del cuadro se veían naves capturadas y quemadas. Cornelio de Witt tomó, en efecto, gran parte en las hazañas marítimas contra Inglaterra y había tolerado ese pobre monumento a su gloria, pero el cuadro, casi ignorado, estaba en una habitación donde se entraba muy pocas veces. Los ministros ingleses dejaron constancia escrita de los agravios de Holanda a su rey, especificando la existencia de cuadros injuriosos, *abusive pictures*. Los Estados, que traducían siempre al francés las memorias de los ministros, tradujeron *abusive* por la palabra *falibles*, engañadores, y contestaron que no sabían qué era eso de cuadros engañadores. Efectivamente, no adivinaron jamás que se trataba del retrato de uno de sus conciudadanos y ni se imaginaron este pretexto de guerra.

Todo lo que los esfuerzos de la ambición y la previsión humanas pueden preparar para destruir una nación, lo hizo Luis XIV. No hay entre los hombres ejemplo de una pequeña empresa hecha con preparativos más formidables. De todos los conquistadores que han invadido una parte del mundo, ninguno comenzó sus conquistas con tantas tropas ordenadas y tanto dinero como empleó Luis XIV para subyugar el pequeño estado de las Provincias Unidas. Cincuenta millones, que hoy serían noventa y siete, se consumieron en estos aprestos. Treinta barcos de cincuenta cañones se unieron a la flota inglesa, formada por cien velas. El rey y su hermano se dirigieron a las fronteras del Flandes español y de Holanda, hacia Maëstricht y Charleroi, con más de ciento doce mil hombres. El obispo de Múnster y el elector de Colonia tenían alrededor de veinte mil. Los generales del ejército del rey eran Condé y Turena. Luxemburgo mandaba bajo sus órdenes. Vauban debía dirigir los asedios. Louvois estaba en todas partes con su diligencia acostumbrada. Jamás se vió un ejército tan magnífico y al mismo tiempo mejor disciplinado. Era sobre todo un espectáculo imponente el cuarto militar del rey nuevamente reformado. Lo formaban cuatro compañías de guardias de corps, cada una integrada por trescientos gentileshombres, entre los cuales habían muchos jóvenes cadetes sin paga, sujetos como los demás a la regularidad del servicio; doscientos gendarmes de la guardia; doscientos soldados de caballería ligera; quinientos mosqueteros, todos gentileshombres elegidos, engalanados con su juventud y su buena apariencia; doce compañías de la gendarmería, aumentadas luego hasta dieciséis; los cien-suizos también acompañaban al rey, y sus regimientos de guardias franceses y suizos montaban guardia delante de su casa o de su tienda. Estas tropas, en su mayor parte cubiertas de oro y plata, eran al mismo tiempo objeto de terror y de admiración para los pueblos, entre los cuales toda suerte de magnificencia era desconocida. Una disciplina, que había sido hecha aún más estricta, puso en el ejército un nuevo orden. No existían todavía los inspectores de caballería e infantería que hemos visto después; dos hombres, únicos cada uno en su género, hacían sus funciones. Martinett ponía a la infantería al nivel de disciplina en que se halla hoy, y el caballero de Fourilles desempeñaba la misma tarea en la caballería. Desde hacía un año, Martinett había adoptado la bayoneta en algunos regimientos; antes no se usaba de manera constante y uniforme. Esta última arma, de las más terribles que el arte militar haya inventado, era conocida pero se la utilizaba poco, porque predominaban las picas. Ideó también pontones de cobre que se transportaban cómodamente sobre carretas. El rey, con todas estas ventajas, seguro de su fortuna y de su gloria, llevaba consigo un historiador que debía escribir sus victorias; era Pelisson, hombre de quien se habla en el artículo sobre las bellas artes,⁶ más capaz de escribir bien que de no adular.

Lo que precipitaba más la caída de los holandeses era que el marqués de Louvois hubiera hecho comprar en la propia Holanda por el conde de Bentheim, ganado en secreto para los franceses, una gran parte de las municiones que servirían para destruirlos, desguarneciendo así considerablemente sus almacenes. No es sorprendente, en lo más mínimo, que los comerciantes vendieran estos pertrechos antes de la declaración de guerra, ya que los venden todos los días a sus enemigos durante las más vivas campañas. Es sabido cómo, en otro tiempo, un negociante de ese país contestó al

príncipe Mauricio que lo reprendía por semejante negocio: “Monseñor, si se pudiera hacer por mar algún convenio ventajoso con el infierno, me arriesgaría a ir allí a quemar mis velas.” Pero lo asombroso es que se haya puesto en letras de molde que el marqués de Louvois fue en persona, disfrazado, a concertar esas compras en Holanda. ¿A quién se le pudo ocurrir una aventura tan fuera de lugar, tan peligrosa y tan inútil?

Contra Turena, Condé, Luxemburgo, Vauban, ciento treinta mil combatientes, una artillería prodigiosa, y dinero con el cual se atacaba también la fidelidad de los comandantes de las plazas enemigas, Holanda sólo podía oponer un joven príncipe de constitución débil, que no había visto asedios ni combates, y alrededor de veinticinco mil malos soldados, que eran los que formaban entonces toda la guardia del país. El príncipe Guillermo de Orange, de veintidós años, acababa de ser elegido capitán general de las fuerzas de tierra por los votos de la nación: Juan de Witt, el gran pensionario, había consentido por necesidad. Bajo la flema holandesa, el príncipe alimentaba el fuego de la ambición y de la gloria, que se manifestó siempre en su conducta, sin faltar jamás en sus discursos. Su humor era frío y severo, su genio activo y penetrante, su valor, que no retrocedió jamás, hizo soportar a su cuerpo débil y lánguido fatigas superiores a sus fuerzas. Era valeroso sin ostentación, ambicioso pero enemigo del fausto; nacido con una obstinación flemática hecha para combatir la adversidad, inclinado a los asuntos de estado y a la guerra, ignorante de los placeres ligados a la grandeza y de los propios de la humanidad, en una palabra, lo contrario de Luis XIV, en casi todo.

Al principio no pudo detener el torrente que se desbordaba sobre su patria. Sus fuerzas eran muy poca cosa; su poder mismo estaba limitado por los Estados. Las armas francesas iban a arrojarse de golpe sobre Holanda, a quien nada socorría: el imprudente duque de Lorena que quiso reclutar tropas para unir su suerte a la de esta república, acababa de ver a toda Lorena tomada por las tropas francesas, con la misma facilidad con que se apodera uno de Aviñón cuando se está descontento del papa.

Entretanto, el rey hacía avanzar sus ejércitos hacia el Rin, en los países que lindan con Holanda, Colonia y Flandes. Ordenaba distribuir dinero en todos los pueblos para pagar el daño que pudieran hacer sus tropas. Si algún gentilhomme de los alrededores iba a quejarse, podía estar seguro de recibir un presente. Un enviado del gobernador de los Países Bajos presentó una reclamación al rey por algunos perjuicios cometidos por las tropas y recibió de manos del rey su retrato enriquecido con diamantes, estimado en más de doce mil francos. Esta conducta atraía la admiración de las gentes y aumentaba el temor de su poder.

El rey estaba a la cabeza de su cuarto militar y de sus mejores tropas, compuestas por treinta mil hombres: Turena las mandaba a sus órdenes. El príncipe de Condé tenía un ejército igualmente fuerte. Los demás cuerpos, conducidos unas veces por Luxemburgo y otras por Chamilli, formaban en ocasiones ejércitos separados o se reunían según la necesidad. Se empezó a sitiar a la vez cuatro ciudades, cuyos nombres no merecen lugar en la historia más que por este acontecimiento: Rhinberg, Orsoi, Vesel, Burick fueron tomadas casi en el momento mismo de ser sitiadas. La de Rhinberg, que el rey quiso

sitiar personalmente, no recibió ni un cañonazo; y para asegurar mejor la captura se tuvo cuidado de sobornar al teniente de la plaza, un irlandés de origen, llamado Dosseri, quien cometió la cobardía de venderse y la imprudencia de retirarse luego a Maëstrich, donde el príncipe de Orange lo hizo castigar con la muerte.

Todas las plazas situadas a orillas del Rin y el Issel se rindieron. Algunos gobernadores enviaron sus llaves apenas vieron pasar a lo lejos uno o dos escuadrones franceses; muchos oficiales huyeron de las ciudades donde estaban de guarnición antes de que el enemigo llegara a su territorio; la consternación era general. El príncipe de Orange carecía todavía de tropas suficientes para aparecer en campaña. Toda Holanda esperaba someterse al yugo en cuanto el rey atravesara el Rin. El príncipe de Orange ordenó apresuradamente hacer líneas de defensa más allá de ese río y después de hechas comprendió la imposibilidad de conservarlas. Se trataba sólo de saber en qué lugar decidirían los franceses hacer un puente de barcas, y oponerse, si era posible, a este cruce. En efecto, la intención del rey era cruzar el río por un puente de pequeñas barcas inventadas por Martinett. En eso, gente de la región informó al príncipe de Condé que la sequía de la estación había formado un vado en un brazo del Rin, junto a una vieja torrecilla utilizada como oficina de peaje, llamada Toll buys, la casa del peaje y en la cual había diecisiete soldados. El rey hizo sondear el vado por el conde de Guiche, y se comprobó que sólo se necesitaba nadar alrededor de veinte pasos en el centro del brazo del río, según dice en sus cartas Pellison, testigo ocular, y me lo han confirmado los habitantes. Ese espacio casi no era nada porque varios caballos de frente rompían el curso muy poco rápido del agua. El acceso era fácil: del otro lado del río no había más que cuatro o cinco soldados de caballería y dos débiles regimientos de infantería sin cañones. La artillería francesa los fulminaría de flanco. (16 de junio de 1672) Mientras pasaban sin riesgo el cuarto militar del rey y las mejores tropas de caballería, en número de quince mil hombres más o menos, el príncipe de Condé costeaba el vado en un barco de cobre. Algunos soldados de caballería holandeses apenas entrados en el río para simular que combatían, huyeron ante la multitud que se dirigía hacia ellos. La infantería en seguida bajó las armas y pidió que se les hiciera gracia de la vida. En la travesía se perdieron tan sólo el conde de Nogent y algunos soldados de caballería que se ahogaron por apartarse del vado; y nadie hubiera muerto en esa jornada sin la imprudencia del joven duque de Longueville. Según dicen, tenía la cabeza llena de vapores alcohólicos y disparó un tiro de pistola contra los enemigos que de rodillas pedían que se les perdonara la vida, gritándoles, no haya cuartel para esta canalla. Del tiro mató a uno de los oficiales, y la infantería holandesa desesperada volvió a empuñar las armas inmediatamente, e hizo una descarga, resultando muerto el duque de Longueville. Un capitán de caballería llamado Ossembroek que no huyó con los demás, corrió hacia el príncipe de Condé cuando salía del río montado a caballo, y le apoyó la pistola en la cabeza. El príncipe con un ademán desvió el tiro, que le rompió la muñeca. Condé no recibió jamás otra herida en todas sus campañas. Los franceses irritados cayeron sobre la infantería que empezó a huir en todas direcciones. Luis XIV pasó por un puente de barcas con la infantería después de haber dirigido toda la marcha.

Así se efectuó el paso del Rin, acción brillante y única, celebrada entonces como uno de los grandes acontecimientos que debía conservar la memoria de los hombres. El aire de grandeza con el que el rey realizaba todas sus acciones, el éxito rápido de sus conquistas, el esplendor de su reinado, la idolatría de sus cortesanos, en fin, la afición que el pueblo, y sobre todo los parisienses, tienen por la exageración, unido a la ignorancia de la guerra en que se vive en la ociosidad de las grandes ciudades; por todo esto, en París el paso del Rin fue considerado como un prodigio, que además se exageraba. La opinión común era que todo el ejército había pasado el río a nado, frente a un ejército atrincherado y a pesar de la artillería de una fortaleza inexpugnable llamada Tholus. Es verdad que nada era más imponente para los enemigos que ese paso, y si hubieran tenido un cuerpo de buenas tropas en la otra orilla la empresa habría sido muy peligrosa.

En cuanto pasaron el Rin, tomaron Doesbourg, Zutphen, Arnheim, Nosembourg, Nimega, Schenck, Bommel, Crave-coeur, etc. Casi no pasaba hora del día sin que el rey recibiera la noticia de alguna conquista. Un oficial llamado Mazel mandó decir a Turena: “Si queréis enviarme cincuenta caballos, podré tomar con eso dos o tres plazas.”

(20 de junio de 1672) Utrecht entregó sus llaves y capituló con toda la provincia que lleva su nombre. Luis hizo su entrada triunfal en la ciudad (30 de junio) llevando consigo a su gran capellán, a su confesor y al arzobispo titular de Utrecht. La catedral fue devuelta solemnemente a los católicos. El arzobispo que de tal sólo tenía el vano nombre, gozó durante algún tiempo de una dignidad real. La religión de Luis XIV hacía conquistas como sus armas; era un derecho que adquiriría sobre Holanda en el espíritu de los católicos.

Las provincias de Utrecht, de Over-Issel, de Güeldres, estaban sometidas: Amsterdam no esperaba más que el momento de su esclavitud o de su ruina. Los judíos establecidos allí se apresuraron a ofrecer a Gourville, intendente y amigo del príncipe de Condé, dos millones de florines para librarse del pillaje.

Naerden, vecina de Amsterdam, estaba tomada. Cuatro soldados de caballería, merodeando avanzaron hasta las puertas de Muiden, donde están las esclusas que pueden inundar el país, distante sólo una legua de Amsterdam. Trastornados de pavor los magistrados de Muiden, fueron a presentar sus llaves a esos cuatro soldados; pero al ver que las tropas no avanzaban, recuperaron las llaves y cerraron las puertas. Un instante de diligencia hubiera puesto a Amsterdam en manos del rey. Una vez tomada esta capital no sólo la república perecería; la nación holandesa dejaría de existir y en breve hasta la tierra de ese país desaparecería. Las familias más ricas, las que amaban la libertad con más vehemencia, se preparaban para huir a los confines del mundo y a embarcar para Batavia. Se hizo una lista de todos los barcos que podían hacer el viaje y el cálculo de lo que podía ser embarcado. Se llegó a la conclusión de que cincuenta mil familias podían refugiarse en su nueva patria. Holanda seguiría existiendo únicamente al extremo de las Indias Orientales: sus provincias de Europa que compran el trigo con sus

riquezas de Asia, que viven sólo de su comercio, y, si se puede decir, de su libertad, hubieran sido casi de pronto arruinadas y despobladas. Amsterdam, depósito y almacén de Europa, donde doscientos mil hombres cultivan el comercio y las artes, se hubiera convertido rápidamente en un vasto pantano. Todas las tierras vecinas necesitan recursos inmensos y millares de hombres para construir sus diques: probablemente habrían carecido a la vez de habitantes y de riquezas y hubieran quedado al fin sumergidas, no dejando a Luis XIV más que la gloria deplorable de haber destruido el más singular y el más hermoso monumento de la industria humana.

La desolación del estado era aumentada por las divisiones comunes a los desdichados que se imputan unos a otros las calamidades públicas. El gran pensionario de Witt no creía poder salvar lo que restaba de su patria más que pidiendo la paz al vencedor. Su espíritu, muy republicano y a la vez celoso de su autoridad particular, temía la elevación del príncipe de Orange mucho más que las conquistas del rey de Francia; llegó incluso a hacer jurar al príncipe la observancia de un edicto perpetuo, por el cual se quedaba excluido del cargo de estatúder. El honor, la autoridad, el espíritu de partido, el interés, ataron a de Witt a ese juramento. Prefería ver a su república subyugada por un rey vencedor y no sometida a un estatúder.

El príncipe de Orange, por su parte, más ambicioso que de Witt, igualmente adicto a su patria, más paciente en las desgracias públicas, esperándolo todo del tiempo y de la obstinación de su constancia, maniobraba para lograr el estatúderato y se oponía a la paz con el mismo ardor. Los Estados resolvieron pedir la paz contra la voluntad del príncipe; pero el príncipe fué elevado al estatúderato contra la voluntad de los de Witt.

Cuatro diputados se dirigieron al campo del rey a implorar su clemencia en nombre de una república que seis meses antes se creía árbitro de reyes. Los diputados no fueron recibidos por los ministros de Luis XIV con esa cortesía francesa, en que se mezcla la dulzura de la civilidad a los rigores del gobierno. Louvois, duro y altanero, nacido más para servir bien que para hacer apreciar a su soberano, recibió a los suplicantes con arrogancia, y hasta con el insulto de la burla. Fueron obligados a volver varias veces. Por último, el rey les manifestó cuál era su voluntad: quería que los Estados le cediesen todo lo que poseían allende el Rin, Nimega, ciudades y fuertes en el interior de su país; que le pagaran veinte millones; que los franceses fueran los amos de todos los grandes caminos de Holanda, por tierra y por agua, sin abonar jamás ningún derecho; que la religión católica fuera restablecida en todas partes; que la república le mandara todos los años una embajada extraordinaria con un medalla de oro, sobre la cual estuviera grabado que tenían su libertad de Luis XIV; además, que a esas satisfacciones uniesen las debidas al rey de Inglaterra y a los príncipes del Imperio, tales como los de Colonia y Múnster, que todavía asolaban Holanda.

Las condiciones de una paz tan parecida a la servidumbre, parecieron intolerables, y la altivez del vencedor inspiró un valor desesperado a los vencidos. Decidieron morir con las armas en la mano. Todos los corazones y todas las esperanzas se volvieron hacia el príncipe de Orange y el pueblo enfurecido estalló contra el gran pensionario que había

pedido la paz. A estas sediciones se unieron la política del príncipe y la animosidad de su partido. Se atentó primero contra la vida del gran pensionario Juan de Witt; y luego se acusó a su hermano Cornelio de haber atentado contra la del príncipe. Dieron tormento a Cornelio, quien durante los tormentos recitó el comienzo de esta oda de Horacio:

Justum et tenacean propositi vi rum, etc.

(Lib. III od. III)

conveniente a su estado y a su valor, y que puede traducirse así para quienes ignoran el latín:

*Les torrents impétueux,
La mer qui gronde et s'élançe,
La fureur et l'insolence
D'un peuple tumultueux,
Des fiers tirans la vengeance,
N'ébranlent pas la constance
D'un coeur ferme et vertueux.*

(20 de agosto de 1672) Por último, la plebe desenfadada asesinó en La Haya a los dos hermanos de Witt; al que había gobernado virtuosamente el estado durante diecinueve años y al que lo había servido con la espada. Se ejercieron sobre sus cuerpos ensangrentados todos los furores de que es capaz el pueblo; horrores comunes a todas las naciones y que los franceses hicieron sufrir al mariscal de Ancre, al almirante Coligni, etc.; porque el populacho es en casi todas partes el mismo. Se persiguió a los amigos del pensionario. El mismo Ruyter, el almirante de la república, el único que combatía por ella con éxito, se vio rodeado de asesinos en Amsterdam.

En medio de esta desolación y de estos desórdenes, los magistrados demostraron virtudes que sólo se suelen ver en las repúblicas. Los particulares poseedores de billetes de banco corrieron en gran número al banco de Amsterdam, temiendo que hubiera sido tocado el tesoro público. Todos se apresuraban a hacerse pagar el poco dinero que pensaban que habría todavía. Los magistrados hicieron abrir las cajas donde se guarda el tesoro y se lo encontró intacto, tal como había sido depositado sesenta años antes; la plata estaba aún ennegrecida por la huella del fuego, que había consumido la Municipalidad varios años antes. Los billetes de banco se habían negociado hasta entonces sin tomar jamás el tesoro. Se pagó, pues, con ese dinero a todos los que lo quisieron. Tanta buena fe y tantos recursos eran tanto más admirables cuanto que Carlos

II, rey de Inglaterra, para costear la guerra contra los holandeses y atender a sus placeres, no contento con el dinero de Francia, acababa de ponerse en bancarrota. Tan vergonzoso era para ese rey defraudar de esta manera la fe pública como glorioso para los magistrados de Amsterdam conservarla, en tiempos en que parecía permitido traicionarla.

A esta virtud republicana agregaron el valor espiritual que toma resoluciones extremas ante los males irremediables. Hicieron horadar los diques que contienen a las aguas del mar y fueron inundadas las innumerables casas de campo existentes alrededor de Amsterdam, los pueblos, las ciudades vecinas, Leyden, Delft. El campesino no protestó al ver a sus rebaños ahogados en los campos. Amsterdam se convirtió en una vasta fortaleza en medio de las aguas, rodeada por naves de guerra que tenían agua suficiente para colocarse alrededor de la ciudad. La miseria fue grande en esos pueblos; carecieron sobre todo de agua dulce que fue vendida a seis centavos la pinta; pero semejantes extremos parecieron menores que la esclavitud. Algo digno de ser notado por la posteridad es que Holanda, agobiada por tierra y no constituyendo ya un estado, seguía siendo temible en el mar: éste era el verdadero elemento de esos pueblos.

Mientras Luis XIV pasaba el Rin y tomaba tres provincias, el almirante Ruyter con cien barcos de guerra aproximadamente, y más de ciento cincuenta brulotes fué al encuentro de las flotas de los dos reyes, cerca de las costas de Inglaterra. Sus fuerzas reunidas no habían podido hacer a la mar una armada más fuerte que la de la república. Los ingleses y los holandeses combatieron como naciones acostumbradas a disputarse el imperio del Océano. (7 de junio de 1672) Esta batalla, que es llamada de Solbaie, duró un día entero. Ruyter dio la señal, atacando la nave almirante de Inglaterra en la que se encontraba el duque de York, hermano del rey. La gloria de este combate particular perteneció a Ruyter porque el duque de York, obligado a cambiar de barco, no volvió a aparecer ante el almirante holandés. Las treinta naves francesas participaron poco en la acción y el resultado de esta jornada fué que las costas de Holanda quedaran seguras.

Después de esta batalla y no obstante los temores y la oposición de sus compatriotas, Ruyter hizo entrar en Texel la flota mercante de las Indias, defendiendo y enriqueciendo a su patria por un lado, mientras perecía por el otro. Hasta el comercio de los holandeses se sostenía y sólo se veían sus pabellones en los mares de las Indias. Cierta día en que un cónsul de Francia le decía al rey de Persia que Luis XIV había conquistado casi toda Holanda, el monarca persa contestó: “¿Como puede ser eso, si en el puerto de Ormuz hay siempre veinte holandeses por cada barco francés?”

Mientras tanto el príncipe de Orange tenía la ambición de ser buen ciudadano. Ofreció al estado los emolumentos de sus cargos y todos sus bienes para sostener la libertad; inundó los pasajes por los que los franceses podían penetrar en el resto del país. Sus activas y secretas negociaciones despertaron de su letargo al emperador, al Imperio, al consejo de España, al gobernador de Flandes. Hasta predispuso a Inglaterra a la paz. En una palabra, el rey entró en Holanda en el mes de mayo y en el mes de julio Europa empezó a conjurarse contra el.

Monterrey, gobernador de Flandes, hizo pasar secretamente algunos regimientos para socorrer a las Provincias Unidas. El consejo del emperador Leopoldo envió a Montecuculli a la cabeza de cerca de veinte mil hombres. El elector de Brandeburgo, que tenía a sueldo a veinticinco mil soldados, se puso en marcha.

(Julio de 1672) Entonces el rey dejó su ejército. No había más conquistas que hacer en un país inundado, la custodia de las provincias conquistadas se tornaba difícil. Luis deseaba una gloria segura; pero al no quererla comprar con un trabajo infatigable, la perdió. Satisfecho de haber tomado tantas ciudades en dos meses, volvió a Saint-Germain a mediados del verano; y dejando que Turena y Luxemburgo terminaran la guerra, gozó del triunfo. Se levantaron monumentos a su conquista mientras las potencias de Europa trabajaban para arrebatarla.

CAPÍTULO XI

EVACUACION DE HOLANDA.-SEGUNDA

CONQUISTA DEL FRANCO-CONDADO.

Creemos necesario recordar a los que lean esta obra que no es en modo alguno un simple relato de campañas, sino más bien una historia de las costumbres de los hombres. Hay bastantes libros llenos de todas las minucias de las acciones de guerra y de los detalles de la miseria y la violencia humanas. El propósito de este ensayo es pintar las principales características de esas revoluciones, haciendo a un lado multitud de hechos menudos para destacar sólo los importantes y, de ser posible, el espíritu que los animó.

Francia llegó entonces al colmo de su gloria. El nombre de sus generales infundía veneración. Sus ministros eran considerados como genios superiores a los consejeros de los demás príncipes; y Luis era mirado en Europa como el único rey. En efecto, el emperador Leopoldo no aparecía en sus ejércitos; Carlos II, rey de España, hijo de Felipe IV, acababa de salir de la infancia, y el de Inglaterra no ponía más actividad en su vida que la de los placeres.

Todos estos príncipes y sus ministros cometieron grandes faltas. Inglaterra obró contra los principios de la razón de estado al unirse con Francia para elevar un poder que le interesaba debilitar. El emperador, el Imperio, el consejo español hicieron todavía más daño al no oponerse desde un principio a ese torrente. El mismo Luis cometió un error tan grande como el de todos ellos al no proseguir con bastante rapidez conquistas tan fáciles. Condé y Turena querían que fueran demolidas la mayor parte de las plazas holandesas, porque decían que no se toman los estados con guarniciones sino con ejércitos, y que conservando una o dos plazas fuertes para la retirada, debía marcharse rápidamente a la conquista total. Para Louvois, al contrario, todo debían ser plazas y guarniciones; ésa era su habilidad, y también lo que el rey prefería. Louvois tenía por este motivo más cargos a su disposición; extendía el poder de su ministerio y se regocijaba en contradecir a los dos más grandes capitanes del siglo. Luis le creyó y se equivocó, como lo confesó después; dejó escapar el momento de entrar en la capital de Holanda, debilitó el ejército dividiéndolo en demasiadas plazas y dio al enemigo tiempo de respirar. La historia de los más grandes príncipes es muchas veces el relato de los errores de los hombres.

Después de la partida del rey, las acciones cambiaron de cariz. Turena se vió obligado a marchar hacia Westfalia para oponerse a los imperiales. El gobernador de Flandes, Monterrey, sin atender al tímido Consejo de España, reforzó el pequeño ejército del príncipe de Orange con alrededor de diez mil hombres. Con ellos el príncipe hizo frente a los franceses hasta el invierno. Con esto se equilibraba mucho la suerte. Por fin llegó

el invierno y el hielo cubrió las inundaciones de Holanda. Luxemburgo, que mandaba en Utrecht, hizo la guerra de una manera distinta, desconocida para los franceses, y puso a Holanda en un nuevo peligro, tan terrible como los anteriores.

Reúne una noche cerca de doce mil soldados de infantería sacados de las guarniciones vecinas, los calza con crampones para andar por el hielo, se pone al frente de ellos y marcha sobre el hielo hacia Leyden y hacia La Haya. Se produce un deshielo y La Haya se salva. El ejército, rodeado de agua, sin camino ni víveres, estaba a punto de perecer. Para regresar a Utrecht era necesario marchar sobre un estrecho dique fangoso donde apenas podían arrastrarse cuatro de frente. No se podía llegar a ese dique más que atacando un fuerte que parecía inexpugnable sin la artillería. Con que ese fuerte hubiera detenido al ejército un solo día, éste hubiera muerto de hambre y de fatiga. Luxemburgo se hallaba sin recursos, pero el azar que salvó a La Haya, salvó a su ejército por la cobardía del comandante del fuerte, que abandonó su puesto sin razón alguna. Mil acontecimientos son incomprensibles, tanto en la guerra como en la vida civil: éste es de ese número. Todo el fruto de aquella empresa fué una crueldad que acabó de hacer odioso el nombre francés en ese país. Bodegrave y Svammerdam, dos villas importantes, ricas y bien pobladas, semejantes a nuestras ciudades de mediana importancia, fueron abandonadas al pillaje de los soldados como premio de sus fatigas. Prendieron fuego a las dos ciudades y al resplandor de las llamas se entregaron a la crueldad y a los excesos. Es sorprendente que el soldado francés haya sido tan bárbaro, hallándose bajo el mando de ese prodigioso número de oficiales reputados, con justicia, de ser tan humanos como valientes. El pillaje dejó una impresión tan profunda que, más de cuarenta años después, he visto en los libros holandeses donde se enseña a leer a los niños, recordar esta aventura, e inspirar odio contra los franceses a las nuevas generaciones.

(1673) Mientras tanto el rey agitaba los gabinetes de todos los príncipes con sus negociaciones. Conquistó al duque de Hannover. El elector de Brandeburgo hizo un tratado al comenzar la guerra que pronto fué roto. No había una corte en Alemania donde Luis no tuviera pensionarios. Sus emisarios fomentaban disturbios en Hungría, provincia severamente tratada por el consejo de Viena. Le fué prodigado dinero al rey de Inglaterra para que siguiera haciendo la guerra a Holanda, no obstante el clamor de toda la nación inglesa indignada por servir a la grandeza de Luis XIV, cuando hubiera preferido abatirla.

Europa estaba trastornada por las armas y por las negociaciones de Luis. Resumiendo, no pudo impedir que el emperador, el Imperio y España se aliasen con Holanda y le declarasen solemnemente la guerra. Luis XIV había cambiado de tal modo el curso de las cosas que los holandeses, sus aliados naturales, se habían tornado amigos de la casa de Austria. El emperador Leopoldo enviaba socorros lentos, pero demostraba una gran animosidad. Se dice que yendo a Egra para ver las tropas que estaba reuniendo, comulgó en el camino y después de la comunión tomó en la mano un crucifijo e invocó a Dios como testigo de la justicia de su causa. Esta acción hubiera estado en su lugar en

la época de las cruzadas; la plegaria de Leopoldo no impidió en absoluto los progresos de las armas del rey de Francia.

Desde el primer momento se vió cuánto había sido perfeccionada la marina. En vez de las treinta naves que el año anterior se habían unido a la flota inglesa, se le agregaron cuarenta, sin contar los brulotes. Los oficiales habían aprendido las sabias maniobras de los ingleses con quienes combatieron contra sus enemigos los holandeses. El duque de York, después Jacobo II, fué quien inventó el arte de transmitir las órdenes en el mar con los diversos movimientos de los pabellones. Antes de ese tiempo los franceses no sabían cómo alinear una armada en batalla. Su experiencia se limitaba a hacer combatir barco contra barco, y no en concertar los movimientos de varios, y en imitar en el mar las evoluciones de los ejércitos de tierra, cuyos cuerpos separados se sostienen y socorren mutuamente. Hicieron lo que los romanos, que en un año aprendieron de los cartagineses el arte de combatir en el mar e igualaron a sus maestros.

(7, 14 y al de junio de 1673) El vicealmirante de Estrées y su teniente Martel hicieron honor a la industria militar de la nación francesa, en el mes de junio (el 7, el 14 y el 21 de junio de 1673), en tres batallas navales consecutivas, entre la flota holandesa y la de Francia e Inglaterra. El almirante Ruyter fue más admirado que nunca en esas tres acciones. De Estrées escribió a Colbert: “Hubiera querido pagar con mi vida la gloria que acaba de adquirir Ruyter”. De Estrées merecía que Ruyter hubiera hablado así de él. El valor y la dirección fueron tan iguales en ambos lados que la victoria estuvo siempre indecisa.

Luis, habiendo hecho hombres de mar de sus franceses por la solicitud de Colbert, perfeccionó el arte de la guerra terrestre por la industria de Vauban. Fué personalmente a sitiar Maëstricht mientras se daban esas tres batallas navales. Maëstricht era para él una llave de los Países Bajos y de las Provincias Unidas; era una plaza fuerte defendida por un intrépido gobernador llamado Fariaux, de origen francés, pasado al servicio de España primero y luego al de Holanda. La guarnición constaba de cinco mil hombres. Vauban, que dirigió este asedio, se valió, por primera vez, de las paralelas inventadas por ingenieros italianos al servicio de los turcos frente a Candia. Añadió las plazas de armas que se hacen en las trincheras para poner en ellas a las tropas en batalla, y para agruparlas mejor en caso de hacer una salida. Luis se mostró en ese asedio más exacto y más laborioso que nunca. Con su ejemplo, acostumbraba a ser paciente en el trabajo a su nación, acusada hasta entonces de no tener más que un valor ardiente, al que pronto agotaba la fatiga. (29 de junio de 1673) Maëstricht se rindió al cabo de ocho días.

Para robustecer más todavía la disciplina militar hizo uso de una severidad que llegó a parecer excesiva. El príncipe de Orange que no había tenido para oponerse a esas conquistas rápidas más que oficiales sin emulación y soldados sin coraje, formó militares a fuerza de rigores, entregando a las manos del verdugo a los que abandonaban su puesto. El rey empleó también castigos la primera vez que perdió una plaza. Un valiente oficial llamado Du Pas entregó Naerden al príncipe de Orange (14 de septiembre de 1673). En realidad, sólo la ocupó cuatro días, pero se rindió después de

un combate de cinco horas, efectuado con malas fortificaciones y para evitar un asalto general que una guarnición débil y desanimada no hubiera sostenido. El rey, irritado por la primera afrenta que sus armas recibían, hizo condenar a Du Pas a ser paseado por Utrecht con una pala en la mano, y su espada fué rota: ignominia inútil para los oficiales franceses que son lo bastante sensibles a la gloria para que se les gobierne por el temor a la vergüenza. Es conveniente indicar que las ordenanzas de los comandantes de las plazas los obligan a sostener tres asaltos, pero éstas son leyes que jamás se cumplen. Du Pas se hizo matar un año después en el sitio de la pequeña ciudad de Grave, donde sirvió como voluntario. Su valor y su muerte debieron dejar remordimientos al marqués de Louvois, que lo hizo castigar tan duramente. El poder soberano puede maltratar a un hombre bueno, pero no deshonorarlo.

Los cuidados del rey, el genio de Vauban, la vigilancia severa de Louvois, la experiencia y el arte superior de Turena, la activa intrepidez del príncipe de Condé, todo ello junto, no pudo reparar la falta cometida al conservar demasiadas plazas, debilitar el ejército, y fracasar en Amsterdam.

El príncipe de Condé quiso en vano penetrar en el corazón de la Holanda inundada. Turena no pudo ni obstaculizar la unión de Montecuculli y del príncipe de Orange, ni impedir al príncipe de Orange tomar Bonn. El propio obispo de Múnster que había jurado la ruina de los Estados generales, fué atacado por los holandeses.

El parlamento de Inglaterra obligó a su rey a entrar seriamente en negociaciones de paz, y a dejar de ser el instrumento mercenario de la grandeza de Francia. Fué preciso entonces abandonar las tres provincias holandesas con la misma prontitud con que se las había conquistado. Pero no se hizo sin despojarlas antes: el intendente Robert sacó de la provincia de Utrecht, tan sólo en un año, seiscientos sesenta y ocho mil florines. Había tanta prisa en evacuar el país conquistado con tanta rapidez, que veintiocho mil prisioneros holandeses fueron devueltos a razón de un escudo por soldado. El arco de triunfo de la puerta San Dionisio y los demás monumentos de la conquista, apenas se terminaban cuando se abandonaba la conquista. En el curso de esta invasión los holandeses tuvieron la gloria de disputar el imperio del mar, y la habilidad de transportar fuera de su país el teatro de la guerra por tierra. En Europa se juzgó que Luis XIV había gozado con demasiada precipitación y demasiado orgullo del brillo de un triunfo pasajero. El fruto de esta empresa fué verse obligado a sostener una guerra sangrienta con España, el Imperio y Holanda reunidos, ser abandonado por Inglaterra, luego por Múnster y hasta por Colonia, y dejar en los países invadidos y abandonados más odio que admiración por el.

El rey se enfrentó solo a todos los enemigos que había buscado. La previsión de su gobierno y la fuerza de su estado se evidenciaron más cuando fué menester defenderse de tantas potencias aliadas y de tantos grandes generales, que cuando tomó, de paseo, el Flandes francés, el Franco-Condado y la mitad de Holanda, a enemigos indefensos.

Se vio sobre todo la ventaja que un rey absoluto, cuyas finanzas están bien administradas, tiene sobre los demás reyes. Al mismo tiempo, le dio un ejército de

alrededor de veintitrés mil hombres a Turena para combatir contra los imperiales, uno de cuarenta mil a Condé que peleaba contra el príncipe de Orange; un cuerpo de tropas estaba en la frontera del Rosellón; una flota cargada de soldados llevó la guerra a los españoles hasta Mesina; él mismo marchó para hacerse dueño por segunda vez del Franco-Condado. Se defendía y atacaba en todas partes al mismo tiempo.

Al principio, la superioridad de su gobierno se mostró plenamente en su nueva empresa sobre el Franco-Condado. Procuraba atraer a su partido, o por lo menos adormecer, a los suizos, nación tan temible como pobre, siempre armada, siempre excesivamente celosa de su libertad, invencible en sus fronteras, que murmuraba ya y desconfiaba al ver de nuevo a Luis XIV en su vecindad. El emperador y España solicitaban a los trece cantones que permitieran, por lo menos, el paso libre de sus tropas para socorrer al Franco-Condado, indefenso por negligencia del ministro español. El rey, por su parte, apremiaba a los suizos para que les negaran el paso; pero el Imperio y España prodigaban sólo razones y ruegos; el rey, con dinero contante determinó a los suizos a que hicieran lo que quería: el paso les fué negado. Luis, acompañado por su hermano y por el hijo del gran Condé, sitió Besançon. Le gustaba la guerra de sitios y podía creer que la entendía tan bien como los Condé y los Turena; pero, a pesar de lo celoso que era de su gloria, confesaba que esos dos grandes hombres comprendían mejor que él la guerra de campaña. Por otra parte, jamás bloqueó una ciudad sin estar moralmente seguro de tomarla. Louvois hacía tan bien los preparativos, las tropas estaban tan bien provistas, Vauban que dirigía casi todos los asedios era un maestro tan grande en el arte de tomar ciudades, que la gloria del rey estaba asegurada. Vauban dirigió los ataques de Besançon: (15 de mayo de 1674) la tomaron en nueve días y al cabo de seis semanas todo el Franco-Condado estuvo sometido al rey. Pasó a manos de Francia y parece haber quedado para siempre anexado a ella: monumento de la debilidad del ministerio austríaco-español y de la fuerza del de Luis XIV.

CAPÍTULO XII

HERMOSA CAMPAÑA Y MUERTE DEL MARISCAL DE TURENA

ÚLTIMA BATALLA DEL GRAN CONDE EN SENEFF.

Mientras el rey se apoderaba rápidamente del Franco-Condado con la facilidad y el brillo ligados todavía a su destino, Turena, que defendía las fronteras del lado del Rin, desplegaba lo que en el arte de la guerra puede haber de más grande y más hábil. El valor de los hombres se mide por las dificultades superadas; es lo que ha dado tan gran reputación a esa campaña de Turena.

(Junio de 1674) Primero emprende una marcha vivaz y prolongada, cruza el Rin en Filisburgo, marcha durante toda la noche hacia Sintzheim, fuerza esta ciudad; y al mismo tiempo ataca y pone en fuga a Caprara, general del emperador, y al viejo duque de Lorena, Carlos IV, ese príncipe que se pasó la vida perdiendo sus estados y reclutando tropas, y que acababa de unir su pequeño ejército a una parte del ejército del emperador. Turena después de vencerlo lo persigue, y derrota también a su caballería en Ladenburgo (julio de 1674); de allí corre hacia otro general de los imperiales, el príncipe de Bournonville, que sólo esperaba tropas nuevas para abrirse el camino de Alsacia; (octubre de 1674) prevé la unión de esas tropas, lo ataca y le hace abandonar el campo de batalla.

El Imperio reúne contra él todas sus fuerzas, setenta mil alemanes están en Alsacia: Brisacc y Filisburgo estaban bloqueadas por ellos. Turena tenía cuando mucho un efectivo de veinte mil hombres (diciembre de 1674). El príncipe de Condé le envió de Flandes algunos socorros de caballería y entonces atravesó, por Tanne y por BÉfort, montañas cubiertas de nieve; se encuentra de pronto en la Alta Alsacia, en medio de los cuarteles de los enemigos, quienes lo creían en reposo en Lorena y suponían que la campaña había terminado. Derrota en Mulhausen a las tropas de los cuarteles que resisten; haciendo prisioneros. Se dirige a Colmar, donde el elector de Brandeburgo - llamado el Gran Elector-, entonces general de los ejércitos del Imperio, tenía su cuartel. Llegó en el momento en que el príncipe y los demás generales se sentaban a la mesa y apenas tuvieron tiempo de escapar: el campo se cubrió de fugitivos.

(5 de enero de 1675) Turena, que creía no haber hecho nada mientras le quedara algo por hacer, espera en las inmediaciones de Turkheim a una parte de la infantería enemiga. Las ventajas del puesto que elige hacen la victoria segura, y vence a la infantería. En resumen, un ejército de setenta mil hombres se encuentra vencido y dispersado sin combatir casi; el rey se queda con Alsacia y los generales del Imperio se ven obligados a cruzar de nuevo el Rin.

Todas estas acciones consecutivas, dirigidas con tanta habilidad, tan pacientemente meditadas, ejecutadas con tal presteza, fueron admiradas tanto por los franceses como por los enemigos. La gloria de Turena se acrecentó más todavía cuando se supo que todo lo que había realizado en esa campaña lo había hecho contra la voluntad de la corte y a pesar de las reiteradas órdenes de Louvois, dadas en nombre del rey. Desobedecer a Louvois todopoderoso y decidir la acción, a pesar de los gritos de la corte, las órdenes de Luis XIV y el odio del ministro, no fué prueba menguada del valor de Turena, ni la hazaña menos considerable de la campaña.

Hay que confesar que los que tienen más humanidad que aprecio por las famosas acciones de guerra, gemieron por esta campaña tan gloriosa: no fué menos célebre por las desgracias de las gentes que por las expediciones de Turena. Después de la batalla de Sintzheim entregó al saqueo el Palatinado, país llano y fértil, cubierto de ciudades y pueblos opulentos. El elector palatino vio desde lo alto de su castillo de Manheim, dos ciudades y veinticinco pueblos ardiendo. El príncipe, desesperado, desafió a Turena a un combate singular, en una carta llena de reproches. Turena envió la carta al rey, que le prohibió aceptar la provocación, y contestó a las quejas y al desafío del elector con un cumplimiento vago y que nada significaba. Era muy propio del estilo y la costumbre de Turena el expresarse con moderación y ambigüedad.

Con la misma sangre fría quemó los hornos y una parte de los campos de Alsacia para impedir que los enemigos subsistieran. Acto seguido permitió a su caballería que arrasara Lorena. Fue tanto el desorden, que el intendente, que por su parte asolaba Lorena con su pluma, le escribió y le habló con frecuencia para detener estos excesos. A lo cual contestaba fríamente: “Lo haré decir en la orden.” Le agradaba más que lo llamaran padre de los soldados confiados a él que de las gentes del pueblo, las cuales, según las leyes de la guerra, son sacrificadas siempre. Todo el daño que hacía parecía necesario; su gloria lo cubría todo: por otra parte, los setenta mil alemanes a quienes impidió entrar en Francia hubieran hecho en ella más daño del causado por él en Alsacia, Lorena y el Palatinado.

Ha sido tal la situación de Francia desde los comienzos del siglo XVI, que cuantas veces ha entrado en guerra le ha sido necesario combatir a la vez con Alemania, Flandes, España e Italia. El príncipe de Condé se enfrentaba en Flandes al joven príncipe de Orange, mientras Turena expulsaba a los alemanes de Alsacia. La campaña del mariscal de Turena fué feliz, y la del príncipe de Condé sangrienta. Los pequeños combates de Sintzheim y de Turkheim fueron decisivos, pero la grande y célebre batalla de Senef fué tan sólo una carnicería. El gran Condé la dio durante las marchas siniestras de Turena en Alsacia y no obtuvo ningún resultado, bien porque las circunstancias de los lugares le fuesen menos favorables, bien porque hubiera tomado medidas menos adecuadas, o, como es más probable, porque tuviera que combatir con generales más hábiles y mejores tropas. El marqués de Feuquieres no quiere que se le de a la batalla de Senef más que el nombre de combate, porque la acción no tuvo lugar entre dos ejércitos regularmente dispuestos y porque en ella no actuaron todos los cuerpos; pero parece haber acuerdo en llamar batalla a esta jornada tan viva y tan mortífera. El choque de tres

mil hombres en línea de batalla, en el que todos los cuerpos menores actuarían, sería tan sólo un combate. Es la importancia la que decide el nombre.

El príncipe de Condé debía sostener con cuarenta y cinco mil hombres aproximadamente la campaña contra el príncipe de Orange, que según se dice, contaba con sesenta mil (11 de agosto de 1674). Esperó que el ejército enemigo pasara un desfiladero en Senef, cerca de Mons. Atacó una parte de la retaguardia, compuesta por españoles y obtuvo una gran ventaja. El príncipe de Orange fué censurado por no haber tomado bastantes precauciones en el paso del desfiladero; pero fué admirado por su manera de restablecer el orden, y no se aprobó que Condé haya querido reanudar en seguida la lucha contra enemigos demasiado bien atrincherados. La batalla comenzó tres veces. Los dos generales, en esta mezcla de errores y de grandes acciones, mostraron por igual su presencia de espíritu y su valor. De todos los combates empeñados por el gran Condé, fué en éste donde expuso más su vida y la de sus soldados. Mataron tres de los caballos en que montaba. Después de tres ataques mortíferos quería aventurar todavía un cuarto. Parecía, dice un oficial que lo presencié, que sólo el príncipe de Condé tuviera ganas de pelear. Lo más singular de esta acción es que las tropas de ambas partes, después de las más sangrientas y más encarnizadas refriegas, emprendieran la fuga por la noche poseídas de un terror pánico. Al día siguiente, los dos ejércitos se retiraron, cada uno por su lado, sin que ninguno quedara dueño del campo de batalla ni se pudiera adjudicar la victoria, pero sí igualmente debilitados y vencidos. Los franceses tuvieron cerca de siete mil muertos y cinco mil prisioneros, y el enemigo tuvo iguales pérdidas. Tanta sangre inútilmente derramada les impidió a ambos ejércitos emprender nada considerable. Es tan importante cuidar la reputación de las propias armas, que el príncipe de Orange, para hacer creer que había obtenido la victoria, sitió Odenarda; pero el príncipe de Condé probó que no había sido él quien había perdido la batalla, al hacer levantar inmediatamente el sitio y perseguir al príncipe de Orange.

Fue observada, tanto en Francia como entre los aliados, la vana ceremonia de dar gracias a Dios por una victoria que no se había alcanzado: costumbre establecida para alentar al pueblo, al que siempre es necesario engañar.

Turena, en Alemania, con un pequeño ejército, continuó haciendo progresos gracias a su genio. El consejo de Viena, no atreviéndose a seguir confiando la suerte del Imperio a príncipes que lo habían defendido mal, volvió a poner a la cabeza de sus ejércitos al general Montecuculli, vencedor de los turcos en la jornada de San Gotardo, el cual, a pesar de Turena y de Condé, se reunió con el príncipe de Orange, y detuvo la carrera afortunada de Luis XIV, después de la conquista de tres provincias de Holanda. Se ha hecho notar que los más grandes generales del Imperio han sido sacados a menudo de Italia. Este país, no obstante su decadencia y su esclavitud, posee todavía hombres que hacen recordar lo que en otro tiempo fué. Montecuculli era el único digno de oponerse a Turena: ambos habían hecho de la guerra un arte. Pasaron cuatro meses siguiéndose, observándose en marchas y campamentos más apreciados que las victorias por los oficiales alemanes y franceses. Tanto el uno como el otro imaginaban lo que su adversario iba a intentar por los pasos que él mismo hubiera dado en su lugar, y jamás

se equivocaron. Oponíanse mutuamente paciencia, astucia y actividad; y cuando estaban dispuestos a iniciar el combate y comprometer su reputación en la suerte de una batalla, en las proximidades del pueblo de Saltzbach, Turena fué muerto de un tiro de cañón al ir a elegir un lugar para colocar una batería (27 de julio de 1675). Nadie ignora las circunstancias de esta muerte, y, sin embargo, no nos podemos abstener de anotar lo más relevante, poseídos por el mismo espíritu que hace que todavía hoy se hable de ello a diario.

No se cansa uno de repetir que la misma bala que lo mató se llevó el brazo de Saint-Hilaire, teniente general de artillería, el que le dijo a su hijo, que se arrojaba sobre él deshecho en llanto: ¡No es a mi sino a ese gran hombre a quien hay que llorar!, palabras que se pueden comparar con todo lo que de más heroico ha consagrado la historia, y el más digno elogio de Turena. Es muy raro que bajo un gobierno monárquico, en el que los hombres se preocupan sólo de su interés particular, la gente de-plore la muerte de los que han servido a la patria.

Sin embargo, Turena fue llorado por los soldados y por la gente. Sólo Louvois no lamentó su muerte: la voz pública acusó incluso a él y a su hermano, el arzobispo de Reims, de haberse regocijado indecentemente por la pérdida del gran hombre. El rey hizo rendir honores a su memoria y lo enterraron en San Dionisio como al condestable Du Guesclin. La opinión general lo consideró superior a éste, del mismo modo que considera el siglo de Turena superior al siglo del condestable.

Turena no siempre obtuvo resultados felices en la guerra: lo derrotaron en Mariendal, en Rethel, en Cambrai; por eso decía que había cometido errores, y era lo bastante grande para confesarlo. Jamás hizo conquistas estrepitosas, y no dio esas grandes batallas en toda regla cuya decisión convierte a veces a una nación en dueña de otra; pero habiendo reparado siempre sus derrotas y hecho mucho con poco, pasó por ser el más hábil capitán de Europa en un tiempo en que el arte de la guerra había sido profundizado como nunca. Asimismo, aunque se le reprochaba su defección en las guerras de la Fronda, aunque casi a los sesenta años de edad el amor le hiciera revelar un secreto de estado, aunque hubiera cometido crueldades que no parecían necesarias en el Palatinado, conservó la fama de hombre de bien, sensato y moderado, porque sus virtudes y sus grandes dotes, propias sólo de él, debían hacer olvidar debilidades y faltas comunes a tantos otros hombres. Si se le pudiera comparar con alguien, nos atreveríamos a decir que de todos los generales de los siglos pasados, es a Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán, a quien más se le asemeja.

Nacido calvinista, se hizo católico en el año 1668. Ningún protestante, ni tampoco ningún filósofo pensó que la sola persuasión hubiera operado ese cambio en un hombre de guerra, en un político de cincuenta años de edad, que todavía tenía amantes. Luis XIV al hacerlo mariscal general de sus ejércitos, le dijo estas mismas palabras, recogidas en las cartas de Pellisson y en otras partes: “Quisiera que me obligarais a hacer algo más por vos.” Estas palabras (según ellos) podían con el tiempo producir una conversión. El cargo de condestable podía tentar un corazón ambicioso. Es también

posible que esa conversión fuera sincera. El corazón humano reúne a menudo la política, la ambición, las debilidades del amor, los sentimientos de la religión. En una palabra, es muy probable que Turena dejara la religión de sus padres por política, pero los católicos que se alegraron con el cambio no quisieron creer que el alma de Turena fuera capaz de fingir.

Lo que ocurrió en Alsacia inmediatamente después de la muerte de Turena hizo su pérdida aún más sensible. Montecuculli, retenido por la habilidad del general francés tres meses enteros del otro lado del Rin, pasó el río en cuanto supo que ya no había que temer a Turena. Cayó sobre una parte del ejército medio extraviada en manos de Lorges y Vaubrun, dos tenientes generales desunidos e irresolutos. Este ejército, defendiéndose valerosamente, no pudo impedir a los imperiales penetrar en Alsacia, de donde Turena los había mantenido alejados. Necesitaba un jefe no sólo para que lo dirigiera sino para que reparara la reciente derrota del mariscal de Créqui, hombre de valor temerario, capaz de las acciones más nobles y más atrevidas, tan peligroso para su patria como para los enemigos.

Créqui acababa de ser vencido por su propia culpa en Consarbruck (11 de agosto de 1675). Un cuerpo de veinte mil alemanes, que sitiaba Tréveris, destrozó y puso en fuga a su pequeño ejército, del cual apenas se salvó la cuarta parte. Corre a través de nuevos peligros a meterse en Tréveris que debió socorrer con prudencia y a la cual defendió con valor. Quería enterrarse bajo las ruinas de la plaza; la brecha era franqueable, no obstante lo cual se obstinó en resistir. La guarnición murmura. El capitán Bois-Jourdain a la cabeza de los sediciosos se dirige a la brecha para capitular. Jamás cobardía alguna se cometió con más audacia. Amenazó de muerte al mariscal si no firmaba. Créqui se retiró con algunos oficiales fieles a una iglesia, pues prefirió entregarse a discreción antes que capitular.

Para reemplazar a los hombres perdidos por Francia en tantos asedios y combates le aconsejaron a Luis XIV que no se limitara al reclutamiento de la milicia como de ordinario, sino que hiciera marchar a la nobleza y a sus vasallos. Según una antigua costumbre, hoy en desuso, los poseedores de feudos estaban obligados a ir, a sus expensas, a la guerra para el servicio de su señor feudal y a permanecer armados durante cierto número de días. En ese servicio se resumía la mayor parte de las leyes de nuestras naciones bárbaras. Hoy todo ha cambiado en Europa y no hay un solo estado que no reclute soldados y los mantenga bajo banderas, formando cuerpos disciplinados.

Luis XIII convocó una vez a la nobleza de su reino y Luis XIV siguió su ejemplo. El cuerpo de la nobleza marchó a las órdenes del marqués -después mariscal- de Rochefort, a las fronteras de Flandes y después a las de Alemania; pero ese cuerpo no fué ni muy grande ni útil, y no podía serlo. Los gentileshombres amantes de la guerra y capaces de servir bien eran oficiales de las tropas; aquellos a los que la edad o el descontento mantenían encerrados en sus casas no salieron de ellas; los demás, que se ocupaban en cultivar sus heredades, acudieron de mala gana en número de cerca de cuatro mil. No se encontraría nada menos parecido a una tropa guerrera. Montados y armados de manera

desigual, sin experiencia y sin ejercicio, sin poder ni querer hacer un servicio regular, causaron sólo complicaciones y dejaron hartos de ellos, para siempre, a todo el mundo. Fué la última huella que se vio, en nuestros ejércitos ordenados, de la antigua caballería que formaba en otro tiempo esos ejércitos, y que, teniendo el valor natural de su nación, jamás supo combatir bien.

(Agosto y septiembre de 1675) Muerto Turena, Crequi derrotado y prisionero, Treveris capturada y Alsacia puesta a contribuir por Montecuculli, el rey creyó que solamente el príncipe de Condé podría levantar el espíritu de las tropas a las que la muerte de Turena desalentaba. Condé dejó que el mariscal de Luxemburgo sostuviera en Flandes la suerte de Francia y marchó a detener los progresos de Montecuculli. Mostró entonces tanta paciencia como impetuosidad había mostrado en Senef. Su genio, que a todo se plegaba, desplegó el mismo arte que Turena. Con sólo acampar dos veces detuvo los progresos del ejército alemán e hizo levantar a Montecuculli los sitios de Hagenau y de Saverne. Después de esta campaña, menos brillante y más apreciada que la de Senef, el príncipe dejó de aparecer en la guerra. Hubiera querido que su hijo mandara y ofreció ser su consejero, pero el rey no quería para generales ni jóvenes ni príncipes; no sin trabajo utilizó al propio príncipe de Condé. La envidia de Louvois hacia Turena contribuyó, tanto como el nombre de Condé, a ponerlo al frente de los ejércitos.

El príncipe se retiró a Chantilly, de donde fué muy rara vez a Versalles a ver su gloria eclipsada en un lugar donde el cortesano sólo tiene en cuenta el favor.³ Pasó el resto de su vida atormentado por la gota, consolándose de sus dolores y de su retiro con la conversación de todo género de hombres de genio, entonces numerosos en Francia. Era digno de oírlos y ninguna de las ciencias ni de las artes en las cuales brillaban le eran ajenas. Fue admirado también en su retiro; pero el fuego devorador que había hecho de él en su juventud un héroe impetuoso y lleno de pasiones, consumió las fuerzas de su cuerpo, más ágil que robusto por naturaleza, y llegó a la decrepitud antes de tiempo. Al debilitarse con su cuerpo su espíritu, no quedó nada del gran Condé en los dos últimos años de su vida: murió en 1686. Montecuculli abandonó el servicio del emperador al mismo tiempo que el príncipe de Condé cesaba de mandar los ejércitos de Francia.

Es una historia muy difundida y muy despreciable la de que Montecuculli renunció al mando de los ejércitos después de la muerte de Turena, porque, según decía, ya no había un enemigo digno de él. Habría dicho una tontería, aunque no quedara un Condé. En vez de expresar esta necedad, con la que se pretende honrarle, combatió contra los franceses, y los hizo repasar el Rin ese año. Por otra parte, ¿qué general hubiera dicho nunca a su soberano: “No quiero servir más porque vuestros enemigos son demasiado débiles y yo tengo un mérito muy superior”?

CAPITULO XIII

DESDE LA MUERTE DE TURENA HASTA LA PAZ DE NIMEGA EN 1678

Después de la muerte de Turena y del retiro del príncipe de Condé, el rey continuó la guerra con no menos ventaja contra el Imperio, España y Holanda. Tenía oficiales formados por esos dos grandes hombres. Tenía a Louvois, que valía más que un general, porque su previsión hacía a los generales capaces de emprender todo lo que quisieran. Las tropas, largo tiempo victoriosas, seguían animadas del mismo espíritu, que además excitaba la presencia de un rey feliz.

Tomó personalmente, en el curso de esta guerra, Condé (26 de abril de 1676), Bouchain (11 de mayo de 1676), Valenciennes (17 de marzo de 1677), Cambrai (5 de abril de 1677). En el sitio de Bouchain se le acusó de haber temido combatir con el príncipe de Orange, que se presentó frente a él con cincuenta mil hombres tratando de meter socorros en la plaza. Se le reprochó también al príncipe de Orange no haber presentado batalla a Luis XIV, habiéndolo podido hacer. Porque ésta es la suerte de los reyes y de los generales: que se los censure por lo que hacen y por lo que no hacen, aunque ni él ni el príncipe de Orange eran censurables. El príncipe no dio batalla, aunque lo deseara, porque Monterrey, gobernador de los Países Bajos, que se hallaba en su ejército, no quiso exponer su gobierno al azar de un acontecimiento decisivo; y fué para el rey la gloria de la campaña, puesto que hizo lo que deseaba y capturó una ciudad en presencia del enemigo.

En lo que respecta a Valenciennes, fué tomada por asalto, por uno de esos acontecimientos singulares que caracterizan el valor impetuoso de la nación.

El rey ponía el sitio y tenía junto a él a su hermano y a cinco mariscales de Francia: de Humières, Schomberg, La Feuillade, Luxemburgo y de Lorges. Los mariscales se turnaban y mandaban un día cada uno. Vauban dirigía todas las operaciones. Las afueras de la plaza no habían sido tomadas todavía. Era necesario primero atacar dos medias lunas. Detrás de esas medias lunas había un gran hornabeque en corona, empalizado y zampeado, rodeado de un foso cubierto por varios traveses. En este hornabeque en corona había además otro hornabeque rodeado por otro foso. Después de adueñarse de todos esos atrincheramientos era preciso atravesar un brazo del Escalda. Cruzado el brazo se encontraba otra fortificación más, llamada páté.* Detrás de ese pastel corría el gran curso del Escalda, profundo y rápido, sirviendo de foso a la muralla. La muralla, por último, estaba sostenida por amplios parapetos. Todas esas fortificaciones estaban cubiertas de cañones. Una guarnición de tres mil hombres preparaba una larga resistencia.

El rey reunió consejo de guerra antes de atacar las fortificaciones exteriores. La costumbre era que esos ataques se efectuaran siempre durante la noche, a fin de marchar

hacia el enemigo sin que lo percibiera y ahorrar la sangre del soldado. Vauban propuso hacer el ataque en pleno día. Todos los mariscales de Francia prorrumpieron en exclamaciones contra esa proposición. Louvois la condenó. Vauban se mantuvo firme con la confianza de un hombre seguro de lo que anticipa: “Queréis, dijo, economizar la sangre del soldado: la ahorraréis mucho más combatiendo de día, sin confusión y sin tumulto, sin temer que una parte de nuestra gente tire sobre la otra, como ocurre con harta frecuencia. Lo que interesa es sorprender al enemigo, que espera siempre los ataques por la noche; lo sorprenderemos realmente cuando, agotado por las fatigas de una vigilia, tenga que contener los esfuerzos de nuestras tropas frescas. Agregad a esta razón la de que si hay en este ejército soldados poco valientes, la noche favorece su timidez; pero durante el día la mirada del general inspira valor y hace que los hombres se superen a sí mismos.”

El rey se rindió a las razones de Vauban a pesar de Louvois y de los cinco mariscales de Francia.

(17 de marzo de 1677) A las nueve de la mañana las dos compañías de mosqueteros, un centenar de granaderos, un batallón de guardias y uno del regimiento de Picardía suben por todos lados sobre ese gran hornabeque en corona. La orden era sencillamente alojarse allí; y ya era mucho; pero algunos mosqueteros negros penetran por un pequeño sendero hasta la trinchera interior que había en esta fortificación y se adueñan de ella. Al mismo tiempo los mosqueteros grises se aproximan por otro lugar. Los batallones de los guardias los siguen; matan y persiguen a los sitiados; los mosqueteros bajan el puente levadizo que une esa fortificación a las demás y siguen al enemigo de trinchera en trinchera sobre el pequeño y sobre el gran brazo del Escalda. Los guardias avanzan en tropel. Los mosqueteros están ya en la ciudad antes de que el rey sepa que el primer hornabeque atacado ha sido tomado.

Y no es esto lo más extraño de esta acción. Lo lógico hubiera sido que jóvenes mosqueteros llevados por el ardor del éxito se arrojaran ciegamente sobre las tropas y sobre los ciudadanos que veían venir hacia ellos por la calle; que perecieran allí, o que la ciudad fuera saqueada: pero los jóvenes, dirigidos por un portaestandarte llamado Moissac, se formaron en línea de batalla detrás de carretas; y mientras las tropas que llegaban se formaban sin precipitación, otros mosqueteros se apoderaban de las casas vecinas para proteger con su fuego a los que se encontraban en la calle; una y otra parte se entregaron rehenes; se reunió el consejo de la ciudad; se le enviaron emisarios al rey; y todo se hizo sin saquear nada, sin confusión, sin cometer faltas de ninguna especie. El rey hizo prisionera de guerra a la guarnición y entró en Valenciennes, asombrado de ser su dueño. La originalidad de la acción me ha inducido a entrar en estos detalles.

(9 de marzo de 1678) Tuvo además la gloria de tomar Gante en cuatro días e Yprés en siete (25 de marzo). He ahí lo que hizo por sí mismo. Sus generales le dieron éxitos aún mayores.

(Septiembre de 1676) Es verdad que del lado de Alemania el mariscal duque de Luxemburgo dejó primero que se apoderaran de Filisburgo ante sus propios ojos,

tratando en vano de socorrerla con un ejército de cincuenta mil hombres. El general que tomó Filisburgo era Carlos V, nuevo duque de Lorena, heredero de su tío Carlos IV y despojado como él de sus estados. Tenía todas las cualidades de su desdichado tío sin tener sus defectos. Mandó gloriosamente durante mucho tiempo los ejércitos del Imperio, pero a pesar de la toma de Filisburgo y de estar al frente de sesenta mil combatientes, no pudo entrar jamás en sus estados. En vano puso en sus estandartes aut nunc, aut nunquam, o ahora o nunca.

El mariscal de Créqui, rescatado de su prisión, y más prudente después de su derrota de Consarbruck, le cerró constantemente la entrada de Lorena (7 de octubre de 1677). Lo derrotó en el pequeño combate de Kochersberg en Alsacia; lo hostigó y lo fatigó sin descanso (14 de noviembre de 1677). Tomó Friburgo ante sus ojos y poco tiempo después derrotó a un destacamento de su ejército en Rheinfeld (julio de 1678). Pasó el río Kins1 delante de él, lo persiguió hacia Offenburgo, cargó contra él en su retirada, y habiendo ocupado inmediatamente después el fuerte de Kehl, espada en mano, fué a quemar el puente de Estrasburgo, por el que esta ciudad, que todavía era libre, había dado paso tantas veces a los ejércitos imperiales. De esta manera el mariscal de Créqui reparó un día de temeridad con una serie de éxitos debidos a su prudencia, y quizá habría adquirido una reputación igual a la de Turena si hubiera vivido.

El príncipe de Orange no fué más afortunado en Flandes que el duque de Lorena en Alemania: no solamente se vió obligado a levantar el sitio de Maëstricht y de Charleroi sino que, después de haber dejado caer Condé, Bouchain y Valenciennes ante el poderío de Luis XIV, perdió la batalla de Mont-Cassel contra Monsieur, tratando de socorrer Saint-Omer. Los mariscales de Luxemburgo y de Humieres mandaban el ejército bajo la autoridad de Monsieur. Se asegura que un error del príncipe de Orange y un movimiento hábil de Luxemburgo decidieron la victoria en esa batalla. Monsieur atacó con un valor y una presencia de espíritu que no se esperaba en un príncipe afeminado. Jamás se vió mejor ejemplo de que el valor no es absolutamente incompatible con la blandura. Este príncipe que se vestía frecuentemente de mujer y que tenía sus mismas inclinaciones, obró como capitán y como soldado. El rey, su hermano, pareció celoso de su gloria. Le habló poco a Monsieur de su victoria. Ni siquiera fué a ver el campo de batalla, no obstante lo cerca que se encontraba de él (11 de abril de 1677). Algunos servidores de Monsieur, más perspicaces que los demás, le predijeron que no volvería a mandar ejércitos, y no se equivocaron.

Tantas ciudades capturadas y tantos combates ganados en Flandes y en Alemania, no eran los únicos triunfos de Luis XIV en esta guerra. El conde de Schomberg y el mariscal de Navailles derrotaban a los españoles en el Ampurdán, al pie de los Pirineos. Los españoles eran atacados hasta en Sicilia.

Sicilia, desde los tiempos de los tiranos de Siracusa, bajo los cuales por lo menos contaba para algo en el mundo, ha estado siempre subyugada por extranjeros: sometida sucesivamente a los romanos, vándalos, árabes, normandos; rindiendo vasallaje a los papas, sometida a los franceses, a los alemanes, a los españoles; ha odiado casi siempre

a sus amos, se ha rebelado contra ellos, aunque no ha hecho verdaderos esfuerzos dignos de su libertad; y ha inspirado continuamente sediciones para cambiar de cadenas.

Los magistrados de Mesina acababan de encender una guerra civil contra sus gobernantes y de llamar a Francia en su socorro. Una flota española bloqueaba su puerto. Estaban reducidos a un hambre extrema.

Primero, el caballero de Valbelle pasó con algunas fragatas a través de la flota española, llevando a Mesina víveres, armas y soldados. En seguida, el duque de Vivonne llega con siete barcos de guerra de sesenta piezas de artillería, dos de ochenta y varios brulotes; derrota a la flota enemiga (9 de febrero de 1675) y entra victorioso en Mesina.

España se ve obligada a implorar, para la defensa de Sicilia, a los holandeses, sus antiguos enemigos, considerados siempre como los dueños del mar. Ruyter va en su auxilio desde el lejano Zuiderzee, pasa el estrecho y une a las veinte naves españolas veintitrés grandes barcos de guerra.

Entonces los franceses, que unidos a los ingleses no habían podido vencer a las flotas de Holanda, derrotaron solos a los holandeses y españoles juntos (8 de enero de 1676). El duque de Vivonne, obligado a permanecer en Mesina para contener al pueblo descontento ya de sus defensores, dejó que Duquesne, teniente general de la armada, dirigiera esta batalla; hombre tan singular como Ruyter, llegado como él al mando por su solo mérito, pero que no había mandado jamás una armada, y más notable, hasta ese momento, como armador que como general. Pero cualquiera que tenga su don de mando y su arte pasa rápidamente y sin esfuerzo del grado pequeño al grande. Duquesne se mostró gran general de mar frente a Ruyter; para serlo bastaba con conseguir una débil ventaja sobre el holandés. Empeñó todavía una segunda batalla contra las dos flotas enemigas cerca de Augusta.² (12 de marzo de 1676) Ruyter, herido en esta batalla, terminó allí su gloriosa vida. Es uno de los hombres cuya memoria sigue gozando de la mayor veneración en Holanda; y aunque empezó siendo paje y grumete de barco no fué por ello menos respetable. El nombre de los príncipes de Nassau no está por encima del suyo. El consejo de España le dió el título y las patentes de duque, dignidad extraña y frívola para un republicano. Las patentes llegaron después de su muerte. Los hijos de Ruyter, dignos de su padre, rehusaron el título tan anhelado en nuestras monarquías, pero que no es preferible al nombre de buen ciudadano.

Luis XIV tuvo bastante grandeza de alma para afligirse por su muerte. Le recordaron que se había deshecho de un enemigo peligroso, y contestó “que no podía dejarse de sentir la muerte de un gran hombre”.

Duquesne, el Ruyter francés, atacó por tercera vez ambas flotas después de la muerte del general holandés. Las echó a pique, quemó y capturó varios barcos. Fue Duquesne quien ganó la batalla, aunque el mariscal duque de Vivonne era el comandante en jefe.³ Europa se asombraba de que Francia se hubiera vuelto, en tan poco tiempo, tan temible en el mar como en tierra. Cierto es que esos armamentos y esas batallas ganadas no sirvieron más que para difundir la alarma en todos los estados. El rey de Inglaterra, que

había empezado la guerra en favor de Francia, estaba dispuesto a aliarse con el príncipe de Orange, que se había casado con su sobrina. Además, la gloria adquirida en Sicilia costaba demasiados tesoros (8 de abril de 1687). Por último, los franceses evacuaron Mesina cuando se creía que se harían dueños de toda la isla. Luis XIV fué muy censurado por haber comenzado en esta guerra empresas que no sostuvo, y por abandonar Mesina, lo mismo que Holanda, después de victorias inútiles.

Sin embargo, ya era ser formidable el no tener más desaciertos que el de no conservar las conquistas. Acosaba a sus enemigos de un extremo a otro de Europa. La guerra de Sicilia le costó mucho menos que a España, agotada y derrotada en todas partes. Hasta le creaba nuevos enemigos a la casa de Austria; fomentaba los disturbios de Hungría; y sus embajadores en la Puerta otomana la apreñaban para que hiciera la guerra a Alemania, aunque debiera mandar, por conveniencia, algunos socorros contra los turcos, llamados por su política. Él solo abrumaba a todos sus enemigos, porque entonces Suecia, su única aliada, hacía una guerra desafortunada contra el elector de Brandeburgo. Este elector, padre del primer rey de Prusia, comenzaba a darle importancia a su país, importancia que ha sido muy aumentada después: por aquel entonces les quitaba la Pomerania a los suecos.

Es notable que en el curso de esta guerra hubiera habido casi siempre conferencias abiertas para la paz; primero en Colonia, con la mediación inútil de Suecia; luego en Nimega, con la de Inglaterra. La mediación inglesa fué una ceremonia casi tan vana como el arbitraje del papa en el tratado de Aix-la-Chapelle. Luis XIV fué en realidad el único árbitro. Hizo sus proposiciones el 9 de abril de 1678, en plenas conquistas, y dió de plazo a sus enemigos hasta el 1o de mayo para aceptarlas. Acordó en seguida un plazo de seis semanas a los Estados generales que se lo pidieron humildemente.

Su ambición ya no se volvía hacia el lado de Holanda. Esta república había sido lo bastante afortunada o hábil como para no parecer más que un auxiliar en una guerra emprendida para su ruina. El Imperio y España, primero auxiliares, se habían convertido en partes principales.

Las condiciones que el rey impuso favorecían el comercio de los holandeses, les devolvían Maëstricht y restituían a los españoles algunas ciudades que debían servir de barrera a las Provincias Unidas, como Charleroi, Courtrai, Odenarda, Ath, Gante, Limburgo; pero se reservaba Bouchain, Condé, Ypres, Valenciennes, Cambrai, Maubeuge, Aire, Saint-Omer, Cassel, Charlemont, Popering, Bailleul, etc.; las que constituían una buena parte de Flandes y les agregaba el Franco-Condado conquistado dos veces por él; esas dos provincias eran un fruto bastante digno de la guerra.

De Alemania no quería más que Friburgo o Filisburgo y dejaba la elección al emperador. Reponía en el obispado de Estraburgo y en sus tierras a los dos hermanos Furstenberg, a quienes el emperador había despojado y uno de los cuales estaba preso.

Se constituyó abiertamente en protector de Suecia, su aliada, y aliada desgraciada, contra el rey de Dinamarca y el elector de Brandeburgo. Exigió que Dinamarca

devolviera todo lo que le había tomado a Suecia, que moderase los derechos de pasaje en el mar Báltico, que el duque de Holstein fuera repuesto en sus estados, que Brandeburgo cediera la Pomerania que había conquistado, que se restablecieran punto por punto los tratados de Westfalia. Su voluntad era ley de un extremo al otro de Europa. En vano el elector de Brandeburgo le escribió la más sumisa carta, llamándolo monseñor -como se usaba-, rogándole encarecidamente le dejara lo que había adquirido, asegurándole su celo y su servicio: 4 su sumisión fué tan inútil como su resistencia, y el vencedor de los suecos debió devolver todas sus conquistas.

Entonces los embajadores de Francia aspiraban a la preeminencia sobre los electores. El de Brandeburgo puso todos los medios de conciliación para tratar en Cléves con el conde -después mariscal- de Estrades, embajador ante los Estados generales. El rey no quiso permitir jamás que un hombre que lo representaba se sometiera a un elector y el conde de Estrades no pudo tratar.

Carlos V estableció la igualdad entre los grandes de España y los electores. Los pares de Francia, por consiguiente, la pretendían. Vemos hasta qué punto han cambiado hoy las cosas, puesto que en las Dietas del Imperio los embajadores de los electores son tratados como los de los reyes.

En cuanto a Lorena, ofrecía restablecer al nuevo duque Carlos V, pero quería seguir siendo dueño de Nancy y de todos los grandes caminos.

Fijó estas condiciones con la arrogancia de un conquistador; sin embargo, no eran tan exageradas como para desesperar a sus enemigos y obligarlos a reunirse contra él en un último esfuerzo: hablaba a Europa como amo y procedía al mismo tiempo como político.

En las conferencias de Nimega supo suscitar los celos entre los aliados. Contra la voluntad del príncipe de Orange, que quería hacer la guerra a cualquier precio, los holandeses se apresuraron a firmar; decían que los españoles eran demasiado débiles para socorrerlos si no firmaban.

Los españoles, viendo que los holandeses aceptaban la paz, la admitieron también, diciendo que el Imperio no hacía bastantes esfuerzos por la causa común.

En fin, los alemanes, abandonados por Holanda y España, firmaron los últimos, cediéndole Friburgo al rey, y confirmando los tratados de Westfalia.

Nada fué cambiado de las condiciones prescritas por Luis XIV. Sus enemigos hicieron en vano proposiciones exageradas para probar su debilidad. Europa recibió de él leyes y la paz. Sólo el duque de Lorena osó negarse a aceptar un tratado que le parecía demasiado odioso. Prefirió ser un príncipe errante en el Imperio a ser un soberano sin poder y sin consideración en sus estados: fió su ventura al tiempo y a su valor.

(10 de agosto de 1678) En tiempo de las conferencias de Nimega, y cuatro días después de firmar la paz los plenipotenciarios de Francia y Holanda, el príncipe de Orange hizo

ver hasta qué punto Luis XIV tenía en él un enemigo peligroso. El mariscal de Luxemburgo que bloqueaba Mons, acababa de recibir la noticia de la paz. Estaba tranquilo en el pueblo de Saint-Denis y cenaba en casa del intendente del ejército. (r4 de agosto). El príncipe de Orange con todas sus tropas se arroja sobre el cuartel del mariscal, lo fuerza, y empeña un combate sangriento, largo y obstinado, del cual esperaba, con razón, una victoria señalada, porque no solamente atacaba --lo que ya es una ventaja-- sino que atacaba tropas que descansaban confiadas en el tratado.

El mariscal de Luxemburgo resistió trabajosamente; y si se logró alguna ventaja en ese combate, la alcanzó el príncipe de Orange, puesto que su infantería quedó dueña del terreno donde había combatido.

Si los hombres ambiciosos tuvieran en cuenta un poco la sangre de los demás hombres el príncipe de Orange no hubiera iniciado ese combate. Sabía con certeza que la paz se había firmado; sabía que esa paz era ventajosa para su país; sin embargo, exponía su vida y la de varios millares de hombres por las primicias de una paz general que no hubiera podido impedir, ni aun derrotando a los franceses. Esta acción, tan llena de crueldad como de grandeza, y en esa ocasión más admirada que censurada, no produjo un nuevo artículo de paz, y costó, sin ningún fruto, la vida a dos mil franceses y a otros tantos enemigos. En esa paz se vio cómo los acontecimientos contradicen los proyectos. Holanda, la única contra la que se emprendió la guerra y que debía haber sido destruida, no perdió nada, antes al contrario, ganó una barrera; y todas las demás potencias que la habían preservado de la destrucción, perdieron.

En ese tiempo el rey llegó a la cúspide de la grandeza. Victorioso desde que reinaba, no habiendo sitiado una sola plaza sin tomarla, superior por todos conceptos a todos sus enemigos juntos, terror de Europa durante seis años seguidos, por último su árbitro y su pacificador, habiendo agregado a sus estados el Franco-Condado, Dunkerque y la mitad de Flandes; y, lo que debía considerarse el mayor de sus triunfos, rey de una nación entonces feliz y modelo de otras naciones. Poco tiempo después la Municipalidad de París le concedió solemnemente el título de grande (1680), y ordenó que en lo sucesivo se empleara sólo ese título en todos los monumentos públicos. Desde 1673 se acuñaron algunas medallas con ese sobrenombre. Europa, aunque celosa, no protestó contra estos honores. Sin embargo, el nombre de Luis XIV ha prevalecido en el público sobre el de grande. El uso lo hace todo. Enrique, a justo título llamado el grande después de su muerte, es llamado comúnmente Enrique IV; y este solo nombre dice bastante. El señor Príncipe es llamado siempre el gran Condé, no solamente a causa de sus acciones heroicas, sino por la facilidad con que este sobrenombre permite distinguirlo de los demás príncipes de Condé. De haberle sido dado, el título de Condé el grande no le hubiera quedado. Se dice el gran Corneille para distinguirlo de su hermano. No se dice el gran Virgilio, ni el gran Homero, ni el gran Tasso. A Alejandro el Grande sólo se le conoce ahora con el nombre de Alejandro. No se dice César el grande. Carlos V, cuyo destino fue más brillante que el de Luis XIV, no tuvo jamás el nombre de grande: sólo le quedó a Carlomagno como un nombre propio. Los títulos de nada sirven para la

posteridad; el nombre de un hombre que ha realizado grandes cosas impone más respeto que todos los epítetos.

CAPÍTULO XIV

TOMA DE ESTRASBURGO. BOMBARDEO DE ARGEL.

SOMETIMIENTO DE GÉNOVA.

EMBAJADA DE SIAM. EL PAPA DESAFIADO EN ROMA.

EL ELECTORADO DE COLONIA DISPUTADO.

La ambición de Luis XIV no se sació con esta paz general. El Imperio, España, Holanda licenciaron sus tropas extraordinarias, pero él conservó las suyas. Hizo de la paz una época de conquistas: (680) ; estaba entonces tan seguro de su poder que estableció en Metz y en Brisacc jurisdicciones para unir a su corona todas las tierras que podían haber dependido en otro tiempo de Alsacia o de los Trois-Êveches, pero que, desde tiempo inmemorial habían pertenecido a otros amos. Muchos soberanos del Imperio, el elector palatino, el mismo rey de España dueño de algunos bailíos en esos países, el rey de Suecia como duque de Deux-Ponts, fueron citados ante esas cámaras para rendir homenaje al rey de Francia, o para sufrir la confiscación de sus bienes. Desde Carlomagno no se había visto a ningún príncipe obrar como amo y juez de soberanos, y conquistar países mediante decretos.

El elector palatino y el de Treveris fueron despojados de los señoríos de Falkenburgo, de Germesheim, de Veldentz, etc. En vano se quejaron al Imperio reunido en Ratisbona, que se contentó con protestar.

No le bastaba al rey con tener la prefectura de las diez ciudades libres de Alsacia, a título igual que la habían tenido los emperadores. En ninguna de esas ciudades se osaba hablar de libertad. Quedaba Estrasburgo, ciudad grande y rica, dueña del Rin por el puente que tenía sobre el río; constituía por sí sola una república poderosa, famosa por su arsenal donde habían novecientas piezas de artillería.

Louvois se había formado, desde tiempo atrás, el propósito de dársela a su soberano. El oro, la intriga y el terror, que le habían abierto las puertas de tantas ciudades, prepararon la entrada de Louvois en Estrasburgo (30 de septiembre de 1681). Sobornó a los magistrados. El pueblo se consternó al ver veinte mil franceses alrededor de sus murallas, los fuertes que los defendían cerca del Rin embestidos y tomados en un momento; Louvois a las puertas y los burgomaestres hablando de rendirse. El llanto y la desesperación de los ciudadanos amantes de la libertad no impidieron que, en un mismo día, fuera propuesto por los magistrados el tratado de rendición, y que Louvois tomara posesión de la ciudad. Vauban la convirtió después, por las fortificaciones que la rodean, en la barrera más fuerte de Francia.

El rey no se olvidaba menos de España, pedía en los Países Bajos la ciudad de Alost y todo su bailío, olvidado por los ministros, decía, al tratar las condiciones de paz; y, ante las dilaciones de España, hizo bloquear la ciudad de Luxemburgo (1682).

Al mismo tiempo compraba la plaza fuerte de Casal a un príncipe de poca importancia, duque de Mantua (1681), que hubiera vendido todo su estado para satisfacer a sus placeres.

Viendo cómo este poder se extendía por todas partes, y adquiriría en plena paz más de lo que habían adquirido con sus guerras diez reyes predecesores de Luis XIV, Europa se alarmó de nuevo. El Imperio, Holanda, e incluso Suecia, descontenta del rey, hicieron un tratado de alianza. Los ingleses amenazaron, los españoles desearon la guerra y el príncipe de Orange lo movió todo para hacerla empezar, pero ninguna potencia se atrevía a dar los primeros golpes.

El rey, temido en todas partes, no pensó sino en hacerse temer más (1680). El desarrollo de su marina superó las esperanzas de los franceses y los temores de Europa: tuvo sesenta mil marineros (1681, 1682). Leyes tan severas como las de la disciplina de los ejércitos de tierra hacían cumplir su deber a esos hombres rudos. Inglaterra y Holanda, esas dos potencias marítimas, no tenían tantos hombres de mar ni leyes tan buenas. Se crearon compañías de cadetes en las plazas fronterizas, y de guardias marinas en los puertos, integradas por jóvenes que aprendían todas las artes convenientes a su profesión bajo la dirección de maestros pagados por el tesoro público.

Se hicieron enormes gastos para construir el puerto de Tolón, sobre el Mediterráneo, con capacidad para cien barcos de guerra y dotado de un arsenal y de magníficos almacenes. Sobre el océano se construía, según un plan igualmente grande, el puerto de Brest. Dunkerque y el Havre-de-Grâce se llenaban de barcos; en Rochefort se forzaba a la naturaleza.

En una palabra, el rey poseía más de cien grandes naves de guerra, algunas de las cuales llevaban cien cañones y algunas otras incluso más. No permanecían ociosas en los puertos. Sus escuadras, al mando de Duquesne, limpiaban los mares infestados por los corsarios de Trípoli y Argel. Se vengó de Argel con la ayuda de un nuevo invento cuyo descubrimiento fué debido al cuidado que puso en estimular a todos los genios de su siglo. Esta invención funesta, pero admirable, es la de las galeotas bombardas, con las cuales pueden reducirse a cenizas las ciudades marítimas. Hubo un joven llamado Bernard Renaud, conocido por el nombre del pequeño Renaud, el cual, sin haber servido nunca en los barcos, era un excelente marino a fuerza de genio. Colbert, que sacaba a los hombres de mérito de su oscuridad, lo había llamado con frecuencia al consejo de la marina, inclusive en presencia del rey. Gracias a los cuidados y a las luces de Renaud se seguía desde hacía poco un método más regular y más fácil para la construcción de barcos. Renaud se atrevió a proponer en el consejo bombardear Argel con una flota. Se tenía la idea de que los morteros sólo podían colocarse sobre un terreno sólido. Se opusieron a la proposición. Soportó la oposición y las burlas que todo inventor debe

esperar, pero su firmeza y la elocuencia que poseen generalmente los hombres poseídos de sus invenciones, determinaron al rey a permitir el ensayo de la novedad.

Renaud hizo construir cinco barcos más pequeños que los barcos comunes, pero reforzados, sin puentes, con una falsa tilla a fondo de cala, sobre la cual se hicieron cavidades donde se colocaron los morteros. Con este equipaje partió bajo las órdenes del viejo Duquesne que estaba encargado de la empresa y no esperaba de ella ningún resultado. Duquesne y los argelinos se asombraron del efecto de las bombas (28 de octubre de 1681). Una parte de la ciudad fué destruida y consumida por el fuego; pero ese arte, llevado pronto a las demás naciones, sirvió sólo para aumentar las calamidades humanas, y más de una vez resultó temible para Francia, donde se había inventado.

La marina, perfeccionada en pocos años, era fruto de la solicitud de Colbert. Para emularlo, Louvois hacía fortificar más de cien ciudadelas. Además se construían Huningue, Sar-Louis, las fortalezas de Estrasburgo, Mont-Royal, etc.; y mientras el reino adquiría tanta fuerza en el exterior, en el interior se protegían las artes y todo era abundancia y placeres. Los extranjeros acudían en tropel a admirar la corte de Luis XIV. Su nombre era conocido en todos los países del mundo.

Su dicha y su gloria se destacaban más por la debilidad de la mayor parte de los demás reyes, y por la desgracia de sus pueblos. Por aquel entonces el emperador Leopoldo temía a los húngaros sublevados, y sobre todo, a los turcos, quienes, llamados por los húngaros se iban a desbordar sobre Alemania. La política de Luis perseguía a los protestantes en Francia porque creía que debía imposibilitarlos para que le crearan conflictos; pero protegía secretamente a los protestantes y rebeldes de Hungría que podían servirle. Su embajador en la Puerta había apresurado el armamento de los turcos antes de la paz de Nimega. El Diván, por una singularidad extravagante, esperó casi siempre a que el emperador estuviera en paz para declararse contra él. No le hizo la guerra en Hungría sino hasta 1682; al año siguiente el fuerte ejército otomano que contaba -se dice- con más de doscientos mil combatientes, aumentado además con tropas húngaras, al no encontrar en su camino ni ciudades fortificadas como las había en Francia, ni cuerpos de ejército capaces de detenerlo, penetró hasta las puertas de Viena, después de derribarlo todo a su paso.

El emperador Leopoldo abandonó Viena precipitadamente, y se retiró a Lintz al acercarse los turcos; y cuando supo que habían cercado Viena no tomó otra determinación que alejarse todavía más hasta Passau, dejándole al duque de Lorena, al frente de un pequeño ejército atacado ya en el camino por los turcos, la tarea de defender, como le fuera posible, la suerte del Imperio.

Nadie dudaba de que el gran visir, Kara Mustafá, comandante del ejército otomano, se apoderaría rápidamente de Viena, ciudad mal fortificada, abandonada por su soberano, defendida en realidad por una guarnición que en principio debía ser de dieciséis mil hombres, pero cuyo efectivo no pasaba de los ocho mil. Se acercaba el momento de la más terrible revolución.

Luis XIV esperó, evidentemente, que Alemania asolada por los turcos, a los que sólo podía oponer un jefe cuya fuga aumentaba el terror común, se vería obligada a recurrir a la protección de Francia. Tenía un ejército en las fronteras del Imperio, dispuesto a defenderlo de esos mismos turcos que sus anteriores negociaciones habían atraído: de esta manera, podía convertirse en protector del Imperio y hacer a su hijo rey de los romanos.

En un principio, unió a sus propósitos políticos las gestiones generosas, desde que los turcos amenazaron Austria; y no es que haya mandado por segunda vez socorros al emperador, sino que declaró que no atacarla los Países Bajos y dejaría por ello a la rama de Austria española el poder de ayudar a la rama alemana, a punto de sucumbir. Quería, como precio de su inacción, que se le diera satisfacción a propósito de algunos puntos equívocos del tratado de Nimega y, principalmente, sobre el bailío de Alost, cuya inserción en el tratado fué olvidada. Hizo levantar el bloqueo de Luxemburgo en 1682 sin esperar la satisfacción, y se abstuvo de toda hostilidad durante un año entero. Desmintió esta generosidad durante el sitio de Viena. El consejo de España en lugar de apaciguarlo lo agrió, y Luis XIV volvió a tomar las armas en los Países Bajos, justo cuando Viena iba a sucumbir: eso era a principios de septiembre; pero contra todo lo esperado, Viena fué liberada. La presunción del gran visir, su molicie, su desprecio brutal por los cristianos, su ignorancia, su lentitud, lo perdieron: fué necesario lo excesivo de todas estas faltas para que Viena no fuera tomada. El rey de Polonia, Juan Sobieski, tuvo tiempo de llegar y, con el auxilio del duque de Lorena, le bastó con presentarse ante la multitud otomana para derrotarla (12 de septiembre de 1683). El emperador regresó a su capital con el dolor de haberla dejado. Entró en ella cuando su libertador salía de la iglesia³ donde se había cantado el Te Deum, y donde el predicador había tomado como texto: “Hubo un hombre enviado de Dios, llamado Juan.” Hemos visto ya que el papa Pío V se refirió con esas palabras a don Juan de Austria, después de la victoria de Lepanto (octubre de 1571). Es sabido que lo que parece nuevo no es con frecuencia más que una repetición (agosto de 1684). El emperador Leopoldo quedó a un mismo tiempo vencedor y humillado. El rey de Francia, sin tener ya que hacer contemplaciones hizo bombardear Luxemburgo. Se apoderó de Courtrai y de Dixmude en Flandes, y de Treveris, donde demolió las fortificaciones, todo ello para cumplir, se decía, con el espíritu de los tratados de Nimega. Negociaba con los imperiales y los españoles en Ratisbona mientras se apoderaba de sus ciudades; y la paz de Nimega quebrantada se sustituyó por una tregua de veinte años, por la cual el rey conservó la ciudad y el principado de Luxemburgo que acababa de tomar.

(Abril de 1684) Era más temido aún en las costas de África donde sólo conocían a los franceses por los esclavos que hacían los bárbaros.

Argel, bombardeada dos veces, mandó emisarios a pedirle perdón y recibir la paz; devolvieron todos los esclavos cristianos y además pagaron dinero, el mayor castigo que se puede dar a los corsarios.

Túnez y Trípoli se sometieron igualmente. No está demás decir que cuando Damfreville, capitán de navío, fué a Argel a liberar a todos los esclavos cristianos en nombre del rey de Francia, encontró entre ellos muchos ingleses que una vez a bordo, sostuvieron que habían sido puestos en libertad en consideración al rey de Inglaterra. Entonces el capitán francés hizo llamar a los argelinos y llevando los ingleses a tierra, les dijo: “Esta gente afirma haber sido liberada en nombre de su rey, el mío no se toma la libertad de ofrecerle su protección; os los devuelvo; a vosotros os toca demostrar lo que debéis al rey de Inglaterra.” A todos los ingleses se les pusieron de nuevo los grillos. La soberbia inglesa, la debilidad del gobierno de Carlos II y el respeto de las naciones por Luis XIV, se dan a conocer por este rasgo.

Era tal el respeto universal a su embajador ante la Puerta otomana, que le fueron acordados nuevos honores, como el del sofá, mientras humillaba los pueblos de África que están bajo la protección del gran señor.

La república de Génova se rebajó más todavía que la de Argel. Génova había vendido pólvora y bombas a los argelinos y construía cuatro galeras para el servicio de España. El rey le prohibió por intermedio de su enviado Saint-Olon, uno de sus gentileshombres ordinarios, que lanzara al agua las galeras, y la amenazó con un castigo inmediato si no se sometía a su voluntad. Los genoveses, irritados por esa usurpación de su libertad y contando demasiado con la ayuda de España, no dieron ninguna satisfacción. Acto seguido, catorce naves de primera línea, veinte galeras, diez galeotas bombardas y varias fragatas, salen del puerto de Tolón. Seignelai, nuevo secretario de marina y a quien el famoso Colbert, su padre, le había hecho ejercer ese cargo desde antes de su muerte, iba en persona en la flota. Este joven lleno de ambición, de valor, de talento, de actividad, quería ser a la vez guerrero y ministro; ávido de gloria, ardiente en todas sus empresas, unía los placeres a los negocios sin que éstos se resintieran por ello. El viejo Duquesne mandaba los barcos, el duque de Mortemart las galeras; pero ambos eran los cortesanos del secretario de estado. Llegan frente a Génova, las diez galeotas arrojan catorce mil bombas (17 de marzo de 1684), y reducen a cenizas una parte de esos edificios de mármol que dieron a la ciudad el nombre de Génova la Soberbia. Cuatro mil4 soldados desembarcan, avanzan hasta las puertas y queman el barrio de San Piero de Arena. Ante lo cual fué necesario a los genoveses doblegarse para evitar una ruina total (22 de febrero de 1685). El rey exigió que el dux de Génova y cuatro de los principales senadores fueran a implorar clemencia a su palacio de Versalles; y, temiendo que los genoveses eludieran la satisfacción, y disminuyeran algo su gloria, quiso que el dux que iba a pedirle perdón continuara en su principado, a pesar de la ley perpetua de Génova que priva de esa dignidad al dux que se ausente un momento de la ciudad.

Imperiale Lescaro, dux de Génova, con los senadores Lomellino, Garibaldí, Durazzo y Salvago se dirigieron a Versalles a cumplir con todo lo que el rey les exigía.⁵ El dux, en traje de ceremonia, habló, cubierto con un gorro de terciopelo rojo que se quitaba frecuentemente: su discurso y sus demostraciones de sumisión le eran dictadas por Seignelai. El rey lo escuchó sentado y cubierto, pero como en todos los actos de su vida

unía la cortesía a la dignidad, trató a Lescaro y a los senadores con tanta bondad como fausto. Los ministros Louvois, Croissi y Seignelai le hicieron sentir más su altanería. De ahí que el dux dijera: “El rey deja a nuestros corazones sin libertad por la manera de recibirnos; pero sus ministros nos la devuelven.” El dux era hombre de mucho ingenio; todo el mundo sabe que al preguntarle el marqués de Seignelai, que qué era lo que encontraba de más singular en Versalles, le respondió: El verme yo aquí.

(1684) El gusto extremado que Luis XIV tenía por el boato fué mucho más halagado por la embajada de Siam,⁶ país en el que hasta entonces se había ignorado la existencia de Francia. Ocurrió que por una de esas singularidades que prueban la superioridad de los europeos sobre las demás naciones, un griego, hijo de un tabernero de Cefalonia, llamado Phalk Constanza, se había convertido en Barcalon, o sea, primer ministro o gran visir del reino de Siam. Este hombre, deseando afirmarse y elevarse más, y necesitando socorros extranjeros, no se había atrevido a confiarse a los ingleses ni a los holandeses que son vecinos demasiado peligrosos en las Indias. Los franceses acababan de establecer factorías en las costas de Coromandel y habían llevado hasta esos extremos de Asia la reputación de su rey. Luis XIV le pareció a Constanza apropiado para halagarlo con un homenaje que llegaría de tan lejos e inesperadamente. La religión, cuyos resortes hacen mover la política del mundo desde Siam hasta París, sirvió también a sus propósitos. Envió en nombre del rey de Siam, su amo, una solemne embajada con grandes presentes a Luis XIV, para comunicarle que este rey indio, maravillado por su gloria, no quería hacer tratados comerciales más que con la nación francesa y que no estaba lejos incluso de hacerse cristiano. La grandeza del rey halagada y su religión engañada, lo comprometieron a enviar al rey de Siam dos embajadores y seis jesuitas; a los cuales añadió después cierto número de oficiales con ochocientos soldados: pero la brillantez de esta embajada siamesa fue el único fruto que se obtuvo de ella. Constanza murió cuatro años después víctima de su ambición; a unos pocos franceses que permanecieron a su lado los mataron, a otros los obligaron a huir; y su viuda, después de haber estado a punto de ser reina, fué condenada por el sucesor del rey de Siam a servir en la cocina, empleo para el cual había nacido

Esa sed de gloria que llevaba a Luis XIV a distinguirse en todo de los demás reyes, se mostraba también en la altivez con que trataba a la corte de Roma. Odescalchi (Inocencio XI), hijo de un banquero del Milanesado, ocupaba el trono de la Iglesia. Era un hombre virtuoso, un pontífice sabio, poco teólogo, príncipe valiente, firme y magnífico. Socorrió al Imperio y a Polonia en la guerra con los turcos con su dinero, y a los venecianos con sus galeras. Condenaba con altivez la conducta de Luis XIV, unido con los turcos contra los cristianos. Era sorprendente que un papa tomara vehementemente el partido de los emperadores que se dicen reyes de los romanos, y que reinarían en Roma si pudieran, pero Odescalchi había nacido bajo la dominación austríaca. Había hecho dos campañas con las tropas del Milanesado. La costumbre y el humor gobiernan a los hombres. Su altivez se irritaba con la altivez del rey que, por su parte, le causaba todas las mortificaciones que un rey de Francia puede causar a un papa, sin romper la comunión con él. Desde hacía tiempo se cometía en Roma un abuso

difícil de desarraigar, porque estaba fundado sobre un punto de honor del cual se preciaban todos los reyes católicos. Sus embajadores en Roma extendían el derecho de franquicia y de asilo, ligado a su casa, hasta una gran distancia llamada barrio. Estas pretensiones constantemente sostenidas convertían a la mitad de Roma en asilo seguro de todos los crímenes. Por otro abuso, lo que entraba en Roma a nombre de los embajadores no pagaba derechos de entrada. El comercio sufría con esto, y el fisco se empobrecía.

El papa Inocencio XI obtuvo del emperador, del rey de España, del de Polonia y del nuevo rey de Inglaterra, Jacobo II, príncipe católico, que renunciaran a esos derechos odiosos. El nuncio Ranucci propuso a Luis XIV que cooperara como los demás reyes a la tranquilidad y al buen orden de Roma. Luis, muy descontento del papa, contestó “que jamás se había normado por el ejemplo de otro, que era él a quien le correspondía servir de ejemplo”. Envió a Roma al marqués de Lavardin en embajada para desafiar al papa (16 de noviembre de 1687). Lavardin entró en Roma, no obstante las prohibiciones del pontífice, escoltado por cuatrocientos guardias de la marina, cuatrocientos oficiales voluntarios y doscientos hombres de librea, todos armados. Tomó posesión de su palacio, de sus barrios, y de la iglesia de San Luis, alrededor de los cuales hizo apostar centinelas y hacer la ronda como en una plaza de guerra. El papa es el único soberano a quien se le pueda enviar tal embajada; porque su superioridad sobre las testas coronadas pone en ellos deseos de humillarlo; y la debilidad de su estado hace que se le ultraje siempre impunemente. Todo lo que pudo hacer Inocencio XI contra el marqués de Lavardin fué servirse de las armas gastadas de la excomunión; armas de las que en Roma no se hace más caso que en otras partes, pero que son empleadas como una antigua fórmula, de la misma manera que los soldados del papa están armados solamente por guardar las formas convencionales.

El cardenal de Estrées, hombre de espíritu, pero negociador a menudo desafortunado, estaba encargado por aquel entonces de los asuntos de Francia en Roma. De Estrées, obligado a ver frecuentemente al marqués de Lavardin, no pudo ser admitido en audiencia por el papa sin recibir antes la absolución; en vano se resistió; Inocencio XI se obstinó en dársela para seguir conservando esa autoridad imaginaria por los usos en los cuales está fundada.

Luis, con la misma altivez, pero contando con los bastidores de la política, quiso darle un elector a Colonia. Ocupado en dividir o en combatir el Imperio, pretendía elevar a ese electorado al cardenal de Furstenberg, obispo de Estrasburgo, criatura suya, y víctima de sus intereses, enemigo irreconciliable del emperador, que lo había hecho encarcelar en la última guerra como alemán vendido a Francia.

El capítulo de Colonia, como todos los demás capítulos de Alemania, tiene el derecho de nombrar su obispo, mediante lo cual se convierte en elector. El que ocupaba ese lugar era Fernando de Baviera, antes aliado y después enemigo del rey, como tantos otros príncipes. Estaba gravemente enfermo. El dinero del rey distribuido oportunamente entre los canónigos, las intrigas y las promesas, hicieron elegir al

cardenal de Furstenberg como coadjutor; y, después de la muerte del príncipe fue elegido por segunda vez por la mayoría de los sufragios. De acuerdo con el concordato germánico el papa tiene el derecho de conferir el obispado al elegido, y el emperador tiene el de confirmar el electorado. El emperador y el papa Inocencio XI persuadidos de que era casi la misma cosa dejar a Furstenberg sobre el trono electoral que poner allí a Luis XIV, se unieron para dar el principado al joven Baviera, hermano del recién fallecido (octubre de 1688). El rey se vengó del papa quitándole Aviñón y preparó la guerra contra el emperador. Al mismo tiempo, inquietaba al elector palatino con motivo de los derechos de la princesa palatina, Madame, segunda esposa de Monsieur; derechos a los cuales había renunciado por su contrato de matrimonio. La guerra hecha a España en 1667 por los derechos de María Teresa, no obstante mediar una renunciación parecida, prueba claramente que los contratos valen sólo para los particulares. Así fue como el rey, en la cima de su grandeza, indispuso, despojó, o humilló, a casi todos los príncipes; pero del mismo modo también casi todos se aliaban contra él.

CAPITULO XV

EL REY JACOBO DESTRONADO POR SU YERNO GUILLERMO III

Y PROTEGIDO POR LUIS XIV.

El príncipe de Orange, más ambicioso que Luis XIV, había concebido vastos proyectos que si podían parecer quiméricos en un estatúder de Holanda, supo justificarlos con su habilidad y su valor. Quería humillar al rey de Francia y destronar al rey de Inglaterra. No le costó gran cosa aliar poco a poco a Europa contra Francia. Primero se aliaron secretamente el emperador, una parte del Imperio, Holanda y el duque de Lorena en Augsburgo (1687); luego España y Saboya se unieron a esas potencias. El papa, sin ser de los confederados, los animaba a todos con sus intrigas. Venecia los favorecía sin declararse abiertamente. Todos los príncipes de Italia estaban con ellos. En el norte, Suecia era del partido de los imperiales y Dinamarca era un aliado inútil de Francia. Más de quinientos mil protestantes que huyeron de la persecución de Luis y llevaron consigo, fuera de Francia, sus industrias y su odio hacia el rey, constituían nuevos enemigos que excitaban en toda Europa a las potencias ya dispuestas a la guerra (se hablará de esta huida en el capítulo de la religión.) El rey estaba rodeado de enemigos por todos lados y no contaba con más amigo que el rey Jacobo.

Jacobo, rey de Inglaterra, sucesor de su hermano Carlos II, era católico como él; pero Carlos permitió que lo hicieran católico al final de su vida sólo por complacencia hacia sus amantes y su hermano: no tenía, en efecto, más religión que un puro deísmo. Su extrema indiferencia por todas las disputas que separan a los hombres había contribuido no poco a dejarlo reinar pacíficamente en Inglaterra. Jacobo, al contrario, inclinado desde su juventud a la comunión romana por convicción, unía a su creencia el espíritu de partido y de celo. Si hubiese sido mahometano o de la religión de Confucio, los ingleses no hubieran perturbado jamás su reinado, pero tenía el designio de restablecer el catolicismo en su reino, mirado con horror por esos realistas republicanos como la religión de la esclavitud. A veces, es empresa muy fácil hacer dominante una religión en un país. Constantino, Clodoveo, Gustavo Vasa, la reina Isabel no corrieron peligro en hacer aceptar, cada uno por medios diferentes, una religión nueva; pero para que cambios semejantes se puedan efectuar dos cosas son absolutamente necesarias, una política profunda y circunstancias propicias: tanto la una como las otras le faltaban a Jacobo.

Le indignaba ver que tantos reyes de Europa fueran despóticos; que los de Suecia y Dinamarca estuvieran en vías de serlo y, en una palabra, que en el mundo ya no quedaran más países que Polonia e Inglaterra donde la libertad del pueblo subsistiera junto a la realeza. Luis XIV lo animaba para que se constituyera en monarca absoluto de su reino y los jesuitas lo urgían a que restableciera su religión junto con su valimiento.

Procedió tan desafortunadamente que no hizo más que sublevar todos los ánimos. Comenzó obrando como si ya hubiera logrado lo que se proponía hacer, tuvo, públicamente en la corte un nuncio del papa, jesuitas, capuchinos, encarceló a siete obispos anglicanos a los que hubiera podido conquistar; le quitó los privilegios a la ciudad de Londres, a la que más bien debía haberle acordado nuevos, hecho por tierra arrogantemente leyes que era necesario minar en silencio, actuó, en fin, con tan pocos miramientos que los cardenales de Roma decían bromeando, “que era preciso excomulgarlo, porque iba a hacer que se perdiera el poco catolicismo que quedaba en Inglaterra”. El papa Inocencio XI no esperaba nada de las empresas de Jacobo, y le negaba constantemente el capelo de cardenal solicitado por el rey para su confesor el jesuita Peters. Este jesuita era un intrigante impetuoso que, devorado por la ambición de ser cardenal y primado de Inglaterra, empujaba a su soberano al precipicio. Las principales cabezas del estado se reunieron en secreto para deliberar contra los designios del rey y enviaron emisarios al príncipe de Orange. Tramaron su conspiración con una prudencia y un sigilo que engañaron a la corte.

El príncipe de Orange equipó una flota en la cual irían catorce o quince mil hombres. Este príncipe no era más que un particular ilustre, que gozaba apenas de quinientos mil florines de renta; pero con su acertada política se había ganado el dinero, la flota y la voluntad de los estados generales. Era un verdadero rey de Holanda por su conducta hábil, y Jacobo cesaba de serlo en Inglaterra por su precipitación. Se dijo primero que ese armamento estaba destinado contra Francia. El secreto fué guardado por más de doscientas personas. Barillon, embajador de Francia en Londres, hombre dado a los placeres, más informado de las intrigas amorosas de Jacobo que de las de Europa, fué el primero en ser engañado. Luis XIV no se engañó y ofreció socorros a su aliado, que los rehusó primero confiadamente y los pidió después cuando ya no era tiempo, y la flota del príncipe, su yerno, se había hecho a la vela. Todo le falló a la vez, como él mismo había fallado (octubre de 1688). En vano le escribió al emperador Leopoldo, que le respondió: “No os sucede más lo que os pronosticamos.” Contaba con su flota, pero sus barcos dejaron pasar los del enemigo. Podía, al menos, defenderse en tierra, pues tenía un ejército de veinte mil hombres y si los hubiera llevado al combate, sin darles tiempo para reflexionar, probablemente habrían combatido; pero les dio tiempo para que se decidieran. Varios generales lo abandonaron, entre otros el famoso Churchill, tan fatal después a Luis como a Jacobo, y tan ilustre con el nombre de duque de Marlborough. Era el favorito de Jacobo, su protegido, hermano de su amante, teniente general en su ejército, no obstante lo cual lo abandonó y se pasó al campo del príncipe de Orange. El príncipe de Dinamarca, yerno de Jacobo, y hasta su propia hija, la princesa Ana, lo abandonaron.

Entonces, viéndose atacado y perseguido por uno de sus yernos y abandonado por el otro; teniendo contra él a sus dos hijas, a sus propios amigos; odiado hasta por los súbditos que todavía permanecían en sus tropas, desesperó de su suerte, y la fuga, último recurso de un príncipe vencido, fué la determinación que tomó sin combatir. En fin, después de haber sido detenido en su huida por el populacho, y maltratado por él y

conducido de nuevo a Londres; después de haber recibido con mansedumbre las órdenes del príncipe de Orange en su propio palacio; después de ver su guardia relevada, sin combatir, por la del príncipe y verse desalojado de su casa y prisionero en Rochester, aprovechó la libertad que se le daba de abandonar el reino y se dirigió a Francia en busca de asilo.

Fue ésa la época de la verdadera libertad de Inglaterra. La nación representada por su parlamento, fijó los límites -tanto tiempo discutidos de los derechos del rey y de los del pueblo; y habiendo prescrito al príncipe de Orange las condiciones en las cuales debía reinar, lo eligió como rey, junto con su esposa María, hija del rey Jacobo. A partir de entonces el príncipe ya no fué conocido en la mayor parte de Europa más que con el nombre de Guillermo III, rey legítimo de Inglaterra y libertador de la nación: pero en Francia se le consideró tan sólo como príncipe de Orange, usurpador de los estados de su suegro.

(Enero de 1689) El rey fugitivo, con su mujer, hija de un duque de Módena, y el príncipe de Gales todavía niño, fué a implorar la protección de Luis XIV. La reina de Inglaterra, que llegó antes que su marido, se sorprendió del esplendor que rodeaba al rey de Francia, de la extraordinaria magnificencia que se veía en Versalles y, sobre todo, de la manera con que fué recibida. El rey fué a esperarla a Chatou. “Os hago, señora, le dijo, un triste favor; pero espero haceros pronto más grandes y mejores servicios.” Éstas fueron, exactamente, sus palabras. La condujo al castillo de Saint-Germain donde encontró el mismo servicio que hubiera tenido la reina de Francia; todo lo que la comodidad y el lujo hacen desear, toda clase de regalos, de plata, de oro, de vajillas, de joyas, de telas.

Entre estos obsequios había sobre su tocador una bolsa con diez mil luises de oro. Las mismas atenciones fueron dispensadas a su marido, que llegó un día después. Le fueron asignados seiscientos mil francos por año para el mantenimiento de su casa, aparte de innumerables presentes. Se pusieron a sus órdenes a los oficiales del rey y sus guardias. Pero esta recepción era muy poca cosa comparada con los preparativos que se hacían para reponerlo en el trono. Jamás el rey pareció tan grande, ni tan pequeño Jacobo. Los que, en la corte y la ciudad, deciden la reputación de los hombres le tuvieron poca estima. Casi no veía más que a los jesuitas, y los visitaba en la calle San Antonio, donde vivían; les dijo que él mismo era jesuita y lo más singular es que era cierto. Siendo todavía duque de York, cuatro jesuitas ingleses le hicieron ingresar en la orden, después de algunas ceremonias. Esta pusilanimidad en un príncipe, unida a la manera con que había perdido la corona, lo rebajaron hasta el punto de que los cortesanos se divertían a diario haciendo coplas a su costa. Expulsado de Inglaterra, se burlaban de él en Francia. Ni su catolicismo lo salvaba. El arzobispo de Reims, hermano de Louvois, dijo en voz alta en Saint-Germain, en su antecámara: “He aquí un simplón que ha dejado tres reinos por una misa.” De Roma no recibía más que indulgencias y pasquinadas. En fin, le sirvió de tan poco su religión, en toda esa revolución, que cuando el príncipe de Orange, jefe del calvinismo, se embarcó para ir a destronar al rey su suegro, el ministro del rey católico en La Haya hizo decir misas por el feliz resultado de ese viaje.

En medio de las humillaciones de este rey fugitivo y de la liberalidad con que Luis XIV lo trató, era un espectáculo digno de alguna atención ver a Jacobo tocar las escrófulas en el pequeño convento de las Inglesas; sea porque los reyes ingleses se hayan atribuido este singular privilegio, como pretendientes a la corona de Francia, o porque desde los tiempos del primer Eduardo se haya creado esta ceremonia.

Bien pronto el rey lo hizo llevar a Irlanda donde los católicos formaban todavía un partido al parecer muy grande. Una escuadra de trece barcos de primera línea esperaba en la rada de Brest para el transporte; a todos los oficiales, los cortesanos, hasta a los sacerdotes que habían ido a encontrarse con Jacobo en Saint-Germain, se les costeó el viaje hasta Brest a expensas del rey de Francia. El jesuita Innés, rector del colegio de los Escoceses en París, era su secretario de estado. Se había nombrado (al señor de Avaux) un embajador ante el rey destronado, que lo seguía con pompa. Se embarcaron en la flota armas y municiones de toda especie; desde los muebles de menos valor hasta los más raros fueron llevados. El rey fué a Saint-Germain a decirle adiós. Allí, como último presente, le dio su coraza, y le dijo abrazándolo: “Lo mejor que puedo desearos es no veros más.” (12 de mayo de 1689) Apenas desembarcó el rey Jacobo en Irlanda con ese aparato, otros veintitrés grandes barcos de guerra bajo las órdenes de Chateau Regnaud, y una infinidad de naves de transporte lo siguieron. Esta flota, después de poner en fuga y dispersar a la flota inglesa que se oponía a su paso, desembarcó felizmente; y, capturando al regreso siete barcos mercantes holandeses, volvió a Brest, victoriosa de Inglaterra y cargada con los despojos de Holanda.

(Marzo de 1690) Poco tiempo después un tercer socorro partió de Brest, de Tolón, de Rochefort. Los puertos de Irlanda y el mar de la Mancha estaban cubiertos de barcos franceses.

Finalmente, Tourville, vicealmirante de Francia, con setenta y dos grandes navíos, tuvo un encuentro con una flota angloholandesa de sesenta velas más o menos. Se combatió durante diez horas: Tourville, Chateau Regnaud, de Estrees, Nemon, probaron su valor y una habilidad que le dieron a Francia un honor al cual no estaba acostumbrada. Los ingleses y los holandeses, hasta entonces dueños del Océano, de quienes los franceses habían aprendido desde hacía tan poco tiempo a dar batallas en orden, fueron totalmente vencidos. Diecisiete barcos de ellos destrozados y desarbolados fueron a encallar y a arder en sus costas. El resto se escondió en el Támesis o entre los bancos de Holanda (julio de 1690). Esta acción no les costó ni una sola chalupa a los franceses. Llegó entonces para Luis XIV lo que deseaba desde hacía veinte años y parecía tan poco probable: tuvo el imperio de los mares, imperio que, en verdad, fué de poca duración. Los barcos de guerra enemigos se escondían ante sus flotas. Seignelai, que se atrevía a todo, hizo llevar las galeras de Marsella al Océano. Las costas de Inglaterra vieron galeras por primera vez, y mediante ellas se hizo una incursión fácil en Tingsmouth.

Más de treinta barcos mercantes fueron quemados en esa bahía. Incesantes capturas enriquecían a los armadores de Saint-Malo y del nuevo puerto de Dunkerque y al

estado. En una palabra, durante casi dos años, no se vieron sobre los mares más que barcos franceses.

El rey Jacobo no secundó en Irlanda las victorias de Luis XIV. Estaban con él cerca de seis mil franceses y quince mil irlandeses; tres cuartas partes de este reino se declararon en su favor. Su rival Guillermo estaba ausente; sin embargo, no aprovechó de ninguna de sus ventajas. Fracasó primero en la pequeña ciudad de Londonderry, acosándola con un asedio obstinado pero mal dirigido durante cuatro meses. La ciudad fue defendida por un sacerdote presbiteriano llamado Walker. Este predicador se puso a la cabeza de la milicia burguesa; la guiaba en la prédica y en el combate; hizo desafiar el hambre y la muerte a los habitantes. El sacerdote obligó por último al rey a levantar el sitio.

Esta primera desgracia en Irlanda fué seguida pronto de una mayor desventura: llegó Guillermo y marchó contra él. El río Boyne los separaba. (11 de julio de 1690) Guillermo comenzó a cruzarlo a la vista del enemigo; se lo podía vadear apenas por tres sitios. La caballería pasó a nado y la infantería con el agua hasta los hombros; pero en la orilla opuesta era necesario todavía atravesar un pantano; luego se llegaba a un terreno escarpado que formaba una trinchera natural. El rey Guillermo hizo pasar su ejército por tres sitios y empuñó la batalla. Los irlandeses, a quienes hemos visto como excelentes soldados en Francia y en España, siempre combatieron mal en su país. Hay naciones que parecen haber sido hechas para estar sometidas a otra. Los ingleses han tenido siempre sobre los irlandeses la superioridad del genio, de las riquezas y de las armas.⁴ Jamás ha podido Irlanda sacudir el yugo de Inglaterra, desde que un simple señor inglés la sometió. Los franceses combatieron en la jornada de Boyne pero los irlandeses huyeron. Su rey Jacobo no apareció en la acción ni al frente de los franceses ni al frente de los irlandeses y fué el primero en retirarse. Sin embargo, habían mostrado siempre mucho valor; pero hay ocasiones en las que el abatimiento de espíritu predomina sobre el coraje. Al rey Guillermo, a quien una bala de cañón rozó el hombro antes de la batalla, se le dió por muerto en Francia. Esta falsa noticia se recibió en París con una alegría indecente y vergonzosa. Algunos magistrados subalternos excitaron a los burgueses y al pueblo a que pusieran iluminaciones. Se tocaron las campanas. Se quemaron en diversos barrios figuras de mimbre que representaban al príncipe de Orange, como se quema al papa en Londres. Se disparó la artillería de la Bastilla, no por orden del rey, sino por el celo desconsiderado de un comandante. Se creería por tales señales de gozo, y por lo que afirman tantos escritores, que esa alegría desenfrenada por la supuesta muerte de un enemigo era efecto del extremado temor que inspiraba. Todos los escritores -franceses y extranjeros- han dicho que ese regocijo era el mayor elogio del rey Guillermo. Sin embargo, si se presta atención a las circunstancias del tiempo y al espíritu reinante entonces, se verá fácilmente que no era el temor el que producía esos transportes de alegría. Los burgueses y el pueblo no llegan a temer a un enemigo sino cuando amenaza la ciudad. Lejos de sentir terror por el nombre de Guillermo, el común de los franceses cometía entonces la injusticia de despreciarlo. Casi siempre fué derrotado por los generales franceses; pero el vulgo ignoraba cuánta gloria verdadera había ganado ese príncipe, hasta en sus derrotas. Guillermo, vencedor de Jacobo en

Irlanda, no parecía todavía a los ojos de los franceses un enemigo digno de Luis XIV. París, idólatra de su rey, lo creía realmente invencible. El regocijo no fué, pues, fruto del temor sino del odio. La mayor parte de los parisienses, nacidos bajo el reinado de Luis, y modelados por el yugo despótico, miraban a un rey como a una divinidad y a un usurpador como a un sacrílego. La plebe, que vio a Jacobo ir todos los días a misa,⁷ detestaba al herético Guillermo. La imagen de un yerno y una hija que habían expulsado a su padre, la de un protestante que reinaba en lugar de un católico, en fin, la de un enemigo de Luis XIV, arrebatada a los parisienses con una especie de furor; pero la gente sensata pensaba moderadamente.

Jacobo volvió a Francia dejando que su rival ganara en Irlanda nuevas batallas y se afirmara en el trono. Las flotas francesas se ocuparon entonces en transportar a los franceses que habían combatido inútilmente, y a las familias irlandesas católicas que, siendo muy pobres en su patria, quisieron ir a subsistir en Francia de la liberalidad del rey.

No parece que la suerte haya tomado mucha participación en toda esa revolución, desde su principio hasta su fin. Las personalidades de Guillermo y de Jacobo lo hicieron todo. Quienes se inclinan a ver en la conducta de los hombres las causas de los acontecimientos, notarán que el rey Guillermo después de su victoria hizo publicar un perdón general, mientras que el rey Jacobo vencido, al pasar por una pequeña ciudad llamada Galloway, hizo ahorcar a algunos ciudadanos que habían pensado en cerrarle las puertas.⁸ Era fácil ver cuál de los dos, por su modo de proceder, triunfaría.

Le quedaban a Jacobo algunas ciudades en Irlanda, entre otras Limerick, donde había más de doce mil soldados. El rey de Francia, defendiendo todavía la causa de Jacobo, envió a Limerick tres mil hombres más de tropas regulares. Por exceso de generosidad, envió todo cuanto puede servir para las necesidades de un gran pueblo y de los soldados. Cuarenta barcos de transporte escoltados por doce naves de guerra llevaron todos los recursos posibles en hombres, en utensilios, en equipajes; ingenieros, artilleros, bombarderos, doscientos albañiles, sillas, bridas y gualdrapas para más de veinte mil caballos; cañones con sus cureñas, fusiles, pistolas y espadas para armar a veintiséis mil hombres; víveres, trajes y hasta veintiséis mil pares de zapatos. Limerick sitiada, pero provista de tantos recursos, esperaba ver a su rey combatir en su defensa. Jacobo no se presentó. Limerick se rindió y los barcos franceses retornaron a las costas de Irlanda y condujeron a Francia alrededor de veinte mil irlandeses, entre soldados y civiles fugitivos.

Lo más sorprendente de todo, quizás, es que Luis no se desanimó por esto. Sostenía en aquel tiempo una guerra difícil contra casi toda Europa. (29 de julio de 1692) Sin embargo, todavía intentó cambiar la suerte de Jacobo con una empresa decisiva haciendo un desembarco en Inglaterra con veinte mil hombres. Contaba con los partidarios que Jacobo había conservado en Inglaterra. Las tropas estaban reunidas entre Cherburgo y La Hogue; más de trescientos navíos de transporte estaban listos en Brest. Tourville, con cuarenta y cuatro grandes barcos de guerra, los esperaba en las costas de

Normandia. De Estrées llegaba del puerto de Tolón con otros treinta barcos. Si hay desgracias causadas por una mala dirección, hay otras que sólo se le pueden atribuir al destino. El viento, al principio favorable a la escuadra de Estrées, cambió; no pudo reunirse con Tourville, cuyos cuarenta y cuatro barcos fueron atacados por la flota de Inglaterra y Holanda, que contaban casi con cien velas. La superioridad del número triunfó. Los franceses cedieron después de un combate de diez horas. Russel, almirante inglés, los persiguió dos días. Catorce barcos grandes, dos con ciento cuatro piezas de cañón, encallaron en la costa, y los capitanes les hicieron prender fuego para no dejarlos quemar por los enemigos. El rey Jacobo, al ver desde la orilla ese desastre, perdió todas sus esperanzas.

Fué la primera derrota recibida en el mar por el poderío de Luis XIV. Seignelai, que después de Colbert, su padre, había perfeccionado la marina, murió a fines de 1600. Pontchartrain, elevado de la primera presidencia de Bretaña al cargo de secretario de estado de la Marina, no la dejó perecer. El mismo espíritu seguía reinando en el gobierno. Francia tuvo, al año siguiente de la desgracia de La Hogue, flotas tan numerosas como las que había tenido antes, porque Tourville se encontró al frente de sesenta barcos de guerra de primera fila y de Estrees tenía treinta, sin contar los que estaban en los puertos; (1696) y cuatro años después el rey reunió un armamento más grande todavía que todos los anteriores para llevar a Jacobo a Inglaterra a la cabeza de veinte mil franceses. Esta flota no hizo más que mostrarse porque el partido de Jacobo en Londres había tomado tan mal las medidas pertinentes como las de su protector habían sido tomadas bien en Francia.

No les quedó más recurso a los partidarios del rey destronado que el de hacer algunas conspiraciones contra la vida de su rival. Los que las tramaron perecieron casi sin excepción condenados a muerte; y aunque hubieran tenido éxito, el rey probablemente no habría recuperado jamás su reino. Pasó el resto de sus días en Saint-Germain donde vivió de los beneficios de Luis, y de una pensión de setenta mil francos que tuvo la debilidad de recibir en secreto de su hija María, por la que había sido destronado.¹⁰ Murió en 1701¹¹ en Saint-Germain. Algunos jesuitas irlandeses afirmaron que se operaban milagros en su tumba. Hasta se habló de hacer canonizar en Roma, después de su muerte, a este rey que Roma abandonó en vida.

Pocos príncipes fueron más desdichados que él; y no hay ejemplo en la historia de una casa tanto tiempo infortunada. El primero de los reyes de Escocia, sus abuelos, que tuvo el nombre de Jacobo, después de estar dieciocho años prisionero en Inglaterra murió asesinado con su mujer a manos de sus súbditos. Su hijo Jacobo II fué muerto a los veintinueve años, combatiendo contra los ingleses. Jacobo III, encarcelado por su pueblo, fué muerto después por los sublevados en una batalla. Jacobo IV pereció en un combate que perdió. Su nieta María Estuardo, arrojada del trono, fugitiva en Inglaterra, después de padecer dieciocho años en la prisión se vio condenada a muerte por jueces ingleses, y le cortaron la cabeza. Carlos I, nieto de María, rey de Escocia y de Inglaterra, vendido por los escoceses y condenado a muerte por los ingleses, murió sobre el cadalso en la plaza pública. Su hijo Jacobo, séptimo de este nombre y segundo en Inglaterra, de

quien tratamos aquí, fué expulsado de sus tres reinos; y, para colmo de desdicha, se le discutió a su hijo hasta su nacimiento. Ese hijo trató de ascender al trono de sus padres tan sólo para hacer perecer a sus amigos a manos del verdugo; y hemos visto al príncipe Carlos Eduardo, que en vano reunía a las virtudes de sus padres el valor del rey Juan Sobieski, su abuelo materno, ejecutar las hazañas y soportar las desgracias más increíbles. Si algo justifica a los que creen en una fatalidad a la cual nada puede sustraerse, es esta serie continua de desventuras que persiguió la casa de los Estuardo durante más de trescientos años.

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE PASABA EN EL CONTINENTE MIENTRAS GUILLERMO III INVADÍA INGLATERRA, ESCOCIA E IRLANDA, HASTA 1697.

NUEVO ABRASAMIENTO DEL PALATINADO.

VICTORIA DE LOS MARISCALES DE CATINAT

Y DE LUXEMBURGO, ETC.

No habiendo querido romper el hilo de los asuntos de Inglaterra, vuelvo a lo que pasaba en el continente.

El rey, formando como hemos dicho un poderío marítimo no superado jamás por ningún estado, debía combatir con el emperador y el Imperio, España, las dos potencias marítimas: Inglaterra y Holanda, las cuales se habían hecho más terribles bajo un solo jefe; Saboya y casi toda Italia. Uno solo de esos enemigos, tal como el inglés y el español, habían bastado en otro tiempo para destruir a Francia; pero todos juntos no pudieron vencerla en aquel entonces. Luis XIV tuvo casi siempre cinco cuerpos de ejército en el curso de esta guerra, a veces seis, nunca menos de cuatro.¹ Más de una vez los ejércitos en Alemania y en Flandes llegaron a los cien mil combatientes. Sin embargo, las plazas fronterizas no fueron desguarnecidas. El rey tenía cuatrocientos cincuenta mil hombres sobre las armas, contando las tropas de la marina. El Imperio turco, tan poderoso en Europa, en Asia y en África, no contó jamás con un número igual, el Imperio romano nunca tuvo más, y en ninguna época fué necesario sostener tantas guerras a la vez. Los que censuraban a Luis XIV por haberse hecho de tantos enemigos, lo admiraban por haber tomado tantas medidas para defenderse, y aun para prevenirse de ellos.

No eran todavía ni enemigos abiertamente declarados ni estaban todos reunidos: el príncipe de Orange no había salido aún de Texel para ir a expulsar al rey, su suegro, cuando ya Francia, tenía ejércitos en las fronteras de Holanda y sobre el Rin. (22 de septiembre de 1688) El rey había enviado a Alemania, al frente de un ejército de cien mil hombres, a su hijo el delfín, a quien llamaban Monseñor, príncipe moderado en sus costumbres, modesto en su conducta, que parecía asemejarse en todo a su madre. Tenía veintisiete años de edad. Por primera vez se le confiaba un comando, después de haberse asegurado bien de que, por su carácter, no abusaría. El rey le dijo públicamente a su partida: “Hijo mío, enviándoos a mandar mis ejércitos, os doy la ocasión de hacer conocer vuestro mérito: mostradlo a toda Europa a fin de que cuando yo muera no se advierta que el rey ha muerto.”

El príncipe tuvo una comisión especial para mandar, como si fuera sencillamente uno de los generales elegidos por el rey. Su padre le escribía: “A mi hijo el delfín, mi teniente general, al mando de mis ejércitos en Alemania.”

Todo se había previsto y dispuesto para que el hijo de Luis XIV, contribuyendo a esta expedición con su nombre y su presencia, no recibiera una afrenta. El mariscal de Duras mandaba realmente el ejército. Boufflers tenía un cuerpo de tropas de este lado del Rin, el mariscal de Humières tenía otro cerca de Colonia para observar a los enemigos. Heidelberg y Maguncia estaban tomadas. En Filisburgo, preliminar inevitable cuando Francia hace la guerra a Alemania, se había comenzado el asedio. Vauban lo dirigía. Todos los detalles que no eran de su jurisdicción pasaban a Catinat, entonces teniente general, hombre capaz de todo y apto para todos los cargos. Monseñor llegó después de seis días de trinchera abierta. Imitaba la conducta de su padre exponiéndose tanto como fuera necesario pero nunca hasta la temeridad; afable con todo el mundo, liberal con los soldados. El rey gozaba una alegría pura de tener un hijo que lo imitaba sin eclipsarlo y se hacía querer de todo el mundo sin hacerse temer de su padre.

(11 de noviembre de 1688) Filisburgo fué capturada en diez y nueve días: se tomó Manheim en tres días, Franckendal en dos; Spira, Tréveris, Worms y Oppenheim se rindieron en cuanto los franceses llegaron a sus puertas (15 de noviembre de 1688).

El rey había resuelto convertir en un desierto al Palatinado en cuanto esas ciudades fueran tomadas. Tenía como mira la de impedir a los enemigos que subsistieran en él, más que la de vengarse del elector palatino, que no había cometido otro crimen que el de cumplir con su deber uniéndose al resto de Alemania contra Francia. (Febrero de 1689) Llegó al ejército una orden de Luis, firmada por Louvois, de reducirlo todo a cenizas. Los generales franceses que no podían hacer sino obedecer, notificaron, pues, en pleno invierno, a los ciudadanos de todas esas ciudades tan florecientes y tan bien protegidas, a los habitantes de los pueblos, a los dueños de más de cincuenta castillos, que era menester que dejaran sus moradas porque se las iba a destruir hasta los cimientos. Hombres, mujeres, ancianos, niños, salieron apresuradamente. Una parte anduvo errante por los campos, otra se refugió en los países vecinos, mientras el soldado, que acata siempre las órdenes rigurosas, pero jamás ejecuta las clementes, quemaba y saqueaba su patria. Se comenzó por Manheim y por Heidelberg, residencia de los electores; sus palacios fueron destruidos junto con las casas de los ciudadanos; sus tumbas fueron abiertas por la rapacidad del soldado, que creía encontrar tesoros; sus cenizas fueron dispersadas. Por segunda vez bajo el reinado de Luis XIV, fué arrasado ese hermoso país; pero las llamas con las que Turena quemó dos ciudades y veinte pueblos del Palatinado eran meras chispas comparadas con este último incendio. Europa se horrorizó. Los oficiales que las ejecutaron estaban avergonzados de ser los instrumentos de tales crueldades. Se las achacaba al marqués de Louvois, que se había hecho más inhumano por ese endurecimiento del corazón que produce un largo ministerio. Fué él quien (lió, en efecto, esos consejos, pero Luis XIV era dueño de no seguirlos. Si el rey hubiera sido testigo de ese espectáculo, habría apagado él mismo las llamas. Firmó, desde su palacio de Versalles, y en medio de los placeres, la destrucción

de todo un país, porque no veía en esa orden más que su poder y el desgraciado derecho de guerra; pero de más cerca, hubiera visto sólo el horror. Las naciones que hasta ese momento habían censurado únicamente su ambición, pero lo admiraban, clamaron entonces contra su dureza y hasta condenaron su política; porque si los enemigos hubieran penetrado en sus estados como él en los estados enemigos, habrían reducido sus ciudades a cenizas.

Ese peligro era de temerse: Luis XIV, al cubrir sus fronteras con cien mil soldados, había enseñado a Alemania a hacer esfuerzos semejantes. Esta región, más poblada que Francia, puede asimismo suministrar más grandes ejércitos. Se los recluta, se los reúne y se los paga más difícilmente; aparecen más tarde en campaña, pero la disciplina y la paciencia en las fatigas, los hacen al final de una campaña, tan temibles como lo son los franceses al comienzo. El duque de Lorena, Carlos V, los mandaba. Este príncipe despojado constantemente de su estado por Luis XIV, al no poder volver a él, le conservó el Imperio al emperador Leopoldo: lo hizo vencedor de los turcos y de los húngaros. Fue con el elector de Brandeburgo a contrapesar la fortuna del rey de Francia. Recuperó Bonn y Maguncia, muy mal fortificadas pero defendidas de tal manera que fué considerada como modelo de defensa de plazas. (12 de octubre de 1689) Bonn se rindió al cabo de tres meses y medio de sitio, después de ser herido de muerte en un asalto general, el barón de Asfeld, que mandaba en ella.

El marqués de Uxelles, después mariscal de Francia, uno de los hombres más prudentes y más previsores, tomó para defender Maguncia disposiciones tan inteligentes, que su guarnición no se fatigó casi, sirviendo mucho. Además de las providencias tomadas en el interior, hizo veintiuna salidas contra los enemigos y les mató más de cinco mil hombres. Hasta hizo varias veces dos salidas en pleno día; por último debió rendirse por falta de pólvora al cabo de siete semanas. Esta defensa merece un lugar en la historia, por sí misma y por la manera con que fué recibida por el público. París, esta ciudad inmensa, habitada por un pueblo ocioso que lo quiere juzgar todo, y que tiene tantos oídos y tantas lenguas como pocos ojos, vió a de Uxelles como a un hombre tímido y sin juicio. Este hombre, al que todos los buenos oficiales hacían tan justos elogios, encontrándose, al regreso de la campaña, en el teatro, recibió gritos hostiles del público; le gritaron, Maguncia. Se vió obligado a retirarse, no sin despreciar, con las gentes sensatas, a un pueblo tan poco conocedor del mérito y del cual, sin embargo, se ambicionan las alabanzas.

(Junio de 1689) Más o menos por el mismo tiempo, el mariscal de Humières fué derrotado en Valcour sobre el Sambre, en los Países Bajos, por el príncipe de Valdeck; pero este revés, aunque perjudicó su reputación, no causó gran daño a las armas de Francia. Louvois, de quien era la criatura y el amigo, se vió obligado a quitarle el mando de ese ejército. Había que reemplazarlo.

El rey eligió al mariscal de Luxemburgo, contra la voluntad de su ministro que lo odiaba como había odiado a Turenna. “Os prometo, le dijo el rey, tener cuidado de que Louvois ande derecho. Lo obligaré a sacrificar por el bien de mi servicio el odio que

siente por vos; no escribiréis sino a mí, vuestras cartas no pasarán por sus manos.” Luxemburgo ejerció el mando, pues, en Flandes y Gatinat en Italia. En Alemania se hizo una buena defensa bajo las órdenes del mariscal de Lorges. El duque de Noailles tenía algún éxito en Cataluña; pero en Flandes, al mando de Luxemburgo, y en Italia al de Catinat, hubo una serie continua de victorias. Estos dos generales eran entonces los más estimados en Europa.

El mariscal duque de Luxemburgo, tenía en su carácter rasgos del gran Condé, de quien era discípulo; un genio ardiente, una ejecución rápida, un golpe de vista justo, un espíritu ávido de conocimientos, pero basto y poco disciplinado; entregado a las intrigas de mujeres; constantemente enamorado y hasta con frecuencia amado, aunque era contrahecho y de rostro poco agradable, poseía más cualidades de héroe que de sabio.

Catinat tenía un espíritu aplicado y ágil que lo hacía capaz de todo, sin que se jactara jamás de nada. Hubiese sido tan buen ministro, y buen canciller, como buen general. Comenzó siendo abogado y dejó la profesión a los veintitrés años por haber perdido una causa justa. Abrazó la carrera de las armas, y fué, desde el primer momento, abanderado de las guardias francesas. En 1677 hizo a la vista del rey, en el ataque a la contraescarpa de Lila, una acción que requería cabeza y valor. El rey la notó y ése fue el comienzo de su buena fortuna. Se elevó por grados, sin ninguna maniobra: filósofo en medio de la grandeza y de la guerra, los dos más grandes escollos de la moderación; libre de todos los prejuicios y sin la afectación de aparentar despreciarlos demasiado. Ignoró la galantería y el oficio de cortesano, cultivó más la amistad y fue por ello hombre más honesto. Fué tan enemigo del interés como del fausto; fué filósofo en todo, tanto en su muerte como en su vida.

Catinat mandaba entonces en Italia. Hacía frente al duque de Saboya, Víctor Amadeo, príncipe sabio, político y desdichado; guerrero lleno de valor, conductor de sus propios ejércitos, que se exponía como soldado, y que entendía mejor que nadie esa guerra de ardides que se hace en terrenos quebrados y montañosos como los de su país; activo, diligente, amante del orden, cometió errores como príncipe y como general. Cometió uno, según se afirma, al disponer mal su ejército frente al de Catinat. (18 de agosto de 1690) El general francés se aprovechó de él y obtuvo una plena victoria, a la vista de Saluces, al lado de la abadía de Sttafarde, de donde tomó su nombre esta batalla. Cuando hay muchos muertos de una parte y casi ninguno de la otra, es prueba incontestable de que el ejército vencido se hallaba en un terreno en el que tenía necesariamente que sucumbir. El ejército francés sólo tuvo trescientos muertos y el de los aliados, mandado por el duque de Saboya, cuatro mil. Después de esta batalla, toda Saboya, excepto Montmélian, quedó sometida al rey. (1691) Catinat entra al Piamonte, fuerza las líneas de los enemigos atrincherados cerca de Susa, toma Susa, Villafranca, Montauban, Niza -considerada inexpugnable-, Veillane, Carmagnola, y vuelve, finalmente, a Montmélian de la cual se apodera por un asedio obstinado.

Después de tantos éxitos, el ministerio disminuyó el ejército que dirigía, y el duque de Saboya aumentó el suyo. Catinat, menos fuerte que el enemigo vencido, estuvo largo

tiempo a la defensiva; pero habiendo recibido por fin refuerzos, descendió de los Alpes hacia Marsaille, y ganó una segunda batalla campal (4 de octubre de 1693), tanto más gloriosa cuanto que el príncipe de Saboya era uno de los generales enemigos.

(30 de junio de 1690) En el otro extremo de Francia, hacia los Países Bajos, el mariscal de Luxemburgo ganaba la batalla de Fleurus⁴ y, según opinión de todos los oficiales, esta victoria se debió a la superioridad de genio que el general francés tenía sobre el príncipe de Valdeck entonces general del ejército de los aliados. Ocho mil prisioneros, seis mil muertos, doscientas banderas o estandartes, la artillería, los equipajes, la fuga de los enemigos, fueron las pruebas de la victoria.

El rey Guillermo, victorioso de su suegro, acababa de cruzar de nuevo el mar. Ese genio fecundo en recursos sacaba de una derrota de sus tropas ventajas que muchas veces no sacaban los franceses de sus victorias. Necesitaba valerse de intrigas, y negociaciones, para tener tropas y dinero y poder luchar contra un rey a quien le bastaba con decir, Quiero. (19 de septiembre de 1691) No obstante, después de la derrota de Fleurus, opuso al mariscal de Luxemburgo un ejército tan fuerte como el francés.

Cada uno de ellos estaba compuesto por ochenta mil hombres aproximadamente; (9 de abril de 1691) pero Mons estaba ya sitiada por el mariscal de Luxemburgo cuando el rey Guillermo creía que las tropas francesas no habían salido de sus cuarteles. Luis XIV estuvo en el asedio. Entró en la ciudad al cabo de nueve días de trinchera abierta en presencia del ejército enemigo. Acto seguido, volvió a tomar el camino de Versalles dejando a Luxemburgo disputar el terreno durante toda la campaña, que terminó con el combate de Leuse (19 de septiembre de 1691); acción singularísima, donde veintiocho escuadrones de la casa del rey y de la gendarmería desafiaron a setenta y cinco escuadrones del ejército enemigo.

También hizo acto de presencia el rey en el sitio de Namur, la plaza más fuerte de los Países Bajos por estar situada en la confluencia del Sambre y del Masa, y por su ciudadela construida sobre rocas. (Junio de 1692) Tomó la ciudad en ocho días y los castillos en veintidós, mientras el duque de Luxemburgo impedía al rey Guillermo pasar el Mehaigne a la cabeza de ochenta mil hombres y hacer levantar el sitio. Luis regresó de nuevo a Versalles después de esta conquista y Luxemburgo hizo frente a todas las fuerzas de los enemigos. Fué entonces cuando tuvo lugar la batalla de Steinkerque, célebre por la astucia y por el valor. Descubren a un espía que el general francés tenía cerca del rey Guillermo, lo obligan, antes de hacerlo morir, a escribir una falsa advertencia al mariscal de Luxemburgo, y sobre este aviso falso Luxemburgo toma razonablemente medidas que lo llevarían a la derrota. Atacan al alba a su ejército dormido: una brigada ha sido ya puesta en fuga y el general apenas lo sabe. Sin una extremada diligencia y bravura, todo se hubiera perdido irremediablemente.

No bastaba con ser un gran general para no ser derrotado, era menester contar con tropas aguerridas, capaces de reagruparse, oficiales generales lo suficientemente hábiles para restablecer el orden, y con buena voluntad para hacerlo; porque un solo oficial

superior que hubiera querido aprovecharse de la confusión para hacer derrotar a su general lo habría podido conseguir fácilmente sin comprometerse.

Luxemburgo estaba enfermo; circunstancia funesta en momentos en que se requiere un nuevo esfuerzo, (3 de agosto de 1692) pero el peligro le devolvió las fuerzas; se necesitaba hacer prodigios para no ser vencido y los hizo. Cambiar de terreno, ciliar a su ejército un campo de batalla del que carecía, restablecer la derecha en completo desorden, reagrupar tres veces sus tropas, cargar tres veces al frente de la casa del rey, todo fué hecho en menos de dos horas. Tenía en su ejército a Felipe, duque de Orléans, entonces duque de Chartres, después regente del reino, infante de Francia, que no contaba todavía quince años. No podía ser útil para un golpe decisivo; pero si lo era y mucho para animar a los soldados el ver a un infante de Francia todavía niño, cargar en compañía de la casa del rey, ser herido en el combate, y volver nuevamente a la carga a pesar de su herida.

Un nieto y un sobrino nieto del gran Condé, servían como tenientes generales: uno era Luis de Borbón, llamado el señor Duque; el otro, Francisco Luis, príncipe de Conti, rivales en valor, en espíritu, en ambición, en fama; el señor Duque, de un natural más austero tenía quizá cualidades más sólidas, y el príncipe de Conti más brillantes. Llamados ambos por la opinión pública al mando de los ejércitos, deseaban apasionadamente esa gloria, pero no la alcanzaron jamás, porque Luis, que conocía tanto su ambición como su mérito, no podía olvidar que el príncipe de Condé le había hecho la guerra.

El príncipe de Conti fué el primero en restablecer el orden, reunió unas brigadas, e hizo avanzar otras; el señor Duque hacía la misma maniobra, aunque no lo moviera la emulación. El duque de Vendôme, nieto de Enrique IV, era también teniente general en ese ejército. Servía desde la edad de doce años y aunque tenía por aquel entonces cuarenta no había sido todavía comandante en jefe. Su hermano, el gran prior, estaba con él.

Fue necesario que todos estos príncipes se pusieran al frente de la casa del rey con el duque de Choiseul, para desalojar a un cuerpo de ingleses que guardaba un puesto ventajoso, y del cual dependía el éxito de la batalla. La casa del rey y los ingleses eran las mejores tropas del mundo. La matanza fue grande. Los franceses, animados por esa multitud de príncipes y de jóvenes señores que combatían alrededor del general, vencieron por fin. El regimiento de Champagne derrotó a los guardias ingleses del rey Guillermo; y, cuando los ingleses fueron vencidos, el resto debió ceder.

Boufflers, después mariscal de Francia, vino en ese mismo instante, desde algunas leguas del campo de batalla, con dragones y completó la victoria.

El rey Guillermo, habiendo perdido alrededor de siete mil hombres, se retiró con tanto orden como había atacado; vencido, no dejó de ser temible y siguió sosteniendo la campaña. La victoria debida al valor de todos esos jóvenes príncipes y de la más

floreciente nobleza del reino, hizo en la corte, en París, y en las provincias, un efecto que ninguna batalla ganada había causado hasta entonces.

El señor Duque, el príncipe de Conti, los señores de Vendôme y sus amigos, encontraban, al regresar, al pueblo bordeando los caminos. Las aclamaciones y la alegría llegaban hasta la demencia. Todas las mujeres se empeñaban en atraer sus miradas. En ese tiempo, los hombres usaban corbatas de encaje que les costaba mucho trabajo y tiempo arreglar; los príncipes, vestidos con precipitación para el combate, habían pasado con descuido las corbatas alrededor del cuello, y las mujeres llevaron adornos hechos sobre ese modelo, que se llamaron: Steinkerques. Todas las joyas nuevas eran a la Steinkerque. Al joven que se hubiera encontrado en esa batalla se le trataba con solicitud. En todas partes el pueblo se agrupaba en torno de los príncipes y se los apreciaba tanto más cuando no gozaban en la corte de un favor igual a su gloria.

En esa batalla se perdió el joven príncipe de Turena,⁶ sobrino del héroe muerto en Alemania, cuando ya hacía concebir esperanzas de que igualaría a su tío. Sus atractivos y su espíritu lo habían hecho querer en la ciudad, en la corte y en el ejército.

El general, al dar cuenta al rey de esta batalla memorable, no se dignó siquiera informarle de que estaba enfermo cuando fué atacado.

(29 de julio de 1693) El mismo general con los mismos príncipes y las mismas tropas sorprendidas y victoriosas en Steinkerque, fué a sorprender, en la campaña siguiente, al rey Guillermo, haciendo una marcha de siete leguas y alcanzándolo en Nervinde. Nervinde es un pueblo cercano al Guette, a algunas leguas de Bruselas. Guillermo tuvo tiempo de atrincherarse durante la noche y alistarse para la batalla. Lo atacan al alba y lo encuentran a la cabeza del ejército de Ruvigni, compuesto en su totalidad por gentileshombres franceses a quienes la fatal revocación del edicto de Nantes y las dragonadas habían obligado a abandonar y odiar a su patria. A costa de ella se vengaban de las intrigas del jesuita La Chaise y de las crueldades de Louvois. Guillermo, seguido por una tropa tan animosa, arrolló en el primer momento a los escuadrones que se presentaron frente a él: pero cayó a su vez derribado bajo su caballo muerto. Se levantó y continuó el combate con los más obstinados esfuerzos.

Luxemburgo entró dos veces, espada en mano, en el pueblo de Nervinde. El duque de Villeroy fué el primero en saltar a las trincheras enemigas. Dos veces fué perdido y recuperado el pueblo.

Fue también en Nervinde donde el mismo Felipe, duque de Chartres, se mostró digno nieto de Enrique IV. Cargaba por tercera vez a la cabeza de un escuadrón: y al ser rechazada esta tropa, se encontró en una hondonada, rodeado por todas partes de hombres y caballos muertos o heridos. Un escuadrón enemigo avanza hacia él, le gritan que se rinda, lo cogen, se defiende solo, hiere al oficial que lo tiene prisionero y se suelta. Instantáneamente vuelan hacia él y lo liberan. El príncipe de Condé llamado el señor Duque y el príncipe de Conti su émulo, que se hicieron tan notables en Steinkerque, combatieron en Nervinde tanto por su vida como por su gloria, y se vieron

obligados a matar enemigos por su propia mano, lo cual no ocurre hoy casi nunca a los oficiales generales, puesto que el fuego lo decide todo en las batallas.

El mariscal de Luxemburgo se señaló y se expuso más que nunca: su hijo el duque de Montmorency se puso delante de él cuando le tiraban, y recibió el tiro destinado a su padre. Por último el general y los príncipes tomaron el pueblo por tercera vez y se ganó la batalla.

Pocas jornadas fueron más mortíferas; hubo alrededor de veinte mil muertos, doce mil por parte de los aliados y ocho de los franceses. En esta ocasión fué cuando se dijo que debían cantarse más *De profundis* que *Te deum*.

Si hay algo que pueda consolar de los horrores ligados a la guerra será lo que el conde de Salm, herido y prisionero en Tirlémont, dijo cuando el mariscal de Luxemburgo le prodigaba asiduos cuidados: “¡Que nación sois!, no hay enemigos más temibles en una batalla ni más generosos después de la victoria.”

Todas estas batallas producían mucha gloria pero pocas ventajas importantes. Los aliados derrotados en Fleurus, en Steinkerque, en Nervinde, no lo habían sido nunca de una manera completa. El rey Guillermo hizo siempre buenas retiradas, y quince días después de una batalla habría sido necesario empeñar otra para adueñarse de la región. La catedral de París estaba llena de banderas enemigas. El príncipe de Conti llamaba al mariscal de Luxemburgo el Tapicero de Notre Dame. No se hablaba más que de victorias. Sin embargo, Luis XIV había conquistado en otro tiempo la mitad de Holanda y de Flandes, todo el Franco-Condado, sin dar un solo combate; y ahora, después de los mayores esfuerzos y las victorias más sangrientas, no se podía atacar a las Provincias Unidas: ni siquiera se podía sitiar Bruselas.

(1 y 2 de septiembre de 1692) El mariscal de Lorges, por su parte, había ganado también un gran combate cerca de Spire-Bach; había capturado inclusive al viejo duque de Wirtemberg y había entrado en su país; pero después de invadirlo gracias a una victoria se vió obligado a salir. Monseñor fué a tomar por segunda vez y a saquear Heidelberg, recuperado por los enemigos; y luego tuvo que mantenerse a la defensiva contra los imperiales.

El mariscal de Catinat no logró, después de su victoria de Staffarde y de la conquista de Saboya, proteger al Delfinado de una irrupción del propio duque de Saboya, ni, después de su victoria de Marsaille, salvar la importante ciudad de Casal.

En España el mariscal de Noailles ganó también una batalla a orillas del Ter. (27 de mayo de 1694) Tomó Gerona y algunas pequeñas plazas, pero tenía un ejército débil y se vió obligado, después de su victoria, a retirarse frente a Barcelona. Los franceses, vencedores en todas partes, y debilitados por sus éxitos, combatían en los aliados a una hidra que renacía constantemente. Empezaba a ser difícil en Francia hacer reclutamientos y más todavía encontrar dinero. El rigor de la estación, que destruía los bienes de la tierra en ese tiempo, trajo el hambre. Se perecía de miseria en medio de los

Te-deum y de las diversiones. La confianza en sí mismos y en su superioridad, alma de las tropas francesas, comenzaba a disminuir. Luis XIV dejó de aparecer a su cabeza. Lou_ vois había muerto (16 de julio de 1691) ; y no se estaba contento de su hijo Barbezieux. (Enero de 1695) Finalmente, la muerte del mariscal de Luxemburgo, bajo cuyas órdenes los soldados se creían invencibles, pareció poner término a la rápida serie de victorias de Francia.

El arte de bombardear las ciudades marítimas con barcos se volvió entonces contra sus inventores. No es que la máquina infernal con la que los ingleses trataron de incendiar Saint-Malo y que falló sin causar efecto, debiera su origen a la industria de los franceses. Desde hacía mucho tiempo se venían ensayando máquinas semejantes en Europa. Lo que los franceses inventaron fué el arte de disparar las bombas desde una base movediza con la misma precisión con que se disparan desde un terreno sólido; y gracias a este arte Dieppe, el Havre-de-Grâce, Saint-Malo, Dunkerque y Calais, fueron bombardeados por las flotas inglesas. (Julio de 1694 y 1695) Porque es más fácil aproximarse a ella, Dieppe fué la única que sufrió un verdadero perjuicio. Esta ciudad agradable hoy por sus casas regulares, y que debe su embellecimiento a su desgracia, quedó casi totalmente reducida a cenizas. En el Havre-de-Grâce las bombas quemaron y destruyeron solamente veinte casas; pero derribaron las fortificaciones del puerto. En este sentido, la medalla acuñada en Holanda es veraz, aunque tantos autores franceses hayan protestado su falsedad. Se lee en el exergo en latín: El puerto del Havre quemado y destruido, etc. Esta inscripción no dice que la ciudad fuera consumida, lo cual habría sido falso; sino que dice que el puerto fué quemado, y eso si es cierto.

Poco tiempo después la conquista de Namur se perdió. En Francia se prodigaron elogios a Luis XIV por haberla tomado, y bromas y sátiras indecentes al rey Guillermo por no haber podido socorrerla con un ejército de ochenta mil hombres. Guillermo se apoderó de ella de la misma manera con que vio cómo la tomaban: la atacó ante los ojos de un ejército más fuerte de lo que había sido el suyo cuando Luis XIV la sitió. Se encontró con las nuevas fortificaciones hechas por Vauban. La guarnición francesa que la defendió era un ejército; porque cuando comenzaba a sitiarla el mariscal de Boufflers penetró en la plaza con siete regimientos de dragones. Así, pues, Namur estaba defendida por dieciséis mil hombres y podía en cualquier momento ser socorrida por cerca de cien mil.

El mariscal de Boufflers era un hombre de mucho mérito, un general activo y diligente, un buen ciudadano, pensaba sólo en el bien del servicio, sin regatear sus cuidados ni su vida. En las Memorias del marqués de Feuquieres se le reprochan varios errores en la defensa de la plaza y de la ciudadela, se le reprochan también en la defensa de Lila, en la que se distinguió tanto. Los que escribieron la historia de Luis XIV copiaron servilmente al marqués de Feuquières en lo referente a la guerra, y al abate de Choisy en las anécdotas. No podían saber que Feuquieres, que por otra parte era un excelente oficial que conocía la guerra por sus principios y por la experiencia, era un espíritu tan despechado como ilustrado, el Aristarco y a veces el Zoilo de los generales, que altera los hechos para tener el placer de censurar las faltas. Se quejaba de todo el mundo y

todo el mundo se quejaba de él. Se decía que era el hombre más valiente de toda Europa porque dormía rodeado de cien mil enemigos. Como no fué recompensada su capacidad con el bastón de mariscal de Francia, empleó excesivamente, contra los que servían al Estado, unas luces que habrían sido muy útiles si hubieran tenido un espíritu tan conciliador como penetrante, aplicado y audaz.

Le reprochó al mariscal de Villeroi más errores y faltas graves que a Boufflers. Villeroi al frente de cerca de ochenta mil hombres debía socorrer a Namur; pero aun cuando los mariscales de Villeroi y de Boufflers hubiesen hecho, en general, todo lo que podía hacerse (lo que es muy raro), dada la situación del terreno, Namur no podía ser auxiliada y se hubiera rendido tarde o temprano. Las riberas del Mehaigne cubiertas por un ejército de observación que había interceptado los socorros del rey Guillermo, detuvieron entonces los del mariscal de Villeroi.

El mariscal de Boufflers, el conde de Guiscard, gobernador de la ciudad, el conde de Châtelet de Lomont, comandante de la infantería, todos los oficiales y los soldados defendieron la ciudad con una obstinación y una bravura admirables, que no retrasó, no obstante, ni dos días su captura. Cuando una ciudad es sitiada por un ejército superior, cuando las operaciones están bien dirigidas, y la estación es favorable, se puede calcular, sobre poco más o menos, el tiempo en que será tomada, por más vigorosa que sea la defensa. El rey Guillermo se apoderó de la ciudad y de la ciudadela, empleando en ello más tiempo que Luis XIV (septiembre de 1695).

Mientras perdía Namur, el rey hizo bombardear Bruselas: venganza inútil tomada contra el rey de España por sus ciudades bombardeadas por los ingleses. Todo esto constituía una guerra ruinosa y funesta para los dos bandos.

Desde hace dos siglos uno de los efectos de la industria y del furor de los hombres, es el de que las desolaciones de nuestras guerras no se limiten a nuestra Europa. Agotamos hombres y dinero para ir a destruirnos en los extremos de Asia y de América. Los indios, a quienes hemos obligado por fuerza y con habilidad a admitir nuestras colonias, y los americanos, a quienes hemos arrebatado y ensangrentado el continente, nos miran como enemigos del género humano que acuden desde el confín del mundo para degollarlos y para destruirse a sí mismos.

La única colonia que los franceses tenían en las grandes Indias era la de Pondichery, constituida por la solicitud de Colbert con gastos inmensos, cuyo fruto no podía recogerse sino al cabo de varios años. Los holandeses se apoderaron de ella fácilmente, arruinando en las Indias el comercio de Francia apenas establecido.

(1695) Los ingleses destruyeron las plantaciones de Francia en Santo Domingo. (1696) Un armador de Brest destruyó las de ellos en Gambia, en África, y los armadores de Saint-Malo llevaron la destrucción a Terranova sobre su costa oriental. Su isla de Jamaica fué atacada por las escuadras francesas, sus barcos capturados y quemados, sus costas devastadas.

Pointis, jefe de escuadra, al mando de varios barcos del rey y de algunos corsarios de América, atacó de improviso (mayo de 1697) cerca de la línea del ecuador, la ciudad de Cartagena, almacén y depósito de los tesoros que España saca de México. El perjuicio causado se estimó en veinte millones de nuestras libras, y la ganancia en diez millones, Siempre hay que rebajar un poco esos cálculos, pero nada las calamidades extremas que causan esas expediciones gloriosas.

Los barcos mercantes de Holanda y de Inglaterra eran la presa cotidiana de los armadores de Francia, y especialmente de Duguai-Trouin, hombre único en su género, a quien sólo le hacían falta grandes flotas para tener la fama de Dragut o Barbarroja.

Jean Bart se ganó también una gran reputación entre los corsarios. De simple marinero se convirtió en jefe de escuadra, lo mismo que Duguai-Trouin. Sus nombres son todavía famosos.

Los enemigos apresaban menos barcos mercantes franceses porque eran menos numerosos; la muerte de Colbert y la guerra disminuyeron mucho el comercio.

El resultado de las expediciones de tierra y de mar fué, pues, la desgracia universal. Los que son más humanos que políticos notarán que en esta guerra Luis XIV estaba armado contra su suegro, el rey de España; contra el elector de Baviera, cuya hermana le había sido dada a su hijo el delfín; contra el elector palatino, cuyos estados quemó después de casar a Monsieur con la princesa palatina. El rey Jacobo fué arrojado del trono por su yerno y por su hija. Después se ha visto también al duque de Saboya aliarse contra Francia, de la que una de sus hijas era delfina, y contra España, de la que la otra era reina. La mayor parte de las guerras entre los príncipes cristianos son una especie de guerra civil.

La empresa más criminal de toda esta guerra fué la única verdaderamente afortunada. Guillermo tuvo siempre pleno éxito en Inglaterra y en Irlanda. En otras partes los resultados estuvieron equilibrados. Al llamar criminal a esta empresa no pienso en si la nación, después de derramar la sangre del padre, tenía razón o no. de proscribir al hijo, y de defender su religión y sus derechos; digo solamente que, si hay justicia sobre la tierra, no correspondía a la hija y al yerno del rey Jacobo echarlo de su casa. Esta acción sería horrible entre particulares: el interés de los pueblos parece establecer otra moral para los príncipes.

CAPITULO XVII

TRATADO CON SABOYA. MATRIMONIO DEL DUQUE DE BORGOÑA.

PAZ DE RYSWICK, ESTADO DE FRANCIA Y DE EUROPA.

MUERTE Y TESTAMENTO DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA

Francia conservaba todavía su superioridad sobre todos sus enemigos. Había abatido a algunos, como Saboya y el Palatinado. Hacía la guerra en las fronteras de los demás. Era un cuerpo poderoso y robusto fatigado por una larga resistencia, y agotado por sus victorias. Un golpe dado oportunamente lo hubiera hecho tambalear. Quien tiene varios enemigos a la vez no puede, a la larga, encontrar salvación más que en su división o en la paz. Luis XIV no tardó en obtener tanto la una como la otra.

Víctor Amadeo, duque de Saboya, era de todos los príncipes el que más rápidamente se avenía a romper sus compromisos cuando era en beneficio de sus intereses. La corte de Francia se dirigió a él. El conde de Tessé, después mariscal de Francia, hombre hábil y amable, de carácter hecho para agradar, que es el talento fundamental de los negociadores, actuó, al principio, secretamente en Turín. El mariscal de Catinat tan apto para la paz como para la guerra, concluyó la negociación. No eran necesarios dos hombres hábiles para decidir al duque de Saboya a que aceptara ventajas. Se le devolvía su país, se le daba dinero, se proponía el casamiento de su hija con el joven duque de Borgoña, hijo de Monseñor, heredero de la corona de Francia. Se pusieron de acuerdo inmeditamente: (julio de 1696) el duque y Catinat concluyeron el tratado en Nuestra Señora de Loreto, adonde fueron con el pretexto de un peregrinaje devoto que no engañó a nadie. El papa (era entonces Inocencio XII) participaba ardientemente en esta negociación. Su propósito era liberar, a la vez, a Italia de las invasiones de los franceses y de las contribuciones continuas que el emperador exigía para pagar sus ejércitos. Se quería que los imperiales dejaran a Italia neutral y el duque de Saboya se comprometía por el tratado a obtener la neutralidad. Al principio, el emperador contestó con una negativa, porque la corte de Viena casi no se decidía más que en último extremo. Entonces el duque de Saboya unió sus tropas al ejército francés. En menos de un mes este príncipe se convirtió de generalísimo del emperador en generalísimo de Luis XIV. Llevaron a su hija a Francia para casarla a los once años con el duque de Borgoña que tenía trece. Después de la defección del duque de Saboya, pasó lo que en la paz de Nimega: que cada uno de los aliados resolvió negociar. Para empezar, el emperador aceptó la neutralidad de Italia. Los holandeses propusieron el castillo de Ryswick, cerca de La Haya, para las conferencias de una paz general. Cuatro ejércitos que el rey tenía en pie sirvieron para apresurar las conclusiones. Ochenta mil hombres estaban en Flandes al mando de Villeroi, el mariscal de Choiseul se hallaba con cuarenta mil a orillas

del Rin, Catinat tenía también otros tantos en el Piamonte. El duque de Vendôme, llegado al fin al generalato después de pasar por todos los grados, desde el de guardia del rey, como soldado de fortuna, mandaba en Cataluña en la que ganó un combate y tomó Barcelona (agosto de 1697). Esos nuevos esfuerzos y esos nuevos éxitos fueron la mediación más eficaz. La corte de Roma ofreció de nuevo su arbitraje que fué rehusado como en Nimega. El rey de Suecia, Carlos XI, fué el mediador. (Septiembre-octubre de 1697) Finalmente se hizo la paz, ya no con aquella altivez y aquellas condiciones ventajosas que señalaron la grandeza de Luis XIV, sino con una facilidad y un desprendimiento de sus derechos que asombraron igualmente a los franceses y a los aliados. Durante mucho tiempo se ha creído que esta paz había sido preparada por la más profunda política.

Se afirmaba que el gran proyecto del rey de Francia era y debía de ser el de no dejar caer toda la sucesión de la vasta monarquía española en la otra rama de la casa de Austria. Esperaba -se decía- que la casa de Borbón se quedaría, por lo menos, con algún vástago de ella, y que quizá algún día la tendría toda entera. Las renunciaciones auténticas de la esposa y de la madre de Luis XIV no parecían más que vanas firmas, que nuevas coyunturas deberían anular. Teniendo este proyecto, que engrandecería a Francia o a la casa de Borbón, era necesario mostrarle cierta moderación a Europa para no alarmar a tantas potencias constantemente desconfiadas. La paz daba tiempo de hacer nuevos aliados, restablecer las finanzas, ganar a los que necesitarían, y para que se formaran en el estado nuevas milicias. Había que ceder algo en la esperanza de conseguir mucho más.

Se pensó que esos eran los motivos secretos de la paz de Ryswick, que, en efecto, proporcionó, con el transcurso del tiempo, el trono de España al nieto de Luis XIV. Esta idea, tan verosímil, no es verdadera; ni Luis XIV ni su consejo tuvieron esas miras, que parecían deber tener. Esto es un ejemplo excelente del encadenamiento de las revoluciones de este mundo, las cuales arrastran a los hombres que parecen dirigir las. El interés evidente de poseer pronto España o una parte de esta monarquía, no influyó para nada en la paz de Ryswick. El marqués de Torcy lo con fiesa en sus Memorias manuscritas. Se hizo la paz por cansancio de la guerra, guerra que había sido hecha casi sin objeto: de parte de los aliados, al menos, no fué más que el propósito vago de abatir la grandeza de Luis XIV; y de parte de este monarca, el de sostener esa misma grandeza que no había querido doblegar. El rey Guillermo arrastró a su causa al emperador, al imperio, a España, a las Provincias Unidas, a Saboya. Luis XIV se vio demasiado comprometido para retroceder. La parte más hermosa de Europa había sido arrasada, porque el rey de Francia había utilizado con demasiada arrogancia sus ventajas después de la paz de Nimega. Se habían aliado más bien contra su persona que no contra Francia. El rey, que creyó haberse asegurado la gloria que se logra por las armas quiso tener la de la moderación, y el agotamiento, ya sensible, de las finanzas no le hizo difícil esa moderación.

Los asuntos políticos se trataban en el consejo, las resoluciones se tomaban allí; el marqués de Torcy, joven todavía, estaba encargado sólo de su ejecución. Todo el

consejo quería la paz. El duque de Beauvillier, sobre todo, exponía con calor la miseria de los pueblos: madame de Maintenon estaba impresionada; el rey no era insensible a ello. Esta miseria impresionaba tanto más cuanto que se caía en ella desde el estado floreciente en que el ministro Colbert había puesto el reino. Los grandes establecimientos, de todo género, habían sido extraordinariamente costosos, y la economía no remediaba el desequilibrio de esos gastos forzosos. Este mal interior asombraba porque no se lo había sentido jamás desde que Luis XIV gobernaba por sí mismo. Estas son las causas de la paz de Ryswick. Sentimientos virtuosos influyeron en ella ciertamente. Los que piensan que los reyes y sus ministros le rinden tributo sin tregua

y sin medida a la ambición, se engañan tanto como los que se los imaginan pensando sólo en la felicidad del mundo.

El rey devolvió, pues, a la rama austríaca de España, todo lo que le había quitado en los Pirineos y lo que acababa de quitarle en Flandes en la última guerra; Luxemburgo, Mons, Ath, Courtrai. Reconoció como rey legítimo de Inglaterra al rey Guillermo, tratado hasta entonces como príncipe de Orange, como usurpador y como tirano.¹ Prometió no prestar ningún socorro a sus enemigos. El rey Jacobo, cuyo nombre se omitió en el tratado, permaneció en Saint-Germain, con el nombre inútil de rey y las pensiones de Luis XIV. Se contentó con hacer manifiestos, sacrificado por su protector a la necesidad, y olvidado ya de Europa.

Los juicios emitidos por las cámaras de Brissac y de Metz contra tantos soberanos, y las reuniones efectuadas en Alsacia, monumentos de un poder y de una altivez peligrosos, fueron abolidos; y se devolvieron los bailíos tomados jurídicamente, a sus dueños legítimos.

Además de esos desistimientos, se restituyó al Imperio Friburgo, Brissac, Kehl, Filisburgo y hubo que someterse a demoler las fortalezas de Estrasburgo sobre el Rin, el Fort-Louis, Trarbach, el Mont-Royal; fortificaciones en las que Vauban agotó su habilidad y el rey sus finanzas. Causó sorpresa en Europa y descontento en Francia el que Luis XIV hubiese hecho la paz, como si hubiera sido vencido. Harlai, Créci y Callieres que firmaron esa paz, no se atrevían a aparecer por la corte ni por la ciudad; se los abrumaba a reproches y se los ridiculizaba como si hubieran dado un solo paso que no fuera ordenado por el ministerio. La corte de Luis XIV les reprochaba el haber traicionado el honor de Francia, y después se los alabó por haber preparado, con ese tratado, la sucesión a la monarquía española; pero no se merecieron ni las críticas ni los elogios.

Por último, por esa paz, Francia devolvió Lorena a la casa que la poseía desde hacía setecientos años. El duque Carlos V, apoyo del Imperio y vencedor de los turcos, había muerto. En la paz de Ryswick su hijo Leopoldo tomó posesión de su soberanía; despojado en realidad de sus derechos legítimos, puesto que no le estaba permitido tener fortificaciones en su capital, no pudo quitársele el derecho más noble, el de hacer el bien

a sus súbditos, derecho que jamás fué tan bien empleado por ningún príncipe como por él.

Es de desear que la posteridad sepa que uno de los menos: grandes soberanos de Europa fué el que hizo el mayor bien a su pueblo. Encontró la Lorena desolada y desierta; la repobló y enriqueció. La mantuvo siempre en paz, mientras al resto de Europa lo devastó la guerra. Tuvo la prudencia de estar siempre bien con Francia y de hacerse amar en el Imperio, manteniéndose felizmente en ese justo medio que un príncipe sin poder casi 'nunca ha podido conservar entre dos grandes potencias. Procuró a su pueblo la abundancia que hacía tiempo no conocía. Sus buenas obras hicieron opulenta la nobleza, reducida a la última miseria. Veía la casa de un gentilhombre en ruinas y la hacía reconstruir a sus expensas, pagaba sus deudas, casaba a sus hijas, prodigaba presentes con ese arte de dar que está muy por encima de los beneficios; ponía en sus dádivas la magnificencia de un príncipe y la cortesía de un amigo. Las artes, protegidas en su pequeña provincia, producían esa circulación nueva que hace la riqueza de los estados. Su corte estaba formada a semejanza de la de Francia; apenas se creía haber cambiado de lugar cuando se pasaba de Versalles a Luneville. A ejemplo de Luis XIV hacía florecer las bellas letras. Fundó en Luneville una especie de Universidad sin pedantería en la que la joven nobleza de Alemania iba a formarse. Se enseñaban verdaderas ciencias en escuelas donde los problemas de física se demostraban mediante máquinas admirables. Buscó talentos hasta en las tiendas y en los bosques, para sacarlos a la luz y estimularlos. En una palabra, durante todo su reinado le preocupó tan sólo dar a su nación tranquilidad, riquezas, conocimientos y placeres “Dejaría mañana mi soberanía, manifestaba, si no pudiera hacer el bien”. Por ello, tuvo la dicha de ser querido; y yo he visto, mucho tiempo después de su muerte, llorar a sus súbditos al pronunciar su nombre. Al morir, dejó un ejemplo a seguir a los más grandes reyes, y ha contribuido no poco a prepararle a su hijo el camino del trono del Imperio.

En el tiempo en que Luis XIV preparaba la paz de Ryswick por la cual lograría la sucesión de España, quedó vacante la corona de Polonia. Era ésta la única corona real electiva que quedaba en el mundo: ciudadanos y extranjeros pueden aspirar a ella. Para conseguirla es necesario un mérito bastante destacado y bastante sostenido por las intrigas a fin de ganarse los sufragios, como le ocurrió a Juan Sobieski, último rey; o bien tesoros lo suficientemente grandes para comprar el reino, que casi siempre está en pública subasta.

El abate de Polignac, después cardenal, tuvo la habilidad de disponer los sufragios en favor de ese príncipe de Conti conocido por los actos de valor que realizara en Steinkerque y Nervinde. Jamás había sido comandante en jefe, no participaba en los consejos del rey; el señor Duque tenía tanta reputación como el en la guerra; el señor de Vendôme tenía más: sin embargo, su fama eclipsaba entonces los demás nombres por su gran arte de agrandar y de hacerse valer, arte que nadie poseyó jamás mejor que él. Polignac, que a su vez tenía el de persuadir, decidió los ánimos en su favor. Contrapesó, con su elocuencia y sus promesas, el dinero que Augusto, elector de Sajonia, prodigaba. (27 de junio de 1697) Luis Francisco, príncipe de Conti, fué elegido rey por el partido

mayoritario y proclamado por el primado del reino. Augusto resultó electo dos horas después por un partido mucho menos numeroso: pero era príncipe soberano y poderoso; tenía tropas listas en la frontera de Polonia. El príncipe de Conti estaba ausente, sin dinero, sin tropas, sin poder; sólo tenía a su favor su nombre y al cardenal de Polignac. Era preciso, o que Luis XIV le impidiera aceptar el ofrecimiento de la corona, o que le diera con qué ganarle a su opositor. Se consideró que el ministerio francés había hecho demasiado enviando al príncipe de Conti, y demasiado poco dándole sólo una débil escuadra y algunas letras de cambio, con las cuales llegó a la rada de Dánzig. Pareció que seguían esa política atenuada que deja a los asuntos sin concluir. El príncipe de Conti ni siquiera fué recibido en Dánzig y sus letras de cambio fueron protestadas. Las intrigas del papa, las del emperador, el dinero y las tropas de Sajonia, le aseguraron la corona a su rival. Conti volvió con la gloria de haber resultado electo. Francia pasó por la mortificación de demostrar su falta de fuerzas para hacerlo rey de Polonia.

Esta desgracia del príncipe de Conti no turbó la paz del norte entre los cristianos; y el mediodía de Europa se tranquilizó inmediatamente después por la paz de Ryswick. Sólo quedaba la guerra que hacían los turcos a Alemania, Polonia, Venecia y Rusia. Los cristianos, aunque mal gobernados y divididos entre sí, tenían la superioridad en esta guerra. (1 de septiembre de 1697) La batalla de Zenta, en la que el príncipe Eugenio derrotó al gran señor en persona, famosa por la muerte de un gran visir, de diecisiete bajás, y de más de veinte mil turcos, abatió el orgullo otomano e hizo posible la paz de Carlowitz, en la que les fué dictada la ley a los turcos. Los venecianos obtuvieron Morea, los moscovitas Azof, los polacos Kaminiek, el emperador la Transilvania (1699), La cristiandad estuvo entonces tranquila y feliz; no se oía hablar de guerra ni en Asia ni en África. Toda la tierra estaba en paz en los dos últimos años del siglo diez y siete, época que duró demasiado poco.

Pronto volvieron a empezar las desgracias públicas. El norte se vio trastornado en el año de 1700 por los dos hombres más singulares que hayan existido sobre la tierra. Uno era el zar Pedro Alexiowitz, emperador de Rusia, y el otro, el joven Carlos XII, rey de Suecia. El zar Pedro superior a su siglo y a su nación, fué, por su genio y por sus obras, el reformador, o mejor dicho, el fundador de su Imperio. Carlos XII, más valiente pero menos útil a sus súbditos, hecho para mandar soldados y no pueblos, fué el primero entre los héroes de su tiempo; pero murió con la reputación de rey imprudente. La desolación del norte, en una guerra de dieciocho años, tuvo su origen en la política ambiciosa del zar, del rey de Dinamarca y del rey de Polonia, que quisieron aprovecharse de la juventud de Carlos XII para arrebatarle una parte de sus estados. (1700) El rey Carlos, a la edad de dieciséis años los venció a los tres. Fué el terror del norte y comenzó a ser considerado un gran hombre a una edad en que los demás hombres no han completado todavía su educación. Fué durante nueve años el rey más temible del mundo, y otros nueve el más desdichado.

Los conflictos del mediodía de Europa tuvieron otro origen. Se trataba de recoger los despojos del rey de España, cuya muerte estaba próxima. Las potencias, que devoraban ya imaginariamente esa inmensa herencia, hacían lo que vemos hacer con frecuencia

durante la enfermedad de un anciano rico y sin hijos. Su mujer, sus parientes, sacerdotes, oficiales de justicia comisionados para recibir las últimas disposiciones de los moribundos, lo asedian por todos lados para arrancarle una palabra favorable: algunos herederos consienten en repartir la herencia, otros se aprestan a disputarla.

Luis XIV y el emperador Leopoldo tenían el mismo grado de parentesco: ambos descendían de Felipe III por las mujeres; pero Luis era hijo de la mayor. El delfín tenía una ventaja más grande todavía sobre los hijos del emperador, porque era nieto de Felipe IV, y los hijos de Leopoldo no descendían de él. La casa de Francia tenía, pues, todos los derechos naturales. Basta con echar una mirada sobre el cuadro siguiente:

Rama francesa REYES DE ESPAÑA Rama alemana

FELIPE III

ANA MARÍA, la mayor, mujer de Luis XIII, en 1615.

FELIPE IV MARÍA ANA, la menor, esposa de Fernando III, emperador en 1631.

LUIS XIV se casa en 1660, con MARÍA TERESA, hija mayor de FELIPE IV.

CARLOS II LEOPOLDO, hijo de FER-NANDO III y de MARÍA ANA, se casa, en 1666 con MARGARITA TERESA, hija menor de FELIPE IV, de cuyo matrimonio tuvo a:

MONSEÑOR MARÍA ANTONIETA JO-SEFINA, casada con el elector de Baviera MAXI-MILIANO MANUEL, quien tuvo de ella a:

El duque de Borgoña. El duque de Anjou, rey de España. El duque de Berri.

JOSÉ FERNANDO LEO-POLDO DE BAVIERA, nombrado heredero de toda la monarquía española, a la edad de cuatro años.

Pero la casa del emperador contaba en favor de sus derechos, primero: con las renunciaciones auténticas y ratificadas de Luis XIII y de Luis XIV a la corona de España; después, con el nombre de Austria; la sangre de Maximilian, de quien descendían Leopoldo, y Carlos II; la unión casi constante de las dos ramas austríacas; el odio más constante todavía de esas dos ramas hacia los Borbones; la aversión que la nación española tenía entonces por la nación francesa; por último, los resortes de una política en situación de gobernar el consejo de España.

Nada parecía más natural, pues, que perpetuar el trono de España en la casa de Austria. Europa entera lo esperaba antes de la paz de Ryswick; pero la debilidad de Carlos II

había alterado este orden de sucesión desde el año 1696; y el nombre austríaco había sido ya sacrificado en secreto. El rey de España tenía un sobrino nieto, -hijo del elector de Baviera, Maximiliano Manuel. La madre del rey, que vivía todavía, era bisabuela de ese joven príncipe de Baviera, que tenía entonces cuatro años de edad; y aunque esta reina madre fuera de la casa de Austria, por ser hija del emperador Fernando III, obtuvo de su hijo que el linaje imperial fuera desheredado. Estaba resentida con la corte de Viena, y puso los ojos en ese príncipe bávaro que salía de la cuna, para destinarlo a la monarquía de España y del Nuevo Mundo. Carlos II gobernado entonces por ella, hizo un testamento secreto en favor del príncipe elector de Baviera, en 1696. Carlos perdió después a su madre y fué gobernado por su mujer, María Ana de Baviera Neuburgo. Esta princesa bávara, cuñada del emperador Leopoldo, era tan adicta a la casa de Austria como la reina madre austríaca lo había sido a la sangre de Baviera. Así, pues, el curso natural de las cosas estuvo siempre intervertido en este asunto en el que se discutía la más vasta monarquía del mundo. María Ana de Baviera hizo romper el testamento que nombraba sucesor al joven bávaro, y el rey prometió a su mujer que no tendría jamás otro heredero que no fuera un hijo del emperador Leopoldo, y que no arruinaría la casa de Austria. Las cosas estaban en estos términos cuando la paz de Ryswick. Las casas de Francia y de Austria se temían y se observaban, y debían temer a Europa. Inglaterra y Holanda, entonces poderosas, cuyo interés estribaba en mantener el equilibrio entre los soberanos, no querían tolerar que una misma cabeza llevara, con la corona de España, la del Imperio, o la de Francia.

Lo más extraño fué que el rey de Portugal, Pedro II, se puso en la fila de pretendientes. Eso era absurdo; no podía derivar su derecho más que de un Juan I, hijo natural de Pedro el justiciero, del siglo XV; pero sostenía esta pretensión quimérica el conde de Oropesa, de la casa de Braganza, que era miembro del consejo. Se atrevió a hablar de ello, cayó en desgracia y fué despedido.

Luis XIV no podía soportar que un hijo del emperador recogiera la sucesión, y no podía pedirla. No se sabe positivamente quien fué el primero en imaginar el reparto prematuro e inaudito de la monarquía española en vida de Carlos II. Es muy probable que lo fuera el ministro Torcy, porque fué él quien se lo propuso al conde de Portland Bentinck, embajador de Guillermo III ante Luis XIV.

(Octubre de 1698) El rey Guillermo participó vivamente en ese nuevo proyecto. Dispuso en La Haya, con el conde de Tallard, la sucesión de España. Se entregaban al joven príncipe de Baviera, España y las Indias occidentales, sin saber que Carlos II le había legado ya todos sus estados. Al delfín, hijo de Luis XIV, se le debían dar Nápoles, Sicilia y la provincia de Guipúzcoa, con algunas ciudades. Al archiduque Carlos, segundo hijo del emperador Leopoldo, se le dejaba sólo el Milanésado, y nada al archiduque José, hijo mayor de Leopoldo, heredero del Imperio.

Dispuesta así la suerte de una parte de Europa y de la mitad de América, Luis prometió, en ese tratado de repartimiento, renunciar a la sucesión entera de España. Lo mismo prometió y firmó el delfín. Francia creía ganar estados; Inglaterra y Holanda creían

asegurar el reposo de una parte de Europa, pero toda esta política fué en vano. El rey moribundo, al enterarse de que hacían pedazos su monarquía sin esperar a que muriera se indignó. Todo el mundo creía que ante esto declararía como sucesor al emperador Leopoldo, o a un hijo de este emperador; que le daría esa recompensa por no haber participado en el reparto; que la grandeza y el interés de la casa de Austria le dictarían un testamento. Hizo uno, en efecto, pero declaró, por segunda vez, único heredero de todos sus estados al mismo príncipe de Baviera (noviembre de 1698). La nación española, que nada temía tanto como el desmembramiento de su monarquía, aplaudió esta disposición. Parecía que la paz debería ser su fruto. Esta esperanza fué tan ilusoria como el tratado de partición. El príncipe de Baviera, designado rey, murió en Bruselas (5 de febrero de 1699).

Se acusó injustamente de esta muerte precipitada a la casa de Austria, apoyándose en este solo argumento: el de que cometen el crimen aquéllos a los que el crimen les es útil.* Comenzaron de nuevo las intrigas en la corte de Madrid, de Viena, de Versalles, de Londres, de La Haya, y de Roma.

Una vez más Luis XIV, el rey Guillermo y los Estados generales dispusieron imaginariamente de la monarquía española. (Marzo de 1700) Le asignaban al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador, la parte que le habían dado antes al hijo que acababa de morir. El hijo de Luis XIV debía poseer Nápoles y Sicilia y todo lo que se le había asignado en la primera convención.

Se le daba Milán al duque de Lorena, y Lorena, tan frecuentemente invadida y tan frecuentemente devuelta por Francia, debía ser anexada a ella para siempre. Ese tratado, que puso en movimiento la política de todos los príncipes, para frustrarlo o para sostenerlo, fue tan inútil como el primero. Europa vió de nuevo sus esperanzas fallidas, como casi siempre ocurre.

El emperador, a quien se le propuso que firmara ese tratado de partición, se negó en redondo, porque esperaba tener toda la sucesión. El rey de Francia que había apresurado la firma, esperaba los acontecimientos con incertidumbre. Cuando se conoció esta nueva afrenta en la corte de Madrid, el rey estuvo a punto de sucumbir de dolor, y la reina, su mujer, se sintió transportada de una cólera tan viva, que rompió los muebles de sus habitaciones y, sobre todo, los espejos y demás adornos procedentes de Francia: ¡tan semejantes son las pasiones en todas las clases sociales! Esos repartos imaginarios, esas intrigas, esas querellas, no tenían más que un interés personal. A la nación española no se la tenía en cuenta para nada. No se la consultaba, no se le preguntaba qué rey quería. Alguien propuso reunir las Cortes (los estados generales); pero Carlos temblaba con sólo oír ese nombre.

Entonces este infortunado príncipe, que se veía morir en la flor de la edad, quiso dar todos sus estados al archiduque Carlos, sobrino de su mujer, segundo hijo del emperador Leopoldo. No se atrevía a dejárselos al hijo mayor: ¡tanto predominaba en los ánimos el sistema del equilibrio y tan seguro estaba de que el temor de ver a España, México, Perú, las grandes colonias de la India, el Imperio, Hungría, Bohemia,

Lombardia en las mismas manos, armaría al resto de Europa! Le pedía al emperador Leopoldo que enviara a su segundo hijo, Carlos, a Madrid, al frente de diez mil hombres; pero ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda ni Italia lo hubieran tolerado: todos querían la partición. El emperador no quería enviar a su hijo solo y dejarlo a merced del consejo de España, y no podía mandar diez mil hombres. Lo único que deseaba era enviar tropas a Italia para asegurarse esa parte de los estados de la monarquía austríaco-española. Y ocurrió entre dos grandes reyes, mediando un enorme interés, lo que sucede todos los días entre particulares por asuntos triviales. Disputaron, se agriaron: la soberbia alemana sublevó la altivez castellana. La condesa de Perlipz, que gobernaba a la esposa del rey moribundo, provocaba la hostilidad de las voluntades que hubiera debido ganar en Madrid; y el consejo de Viena los alejaba todavía más con su arrogancia.

El joven archiduque, que fué después el emperador Carlos VI, mencionaba constantemente a los españoles con un nombre injurioso. Aprendió entonces cuánto deben pesar sus palabras los príncipes. Un obispo de Lérida, embajador de Madrid en Viena, descontento de los alemanes, sazonó sus discursos, los envenenó en sus despachos, y escribió de su propia mano cosas más injuriosas para el consejo de Austria que las pronunciadas por el archiduque contra los españoles. “Los ministros de Leopoldo, escribía, tienen el espíritu hecho como los cuernos de las cabras de mi país, pequeño, duro y torcido.” Esta carta se hizo pública. Llamaron al obispo de Lérida, y, a su regreso a Madrid, no hizo más que aumentar la aversión de los españoles hacia los alemanes.

En la misma medida en que el partido austríaco indignaba a la corte de Madrid, el marqués, después duque de Harcourt, embajador de Francia, se ganaba todos los corazones por la profusión de su magnificencia, por su habilidad y por su gran arte de agradar. Recibido muy mal, al principio, en la corte de Madrid, sufrió todos los disgustos sin quejarse; tres meses enteros pasaron sin que pudiera obtener audiencia del rey. Empleó ese tiempo en congraciarse con todos. Fue el primero que trocó en benevolencia esa antipatía que la nación española alimentaba hacia la francesa desde Fernando el Católico; y su prudencia preparó el momento en que Francia y España reanudarían los antiguos lazos que las habían unido antes de Fernando, de corona a corona, de pueblo a pueblo, y de hombre a hombre. Enseñó a la corte española a amar la casa de Francia; a sus ministros a no seguirse asustando de las renunciaciones de María Teresa y de Ana de Austria; y al mismo Carlos II a comparar su propia casa con la de Borbón. Así fue como se convirtió en el primer móvil de la más grande revolución. en el gobierno y en los espíritus.³ Sin embargo, ese cambio estaba todavía lejano.

El emperador rogaba, amenazaba. El rey de Francia exponía sus derechos, pero sin atreverse jamás a pedir para uno de sus nietos la sucesión entera. Se ocupaba tan sólo de halagar al enfermo. Los moros sitiaban Ceuta. Inmediatamente el marqués de Harcourt le ofrece barcos y tropas a Carlos, que se conmueve sensiblemente; pero la reina, su

mujer, se alarma y, temiendo que su marido sintiera demasiado agradecimiento, rechaza secamente el socorro.

No se sabía todavía qué partido tomar en el consejo de Madrid; y Carlos II se acercaba a la tumba, más indeciso que nunca. El emperador Leopoldo, irritado, llamó a su embajador, el conde de Harrach; pero inmediatamente después volvió a enviarlo a Madrid, y las esperanzas en favor de la casa de Austria renacieron. El rey de España le escribió al emperador que elegiría como sucesor al archiduque. Entonces el rey de Francia, amenazando a su vez, reunió un ejército en las fronteras de España y retiró de su embajada al propio marqués de Harcourt para que mandara ese ejército. Sólo permaneció en Madrid un oficial de infantería que había servido de secretario de embajada, como encargado de los asuntos, según lo dice el marqués de Torcy. Así, pues, el rey moribundo, amenazado alternativamente por los que aspiraban a su sucesión, viendo que el día de su muerte sería el de la guerra y que sus estados iban a ser desgarrados, llegaba a su fin desconsolado, irresoluto y lleno de inquietudes.

En esta crisis violenta, el cardenal Porto Carrero, arzobispo de Toledo; el conde de Monterrey y otros grandes de España quisieron salvar a la patria. Se reunieron para evitar el desmembramiento de la monarquía. Su odio contra el gobierno alemán fortaleció en sus espíritus la razón de estado y sirvió a la corte de Francia sin que ella lo supiera. Persuadieron a Carlos II de que prefiriera un nieto de Luis XIV a un príncipe alejado de ellos, imposibilitado de defenderlos. Con esto no se anulaban las renunciaciones solemnes de la madre y de la esposa de Luis XIV a la corona de España, puesto que se habían hecho para impedir que los primogénitos de sus descendientes reunieran bajo su dominio los dos reinos, y no se elegía a un primogénito. Era, al mismo tiempo, hacer justicia a los derechos de la sangre; era conservar la monarquía española sin partición. El rey, escrupuloso, consultó teólogos que fueron de la opinión del consejo; luego, y a pesar de estar tan enfermo, le escribió de su puño y letra al papa Inocencio XII y le hizo la misma consulta. El papa, que creía ver en el debilitamiento de la casa de Austria la libertad de Italia, escribió al rey “que las leyes de España y el bien de la cristiandad exigían de él que diera la preferencia a la casa de Francia”—La carta del papa era del 16 de julio de 1700. Trató este caso de conciencia de un soberano como un asunto de Estado, mientras el rey de España hacía de este gran asunto de Estado un caso de conciencia.

El cardenal de Janson, que residía en aquel entonces en Roma, informó de ello a Luis XIV; y ésta fué toda la parte que tuvo el gabinete de Versalles en dicho acontecimiento. Habían pasado seis meses desde el retiro del embajador en Madrid. Tal vez fué un error hacerlo, pero quizá también por ese error pasó la monarquía española a la casa de Francia. (2 de octubre de 1700) El rey de España hizo su tercer testamento, que durante mucho tiempo se creyó que era el único, y cedió todos sus estados al duque de Anjou. Se aprovechó un momento en que su mujer no estaba a su lado para hacerlo firmar. Así terminó toda esta intriga.

Europa pensó que ese testamento de Carlos II había sido dictado en Versalles. El rey moribundo tomó en cuenta tan sólo el interés de su reino, los votos de sus súbditos e inclusive sus temores, porque el rey de Francia hacía avanzar tropas hacia la frontera para asegurarse una parte de la herencia, mientras el rey moribundo se resolvía a darle todo. Nada es más cierto que la reputación de Luis XIV y la idea que se tenía de su poder fueron los únicos negociadores que consumaron esta revolución.

Carlos de Austria, después de firmar la ruina de su casa y la grandeza de la de Francia, languideció todavía un mes y acabó por fin, a la edad de treinta y nueve años, la vida oscura que había llevado en el trono. (1 de noviembre de 1700) Tal vez no esté de más decir, para dar a conocer el espíritu humano, que algunos meses antes de su muerte, este monarca hizo abrir en El Escorial las tumbas de su padre, de su madre y de su primera mujer, María Luisa de Orléans, de quienes se sospechaba que lo habían envenenado. Besó lo que quedaba de los cadáveres, sea por seguir el ejemplo de algunos antiguos reyes de España, sea porque quisiera acostumbrarse á los horrores de la muerte, o porque una secreta superstición le hiciera creer que el abrir estas tumbas retrasaría la hora en que sería llevado a la suya.

Este príncipe nació tan débil de espíritu como de cuerpo, y esa debilidad se extendió a sus estados. Es la suerte de las monarquías cuya prosperidad depende del carácter de un solo hombre. Carlos II fué criado en una ignorancia tan profunda, que cuando los franceses sitiaron Mons, creyó que esta plaza pertenecía al rey de Inglaterra.⁶ No sabía ni dónde estaba Flandes, ni lo que le pertenecía en Flandes. Este rey le dejó al duque de Anjou, nieto de Luis XIV, todos sus estados sin saber lo que le dejaba.

Su testamento fué tan secreto, que el conde de Harrach, embajador del emperador, seguía vanagloriándose de que el archiduque había sido reconocido como sucesor. Esperó largo tiempo el resultado de la importante reunión del consejo, realizada inmediatamente después de la muerte del rey. El duque de Abrantes fué hacia él con los brazos abiertos: el embajador no dudó ya, en ese momento, de que el archiduque era rey, cuando el duque de Abrantes le dijo, abrazándolo: “Vengo a despedirme de la casa de Austria.”

Así, pues, después de doscientos años de guerras y de negociaciones por algunas fronteras de los estados españoles, la casa de Francia tuvo, de una plumada, la monarquía entera, sin tratados, sin intrigas, y hasta sin haber tenido la esperanza de esa sucesión. Me he creído obligado a hacer conocer la sencilla verdad de un hecho hasta el presente oscurecido por tantos ministros e historiadores, seducidos por sus prejuicios y por las apariencias, que también suelen seducir. Todo lo que se ha dicho en tantos volúmenes, de dinero desparramado por el mariscal de Harcourt, y de ministros españoles comprados para hacer firmar ese testamento, pertenece al orden de las mentiras políticas y de los errores populares. Pero el rey de España, al elegir como heredero al nieto de un rey durante tanto tiempo enemigo suyo, no dejaba de pensar en las consecuencias que la idea de un equilibrio general debía acarrear. El duque de Anjou, nieto de Luis XIV, era llamado a la sucesión de España sólo porque no podía

esperar la de Francia; y el mismo testamento que, a falta de segundos gémitos de la sangre de Luis XIV, llamaba al archiduque Carlos, después emperador Carlos VI, decía, expresamente, que el Imperio y España no estarían jamás reunidos bajo el gobierno de un mismo soberano.

Luis XIV podía atenerse todavía al tratado de partición, que era una ganancia para Francia; podía aceptar el testamento, que era una ventaja para su casa. Es cierto que el caso se puso a discusión en una reunión extraordinaria del consejo. El canciller Pontchartrain y el duque de Beauvilliers fueron de opinión de atenerse al tratado, pues veían los peligros de sostener una nueva guerra. Luis también los veía, pero estaba acostumbrado a no temerlos. (1 de noviembre de 1700) Aceptó el testamento; y, al encontrarse al salir del consejo con las princesas de Conti y la señora duquesa, les dijo sonriendo: “Y bien, ¿qué partido tomaríais?” Y sin esperar la respuesta, agregó: “Sea cual fuere el partido que tome, sé muy bien que seré censurado.”

Las acciones de los reyes, por más adulados que sean, son objeto de tantas críticas, que el propio rey de Inglaterra tuvo que soportar los reproches de su Parlamento; y sus ministros fueron perseguidos por haber hecho el tratado de partición. Los ingleses, que razonan mejor que ningún pueblo, pero a los que el furor del espíritu de partido enturbia a veces la razón, clamaron, a la vez, contra Guillermo, que había hecho el tratado, y contra Luis XIV, que lo anulaba.

Europa se quedó al principio atontada de sorpresa y de impotencia, cuando vio la monarquía de España sometida a Francia, de la que había sido rival trescientos años. Luis XIV parecía el monarca más feliz y el más poderoso de la tierra. Se encontraba a los sesenta y dos años rodeado de una numerosa posteridad; uno de sus nietos iba a gobernar a sus órdenes España, América, la mitad de Italia y los Países Bajos. El emperador todavía no se atrevía más que a quejarse.

El rey Guillermo, con cincuenta y dos años de edad,⁸ enfermo y débil, no parecía ya un enemigo peligroso. Necesitaba el consentimiento de su Parlamento para hacer la guerra; y Luis había enviado dinero a Inglaterra, con el que esperaba disponer de varios votos en ese Parlamento. Guillermo y Holanda, no siendo lo bastante fuertes para declararse, le escribieron a Felipe V, como al rey legítimo de España (febrero de 1701) Luis XIV estaba seguro del elector de Baviera, padre del joven príncipe que murió cuando fué designado rey. Este elector, gobernador de los Países Bajos en nombre del último rey Carlos II, aseguraba de golpe a Felipe V la posesión de Flandes, y abría en su electorado el camino de Viena a los ejércitos franceses, en caso de que el emperador osara declarar la guerra. El elector de Colonia, hermano del elector de Baviera, estaba tan íntimamente ligado a Francia como su hermano; y ambos príncipes parecían tener razón, por ser el partido de la casa de Borbón incomparablemente el más fuerte. El duque de Saboya, que ya era padre político del duque de Borgoña e iba a serlo del rey de España, debía mandar los ejércitos franceses en Italia. No se esperaba que el padre de la duquesa de Borgoña y de la reina de España hiciera jamás la guerra a sus dos yernos.

El duque de Mantua, vendido a Francia por su ministro, se vendió también a sí mismo, y admitió una guarnición francesa en Mantua. El Milanesado reconoció al nieto de Luis XIV sin vacilar. Hasta Portugal, enemigo natural de España, se unió al principio con ella. En una palabra, de Gibraltar a Amberes, y del Danubio a Nápoles, todo les parecía pertenecer a los Borbones. El rey estaba tan orgulloso de su prosperidad que, hablando con el duque de La Rochefoucauld de las proposiciones que el emperador le hacía en ese tiempo, se valió de estos términos: “Las encontraréis más insolentes todavía de lo que se os ha dicho.”

(Septiembre de 1701) El rey Guillermo, enemigo hasta la muerte de la grandeza de Luis XIV, prometió al emperador armar a Inglaterra y Holanda para él: metió también a Dinamarca en sus intereses, y, por último, firmó en La Haya la alianza ya tramada contra la casa de Francia. Pero el rey se sorprendió poco de ello, y, contando con las divisiones que su dinero debía promover en el Parlamento inglés, y más aún con las fuerzas reunidas de Francia y de España, pareció despreciar a sus enemigos.

(16 de septiembre de 1701) En ese tiempo, Jacobo murió en Saint Germain. Luis podía acordar lo que parecía ser conveniente y político, no apresurándose a reconocer al príncipe de Gales como rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, después de haber reconocido a Guillermo por el tratado de Risvick. Un puro sentimiento de generosidad lo llevó en el primer momento a dar al hijo del rey Jacobo el consuelo de un honor y de un título que su desdichado padre había tenido hasta la muerte, y que el tratado de Risvick no le quitaba. Todas las cabezas del consejo-fueron de opinion contraria. El duque de Bauvilliers, especialmente, hizo ver con vigorosa elocuencia todos los azotes de la guerra que serían el fruto de esa peligrosa magnanimidad. Se le había encomendado la educación del duque de Borgoña y pensaba en todo como el preceptor del príncipe, el célebre arzobispo de Cambrai, tan conocido por sus máximas humanas de gobierno y por la preferencia que daba a los intereses del pueblo sobre la grandeza de los reyes. El marqués de Torcy apoyó, por consideraciones políticas, lo, que el duque de Beauvilliers había dicho como ciudadano. Hizo ver que no convenía irritar a la nación inglesa con un paso precipitado. Luis se rindió a la opinión unánime de su consejo y resolvió no reconocer al hijo de Jacobo II como rey.

El mismo día, María de Módena, viuda de Jacobo, habló con Luis XIV en el aposento de madame de Maintenon. Llorando, le ruega insistentemente que no les haga a su hijo, a ella, a la memoria de un rey que ha protegido, el ultraje de negarle un sencillo título, único resto de tantas grandezas: siempre se le han hecho a su hijo los honores de príncipe de Gales; se le debe, pues, tratar como rey después de la muerte de su padre; el rey Guillermo no puede quejarse de ello mientras se le deje gozar de su usurpación. Refuerza estos argumentos con el interés de la gloria de Luis XIV. Reconozca o no al hijo de Jacobo II, los ingleses no dejarán de tomar partido contra Francia y le quedará tan sólo el dolor de haber sacrificado la grandeza de sus sentimientos a miramientos inútiles. Estas manifestaciones y estas lágrimas fueron apoyadas por madame de Maintenon. El rey volvió a su primer sentimiento y a la gloria de apoyar, tanto como

podiese, a reyes oprimidos. Finalmente, Jacobo III fué reconocido el mismo día en que se había decretado en el consejo que no se le reconocería.

El marqués de Torcy ha hablado repetidas veces de esta anécdota singular. No la insertó en sus memorias manuscritas porque pensaba, decía, que no era honroso para su soberano el que dos mujeres le hubiesen hecho cambiar una resolución tomada en su consejo. Algunos ingleses me han dicho que tal vez, sin este paso, su Parlamento no hubiese tomado partido entre las casas de Borbón y de Austria; pero el que el rey reconociera a un príncipe proscrito por ellos, les pareció una injuria a la nación y un despotismo que se quería ejercer en Europa. Las instrucciones dadas por la ciudad de Londres a sus representantes fueron violentas.

“El rey de Francia nombra un virrey suyo confiriendo el título de soberano nuestro a un presunto príncipe de Gales. Nuestra condición sería muy desgraciada si debiéramos ser gobernados por la voluntad de un príncipe que ha empleado el hierro, el fuego y las galeras para destruir a los protestantes de sus estados; ¿tendría más humanidad para con nosotros que para con sus propios súbditos?”

Guillermo se expresó en el Parlamento con el mismo vigor. Se declaró al nuevo rey Jacobo culpable de alta traición: un bill de attainder se promulgó contra él, es decir, que fué condenado a muerte como su abuelo; y en virtud de este bill, se puso después su cabeza a precio. Tal era el destino de esta familia infortunada, cuyas desgracias no habían terminado todavía.¹⁰ Hay que confesar que esto era oponer la barbarie a la generosidad del rey de Francia.

Es muy probable que Inglaterra se habría declarado de cualquier modo contra Luis XIV, aun cuando le hubiera negado el vano título de rey al hijo de Jacobo II. La monarquía de España en manos de su nieto, parecía deber armar necesariamente contra él a las potencias marítimas. Los miembros del Parlamento sobornados no habrían detenido el torrente de la nación. Es un problema por resolver, el de si madame de Maintenon no pensó mejor que todo el consejo, y si Luis XIV no tuvo razón al dejar obrar la elevación y la sensibilidad de su alma.

El emperador Leopoldo comenzó primero esta guerra en Italia, en la primavera del año 1701. Italia ha sido siempre el país más caro a los intereses de los emperadores, en el que sus armas podían penetrar más fácilmente, por el Tirol y por el estado de Venecia; porque Venecia, aunque era aparentemente neutral, se inclinaba más, sin embargo, por la casa de Austria que por la de Francia. Por otra parte, obligada por los tratados a dar paso a las tropas alemanas, cumplía esos tratados sin dificultad.

Para atacar a Luis XIV del lado de Alemania, el emperador esperaba que el cuerpo germánico se inclinara en su favor. Tenía inteligencias y un partido en España, pero los frutos de esas inteligencias no podían nacer si uno de los hijos de Leopoldo no se presentaba para recogerlos, y ese hijo del emperador no podía ir allí sin la ayuda de las flotas de Inglaterra y de Holanda. El rey Guillermo apresuraba los preparativos. Su

espíritu, más activo que nunca, en un cuerpo sin fuerzas y sin vida, lo movía todo, menos por servir a la casa de Austria que por abatir a Luis XIV.

A principios de 1702, debía ponerse a la cabeza de los ejércitos. La muerte se anticipó a su designio. Una caída de caballo terminó de trastornar sus órganos debilitados y una breve fiebre lo mató. (19 de mayo de 1702) Murió sin responder a cuanto le dijeron sobre su religión los sacerdotes ingleses que rodeaban su lecho, y sin mostrar inquietud más que por los asuntos de Europa, que lo atormentaban.

Dejó tras de sí una reputación de gran político, aunque no fué popular; y de general temible, aunque perdió muchas batallas. Siempre mesurado en su conducta, vivaz tan sólo en los días de combate, reinó pacíficamente en Inglaterra gracias a que no quiso ser absoluto. Era llamado, como es sabido, estatúder de los ingleses y rey de los holandeses. Sabía todos los idiomas de Europa y no hablaba ninguno satisfactoriamente; su espíritu era mucho más reflexivo que imaginativo. Su carácter era, en todo, lo contrario del de Luis XIV; tan sombrío, retraído, severo, seco, silencioso como Luis XIV era afable. Odiaba a las mujeres tanto como Luis XIV las amaba. Luis XIV hacía la guerra como rey y Guillermo como soldado. Había combatido contra el gran Condé y contra Luxemburgo, dejó indecisa la victoria entre Condé y él en Senef, y reparó en poco tiempo sus derrotas en Steinkerque, en Nervein; tan altivo como Luis XIV, pero con esa altivez triste y melancólica que más bien aleja que impone. Las bellas artes florecieron en Francia por la solicitud de su rey, pero se descuidaron en Inglaterra, donde no se conoció más que una política dura e inquieta, conforme al genio del príncipe.¹²

Los que aprecian más el mérito de haber defendido a su patria y la victoria de haber ganado un reino sin tener ningún derecho natural, de haberse mantenido en el sin ser querido, de haber gobernado soberanamente Holanda sin subyugarla, de haber sido el alma y el jefe de la mitad de Europa, de haber tenido los recursos de un general y el valor de un soldado, de no haber perseguido jamás a nadie por su religión, de haber despreciado todas las supersticiones de los hombres, de haber sido sencillo y modesto en sus costumbres, le darán, sin duda, a Guillermo el sobrenombre de grande antes que a Luis XIV. Aquellos a quienes impresionan más los placeres y el boato de una corte brillante, la magnificencia, la protección dada a las artes, el celo por el bien público, la pasión por la gloria, el talento de reinar; a quienes admiran más la arrogancia con la que los ministros y generales han anexado provincias a Francia, a una orden de su rey; a quienes sorprende más el haber visto a un solo estado resistir a tantas potencias; los que aprecian más a un rey de Francia que sabe dar España a su nieto que a un yerno que destrona a su suegro; por último, los que sienten mayor admiración por el protector que por el perseguidor del rey Jacobo, preferirán a Luis XIV.

CAPITULO XVIII

GUERRA MEMORABLE POR LA SUCESIÓN A LA MONARQUÍA DE ESPAÑA.

COMPORTAMIENTO DE LOS MINISTROS

Y DE LOS GENERALES HASTA 1703.

A Guillermo III sucedió la princesa Ana, hija del rey Jacobo y de la hija de Hyde, abogado que llegó a canciller, y uno de los grandes hombres de Inglaterra.¹ Estaba casada con el príncipe de Dinamarca, que no fue más que su primer súbdito. En cuanto llegó al trono, adoptó todas las medidas del rey Guillermo, aunque había estado abiertamente disgustada con él. Esas medidas eran los votos de la nación. En otras partes, un rey hace entrar ciegamente a su pueblo en todas sus miras; pero en Londres un rey debe entrar en las de su pueblo.

Las disposiciones de Inglaterra y de Holanda para poner, de ser posible, en el trono de España al archiduque Carlos, hijo del emperador, o por lo menos, para resistir a los Borbones, merecen, tal vez, la atención de todos los siglos. Holanda debía, por su parte, mantener ciento dos mil hombres de tropa, bien en las guarniciones, o en campaña. La vasta monarquía española distaba mucho de poder suministrar otro tanto en esta coyuntura. Una provincia de mercaderes subyugada casi por completo en dos meses, treinta años antes, podía más entonces que los soberanos de España, de Nápoles, de Flandes, de Perú y de México. Inglaterra prometía cuarenta mil hombres, sin contar sus flotas. En todas las alianzas sucede que, a la larga, se contribuye con mucho menos de lo prometido. Inglaterra, por el contrario, dio cincuenta mil hombres en el segundo año, en vez de cuarenta mil, y hacia el final de la guerra mantuvo, tanto de sus tropas como de las aliadas, en las fronteras de Francia, en España, en Italia, en Irlanda, en América y en sus flotas, cerca de doscientos mil soldados y marineros combatientes; gasto casi increíble para quien piense que Inglaterra propiamente dicha no es sino un tercio de Francia, y que no tenía ni la mitad del dinero amonedado que tenía Francia, pero verosímil a los ojos de los que conocen el poder del comercio y del crédito. Los ingleses cargaron siempre con el fardo más pesado de esta alianza. Los holandeses aliviaron sensiblemente el suyo; porque, después de todo, la república de los Estados generales no es más que una ilustre compañía de comercio, e Inglaterra es un país fértil, lleno de negociantes y de guerreros.

El emperador debía suministrar noventa mil hombres, sin contar los socorros del Imperio y de los aliados que esperaba separar de la casa de Borbón. Entretanto, el nieto de Luis XIV reinaba ya pacíficamente en Madrid; y Luis, a comienzos del siglo, se hallaba en la cumbre de su poder y de su gloria; pero los que conocían los resortes de las

cortes de Europa y, sobre todo, los de la de Francia, empezaban a temer algunos reveses. España, debilitada durante el reinado de los últimos reyes de la sangre de Carlos V, lo estaba más todavía en los primeros días del reinado de un Borbón. La casa de Austria tenía partidarios en más de una provincia de esa monarquía. Cataluña parecía dispuesta a sacudir el nuevo yugo y a entregarse al archiduque Carlos. Era imposible que Portugal no se colocara, tarde o temprano, del lado de la casa de Austria. Evidentemente, le interesaba atizar entre los españoles, sus enemigos naturales, una guerra civil de la cual Lisboa sólo obtendría provecho. El duque de Saboya, que acababa de convertirse en suegro del nuevo rey de España y que estaba ligado a los Borbones por el parentesco y los tratados, parecía estar ya descontento de sus yernos. Cincuenta mil escudos por mes, elevados más tarde hasta doscientos mil francos, no parecían ser una ventaja lo bastante grande para retenerlo en su partido. No se conformaba con menos del Montferrate -mantuano y una parte del Milanesado. Las altanerías que sufría de los generales franceses y del ministerio de Versalles le hacían temer, con razón, que pronto sus dos yernos no lo tendrían en cuenta para nada, pues tenían sus estados cercados por todos lados. Ya había abandonado bruscamente el partido del Imperio por Francia. Era probable que, en vista de la poca consideración que Francia le tenía, se apartaría de ella en la primera ocasión.

En cuanto a la corte de Luis XIV y a su reino, los espíritus sagaces notaban ya un cambio que los torpes ven sólo cuando la decadencia se ha producido. El rey, con más de sesenta años de edad, se había hecho más retraído y no podía ya conocer tan bien a los hombres; veía las cosas con un alejamiento demasiado grande, con ojos menos atentos, y fascinados por una larga prosperidad. Madame de Maintenon, con todas las apreciables cualidades que poseía, no tenía ni la fuerza, ni el valor ni la grandeza de espíritu necesarios para sostener la gloria de un Estado. Contribuyó a que se le diera el ministerio de finanzas en 1699, y el de guerra en 1701, a su protegido Chamillart, hombre más honesto que buen ministro, que agradó al rey por la modestia de su conducta cuando era encargado de Saint-Cyr. A pesar de esa modestia aparente, tuvo la desgracia de creerse con fuerzas para llevar los dos fardos que Colbert y Louvois apenas habían sostenido. El rey, contando con su propia experiencia, creía poder dirigir acertadamente a sus ministros. Después de la muerte de Louvois, le dijo al rey Jacobo: “He perdido un buen ministro, pero vuestros asuntos y los míos no marcharán peor por ello.” Cuando eligió a Barbezieux como sucesor de Louvois en el ministerio de guerra, le dijo: “Yo he formado a vuestro padre y os formaré a vos igualmente.” otro tanto le dijo, sobre poco más o menos, a Chamillart. Un rey que había trabajado tanto tiempo, y con tanto acierto, parecía deber tener el derecho de hablar así, pero la confianza en sus luces lo engañaba.

Los generales que empleaba se sentían con frecuencia molestos por sus órdenes precisas, como si se tratara de embajadores que no debieran apartarse de sus instrucciones. Dirigía con Chamillart, en el gabinete de madame de Maintenon, las operaciones de la campaña. Si el general quería emprender alguna gran acción, debía a

menudo pedir permiso con un correo, que encontraba, a su regreso, la ocasión perdida o el general derrotado.⁴

Durante el ministerio de Chamillart se prodigaron las dignidades y las recompensas militares. Se dio permiso a jovencitos que apenas salían de la infancia de comprar regimientos, mientras que, entre los enemigos, un regimiento era el precio de veinte años de servicios. Más tarde, esta diferencia se hizo muy sensible en más de una ocasión, en la que un coronel experimentado hubiera podido impedir una derrota. La cruz de caballero de San Luis, recompensa creada por el rey en 1693, que ponía la emulación entre los oficiales, se vendió desde el comienzo del ministerio de Chamillart. Se compraba por cincuenta escudos en el ministerio de guerra. La disciplina militar - alma del servicio-, tan rígidamente mantenida por Louvois, cayó en un relajamiento funesto: ni se completó el número de soldados en las compañías, ni el de los oficiales en los regimientos. La facilidad de entenderse con los comisarios y la falta de atención del ministro producían ese desorden. De ahí surgía un inconveniente que debía, en igualdad de circunstancias, determinar que se perdieran inevitablemente las batallas. Porque, para tener un frente tan extenso como el del enemigo, era necesario oponer batallones débiles a batallones bien nutridos. Los almacenes no volvieron a ser lo suficientemente grandes ni estuvieron listos a tiempo. Las armas ya no fueron de un temple excelente. Quienes, pues, veían estos defectos del gobierno y sabían con qué generales tenía que habérselas Francia, temieron por ella, aun en medio de las primeras victorias que hacían prometer una prosperidad mayor que nunca.

El primer general que contrapesó la superioridad de Francia fué un francés; puesto que se debe dar este nombre al príncipe Eugenio, aunque fuese nieto de Carlos Manuel, duque de Saboya. Su padre, el conde de Soissons, establecido en Francia, teniente general de los ejércitos y gobernador de Champaña, se había casado con Olimpia Mancini, una de las sobrinas del cardenal Mazarino. (18 de octubre de 1663) De este matrimonio, desgraciado por otra parte, nació en París ese príncipe, tan peligroso después para Luis XIV y tan poco conocido por el en su juventud. Al principio, se le llamó en Francia el caballero de Carignan. Después, al hacerse eclesiástico, se le llamó el abate de Saboya. Se afirma que le pidió un regimiento al rey y pasó por la mortificación de una negativa acompañada de reproches. Al fracasar su gestión ante Luis XIV, fue a servir al emperador contra los turcos en el año 1683. Los dos príncipes de Conti se reunieron con el en 1685. El rey ordenó regresar a los príncipes de Conti y a todos sus acompañantes; el único que no obedeció fué el abate de Saboya, que ya había declarado que renunciaba a Francia. El rey, cuando lo supo, dijo a sus cortesanos: “¿No creéis que he sufrido una gran pérdida?” Y los cortesanos aseguraron que el abate de Saboya no dejaría de ser nunca un espíritu desordenado, un hombre incapaz de todo. Se lo juzgaba por algunos arrebatos de juventud, por los que no se debe juzgar nunca a los hombres. Ese príncipe, extremadamente despreciado en la corte de Francia, había nacido con las cualidades que hacen a un héroe en la guerra y a un gran hombre en la paz; era un espíritu pleno de rigor y de altivez, que tenía el valor necesario en los ejércitos y en el gabinete. Cometió errores como todos los generales, pero han quedado

ocultos bajo sus muchas grandes acciones. Debilitó la grandeza de Luis XIV y el poder otomano, gobernó el Imperio; y en el curso de sus victorias y de su ministerio-despreció igualmente el fausto y las riquezas. También cultivó las letras y las protegió tanto como era posible en la corte de Viena. A los treinta y siete años de edad tenía la experiencia de sus victorias obtenidas contra los turcos y de los errores cometidos por los imperiales en las últimas guerras, en las que había servido contra Francia.

Descendió a Italia por el Trentino hacia las tierras de Venecia con treinta mil hombres y con plena libertad de dirigirlos como quisiera. El rey de Francia le prohibió primero al mariscal de Catinat que se opusiera al paso del príncipe Eugenio, fuera por no cometer el primer acto de hostilidad -que no es una buena política cuando se tienen las armas en la mano-, fuera por congraciarse con los venecianos, menos peligrosos, sin embargo, que el ejército alemán.

Este error de la corte hizo cometer otros a Catinat. Rara vez se tiene éxito cuando se sigue un plan ajeno. Es sabido, además, cuán difícil es en ese país, tan cortado por ríos y arroyos, impedir que un enemigo hábil los pase. El príncipe Eugenio unía a una gran profundidad de propósitos una extraordinaria rapidez de ejecución. La naturaleza del terreno de las orillas del Adigio hacía que el ejército enemigo estuviera más concentrado todavía, y el francés más extendido. Catinat quería ir hacia el enemigo, pero algunos tenientes generales pusieron dificultades y maquinaron cábalas contra él. Tuvo la debilidad de no hacerse obedecer; la moderación de su espíritu le hizo cometer esta gran falta. Eugenio forzó primero la posición de Carpi, cerca del canal Blanco, defendida por Saint-Fremont, que no siguió del todo las órdenes del general y fué derrotado. Después de este triunfo, el ejército alemán se apoderó de la región situada entre el Adigio y el Adda; penetró en el Bressan, y Catinat se retiró detrás del Oglio. Muchos buenos oficiales aprobaron esta retirada, juzgándola prudente; y es necesario añadir también que la falta de las municiones prometidas por el ministro la hacía necesaria. Los cortesanos, y especialmente los que esperaban mandar en lugar de Catinat, hicieron que su conducta se considerara oprobiosa para el nombre francés. El mariscal de Villeroy convenció al rey de que repararía el honor de la nación. La confianza con la que habló y la simpatía que el rey le tenía hicieron que este general obtuviera el mando en Italia; y el mariscal de Catinat, a pesar de las victorias de Staffarde y de Marsaille, se vio obligado a servir bajo sus órdenes.

El mariscal duque de Villeroy, hijo del preceptor del rey, criado con el, había gozado siempre de su favor; había participado en todas sus campañas y de todos sus placeres; era un hombre de figura agradable e imponente, muy valiente, muy honrado, buen amigo, veraz en sociedad, magnífico en todo. Pero sus enemigos decían que cuando era general del ejército, se ocupaba más del honor y del placer de mandar que de los proyectos de un gran capitán. Le reprochaban que tenía tal apego a sus opiniones, que no se dignaba tomar en cuenta el parecer de los demás.

Fue a Italia a darle órdenes al mariscal de Catinat y disgustos al duque de Saboya. Hacía pensar que creía, en efecto, que un favorito de Luis XIV, a la cabeza de un ejército

poderoso, estaba muy por encima de un príncipe: lo llamaba Mons de Saboya, y lo trataba como a un general a sueldo de Francia y no como a un soberano, dueño de las barreras puestas por la naturaleza entre Francia e Italia. No se trató de conservar la amistad de este soberano tanto como era necesario. La corte pensó que el temor sería el único lazo capaz de retenerlo, y que un ejército francés, que incesantemente rodeaba a cerca de seis a siete mil soldados piamonteses, respondería de su fidelidad. El mariscal de Villeroi lo trató de igual a igual en el trato ordinario y como su superior en el mando. El duque de Saboya tenía el vano título de generalísimo; pero el mariscal de Villeroi lo era. Ordenó, primero, que se atacara al príncipe Eugenio en la posición de Chiari, cerca del río Oglio. (ii de septiembre de 1701) Los oficiales generales juzgaban que iba contra todas las reglas de la guerra el atacar ese puesto, por razones fundamentales: porque no tendría consecuencia alguna y porque las trincheras eran inaccesibles; porque no se ganaba con tomarla, y, en cambio, si se fracasaba, se perdería la gloria de la campaña. Villeroi le dijo al duque de Saboya que era necesario ponerse en marcha y envió un ayudante de campo para que ordenara de su parte al mariscal de Catinat que atacara. Catinat se hizo repetir la orden tres veces, luego se volvió hacia los oficiales que estaban a sus Ordenes, y dijo: “Vamos, pues, señores, es preciso obedecer.” Marcharon hacia las trincheras. El duque de Saboya, al frente de sus tropas, combatió como si hubiera estado contento de Francia. Catinat trató de hacerse matar; resultó herido, pero herido y todo, y viendo a las tropas del rey rechazadas y al mariscal de Villeroi que no daba órdenes, efectuó la retirada; después abandonó el ejército y se dirigió a Versalles a rendir cuenta de su conducta al rey, sin quejarse de nadie.

(2 de febrero de 1702) El príncipe Eugenio conservó constantemente su superioridad sobre el mariscal de Villeroi. Por último, en mitad del invierno, un día que el mariscal dormía tranquilamente en Cremona, ciudad bastante fortificada y provista de una numerosa guarnición, fué despertado por el ruido de una descarga de mosquetes. Se levanta apresuradamente, monta a caballo, y lo primero que se encuentra es un escuadrón enemigo. Inmediatamente, hacen prisionero al mariscal y, se lo llevan fuera de la ciudad, sin que supiera lo que pasaba, ni pudiera imaginarse la causa de tan extraño suceso. El príncipe Eugenio estaba ya en Cremona. Un sacerdote llamado Bozzoli, preboste de Santa María la Nueva, había hecho entrar a las tropas alemanas por una alcantarilla. Por esta alcantarilla entraron cuatrocientos soldados en la casa del sacerdote, que degollaron a las guardias de las dos puertas; abiertas las dos puertas, el príncipe Eugenio entró con cuatro mil hombres. Todo fué hecho antes de que el gobernador -un español- lo sospechara, y antes de que el mariscal de Villeroi se despertara. El secreto, el orden, la diligencia, todas las precauciones posibles prepararon la empresa. El gobernador español aparece en el primer momento en las calles con algunos soldados y lo matan de un tiro de fusil; mueren todos los oficiales generales o son capturados, a excepción del conde de Revel, teniente general, y del marqués de Praslin. El azar inutilizó la prudencia del príncipe Eugenio.

Ese día el caballero de Entragues debía pasar revista en la ciudad a las fuerzas de marina de las que era coronel, y, precisamente en el momento en que los soldados se reunían a

las cuatro de la mañana en un extremo de la ciudad, el príncipe Eugenio entraba por el otro. De Entragues echa a correr por las calles con sus soldados; hace resistencia a los alemanes que encuentra; da tiempo de acudir al resto de la guarnición; los oficiales, los soldados, revueltos, mal armados los unos, los otros casi desnudos, sin mando, sin orden, llenan las calles, las plazas publicas. Se combate de manera confusa, se atrincheran de calle en calle, de plaza en plaza. Dos regimientos irlandeses que formaban parte de la guarnición detienen los esfuerzos de los imperiales. Jamás ciudad alguna fué sorprendida con más prudencia ni defendida con más valor. La guarnición era de alrededor de cinco mil hombres. El príncipe Eugenio no había introducido todavía más de cuatro mil. Un grueso destacamento de su ejército debía llegar por el puente del Po: las medidas habían sido bien tomadas, pero otra casualidad las frustró completamente. El puente del Po, mal guardado por cerca de cien soldados franceses, debía ser tomado por los coraceros alemanes, a quienes en los momentos en que el príncipe Eugenio entraba en la ciudad, se les ordenó que fueran a apoderarse de él. A ese efecto, era necesario que, entrando por la puerta del mediodía vecina a la alcantarilla, salieran inmediatamente de Cremona, del lado norte, por la puerta del Po, y que corriesen hacia el puente. A él se dirigían cuando mataron al guía que los conducía de un tiro de fusil disparado desde una ventana; los coraceros toman una calle por otra y alargan su camino. En ese pequeño intervalo, los irlandeses se lanzan a la puerta del Po, luchan con los coraceros y los rechazan; el marqués de Praslin aprovecha la oportunidad y hace cortar el puente: el socorro esperado por el enemigo no puede llegar, y la ciudad se salva.

El príncipe Eugenio, después de luchar todo el día y dueño todavía de la puerta por la cual había entrado, se retira al fin, llevando al mariscal de Villeroi y a varios oficiales generales prisioneros, pero perdiendo Cremona, ganada por su actividad y su prudencia unidas a la negligencia del gobernador, y perdida azarosamente y por el valor de los franceses y de los irlandeses.⁸

El mariscal de Villeroi, extremadamente desafortunado en esta ocasión, fué condenado en Versalles por los cortesanos con todo el rigor y la amargura que inspiraban el favor de que gozaba y su carácter, cuya elevación les parecía demasiado cercana de la vanidad. Al rey, que lo lamentaba sin condenarlo, irritado porque censuraban tan abiertamente su elección, se le escapó esta frase: “Se dejan ir contra el porque es mi favorito”, término del que sólo se sirvió esta vez en toda su vida. El duque de Vendôme fue designado inmediatamente para mandar en Italia.

El duque de Vendôme, nieto de Enrique IV, era intrepido como él, dulce, bienhechor sin ostentación, no conocía el odio, ni la envidia, ni la venganza. Era orgulloso sólo con los príncipes; con los demás se portaba como un igual. Era el único general bajo cuyo mando el deber del servicio y el furor instintivo puramente animal y mecánico que obedece a la voz de los oficiales no llevaba los soldados al combate, sino que combatían por el duque de Vendôme; hubieran dado su vida por sacarlo de un mal paso, en el que la precipitación de su genio lo colocaba a veces. Se decía que no meditaba sus proyectos con la misma profundidad que el príncipe Eugenio, ni entendía como él el arte de

mantener a los ejércitos. Descuidaba demasiado los detalles; dejaba perder la disciplina militar; la mesa y el sueño le quitaban mucho tiempo, lo mismo que a su hermano. Esta molición lo puso más de una vez en peligro de ser capturado; pero en un día de acción, lo compensaba todo con su presencia de espíritu y con sus luces, que el peligro hacía más vivas; y esos días de acción los buscaba constantemente; menos apto que el príncipe Eugenio, según se decía, para una guerra defensiva, pero tan hábil como él para la ofensiva.

Ese desorden y esa negligencia que llevaba a los ejércitos los extremaba todavía más en su casa y en su propia persona: a fuerza de odiar el fausto llegó a un desaseo cínico, que carece de ejemplo; y su desinterés-la más noble de las virtudes- se convirtió en un defecto que le hizo perder, por su desorden, mucho más de lo que hubiera gastado en buenas acciones. Se le vio muchas veces carecer de lo necesario. Su hermano, el gran prior, que mandaba a sus órdenes en Italia, tenía todos estos mismos defectos y los llevaba todavía más lejos, pero los compensaba con un mismo valor. Era asombroso ver a dos generales levantarse a menudo del lecho a las cuatro de la tarde, y a dos príncipes, nietos de Enrique IV, sumidos en un abandono tal de sus personas que hubiera avergonzado a los hombres más viles.

Lo que es más sorprendente todavía, es esa mezcla de actividad y de indolencia, con la que Vendôme hizo contra Eugenio una guerra de ardides, sorpresas, marchas, cruces de ríos, pequeños combates a menudo tan inútiles como mortíferos, batallas sangrientas en las que ambas partes se atribuían la victoria (15 de agosto de 1702): como la de Luzara, por la que se cantaron Te deum en Viena y en París. Vendôme quedaba vencedor siempre que no tuviera que habérselas con el príncipe Eugenio en persona; pero en cuanto lo tenía enfrente, Francia ya no conseguía ventaja alguna.

(Enero de 1703) En medio de los combates y los asedios de tantos castillos y pequeñas ciudades, noticias secretas llegan a Versalles de que el duque de Saboya, nieto de una hermana de Luis XIII, suegro del duque de Borgoña, suegro de Felipe V, piensa abandonar a los Borbones y negocia el apoyo del emperador. Todo el mundo se sorprende de que abandone a la vez a sus dos yernos y hasta, según se cree, sus verdaderos intereses. Pero el emperador le prometía todo lo que sus yernos le habían negado, el Montferrate mantuano, Alejandría, Valence, las regiones situadas entre el Po y el Tanaro, y más dinero del que le daba Francia. Inglaterra debía suministrar ese dinero porque el emperador apenas tenía para pagar a sus ejércitos. Inglaterra, la más rica de las aliadas, contribuía más que todas ellas juntas a la causa común. El que el duque de Saboya casi no tomara en cuenta las leyes de las naciones y de la naturaleza, es una cuestión de moral que se mezcla poco en la conducta de los soberanos. A la postre, el acontecimiento hizo ver que no faltó, por lo menos en su tratado, a las leyes de la política; pero sí faltó en otro punto muy esencial: el de dejar sus tropas a merced de los franceses mientras trataba con el emperador. (14 de agosto de 1703) El duque de Vendôme las hizo desarmar. En realidad, no eran más que cinco mil hombres, pero no eran poca cosa para el duque de Saboya.

Apenas pierde este aliado la casa de Borbón, cuando se entera de que Portugal se ha declarado contra ella. Pedro, rey de Portugal, reconoce al archiduque Carlos como rey de España. El consejo imperial, en nombre del archiduque, desmembraba en favor de Pedro II una monarquía de la que no era dueño todavía ni de una ciudad: le cedía por uno de esos tratados que jamás se han ejecutado, Vigo, Bayona, Alcántara, Badajoz, una parte de Extremadura, todos los países situados al occidente del río de La Plata en América, en una palabra, repartía lo que no tenía para adquirir lo que pudiera en España.

El rey del Portugal, el príncipe de Darmstadt, ministro del archiduque; el almirante de Castilla, partidario suyo, imploraron hasta el auxilio del rey de Marruecos. No solamente hicieron tratados con ese bárbaro para obtener caballos y trigo, sino que le pidieron tropas. El emperador de Marruecos, Muley Ismael, el tirano más belicoso y el más político de las naciones mahometanas de entonces, puso, para enviar sus tropas, condiciones peligrosas para la cristiandad y vergonzosas para el rey de Portugal: pedía como rehén un hijo del rey y algunas ciudades. El tratado no se hizo. Los cristianos se destrozaron con sus propias manos, sin que en ello se mezclaran los bárbaros. Ese socorro de África no valía lo que el de Inglaterra y Holanda para la casa de Austria.

Churchill, conde y luego duque de Marlborough, declarado general de las tropas inglesas y holandesas en el año 1702, fue el hombre más fatal para la grandeza de Francia que haya existido en varios siglos. No era uno de esos generales a los que un ministro les da por escrito el proyecto de una campaña, y que, después de seguir a la cabeza de un ejército las órdenes del gabinete, vuelven a maquinar el honor de seguir sirviendo. Gobernaba entonces a la reina de Inglaterra, por la necesidad que se tenía de él y por la autoridad que su mujer ejercía sobre el espíritu de la reina. Manejaba al Parlamento por su prestigio y por el de Godolphin, gran tesorero, cuyo hijo se casó con su hija. Así, pues, dueño de la corte, del Parlamento, de la guerra y de las finanzas, más rey de lo que lo había sido Guillermo, tan político como él y como capitán muy superior, hizo más de lo que los aliados se atrevían a esperar. Tenía, por sobre todos los generales de su tiempo, ese valor tranquilo en medio de la confusión y esa serenidad de alma en el peligro que los ingleses llaman cold head, cabeza fría. Esta cualidad es tal vez el don primordial de la naturaleza para el mando, cualidad que les dio antiguamente tantas victorias a los ingleses sobre los franceses en las llanuras de Poitiers, de Creci y de Azincourt.

Marlborough, guerrero infatigable durante la campaña, se convertía en un negociador igualmente activo durante el invierno. Iba a La Haya y a todas las cortes de Alemania. Persuadía a los holandeses de esforzarse hasta el agotamiento para abatir a Francia; atizaba los resentimientos del elector palatino; acudía a halagar la soberbia del elector de Brandeburgo cuando este príncipe quería ser rey, ofreciéndole la servilleta en la mesa, para sacarle una ayuda de siete u ocho mil soldados. El príncipe Eugenio, por su parte, no terminaba una campaña más que para ir a hacer a Viena los preparativos de la otra. Se sabe que los ejércitos están bien provistos cuando su general es el ministro. Estos dos hombres, mandando juntos o separadamente, estuvieron constantemente en contacto; conferenciaban con frecuencia en La Haya con el gran pensionario Heinsius y

el escribano Fagel, que gobernaba las Provincias Unidas con tanta ilustración como los Barneveldt y los de Witt, y con mayor fortuna. Hacían mover de común acuerdo los resortes de la mitad de Europa contra la casa de Borbón; y el ministerio de Francia era entonces muy débil para resistir durante mucho tiempo a esas fuerzas reunidas. Guardaron siempre entre sí el secreto de su plan de campaña. Combinaban personalmente sus planes y se los confiaban a los que debían secundarlos en el instante de la ejecución. Chamillart, al contrario, que no era ni político ni guerrero, ni siquiera buen financista, no obstante lo cual desempeñaba el papel de primer ministro; incapaz como era de tomar medidas por sí mismo, las recibía de manos de sus subalternos. A veces, su secreto era divulgado antes inclusive de que supiera con exactitud lo que se debía hacer. El marqués de Feuquières se lo reprocha con razón; y madame de Maintenon confiesa en sus cartas que ese hombre elegido por ella era un ministro incapaz. Ésta fué una de las causas principales de la desgracia de Francia.

En cuanto Marlborough tuvo el mando de los ejércitos confederados en Flandes, hizo ver que habla aprendido el arte de la guerra a las órdenes de Turena, pues, en otro tiempo, había hecho sus primeras campañas como voluntario al mando de este general. En el ejército lo llamaban el hermoso inglés, pero el vizconde de Turena juzgó que el hermoso inglés sería más tarde un gran hombre. Comenzó por instruir oficiales subalternos y hasta entonces desconocidos, cuyo mérito descubría, sin sujetarse al escalafón militar, que nosotros llamamos en Francia el orden del cuadro. Sabía que cuando los grados se alcanzan tan sólo por antigüedad, desaparece la emulación, y que un oficial no por ser más antiguo es mejor. (1702) Formó primero hombres. Ganó terreno a los franceses sin combatir. El primer mes el conde de Athlone, general holandés, le disputaba el mando, y en el segundo se vio obligado a estar de acuerdo con él en todo. El rey de Francia había enviado para luchar contra él a su nieto el duque de Borgoña, príncipe sensato y justo, nacido para hacer felices a los hombres. El mariscal de Boufflers, persona de un valor infatigable, mandaba el ejército a las órdenes del joven príncipe; pero el duque de Borgoña, después de haber visto tornar algunas plazas y de verse forzado a retroceder por las sabias marchas de los ingleses, regresó a Versalles en plena campaña. (Septiembre y octubre de 1702) Boufflers fué el único testigo de los éxitos de Marlborough que tomó Venlo, Rure monde, Lieja, avanzó siempre y no perdió ni por un momento la superioridad.

Marlborough, de regreso en Londres después de esta campaña, recibió los honores de los cuales se puede gozar en una monarquía y en una república; la reina lo hizo duque y, lo que es más halagador, recibió el agradecimiento de las dos cámaras del Parlamento cuyos diputados fueron a complimentarlo a su casa.

Entretanto, surgía un hombre que parecía poder reafirmar la fortuna de Francia: era el mariscal duque de Villars, entonces teniente general y a quien hemos visto después como generalísimo de los ejércitos de Francia, de España y de Cerdeña, a la edad de ochenta y dos años, oficial audaz y pleno de confianza. Fué el artesano de su propio destino por la tenacidad con que supo ir más allá de su deber. Desagradó a veces a Luis XIV y, lo que era más peligroso, a Louvois, porque les hablaba con la misma audacia

con que servía. Se le reprochaba el no tener una modestia digna de su valor; pero al fin se dieron cuenta de que poseía un genio hecho para la guerra y para dirigir franceses. Se le hizo progresar en pocos años después de tenerlo olvidado largo tiempo.

Pocos hombres ha habido cuya suerte haya inspirado tantos celos y que los hayan inspirado más injustamente. Fué mariscal de Francia, duque y par, gobernador de provincia; pero también salvó al Estado; y otros, que lo perdieron o que sólo fueron cortesanos, tuvieron más o menos las mismas recompensas. Hasta su fortuna, que era mediana y la había adquirido mediante contribuciones en el país enemigo, como premio de su valor y de su conducta, le fué reprochada, mientras que los que amasaron fortunas diez veces más grandes por vías indecorosas las poseyeron con la aprobación universal. Empezó a gozar de su fama casi a la edad de ochenta años y le fué preciso sobrevivir a toda la corte para disfrutar plenamente de su gloria.

No es inútil hacer saber cuál fué la razón de esta injusticia humana: fué la de que el mariscal de Villars no era hábil, ni para hacerse de amigos con probidad y perspicacia, ni para hacerse valer hablando de sí mismo como merecía aue los demás hablaran.

Le dijo un día al rey, delante de toda la corte, cuando se despedía para ir a mandar el ejército: “Sire, voy a combatir con los enemigos de Vuestra Majestad, y os dejo en medio de los míos.” Y a los cortesanos del duque de Orléans, regente del reino, enriquecidos por esa ruina del Estado llamada sistema, les dijo: “En cuanto a mí, nunca he ganado nada más que de los enemigos.” Estas manifestaciones, en las que ponía el mismo valor que en sus acciones, rebajaban demasiado a los demás hombres, ya bastante irritados por su buena suerte.

Al comenzar la guerra, era uno de los tenientes generales que mandaban destacamentos en Alsacia. El príncipe de Baden, a la cabeza del ejército imperial, acababa de tomar Landao, defendida por Mélac durante cuatro meses. Este príncipe hacía progresos. Tenía las ventajas del número, del terreno, de un comienzo de campaña feliz. Su ejército estaba en las montañas de Brisgaw que están cerca de la Selva Negra; y esta selva inmensa separaba las tropas bávaras de las francesas. Catinat mandaba en Estrasburgo. Su circunspección le impidió acometer la empresa de atacar al príncipe de Baden con tanta desventaja. El ejército de Francia estaba perdido sin remedio, y con un mal resultado, Alsacia hubiera quedado abierta. Villars, que había resuelto ser mariscal de Francia o perecer, aventuró lo que Catinat no se atrevía a hacer. Obtuvo permiso de la corte, marchó hacia los imperiales con un ejército inferior y dió cerca de Fridlingen la batalla que lleva este nombre.

(14 de octubre de 1702) La caballería peleaba en el llano; la infantería francesa trepó a lo alto de la montaña y atacó a la infantería alemana atrincherada en los bosques. He oído contar más de una vez al mariscal de Villars que estando la batalla ganada, cuando marchaba al frente de su infantería, una voz gritó: Estamos copados. Al oír estas palabras, todos sus regimientos huyeron. Corre tras ellos y les grita: ¡Vamos, amigos, la victoria es nuestra! ¡Viva el rey! Los soldados responden: ¡Viva el rey!, temblando, y comienzan a huir de nuevo. Lo que dió mayor trabajo al general fue reunir a los

vencedores. Si dos regimientos enemigos hubiesen aparecido en ese momento de pánico, los franceses habrían sido vencidos: ¡de tal modo decide muchas veces la suerte el triunfo en las batallas!

El príncipe de Baden, después de perder tres mil hombres, su artillería, su campo de batalla; después de ser perseguido dos leguas a través de bosques y desfiladeros, y a pesar de que, como prueba de su derrota, el fuerte de Fridlingen capitulaba, hizo llegar a Viena la noticia de que había logrado la victoria e hizo cantar un Te Deum, más vergonzoso para él que la batalla perdida.

Los franceses, repuestos de su pánico, proclamaron a Villars mariscal de Francia en el campo de batalla; y quince días después, el rey confirmó lo que el voto de los soldados le había otorgado.

(Abril de 1703) El mariscal de Villars, con sus tropas victoriosas, se reúne al fin con el elector de Baviera; lo encuentra vencedor también, ganando terreno, y dueño de la ciudad imperial de Ratisbona, en la que el imperio reunido acababa de decidir su pérdida.

Villars era más apto para servir eficazmente al Estado, actuando solamente según su genio, que para obrar de concierto con algún príncipe. Llevó, o más bien arrastró al elector hasta más allá del Danubio, y cuando hubo cruzado el río, el elector se arrepintió, al ver que el menor fracaso dejaría a sus estados a merced del emperador. El conde de Styrum, al frente sobre poco más o menos de un cuerpo de veinte mil hombres, iba a unirse al gran ejército del príncipe de Baden, cerca de Donavert. “Es necesario que nos adelantemos -le dijo el mariscal al príncipe-; hay que caer sobre Styrum, y marchar de inmediato.” El elector ponía demoras: contestaba que debía conferenciar con sus generales y sus ministros. “Yo soy vuestro ministro y vuestro general -le replicó Villars-. ¿Necesitáis otro consejo, estando yo, cuando se trata de dar batalla?” El príncipe, preocupado por el peligro de sus estados, retrocedía aún; se enojaba con el general: “Bien- le dice Villars-, si vuestra alteza electoral no quiere aprovechar la ocasión con sus bávaros, yo voy a combatir con los franceses”; y acto seguido da la orden de ataque. El príncipe, indignado, y no viendo en ese francés más que un temerario, se vió obligado a combatir a pesar suyo. Esto ocurría en las llanuras de Hochstedt, cerca de Donavert.

(20 de diciembre de 1703) Después de la primera carga, se vió una vez mas lo que puede la suerte en los combates. El ejército enemigo y el francés, sobrecogidos de pánico, emprendieron la fuga los dos al mismo tiempo, y el mariscal de Villars se vio casi solo, durante algunos minutos, en el campo de batalla: reunió las tropas, las llamó de nuevo al combate, y obtuvo la victoria. Fueron muertos tres mil imperiales y capturados cuatro mil, y perdieron su artillería y su equipaje. El elector se apoderó de Augsburgo y el camino de Viena quedó abierto. En el consejo se discutió si el emperador debía salir de su capital.

Era excusable el terror del emperador: en esos momentos era derrotado en todas partes. (6 de septiembre) El duque de Borgoña, con los mariscales de Tallard y de Vauban a sus órdenes, acababa de tomar el viejo Brissac. (14 de noviembre de 1703) Tallard no sólo acababa de recuperar Landau, sino que había derrotado cerca de Spira al príncipe de Hesse, después rey de Suecia, que quería socorrer a la ciudad. Si hay que creer al marqués de Feuquieres -ese oficial y ese juez tan instruido en el arte militar, pero tan severo en sus juicios-, el mariscal de Tallard ganó esta batalla por un error o una equivocación. Pero, en fin, le escribió desde el campo de batalla al rey: “Sire, vuestro ejército se ha apoderado de más estandartes y banderas que perdido simples soldados.”

De todas las acciones de guerra, fué en ésta donde la bayoneta hizo mayor carnicería. La impetuosidad de los franceses les daba gran ventaja utilizando esta arma, pero después se ha hecho más amenazadora que mortífera, al prevalecer el fuego sostenido y continuado. Los alemanes y los ingleses se acostumbraron a disparar por divisiones con más orden y prontitud que los franceses. Los prusianos fueron los primeros en cargar sus fusiles con baquetas de hierro. El segundo rey de Prusia los adiestró para que pudieran tirar seis tiros por minuto con facilidad. La descarga simultánea de tres filas de soldados y el avance rápido inmediato deciden hoy la suerte de las batallas. Los cañones de campaña causan un efecto no menos temible, los batallones debilitados por este fuego no esperan el ataque de las bayonetas, y la caballería acaba de destrozarlos. Así, pues, la bayoneta asusta más que mata y la espada se ha tornado absolutamente inútil para la infantería. La fuerza corporal, la destreza, el coraje del combatiente ya no le sirven de nada. Los batallones se han convertido en grandes máquinas, la mejor montada de las cuales descompone inevitablemente a la que se le enfrenta. Precisamente por esta razón, el príncipe Eugenio ganó a los turcos las célebres batallas de Temesvar y de Belgrado, en las que los turcos habrían logrado probablemente la victoria por su superioridad numérica, si sólo se hubiera tratado de una refriega. Así, pues, el arte de destruirse no es sólo totalmente distinto de como era antes de la invención de la pólvora, sino de como era hace cien años.

Sin embargo, como al principio la suerte de Francia se sostenía tan felizmente del lado de Alemania, se presumía que el mariscal de Villars la llevaría más lejos aún con esa impetuosidad de genio desconcertante para la lentitud alemana; pero el mismo carácter que hacía de él un jefe temible lo tornaba incompatible con el elector de Baviera. El rey quería que sus generales fuesen altivos sólo con el enemigo; y el elector de Baviera fué lo bastante desdichado para pedir otro mariscal de Francia.

El propio Villars, cansado de las pequeñas intrigas de una corte borrascosa e interesada, de la irresolución del elector, y más todavía de las cartas del ministro Chamillart, tan lleno de prevención contra él como de ignorancia, pidió al rey su retiro. Ésta fué la única recompensa obtenida por las más sabias operaciones de guerra y por una batalla ganada. Para desgracia de Francia, Chamillart lo envió a lo más apartado de los Cevennes a reprimir campesinos fanáticos, y quitó a los ejércitos franceses el único general que podía entonces, con el duque de Vendome, inspirarles un valor invencible. Se hablará de los fanáticos en el capítulo de la religión.¹⁰ Luis XIV tenía entonces

enemigos más terribles, más afortunados y más irreconciliables que los habitantes de los Cévennes.

CAPÍTULO XIX

PERDIDA DE LA BATALLA DE BLEINHEIM O DE HOSCHSTEDT, Y SUS CONSECUENCIAS

El duque de Marlborough había vuelto a los Países Bajos a principios de 1703 con el mismo mando y la misma suerte. Había capturado Bonn, residencia del elector de Colonia; después recapturó Huy, Limburgo, y se había apoderado de todo el Bajo Rin. El mariscal de Villeroi, al salir de su prisión, mandaba en Flandes, y combatiendo contra Marlborough no tenía más suerte de la que había tenido contra el príncipe Eugenio. En vano el mariscal de Boufflers acababa de conseguir con un destacamento del ejército una pequeña ventaja en el combate de Eckeren, contra Obdam, general holandés. Un triunfo sin consecuencias no es nada.

Sin embargo, si el general inglés no acudía en socorro del emperador, la casa de Austria parecía perdida. El elector de Baviera era dueño de Passau. Treinta mil franceses a las órdenes del mariscal de Marsin, que había sucedido a Villars, ocupaban el país allende el Danubio. En Austria se propagaban los partidos. Viena estaba amenazada, de un lado, por los franceses y los bávaros; del otro, por el príncipe Ragotski, a la cabeza de los húngaros, que combatían por su libertad, y socorridos con el dinero de Francia y el de los turcos. Entonces el príncipe Eugenio acude desde Italia; va a asumir el mando de los ejércitos de Alemania y ve en Heilbron al duque de Marlborough. Este general inglés, cuyo proceder nada entorpecía, dueño de sus propósitos por voluntad de su reina y de los holandeses, marcha a socorrer el centro del Imperio. Lleva consigo diez mil ingleses de infantería y veintitrés escuadrones; apresura su marcha y llega al Danubio, cerca de Donavert, frente a las líneas del elector de Baviera, en las que alrededor de ocho mil franceses y otros tantos bávaros atrincherados custodiaban el país que habían conquistado. Después de dos horas de combate (2 de julio de 1704), Marlborough se abre paso al frente de tres batallones ingleses y vence a los bávaros y franceses. Se dice que mató seis mil hombres y que perdió casi otros tantos, pero poco le importa a un general el número de muertos cuando logra el objeto de su empresa. Toma Donavert, pasa el Danubio y le impone a Baviera una contribución de guerra.

El mariscal de Villeroi, que había querido seguirlo en sus primeras marchas, lo perdió de pronto de vista y supo dónde estaba al enterarse de la victoria de Donavert.

El mariscal de Tallard, con un cuerpo de cerca de treinta mil hombres, llega por otro camino para oponerse a Marlborough, y se une al elector; al mismo tiempo, el príncipe Eugenio se reúne con Marlborough.

Por fin, los dos ejércitos se encuentran, bastante cerca de Donavert, y en los mismos campos donde el mariscal de Villars había logrado una victoria un año antes. Éste se

hallaba entonces en los Cevennes. Sé que, habiendo recibido una carta del ejército de Tallard, escrita la víspera de la batalla, en la cual se le indicaba la disposición de los dos ejércitos y la forma en que el mariscal de Tallard quería combatir, le escribió a su cuñado, el presidente de Maisons, que, si el mariscal de Tallard daba la batalla conservando esa posición, sería inevitablemente derrotado. Se le enseñó la carta a Luis XIV, y fué publicada.

(13 de agosto de 1704) El ejército de Francia, contando a los bávaros, era de ochenta y dos batallones y de ciento sesenta escuadrones, lo que sumaba más o menos sesenta mil combatientes, porque los cuerpos no estaban completos. Sesenta y cuatro batallones y ciento cincuenta y dos escuadrones formaban el ejército enemigo, cuyo efectivo era sólo de cincuenta y dos mil hombres aproximadamente; porque siempre se hace a los ejércitos más numerosos de lo que son. Esta jornada, tan sangrienta y tan decisiva, merece una atención particular. Se le han reprochado muchos errores al general francés: el primero, el de haberse puesto en la necesidad de aceptar la batalla, en lugar de dejar que el ejército enemigo se consumiera por falta de forraje, y de darle al mariscal de Villeroi tiempo para caer sobre los Países Bajos desguarnecidos, o para avanzar en Alemania. Pero debe considerarse, como respuesta a ese reproche, que el ejército francés, siendo como era un poco más fuerte que el de los aliados, podía esperar deshacerlo y destronar con esa victoria al emperador. El marqués de Feuquières cuenta doce errores capitales cometidos por el elector, Marsin y Tallard, antes y después de la batalla. Uno de los más grandes fué el de no poner un fuerte cuerpo de infantería en su centro y de haber separado los dos cuerpos de ejército. He oído a menudo de boca del mariscal de Villars que esta disposición era inexcusable.

El mariscal de Tallard ocupaba el ala derecha; el elector, con Marsin, la izquierda. El mariscal de Tallard tenía, junto con el valor, todo el ardor y la vivacidad franceses, un espíritu activo, penetrante, fecundo en expedientes y en recursos. Fue él quien concertó los tratados de partición. Había llegado a la gloria y a la fortuna por las vías de un hombre de espíritu y de corazón. La batalla de Spira le dio mucha gloria, a pesar de las críticas de Feuquières; porque a los ojos del público un general victorioso no ha cometido errores; así como el general derrotado siempre se ha equivocado, por prudente que haya sido su conducta.

Pero el mariscal de Tallard tenía un defecto muy peligroso para un general: su vista era tan débil, que no distinguía los objetos a veinte pasos de distancia. Los que lo conocieron bien me han dicho, además, que su valor ardiente, completamente contrario al de Marlborough, al inflamarse en el calor de la acción, no dejaba a su espíritu en entera libertad. Este defecto provenía de una sangre rica y encendida. Es por demás sabido que nuestro temperamento determina todas las cualidades de nuestra alma.

El mariscal de Marsin no había sido, hasta entonces, comandante en jefe; y, con mucho espíritu y un sentido recto, se le atribuía más la experiencia de un buen oficial que la de un general.

En cuanto al elector de Baviera, se lo consideraba menos como un gran capitán que como un príncipe valiente, amable, querido por sus súbditos, de espíritu más magnánimo que dedicado.

Por fin, comenzó la batalla entre el mediodía y la una. Marlborough y sus ingleses, después de cruzar un arroyo, cargaban ya contra la caballería de Tallard. Este general, poco tiempo antes, se había desplazado a la izquierda, para ver cómo estaba dispuesta. Ya era una desventaja bastante grande el que el ejército de Tallard combatiese sin tener a su general al frente. El ejército del elector y de Marsin no era atacado todavía por el príncipe Eugenio. Marlborough atacó el ala derecha francesa cerca de una hora antes de que Eugenio hubiera podido llegar hasta el ala izquierda del elector.

El mariscal Tallard, en cuanto sabe que Marlborough ataca su ala, corre hacia allí: encuentra empeñada una acción furiosa; la caballería francesa es reagrupada tres veces y tres veces rechazada. Se dirige hacia el pueblo de Bleinheim, donde había apostado veintisiete batallones y doce escuadrones, pequeño ejército separado que hacía fuego continuo contra el de Marlborough. Da órdenes desde ese pueblo y vuela al lugar donde Marlborough, con la caballería y con batallones entre los escuadrones, rechazaba a la caballería francesa.

De Feuquières se equivoca evidentemente cuando dice que el mariscal de Tallard no se encontraba allí, y que lo hicieron prisionero al volver del ala de Marsin a la suya. Todos los relatos concuerdan -y fué una verdad terrible para él- en que se hallaba presente. Fue herido y su hijo recibió un tiro mortal estando junto a él. Toda la caballería es derrotada en su presencia. Marlborough, vencedor, penetra por un lado entre los dos ejércitos franceses; por el otro, sus oficiales generales penetran también entre el pueblo de Blenheim y el ejército de Tallard, separado todavía del pequeño ejército apostado en Bleinheim.

El mariscal de Tallard, en esta cruel situación, corre para reagrupar algunos escuadrones. La debilidad de su vista le hace tomar un escuadrón enemigo por uno francés, y cae prisionero de las tropas de Hesse, pagadas por Inglaterra. En el momento en que capturaban al general, el príncipe Eugenio, tres veces rechazado, obtenía a su vez ventaja. La derrota era ya total, y el cuerpo de ejército del mariscal de Tallard emprendía una fuga precipitada. La consternación y la ceguera de toda esta ala derecha llegaban al extremo de que oficiales y soldados se arrojaban al Danubio, sin saber adónde iban. Ningún oficial general daba órdenes para la retirada; ninguno pensaba en salvar esos veintisiete batallones y esos doce escuadrones de las mejores tropas de Francia, tan desdichadamente encerrados en Bleinheim, o en hacerlos combatir. El mariscal de Marsin ordenó entonces la retirada; y el conde de Bourg, después mariscal de Francia, salvó una pequeña parte de la infantería retirándose por los pantanos de Hochstedt; pero ni él, ni Marsin ni nadie pensó en el ejército que permanecía todavía en Bleinheim esperando en vano órdenes. Constaba de un efectivo de once mil hombres, y eran los cuerpos más antiguos. Hay muchos ejemplos de tropas menos numerosas que han derrotado ejércitos de cincuenta mil hombres o que han efectuado retiradas

gloriosas; pero el sitio en el que uno se halla apostado lo decide todo. No podían salir de las estrechas calles de un pueblo para ponerse por sí mismos en orden de batalla ante un ejército victorioso, que ni por un instante hubiera dejado de agobiarlos con un mayor frente, con su artillería, y hasta con los cañones del ejército vencido que estaban ya en poder del vencedor. El oficial general que debía mandarlos, el marqués de Clérembault, hijo del mariscal de Clérembault, corrió a pedirle órdenes al mariscal de Tallard. Se enteró de que está prisionero, no ve más que fugitivos, huye con ellos y acaba ahogándose en el Danubio.

El brigadier Sivieres, apostado en este pueblo, intenta entonces un golpe atrevido; incita a los oficiales de Artois y de Provenza para que marchen con él; acuden inclusive varios oficiales de otros regimientos; se arrojan sobre el enemigo como quien hace una salida de una plaza sitiada; pero después de la salida es menester entrar de nuevo en la plaza. Un momento después, uno de los oficiales, llamado Des Nonvilles, regresa a caballo al pueblo con milord Orkney, de apellido Hamilton. “¿Es un inglés prisionero el que traéis?”, le preguntaron los oficiales rodeándolo. “No, señores; soy yo el prisionero, y vengo a deciros que no hay otra solución para vosotros que la de convertirlos en prisioneros de guerra. He aquí al conde de Orkney, que os ofrece la capitulación.” Todas aquellas viejas tropas temblaron; Navarra desgarró y enterró sus banderas; pero fué preciso, al fin, doblegarse ante la necesidad, y el ejército se rindió sin combatir. Milord Orkney me ha dicho que ese cuerpo de ejército no podía hacer otra cosa en su penosa situación. Europa se asombró de que las mejores tropas francesas hubieran sufrido en masa esta ignominia. Se atribula su infortunio a la cobardía; pero pocos años después, los catorce mil suecos que se rindieron a discreción a los rusos en campo abierto justificaron a los franceses.

Tal fué la célebre batalla que en Francia se llama de Hochstedt, en Alemania de Pleintheim y en Inglaterra de Bleinheim. Los vencedores tuvieron cerca de cinco mil muertos y casi ocho mil heridos, en su mayor parte del lado del príncipe Eugenio. El ejército francés quedó casi enteramente destruido; de sesenta mil hombres, tanto tiempo victoriosos, apenas si se reunieron más de veinte mil efectivos.

Alrededor de doce mil muertos, catorce mil prisioneros, toda la artillería, un número prodigioso de estandartes y de banderas, las tiendas, los equipos, el general del ejército y mil doscientos oficiales de categoría en poder del vencedor señalaron esta jornada: los fugitivos se dispersaron; cerca de cien leguas de territorio se perdieron en menos de un mes. Baviera por entero, al pasar bajo el yugo del emperador, experimentó todo el rigor del gobierno austríaco irritado, y la rapacidad y la barbarie del soldado vencedor. El elector, al ir a refugiarse en Bruselas, se encontró en el camino a su hermano el elector de Colonia, expulsado como él de sus estados, y se abrazaron derramando lágrimas. La sorpresa y la consternación se apoderaron de la corte de Versalles, acostumbrada a la prosperidad. La noticia de la derrota llegó en medio del regocijo por el nacimiento de un bisnieto de Luis XIV. Nadie se atrevía a comunicar al rey tan cruel verdad; fué necesario que madame de Maintenon se encargara de decirle que ya no era invencible.

Se ha dicho, y se ha escrito, y todas las historias lo han repetido, que el emperador hizo erigir en las llanuras de Bleinheim un monumento de esta derrota, con una inscripción deshonorosa para el rey de Francia; pero ese monumento no existió jamás. Solamente Inglaterra erigió uno a la gloria del duque de Marlborough. La reina y el Parlamento mandaron construir para él, en el más importante de sus dominios, un palacio

inmenso que lleva el nombre de Bleinheim. La batalla está representada en los cuadros y las tapicerías. El agradecimiento de las cámaras del Parlamento, de las ciudades y las villas, las aclamaciones de Inglaterra, fueron el primer premio que recibió por su victoria. El poema del célebre Addison-monumento más duradero que el palacio de Bleinheim- es considerado por esta nación guerrera y sabia como una de las recompensas más honorables del duque de Marlborough. El emperador lo hizo príncipe del Imperio dándole el principado de Mindelheim, que después fué cambiado por otro; pero jamás fué conocido con este título, habiéndose convertido el de Marlborough en el nombre más hermoso que pudiera llevar.

El ejército de Francia, dispersado, dejó a los aliados un camino abierto del Danubio al Rin. Cruzan el Rin y entran en Alsacia. El príncipe Luis de Baden, general célebre por los campamentos y por las marchas, puso sitio a Landao, que los franceses habían recuperado. El rey de los romanos, José, hijo mayor del emperador Leopoldo, acudió al asedio. Tomaron Landao y Trabach (19 y 23 de noviembre de 1704).

Las cien leguas de territorio perdidas no hicieron retroceder las fronteras de Francia. Luis XIV sostenía a su nieto en España y vencía en Italia. Era necesario hacer grandes esfuerzos en Alemania para resistir a Marlborough, y se hicieron. Se reunieron los restos del ejército; se sacaron tropas de las guarniciones, se hizo marchar a las milicias; el ministerio tomó dinero a préstamo de todos lados. Por fin se tuvo un ejército, y se hizo volver de su retiro de Cevennes al mariscal de Villars para mandarlo. Regresó, y se encontró cerca de Treveris, con fuerzas inferiores, frente al general inglés. Los dos querían empeñar una nueva batalla; pero como el príncipe de Baden no llegó a tiempo para unir sus tropas con las inglesas, Villars tuvo, por lo menos, el honor de iacer levantar el campo a Marlborough (mayo de 1705), que ya era mucho hacer entonces. El duque de Marlborough, que estimaba lo bastante al mariscal de Villars como para desear ser apreciado, le escribió al levantar el campo: “Hacedme la justicia de creer que mi retirada es por culpa del príncipe de Baden, Y que mi estima por vos es más grande que mi enfado con él.”

Los franceses tenían, pues, barreras en Alemania todavía. Flandes, en el que mandaba el mariscal de Villeroy liberado de su prisión, no era atacado. En España, tanto el rey Felipe V como el archiduque Carlos esperaban la corona: el primero, que le vendría del poder de su abuelo y de la buena voluntad de la mayor parte de los españoles; el segundo pensaba detenerlo con la ayuda de los ingleses y de los partidarios que tenía en Cataluña y en Aragón. Este archiduque, después emperador, hijo segundo del emperador Leopoldo, que no tenía más que este título, fué a Londres, a fines de 1703, casi sin séquito, a implorar el apoyo de la reina Ana.

Entonces se mostró todo el poder de los ingleses. Esta nación, tan extraña a la querella, suministró al príncipe austríaco doscientos barcos de transporte y treinta naves de guerra, que se añadieron a diez barcos holandeses, llueve mil hombres de tropa y dinero para ir a conquistar un reino. Pero la superioridad que dan el poder y los beneficios no le impidieron al emperador, en su carta a la reina Ana, presentada por el archiduque, negar a esta soberana benefactora suya el título de Majestad: le daba el tratamiento de Serenidad, según el estilo de la corte de Viena, que sólo el uso podía justificar y que la razón hizo cambiar después, cuando el orgullo se dobló ante la necesidad.

CAPITULO XX

PÉRDIDAS EN ESPAÑA; PÉRDIDA DE LAS BATALLAS DE RAMILLIES Y DE TURÍN, Y SUS CONSECUENCIAS

Una de las primeras hazañas de las tropas inglesas fué tomar Gibraltar, que pasaba con razón por ser inexpugnable. Una larga cadena de rocas escarpadas impiden toda aproximación del lado de tierra, y no hay puerto. Una bahía larga, insegura y borrascosa deja los barcos expuestos a las tempestades y a la artillería de la fortaleza y del muelle: sus ciudadanos solos la defenderían de mil barcos y cien mil hombres; pero esta misma fuerza fué la causa de la captura. Había solamente cien hombres de guarnición, y era suficiente; pero descuidaban un servicio que creían inútil. El príncipe de Hesse desembarcó con mil ochocientos soldados en el istmo situado al norte, detrás de la ciudad: pero de ese lado, una roca escarpada hace la ciudad inatacable. La flota disparó en vano quince mil cañonazos. Por último, algunos marineros, en el curso de una de sus diversiones se acercan en barcas, bajo el muelle cuya artillería debía fulminarlos, pero que no disparó. Suben al muelle y se apoderan de él, las tropas acuden y esa ciudad inexpugnable se ve obligada a rendirse. (4 de agosto de 1704) Todavía es de los ingleses en el tiempo en que escribo. España, convertida de nuevo en potencia bajo el gobierno de la princesa de Parma, segunda mujer de Felipe V, y victoriosa después en África y en Italia, ve todavía con dolor impotente a Gibraltar en manos de una nación septentrional, cuyos barcos apenas frecuentaban, hace dos siglos, el mar Mediterráneo.

Inmediatamente después de la toma de Gibraltar, la flota inglesa, dueña del mar, atacó a la vista de Málaga al conde de Toulouse, almirante de Francia: batalla indecisa, en verdad, pero última época del poderío de Luis XIV. Su hijo natural, el conde de Toulouse, almirante del reino, mandaba cincuenta buques de guerra y veinticuatro galeras. Se retiró con gloria y sin pérdidas. (Marzo de 1705) Pero después, el rey envió trece barcos para atacar Gibraltar, mientras el mariscal de Tessé lo sitiaba por tierra, y esta doble temeridad perdió a la vez al ejército y a la flota. Una parte de los barcos fué destrozada por la tempestad; la otra capturada por los ingleses al abordaje, después de una resistencia admirable; otra quemada en las costas de España. A partir de ese día, no se volvieron a ver más grandes flotas francesas ni en el Océano ni en el Mediterráneo. La marina, volvió casi al estado del cual la sacó Luis XIV, a semejanza de tantas otras cosas brillantes que tuvieron bajo el reinado su levante y su ocaso.

Los mismos ingleses que tomaron Gibraltar para sí mismos conquistaron en seis semanas el reino de Valencia y de Cataluña para el archiduque Carlos. Capturaron Barcelona por una casualidad, resultado de la temeridad de los sitiadores.

Los ingleses estaban a las órdenes de uno de los hombres más singulares que ese país haya producido jamás, tan fértil en espíritus altivos, valientes y extravagantes. Era el conde Peterborough, hombre semejante en todo a esos héroes con los cuales la imaginación de los españoles ha llenado tantos libros. A los quince años partió de Londres para ir a pelear contra los moros en África; cuando tenía veinte años comenzó la revolución en Inglaterra, y fué el primero en ir a Holanda a ponerse al lado del príncipe de Orange; pero como temiera que sospecharan de la razón de su viaje se embarcó para América y de allí se fué a La Haya en un barco holandés. Perdió, dio todos sus bienes, y rehizo su fortuna más de una vez. Por aquel entonces hacía la guerra en España, casi a sus expensas, y mantenía al archiduque y a toda su casa. Era él quien sitiaba Barcelona con el príncipe de Darmstadt y le propuso a éste un ataque sorpresivo a las trincheras que cubren el fuerte Montjuich y la ciudad. Toman espada en mano las trincheras, en las que perece el príncipe de Darmstadt. Una bomba explota en el frente sobre el depósito de pólvora y lo hace saltar; toman el fuerte y la ciudad capitula. El virrey habla con Peterborough a las puertas de la ciudad. Los artículos no se habían firmado aún cuando se oyen de pronto gritos y alaridos. “Nos traicioáis-dice el virrey a Peterborough-; nosotros capitulamos con buena fe y vuestros ingleses han entrado en la ciudad por las murallas. Degüellan, saquean y violan.” “Os equivocáis-contestó el conde Peterborough-; deben ser tropas del príncipe de Darmstadt. No hay más que un medio de salvar vuestra ciudad: el de dejarme entrar inmediatamente con mis ingleses; yo apaciguaré todo y volveré a la puerta a concluir la capitulación.” Habló con tal acento de verdad y de grandeza que, unido al peligro presente, persuadió al gobernador, que lo dejó entrar. Corre con sus oficiales; encuentra alemanes y catalanes, quienes junto con la plebe de la ciudad saqueaban las casas de los principales ciudadanos; los echa; les hace dejar el botín que robaban; encuentra a la duquesa de Popoli entre las manos de los soldados a punto de ser deshonrada, y la devuelve a su marido. Por último, después de apaciguarlo todo, vuelve a la puerta y firma la capitulación. Los españoles estaban confundidos al ver tanta magnanimidad en los ingleses que el populacho había tomado por bárbaros despiadados, porque eran herejes.

A la pérdida de Barcelona se unió, además, la humillación de desear inútilmente rescatarla. Felipe V, dueño de la mayor parte de España, no contaba con generales, ni con ingenieros ni con soldados casi. Francia lo suministraba todo. El conde de Toulouse vuelve a bloquear el puerto con veinticinco barcos que le quedaban a Francia. El mariscal de Tessé le pone sitio con treinta y un escuadrones y treinta y siete batallones; pero llega la flota inglesa y la francesa se retira, el mariscal de Tessé levanta el asedio con precipitación. Deja en su campamento enormes pertrechos, y huye dejando abandonados mil quinientos heridos a la humanidad del conde de Peterborough. Todas estas pérdidas eran grandes: no se sabía si le había costado más a Francia vencer antes a España que socorrerla ahora. No obstante, el nieto de Luis XIV se sostenía por el afecto de la nación castellana, que tiene a orgullo ser fiel, y que persistía en su elección.

Los negocios iban bien en Italia. Luis XIV estaba vengado del duque de Saboya. Primero, el duque de Vendôme había rechazado gloriosamente al príncipe Eugenio en la

jornada de Cassano, cerca del Adda (16 de agosto de 1705): jornada sangrienta, y una de esas batallas indecisas por las que se cantan Te Deum por ambas partes, pero que sólo sirven para la destrucción de los hombres, y no hacen progresar los asuntos de ninguno de los adversarios. (19 de abril de 1706) Después de la batalla de Cassano ganó plenamente la de Calcinato, en ausencia del príncipe Eugenio, que al llegar al día siguiente de la batalla pudo ver todavía a un destacamento de sus tropas totalmente deshecho. Por último, los aliados se vieron obligados a ceder todo el terreno al duque de Vendôme. Turín era una de las pocas ciudades que quedaban por tomar; iba a ser sitiada, y no parecía haber posibilidad de que la socorrieran. Por el lado de Alemania, el mariscal de Villars rechazaba al príncipe de Baden. Villeroi mandaba en Flandes un ejército de ochenta mil hombres, jactándose de reparar -combatiendo contra Marlborough-la desgracia sufrida en la contienda con el príncipe Eugenio. El exceso de confianza en sus propias luces fué, más que nunca, funesto a Francia.

Cerca del Méhaigne, hacia los manantiales del pequeño Ghette, el mariscal de Villeroi había acampado su ejército; el centro estaba en Ramillies, pueblo que se hizo tan famoso como Hochstedt. Hubiera podido evitar la batalla. Los oficiales generales le aconsejaban ese proceder, pero pudo más en él el ciego deseo de gloria. (23 de mayo de 1706) Se afirma que dispuso las cosas de tal forma, que a ningún hombre experimentado se le escapó cuál sería su resultado funesto. Tropas de reclutas, ni disciplinadas ni completas, ocupaban el centro: dejó los equipajes entre las líneas de su ejército y apostó a su ala izquierda detrás de un pantano, como si hubiera querido impedirle avanzar hacia el enemigo.

Marlborough, que advirtió todos estos errores, dispuso su ejército para aprovecharlos. Viendo que la izquierda del ejército francés no puede ir a atacar su derecha, desguarnea en seguida la derecha para arrojarse sobre Ramillies con un número superior. M. de Gassion, teniente general, ve ese movimiento de los enemigos y le dice al mariscal: “Estáis perdido si no cambiáis el orden de batalla. Desguarnecked la izquierda para oponer al enemigo en número igual. Acercad más vuestras líneas. Si tardáis un momento ya no habrá remedio.” Varios oficiales apoyaron este consejo saludable. El mariscal no les creyó. Marlborough ataca. Tenía que habérselas con enemigos dispuestos en línea de batalla, como él mismo hubiera querido apostarlos para vencerlos. Esto es lo que toda Francia ha dicho; y la historia es, en parte, el relato de las opiniones de los hombres; pero, ¿no debería decirse también que las tropas de los aliados estaban mejor disciplinadas, que la confianza en sus jefes y en sus triunfos pasados les inspiraban más audacia? ¿No hubo regimientos franceses que cumplieron mal con su deber? ¿Y los batallones que mejor resisten el fuego no son los que determinan el destino de los estados?

El ejército francés no resistió ni media hora. En Hochstedt se combatió cerca de ocho horas, y se les mataron cerca de ocho mil hombres a los vencedores; pero en la jornada de Ramillies el enemigo no perdió ni dos mil quinientos hombres: fué una derrota total; los franceses perdieron veinte mil combatientes, la gloria de la nación y la esperanza de recuperar la superioridad. Baviera y Colonia se perdieron por la batalla de Hochstedt;

todo el Flandes español se perdió por la de Ramillies. Marlborough 'entró victorioso en Amberes, en Bruselas; tomó Ostende; Menin se le rindió.

El mariscal de Villeroy, desesperado, no se atrevía a escribirle al rey para comunicarle esta derrota. Se estuvo cinco días sin enviarle correos. Por fin, le escribió confirmando la noticia, que ya consternaba a la corte de Francia, y cuando reapareció delante del rey, el monarca, en vez de hacerle reproches, le dijo: “Señor mariscal, no se es afortunado a nuestra edad.”

El rey retira inmediatamente de Italia al duque de Vendôme, donde no lo cree necesario, para enviarlo a Flandes a remediar, de ser posible, ese infortunio. Esperaban al menos, con visos de razón, que la toma de Turín lo consolara de tantas pérdidas. El príncipe Eugenio no estaba en situación de acudir a socorrerla; se encontraba más allá del Adigio, y el río, bordeado de este lado por una larga cadena de trincheras, parecía hacer impracticable el paso. Esa gran ciudad estaba sitiada por cuarenta y seis escuadrones y cien batallones.

El duque de La Feuillade, que los mandaba, era el hombre más brillante y más amable del reino; y, aunque era yerno del ministro, gozaba del favor público. Era hijo de aquel mariscal de La Feuillade que erigió la estatua de Luis XIV en la plaza de las Victorias. Tenía el valor de su padre, su misma ambición y brillantez, y más espíritu. Esperaba, como recompensa por la conquista de Turin, el bastón de mariscal de Francia. Su suegro, Chamillart, lo quería tiernamente y lo había hecho todo para asegurarle el éxito. La imaginación se espanta con el detalle de los preparativos de ese asedio; y a los lectores que no tienen la posibilidad de entrar en tales indagaciones les gustará quizá encontrar aquí cuál fué ese inmenso e inútil aparato.

Se hicieron llevar ciento cuarenta piezas de artillería, y debe hacerse notar que cada gran cañón montado equivale a dos mil escudos aproximadamente. Había ciento diez mil balas, ciento seis mil cartuchos de una clase y trescientos mil de otra; veintiún mil bombas, veintisiete mil setecientas granadas, quince mil sacos para tierra, treinta mil herramientas para zapar, ciento veinte mil libras de pólvora. Agregad a estas municiones el plomo, el hierro y la lámina, las cuerdas, todo lo que utilizan los zapadores; el azufre, el salitre, los útiles de toda especie. En verdad, los gastos de todos estos preparativos de destrucción bastarían para fundar y hacer florecer la más numerosa colonia. Todo asedio de una gran ciudad exige gastos inmensos y, en cambio, se descuida reparar en el propio país un pueblo arruinado.

El duque de La Feuillade, pleno de ardor y de actividad, capaz como nadie de las empresas que sólo piden valor, pero incapaz de las que exigen habilidad, meditación y tiempo, apresuraba el sitio contra todas las reglas. El mariscal de Vauban, el único general, tal vez, que amaba al Estado más que a sí mismo, le había ofrecido al duque de La Feuillade dirigir el asedio como ingeniero y servir en su ejército como voluntario; pero la altivez de La Feuillade tomó los ofrecimientos de Vauban por orgullo que se ocultaba bajo una aparente modestia. Le molestó que el mejor ingeniero de Europa le quisiera dar consejos. En una carta que yo he visto, le escribió: Espero tomar Turín a lo

Cohorn. Cohorn era el Vauban de los aliados, buen ingeniero y buen general, que más de una vez había tomado plazas fortificadas por Vauban. Después de semejante carta, era preciso apoderarse de Turín; pero habiéndola atacado por la ciudadela, que era el lado más fuerte, y no habiendo, además, rodeado toda la ciudad, podían entrar en ella socorros y víveres; el duque de Saboya podía salir; y cuanta más impetuosidad ponía el duque de La Feuillade en ataques reiterados e infructuosos, tanto más lentamente se prolongaba el asedio.

El duque de Saboya salió de la ciudad con algunas tropas de caballería para engañar al duque de La Feuillade. Éste se aparta del sitio para correr tras el príncipe, quien, conociendo mejor el terreno, escapa a su persecución. La Feuillade no alcanza al duque de Saboya, y la dirección del asedio se resiente.

Casi todos los historiadores han asegurado que el duque de La Feuillade no quería apoderarse de Turín, y afirman que había jurado a la duquesa de Borgoña respetar la capital de su padre; dicen que esta princesa comprometió a madame de Maintenon para que se tomaran todas las medidas que asegurasen la salvación de la ciudad. En verdad, casi todos los oficiales del ejército estuvieron durante largo tiempo convencidos de ello; pero esto no era más que uno de esos rumores populares que desacreditan el juicio de los novelistas y deshonoran a los historiadores. Por otra parte, habría sido muy contradictorio el que un mismo general quisiera perder Turín y apoderarse del duque de Saboya.

Desde el 13 de mayo hasta el 20 de junio, el duque de Vendôme, a orillas del Adigio, favorecía el asedio; y creía poder cerrar todos los pasos al príncipe Eugenio con setenta batallones y sesenta escuadrones.

El general de los imperiales carecía de hombres y de dinero. Los merceros de Londres le prestaron alrededor de seis millones de nuestras libras; y, finalmente, hizo venir tropas de los círculos del Imperio. La lentitud de esos socorros habría podido perder a Italia, pero la lentitud del sitio de Turin era aún mayor.

Vendôme había sido nombrado ya para ir a reparar las pérdidas en Flandes; pero antes de dejar Italia permite que el príncipe Eugenio cruce el Adigio, lo deja atravesar el canal Blanco y, por último, el mismo Po, río más ancho y en ciertos lugares más difícil que el Ródano. El general francés no abandonó las orillas del Po hasta no ver al príncipe Eugenio en situación de abrirse camino hasta las inmediaciones de Turín. Así, pues, dejó los asuntos en una gran crisis en Italia, mientras parecían desesperados en Flandes, Alemania y España.

El duque de Vendôme se dirige entonces hacia Mons a reunir los restos del ejército de Villeroi; y el duque de Orléans, sobrino de Luis XIV, va hacia el Po a mandar las tropas del duque de Vendôme, que estaban desordenadas, como si hubieran sido derrotadas. Eugenio había cruzado el Po, a la vista de Vendôme; cruza el Tanaro ante los ojos de Orléans; toma Carpi, Correggio, Reggio; hace una marcha ocultándose de los franceses y, por último, se reúne con el duque de Saboya cerca de Asti. Todo lo que pudo hacer el

duque de Orléans fué reunirse con el duque de La Feuillade en el campamento situado frente a Turín. El príncipe Eugenio lo sigue diligentemente. En estas circunstancias, podían tomarse dos partidos: el de esperar al príncipe Eugenio en las líneas de circunvalación, o el de marchar hacia él cuando se encontraba cerca de Veillane. El duque de Orléans convoca un consejo de guerra: lo componían el mariscal de Marsin, el mismo que perdió la batalla de Hochstedt; el duque de La Feuillade, Albergotti, Saint-Fremont y otros tenientes generales. “Seflores -les dijo el duque de Orléans-, si permanecemos en nuestras líneas perdemos la batalla. Nuestra circunvalación tiene cinco leguas de extensión: no podemos guarnecer todas esas trincheras. Veis aquí al regimiento de marina, que apenas si se extiende de dos en fondo; allá veis lugares enteramente desguarnecidos. El Doria, que pasa por nuestro campamento, impedirá a nuestras tropas prestarse rápidos auxilios. Cuando el francés espera ser atacado, pierde la mayor de sus ventajas: esa impetuosidad y esos fogosos arranques que deciden con tanta frecuencia la victoria en las batallas. Creedme, es necesario marchar hacia el enemigo” Todos los tenientes contestaron: Es necesaria marchar. Entonces, el mariscal de Marsin saca del bolsillo una orden del rey por la cual debía acatarse su opinión en caso de acción: y su opinión fué la de permanecer en las líneas.

El duque de Orléans, indignado, vio que se le había enviado al ejército como príncipe de la casa real y no como general; y, obligado a seguir el consejo del mariscal de Marsin, se preparó a ese combate tan desventajoso.

Los enemigos parecían querer realizar varios ataques a la vez; sus movimientos sembraban la incertidumbre en el campamento de los franceses. El duque de Orkans quería una cosa y La Feuillade otra; se discutía sin llegar a ninguna conclusión. Por fin, se deja a los enemigos pasar el Doria. Avanzan en ocho columnas de veinticinco hombres de profundidad; es menester oponerles al instante batallones de un espesor suficientemente fuerte.

Albergotti, situado lejos del ejército, sobre la montaña de los Capuchinos, tenía con el veinte mil hombres, a los que se enfrentaban milicias que no se atrevían a atacarlo. Le mandan pedir doce mil hombres y contesta que no puede desguarnecerse: da razones ociosas; se las escucha y el tiempo se pierde. (7 de septiembre de 1706) El príncipe Eugenio ataca las trincheras, y al cabo de dos horas las fuerza. El duque de Orléans, herido, se retira para hacerse vendar. Apenas acaba de ponerse en manos de los cirujanos, cuando le dicen que todo está perdido, que los enemigos son dueños del campo y que la derrota es general. Es preciso huir inmediatamente, y se abandonan las líneas, las trincheras; el ejército se dispersa. Todos los equipajes, las provisiones, las municiones, la caja militar caen en manos del vencedor.

El mariscal de Marsin, herido en el muslo, es hecho prisionero; un cirujano del duque de Saboya le cortó la pierna, y el mariscal murió momentos después de la operación. El caballero de Methuin, embajador de Inglaterra ante el duque de Saboya, el más generoso, el más franco y el hombre más bueno de su país que haya ocupado jamás una embajada, había combatido constantemente al lado de este soberano. Vió tomar

prisionero al mariscal de Marsin y fué testigo de sus últimos momentos. Me ha contado que Marsin le dijo estas palabras: “Creed por lo menos, señor, que contra mi opinión esperamos en nuestras líneas.” Estas palabras parecían contradecir formalmente lo ocurrido en el consejo de guerra y, sin embargo, eran ciertas, porque el mariscal de Marsin, al despedirse en Versalles, le había manifestado al rey la necesidad de ir al encuentro de los enemigos, en el caso de que aparecieran para socorrer Turín; pero Chamillart, intimidado por las derrotas anteriores, hizo decidir que debía esperarse y no presentar batalla; y esta orden dada en Versalles fué causa de que sesenta mil hombres fueran dispersados. Los franceses no tuvieron más que dos mil muertos en combate; pero ya hemos visto que la matanza hace menos que la consternación. La imposibilidad de subsistir, que haría que un ejército se retirara después de la victoria, llevó hacia el Delfinado las tropas después de la derrota. Todo estaba en tal desorden, que el conde de Médavi-Grancei, que se encontraba entonces en el Mantuano con un cuerpo de tropas (9 de septiembre de 1706) y que derrotó en Castiglione a los imperiales mandados por el landgrave de Hesse, después rey de Suecia, sólo obtuvo una victoria inútil, aunque completa. Se perdió en poco tiempo el Milanesado, el Mantuano, el Piamonte y, por último, el reino de Nápoles.

CAPÍTULO XXI

CONTINUACIÓN DE LAS DESGRACIAS DE FRANCIA Y ESPAÑA. Luis XIV ENVIA A SU PRINCIPAL MINISTRO A PEDIR LA PAZ. BATALLA DE MALPLAQUET PERDIDA, ETC.

La batalla de Hochstedt le había costado a Luis XIV el ejército más floreciente y toda la comarca del Danubio al Rin, y a la casa de Baviera todos sus estados. Por la jornada de Ramillies se perdió todo Flandes hasta las puertas de Lila; la derrota de Turin expulsó a los franceses de Italia, como ha venido sucediendo siempre en todas las guerras desde Carlomagno. Quedaban tropas en el Milanesado y el pequeño ejército victorioso bajo el mando del conde de Médavi. Se ocupaban todavía algunas plazas. Le fué propuesto al emperador cederle todo con tal que permitiera retirar esas tropas, que ascendían casi a quince mil hombres, y el emperador aceptó la capitulación. El duque de Saboya consintió. De este modo, el emperador de una plumada se hizo amo pacífico de Italia. La conquista del reino de Nápoles y de Sicilia le quedó asegurada. Todo lo que en Italia había sido considerado como feudatario fué tratado como súbdito. Le puso a la Toscana una contribución de ciento cincuenta mil pistolas, a Mantua de cuarenta mil; Parma, Módena, Luca, Génova, a pesar de su libertad, quedaron comprendidas en estas contribuciones.

El emperador que gozó de todas estas ventajas no era aquel Leopoldo, antiguo rival de Luis XIV, quien, bajo apariencias de moderación, alimentó silenciosamente una ambición profunda; era su hijo mayor, José, vivo, orgulloso, colérico, pero, sin embargo, no mejor guerrero que su padre. Si jamás emperador alguno pareció hecho para avasallar Alemania e Italia ése fué José I. Dominó allende los montes, tiranizó al papa, hizo desterrar por su sola autoridad, en 1706, a los electores de Baviera y de Colonia los despojó del electorado, mantuvo en la prisión a los hijos del bávaro, y les quitó hasta su nombre.¹ Su padre no tuvo más remedio que ir a arrastrar su infortunio por Francia y los Países Bajos. Felipe y le cedió después todo el Flandes español en 1712. Debía haber conservado esta provincia, que era un establecimiento de mayor valor que Baviera y lo liberaba del sometimiento a la casa de Austria; pero no pudo gozar sino de las ciudades de Luxemburgo, de Namur y de Charleroi, pues el resto pertenecía a los vencedores.

Todo parecía ya amenazar a ese Luis XIV que en otro tiempo había amenazado a Europa. El duque de Saboya podía entrar en Francia. Inglaterra y Escocia se unían para formar un solo reino; o más bien Escocia, convertida en provincia de Inglaterra, contribuía al poderío de su antigua rival. Todos los enemigos de Francia parecían, a fines de 1706 y a principios de 1707, adquirir fuerzas nuevas y Francia tocar a su ruina. Estaba acosada por todos lados, por mar y por tierra. De las flotas formidables formadas por Luis XIV, apenas quedaban treinta y cinco barcos. En Alemania, Estrasburgo era

todavía frontera; pero la pérdida de Landao dejaba de nuevo expuesta a Alsacia. La Provenza estaba amenazada por tierra y por mar, y lo perdido en Flandes hacía temer por el resto. Sin embargo, a pesar de tantos desastres, el cuerpo de Francia no había sido aún atacado; y, en una guerra tan desafortunada, no había perdido todavía más que conquistas.

Luis XIV hizo frente en todas partes, y aunque había sido debilitado en todas ellas, resistía, protegía o atacaba también por todos lados. Pero se tuvo tan mala suerte en España como en Italia, en Alemania y en Flandes, y se afirma que el sitio de Barcelona fue peor dirigido que el de Turín.

El conde de Toulouse había aparecido tan sólo para hacer regresar su flota a Tolón. Barcelona socorrida, el asedio abandonado, el ejército francés reducido a la mitad se había retirado sin municiones a Navarra, pequeño reino que se les dejaba a los españoles, y cuyo título todavía unen al de Francia nuestros reyes, por una costumbre que parece estar por debajo de su grandeza.

A estos desastres se agragaba otro, al parecer decisivo. Los portugueses, con algunos ingleses, tomaron todas las palazas ante las que se presentaron, avanzando hasta la Extremadura española, diferente de la de Portugal. Los mandaba un francés convertido en par de Inglaterra, milord Galloway, antiguamente conde de Ruvigny; mientras el duque de Berwick, inglés y sobrino de Marlborough, estaba al frente de las tropas aliadas de Francia y de España, que juntas no podían detener a los victoriosos.

Felipe V, inseguro de su destino, estaba en Pamplona. Carlos, su rival, engrosaba su partido y sus fuerzas en Cataluña: era dueño de Aragón, de la provincia de Valencia, de Cartagena, de una parte de la provincia de Granada. Los ingleses se habían quedado con Gibraltar, y le habían dado Menorca, Ibiza y Alicante. Por otra parte, los caminos le estaban abiertos hasta Madrid. (26 de junio de 1706) Galloway entró en esta ciudad sin resistencia e hizo proclamar rey al archiduque Carlos. Un simple destacamento lo hizo proclamar también en Toledo.

Todo pareció entonces tan desesperado para Felipe V, que el mariscal de Vauban, el primero de los ingenieros, el mejor de los ciudadanos, hombre siempre ocupado con proyectos, los unos útiles, los otros poco practicables y todos singulares, propuso a la corte de Francia enviar a Felipe V a reinar a América, y este príncipe accedió a ello. Habría embarcado con los españoles adictos a su partido; España habría sido abandonada a las guerras civiles; el comercio de Perú y el de México habrían sido sólo para los franceses; y en ese revés de la familia de Luis XIV Francia se habría engrandecido. Se deliberó en Versalles acerca de este proyecto; pero la constancia de los castellanos y los errores de los enemigos conservaron la corona a Felipe V. El pueblo amaba a Felipe porque lo había elegido, y a su mujer, hija del duque de Saboya, por la solicitud que ponía en agradarle, su intrepidez superior a la de su sexo y su constancia activa en la desgracia. Ella misma iba de ciudad en ciudad a animar los corazones, a excitar las actividades y recibir las donaciones que le llevaban las gentes. De esta manera, proporcionó a su marido más de doscientos mil escudos en tres

semanas. Ninguno de los grandes que habían jurado ser fieles traicionó. Cuando Galloway hizo proclamar al archiduque en Madrid, gritaron: ¡Viva Felipe!, y en Toledo, el pueblo, conmovido, expulsó a los que habían proclamado al archiduque.

Los españoles habían hecho, hasta ese momento, pocos esfuerzos para sostener a su rey, pero los hicieron prodigiosos cuando lo vieron abatido, Y demostraron en esa ocasión un valor contrario al de otros pueblos, que comienzan con grandes esfuerzos y luego se desaniman. Es difícil darle a una nación un rey contra su voluntad. Los portugueses, los ingleses, los austríacos que estaban en España fueron hostigados en todas partes, carecieron de víveres, cometieron errores inevitables casi en un país extranjero, y fueron derrotados en detalle. (22 de septiembre de 1706) Por último, Felipe V, tres meses después de salir de Madrid como fugitivo, volvió triunfante, y lo recibieron con tantas aclamaciones como frialdad y aversión habían demostrado a su rival.

Luis XIV redobló sus esfuerzos cuando vio que los españoles los hacían; y mientras velaba por la seguridad de todas las costas sobre el Océano y sobre el Mediterráneo colocando milicias; mientras tenía un ejército en Flandes, otro cerca de Estrasburgo, un cuerpo en Navarra, uno en el Rosellón, enviaba además nuevas tropas al mariscal de Berwick en Castilla.

(25 de abril de 1707) Con esas tropas, secundadas por los españoles, Berwick ganó a Galloway la importante batalla de Almanza, ciudad fundada por los moros, está en la frontera de Valencia: esta hermosa provincia fué el precio de la victoria. Ni Felipe V ni el archiduque estuvieron presentes en esta jornada, y, a propósito de ello, el famoso conde de Peterborough, singular en todo, exclamó “que estaba bueno eso de combatir por ellos.” Esto se lo escribió al mariscal de Tesse, por boca de quien lo conozco.⁴ Agregaba que sólo los esclavos combatían por un hombre, y que era necesario luchar por una nación. El duque de Orléans, que deseaba estar en esa acción y debía mandar en España, no llegó hasta el día siguiente; pero aprovechó la victoria; tomó varias plazas, entre otras Lérida, el escollo del gran Conde.⁵ (22 de mayo de 1707) Por otra parte, el mariscal de Villars, puesto de nuevo en Francia al frente de los ejércitos únicamente porque se tenía necesidad de él, reparaba en Alemania la infausta jornada de Hoshstedt. Forzó las líneas de Stollhoffen del otro lado del Rin, ahuyentó las tropas enemigas, extendió las contribuciones a cincuenta leguas a la redonda, y penetró hasta el Danubio. Este éxito pasajero daba un respiro en las fronteras de Alemania, pero en Italia todo estaba perdido. El reino de Nápoles, indefenso y acostumbrado a cambiar de dueño, se hallaba bajo el yugo de los victoriosos y el papa, que no había podido impedir que las tropas alemanas pasasen por su territorio, veía, a pesar suyo-sin atreverse a murmurar-que el emperador se convertía en su vasallo. Constituye un gran ejemplo de la fuerza de las opiniones recibidas y del poder de la costumbre el que se hayan apoderado de Nápoles siempre, sin consultar al papa, y no se hayan nunca atrevido a negarle el homenaje.

Mientras el nieto de Luis XIV perdía Nápoles, el abuelo estaba a punto de perder la Provenza y el Delfinado. El duque de Saboya y el príncipe Eugenio habían entrado ya

por el desfiladero de Tende. Estas fronteras no estaban defendidas como lo están Flandes y Alsacia, eterno teatro de la guerra, erizadas de ciudadelas que el peligro aconsejó elevar. No se tomaron precauciones parecidas en el Var, en el que no se ven esas plazas fuertes que detienen al enemigo y dan tiempo para concentrar los ejércitos. Esta frontera ha sido descuidada hasta nuestros días, sin más razón, tal vez, que la de que los hombres extienden rara vez sus cuidados en todas direcciones. El rey de Francia veía, con dolorosa indignación, a ese mismo duque de Saboya, que un año antes apenas tenía más que su capital, y al príncipe Eugenio, criado en su corte, a punto de arrebatárle Tolón y Marsella.

(Agosto de 1707) Tolón era sitiada y atacada: una flota inglesa, dueña del mar, se hallaba frente al puerto y lo bombardeaba. Un poco más de diligencia, de precauciones y de concierto habrían hecho caer Tolón; Marsella, sin defensa, no hubiese resistido, y Francia hubiera perdido probablemente dos provincias. Pero lo probable no se realiza siempre. Hubo tiempo de enviar socorros. En cuanto estas provincias fueron amenazadas, se destacaron tropas del ejército de Villars y se sacrificaron las ventajas logradas en Alemania para salvar una parte de Francia. La región por la cual penetraban los enemigos es seca, estéril, erizada de montañas; los víveres son escasos, la retirada difícil. Las enfermedades, que asolaron el ejército enemigo, combatieron a favor de Luis XIV. (22 de agosto de 1707) El sitio de Tolón fué levantado, la Provenza quedó pronto liberada y el Delfinado fuera de peligro. ¡Tan raro es el éxito de una invasión cuando no se tienen grandes simpatías en el país! Carlos V fracasó en la misma empresa, y, en nuestros días, las tropas de la reina de Hungría fracasaron también.

Sin embargo, esta incursión, que les había costado tanto a los aliados, no les costó menos a los franceses: devastó una gran extensión de terreno y dividió las fuerzas.

Europa no esperaba que en una época de agotamiento, y cuando Francia consideraba como un gran triunfo el haber escapado a una invasión, Luis XIV tuviera la grandeza y recursos suficientes para intentar por sí solo la invasión de Gran Bretaña, no obstante el desmedro de sus fuerzas marítimas, y a pesar de las flotas de los ingleses, que cubrían el mar. Este proyecto le fué propuesto por escoceses adictos al hijo de Jacobo II. El éxito era dudoso, pero Luis XIV entrevuna gloria segura en la sola empresa. Él mismo ha dicho que fué este motivo el que lo decidió, tanto como el interés político.

Llevar la guerra a Gran Bretaña, mientras se sostenía tan difícilmente el fardo en otros lugares, e intentar restablecer, por lo menos en el trono de Escocia, al hijo de Jacobo II, mientras apenas se podía mantener a Felipe V en el de España, era una idea plena de grandeza y, al fin y al cabo, no del todo inverosímil.⁶

Los escoceses que no se habían vendido a la corte de Londres gemían por su dependencia de los ingleses. Sus íntimas plagarias llamaban unánimemente al descendiente de sus antiguos reyes, arrojado, desde la cuna, de los tronos de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, y a quien le habla sido discutido hasta el nacimiento. Se le prometió que encontraría treinta mil hombres en armas, que combatirían por él con sólo desembarcar en las proximidades de Edimburgo con algún auxilio de Francia.

Luis XIV, que en su pasada prosperidad había hecho tantos esfuerzos por el padre, los hizo también por el hijo en la época de sus reveses. Ocho buques de guerra y setenta naves de transporte se prepararon en Dunkerque. (Marzo de 1708) Seis mil hombres fueron embarcados. El conde de Gacé, después mariscal de Matignon, mandaba las tropas. El caballero Forbin Janson, uno de los más grandes hombres de mar, dirigía la flota. La coyuntura parecía favorable; en Escocia no había más que tres mil hombres de tropas regulares; Inglaterra estaba desguarnecida; sus soldados estaban ocupados en Flandes, a las órdenes del duque de Marlborough. Pero era necesario llegar; y los ingleses tenían en el mar una flota de cincuenta barcos de guerra. Esta empresa fué totalmente semeante a la que hemos visto en 1744, en favor del nieto de Jacobo II. Los ingleses estaban prevenidos. Los contratiempos la trastornaron. El ministerio de Londres pudo incluso hacer regresar doce batallones de Flandes. Prendieron en Edimburgo a los hombres más sospechosos. Por último, habiendo llegado el pretendiente a las costas de Escocia y no viendo las señales convenidas, todo lo que pudo hacer el caballero Forbin fué conducirlo de nuevo a Dunkerque. Forbin salvó la flota, pero todo el fruto de la empresa se perdió. El único que salió ganando fué Matignon. Al abrir las órdenes de la corte en alta mar, se encontró con el nombramiento de mariscal de Francia; recompensa de lo que quiso y no pudo hacer.

Algunos historiadores* han supuesto que la reina Ana estaba de acuerdo con su hermano. Es una simpleza demasiado grande el pensar que invitaba a su competidor a que la destronara. Se han confundido los tiempos: se ha creído que lo favorecía entonces porque después lo consideró en secreto como su heredero. ¿Pero quién puede desear jamás ser expulsado por su sucesor?

Mientras los asuntos militares de Francia empeoraban día a día, el rey creyó que haciendo aparecer a su nieto, el duque de Borgoña, al frente de los ejércitos de Flandes, la presencia del presunto heredero de la corona reanimaría la emulación, que comenzaba a perderse demasiado. El príncipe, de espíritu firme e intrépido, era piadoso, justo y filósofo. Estaba hecho para mandar a sabios. Discípulo de Fenelon, arzobispo de Cambrai, amaba sus deberes, amaba a los hombres y deseaba hacerlos dichosos. Instruido en el arte de la guerra, consideraba este arte más bien como azote del género humano y como una necesidad desgraciada que como una fuente de gloria. Se colocó a este príncipe filósofo frente al duque de Marlborough y se le dio, para ayudarlo, al duque de Vendôme. Sucedió lo que sucede con mucha frecuencia: el gran capitán no fué escuchado suficientemente, y el consejo del príncipe contrapesó a menudo las razones del general. Se formaron dos partidos; mientras en el ejército de los aliados no habla más que uno: el de la causa común. El príncipe Eugenio se hallaba entonces cerca del Rin, pero todas las veces que estuvo con Marlborough fue de su misma opinión.

Las fuerzas del duque de Borgoña eran superiores: Franciá, a quien Europa creía agotada, le había proporcionado un ejército de cerca de cien mil hombres, mientras que los aliados contaban sólo con veinticuatro mil. Tenía, además, la ventaja de las negociaciones en un país que durante tanto tiempo había sido español, cansado de las guarniciones holandesas, y en el que muchos ciudadanos se inclinaban por Felipe V.

Las inteligencias le abrieron las puertas de Gante y de Yprés, pero las maniobras de guerra hicieron desvanecer el fruto de las maniobras políticas. La división, que metía la incertidumbre en el consejo de guerra, hizo que se marchara al principio hacia el Dender y que dos horas después se retrocediera hacia el Escalda, a Odenarda: así se perdió tiempo. Tropezaron con el príncipe Eugenio y Marlborough -que no lo perdían-reunidos (11 de junio de 1708), y fueron derrotados cerca de Odenarda: no fue una gran batalla, pero sí una retirada fatal. Los errores se multiplicaron; los regimientos iban a donde podían, sin recibir orden alguna. Más de cuatro mil hombres fueron capturados incluso en el camino por el ejército enemigo, a algunas millas del campo de batalla.

El ejército, acobardado, se retiró sin orden en Gante, Tournai e Yprés, y dejó tranquilamente al príncipe Eugenio, dueño del terreno, sitiar Lila con un ejército menos numeroso.

El poner sitio a una ciudad tan grande y tan fortificada como Lila sin ser dueño de Gante, teniendo que enviar los convoyes desde Ostende y que conducirlos por una calzada estrecha, expuestos a ser sorprendidos en cualquier momento, fué considerado por Europa como una acción temeraria; pero las desavenencias y la incertidumbre que reinaban en el ejército francés la hicieron excusable y el resultado la justificó. Sus grandes convoyes pudieron ser robados, pero no lo fueron; las tropas que los escoltaban debían ser derrotadas por un número superior, y resultaron victoriosas. El ejército del duque de Borgoña, pudiendo atacar las trincheras del ejército enemigo, todavía incompletas, no las atacó (23 de octubre de 1708). Lila fué tomada ante el asombro de toda Europa, que creía que el duque de Borgoña estaba en situación de sitiar a Eugenio y a Marlborough, y no que estos generales fueran capaces de sitiar Lila. El mariscal de Boufflers la defendió durante cerca de cuatro meses.

Los habitantes se acostumbraron de tal modo al estampido del cañón y a todos los horrores que un asedio trae consigo, que los espectáculos que se daban en la ciudad estaban tan frecuentados como en tiempos de paz, y que una bomba caída cerca de la sala de la comedia no interrumpió en lo más mínimo el espectáculo.

El mariscal de Boufflers habla puesto tal orden en todo, que los habitantes de esa gran ciudad estaban tranquilos, confiados en sus afanes. Su defensa le mereció la estimación de los enemigos, el afecto de los ciudadanos y las recompensas del rey. Los historiadores o, más bien, los escritores de Holanda que lo han censurado deberían recordar que cuando se contradice la voz pública es menester haber sido testigo, y testigo instruido, o probar lo que se afirma.

Entretanto, el ejército, que había visto hacer el sitio de Lila, se deshacía poco a poco; dejó tomar en seguida Gante, Brujas y todas sus posiciones una tras otra. Pocas campañas fueron tan fatales. Los oficiales adictos al duque de Vendôme le reprochaban todas estas faltas al consejo del duque de Borgoña, y el consejo lo hacía recaer todo sobre el duque de Vendôme. Los ánimos se agriaron por la mala suerte. Un cortesano del duque de Borgoña le dijo un día al duque de Vendôme: “He ahí lo que sucede por no ir nunca a misa; ya veis cuáles son nuestras desgracias.” “¿Creéis -le contestó el

duque de Vendôme- que Marlborough vaya con más frecuencia que yo?” Los éxitos rápidos de los aliados engrían el corazón del emperador José. Despótico en el Imperio, dueño de Landao, veía el camino de París casi abierto por la captura de Lila. Una tropa holandesa había tenido la audacia de penetrar de Courtrai hasta las inmediaciones de Versalles y había raptado en el puente de Sèvres al primer escudero del rey, creyendo apoderarse de la persona del delfín, padre del duque de Borgoña. El terror reinaba en París.

El emperador tenía tantas esperanzas de establecer a su hermano Carlos en España como Luis XIV de conservar en ella a su nieto. Esta sucesión, que los españoles no habían querido dividir, estaba repartida entre tres testas. El emperador se había quedado con Lombardía y el reino de Nápoles. Su hermano Carlos tenía aún Cataluña y una parte de Aragón. El emperador forzó entonces al papa Clemente XI para que reconociera al archiduque como rey de España. Este papa, de quien se decía que se parecía a San Pedro porque afirmaba, negaba, se arrepentía y lloraba, había reconocido siempre a Felipe V, imitando a su predecesor, y era adicto a la casa de Borbón. El emperador lo castigó por ello declarando dependientes del Imperio muchos feudos que hasta entonces habían dependido de los papas, especialmente Parma y Plasencia, devastando algunas tierras eclesiásticas y apoderándose de la ciudad de Comacchio.

En otros tiempos, un papa habría excomulgado a cualquier emperador que le hubiese disputado el más mínimo derecho; y esta excomunió habría hecho caer al emperador del trono; pero estando el poder de las llaves reducido poco más o menos al punto en que debe estarlo, Clemente XI, animado por Francia, se atrevió, sólo por un momento, a servirse del poder de la espada. Se armó, pero se arrepintió pronto. Vio que los romanos, acostumbrados a un gobierno completamente sacerdotal, no eran aptos para manejar la espada. Se desarmó, le dejó Comacchio en depósito al emperador y consintió en escribirle al archiduque: A nuestro queridísimo hijo, rey católico en España. Una flota inglesa en el Mediterráneo y tropas alemanas en sus tierras lo obligaron luego a escribir: A nuestro queridísimo hijo, rey de las Españas. Este sufragio del papa, sin valor en el imperio de Alemania, valía algo para el pueblo español, a quien se le había hecho creer que el archiduque era indigno de reinar porque lo protegían los herejes que se habían apoderado de Gibraltar.

(Agosto de 1708) Le quedaban a la monarquía española, más allá del continente, las islas de Cerdeña y Sicilia. Una flota inglesa dio Cerdeña al emperador José, porque los ingleses querían que su hermano el archiduque tuviera sólo España. Por aquel entonces, sus armas hacían los tratados de partición. Reservaron la conquista de Sicilia para otro momento, y prefirieron emplear sus barcos en buscar sobre los mares los galeones de América, de algunos de los cuales se apoderaron, y no en dar al emperador nuevas tierras.

Francia estaba tan humillada como Roma, y en mayor peligro; los recursos se agotaban; el crédito estaba aniquilado; los pueblos, que hablan idolatrado a su rey en la prosperidad, murmuraban contra el Luis XIV en desgracia.

Partidarios a quienes el ministerio, apremiado por la necesidad, había vendido la nación por un poco de dinero contante, se enriquecían con la desgracia pública y se mofaban de esa desgracia con su lujo. Todo lo que habían prestado se había disipado. Sin la audaz industriosisdad de algunos negociantes, y especialmente de los de Saint-Malo, que fueron al Perú y trajeron treinta millones, de los cuales prestaron la mitad al Estado, Luis XIV no hubiera tenido con qué pagar a sus tropas. La guerra había arruinado a Francia, y, lo mismo que en España, la salvaron los comerciantes. Los galeones que escaparon a los ingleses sirvieron para defender a Felipe; pero este recurso, que duraba sólo para algunos meses, no hacía más fáciles los reclutamientos de soldados. Chamillart, encargado del ministerio de finanzas y del de guerra, dimitió por último en 1708, dejándolo en un desorden que no hubo manera de remediar durante ese reinado; y en 1709 dejó el ministerio de guerra, cuyo cargo se había vuelto tan difícil de sostener como el otro. Se le reprochaban muchas faltas. La gente, más severa desde que sufría, no reparaba en que hay tiempos infortunados en los que los errores son inevitables. Voisin, que se encargó después de el de los asuntos militares, y Desmarests, que administró las finanzas, no pudieron hacer planes de guerra más acertados ni restablecer un crédito aniquilado.

(1709) El cruel invierno de 1709 acabó de desesperar a la nación. Los olivos, que son una gran riqueza del Mediodía de Francia, se murieron; casi todos los árboles frutales se helaron, y se perdieron las esperanzas de cosechar. Había pocos depósitos de granos, que se podían traer con gran, des gastos de las escalas del Levante y del África, y podían caer en manos de las flotas enemigas, a las cuales casi no había ya barcos de guerra que oponer. Ese invierno azotó a toda Europa por igual; pero los enemigos tenían más recursos; sobre todo los holandeses, que durante tanto tiempo han sido los que han hecho el comercio de las naciones, contaban con depósitos suficientes para proveer con abundancia a los florecientes ejércitos de los aliados, mientras que las tropas de Francia, disminuidas y desalentadas, parecían condenadas a morir de miseria.

El rey vendió hasta cuatrocientos mil francos de su vajilla de oro. Los más grandes señores enviaron su vajilla de plata a la casa de moneda. Durante algunos meses se comió en París sólo pan moreno, y en el mismo Versalles varias familias se alimentaron con pan de avena. Madame de Maintenon dio el ejemplo.

Luis XIV, que había hecho ya algunos sondeos para la paz, no vaciló, en estas funestas circunstancias, en pedírsela a los mismos holandeses, tan maltratados por él en otro tiempo.

Los Estados generales ya no tenían estatúder desde la muerte del rey Guillermo, y los magistrados holandeses, que empezaban a llamar a sus familias las familias patricias, eran otros tantos reyes. Los cuatro comisarios holandeses, comisionados en el ejército, trataban altaneramente a treinta príncipes de Alemania que estaban a sueldo de ellos. Que hagan venir a Holstein, decían; que le digan a Hesse que venga a hablarnos, Así se expresaban comerciantes que con la sencillez de sus ropas y la frugalidad de sus

comidas se complacían en aplastar a la vez el orgullo a eman al cual asalariaban y la altivez de un gran rey, en otro tiempo su vencedor.

Se los habla visto vender a `bajo lpt rio su a ,eis XIV en 1665, soportar sus infortunios en 1672 y remediarlos con un valor intrépido; y en esos momentos querían hacer uso de su fortuna. Estaban muy lejos de contentarse con mostrar a los hombres, por sencillas demostraciones de superioridad, que la única verdadera grandeza es la del poder: querían que su Estado ejerciera la soberanía en diez ciudades de Flandes, entre otras, Lila, que estaba en sus manos, y Tournai, que todavía no lo estaba. Así, pues, los holandeses pretendían sacar el fruto de la guerra, no solamente a expensas de Francia, sino también a expensas de Austria, por la que combatían, como Venecia había aumentado en tiempos pasados su territorio con las tierras de todos sus vecinos. El espíritu republicano es, en el fondo, tan ambicioso como el espíritu monárquico, como se vio claramente algunos meses más tarde; porque, cuando el fantasma de la negociación se desvaneció y los ejércitos de los aliados consiguieron todavía nuevas ventajas, el duque de Marlborough, por aquel entonces más amo de Inglaterra que su soberana y conquistado por Holanda, hizo concluir con los Estados generales, en 1709, aquel célebre tratado de límites, por el cual quedarían dueños de todas las ciudades fronterizas que se quitaran a Francia, tendrían guarnición en veinte plazas de Flandes, a expensas del país, en Hui, en Lieja y en Bonn, y ejercerían la soberanía absoluta en Haute-Gueldre. En efecto, se convertirían en soberanos de diecisiete provincias de los Países Bajos, y dominarían en Lieja y Colonia. Así es como querían engrandecerse sobre las mismas ruinas de sus aliados. Alimentaban esos proyectos elevados cuando el rey les envió secretamente al presidente Rouillé para que tratara de pactar con ellos.

Este negociador se vio primero en Amberes con dos magistrados de Amsterdam: Bruys y Vanderdussen, quienes hablaron como vencedores y desplegaron ante el enviado del más altivo de los reyes toda la altanería con la que se les había agobiado en 1672. Luego fingieron negociar durante algún tiempo con él, en uno de esos pueblos que los generales de Luis XIV otrora habían devastado. Una vez jugado el tiempo suficiente, se le declaró que era necesario que el rey de Francia obligara a su nieto a descender del trono sin ninguna indemnización; que el elector de Baviera, Francisco María, y su hermano, el elector de Colonia, pidieran gracia, o que la suerte de las armas hiciera los tratados.

Los despachos desesperantes del presidente de Rouillé llegaban uno tras otro al consejo, en la época de la más deplorable miseria a la que jamás se hubiera visto. reducido el reino en los tiempos más funestos. El invierno de 1709 dejaba rastros horribles; el pueblo perecía de hambre; las tropas no se pagaban; en todas partes reinaba la desolación. Los lamentos y el terror de la gente venían a aumentar el mal.

Componían el consejo el delfín, su hijo el duque de Borgoña, el canciller de Francia Pontchartrain, el duque de Beauvilliers, el marqués de Torcy, el secretario de Estado de guerra Chamillart y el inspector general Desmarets. El duque de Beauvilliers trazó un cuadro tan conmovedor del estado a que estaba reducida Francia, que el duque de

Borgoña derramó lágrimas, a las que todo el consejo mezcló las suyas. El canciller concluyó con que había que hacer la paz a cualquier precio. Los ministros de guerra y de finanzas confesaron que carecían de recursos. “Una escena tan triste-dice el marqués de Torcy-sería difícil de describir, aunque fuera permitido revelar el secreto de lo que tuvo de más enternecedor.” Este secreto era el de las lágrimas vertidas.

En esta crisis, el marqués de Torcy propuso ir en persona a compartir los ultrajes que se inferían al rey en la persona del presidente Rouillé; ¿pero cómo podía esperar obtener lo que los vencedores habían negado? Debía esperar tan sólo condiciones más duras.

Los aliados comenzaban la campaña. Torcy se dirige con nombre supuesto hasta La Haya (22 de mayo de 1709). El gran pensionario Heinsius se lleva una gran sorpresa cuando se le anuncia que aquél a quien los extranjeros consideran como el principal ministro de Francia está en su antecámara. En otro tiempo, Heinsius había sido enviado a Francia por el rey Guillermo para discutir sus derechos sobre el principado de Holanda. Se había dirigido a Louvois, secretario de Estado que tenía el departamento del Delfinado, sobre cuya frontera está situada Orange. El ministro de Guillermo habló enérgicamente, no sólo en nombre de su soberano, sino en el de los protestantes de Orange. ¿Se puede creer que Louvois le contestó que lo haría encerrar en la Bastilla? Semejante manifestación, hecha a un súbdito, habría resultado odiosa: dirigida a un ministro extranjero, era un insolente ultraje al derecho de las naciones. Nos podemos imaginar las huellas profundas que debió dejar en el corazón del magistrado de un pueblo libre.

Pocos ejemplos hay de un orgullo tan grande al que le siguieran tantas humillaciones. El marqués de Torcy, que suplicaba en La Haya a nombre de Luis XIV, se dirigió al príncipe Eugenio y al duque de Marlborough, después de perder el tiempo con Heinsius. Los tres deseaban la continuación de la guerra. Para el príncipe era la grandeza y la venganza; para el duque, la gloria y una fortuna inmensa, que lo atraía igualmente; y el tercero, gobernado por los otros dos, se consideraba un espartano que abatía a un rey de Persia. No propusieron una paz, sino una tregua; y durante esa tregua, la total satisfacción para todos los aliados y ninguna para los aliados del rey; a condición de que el rey se uniera a sus enemigos para expulsar de España a su propio nieto en el espacio de dos meses y de que, para mayor seguridad, comenzara por ceder, para siempre, diez ciudades a los holandeses en Flandes, por devolver Estrasburgo y Brissac y por renunciar a la soberanía de Alsacia. Luis XIV no esperó, cuando negó en otro tiempo un regimiento al príncipe Eugenio, cuando Churchill no era todavía coronel en Inglaterra y apenas conocía el nombre de Heinsius, que un día esos tres hombres le impondrían semejantes leyes. En vano Torcy quiso tentar a Marlborough con el ofrecimiento de cuatro millones: el duque, que amaba tanto la gloria como el dinero y que, con las ganancias inmensas producidas por sus victorias, estaba por encima de los cuatro millones, dejó al ministro de Francia el dolor de una proposición vergonzosa e inútil. Torcy comunicó al rey las órdenes de sus enemigos. Luis XIV hizo entonces lo que jamás había hecho con sus súbditos. Se justificó ante ellos dirigiendo a los gobernadores de las provincias, a las comunidades de las ciudades, una carta circular, por la cual,

dando cuenta a sus pueblos de la carga que se veía obligado a hacerles sostener todavía, excitaba su indignación, su honor y hasta su piedad. Los políticos dijeron que Torcy había ido a humillarse en La Haya solamente para probar a los enemigos su equivocación, para justificar a Luis XIV ante los ojos de Europa y para animar a los franceses por el resentimiento del ultraje hecho en su persona a la nación; pero, en realidad, sólo fue para pedir la paz. El presidente Rouillé estuvo algunos días más en La Haya para tratar de obtener condiciones menos abrumadoras; y por toda respuesta los Estados ordenaron a Rouillé que partiera en el plazo de veinticuatro horas.

Luis XIV, a quien se le comunicaron tan duras respuestas, dijo en pleno consejo: “Puesto que es necesario hacer la guerra, prefiero hacérsela a mis enemigos y no a mis hijos.” Se preparó, pues, a probar suerte en Flandes. El hambre, que desolaba el campo, fué un recurso para la guerra porque los que carecían de pan se hicieron soldados. Muchas tierras quedaron sin cultivos, pero se tuvo un ejército. El mariscal de Villars, enviado el año anterior al mando de algunas tropas de Saboya cuyo ardor combativo despertó y donde obtuvo algunos pequeños triunfos, fué llamado a Flandes, como aquel en quien el Estado ponía su esperanza.

Marlborough había tomado Tournai (19 de julio de 1709), cuyo asedio cubrió Eugenio, y cuando estos dos generales se dirigían a bloquear Mons, el mariscal de Villars avanzó para impedirlo. Tenía a su lado al mariscal de Boufflers, retirado de su ejército, que había pedido servir a sus órdenes. Boufflers amaba realmente al rey y a la patria. Probó en esa ocasión (a pesar de la máxima de un hombre de mucho ingenio) que en un estado monárquico y, sobre todo, bajo el gobierno de un buen soberano hay virtudes. Las hay, sin duda, en la misma proporción que en las repúblicas, con menos entusiasmo quizá, pero con más de lo que se llama honor.

En cuanto los franceses avanzaron para oponerse al asedio de Mons, los aliados fueron a atacarlos cerca de los bosques de Blangies y del pueblo de Malplaquet.

El ejército de los aliados tenía alrededor de ochenta mil combatientes y el del mariscal de Villars más o menos setenta mil. Los franceses llevaban consigo ochenta piezas de artillería, los aliados ciento cuarenta. El duque de Marlborough mandaba el ala derecha, en la que estaban los ingleses y las tropas alemanas pagadas por Inglaterra. El príncipe Eugenio ocupaba el centro; Tili y un conde de Nassau mandaban la izquierda, en la que estaban los holandeses.

(11 de septiembre de 1709) El mariscal, de Villars se encargó de la izquierda y dejó la derecha al mariscal de Boufflers. Atrincheró su ejército con precipitación, maniobra probablemente útil a tropas inferiores en número, durante mucho tiempo desafortunadas, la mitad de las cuales estaba compuesta por reclutas nuevos, y conveniente también a la situación de Francia, a quien una derrota completa la hubiera puesto en el último trance. Algunos historiadores han censurado al general esta determinación. Debió -dicen- atravesar una ancha brecha en vez de dejarla delante de él. ¿No son demasiado hábiles quienes juzgan así, desde su gabinete, lo que ocurre en un campo de batalla?

Yo sé únicamente lo dicho por el propio mariscal: que los soldados habían carecido de pan un día entero y acababan de recibirlo, y, sin embargo, tiraron una parte de él para correr con más ligereza al combate. En siglos, pocas batallas ha habido más reñidas y más largas, ninguna más mortífera. No diré de esa batalla más que lo que todo el mundo sabe. La izquierda de los enemigos, en la que combatían los holandeses, quedó casi totalmente destruída y hasta fué perseguida a bayoneta calada. Marlborough, en la derecha, hacía y resistía los mayores esfuerzos. El mariscal de Villars desguarneció un poco su centro para oponerse a Marlborough, e inmediatamente fué atacado el centro. Las fortificaciones que lo cubrían fueron expugnadas, al no poder resistir el regimiento de los guardias que las defendían. Al acudir el mariscal de la izquierda al centro, lo hieren, y la batalla se pierde, quedando el campo cubierto por cerca de treinta mil muertos o moribundos.

Se caminaba sobre los cadáveres amontonados, sobre todo en el acantonamiento de los holandeses. Francia perdió apenas ocho mil hombres en esta jornada y sus enemigos dejaron alrededor de veintiún mil muertos o heridos; pero habiendo sido forzado el centro y cortadas las dos alas, los que hicieron la mayor matanza resultaron vencidos.

El mariscal de Boufflers efectuó la retirada en buen orden, ayudado por el príncipe de Tingri Montmorency -después mariscal de Luxemburgo-, heredero del valor de sus antepasados. El ejército se retiró entre Quesnoy y Valenciennes, llevándose muchas banderas y estandartes tornados al enemigo. Estos despojos consolaron a Luis XIV, y se contó como una victoria el honor de haberla disputado durante tanto tiempo y de haber perdido sólo el campo de batalla. Al volver a la corte, el mariscal de Villars aseguró al rey que sin su herida hubiera logrado la victoria. He visto al general convencido de esto, pero pocas personas que lo creyesen.

Parece sorprendente que un ejército, después de matar a los enemigos dos tercios más de gente de la que había perdido, no tratara de impedir que hicieran el sitio de Mons aquéllos cuya única ventaja fué la de dormir entre sus muertos. Los holandeses sintieron temor por esta empresa: vacilaron. Pero el nombre sólo de batalla perdida intimida a los vencidos y los desanima; los hombres no hacen nunca todo lo que pueden hacer y el soldado al cual se le dice que ha sido derrotado teme serlo de nuevo. Por eso Mons fué sitiada y tomada (20 de octubre de 1709) por los mismos holandeses, que la conservaron como Tournai y Lila.

CAPITULO XXII

LUIS XIV SIGUE PIDIENDO LA PAZ Y DEFENDIÉNDOSE.

EL DUQUE DE VENDÔME AFIANZA AL REY DE ESPAÑA EN EL TRONO

No sólo avanzaban, como hemos visto, los enemigos, paso a paso, y hacían caer de un lado todas las barreras de Francia, sino que pretendían, ayudados por el duque de Saboya, sorprender el Franco-Condado y penetrar por los dos extremos en el corazón del reino. El general Merci, encargado de facilitar esta empresa, entrando en la Alta Alsacia por Basilea, fué felizmente detenido cerca de la isla de Neuburgo sobre el Rin, por el conde-después mariscal- Du Bourg (26 de agosto de 1709). Yo no sé qué fatalidad hace que los que han llevado el nombre de Merci hayan sido siempre tan desdichados como estimados. Del que ahora hablamos fué vencido de la manera más completa. No se emprendió nada del lado de Saboya, pero no se temía menos del lado de Flandes; y el interior del reino languidecía de tal manera, que el rey pidió otra vez la paz suplicando. Ofrecía reconocer al archiduque como rey de España; no prestar ningún socorro a su nieto y abandonarlo a su suerte; dejar cuatro plazas en rehén; devolver Estrasburgo y Brisacc; renunciar a la soberanía de Alsacia y no conservar más que su prefectura; demoler todas sus plazas desde Basilea hasta Filisburgo; cegar el puerto tanto tiempo temible de Dunkerque y derribar sus fortificaciones; dejar a los Estados generales Lila, Tournai, Ypres, Menin, Furnes, Condé, Maubeuge. He aquí los puntos principales que debían servir de fundamento a la paz que imploraba.

Los aliados quisieron todavía gozar del placer de discutir las proposiciones de Luis XIV y permitieron a sus plenipotenciarios ir, a comienzos de 1710, a llevar a la pequeña ciudad de Gertruidenberg las súplicas del monarca. El rey eligió al mariscal de Uxelles, hombre frío, taciturno, de un espíritu más prudente que altanero y audaz; y al abate - después cardenal- de Polignac, uno de los más bellos y elocuentes espíritus de su siglo, que imponía por su figura y por sus dotes. El espíritu, la prudencia, la elocuencia de los ministros no son nada cuando el príncipe no es afortunado. Son las victorias las que hacen los tratados. Los embajadores de Luis XIV fueron más bien confinados que admitidos en Gertruidenberg; los diputados iban a escuchar sus ofrecimientos y los llevaban a La Haya al príncipe Eugenio, al duque de Marlborough, al conde de Zinzendorf, embajador del emperador; y esos ofrecimientos eran siempre recibidos con desprecio. Se mofaban de ellos en libelos ultrajantes, escritos todos por refugiados franceses que se habían vuelto más enemigos de la gloria de Luis XIV que Marlborough y Eugenio.

Los plenipotenciarios de Francia llevaron su humillación hasta prometer que el rey daría dinero para destronar a Felipe V, y no se los escuchó; exigiéndoles que Luis XIV,

para comenzar, se comprometiera él solo a expulsar de España a su nieto por medio de las armas. Esta crueldad absurda, mucho más injuriosa que una negativa, era inspirada por nuevos éxitos.

Mientras los aliados hablaban como amos irritados contra la grandeza y altivez de Luis XIV, igualmente abatidas, tomaban la ciudad de Douai (junio de 1710). Poco tiempo después, se apoderaron de Bethune, de Aire, de Saint-Venant, y lord Stair propuso enviar tropas hasta París.

Casi por el mismo tiempo, el ejército del archiduque, mandado en España por Gui de Staremberg, el general alemán de más fama después del príncipe Eugenio, obtuvo cerca de Zaragoza (20 de agosto de 1710) una victoria completa sobre el ejército en el que el partido de Felipe V había puesto sus esperanzas, y a cuyo frente se hallaba el marqués de Bay, general desafortunado. Se observó también que los dos príncipes que se disputaban España, y que estaban tanto el uno como el otro al alcance de su ejército, no se encontraron en esta batalla. De todos los, príncipes por quienes se combatía en Europa sólo el duque de Saboya hacía la guerra en persona. Bien triste era que adquiriera esa gloria combatiendo contra sus dos hijas, a una de las cuales quería destronar para adquirir en Lombardía un poco de terreno, a propósito del cual el emperador José le ponía ya dificultades y del que hubiera sido despojado en la primera ocasión.

Este emperador, afortunado en todas partes, no hacía en ninguna un uso moderado de su buena suerte. Desmembraba Baviera por su sola autoridad, dando los feudos a sus parientes y a sus protegidos. Despojaba al duque de La Mirandola en Italia; y los príncipes del Imperio le mantenían un ejército en las cercanías del Rin, sin pensar que trabajaban en cimentar un poder al que temían; ¡dominaba todavía de tal manera en los espíritus el viejo odio contra el nombre de Luis XIV, que parecía ser el móvil principal de todos! La suerte de José lo hizo triunfar también de los descontentos de Hungría. Francia había levantado contra él al príncipe Ragotski, armado por sus pretensiones y por las de su país. Ragotski fué derrotado, tomadas sus ciudades y arruinado su partido. En una palabra, Luis XIV era tan desdichado en el interior como en el exterior, en el mar como en tierra, en las negociaciones públicas como en las intrigas secretas.

Toda Europa creyó entonces que el archiduque Carlos, hermano del afortunado José, reinaría sin competidor en España. Europa estaba amenazada por un poder más terrible que el de Carlos V: el de Inglaterra, largo tiempo enemiga de la rama de Austria española, y Holanda, su esclava sublevada, que se agotaba por establecerlo. Felipe V, refugiado en Madrid, salió de ella nuevamente y se retiró a Valladolid, mientras el archiduque Carlos hacía su entrada en la capital como vencedor.

El rey de Francia no podía socorrer más a su nieto; se había visto obligado a hacer, en parte, lo que sus enemigos exigían en Gertruidenberg: abandonar la causa de Felipe; haciendo regresar, para su propia defensa, algunas tropas que permanecían en España. El propio Luis apenas podía resistir en las proximidades de Saboya y del Rin, y, sobre todo, en Flandes, en el que le asestaban los más rudos golpes.

Debía compadecerse más a España que a Francia, pues casi todas sus provincias habían sido arrasadas por los enemigos y por sus defensores; Portugal la atacaba; su comercio moría, la miseria era general; pero esta miseria fué más funesta a los vencedores que a los vencidos, porque en una gran extensión del país, el afecto de las gentes les negaba todo a los austríacos y se lo daba a Felipe. Este monarca ya no tenía ni tropas ni general francés. El duque de Orléans, que había restablecido un poco su suerte vacilante, lejos de continuar mandando sus ejércitos, era mirado como enemigo. Es verdad que, a pesar del afecto de la ciudad de Madrid por Felipe, a pesar de la fidelidad de muchos grandes y de toda Castilla, había en España un importante partido contrario a Felipe V. Todos los catalanes, nación belicosa y porfiada, querían obstinadamente a su rival. La mitad de Aragón también estaba conquistada. Una parte de las gentes se contentaba con esperar los acontecimientos y la otra odiaba al archiduque más de lo que amaba a Felipe. El duque de Orléans, llamado también Felipe, descontento, por otra parte, de los ministros españoles y más descontento de la princesa de los Ursinos que gobernaba, entrevió la posibilidad de obtener para sí el país que había ido a defender; y cuando Luis XIV propuso abandonar a su nieto y cuando se hablaba ya en España de una abdicación, el duque de Orléans se creyó digno de ocupar el lugar que Felipe V parecía tener que dejar. A esta corona tenía derechos que el testamento del difunto rey de España había omitido y que su padre había mantenido por una protesta.

Hizo, con la mediación de sus agentes, una alianza con algunos grandes de España por la cual se comprometían a elevarlo al trono en el caso de que Felipe descendiera de él; y, de ser así, hubiera encontrado muchos españoles deseosos de colocarse bajo la bandera de un príncipe que sabía combatir. Si esta empresa hubiese tenido éxito, tal vez no habría desagradado a las potencias marítimas, que habrían temido menos ver a España y a Francia reunidas en una misma mano, y hubiera puesto menos obstáculos a la paz. El proyecto se descubrió en Madrid a principios de 1709, mientras el duque de Orléans estaba en Versalles, siendo aprehendidos sus agentes en España. Felipe V no perdonó a su pariente haber creído que podía abdicar y haber tenido la intención de sucederle. Francia clamó contra el duque de Orléans. Monseñor, padre de Felipe V, opinó en el consejo que debía procesarse al que consideraba culpable; pero el rey prefirió silenciar un proyecto informe y excusable antes que castigar a su sobrino en el momento en que veía a su nieto tocar a su ruina.

En fin, más o menos por el tiempo de la batalla de Zaragoza, el consejo del rey de España y la mayor parte de los grandes, viendo que no contaban con ningún capitán que oponer a Staremberg, considerado como otro Eugenio, escribieron a Luis XIV para pedirle el duque de Vendôme. Este príncipe, retirado en Anet, partió entonces y su presencia valió tanto como un ejército. La gran reputación adquirida en Italia, que la desgraciada campaña de Lila no pudo hacerle perder, impresionaba a los españoles. Su popularidad, su liberalidad, que llegaba hasta la prodigalidad; su franqueza, su cariño por los soldados le ganaban los corazones. En cuanto puso los pies en España le ocurrió lo que en otro tiempo le había sucedido a Bertrand Duguesclin. Su nombre solo atrajo una multitud de voluntarios. No tenía dinero: las comunidades de las ciudades, de los

pueblos y de los religiosos se lo dieron. Un soplo de entusiasmo embargó a la nación. (Agosto de 1710) Los restos de la batalla de Zaragoza se agruparon bajo su mando en Valladolid. Todo se apresuró para suministrar reclutas. El duque de Vendôme, sin dejar atenuar ni un momento este nuevo ardor, persigue a los vencedores, lleva al rey a Madrid, obliga al enemigo a retirarse hacia Portugal; lo sigue, pasa el Tajo a nado; hace prisionero en Brihuega a Stanhope con cinco mil ingleses (9 de diciembre) ; alcanza al general Staremberg y al día siguiente le presenta batalla en Villaviciosa. Felipe V, que no había combatido con sus otros generales, animado por el espíritu del duque de Vendôme, se pone a la cabeza del ala derecha. El general toma la izquierda y obtiene una victoria completa; de manera que, en el lapso de cuatro meses, este príncipe, que llegó cuando todo era desesperado, lo restableció todo y afirmó para siempre la corona de España sobre la cabeza de Felipe.

Mientras esta sorprendente revolución asombraba a los aliados, otra más sorda, pero no menos decisiva, se preparaba en Inglaterra. Una alemana, por su mal proceder, había hecho perder a la casa de Austria la sucesión toda de Carlos V y, con ello, había sido el primer móvil de la guerra; una inglesa, por sus imprudencias, originó la paz. Sara Jennings, duquesa de Marlborough, gobernaba a la reina Ana y el duque gobernaba el Estado, pues tenía en sus manos las finanzas en la persona del gran tesorero Godolphin, padre político de una de sus hijas. Su yerno Sunderland, secretario de Estado, le sometía el gabinete; la casa de la reina, en la que mandaba su mujer, estaba a sus órdenes. Era dueño del ejército, de cuyos cargos disponía. Dos partidos, los whigs y los torys, dividían Inglaterra; los whigs, encabezados por él, lo hacían todo por su grandeza, y los torys se habían visto obligados a admirarlo y a callarse. No es impropio de la historia agregar que el duque y la duquesa eran las personas más hermosas de su tiempo, y que esta ventaja seduce también a la multitud, cuando va unida a las dignidades y a la gloria.

Tenía más prestigio en La Haya que el gran pensionario, e influía mucho en Alemania. Negociador y general siempre acertado, ningún particular tuvo jamás un poder y una gloria tan amplios. Podía, además, afianzar su poder con sus inmensas riquezas, adquiridas en el mando. Le he oído decir a su viuda que después de la distribución hecha entre sus cuatro hijos, le quedaban, sin ningún favor de la corte, setenta mil piezas de renta, que equivalen a más de un millón quinientas cincuenta mil libras de nuestra moneda actual. Si Marlborough no hubiera tenido tanto espíritu de economía como grandeza, podía haber formado un partido que la reina no hubiera podido destruir; y si su mujer hubiese sido más complaciente, la reina nunca hubiera roto sus lazos. Pero el duque no consiguió triunfar jamás de su gusto por las riquezas, ni la duquesa de su humor. La reina la quiso con una ternura que llegaba hasta la sumisión y la negación de su voluntad.

En relaciones semejantes, llega por lo común, de parte de los soberanos, el hastío, el capricho, la altanería, el abuso de la superioridad; son ellos quienes hacen sentir el yugo, pero fué la duquesa de Marlborough quien lo hizo pesado. La reina Ana necesitaba una favorita y se volvió hacia su azafata, milady Masham. Los celos de la

duquesa estallaron. Algunos pares de guantes de hechura especial que negó a la reina, un cuenco de agua que dejó caer en su presencia, por equivocación fingida, sobre el vestido de milady Masham, cambiaron la faz de Europa. Los ánimos se agriaron. El hermano de la nueva favorita solicita al duque un regimiento; el duque se lo niega, y la reina se lo concede. Los torys aprovecharon esta coyuntura para sacar a la reina de esa esclavitud doméstica, para abatir el poder del duque de Marlborough., cambiar el ministerio, hacer la paz y reponer, si era posible, la casa de Estuardo en el trono de Inglaterra. Si el carácter de la duquesa hubiera tenido alguna flexibilidad, habría seguido reinando. La reina y ella tenían la costumbre de escribirse todos los días bajo nombres supuestos; este misterio y esta familiaridad dejan siempre el camino abierto a la reconciliación; pero la duquesa empleó este recurso para echarlo todo a perder. Le escribió imperiosamente, diciéndole en su carta: “Hacedme justicia y no me enviéis respuesta.” Inmediatamente se arrepintió: fué a pedir perdón; lloró, y la reina le respondió: “Me habéis ordenado que no os conteste, y no os contestaré.” La ruptura fué para siempre; la duquesa no volvió a aparecer por la corte; poco tiempo después comenzaron por quitar del ministerio al yerno de Marlborough, Sunderland; luego desposeyeron a Godolphin y al propio duque. En otros estados a esto se llama desgracia; en Inglaterra es una revolución en los asuntos de Estado; y la revolución era todavía muy difícil de realizar.

Los torys, dueños de la reina, no lo eran todavía del reino, y se vieron obligados a recurrir a la religión, de la que actualmente no queda en Gran Bretaña más que la estrictamente necesaria para distinguir las facciones. Los whigs se inclinaban por el presbiterianismo, facción que destronó a Jacobo II, persiguió a Carlos II e inmoló a Carlos I. Los torys por los episcopales, que favorecían la casa de Estuardo y deseaban establecer la obediencia pasiva a los reyes, con lo que los obispos esperaban obtener más obediencia para sí mismos. Incitaron a un predicador a predicar en la catedral de San Pablo esta doctrina y a darle un nombre odioso a la administración de Marlborough, y al partido que dio la corona al rey Guillermo. Pero la reina, que favorecía a ese sacerdote, no fué lo bastante poderosa para impedir que fuera suspendido, por tres años, por las dos cámaras, en la sala de Westminster, y que su sermón fuera quemado. Sintió más que nunca su debilidad, y no se atrevió jamás, a pesar del íntimo afecto que tenía por su familia, a abrirle de nuevo el camino del trono a su hermano, cerrado por el partido de los whigs. Los escritores que dicen que Marlborough y su partido cayeron cuando el favor de la reina dejó de sostenerlos no conocen a Inglaterra. La reina, que ya deseaba la paz, no osaba siquiera quitarle a Marlborough el mando de los ejércitos; y, en la primavera de 1711, Marlborough acosaba todavía a Francia, mientras perdía el favor en su corte.

A fines de enero de ese mismo año de 1711, llega a Versalles un sacerdote desconocido, llamado el abate Gautier, que había sido en otro tiempo ayudante del capellán del mariscal de Tallard, en su embajada ante el rey Guillermo. A partir de esa época había residido siempre en Londres, sin más cargo que el de decir la misa en la capilla privada del conde de Gallás, embajador del emperador en Inglaterra. El azar lo hizo confidente

de un lord amigo del nuevo ministerio opuesto al duque de Marlborough. Este desconocido fué a casa del marqués de Torcy y le dijo, sin más preámbulo: “¿Quereis hacer la paz, señor? Vengo a traeros los medios de tratarla.” Lo que equivalía, dice M. de Torcy, a preguntarle a un moribundo si quería sanar.

Se inició inmediatamente una negociación secreta con el conde de Oxford, gran tesorero de Inglaterra, y Saint-Jean, secretario de Estado, después lord Bolingbroke. Estos dos hombres se interesaban en darle la paz a Francia para quitarle al duque de Marlborough el mando de los ejércitos y edificar su crédito sobre las ruinas del último. El paso era peligroso; era traicionar la causa común de los aliados; era romper todos sus compromisos, y exponerse sin ninguna excusa al odio de la mayor parte de la nación y a las investigaciones del Parlamento, que hubieran podido costarles la cabeza. Alcanzar éxito era dudoso; pero un acontecimiento imprevisto facilitó esa gran obra. (17 de abril de 1711) El emperador José I murió y dejó los estados de la casa de Austria, el imperio de Alemania y las pretensiones sobre España y sobre América a su hermano Carlos, quien fue elegido emperador algunos meses después.

Al primer rumor de esta muerte, los prejuicios que armaban a tantas naciones comenzaron a disiparse en Inglaterra gracias a los cuidados del nuevo ministerio. Se había querido impedir que Luis XIV gobernara España, América, Lombardía, el reino de Nápoles y Sicilia, en nombre de su nieto. ¿Por qué querer reunir tantos estados en la mano del emperador Carlos VI? ¿Por qué la nación inglesa habría de agotar sus tesoros? Pagaba más que Alemania y Holanda juntas; los gastos de aquel año llegaban a siete millones de libras esterlinas. ¿Debía arruinarse por una causa que le era extraña, y por dar una parte de Flandes a las Provincias Unidas rivales de su comercio? Todas estas razones que animaban a la reina abrieron los ojos a una gran parte de la nación; y al ser convocado un nuevo Parlamento, la reina tuvo la libertad de preparar la paz de Europa.

La preparaba en secreto, porque todavía no podía separarse públicamente de sus aliados, y mientras el gabinete negociaba, Marlborough estaba en campaña. Seguía avanzando en Flandes (agosto de 1711); forzaba las líneas que el mariscal de Villars había tendido de Montreuil hasta Valenciennes (septiembre); tomaba Bouchain, avanzaba hacia Quesnoy y de allí hacia París; sólo quedaba una trinchera que oponerle.

Fue en esa época desgraciada cuando el célebre Duguai-Trouin, ayudado por su valor y por el dinero de algunos comerciantes, sin tener toda vía ningún grado en la marina y debiéndolo todo a sí mismo, equipó una pequeña flota y fue a tomar una de las principales ciudades del Brasil San Sebastián de Río Janeiro. (Septiembre y octubre de 1711) Esta flotilla volvió cargada de riquezas, y los portugueses perdieron mucho más de lo que él ganó.³ Pero el daño que se le hacía al Brasil no aliviaba los males de Francia.

CAPÍTULO XXII

VICTORIA DEL MARISCAL DE VILLARS EN DENAIN

MEJORÍA DE LOS ASUNTOS. PAZ GENERAL

Las negociaciones, que al fin se iniciaron abiertamente en Londres, fueron más saludables. La reina envió al conde de Strafford, embajador en Holanda, a comunicar las proposiciones de Luis XIV. Ya no se le pedía la venia a Marlborough. El conde de Strafford obligó a los holandeses a nombrar plenipotenciarios y a recibir a los de Francia.¹

Tres particulares seguían oponiéndose a esa paz: Marlborough, el príncipe Eugenio y Heinsius persistían en su propósito de abatir a Luis XIV. Pero cuando el general inglés volvió a Londres a fines de 1711, se le quitaron todos los cargos. Se encontró con una nueva cámara baja y no obtuvo la mayoría de la alta, pues la reina creó nuevos pares para debilitar el partido del duque y fortalecer el de la corona. Fue acusado, como Escipión, de malversación, y se libró, casi igual que él, por su gloria y por su retiro. Era todavía poderoso en su infortunio, y el príncipe Eugenio no vaciló en ir a Londres para secundar a su facción. Este príncipe tuvo la acogida debida a su nombre y a su fama, y la negativa que sus proposiciones merecían. Prevaleció la corte y el príncipe Eugenio regresó solo a terminar la guerra; y era un nuevo acicate para él el esperar nuevas victorias, sin compañero que compartiera el honor.

Mientras se reúnen en Utrecht, mientras los ministros de Francia, tan maltratados en Gertruidenberg, van a negociar en mayor igualdad, el mariscal de Villars, retirado detrás de las líneas, cubría todavía Arras y Cambrai. El príncipe Eugenio tomaba la ciudad de Quesnoy (6 de julio de 1712) y desplegaba en el país un ejército de cerca de cien mil combatientes. Los holandeses habían hecho un esfuerzo; no habían cubierto nunca todos los gastos que estaban obligados a hacer para la guerra, pero sobrepasaron su contingente ese año. La reina Ana no podía todavía desligarse abiertamente; había enviado al ejército del príncipe Eugenio al duque de Ormond con doce mil ingleses y pagaba todavía muchas tropas alemanas. El príncipe Eugenio, tras de quemar el arrabal de Arras, avanzaba sobre el ejército francés. Propuso al duque de Ormond librar batalla; pero el general inglés había sido enviado para no combatir. Las negociaciones particulares entre Inglaterra y Francia adelantaban y se publicó una suspensión de hostilidades entre ambas coronas. Luis XIV hizo devolver a los ingleses la ciudad de Dunkerque como garantía de sus compromisos. El duque de Ormond se retiró hacia Gante. Quiso llevarse, junto con las tropas de su nación, las que su reina pagaba, pero sólo pudo hacerse seguir de cuatro escuadrones de Holstein y un regimiento liejés. Las tropas de Brandeburgo, del Palatinado, de Sajonia, de Hesse, de Dinamarca quedaron bajo las banderas del príncipe Eugenio y fueron pagadas por los holandeses. Hasta el

elector de Hannover, que sucedería a la reina Ana, dejó contra la voluntad de la reina sus tropas a los aliados, demostrando que si su familia esperaba la corona de Inglaterra, no era con el favor de la reina con lo que contaba.

El príncipe Eugenio, privado de los ingleses, era todavía superior en veinte mil hombres al ejército francés; lo era por su posición, por la abundancia de sus almacenes y por nueve años de victorias.

El mariscal de Villars no pudo impedirle sitiar Landrecies. Francia, agotada de hombres y de dinero, estaba consternada; y los ánimos no se tranquilizaban con las conferencias de Utrecht, pues los triunfos del príncipe Eugenio podían hacerlas infructuosas. Grandes destacamentos habían devastado ya una parte de Champaña y avanzado hasta las puertas de Reims.

La alarma cundía en Versalles y en el resto del reino. La muerte del único hijo del rey, ocurrida hacía un año; el duque de Borgoña, la duquesa de Borgoña (febrero de 1712) y su hijo mayor (marzo), arrebatados rápidamente hacía algunos meses y llevados a la misma tumba; el último de sus hijos, moribundo; todas estas desventuras domésticas, unidas a las extranjeras y a la miseria pública, hacían considerar el fin del reinado de Luis XIV como un tiempo de calamidades; y los desastres que se esperaban superaban la grandeza y la gloria vistas anteriormente.

(11 de junio de 1712) Precisamente en esa época murió en España el duque de Vendôme. El desaliento general, expandido por toda Francia y que yo recuerdo haber visto, hacía temer también que España, sostenida por el duque de Vendôme, volviera a caer por su pérdida.

Landrecies no podía resistir mucho tiempo. Se discutió en Versalles si el rey se retiraría a Chambord sobre el Loira; y el rey le dijo al mariscal de Harcourt que, en el caso de un nuevo suceso adverso, convocaría a toda la nobleza de su reino, la conduciría hacia el enemigo a pesar de sus setenta y cuatro años de edad y moriría al frente de la misma.

Un error cometido por el príncipe Eugenio libró al rey y a Francia de todas estas inquietudes. Se dice que sus líneas estaban demasiado extendidas, que el depósito de sus provisiones en Marchiennes estaba demasiado alejado; que el general Albemarle, apostado en Denain, entre Marchiennes y el campo del príncipe, no se hallaba lo bastante cerca como para ser socorrido con suficiente premura si lo atacaban. Se me ha asegurado que una italiana muy bella a quien yo vi algún tiempo después en La Haya, y que era entonces la querida del príncipe Eugenio, estaba en Marchiennes, y que por su causa se eligió ese lugar como almacén. No es hacerle justicia al príncipe Eugenio pensar que una mujer pudiera tomar parte en sus disposiciones guerreras.

Los que saben que un cura y un consejero de Douai llamado Le Fèvre de Orval, paseándose juntos por esos acantonamientos, fueron los primeros en imaginar que se podía atacar fácilmente Denain y Marchiennes, podrán probar con más fuerza que las grandes acciones de este mundo están dirigidas con frecuencia por débiles y secretos

móviles. Le Fèvre dio su opinión al intendente de la provincia; éste al mariscal de Montesquieu, que mandaba bajo las órdenes del mariscal de Villars; el general la aprobó y la ejecutó. Esta acción fue, en efecto, la salvación de Francia, más todavía que la paz con Inglaterra. El mariscal de Villars engañó al príncipe Eugenio. Un cuerpo de dragones avanzó a la vista del campo enemigo como si se preparara a atacarlo; y mientras los dragones se retiraban hacia Guisa, el mariscal marchó a Denain con su ejército, en cinco columnas. (24 de julio de 1712) Forzaron las trincheras del general Aibemarle, defendidas por diecisiete batallones; todos los soldados fueron muertos o capturados. El general se entregó prisionero con dos príncipes de Nassau, un príncipe de Holstein, un príncipe de Anhalt y todos los oficiales. El príncipe Eugenio llegó apresuradamente, pero al final de la acción; con las pocas tropas que pudo llevar quiso atacar un puente que conducía a Denain y del cual eran dueños los franceses, con lo que sólo perdió gente, volviendo a su campamento después de presenciar la derrota.

Tomaron rápidamente, una tras otra, todas las posiciones cercanas a Marchiennes, a lo largo del Escarpe. (30 de julio de 1712) Arremeten contra Marchiennes, defendida por cuatro mil hombres, y se intensifica el asedio con tanto vigor, que al cabo de tres días los hacen prisioneros y se apoderan de todas las provisiones de guerra y de boca acumuladas por los enemigos para la campaña. Toda la superioridad queda del lado del mariscal de Villars. (Septiembre y octubre de 1712) El enemigo, desconcertado, levanta el sitio de Landrecies y quiere recuperar Douai, Quesnoy, Bouchain. Las fronteras están aseguradas. El ejército del príncipe Eugenio se retira disminuido en casi cincuenta batallones, de los cuales cuarenta fueron tomados desde el combate de Denain hasta el fin de la campaña. La victoria más notable no habría producido mayores ventajas.

Si el mariscal de Villars hubiese disfrutado del favor popular, del que gozaron otros generales, hubiera sido llamado a viva voz el restaurador de Francia; pero apenas se confesaba lo que se le debía, y, a pesar del regocijo público por un éxito inesperado, la envidia predominaba todavía.

Cada progreso del mariscal de Villars apresuraba la paz de Utrecht. El ministerio de la reina Ana, responsable ante su patria y ante Europa, no descuidó ni los intereses de Inglaterra ni los de los aliados, ni la seguridad pública. Exigió primero que Felipe V, afirmado en España, renunciara a sus derechos a la corona de Francia, que seguía conservando todavía; y que su hermano el duque de Berry, presunto heredero de Francia, después del único bisnieto que le quedaba a Luis XIV, renunciara también a la corona de España en el caso de convertirse en rey de Francia. Quisieron que el duque de Orléans hiciera el mismo renunciamiento. Doce años de guerra acababan de demostrar lo poco que obligan a los hombres semejantes actos. No existe todavía ley reconocida que obligue a los descendientes a privarse del derecho de reinar, al cual hayan renunciado los padres.

Esas renunciaciones no son eficaces más que cuando el interés común concuerda con ellas. Pero calmaban por un momento una tempestad de doce años; era probable que,

algún día, más de una nación sostendría esos renunciamentos, convertidos en base del equilibrio y la tranquilidad de Europa.

Por ese tratado se le daba al duque de Saboya la isla de Sicilia, con el título de rey; y en el continente Fenestrell, Exilies y el valle de Pragelas, que se le quitaban a la casa de Borbón para engrandecerlo.

Se les daba a los holandeses una barrera considerable, que hablan deseado siempre, y, si se despojaba a la casa de Francia de algunos dominios en favor del duque de Saboya, se le quitaba a la casa de Austria con qué satisfacer a los holandeses, que deberían convertirse a sus expensas en los conservadores y los dueños de las ciudades más fuertes de Flandes. Se tomaban en cuenta los intereses de Holanda. en el comercio y se estipulaban los de Portugal.

Se le reservaba al emperador la soberanía de las ocho provincias y inedia del Flandes español y el útil dominio de las ciudades de la barrera. Se le aseguraba el reino de Nápoles y Cerdeña, con todo lo que poseía en Lombardía, y los cuatro puertos sobre las costas de Toscana. Pero el consejo de Viena se creía demasiado perjudicado y no podía suscribir tales condiciones.

En lo que se refiere a Inglaterra, su gloria y sus intereses estaban asegurados. Hacía demoler y cegar el puerto de Dunkerque, objeto de tantas envidias. España la dejaba en posesión de Gibraltar y de la isla de Menorca; Francia le cedía la bahía de Hudson, la isla de Terranova y la Acadia. Obtenía para el comercio en América derechos no concedidos a los franceses, que habían colocado a Felipe V en el trono. Hay que contar también, entre los artículos gloriosos para el ministerio inglés, el haber hecho que Luis XIV consintiera en hacer salir de la prisión a sus propios súbditos detenidos por su religión. Esto era dictar leyes, pero lees muy respetables.

Por último, la reina Ana, sacrificando a su patria los derechos de sangre y las íntimas inclinaciones de su corazón, aseguraba y garantizaba su sucesión a la casa de Hannover.

En cuanto a los electores cíe Baviera y de Colonia, el duque de Baviera debía retener el ducado de Luxemburgo y el condado de Namur, hasta que su hermano y él fuesen repuestos en sus electorados; porque España había cedido esas dos soberanías a los bávaros como indemnización por sus pérdidas, y los aliados no habían tomado ni Namur ni Luxemburgo.

En lo que respecta a Francia, que demolía Dunkerque y abandonaba tantas plazas en Flandes, en otro tiempo conquistadas por sus armas y aseguradas por los tratados de Nimega y de Ryswick, se le devolvía Lila, Aire, Bethune y Saint-Venant.

Así, pues, parecía que el ministerio inglés hacía justicia a todas las potencias. Pero los whigs no se la hicieron, y la mitad de la nación maldijo pronto la memoria de la reina Ana por haber hecho el mayor bien que pueda hacer jamás un soberano: por haber dado reposo a tantas naciones. Se le reprochó que no hubiera desmembrado a Francia, pudiendo hacerlo.

Todos estos tratados se firmaron, uno después de otro, en el curso del año 1713. Fuera por obstinación del príncipe Eugenio, fuera por mala política del consejo del emperador, este monarca no entró en ninguna de las negociaciones. Hubiera obtenido, sin lugar a dudas, Landao y quizá Estrasburgo, si hubiera compartido al principio las miras de la reina Ana. Se obstinó en la guerra y no obtuvo nada. Después de poner en seguridad lo que restaba del Flandes francés, el mariscal de Villars se dirigió hacia el Rin, y después de apoderarse de Spira, de Worms, de toda la región de los alrededores (20 de agosto de 1713), tomó ese mismo Landao que el emperador hubiera podido conservar por la paz; forzó las líneas que el príncipe Eugenio había hecho tender en Brisgaw; (20 de septiembre) derrotó en esas líneas al mariscal Vaubonne; (30 de octubre) sitió y tomó Friburgo, capital del Austria anterior.

El consejo de Viena apremiaba en todas partes los socorros prometidos por los círculos del Imperio, y esos socorros no llegaban. Comprendió entonces que el emperador, sin Inglaterra y Holanda, no podía prevalecer contra Francia, y se resolvió a la paz demasiado tarde.

El mariscal de Villars, después de terminar con esto la guerra, tuvo también la gloria de concluir la paz en Rastadt, con el príncipe Eugenio. Era quizá la primera vez que se veía a dos generales enemigos tratar en nombre de sus soberanos, al término de una campaña. Ambos pusieron en ello la franqueza de sus caracteres. He oído contar al mariscal de Villars que una de las primeras frases que le dirigió el príncipe Eugenio fué ésta: “Señor, nosotros no somos enemigos; vuestros enemigos están en Viena, y los míos en Versalles.” Efectivamente, tanto el uno como el otro tuvieron siempre que luchar contra las intrigas en el curso de su vida.

En el tratado no se discutieron los derechos sobre la monarquía de España reclamados continuamente por el emperador, ni el vano título de rey católico que Carlos VI siguió tomando, mientras el reino quedaba en manos de Felipe V. Luis XIV se quedó con Estrasburgo y Landao, que anteriormente había ofrecido ceder; Huningue y el nuevo Brissac, que él mismo había hecho arrasar, y la soberanía de Alsacia, a la cual había ofrecido renunciar. Pero su rasgo más honroso fué el de hacer reponer en sus estados y en sus jerarquías a los electores de Baviera y Colonia.

Es cosa muy notable que Francia, en todos sus tratados con los emperadores, haya protegido siempre los derechos de los príncipes y de los estados del Imperio. Puso los fundamentos de la libertad germánica en Múnster e hizo constituir un octavo electorado para esa misma casa de Baviera. El tratado de Nimega confirmó el de Westfalia. Francia hizo devolver, por el tratado de Ryswick, todos los bienes del cardenal de Furstemberg, y, finalmente, por la paz de Utrecht repuso dos electores. Hay que confesar que en toda la negociación que terminó esta larga querrela, Inglaterra le dictó la ley a Francia, y ésta se la impuso al Imperio.

Las memorias históricas de ese tiempo, con las que se han formado las compilaciones de tantas historias de Luis XIV, dicen que el príncipe Eugenio, al terminar las conferencias, le rogó al duque de Villars que abrazara en su nombre las rodillas de Luis

XIV, y le presentara al monarca las seguridades del más profundo respeto de un súbdito a su soberano. En primer lugar, no es verdad que un príncipe, nieto de un rey, sea súbdito de otro príncipe, por haber nacido en sus estados. En segundo lugar, es todavía menos cierto que el príncipe Eugenio, vicario general del Imperio, pudiera decirse súbdito del rey de Francia.

Entretanto, cada estado se puso en posesión de sus nuevos derechos. El duque de Saboya se hizo reconocer en Sicilia, sin consultar al emperador, que se quejó de ello en vano. Luis XIV hizo admitir sus tropas en Lila. Los holandeses se apoderaron de las ciudades de su barrera; y Flandes les ha pagado siempre un millón doscientos cincuenta mil florines por año, para ser dueña de sí misma.⁴ Luis XIV hizo cegar el puerto de Dunkerque, demoler la ciudadela y todas las fortificaciones del lado del mar, a la vista de un comisario inglés. Los habitantes de Dunkerque, que veían perecer con eso todo su comercio, enviaron emisarios a Londres para implorar la clemencia de la reina Ana. Era triste para Luis XIV que sus súbditos fuesen a pedir gracia a una reina de Inglaterra; pero fue todavía más triste para ellos que la reina Ana se viera obligada a negársela.

Poco tiempo después, el rey hizo ensanchar el canal de Mardick; y mediante esclusas se hizo un puerto que se decía igualaba al de Dunkerque. El conde de Stair, embajador de Inglaterra, se quejó vivamente al monarca y, según afirma uno de los mejores libros que poseemos, Luis XIV respondió a lord Stair: “Señor embajador, yo he sido siempre amo en mi país, y a veces en los otros; no me lo recordéis.” Se a ciencia cierta que jamás dio Luis XIV una respuesta tan poco conveniente. Nunca había sido amo de los ingleses: estaba muy lejos de serlo. Lo era en su país; pero se trataba de saber si podía eludir un tratado al cual debía su reposo y quizá una gran parte de su Reino.

La cláusula del tratado que fijaba la demolición del puerto de Dunkerque y de sus esclusas no estipulaba que no se construiría un puerto en Mardick. Se han atrevido a poner en letras de molde que lord Bolingbroke, redactor del tratado, omitió este artículo, sobornado por el regalo de un millón. Esta cobarde calumnia se encuentra en la Historia de Luis XIV, escrita por La Martinière, y no es la única que deshonra esa obra. Luis XIV tenía, indudablemente, el derecho de aprovecharse de la negligencia de los ministros ingleses y de atenerse a la letra del tratado, pero prefirió cumplir con el espíritu por el bien de la paz; y lejos de decir a lord Stair que no le hiciera recordar que había sido en otro tiempo amo de otras naciones, cedió a sus peticiones, aunque hubiera podido resistir. Detuvo los trabajos de Mardick en el mes de abril de 1715; las fortificaciones fueron demolidas poco tiempo después, en la regencia, y el tratado cumplido en todos sus puntos.

Después de la paz de Utrecht y de Rastadt, Felipe V no gozó todavía de toda España; le quedó por someter Cataluña, las islas de Mallorca y de Ibiza.

Conviene saber que, habiendo el emperador Carlos VI dejado a su mujer en Barcelona, no pudiendo mantener la guerra de España y no queriendo ni ceder sus derechos ni aceptar la paz de Utrecht, había convenido, sin embargo, con la reina Ana, que la emperatriz y sus tropas, ya inútiles en Cataluña, serían transportadas en buques ingleses.

En efecto, Cataluña había sido evacuada y Staremberg, al partir, había renunciado a su título de virrey. Pero dejó las simientes de una guerra civil y la esperanza de un pronto socorro de parte del emperador, y hasta de Inglaterra. Los que gozaban entonces de mayor crédito en esa provincia se jactaron de poder formar una república con la protección extranjera, que el rey de España no sería lo bastante fuerte para conquistar. Demostraron tener el carácter que Tácito les atribuyera tanto tiempo antes: “Nación intrépida que tiene en poco la vida cuando no la emplea en combatir.”

Cataluña es uno de los países más fértiles de la tierra y de los mejor situados. Regada por hermosos ríos, arroyos y fuentes, tanto como la vieja y la nueva Castilla están privadas de ellos, produce todo lo indispensable para las necesidades del hombre y todo lo que puede halagar sus deseos: árboles, granos, frutos y legumbres de todas clases. Barcelona es uno de los más hermosos puertos de Europa, y el país proporciona todo lo necesario para la construcción de los navíos. Sus montañas están llenas de canteras de mármol, de jaspe, de cristal de roca, y hasta se encuentran también muchas piedras preciosas. Las minas de hierro, de estaño, de plomo, de alumbre, de sulfatos son abundantes; la costa oriental produce coral. Cataluña, en fin, puede prescindir del universo entero, y sus vecinos no pueden prescindir de ella.

Lejos de que la abundancia y las delicias los hayan reblandecido, los habitantes han sido siempre guerreros, y los montañeses, sobre todo, feroces. Pero, a pesar de su valor y de su extremado amor por la libertad, han estado subyugados en todos los tiempos: los conquistaron los romanos, los godos, los vándalos, los sarracenos.

Sacudieron el yugo de los sarracenos y se pusieron bajo la protección de Carlomagno. Pertenecieron a la casa de Aragón y después a la de Austria.

Hemos visto que bajo el gobierno de Felipe IV, irritados por el conde duque de Olivares, primer ministro, se entregaron a Luis XIII en 1640. Se les respetaron todos sus privilegios, siendo más bien protegidos que súbditos; entraron de nuevo a ser dominio austríaco en 1652; y, en la guerra de sucesión, se pusieron de parte del archiduque Carlos contra Felipe V. Su obstinada resistencia probó que Felipe V, aunque se habla librado de su competidor, no podía reducirlos solo. Luis XIV, que en los últimos tiempos de la guerra no había podido proporcionar a su nieto ni soldados ni barcos para combatir contra Carlos, su rival, se los envió entonces para combatir contra sus súbditos rebelarlos. Una escuadra francesa bloqueó el puerto de Barcelona, y el mariscal de Berwick la sitió por tierra.

La reina de Inglaterra, más fiel a sus tratados que a los intereses de su país, no socorrió esa ciudad, lo cual indignó a los ingleses, que se hacían el reproche que se habían hecho los romanos por haber dejado destruir Sagunto. El emperador de Alemania prometió inútiles socorros. Los sitiados se defendieron con un valor doblado por el fanatismo; los sacerdotes, los monjes corrieron a las armas y a las trincheras como si se hubiese tratado de una guerra de religión. El fantasma de la libertad los hizo sordos a las proposiciones de su soberano. Más de quinientos eclesiásticos murieron en ese sitio con

las armas en la mano; podemos imaginarnos hasta qué punto sus discursos y su ejemplo habrán animado a las gentes.

Enarbolaron sobre la brecha una bandera negra y sostuvieron más de un asalto. Por último, habiendo penetrado los sitiadores, los sitiados siguieron peleando de calle en calle; y, retirados a la ciudad nueva, mientras era tomada la antigua, pidieron todavía al capitular que se les conservaran todos sus privilegios (12 de septiembre de 1714). Se les concedió tan sólo respetarles la vida y los bienes. Les quitaron la mayor parte de los privilegios; y de todos los monjes que habían sublevado al pueblo y combatido contra su rey, sólo hubo sesenta castigados; hasta se tuvo la indulgencia de condenarlos solamente a galeras. Felipe V trató más rudamente a la pequeña ciudad de Játiba en el curso de la guerra; se la había destruido hasta los cimientos para hacer un escarmiento; pero si se arrasa una pequeña ciudad de poca importancia, no se arrasa una grande, dueña de un hermoso puerto de mar, y cuyo mantenimiento es útil al Estado.

Este furor de los catalanes, que no los había animado cuando Carlos VI estaba entre ellos, y que los embargó cuando quedaron sin socorros, fué la última llama del incendio que devastó durante tanto tiempo la parte más bella de Europa, por el testamento de Carlos II, rey de España.

CAPÍTULO XXIV

CUADRO DE EUROPA DESDE LA PAZ DE UTRECHT

HASTA LA MUERTE DE LUIS XIV

Me atrevo a llamar a esta guerra, guerra civil. El duque de Saboya se armó contra sus dos hijas. El príncipe de Vaudemont, que se había puesto de parte del archiduque Carlos, estuvo a punto de hacer prisionero en Lombardía a su propio padre, adicto a Felipe V. España había sido dividida en facciones. Regimientos enteros de calvinistas habían servido contra su patria. En resumen, la guerra general comenzó por una sucesión entre parientes; y se puede agregar que la reina de Inglaterra excluía del trono a su hermano, a quien Luis XIV protegía, y a quien ella se vió obligada a deportar.

Las esperanzas y la prudencia humanas fueron defraudadas en esta guerra, como lo son siempre. Carlos VI, reconocido dos veces en Madrid, fué expulsado de España. Luis XIV, próximo a sucumbir, se levantó por las desavenencias imprevistas de Inglaterra. El consejo de España, que había llamado al duque de Anjou al trono con el propósito de no desmembrar jamás la monarquía, vió muchas partes de ella separadas. Lombardía y Flandes quedaron en manos de la casa de Austria: la casa de Prusia obtuvo una pequeña parte del mismo Flandes, y los holandeses dominaron en otra; una cuarta quedó para Francia. Así, pues, la herencia de la casa de Borgoña se repartió entre cuatro potencias; y la que parecía tener más derecho a ella no conservó ni una alquería. Cerdeña, inútil al emperador, fué suya por un tiempo. Gozó durante algunos años de Nápoles, ese gran feudo de Roma, que ha cambiado de manos tan fácil y frecuentemente. El duque de Saboya fue dueño de Sicilia durante cuatro años, y no la tuvo más que para sostener contra el papa el derecho singular, pero antiguo, de ser papa el mismo en esa isla, es decir, de ser, apegándose al dogma, soberano absoluto en los asuntos eclesiásticos.

La vanidad de la política se evidenció más aún después de la paz de Utrecht que durante la guerra. Indudablemente, el nuevo ministerio de la reina Ana quería preparar en secreto el restablecimiento en el trono del hijo de Jacobo II. La misma reina Ana empezaba a escuchar la voz de la naturaleza en la de sus ministros; y acariciaba el propósito de dejar su sucesión al hermano cuya cabeza había puesto a precio a pesar suyo.

Enterneada por los discursos de su favorita milady Masham, e intimidada por las exhortaciones de los prelados torys que la rodeaban, se reprochaba ese destierro desnaturalizado. He visto a la duquesa de Marlborough persuadida de que la reina había hecho venir a su hermano en secreto, de que lo había abrazado, y de que, si él hubiese querido renunciar a la religión romana, considerada en Inglaterra y entre todos los protestantes como madre de la tiranía, lo hubiera hecho designar su sucesor. Su aversión por la casa de Hannover aumentaba su inclinación por la familia de los Estuardos. Se ha

afirmado que la víspera de su muerte exclamó varias veces: “¡Ah hermano mío! ¡Hermano querido!” Murió de apoplejía a la edad de cuarenta y nueve años, el 12 de agosto de 1714.

Sus partidarios y sus enemigos convenían en que era una mujer muy poco capaz. Sin embargo, desde Eduardo III y Enrique V no hubo reinado tan glorioso, ni jamás tan grandes capitanes, tanto en tierra como en el mar; nunca tantos ministros superiores, ni parlamentos más instruidos, ni oradores más elocuentes.

La muerte se anticipó a todos sus proyectos. La casa de Hannover, considerada por ella como extranjera y a la que no quería, le sucedió; sus ministros fueron perseguidos.

El vizconde de Bolingbroke, que había venido a concederle la paz a Luis XIV con una grandeza igual a la del monarca, se vio obligado a dirigirse a Francia en busca de asilo y a reaparecer en ella suplicante. El duque de Ormond, alma del partido del pretendiente, eligió el mismo refugio. Harley, conde de Oxford, tuvo más valor. A él era a quien no querían, pero permaneció orgullosamente en su patria, desafiando la prisión en que lo encerraron y la muerte con que lo amenazaban. Era un alma serena, inaccesible a la envidia, al amor de las riquezas y al temor del suplicio. Su mismo valor lo salvó, y sus enemigos en el Parlamento lo estimaron demasiado para pronunciar su sentencia.

Luis XIV llegaba a su fin. Es difícil de creer que a la edad de setenta y siete años y en la miseria en que se hallaba su reino, osara exponerse a una nueva guerra contra Inglaterra en favor del pretendiente, reconocido por él como rey y a quien llamaban entonces el caballero de San Jorge; sin embargo, el hecho es muy cierto. Es preciso confesar que Luis XIV tuvo en el alma una elevación que lo llevaba a buscar en todo a lo grande. El conde de Stair, embajador de Inglaterra, lo había amenazado. Se vio obligado a echar de Francia a Jacobo III, como en su juventud se expulsó a Carlos II y a su hermano. El príncipe estaba escondido en Lorena, en Commercy. El duque de Ormond y el vizconde de Bolingbroke excitaron el amor a la gloria del rey de Francia haciéndole concebir esperanzas de una sublevación en Inglaterra, y sobre todo en Escocia, contra Jorge I. Al pretendiente le bastaba con presentarse; sólo se pedía un barco, algunos oficiales y un poco de dinero. El barco y los oficiales se concedieron sin deliberar; no podía enviarse un buque de guerra, porque los tratados no lo permitían. L'Épine de Anican, célebre armador, proporcionó la nave de transporte, la artillería y las armas; en cuanto al dinero, el rey carecía de él. Sólo se pedían cuatrocientos mil escudos, y no hubo modo de encontrarlos. Luis XIV escribió de su puño y letra al rey de España, Felipe V, su nieto, que los prestó, y con este socorro el pretendiente pasó secretamente a Escocia, encontrando, en efecto, un partido muy grande, pero que acababa de ser deshecho por el ejército inglés del rey Jorge.

Luis había muerto; el pretendiente regresó a ocultar en Commercy el destino que lo persiguió toda su vida, mientras la sangre de sus partidarios corría en Inglaterra sobre los cadalsos.

En los capítulos reservados a la vida privada y a las anécdotas veremos cómo murió Luis XIV en medio de las intrigas odiosas de su confesor, y de las más despreciables querellas teológicas que hayan turbado jamás a espíritus ignorantes e inquietos. Pero considero aquí el estado en que dejó a Europa.

El poder de Rusia se afianzaba cada día en el norte, y esta creación de un nuevo pueblo y de un nuevo imperio era todavía muy ignorada en Francia, en Italia y en España.

Suecia, antigua aliada de Francia y en otro tiempo terror de la casa de Austria, no podía defenderse de los rusos, y no le quedaba a Carlos XII más que la gloria.

Un simple electorado de Alemania empezaba a convertirse en Potencia preponderante. El segundo rey de Prusia, elector de Brandeburgo, con su prudente administración y un ejército, colocaba los cimientos de una potencia hasta entonces desconocida.

Holanda gozaba todavía de la consideración ganada en la última guerra contra Luis XIV; pero el peso que ponía en la balanza se hizo menos grande. Inglaterra, trastornada por conflictos en los primeros años del reinado de un elector de Hannover, conservó toda su fuerza y toda su influencia. Los estados de la casa de Austria decayeron bajo el reinado de Carlos VI, pero la mayor parte de los príncipes del Imperio hicieron florecer los suyos. España respiró bajo el gobierno de Felipe V, que debía su trono a Luis XIV. Italia se mantuvo tranquila hasta el año 1717. No hubo ninguna querella eclesiástica en Europa que pudiera dar al papa un pretexto para hacer valer sus pretensiones, o que pudiese privarlo de las prerrogativas que ha conservado. Solamente el jansenismo agitó a Francia, pero sin provocar un cisma, sin promover una guerra civil.

CAPÍTULO XXV

PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS DEL REINADO DE LUIS XIV

Las anécdotas son un campo limitado en el que se espiga después de la vasta cosecha de la historia; son pequeños detalles largo tiempo ocultos, de donde les viene el nombre de anécdotas; interesan a la gente cuando conciernen a personas ilustres.

Las Vidas de los grandes hombres, de Plutarco, son una recopilación de anécdotas más agradables que ciertas: ¿cómo podría haber memorias fieles de la vida privada de Teseo y de Licurgo? En la mayor parte de las máximas que pone en boca de sus héroes hay más utilidad moral que verdad histórica.

La Historia secreta de Justiniano, de Procopio, es una sátira dictada por la venganza; y aunque la venganza pueda decir la verdad, esa sátira, que contradice la historia pública. De Procopio, no parece siempre veraz.

No está permitido hoy imitar a Plutarco y todavía menos a Procopio. Admitimos como verdades históricas sólo las que están garantizadas. Cuando contemporáneos como el cardenal de Retz y el duque de La Rochefoucauld, enemigos uno del otro, confirman el mismo hecho en sus Memorias, ese hecho es indudable; cuando se contradicen, hay que dudar: lo que no es verosímil no debe ser creído en lo absoluto, a menos que varios contemporáneos dignos de fe lo atestigüen unánimemente.

Las anécdotas más útiles y preciosas son los escritos privados que dejan los grandes príncipes, cuando el candor de su alma se manifiesta en esos monumentos; tales son las que tomo de Luis XIV

Los detalles domésticos halagan solamente la curiosidad; las debilidades sacadas a luz agradan tan sólo a la malicia, a menos que esas debilidades instruyan por las desgracias que las han seguido o por las virtudes que las han reparado.

Las memorias privadas de los contemporáneos son sospechosas de parcialidad, y los que escriben una o dos generaciones después deben usar la mayor circunspección, apartar lo frívolo, reducir lo exagerado y combatir la sátira.

Luis XIV puso en su corte, como en su reinado, tanto brillo y magnificencia, que los menores detalles de su vida, que fueron objeto de la curiosidad de todas las cortes de Europa y de todos sus contemporáneos, parecen interesar a la posteridad. El esplendor de su gobierno se derramó sobre sus menores acciones. Se tiene más interés, especialmente en Francia, por conocer las particularidades de su corte que por conocer las revoluciones de algunos otros estados. Tal es el efecto de la gran faena. Se prefiere saber lo que pasaba en el gabinete y en la corte de Augusto a conocer los detalles de las conquistas de Atila o de Tamerlán.

Por eso hay pocos historiadores que no hayan publicado las primeras inclinaciones de Luis XIV por la baronesa de Beauvais, por mademoiselle de Argencourt, por la sobrina del cardenal Mazarino, que se casó con el conde de Soissons, padre del príncipe Eugenio; sobre todo, por María Mancini, su hermana, quien se casó después con el condestable Colonne.

No reinaba todavía cuando estos pasatiempos ocupaban la ociosidad en que el cardenal Mazarino, que gobernaba despóticamente, lo dejaba languidecer.

Sólo la atracción que sintió por María Mancini fué un asunto serio, porque la quiso lo bastante para sentirse tentado de casarse con ella, y fue lo suficiente dueño de sí mismo para separarse. Esta victoria obtenida sobre su pasión comenzó a hacer ver que había nacido con un alma grande. Obtuvo una más valiente y difícil al dejar al cardenal Mazarino como amo absoluto. El agradecimiento le impidió sacudir el yugo que empezaba a pesarle. Era una anécdota muy conocida en la corte, la de que había dicho al morir el cardenal: “No sé qué hubiera hecho yo, si él hubiera vivido más tiempo.”

Aprovechaba esa ociosidad leyendo libros de distracción; leía sobre todo con la condestablesa de Colonne, espiritual como todas sus hermanas. Se complacía en los versos y las novelas que, pintando la galantería y la grandeza, halagaban en secreto su carácter. Leía las tragedias de Corneille, y se formaba el gusto, que es el fruto de un sentido recto y el sentimiento vivo de un espíritu bien formado. La conversación de su madre y de las damas de la corte contribuyó no poco a hacerle gustar esa flor del espíritu y a educarlo en esa cortesía singular que ya empezaba a caracterizar a la corte. Ana de Austria había llevado a ella cierta galantería noble y altiva, propia del genio español de esos tiempos, a la cual había agregado las gracias, la dulzura y una libertad decente, que existían únicamente en Francia. El rey hizo más progresos en esa escuela de placer desde los dieciocho a los veinte años que los que había hecho en las ciencias bajo la dirección de su preceptor, el abate de Beaumont, después arzobispo de París. No se le había enseñado casi nada. Habría sido de desear que se lo instruyera en historia, y sobre todo en historia moderna; pero lo publicado hasta entonces sobre esta materia estaba muy mal escrito. Era triste que sólo se hubiera logrado éxito con las novelas inútiles y que lo necesario fuera desagradable. Se hizo imprimir con su nombre una Traducción de los comentarios de César, y otra de Floro con el nombre de su hermanita; pero toda la colaboración de los príncipes en ellas fué el haber tenido inútilmente como temas de sus traducciones pasajes de esos autores.

El que cuidaba de la educación del rey, bajo la dirección del primer mariscal de Villerroi, su preceptor, era una persona a la altura de su tarea, sabia y amable; pero las guerras civiles perjudicaron esta educación y el cardenal Mazarino toleraba con gusto que se le diera al rey poca ilustración. Durante sus relaciones con María Mancini aprendió fácilmente el italiano con ella; y en el tiempo de su matrimonio se aplicó al español menos felizmente. El descuido del estudio con sus preceptores, al salir de la infancia; una timidez que provenía del temor de comprometerse y la ignorancia en que

lo tenía el mariscal Mazarino hicieron pensar a toda la corte que sería gobernado siempre como Luis XIII, su padre.

Sólo hubo una ocasión en la cual quienes saben juzgar con anticipación previeron lo que llegaría a ser; fué en 1655, cuando después de la extinción de las guerras civiles, después de su primera campaña y su consagración, el Parlamento quiso reunirse nuevamente con motivo de algunos edictos. El rey partió de Vincennes, en traje de caza, seguido por toda su corte; entró en el parlamento con sus gruesas botas y el látigo en la mano, y pronunció estas palabras: “Sabemos las desgracias que han causado vuestras asambleas, y ordeno que cesen las comenzadas por mis edictos. Señor primer presidente, os prohibo autorizar asambleas y a todos vosotros solicitarlas.

Su talla ya majestuosa, la nobleza de sus rasgos, el tono y el aire de soberano que usó al hablar impusieron más que la autoridad de su jerarquía, hasta entonces poco respetada. Pero estas primicias de su grandeza³ parecieron perderse al instante siguiente; y los frutos no aparecieron sino después de la muerte del cardenal.

Después del regreso triunfal de Mazarino, la corte se ocupaba de juegos, ballets, comedias-que, apenas nacidas en Francia, no eran todavía un arte-y tragedias, que se habían convertido en un arte sublime en manos de Pierre Corneille. Un cura de Saint-Germain-l'Auxerrois, influido por las ideas rigurosas de los jansenistas, había escrito repetidas veces a la reina contra esos espectáculos, desde los primeros años de la regencia. Aseguraba que el que asistiera a ellos se condenaba, y hasta hizo firmar este anatema por siete doctores de la Sorbona; pero el abate de Beaumont, preceptor del rey, recogió más aprobaciones doctorales que condenaciones había obtenido el riguroso cura. Con ello calmó los es crúpulos de la reina; y cuando fué arzobispo ' de París autorizó la opinión que defendiera siendo abate. Encontraréis -este hecho en las Memorias de la sincera madame de Mott⁶file. Es menester observar que desde que el cardenal de Richelieu introdujo en la corte los espectáculos regulares, convirtiendo a París en la rival de Atenas, no sólo hubo siempre un banco para la Academia -que tenia varios eclesiásticos en su cuerpo- sino que hubo uno particular para los obispos.

El cardenal Mazarino, en 1646 y 1654, hizo representar en el teatro del Palais Royal y del Petit Bourbon, cerca del Louvre, óperas italianas interpretadas por voces que hizo venir de Italia. Este nuevo espectáculo había nacido poco tiempo antes en Florencia, comarca en aquel entonces favorecida por la suerte y por la naturaleza, y a la cual se debe el resurgimiento de diversas artes olvidadas durante siglos y la invención de algunas otras. Oponerse al establecimiento de esas artes en Francia era un resto de la antigua barbarie.

Los jansenistas, a quienes los cardenales de Richelieu y Mazarino quisieron reprimir, se vengaron oponiéndose a los placeres que los dos ministros procuraban a la nación. Los luteranos y los calvinistas hicieron lo mismo en la época del papa León X. Basta, por otra parte, con ser innovador para ser austero. Los mismos espíritus que trastornaría. _ un estado para imponer una opinión con frecuencia absurda anatematizan los placeres inocentes necesarios a una gran ciudad y las artes que ceatribuyen al esplendor de una

nación. La supresión de los espectáculos sería una idea más digna del siglo de Atila que del siglo de Luis XIV.

La danza, que también puede contarse entre las artes porque está sometida a reglas y da gracia al cuerpo, era una de las más grandes diversiones de la corte. Luis XIII bailó una sola vez en un ballet, en 1625; ese ballet era de mal gusto, y no anunciaba lo que serían las artes en Francia treinta años después Luis XIV sobresalía en las danzas graves, convenientes a la majestad de su figura y que no ofendían la de su rango. Los juegos de sortijas que se hacían a veces y en los que se desplegaba ya una gran magnificencia, mostraban brillantemente su destreza en todos los ejercicios. En todo se manifestaban los placeres y la suntuosidad conocidos entonces, que poco eran, sin embargo, en comparación con lo que se vio cuando el rey reinó por sí solo; pero eran sorprendentes, después de los horrores de una guerra civil, y de la tristeza de la vida sombría y re-traída de Luis XIII. Este príncipe enfermo y melancólico no fué servido, ni alojado ni provisto de muebles como un rey. No poseía ni cien mil escudos de pedrerías de la corona. El cardenal Mazarino dejó joyas por valor de un millón doscientos mil, y las de hoy ascienden a alrededor de veinte millones de libras.

(1660) El casamiento de Luis XIV fué un derroche de fausto y de buen gusto, que se acrecentaron después incesantemente. Cuando hizo su entrada con la reina su esposa, París vió con admiración tierna y respetuosa a esa joven reina, que no carecía de hermosura, llevada en una carroza soberbia de reciente invención; al rey a caballo, a su lado, engalanado con todo lo que había podido añadir a su belleza varonil y heroica, que atraía todas las miradas.

Al extremo de las alamedas de Vincennes se preparó un arco de triunfo cuya base era de piedra; pero la premura no permitió terminarlo de manera que durara; se construyó en yeso y fué después totalmente demolido. Claude Perrault hizo el diseño. La puerta de San Antonio se reconstruyó para la misma ceremonia; monumento de un gusto menos noble, pero ornado por trozos de escultura bastante hermosos. Todos los que habían visto, el día de la batalla de San Antonio, entrar en París por esa puerta, entonces adornada con un tenebrario, los cuerpos muertos o moribundos de tantos ciudadanos, y veían ahora una entrada tan diferente, bendecían al cielo y daban gracias por tan feliz cambio.

El cardenal Mazarino, para solemnizar este enlace, hizo representar en el Louvre la ópera italiana titulada Ercole amante. No agradó a los franceses. Sólo vieron con placer bailar al rey y a la reina. El cardenal quiso destacarse con un espectáculo más del gusto de la nación, y el secretario de Estado, de Lionne, se encargó de hacer componer una especie de tragedia alegórica por el estilo de Europa, en la que había trabajado el Cardenal Richelieu. Afortunadamente para el gran Corneille, no lo eligieron para llenar esa mala trama. El tema eran Lisis y Hesperia. Lis], personificaba a Francia y Hesperia a España. Se le encargó la obra a Quinault, que acababa de ganarse una gran reputación con la pieza del Falso Tiberino, que, a pesar de su poca calidad, obtuvo un éxito prodigioso. No ocurrió lo mismo con Lisis. Se la ejecutó en el Louvre, y lo único

hermoso en ella fue la maquinaria. El marqués de Sourdeac, apellidado de Rieux, a quien se le debió, más tarde, la implantación de la ópera en Francia, hizo ejecutar en ese mismo tiempo, a sus expensas, en su castillo de Neuburgo, el Toisón de oro de Pierre Corneille, con maquinaria. Quinault, joven y de agradable apariencia, tenía a su favor la corte: Corneille tenía su nombre y a Francia. De esto resulta que en Francia debemos la ópera y la comedia a dos cardenales.

Después de las bodas del rey hubo toda una sucesión de fiestas, galanterías, placeres; dobladas con las de Monsieur, hermano del rey, con Enriqueta de Inglaterra, hermana de Carlos II; y no se interrumpieron hasta 1661, con la muerte del cardenal Mazarino.

Pocos meses después de la muerte del ministro ocurrió un acontecimiento sin par, siendo no menos extraño que todos los historiadores lo hayan ignorado. Se envió con el más grande secreto al castillo de la isla Santa Margarita, en el mar de Provenza, a un prisionero desconocido, de talla superior a la ordinaria, joven y de la más noble y bella figura. Durante el viaje, este prisionero llevaba una máscara, cuya mentonnière tenía resortes de acero que le permitían comer sin quitarse la máscara. Se había ordenado matarlo si se descubría. Permaneció en la isla hasta que un oficial de confianza, llamado Saint Mars, gobernador de Pignerol, siendo gobernador de la Bastilla el año róggo, fué a buscarlo a la isla Santa Margarita y lo condujo a la Bastilla, todavía enmascarado. El marqués de Louvois lo visitó en la isla antes del traslado, y le habló de pie, con consideración y respeto. El desconocido fue llevado a la Bastilla, en la que fué alojado con todas las comodidades posibles en ese castillo. No se le negaba nada de lo que pedía. Gustaba de la ropa blanca de finura extraordinaria y ele los encajes. Tocaba la guitarra. Se le daba una comida excelente, y el gobernador rara vez se sentaba en su presencia. Un anciano médico de la Bastilla, que atendió muchas veces las enfermedades de este hombre singular, ha dicho que jamás vio su rostro, aunque le examinó con frecuencia la lengua y el resto del cuerpo. Estaba admirablemente bien formado, decía el médico; su piel era algo morena; interesaba con sólo el tono de su voz; no se quejaba nunca de su estado y no dejaba suponer en forma alguna quién podía ser.

Este desconocido murió en 1703 y lo enterraron de noche en la parroquia de San Pablo. Lo asombroso se dobla por el hecho de que no desapareció de Europa ningún hombre importante cuando lo enviaron a la isla Santa Margarita. Y el prisionero era indudablemente importante, a juzgar por lo que ocurrió en los primeros días de su permanencia en la isla. El gobernador en persona ponía los platos en la mesa y se retiraba inmediatamente después de haberlo encerrado. Un día el prisionero escribió con un cuchillo sobre un plato de plata y arrojó el plato por la ventana hacia un bote que estaba en la orilla, casi al pie de la torre. Un pescador, a quien pertenecía el bote, recogió el plato y se lo llevó al gobernador. Éste, asombrado, le preguntó al pescador: “¿Habéis leído lo escrito en este plato, y alguien lo ha visto en vuestras manos?” “No no sé leer -respondió el pescador-. Acabo de encontrarlo y nadie lo ha visto.” El campesino quedó detenido hasta que el gobernador se informó bien de que jamás había sabido leer y de que nadie había visto el plato. “Idos -le dijo-; sois muy afortunado por no saber leer.” Entre las personas que tuvieron conocimiento directo de este hecho hay una muy

digna de fe que vive aún Chamillart fué el último ministro que conoció este raro secreto; y su yerno, el segundo mariscal de La Feuillade, me ha dicho que a la muerte de su padre político le rogó de rodillas le dijera quién era ese hombre conocido con el apodo del hombre de la máscara de hierro. Chamillart le contestó que era secreto de Estado y que había hecho juramento de no revelarlo jamás. En fin, quedan aún muchos de mis contemporáneos que atestiguan la verdad de lo que apunto, y no conozco hecho más extraordinario ni mejor comprobado.

Luis XIV, entretanto, repartía su tiempo entre los placeres propios de su edad y los asuntos de Estado que eran de su incumbencia. Reunía el consejo de ministros todos los días y después trabajaba en secreto con Colbert. Este trabajo secreto fué el origen de la catástrofe del célebre Fouquet, en la cual se vieron envueltos el secretario de estado Guenegaud, Pellison, Gourville y tantos otros. La caída de aquel ministro, mucho menos reprochable que el cardenal Mazarino, probó que no a todo el mundo le está permitido cometer las mismas faltas. Su pérdida estaba ya decidida cuando el rey aceptó la magnífica fiesta que el ministro le dió en su casa de Vaux. El palacio y los jardines le habían costado dieciocho millones, equivalentes a treinta y cinco de hoy, sobre poco más o menos.

Había edificado el palacio dos veces y comprado tres aldeas, cuyo terreno quedó encerrado en sus inmensos jardines, plantados en parte por Le N6-tre y considerados entonces como los más bellos de Europa. Los surtidores de Vaux, que los de Versalles, Marli y Saint-Cloud hicieron parecer después más que medianos, eran entonces prodigiosos. Pero por hermosa que fuera esa casa, el gasto de dieciocho millones, cuyas cuentas todavía existen, prueba que el ministro había sido servido con tan poca economía como con la que servía al rey. En verdad, Saint-Germain y Fontainebleau, las únicas casas de recreo habitadas por el rey, distaban mucho de tener la belleza de la de Vaux. Luis XIV, al notar lo, se irritó. En la casa se ven por todas partes las armas y la divisa de Fouquet, una ardilla con la siguiente leyenda: Quo non ascendam? “¿A dónde no subiré yo?” El rey se la hizo explicar. La ambición de la divisa no apaciguó al monarca. Los cortesanos advirtieron que la ardilla aparecía pintada en todas partes perseguida por una culebra, que tenía Colbert en sus armas. La fiesta resultó superior a las ofrecidas por el cardenal Mazarino, no solamente por la suntuosidad, sino por el gusto. Se representó por primera vez *Les Fâcheux* de Molière con un prólogo de Pellisson, que fue admirado. Los placeres públicos ocultan o preparan tan frecuentemente en la corte desastres particulares, que, de no haber estado la reina madre, el superintendente y Pellison hubieran sido detenidos en Vaux el día de la fiesta. Aumentaba el resentimiento del rey al ver que mademoiselle de La Vallière, por quien empezaba a sentir una verdadera pasión, había sido objeto de uno de los gustos pasajeros del superintendente, quien no ahorraba nada para satisfacerlos. Le había ofrecido a mademoiselle de La Vallière doscientas mil libras, ofrecimiento que fué recibido con indignación, antes de que ella pensara siquiera en tener algún poder en el corazón del rey. El superintendente quiso convertirse en confidente de la que no pudo poseer, con lo que aumentó la irritación del príncipe.

El rey, en un primer movimiento de indignación, estuvo tentado de hacer detener al superintendente en medio de la fiesta que le ofrecía, pero mostró en seguida un disimulo poco necesario. Se hubiera dicho que el monarca, ya todopoderoso, temía al partido que se había hecho Fouquet.

Fouquet era procurador general del Parlamento, cargo que le otorgaba el privilegio de ser juzgado por las cámaras reunidas; pero después de haber sido juzgados por comisarios tantos príncipes, mariscales y duques, hubiera podido tratarse en igual forma a un magistrado, puesto que querían servirse de esas vías extraordinarias, que, sin ser injustas, dejan siempre una sospecha de injusticia.

Colbert lo comprometió, mediante un artificio poco honroso, a vender su cargo, ofreciéndosele hasta un millón ochocientas mil libras, equivalentes hoy a tres millones y medio; y por un malentendido lo vendió sólo en un millón cuatrocientos mil francos. El precio excesivo de los puestos en el Parlamento, tan disminuido después, prueba la consideración que todavía conservaba ese cuerpo, incluso en su humillación. El duque de Guisa, gran chambelán del rey, había vendido este cargo de la corona al duque de Bouillon por ochocientas mil libras apenas.

La Fronza y la guerra de París pusieron este precio a los cargos de la judicatura. El que Francia fuera el único país de la tierra donde los cargos de los jueces fueran venales, constituía uno de los grandes defectos y una de las mayores desgracias de un gobierno tanto tiempo cargado de deudas. Era una consecuencia del fermento sedicioso, y constituía una especie de insulto hecho al trono el que un empleo de procurador del rey costara más que las primeras dignidades de la corona.

Fouquet, a pesar de haber disipado las finanzas del Estado y de haberlas usado como las suyas propias, no carecía de grandeza de alma. Sus depredaciones habían sido fruto de sus licencias y liberalidades. (1661) Llevó hasta el ahorro el precio de su cargo, pero, esta bella acción no lo salvó. Llevaron con habilidad a Nantes a un hombre a quien un oficial y dos guardias podían detener en París. El rey lo trató afectuosamente antes de su desgracia. No sé por qué la mayor parte de los príncipes aparentan generalmente engañar con falsas bondades a los súbditos que desean perder. El disimulo en esos casos se opone a la grandeza; jamás es una virtud y se convierte en un talento estimable sólo cuando es absolutamente necesario. Luis XIV pareció contradecir su carácter; pero se le había hecho saber que Fouquet hacía grandes fortificaciones en BelleIsle y que podía tener demasiados aliados fuera y dentro del reino. Se comprobó, cuando fué conducido a la Bastilla y a Vincennes, que su partido no era otra cosa que la avidez de algunos cortesanos y de algunas mujeres favorecidas con pensiones, que lo olvidaron en cuanto no se las pudo dar. Otros amigos le fueron fieles, prueba de que los merecía. La ilustre madame de Sevigne, Pellison, Gourville, mademoiselle Scudery, varios literatos, se declararon abiertamente en su favor y lo ayudaron con tanta decisión que le salvaron la vida.

Se conocen estos versos de Hesnault, el traductor de Lucrecia, contra Colbert, el perseguidor de Fouquet:

*Ministre atare et luche, esclave malheureux,
Qui gémit sous le poids des affaires publiques;
Victime dévouée aux chagrins politiques
Fantôme révéré sort un titre onéreux;*

*Vois combien des grandeurs le comble est dangereux;
Contemple de Fouquet les funestes reliques,
Et, tandis qu'à sa perte en secret ttt t'appliques.
Crains qu'on ne te prépare un destin plus affreux.*

*Sa chute quelque jour te peut être commune
Crains ton poste, ton rang, la cour et la fortune.
Nul ne tombe innocent dois l'on te voit monté.*

*Cesse donc d'animer ton prince ir son supplice;
Et, près d'avoir besoin de toute sa bonté,
Ne le fais pas user de toute sa justice.*

Cuando se le habló a Colbert de este soneto injurioso, preguntó si había ofendido al rey; como se le contestara que no, dijo: “Pues entonces a mí tampoco.”

No hay que dejarse engañar nunca por estas respuestas meditadas, por estas manifestaciones públicas que el corazón desaprueba. Colbert parecía moderado, pero perseguía la muerte de Fouquet con encarnizamiento. Se puede ser buen ministro y vengativo. Es triste que no haya sabido ser tan generoso como diligente.

Uno de sus más implacables perseguidores era Michel Le Tellier, entonces secretario de Estado, y su rival en prestigio. Es el mismo que luego fué canciller. Cuando se lee su oración fúnebre y se la compara con su conducta, ¿qué puede pensarse sino que una oración fúnebre es mera declamación? Pero fué el canciller Seguier, presidente de la comisión, de todos los jueces de Fouquet, quien buscó su muerte con más encarnizamiento y lo trató con mayor dureza.

Es cierto que procesar al superintendente era acusar la memoria del cardenal Mazarino. Las mayores depredaciones en las finanzas eran obra suya. Se había apoderado, como si fuera el soberano, de varias ramas de las rentas del Estado y había negociado, en su nombre y en su provecho, con las provisiones de los ejércitos. “Imponía-dijo Fouquet en su defensa-, mediante lettres de cachet [órdenes reales firmadas por su secretario], sumas extraordinarias sobre los gastos generales; lo que jamás se hizo sino por él y para él, y que merece pena de muerte según las ordenanzas.” De esta manera, el cardenal había amasado fortunas inmensas que ni él mismo conocía.

Le he oído contar al difunto señor de Caumartin, intendente de finanzas, que en su juventud, pocos años después de la muerte del cardenal, estuvo en el palacio Mazarino,

en el que residían su heredero el duque y la duquesa Hortensia; que vio allí un gran armario de marquetería, muy profundo, que tenía de arriba abajo la capacidad de un gabinete. Las llaves se habían perdido hacía mucho tiempo y no se habían preocupado de abrir los cajones. Caumartin, asombrado de esta negligencia, le dijo a la duquesa de Mazarino que quizá habría curiosidades en el armario. Lo abrieron y estaba repleto de cuádruplos, fichas de juego y medallas de oro. Madame Mazarino arrojó al pueblo puñados de ellas por las ventanas durante más de ocho días.

El abuso que hizo Mazarino de su poder despótico no justificaba al superintendente; pero la irregularidad de los procedimientos efectuados contra él, la duración de su proceso, el encarnizamiento odioso del canciller Seguier, el tiempo que apaga la irritación pública e inspira compasión por los desdichados; por último, las apelaciones cada vez más vigorosas en favor de un infortunado contra el que no se apresuraban los pasos para perderlo, todo esto le salvó la vida. El proceso se juzgó hasta tres años después, en 1664. De veintidós jueces que opinaron, solamente nueve dictaminaron la pena de muerte, y los otros trece, entre los cuales había algunos a quienes Gourville les había hecho aceptar presentes, aconsejaron el destierro perpetuo. El rey conmutó la pena por otra más dura. Esta severidad no estaba conforme ni con las antiguas leyes del reino ni con las de la humanidad. Sublevó más los ánimos de los ciudadanos el que el canciller hiciera desterrar a uno de los jueces, llamado Roquesante, porque había puesto gran interés en que la cámara de justicia fuera indulgente. Fouquet fué encerrado, en el castillo de Pignerol. Todos los historiadores dicen que murió allí en 1680; pero Gourville asegura en sus Memorias que salió de la prisión algún tiempo antes de su muerte. Su nuera, la condesa de Vaux, me había confirmado este hecho; sin embargo, en su familia se cree lo contrario. Así, pues, no se sabe dónde murió este desventurado, cuyas menores acciones resonaban cuando era poderoso.

El secretario de Estado Guériégau, que vendió su cargo a Colbert, no fué menos perseguido por la cámara de justicia, que le quitó la mayor parte de su fortuna. Lo más singular de los fallos de esta cámara es el haber condenado a un obispo de Avranches a pagar una multa de doce mil francos; se llamaba Boislève y era hermano de un recaudador copartícipe suyo en las concusiones.

Saint-Évremond, adicto al superintendente, quedó envuelto en su desgracia. Colbert, buscando por todas partes pruebas contra el que deseaba perder, mandó apoderarse de los papeles confiados a madame de Mesás-Belhivre, y en esos papeles se encontró la carta manuscrita de Saint-Évremond sobre la paz de los Pirineos. Le leyeron al rey esta broma, haciéndola pasar por crimen de Estado. Colbert, que desdeñaba vengarse de Hesnault, hombre oscuro, persiguió en Saint-Évremond al amigo de Fouquet que odiaba y al elevado espíritu que temía. El rey tuvo la extrema severidad de castigar una burla inocente hecha hacía mucho tiempo contra el cardenal Mazarino, a quien, por otra parte, no echaba de menos, y a quien toda la corte había injuriado, calumniado y proscrito impunemente durante varios años. De mil escritos, dirigidos contra el ministro fué castigado el menos mordaz, y lo fué cuando ya había muerto.

Saint-Évremond, retirado en Inglaterra, vivió y murió como hombre libre y como filósofo. Su amigo, el marqués de Miremond, me decía una vez en Londres que su desgracia tenía otra causa, y que Saint-Évremond nunca había querido explicársela. Cuando Luis XIV le permitió a Saint-Évremond regresar a su patria, al final de su vida, este filósofo desdeñó considerar el permiso como una gracia; probando que la patria está donde se vive feliz, como lo era él en Londres.

El nuevo ministro de finanzas, con el simple título de inspector general, justificó la severidad de sus persecuciones, restableciendo el orden alterado por sus predecesores y trabajando por la grandeza del Estado.

La corte se convirtió en el centro de los placeres y en el modelo de las demás cortes. El rey se vanaglorió de dar fiestas que hiciesen olvidar las de Vaux.

La naturaleza parecía complacerse entonces en producir en Francia los más grandes hombres en todas las artes, y en reunir en la corte todo lo que de más hermoso y más perfecto en hombres y mujeres haya habido jamás. El rey aventajaba a todos sus cortesanos por su excelente9 talla y por la belleza majestuosa de sus rasgos; el timbre de su voz, noble y conmovedora, ganaba los corazones de quienes se sentían intimidados en su presencia. Tenía una manera de caminar que sólo podía convenir a él y a su categoría, y que hubiera sido ridícula en cualquier otro. La turbación que provocaba a quienes le hablaban halagaba íntimamente la complacencia que sentía en su superioridad. A un viejo oficial que se turbaba y tartamudeaba al pedirle una gracia, y que no pudiendo acabar su discurso, le dijo: “Sire, no tiemblo así delante de vuestros enemigos”, no le costó trabajo conseguir lo que pedía.

El gusto por la sociedad no había alcanzado toda su perfección en la corte. La reina madre, Ana de Austria, empezaba a amar el retrainimiento y la reina reinante apenas sabía el francés, y la bondad era su único mérito. La princesa de Inglaterra, cuñada del rey, llevó a la corte el atractivo de una conversación afable y animada, perfeccionada por la lectura de buenas obras y por un gusto certero y delicado. Se perfeccionó en el conocimiento del idioma que escribía mal por el tiempo de su casamiento. Inspiró una nueva emulación espiritual e introdujo en la corte una gracia y una cortesía apenas conocidas poi el resto de Europa. Madame poseía tanto talento como su hermano Carlos II, embellecido por los encantos de su sexo, por el don y el deseo de agradar. En la corte de Luis XIV se manifestaba vivamente una galantería que la decencia hacía más excitante; en cambio, la que reinaba en la corte de Carlos II era más atrevida, y un exceso de grocería rebajada sus atractivos.

Hubo al principio, entre Madame y el rey, muchas coqueterías espirituales e inteligencias secretas que se notaron en pequeñas fiestas frecuentemente repetidas. El rey le enviaba versos y ella le contestaba. Sucedió que un mismo hombre era, a la vez, el confidente del rey y de Madame en ese comercio ingenioso: el marqués de Dangeau. El rey le encargaba que escribiera por él y la princesa lo comprometía a contestarle al rey. Así, pues, sirvió a los dos, sin dejar que el rey sospechara que la princesa lo empleaba, y ésta fué una de las causas de su fortuna.

Esas inteligencias sembraron la alarma en la familia real. El rey redujo la resonancia de ese trato a un fondo de estima y de amistad jamás alterado en lo sucesivo. Cuando Madame hizo trabajar a Racine y Corneille en la tragedia Bérénice, pensó no sólo en la ruptura del rey con la condestabla de Colonne, sino en el freno que ella misma había puesto a su propia inclinación, de miedo a que se hiciera peligrosa. Luis XIV está bastante bien descrito en estos dos versos de la Bérénice de Racine:

*Qu'en quelque obscurité que le ciel l'eût fait naître,
Le monde, en le voyant, eût reconnu son maître.*

Estos entretenimientos cedieron su lugar a la pasión más seria y más constante que sintió Luis XIV por mademoiselle de La Valliere, dama de honor de Madame. Con ella gozó de rara felicidad al ser querido únicamente por sí mismo, y durante dos años fué ella el móvil oculto de todos los pasatiempos galantes y de todas las fiestas ofrecidas por el rey. Un joven ayuda de cámara del monarca, llamado Belloc, escribió varios relatos con los que acompañaban los bailes dados en casa de la reina o en la de Madame; relatos que expresaban con misterio el secreto de sus corazones, secreto que pronto dejó de serlo.

Todas las diversiones públicas que se hicieron por iniciativa del rey eran otros tantos homenajes a su amada. En 1662 se organizó un carrousel frente a las Tullerías, en un vasto recinto que ha conservado el nombre de plaza del Carrousel. Hubo cinco cuadrillas. El rey estaba al frente de los romanos; su hermano, de los persas; el príncipe de Condé, de los turcos; el duque de Enghien, su hijo, de los indios; el duque de Guisa, de los americanos. El duque de Guisa, nieto del de la Cara cortada, era célebre en el mundo por la audacia infortunada con la que intentó hacerse dueño de Nápoles. Su prisión, sus duelos, sus amores novelescos, su prodigalidad, sus aventuras, lo hacían singular en todo. Parecía ser de otro siglo. Decían de él, viéndolo correr con el gran Condé: “He ahí los héroes de la historia y de la fábula.”

La reina madre, la reina reinante, la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I, olvidando por un momento sus desgracias, asistían bajo un dosel al espectáculo. El conde de Sault, 10 hijo del duque de Lesdiguières, ganó el premio, recibéndolo de manos de la reina madre. Estas fiestas reanimaron más que nunca la afición por las divisas y los emblemas, que los torneos habían puesto de moda antaño y que habían subsistido después.

Un anticuario llamado Douvriér imaginó en esa época como emblema de Luis XIV el de un sol lanzando sus rayos sobre un globo, con esta leyenda: *Nec pluribus impar*. La idea se inspiró un poco en una divisa española hecha para Felipe II, y más conveniente a este rey dueño de la parte más hermosa del Nuevo Mundo, y de tantos estados en el viejo, que a un joven rey de Francia, que sólo hacía concebir esperanzas todavía. Esta divisa tuvo un éxito prodigioso. Las armas del rey, los muebles de la corona, las tapicerías, las esculturas fueron adornados con ella, pero el rey no la llevó nunca en sus carrouseles.

Se le reprochó injustamente a Luis XIV esta divisa ostentosa, como si hubiera sido elegida por él; y ha sido criticada -quizá más justamente- por el fondo. El cuerpo no representa lo que la leyenda significa y la leyenda no tiene un sentido bastante claro y bastante determinado. Lo que puede explicarse de diversas maneras no merece ser explicado de ninguna. Las divisas -ese resto de la antigua caballería- pueden estar bien en fiestas y tienen atractivo cuando las alusiones son justas, nuevas o ingeniosas. Vale más carecer de ella que tolerar una divisa mala o baja, como la de Luis XII; era un puerco espín con esta inscripción: Qui s'y frotte s'y pique. Las divisas son, por lo que respecta a las inscripciones, lo que las mascaradas en comparación con las ceremonias augustas.

La fiesta de Versalles en 1664 superó la del carrousel por su singularidad, por su magnificencia y por los placeres del espíritu que, mezclados al esplendor de esas diversiones, ponían en ellas un gusto y un atractivo como no se habían visto todavía en fiesta alguna. Versalles empezó a ser una residencia deliciosa, sin acercarse a la grandeza que alcanzó después.

(1664) El 5 de mayo llegó el rey con la corte, integrada por seiscientas personas, cuyos gastos y los de su séquito fueron costeados, así como los de los que se ocuparon en los preparativos de esos encantos. Sólo faltaron en estas fiestas monumentos construidos expresamente para darlas, como los que elevaron los griegos y los romanos; pero la rapidez con la que se construían teatros, anfiteatros, pórticos, adornados con tanto gusto como suntuosidad, era una maravilla que se agregaba a la ilusión, y que, diversificada luego de mil maneras, aumentaba todavía el hechizo de estos espectáculos.

Hubo primero una especie de carrousel. Los que debían correr desfilaron el primer día como en una revista; iban precedidos por heraldos de armas, pajes y escuderos que llevaban sus divisas y sus escudos; y sobre esos escudos estaban escritos en letras de oro versos compuestos por Périgni y por Benserade. Este último, sobre todo, tenía un talento especial para las piezas galantes, en las que hacía siempre alusiones delicadas y espirituales a los caracteres de las personas, a los personajes de la Antigüedad o de la fábula que se representaba, y a las pasiones que animaban la corte. El rey representaba a Rogelio: todos los diamantes de la corona brillaban en su traje y en el caballo que montaba. Las reinas y trescientas damas, bajo arcos de triunfo, presenciaban esta entrada.

El rey, entre todas las miradas fijas en él, distinguía tan sólo la de mademoiselle de La Valliere. Disfrutaba la fiesta, que era para ella sola, confundida entre la multitud.

Tras de la cabalgata seguía un carro dorado de dieciocho pies de alto, quince de ancho y veinticuatro de largo, que representaba el carro del Sol. Las cuatro Edades, de oro, de plata, de bronce y de hierro; los signos celestes, las estaciones, las horas seguían al carro a pie. Todo estaba caracterizado. Pastores llevaban las piezas de la barrera que se ajustaban al son de trompetas, a las que acompañaban a intervalos las gaitas y los violines. Algunos personajes que seguían al carro de Apolo fueron primero a recitar a las reinas versos adecuados al lugar, al momento, al rey y a las damas. Al terminar las

carreras y llegar la noche, cuatro mil grandes antorchas iluminaron el espacio en que se realizaban las fiestas. Se sirvieron mesas para doscientos personajes que representaban las estaciones, los faunos, los silvanos, las dríadas, con pastores, vendimiadores, segadores. Pan y Diana avanzaban sobre una montaña movediza y descendieron de ella para hacer colocar sobre las mesas los más deliciosos productos de los campos y los bosques. Detrás de las mesas, en semicírculo, se elevó de pronto un teatro repleto de concertistas. Las arcadas que rodeaban la mesa y el teatro estaban adornadas con quinientas girándulas verde y plata que sostenían bujías, y una balaustrada dorada cerraba el vasto recinto.

Estas fiestas, tan superiores a las inventadas en las novelas, duraron siete días. El rey ganó cuatro veces el premio de los juegos, y los cedió después para que los demás jinetes disputaran los premios ganados por él.

La comedia la Princesa de Élide, aunque no sea una de las mejores de Molière, fue uno de los más agradables ornamentos de los juegos, por su infinidad de alegorías finas sobre las costumbres del tiempo y por los propósitos que constituían la atracción de tales fiestas, cuyo valor se ha perdido para la posteridad. En la corte se obstinaban todavía en creer en la astrología: varios príncipes pensaban por orgullosa superstición que la naturaleza los distinguía hasta llegar a escribir su destino en los astros. El duque de Saboya, Víctor Amadeo, padre de la duquesa de Borgoña, tuvo un astrólogo a su lado hasta después de la abdicación. Molière se aventuró a atacar esta ilusión en los Amantes magníficos, representada en otra fiesta, en 1670.

En ella, aparece también un bufón, como en la Princesa de Élide. Estos desdichados estaban aún muy de moda, resto de una barbarie que ha durado más tiempo en Alemania que en otras partes. La necesidad de diversiones, la impotencia de procurárselas agradables y honestas en los tiempos de la ignorancia y del mal gusto, hicieron imaginar ese triste placer que degrada el espíritu humano. El bufón que tenía entonces Luis XIV había pertenecido al príncipe de Condé: se llamaba l'Angeli. Según decía el conde de Grammont, de todos los bufones que habían seguido al Señor Príncipe, solamente l'Angeli había hecho fortuna. Este bufón no carecía de ingenio; fué el quien dijo “que no iba al sermón porque no le gustaba el gritar y no entendía el razonar”.

La farsa El casamiento a la fuerza se representó también en aquella fiesta; pero lo verdaderamente admirable fué la primera representación de los tres primeros actos de Tartufo. El rey quiso ver esta obra maestra aun antes de estar terminada, y la defendió después de los falsos devotos que movieron cielo y tierra para prohibirla; y subsistirá, como ya se ha dicho en otras partes, mientras haya en Francia gusto e hipócritas.

La mayor parte de estas brillantes solemnidades no lo son, a menudo, más que para los ojos y los oídos. Lo que sólo es pompa y magnificencia pasa en un día, pero cuando las obras maestras del arte, como el Tartufo, hermocean esas fiestas, dejan tras de sí un recuerdo imperecedero.

Se recuerdan todavía algunos trozos de las alegorías de Benserade que adornaban los ballets de aquel tiempo. Sólo citaré estos versos dedicados al rey, que representaba el sol:

*Je doute qu'on le prenne avec vous sur le ton
De Daphné ni de Phaéton,
Lui trop ambitieux, elle trop inhumaine
Il n'est point lû de piège oîa vous puissiez donner:
Le moyen de s'imaginer
Qu'une femme vous fuie, et qu'un homme vous mène?*

Lo más glorioso de estos entretenimientos, que perfeccionaban en Francia el gusto, la cortesía y el talento, estribaba en que no sustraían al monarca de sus continuos trabajos. Sin esos trabajos, hubiera sabido tener una corte, pero no habría sabido reinar; y si los placeres magníficos de esa corte hubiesen ofendido la miseria del pueblo, hubieran sido odiosos; pero el mismo hombre que daba esas fiestas había dado pan al pueblo durante la miseria de 1662. Hizo traer cereales que los ricos compraron a ínfimo precio, donándolos a las familias pobres a las puertas del Louvre; devolvió al pueblo tres millones de impuestos; ningún aspecto de la administración interna fué descuidado; su gobierno era respetado en el exterior. El rey de España, obligado a cederle la precedencia; el papa, forzado a darle satisfacción; Dunkerque, anexado a Francia por un contrato glorioso para el que lo adquiría y deshonoroso para el vendedor; en fin, todos sus pasos, desde que tenía las riendas, habían sido nobles o útiles; después de eso, era hermoso dar fiestas.

(1664) El legado a latere Chigi, sobrino del papa Alejandro VII, que acudió a Versalles en lo mejor de las diversiones para dar satisfacción al rey por el atentado de los guardias del papa, llevó a la corte un espectáculo nuevo. Esas grandes ceremonias son fiestas para el público y los honores que se le rindieron produjeron la satisfacción más patente. Recibió bajo palio los saludos de las cortes superiores, del cuerpo de la ciudad, del clero. Entró en París saludado con salvas de artillería, teniendo al gran Condé a su derecha y al hijo de este príncipe a su izquierda, y fué con todo ese aparato a humillarse, él, representante de Roma y del papa, ante un rey que todavía no había sacado la espada. Cenó con Luis XIV después de la audiencia, y todos se esforzaron por tratarlo con magnificencia y procurarle placeres. Después se trató al dux de Génova con menos honores, pero con el mismo afán de agradar que el rey supo conciliar siempre con sus altivas decisiones.

Todo esto le daba a la corte de Luis XIV un aire de grandeza que eclipsaba a las demás cortes de Europa. Quería que el brillo que rodeaba a su persona se reflejara en todo lo que había a su alrededor, que todos los grandes recibieran honores, sin que ninguno fuera poderoso, empezando por su hermano y por el señor Príncipe. Con esta mira falló en favor de los pares en su antigua querrela con los presidentes del Parlamento. Éstos

pretendían opinar antes que los pares y se habían adueñado de ese derecho. Ordenó en una reunión extraordinaria del consejo que los pares opinarían en los lits de justice, en presencia del rey, antes que los presidentes, como si sólo debieran a su presencia esta prerrogativa; y dejó subsistir la antigua costumbre en las asambleas que no son lits de justice.

Para distinguir a sus principales cortesanos inventó casacas azules bordadas de oro y plata. El permiso de usarlas era un gran favor para hombres a quienes guiaba la vanidad. Se las pedía casi como el collar de la orden. Puede hacerse notar, ya que tratamos aquí de pequeños detalles, que en aquel tiempo se llevaban las casacas encima de un jubón adornado con cintas, y sobre la casaca pasaba un tahalí del cual colgaba la espada. Usaban una especie de valona de encaje y un sombrero adornado con dos hileras de plumas. Esta moda duró hasta el año 1684 y se siguió en toda Europa, excepto en España y Polonia. En casi todas partes se preciaban ya de imitar la corte de Luis XIV.

Estableció en su casa un orden que aún perdura; regló las funciones y las jerarquías; creó cargos nuevos en torno de su persona, como el de gran maestro de su guardarropa. Restableció las mesas instituidas por Francisco I, y las aumentó, llegando a tener doce para los oficiales comensales, servidas con tanta propiedad y abundancia como las de muchos soberanos; quiso que todos los extranjeros fueran invitados a ellas, atención que continuó durante todo su reinado. Más refinada y más cortés todavía fué la de edificar los pabellones de Marli en 1679, donde todas las damas encontraban en su departamento un toilette completo; nada de cuanto pertenece a un lujo cómodo fué olvidado; quienquiera que estuviera de viaje podía dar comidas en su departamento; y era servido con la misma delicadeza que el soberano. Estas pequeñas cosas no adquieren valor más que cuando están sostenidas por las grandes. En todo lo que hacía había esplendor y generosidad. Al casarse las hijas de sus ministros les regalaba doscientos mil francos.

Una liberalidad sin par aumentó su fama en Europa. Concibió la idea por una conversación con el duque de Saint-Aignan, quien le contó que el cardenal de Richelieu había enviado presentes a algunos sabios extranjeros que habían hecho su elogio. El rey no esperó ser elogiado; pero, seguro de merecerlo, encomendó a sus ministros Lionne y Colbert elegir cierto número de franceses y de extranjeros distinguidos en la literatura, a los cuales demostraría su generosidad. Después de escribir Lionne a los países extranjeros y de haberse informado, en la medida de lo posible, en materia tan delicada, en la que debe darse la preferencia a los contemporáneos, se hizo primero una lista de sesenta personas: unas recibieron presentes, otras pensiones, según su categoría, sus necesidades y su mérito. (1663) El bibliotecario del Vaticano, Allacci; el conde Graziani, secretario de Estado del duque de Módena; el célebre Viviani, matemático del gran duque de Florencia; Vossius, el historiógrafo de las Provincias Unidas; el ilustre matemático Huyghens, un residente holandés en Suecia; hasta profesores de Altorf y de Helmstadt, ciudades casi desconocidas de los franceses, se sorprendieron al recibir cartas de Colbert en las cuales les decía que aunque el rey no era su soberano, les rogaba

aceptar ser su bienhechor. Las cartas estaban redactadas de acuerdo con la dignidad de las personas y todas iban acompañadas de considerables gratificaciones o de pensiones.

Entre los franceses se distinguió a Racine, Quinault, Flechier, después obispo de Nimes, muy joven todavía, que recibieron presentes. Es cierto que Chapelain y Cotin tuvieron pensiones; pero es que el ministro consultó, sobre todo, a Chapelain. Estos dos hombres tan desacreditados en la poesía no carecían de mérito. Chapelain era autor de una inmensa literatura, y, lo que resulta sorprendente, es que tenía gusto y era uno de los críticos más ilustrados. Hay una gran distancia de todo esto al genio, pues la ciencia y el ingenio guían a un artista, pero no lo forman. Nadie tuvo en Francia más reputación, en su tiempo, que Ronsard y Chapelain, porque en el tiempo de Ronsard eran bárbaros, y apenas se salía de la barbarie en el de Chapelain. Costar, compañero de estudio de Balzac y de Voiture, llama a Chapelain el primero de los poetas heroicos.

Boileau no participó de esas liberalidades; hasta entonces sólo había hecho sátiras, y se sabe que esas sátiras atacaban a los sabios consultados por el ministro. Algunos años después el rey lo distinguió sin consultar a nadie.

Los presentes enviados a los países extranjeros fueron tan grandes, que Viviani hizo construir una casa en Florencia con la generosidad de Luis XIV. Puso en letras de oro sobre el frontispicio: Aedes a Deo dat(r, alusión al sobrenombre de “Dios-Dado” con el que la voz pública llamó a este príncipe al nacer.

Podemos imaginarnos fácilmente el efecto producido en Europa por esta extraordinaria magnificencia; y si consideran todo lo memorable que el rey hizo después, los espíritus más severos y más difíciles deben tolerar los elogios inmoderados que se le prodigaron. No fueron los franceses los únicos que lo alabaron. Se pronunciaron doce panegíricos de Luis XIV en diversas ciudades de Italia, y este homenaje, enviado al rey por el marqués de Zampieri, no le fue rendido ni por el temor ni por la esperanza.

Siguió derramando sus beneficios sobre las letras y sobre las artes. Las gratificaciones particulares de casi cuatro mil luises que dió a Racine, la fortuna de Despreaux, la de Quinault, sobre todo la de Lulli y de todos los artistas que le consagraron sus trabajos, son pruebas de ello. Le dió incluso a Benserade mil luises para hacer los huecograbados de sus Metamorfosis de Ovidio en redondillas: liberalidad mal aplicada que prueba solamente la generosidad del soberano, que recompensaba a Ben-serade el escaso mérito que habían tenido sus ballets.

Varios escritores han atribuido únicamente a Colbert la protección concedida a las artes y la magnificencia de Luis XIV; pero no tuvo más mérito en ello que el de secundar la magnanimidad y el gusto de su soberano. El ministro, a pesar de tener un gran talento para las finanzas, el comercio, la navegación, la policía general, no tenía el gusto ni la elevación del rey; se ponía a la tarea celosamente, pero estaba lejos de inspirarle lo que la naturaleza otorga.

Considerando esto, no vemos en qué se fundan algunos escritores para acusar de avaro al monarca. Un príncipe cuyos dominios estén absolutamente separados de las rentas del Estado puede ser avaro como un particular; pero es casi imposible que ese vicio se apodere de un rey de Francia que no es, realmente, sino el dispensador del dinero de sus súbditos. El gusto y la voluntad de recompensar pueden faltarle, pero esto precisamente es lo que no se le puede reprochar a Luis XIV.

Por la época en que empezaba a estimular los ingenios con tantos beneficios, el uso que el conde de Bussi hizo del suyo fué rigurosamente castigado. Lo encerraron en la Bastilla en 1665. Los amores de las Galias fueron el pretexto de su prisión, pues la verdadera causa era esta canción, en la que el rey quedaba muy comprometido, y que fué recordada para perder a Bussi, a quien se la atribuían:

*Que Deódatus est heureux
De baiser ce bec amoureux,
Qui d'une oreille a l'autre va!
Alleluia.*

Sus obras no eran lo suficientemente buenas como para compensarle el daño que le acarrearón. Hablaba sólo su lengua; tenía algún mérito, pero más amor propio, y casi no se sirvió de ese mérito más que para hacerse de enemigos. Luis XIV hubiera obrado generosamente perdonándolo, pero vengó la injuria hecha a su persona aparentando ceder a la voz pública. Sin embargo, pusieron en libertad al conde de Bussi al cabo de dieciocho meses, lo privaron de sus cargos y quedó en desgracia todo el resto de su vida, haciéndole en vano a Luis XIV protestas de una ternura que ni el rey ni nadie creían sincera.

CAPÍTULO XXVI

CONTINUACIÓN DE LAS PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS

A la gloria, a los placeres, a la grandeza, a la galantería que ocuparon los primeros años de su gobierno, Luis XIV quiso añadir las dulzuras de la - amistad; pero le es difícil a un rey elegir con acierto. De los dos hombres en quienes puso mayor confianza, uno lo trató indignamente, el otro abusó de su favor. El primero fué el marqués de Vardes, confidente del rey en su amor por madame de La Vallière. Es sabido que cediendo a intrigas de la corte trató de perder a madame de La Vallière, que por la posición que ocupaba debía provocar la envidia y, por su carácter, no debía tener enemigos. Se sabe que de acuerdo con el conde de Guiche y la condesa de Soissons, se atrevió a escribir a la reina reinante una carta falsificada, en nombre de su padre, el rey de España. La carta informaba a la reina de cosas que debía ignorar, y que, de ser conocidas, servirían tan sólo para turbar la paz de la casa real. Aumentó su perfidia con la maldad de hacer recaer la sospecha sobre las personas más honradas de la corte, el duque y la duquesa de Navailles. (1665) Estas dos personas inocentes fueron sacrificadas al resentimiento del monarca engañado. La atrocidad de la conducta de Vardes se conoció demasiado tarde, y Vardes, a pesar de su crimen, apenas si fué más castigado que los inocentes acusados por él, quienes se vieron obligados a renunciar a sus cargos y abandonar la corte.

El otro favorito fué el conde -después duque- de Lauzun, tan pronto rival del rey en sus amores pasajeros, como su confidente; muy conocido más tarde por el matrimonio que quiso contraer a los ojos de todo el mundo con Mademoiselle, y realizado luego en secreto, a pesar de la palabra dada a su soberano.

El rey, engañado por sus elegidos, dijo que habiendo buscado amigos, encontró tan sólo intrigantes. Este conocimiento negativo de los hombres, que se adquiere demasiado tarde, le hacía decir también: “Cada vez que doy un cargo vacante, creo cien descontentos y un ingrato.”

Ni las diversiones ni el embellecimiento de las casas reales y de París, ni la vigilancia de la policía del reino, cesaron durante la guerra de 1666.

El rey bailó en los ballets hasta 1670. Tenía entonces treinta y dos años. Se representó en su presencia, en Saint-Germain, la tragedia Britannicus; y quedó impresionado por estos versos:

*Pour toute ambition, pour vertu singulière,
Il excelle à conduire un char dans la carrière,
A disputer des prix indignes de ses mains;*

A se donner lui-même en spectacle aux Rom

Act. IV, esc. IV

Desde entonces, no volvió a bailar en público; el poeta reformó a. monarca. Seguía unido a la duquesa de La Vallière, a pesar de las frecuentes infidelidades cometidas por él. Estas infidelidades lo inquietaban poco. Casi no había mujeres que se le resistiesen, por lo que volvía siempre, a la que, con su dulzura y su bondad de carácter, por su amor verdadero hasta por la fuerza de la costumbre, lo había subyugado sin mañas; pero en el año de 1669, ella se dio cuenta de que madame de Montespan comenzaba a adquirir ascendiente sobre el monarca; combatió con su dulzura habitual. Sonrió casi sin aueirse la nena de ser largo tiempo testigo del triunfo de su rival; sintiéndose todavía feliz en su dolor, al ser mirada por el rey, a quien seguía queriendo, y viéndolo sin ser querida por él.

Por último, en 1675 tomó la decisión de las almas tiernas que necesitan sentimientos vivos y profundos que las subyuguen. Creyó que sólo Dios podía suceder en su corazón a su amado. Su conversión fue tan celebre como su ternura; se hizo carmelita en París, y perseveró. Cubrirse con un cilicio, caminar descalza, ayunar rigurosamente, cantar de noche en el coro, en un idioma desconocido, todo esto no hirió la delicadeza de una mujer acostumbrada a tanta grandeza, regalo y placeres. Vivió con esa austeridad desde 1675 hasta 1710, con el nombre de hermana Luisa de la Misericordia. El rey que castigara de esta manera a una mujer culpable sería un tirano; y, sin embargo, así se ha castigado a muchas mujeres por haber amado. Muy pocos ejemplos hay de políticos que hayan tomado resolución tan rigurosa, aunque los crímenes de la política parecen exigir mayor expiación que las debilidades del amor; pero los que gobiernan las almas apenas si mandan sobre las de los débiles.

Es sabido que cuando le fue anunciada a la hermana Luisa de la Misericordia la muerte del duque de Vermandois, hijo suyo y del rey, dijo: “Debo llorar más su nacimiento que su muerte.” Le quedó una hija -de todos los hijos del rey, la más parecida a su padre-, que se casó con el príncipe Armand de Conti, sobrino del gran Condé.

Entretanto, la marquesa de Montespan gozaba de su favor con tanto brillo e imperio como modestia había tenido madame de La Vallière.

Mientras madame de La Vallière y madame de Montespan se disputaban el primer lugar en el corazón del rey, la corte entera se entregaba a intrigas amorosas. Hasta Louvois era sensible a ellas. Una de las amantes que tuvo este ministro, cuya dureza de carácter no parecía avenirse con el amor, fue madame Dufresnoi, mujer de uno de sus comisarios, para la cual creó un cargo en casa de la reina, valiéndose de su prestigio. La hicieron camarera, y tuvo el privilegio de entrar en la cámara del rey. El rey favorecía los gustos de sus ministros para justificar los suyos.

Ejemplo notable del poder de los prejuicios y de la costumbre es el de que fuera bien visto que todas las mujeres casadas tuvieran amantes y no se le permitiera a la nieta de Enrique IV tener marido. Mademoiselle, después de haber rechazado a tantos soberanos,

de haber tenido la esperanza de casarse con Luis XIV, quiso hacer, a los cuarenta y cuatro años, la felicidad de un gentilhomme. Obtuvo permiso de casarse con Péguilin,¹ de la familia de Caumont, conde de Lauzun, último capitán de una de las dos compañías de los cien gentileshombres del bec de corbin, que no existen ya, y el primero para quien el rey creó el cargo de coronel general de dragones. Había cientos de ejemplos de princesas casadas con gentileshombres: los emperadores romanos daban sus hijas a senadores; las hijas de los soberanos de Asia, más poderosos y más despóticos que un rey de Francia, se casan sólo con esclavos de sus padres.

Mademoiselle le entregaba todos sus bienes, estimados en veinte millones, al conde de Lauzun, más cuatro ducados, la soberanía de Dombes, el condado de Eu y el palacio de Orléans, llamado el Luxemburgo. (1669) No se reservaba nada para ella, entregada por completo a la idea halagadora de darle a aquél a quien quería la fortuna más grande que rey alguno haya dado a un súbdito. El contrato fué redactado: Lauzun fué por un día duque de Montpensier. Todo estaba preparado y sólo faltaba la firma cuando el rey, asediado por las argumentaciones de príncipes, ministros y enemigos de un hombre demasiado feliz, faltó a su palabra y prohibió la alianza. Había escrito a las cortes extranjeras anunciando el enlace, y volvió a escribir comunicando la ruptura. Lo censuraron por permitirlo y por prohibirlo. Lloró por hacer infeliz a Mademoiselle; pero el mismo príncipe que se había enternecido al faltar a su palabra, mandó encerrar a Lauzun, en noviembre de 1670, en el castillo de Pignerol, por haberse casado en secreto con la princesa, con la que le permitiera algunos meses antes casarse en público. Lauzun estuvo preso diez años enteros. Más de un reino hay donde el monarca no tiene este poder y quienes lo tienen son más queridos cuando no lo usan. ¿El ciudadano que no ofende las leyes del Estado debe ser castigado tan severamente por el que representa al Estado? ¿No hay una gran diferencia entre desagradar al soberano y traicionar al soberano? ¿Un rey debe tratar a un hombre con más dureza de la que usaría la ley?

Los que han escrito que madame de Montespan, después de impedir el matrimonio, irritada contra el conde de Lauzun, de quien sufrió violentos reproches, exigió de Luis XIV esta venganza, no le hacen favor al monarca. Hubiera sido, a la vez, tiránico y pusilánime sacrificar a la cólera de una mujer un hombre bueno, un favorito privado por el de la mayor felicidad, y cuya única falta era la de haberse quejado demasiado de madame de Montespan. Perdónense estas reflexiones que los derechos de la humanidad provocan. Pero no habiendo cometido Luis XIV, durante todo su reinado, ninguna acción de esta naturaleza, la equidad quiere que no se lo acuse de una injusticia tan cruel. Es verdad que se excedió al castigar tan severamente un matrimonio clandestino, una unión inocente, que debió más bien ignorar. Retirar su favor fué muy justo, la prisión fue demasiado dura.

A los que dudan de ese matrimonio secreto les bastará con leer atentamente las Memorias de Mademoiselle. En estas Memorias leemos lo que ella no dijo. Vemos en ellas que la princesa, que se quejó tan amargamente al rey por la ruptura de su casamiento, no se atrevió a lamentarse por la prisión de su marido. Confiesa que la

creían casada, pero no lo desmiente; aunque sólo hubiera escrito estas palabras: No puedo ni debo cambiar para, él, serían decisivas.

Lauzun y Fouquet se sorprendieron al encontrarse en la misma prisión; sobre todo Fouquet, porque en su gloria y su poder había visto de lejos a Peguillin, entre la multitud, como a un gentilhomme de provincia sin fortuna, y cuando éste le contó que había sido el favorito del rey, y que había obtenido permiso de casarse con la nieta de Enrique IV, con todos los bienes y títulos de la casa de Montpensier, lo creyó loco.

Tras de consumirse diez años en la prisión, salió por fin, después de que madame de Montespan comprometió a Mademoiselle a ceder la soberanía de Dombes y el condado de Eu al duque de Maine, todavía niño, que los poseyó después de la muerte de la princesa. Le hizo esta donación con la esperanza de que Lauzun fuera reconocido como su esposo, pero se equivocó: el rey le permitió tan sólo entregarle a ese marido secreto e infortunado las tierras de Saint-Fargeau y Thiers, además de otras grandes rentas que a Lauzun le parecieron insuficientes. Se vió reducida a ser su esposa en secreto, y soportar desaires en público a causa de ello. Desgraciada en la corte y desgraciada en su casa - efecto común de las pasiones-, murió en 1693.

En cuanto al conde de Lauzun, se fué a Inglaterra en 1688. Predestinado a las aventuras extraordinarias, condujo a Francia a la reina, esposa de Jacobo II, y a su hijo, todavía en mantillas. Lo hicieron duque. Mandó en Irlanda con poco éxito, y volvió con más fama, ganada por sus aventuras, que consideración personal. Lo hemos visto morir a edad muy avanzada y olvidado, como les pasa a todos aquellos a quienes les han sucedido grandes cosas, pero que no han hecho nada extraordinario.

Madame de Montespan era todopoderosa desde el comienzo de las intrigas que acabamos de referir.

Athenais de Mortemart, mujer del marqués de Montespan; su hermana mayor, la marquesa de Thianges, y su hermana menor, para quien obtuvo la abadía de Fontevrault, eran las mujeres más bellas de su tiempo, y las tres unían a esta ventaja singulares atractivos espirituales. Su hermano, el duque de Vivonne, mariscal de Francia, era también uno de los hombres más instruidos de la corte y de mayor gusto. Un día el rey le preguntó: “¿Pero para qué sirve leer?” El duque de Vivonne, robusto y con buenos colores, le contestó: “La lectura hace al espíritu lo que vuestras perdicés hacen a mis mejillas.”

Estas cuatro personas agradaban a todo el mundo por el giro singular de su conversación mezclada de broma, ingenuidad y sutileza, al que llamaban el espíritu de los Mortemart. Escribían todas con una agilidad y una gracia particulares. Por esto resalta la ridiculez de ese cuento, que circula de nuevo, según el cual madame de Montespan se veía obligada a hacer escribir sus cartas al rey por madame Scarron, por lo cual ésta se convirtió en su rival, y en rival afortunada.

Madame Scarron-después madame de Maintenon-tenía, en verdad, una mayor ilustración, adquirida por la lectura; su conversación era más dulce, más insinuante. Hay cartas suyas en las que el arte embellece la naturaleza y cuyo estilo es sumamente elegante. Pero madame de Montespan no necesitaba valerse del talento de nadie; y fué la favorita, mucho antes de que madame de Maintenon le fuera presentada.

El triunfo de madame de Montespan se hizo ostensible en el viaje que el rey hizo a Flandes en 1670. En ese viaje se preparó la ruina de los holandeses en medio de las diversiones: fué una fiesta continua, dada con el más pomposo aparato.

El rey, que había hecho todos sus viajes de guerra a caballo, hizo éste, por vez primera, en una carroza con cristales; las sillas de posta no se habían inventado aún. La reina, Madame, su cuñada, la marquesa de Montespan, iban en esa soberbia comitiva, seguida de muchas otras; cuando madame de Montespan iba sola tenía cuatro guardias de corps a las portezuelas de su carroza. Luego llegó el delfín con su corte, y Mademoiselle con la suya: esto ocurría antes de la fatal aventura de su enlace, y gozaba en paz de todos estos triunfos, viendo complacida a su prometido, favorito del rey, al frente de su compañía de guardias. Hacían traer a las ciudades en que dormían los más hermosos muebles de la corona. En cada ciudad se encontraban con un baile de máscaras o de fantasía, o con fuegos artificiales. Todo el cuarto militar acompañaba al rey, y toda la casa de servicio lo precedía o seguía. Las mesas se servían como en Saint-Germain. La corte visitó con esta pompa todas las ciudades conquistadas, y las principales damas de Bruselas y de Gante acudían a ver tanta magnificencia. El rey las invitaba a su mesa y les hacía presentes plenos de galantería. Todos los oficiales de las tropas de guarnición recibían gratificaciones. Más de una vez se gastaron, en un solo día, mil quinientos luises de oro, en obsequios.

Todos los honores, todos los homenajes eran para madame de Montespan, excepto los que el deber confería a la reina. Sin embargo, esta dama no estaba en el secreto, pues el rey sabía distinguir los asuntos de Estado de los placeres.

Encargada, ella sola, de la unión de los dos reyes y de la destrucción de Holanda, Madame se embarcó en Dunkerque en la flota del rey de Inglaterra, Carlos II, su hermano, con una parte de la corte de Francia. Llevaba consigo a mademoiselle de Keroual, más tarde duquesa de Portsmouth, cuya belleza igualaba a la de madame de Montespan, que fue después en Inglaterra lo que madame de Montespan era en Francia, pero con más autoridad. El rey Carlos fué gobernado por ella hasta el último momento de su vida, y, a pesar de sus infidelidades, fué siempre dominado. Jamás mujer alguna conservó más tiempo su belleza; le hemos visto, a la edad de setenta años, un rostro todavía amable y agradable que los años no habían marchitado.

Madame se dirigió a Cantorbery a ver a su hermano y volvió con la gloria de haber alcanzado el éxito. Gozaba del triunfo cuando una muerte súbita y dolorosa se la llevó a la edad de veintiséis años, el 30 de junio de 1670. Esta desgracia sumió a la corte en un dolor y una consternación que la índole de su muerte aumentaba. La princesa se creyó envenenada; el embajador de Inglaterra, Montaigu, estaba convencido de ello; la corte

no lo dudaba y toda Europa lo decía. Uno de los antiguos criados de la casa de su marido me nombró al que (según él) le dió el veneno. “Ese hombre-me decía-, que no era rico, se retiró inmediatamente después a Normandía, donde compró una tierra y vivió largo tiempo en la opulencia. El veneno-agregaba-era polvo de diamante puesto en lugar de azúcar en las fresas.” La corte y la ciudad pensaron que Madame había sido envenenada con un vaso de agua de achicoria, después de lo cual sintió horribles dolores y en seguida las convulsiones de la muerte. Pero la malignidad humana y la inclinación por lo extraordinario fueron las únicas razones de esta creencia general. El vaso de agua no podía estar envenenado, puesto que madame de La Fayette y otra persona bebieron el resto sin sentir la más ligera molestia. El polvo de diamante no es más venenoso que el polvo de coral. Hacía mucho tiempo que Madame estaba enferma de un absceso que se le formaba en el hígado; además, tenía muy mala salud; hasta dió a luz a un niño completamente gangrenado. Su marido, de quien se sospechó mucho en Europa, no fué acusado ni antes ni después de este acontecimiento de ninguna acción que pudiera indicar su perversidad; y rara vez se encuentran criminales que sólo hayan cometido un gran crimen. El género humano sería infinitamente desdichado si fuese tan común hacer como creer cosas atroces.

Se aseguró que el caballero de Lorena, favorito de Monsieur, para vengarse de un destierro y de una prisión ocasionados por su conducta culpable hacia Madame, había cometido esa horrible venganza. No se tiene en cuenta que el caballero de Lorena estaba entonces en Roma, y que le es muy difícil a un caballero de Malta de veinte años, que se halla en Roma, comprar en París la muerte de una gran princesa.

Es más que cierto que una debilidad y una indiscreción del vizconde de Turena fueron la primera causa de todos aquellos rumores odiosos, que todavía hay quien se complace en despertar. A los sesenta años de edad, era amante de madame de Coëtquen, que lo engañaba, como lo había engañado madame de Longueville. Le reveló a madame de Coëtquen el secreto de Estado que se le ocultaba al hermano del rey, y ella, que amaba al caballero de Lorena, se lo contó a su amante; éste advirtió a Monsieur. Los más amargos reproches y los celos más terribles se enseñorearon de la casa del príncipe. Las discordias se produjeron antes del viaje de Madame, y a su regreso se recrudeció la amargura. Los arrebatos de Monsieur, las querellas de sus favoritos con los amigos de Madame, llenaron su hogar de confusión y de dolor. Madame, poco antes de su muerte, le reprochaba con dulces y enternecedoras quejas a la marquesa de Coëtquen las desdichas que le había causado. Ésta, arrodillada junto al lecho, mojando sus manos en llanto, le contestó con los versos de Wenceslao:

*J'allais... j'étais... l'amour a sur moi tant d'empire...
Je me confonds, madame, et ne puis rien vous dire... .
(Acto IV, esc. IV.)*

El caballero de Lorena, causante de estas disensiones, fué enviado primero por el rey a Pierre-Encise; al conde de Marsan, de la casa de Lorena, y al marqués-después mariscal- de Villeroi, los desterraron. Por último, se vio como la consecuencia culpable de estas disputas la muerte natural de la desventurada princesa. Lo que confirmó en el público la sospecha de envenenamiento fué el que se comenzara a conocer este delito en Francia, sobre poco más o menos, por aquel tiempo. Jamás se había empleado esa venganza de cobardes en los horrores de la guerra civil, y, por una fatalidad singular, contaminó a Francia en la época de la gloria y los placeres que dulcificaban las costumbres, como se introdujo en la antigua Roma durante los más hermosos días de la República.

Dos italianos, uno de ellos llamado Exili, trabajaron mucho tiempo con un boticario alemán de apellido Glaser,⁴ en busca de la piedra filosofal. Los dos italianos perdieron en ello lo poco que tenían y quisieron remediar el error de su locura con el crimen, vendiendo venenos secretamente. La confesión, el mayor freno de la maldad humana, pero de la cual se abusa creyendo lícito cometer crímenes que se podrán expiar; la confesión, digo, hizo saber al gran penitenciario de París que algunas personas habían muerto envenenadas. Le avisó al gobierno, y los dos italianos sospechosos fueron encerrados en la Bastilla, donde murió uno de ellos. Exili permaneció allí sin enmendarse, y desde el interior de su prisión desparramó por París sus funestos secretos, que costaron la vida al teniente civil de Aubrai y a su familia, e hicieron fundar la cámara de los venenos, llamada cámara ardiente.

El amor fué la causa primera de estas horribles aventuras. El marqués de Brinvilliers, yerno del teniente civil de Aubrai, alojó en su casa a Sainte Croix, capitán de su regimiento, de muy bella apariencia. Su mujer le hizo temer las consecuencias, pero el marido se obstinó en hacer residir al joven con su mujer, también joven, bella y sensible. Lo que debía suceder sucedió: se enamoraron. El teniente civil, padre de la marquesa, fué lo bastante severo y lo bastante imprudente para solicitar una orden de aprehensión con el sello real, y para hacer enviar a la Bastilla al capitán, a quien bastaba con mandar a su regimiento. Desgraciadamente, pusieron a Sainte-Croix en la habitación en que estaba Exili. El italiano le enseñó a vengarse. Las consecuencias -ya conocidas- hacen temblar. La marquesa no atentó contra la vida de su marido, que había sido indulgente con un amor que él mismo había provocado; pero el furor de la venganza la llevó a envenenar a su padre, a sus dos hermanos y a su hermana. A pesar de todos estos crímenes, practicaba el culto e iba con frecuencia a confesarse; incluso, cuando la detuvieron en Lieja, se encontró una confesión general escrita de su puño y letra, que sirvió no de prueba contra ella, pero sí de presunción. Es falso que haya ensayado sus venenos en los hospitales, como lo decía el pueblo y como se lee en las Causas célebres, obra de un abogado sin causas y hecha para el pueblo; pero es verdad que tuvo, lo mismo que Sainte-Croix, relaciones secretas con personas acusadas más tarde de los mismos crímenes. La quemaron en 1676 después de cortarle la cabeza. Pero desde 1670, año en que Exili comenzó a preparar venenos, hasta 1680, este delito infestó pa ris. No puede ocultarse que Penautier, recaudador general del clero, amigo de

aquella mujer, fué acusado poco tiempo después de haber usado sus secretos, ni tampoco que le costó la mitad de sus bienes detener las acusaciones.

La Voisin, La Vigoureux, un sacerdote llamado Le Sage y otros traficaron con los secretos de Exili so pretexto de entretener a las almas curiosas y débiles con apariciones de espíritus. Se creyó este crimen más difundido de lo que en realidad estaba. La cámara ardiente se estableció en el Arsenal, cerca de la Bastilla, en 1680, y fueron citadas las más importantes personas, entre otras dos sobrinas del cardenal Mazarino, la duquesa de Bouillon y la condesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio.

La duquesa de Bouillon recibió tan sólo orden de comparecer, pues no estaba acusada más que de una curiosidad ridícula, muy común entonces, que no era de la competencia de la justicia. La antigua costumbre de consultar adivinos, de hacerse sacar el horóscopo, de buscar secretos para ser querido, subsistía todavía en el pueblo y hasta en los principales del reino.

Ya hicimos notar que al nacer Luis XIV fué introducido en la cámara de la reina madre el astrólogo Morin para que hiciera el horóscopo del heredero de la corona. Hemos visto también al duque de Orléans, regente del reino, interesado por esta charlatanería que sedujo a toda la Antigüedad, y al célebre conde de Boulainvilliers, a quien toda su filosofía no pudo curarlo nunca de semejante quimera. Las mismas debilidades eran muy perdonables en la duquesa de Bouillon y en todas las señoras. El sacerdote Le Sage, La Voisin y La Vigoureux se habían hecho de una renta con la curiosidad de los ignorantes, que eran numerosísimos. Decían el porvenir y hacían ver al diablo,⁶ y si no hubieran pasado de ahí, sólo se habrían cubierto de ridículo, tanto ellos como la cámara ardiente. La Reynie, uno de los presidentes de la cámara, tuvo la imprudencia de preguntarle a la duquesa de Bouillon si había visto al diablo; a lo que contestó que lo veía en ese momento, que era muy feo y muy desagradable y que estaba disfrazado de consejero de Estado. El interrogatorio no fué llevado mucho más lejos.

El asunto de la condesa de Soissons y el mariscal de Luxemburgo fué más serio. Le Sage, La Voisin, La Vigoureux y otros cómplices más, que estaban presos, acusados de haber vendido venenos con el nombre de polvo de herencia, inculparon a todos los que los habían consultado. La condesa de Soissons se contó entre ellos. El rey tuvo la condescendencia de aconsejarle a esta princesa que, si se creía culpable, se alejara. Ella afirmó ser completamente inocente, pero agrego que no le gustaba ser interrogada por la justicia. Luego se retiró a Bruselas, donde murió a fines de 1708, cuando su hijo el príncipe Eugenio la vengaba con tantas victorias y triunfaba sobre Luis XIV.

François-Henri de Montmorency Boutteville, duque, par y mariscal de Francia, que unía el ilustre nombre de Montmorency al de la casa imperial de Luxemburgo, célebre en Europa por sus acciones de gran capitán, fué denunciado a la cámara ardiente. Uno de sus agentes de negocios llamado Bonard, que deseaba recobrar papeles importantes que se le habían perdido, se dirigió al sacerdote Le Sage para que hiciera que los pudiera encontrar. Le Sage comenzó por exigirle que se confesara y que fuera después durante nueve días a tres iglesias distintas, en las que recitaría tres salmos.

A pesar de la confesión y los salmos, los papeles no aparecieron; estaban en manos de una joven de apellido Dupin. En presencia de Le Sage, Bonard hizo, en nombre del mariscal de Luxemburgo, una especie de conjuro por el cual la Dupin debía volverse impotente en el caso de no devolver los papeles. No tenemos una idea muy clara de lo que pueda ser una joven impotente. La Dupin no devolvió nada y no tuvo por ello menos amantes.

Bonard, desesperado, hizo que el mariscal le diera de nuevo pleno poder, y entre el pleno poder y la firma se encontraban dos líneas de escritura diferente, según las cuales el mariscal se entregaba al diablo.

Encerraron en la Bastilla a Le Sage, Bonard, La Voisin, La Vigoureux Y más de cuarenta acusados; Le Sage declaró que el mariscal se había dirigido al diablo y a él para hacer morir a la Dupin, que se había negado a devolver los papeles; sus cómplices agregaban que, por orden suya, habían asesinado a la Dupin, la habían descuartizado y arrojado al río.

Estas acusaciones eran tan poco probables como atroces. El mariscal debía comparecer ante la corte de los pares y el parlamento, y los pares debían reivindicar el derecho de juzgarlo, pero no lo hicieron. El propio acusado se presentó en la Bastilla, paso que probaba su inocencia en ese supuesto asesinato.

(1679) El secretario de Estado Louvois, que no lo quería, lo hizo encerrar en una especie de calabozo de seis pasos y medio de largo, donde cayó muy enfermo. Lo interrogaron el segundo día y después lo dejaron cinco semanas enteras sin continuar el proceso; injusticia cruel con un particular y más condenable aún con un par del reino. Quiso escribirle al marqués de Louvois y no se lo permitieron; por fin lo interrogaron. Le preguntaron si había dado botellas de vino envenenado para matar al hermano de la Dupin y a una joven a quien éste mantenía.

Parecía absurdo que un mariscal de Francia, ex-comandante de ejércitos, hubiese querido envenenar a un infeliz burgués y a su mujer, sin que pudiera obtener fruto alguno de un crimen tan grande.

Por último, lo carearon con Le Sage y otro sacerdote llamado de .Avaux, junto con los cuales se lo acusaba de haber realizado sortilegios para hacer perecer más de una persona.

Toda su desgracia provenía de haber visto una vez a Le Sage y haberle pedido el horóscopo.

Una de las imputaciones horribles que constituían la base del proceso era la de que el mariscal, duque de Luxemburgo, según dijo Le Sage, había hecho pacto con el diablo a fin de poder casar a su hijo con la hija del marqués de Louvois. El acusado contestó: “Cuando Matthieu de Montmorency se casó con la viuda de Luis el Gordo, no se dirigió al diablo sino a los Estados generales, que declararon que, para ganar para el rey menor el apoyo de los Montmorency, era necesario que se realizara esa boda.”

Era una respuesta altiva, y no la de un culpable. El proceso duró catorce meses y no se dio fallo a favor ni en contra de él. La Voisin, La Vigoureux y su hermano el sacerdote, también de apellido Vigoureux, fueron quemados con Le Sage en la Grève. El mariscal de Luxemburgo se retiró por unos días al campo, y volvió luego a la corte a desempeñar las funciones de capitán de las guardias, sin ver a Louvois y sin que el rey le hablara de todo lo pasado.

Hemos visto cómo tuvo después el mando de los ejércitos sin pedirlo, y con cuántas victorias impuso silencio a sus enemigos.

Podemos imaginarnos los terribles rumores que hacían circular por París todas esas acusaciones. El suplicio de la hoguera con el que fueron castigados La Voisin y sus cómplices puso fin a las investigaciones y a los crímenes. Esta abominación encontró adeptos entre algunos particulares solamente, y no corrompió las costumbres tranquilas de la nación; pero dejó en los ánimos una funesta inclinación a sospechar que las muertes naturales hablan sido violentas.

Al igual que se había creído en el destino desgraciado de Enriqueta de Inglaterra, se creyó después en el de su hija María Luisa, casada en 1679 con el rey de España, Carlos II. Esta joven princesa partió a disgusto para Madrid. Mademoiselle le había dicho muchas veces a Monsieur, hermano del rey: “No llevéis tan a menudo a vuestra hija a la corte; será demasiado desgraciada en otra parte.” La joven princesa deseaba casarse con Monseñor. “Os hago reina de España-le dijo el rey-; ¿qué más podría hacer por mi hija?” “¡Ah! --contestó ella-, podríais hacer más por vuestra sobrina.” Se fue de este mundo a la misma edad que la madre. Todo el mundo creyó que el consejo austríaco de Carlos II quería deshacerse de ella porque amaba a su país, y podía impedir al rey su marido decidirse por los aliados contra Francia.⁸ Hasta le enviaron desde Versalles lo que se creía que era un contraveneno; precaución un tanto ociosa, porque lo que es bueno para curar un mal puede envenenar de otra manera, y no hay antídoto general; el supuesto contraveneno llegó después de su muerte. Quienes conocen las Memorias compiladas por el marqués de Dangeau habrán leído en ellas que el rey dijo mientras cenaba: “La reina de España ha muerto envenenada con una tortilla de anguila; la condesa de Pernits y las camareras Zapata y Nina, que comieron después de ella, han muerto por el mismo veneno.”

Después de leer esta extraña anécdota en esas Memorias manuscritas, cuidadosamente hechas, según se dice, por un cortesano que casi no habla abandonado a Luis XIV durante cuarenta años, no salí por completo de dudas, y me informé por unos antiguos sirvientes del rey si era verdad que el monarca, siempre circunspecto en su conversación, había pronunciado alguna vez palabras tan imprudentes. Todos me aseguraron que nada era más falso. Le pregunté a la duquesa de Saint-Pierre, recién llegada de España, si era verdad que esas tres personas habían muerto con la reina; me atestiguó que las tres habían sobrevivido largo tiempo a su soberana. Finalmente, supe que las Memorias del marqués de Dangeau, consideradas como un monumento precioso, no eran sino gacetillas, escritas a veces por alguno de sus domésticos; lo cual

se nota, a mi entender, con frecuencia en el estilo y en las abundantes inutilidades y falsedades de la colección. Después de todas estas ideas funestas a donde nos ha llevado la muerte de Enriqueta de Inglaterra, debemos volver a los acontecimientos de la corte posteriores a su pérdida.

La princesa palatina le sucedió un año más tarde y fué madre del duque de Orléans, regente del reino. Debió renunciar al calvinismo para casarse con Monsieur; pero conservó siempre por su antigua religión un respeto íntimo difícil de borrar cuando la infancia lo ha impreso en el corazón.

La desdichada aventura de una dama de honor de la reina, en 1673, dio lugar a una nueva fundación. De esta desgracia nos habla el soneto Aborto, cuyos versos han sido tan citados.

Los peligros inherentes al estado de soltera en una corte galante y voluptuosa, determinaron sustituir las doce doncellas de honor que embellecían la corte de la reina con doce damas de palacio; y en adelante la casa de las reinas se formó así. Con esta innovación la corte se hizo más numerosa y magnífica, al fijar en ella la residencia de los maridos y padres de las damas, con lo que aumentó la sociedad y la opulencia.

La princesa de Baviera, esposa de Monseñor, agregó desde los comienzos brillo y vivacidad a esa corte. La marquesa de Montespan seguía atrayendo la principal atención; pero dejó, a su vez, de agradar, y los arrebatos altivos de su dolor no hicieron volver a un corazón que se alejaba. Sin embargo, seguía ligada a la corte por un importante cargo, pues ejercía la superintendencia de la casa de la reina, y al rey por sus hijos, por el hábito y por su ascendiente.

Se guardaban con ella todas las formas debidas a la consideración y la amistad, pero esto no la consolaba; y el rey, afligido por causarle violentos pesares, y atraído por otras predilecciones, encontraba en la conversación de madame de Maintenon una dulzura de la que ya no gozaba al lado de su antigua amante. Se sentía, a la vez, dividido entre madame de Montespan, a quien no podía dejar, mademoiselle de Fontange, a quien amaba, y madame de Maintenon, cuya conversación le era necesaria a su alma atormentada. Es muy honroso para Luis XIV el que ninguna de estas intrigas influyera sobre los asuntos generales, y que el amor, que trastornaba la corte, no haya provocado nunca la menor alteración en su gobierno. Nada prueba mejor, a mi parecer, que Luis XIV tenía un alma tan grande como sensible.

Y creo también que esas intrigas de corte, extrañas al Estado, no deberían entrar en la historia, si el gran siglo de Luis XIV no lo hiciera todo interesante, y si el velo de esos misterios no hubiera sido levantado por tantos historiadores, que, en su mayor parte, los han desfigurado.

CAPÍTULO XXVII

CONTINUACIÓN DE LAS PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS

La juventud, la belleza de mademoiselle de Fontange, un hijo que le dio al rey en 1680, el título de duquesa con el cual fué distinguida, apartaban a madame de Maintenon del primer lugar, que no se había atrevido a esperar y que ocupó después; pero la duquesa de Fontange y su hijo fallecieron en 1681.

A pesar de no tener ya rival confesada, la marquesa de Montespan perdió para siempre un corazón cansado de ella y de sus lamentaciones. Cuando los hombres han pasado su juventud tienen, casi todos, necesidad de una mujer complaciente; el peso de los negocios, sobre todo, hace necesario ese consuelo. La nueva favorita, madame de Maintenon, que sentía el poder secreto que adquiriría día a día se conducía con ese arte tan natural a las mujeres y que no desagradaba a los hombres. Cierta vez escribió a su prima, madame de Frontenac, en quien tenía plena confianza: “Se va de mi afligido, pero jamás desesperado.” Por el tiempo en que su favor crecía y madame de Montespan se acercaba a su caída, las dos rivales se veían diariamente, tan pronto con disimulada acritud como con una confianza pasajera que la necesidad de hablarse y la laxitud de la obligación ponía a veces en sus conversaciones. Convinieron en escribir, cada una por su lado, memorias de todo lo que ocurría en la corte. La obra no avanzó mucho: madame de Montespan se complacía en leer partes de sus memorias a los amigos en los últimos años de su vida. La devoción, mezclada a todas aquellas intrigas secretas, afianzaba más el favor de madame de Maintenon y alejaba a madame de Montespan. El rey se reprochaba su apego a una mujer casada y sentía especialmente este escrúpulo cuando ya no experimentaba amor. La embarazosa situación subsistió hasta 1685, año memorable por la revocación del edicto de Nantes. Muy diferentes escenas se vieron en esa ocasión: de un lado, la desesperación y la huida de una parte de la nación; del otro, nuevas fiestas en Versalles; fueron construidos Trianón y Marly; fué violentada la naturaleza en todos esos lugares de delicias, y fueron trazados jardines, en lo que se hizo un derroche de arte. El casamiento del nieto del gran Condé con mademoiselle de Nantes, hija del rey y de madame de Montespan, fué el último triunfo de esta favorita, que empezaba a retirarse de la corte.

El rey casó después dos hijos que tuvo con ella: a mademoiselle de Blois con el duque de Chartres, a quien vimos luego regente del reino; y al duque de Maine con Luisa Benedicta de Borbón, nieta del gran Condé y hermana del duque, princesa célebre por su espiritualidad y por su afición a las artes. Los que tan sólo se hayan acercado al Palais-Royal y a Sceaux saben lo falsos que son todos esos rumores populares, recogidos en tantas historias, concernientes a esos enlaces.

(1685) Antes de la celebración del casamiento del señor Duque con mademoiselle de Nantes, el marqués de Seignelai dio al rey una fiesta digna del monarca, en los jardines de Sceaux, plantados por Le Nôtre con tanto gusto como los de Versalles. Se representó el Idilio de la Paz escrito por Racine. Hubo en Versalles un nuevo carrousel, y después de la boda el rey desplegó una magnificencia singular, cuya idea se le ocurrió por primera vez al cardenal Mazarino en 1656. Se establecieron en el salón de Marly cuatro tiendas llenas de todo lo que la industria de los obreros de París había producido de más rico y escogido. Las cuatro tiendas eran otras tantas decoraciones soberbias que representaban las cuatro estaciones del año. Madame de Montespan estaba a cargo de una con Monseñor. Su rival, madame de Maintenon, atendía otra con el duque de Maine. Los dos recién casados tenían cada uno la suya; el señor Duque con madame de Thiange; y la señora Duquesa, a quien las conveniencias no permitían atender una con un hombre a causa de su extrema juventud, estaba con la duquesa de Chevreuse. Se sorteaban las oyas que adornaban las tiendas entre las señoras y los hombres que formaban la comitiva. Así, pues, el rey hizo presentes a toda la corte de manera digna de un rey. La lotería del cardenal Mazarino resultó me-nos ingeniosa y menos brillante.. Los emperadores romanos organizaron antiguamente esas loterías, pero ninguno de ellos realzó su magnificencia con tanta galantería.

Después del casamiento de su hija, madame de Montespan dejó de aparecer en la corte. Vivió en París con mucha dignidad. Tenía una gran renta vitalicia; y el rey le hizo pagar siempre una pensión de mil luises de oro por mes. Iba todos los años a tomar las aguas a Borbón, y allí casaba jóvenes de los alrededores, a las cuales dotaba. Ya no estaba en la edad en que la imaginación impresionada por vivas emociones hace ingresar a las Carmelitas. Murió en Borbón en 1707.

Un año después del casamiento de mademoiselle de Nantes con el señor Duque, murió en Fontainebleau el príncipe de Condé, a la edad de setenta años, de una enfermedad que se le agravó por el esfuerzo que hizo al ir a visitar a la señora Duquesa, enferma de viruela. Puede juz-garse, por esta atención que le costó la vida, si se habría opuesto al casa-miento de su nieto con la hija del rey y de madame de Montespan, como lo han escrito todos esos gacetilleros de embustes que infestaban Holanda en aquel tiempo. En una Historia del príncipe de Condé salida de esas mismas agencias de ignorancia y de impostura, se lee que el rey no perdía ocasión de mortificar al príncipe, y que en la boda de la princesa de Conti, hija de madame de La Vallière, el secretario de Estado le negó el título de alto y poderoso señor, como si este título fuera el que se da a los príncipes de la casa real. ¿El autor que escribió la historia de Luis XIV, en Aviñón, basándose, en parte, sobre esas desdichadas memorias, podía acaso ignorar el mundo y las costumbres de nuestra corte hasta el punto de referir semejantes falsedades?

Mientras tanto, después del casamiento de la señora Duquesa y del eclipse total de la madre, madame de Maintenon, victoriosa, adquirió tal ascendiente e inspiró a Luis XIV tanta ternura y escrúpulos, que el rey, por consejo del P. La Chaise, se casó con ella en secreto, en el mes de enero de 1656, en una pequeña capilla situada al fondo del departamento ocupado después por el duque de Borgoña. No hubo contrato ni estipu-

lación alguna. Les dió la bendición el arzobispo de Paris, Harlai de Chauvalon; asistió el confesor; Montchevreuil y Bontems, primeros ayuda de cámara, actuaron como testigos.

No se puede permitir ya la omisión de este hecho, relatado por todos los autores, quienes por otra parte se equivocan sobre los nombres, el lugar y las fechas. Luis XIV tenía entonces cuarenta y ocho años, y la persona con la cual se casaba, cincuenta y dos.¹ El príncipe, colmado de gloria, quería mezclar a las fatigas del gobierno las dulzuras inocentes de la vida privada: el matrimonio no lo comprometía a nada indigno de su categoría. La corte jamás supo a ciencia cierta si madame de Maintenon se había casado; respetaban en ella la elección del rey, sin tratarla como reina.

El destino de esta señora nos parece a nosotros muy extraño, aunque la historia da muchos ejemplos de fortunas mayores y más notables, alcanzadas con comienzos más humildes. La marquesa de San Sebastián, con quien se casó el rey de Cerdeña, Víctor Amadeo, no era superior a madame de Maintenon; la emperatriz de Rusia, Catalina, era muy inferior; y la primera mujer de Jacobo II, rey de Inglaterra, era muy inferior a él, según los prejuicios de Europa, desconocidos en el resto del mundo.

Madame de Maintenon era de una antigua familia, nieta de Théodore Agripa de Aubigné, gentilhomme ordinario de la cámara de Enrique IV. Su padre, Constant de Aubigné, quiso establecerse en la Carolina y se dirigió a los ingleses, por lo que fué puesto en prisión en el castillo de Trompette, siendo liberado por la hija del gobernador, llamado Cardillac, gentilhomme bordeles. Constant de Aubigné se casó con su bienhecho-ra, en 1627, y la llevó a la Carolina. Al regresar a Francia con ella, al cabo de algunos años, fueron encerrados ambos en Niort, en Poitou, por orden de la corte. En esta prisión de Niort nació en 1635 Francoise de Aubigné, destinada a conocer los rigores y los favores todos de la fortuna. Llevada a América a la edad de tres años; abandonada por la negligencia de un criado en una ribera, a punto de ser devorada por una serpiente; traída de nuevo a Francia, huérfana a la edad de doce años; educada con la mayor dureza en casa de su pariente madame de Neuillant, madre de la duquesa de Navailles, se sintió muy feliz al casarse en 1651 con Paul Scarron, vecino suyo en la calle del Infierno. Scarron era de una antigua familia del parlamento, ilustrada por grandes alianzas, pero hizo profesión de lo burlesco, que lo disminuía y lo hacía querer. A pesar de todo, fué una suerte para mademoiselle de Aubigné casarse con este hombre, de físico desgraciado, inválido y poseedor apenas de una mediana fortuna. Antes de su matrimonio, abjuró del credo calvinista, que era su religión y la de sus antepasados. Su belleza y su talento la hicieron distinguirse pronto, por lo que era solicitada por la mejor sociedad de París; la época de su juventud fué sin duda la más feliz de su vida. Después de la muerte de su marido, ocurrida en 1660, solicitó durante mucho tiempo una pequeña pensión de mil quinientas libras, de la cual había gozado Scarron. Por fin, al cabo de varios años, el rey le dió una de dos mil, diciéndole: “Señora, os he hecho esperar mucho tiempo, pero tenéis tantos amigos, que he querido tener yo solo ese mérito ante vos.”

Me contó este hecho el cardenal de Fleury, quien se complacía en relatarlo con frecuencia porque, según decía, Luis XIV le hizo el mismo cumplimiento al darle el obispado de Frejus.

Sin embargo, se ha comprobado, por las cartas de la propia madame de Maintenon, que debió a madame de Montespan ese pequeño socorro que la sacó de la miseria. Algunos años después, se acordaron de ella cuando fue necesario educar en secreto al duque de Maine, hijo del rey y de la marquesa de Montespan. En realidad, la eligieron en 1672, para dirigir esa educación secreta. En una de sus cartas dice: “Si los hijos son del rey, no tengo inconveniente; porque no me encargaría sin escrúpulo de los de madame de Montespan: así, pues, es necesario que me lo ordene el rey; ésa es mi última palabra.” Madame de Montespan no tuvo dos hijos antes de 1672; el duque de Maine y el conde de Vexin. Las fechas de las cartas de madame de Maintenon, que dan el año 1670, en las cuales habla de dos niños cuando uno de ellos no había nacido aún, son, pues, evidentemente falsas. Casi todas las fechas de esas cartas editadas son erróneas. Esa infidelidad podría dar lugar a agudas sospechas sobre la autenticidad de las cartas si, por otra parte, no se reconociera en ellas una naturalidad y una veracidad casi imposible de imitar.

No tiene gran importancia saber en qué año fue encargada esta señora del cuidado de los hijos naturales de Luis XIV; pero la atención dedicada a esas pequeñas verdades pone de manifiesto el escrúpulo con que se han escrito los hechos principales de esta historia.

El duque de Maine nació con un pie deforme. El primer médico, de Aquin, estaba en el secreto y opinó que era necesario enviar al niño a los baños de Bareges. Se buscó una persona digna de que se le confiara este encargo. El rey se acordó de Madame Scarron, Louvois fue sigilosamente a París a proponerle el viaje. A partir de ese momento, ella se hizo cargo de la educación del duque de Maine, nombrada en ese mismo empleo por el rey, y no por madame de Montespan como se ha dicho. Le escribía directamente al rey y sus cartas agradaron muchísimo. Éste fue el origen de su buena fortuna: su mérito hizo lo demás.

El rey, que al principio no podía acostumbrarse a ella, pasó de la aversión a la confianza y de la confianza al amor. Las cartas que tenemos de ella son un monumento mucho más precioso de lo que se piensa: descubren esa mezcla de religión y de galantería, de dignidad y de flaqueza existente con tanta frecuencia en el corazón humano, y que el de Luis XIV tenía también. El de madame de Maintenon se nos aparece, a la vez, pleno de una ambición y de una devoción que jamás se opusieron entre sí. Su confesor Gobelin aprueba las dos por igual; es director y cortesano, y su penitente, ingrata con madame de Montespan, se olvida de su injusticia. El confesor alimenta esta ilusión; y ella llama de buena fe a la religión en auxilio de sus encantos usados para suplantar a su bienhechora, convertida en rival.

Este extraño comercio de ternura y escrúpulo de parte del rey, de ambición y devoción de parte de la nueva amante, parece durar desde 1681 hasta 1686, época de su casamiento.

Su elevación fue para ella un retiro. Encerrada en su departamento, situado en el mismo piso del departamento del rey, se limitaba a la sociedad de dos o tres damas retraídas como ella y que, además, veía rara vez. El rey iba todos los días después de almorzar, antes y después de la cena, y permanecía allí hasta medianoche. Trabajaba con sus ministros mientras madame de Maintenon se ocupaba en leer y en algunas labores manuales, sin apresurarse jamás a hablar de asuntos de Estado, demostrando a menudo ignorarlos, rechazando rotundamente todo lo que tenía apariencia de intriga y de cábala, preocupada mucho más por complacer a aquél que gobernaba que por gobernar, ahorrando su influencia y no empleándola sino con extrema circunspección. Jamás se aprovechó de su posición para obtener para su familia las dignidades y los grandes empleos. Su hermano, el conde de Aubigné, antiguo teniente general, no fue siquiera mariscal de Francia. Un buen cocinero y algunas participaciones secretas en los arrendamientos generales, fueron su única fortuna: por eso decía al mariscal de Vivonne, hermano de madame de Montespan “que había tenido su bastón de mariscal en dinero contante”.

Su sobrino, o su primo, el marqués de Villette, no pasó de jefe de escuadra. Madame de Caylus, hija del marqués de Villette, tuvo al casarse tan sólo una módica pensión concedida por Luis XIV. Madame de Maintenon, al casar a su sobrina, apellidada de Aubigné, con el hijo del primer mariscal de Noailles, le dio tan sólo doscientos mil francos: el rey le dió lo demás. Ella misma poseía únicamente la tierra de Maintenon, comprada con beneficios del rey. Quiso que el público le perdonara su elevación en gracia a su desinterés. La segunda mujer del marqués de Villette, después madame de Bolingbroke, nunca pudo conseguir nada de ella, y le he oído contar muchas veces que le había reprochado a su prima lo poco que hacía por la familia, que le había dicho encolerizada: “Queréis gozar de vuestra moderación aunque vuestra familia sea víctima de ella.” Madame de Maintenon se olvidaba de todo cuando temía desagradar los sentimientos de Luis XIV. Ni siquiera se atrevió a defender al cardenal de Noailles del padre Le Tellier. Tenía mucha amistad con Racine, pero esa amistad no fué lo bastante valiente para protegerlo de un ligero resentimiento del rey. Un día, conmovida por la elocuencia con la cual le habló de la miseria del pueblo, en 1698, miseria siempre exagerada, pero que después llegó realmente a un extremo deplorable, le pidió a su amigo que escribiera una memoria en la que expusiera el mal y el remedio. El rey la leyó, y como testimoniara su contrariedad, ella tuvo la debilidad de nombrar a su autor, y la de no defenderlo. Racine, más débil aún, experimentó un intenso dolor, que lo llevó a la tumba.

La misma naturaleza de su carácter, que le impedía hacer favores la hacía incapaz también de perjudicar. Según refiere el abate de Choisy, el ministro Louvois se arrojó a los pies de Luis XIV para impedir su casamiento con la viuda de Scarron. Madame de Maintenon conocía este hecho tanto como el abate de Choisy, y no solamente perdonó al ministro, sino que apaciguó los arrebatos de cólera que el humor brusco del marqués de Louvois provocaba a veces a su soberano.

Al casarse con madame de Maintenon Luis XIV no se dió, pues, más que una compañera agradable y sumisa. La única distinción pública en la cual se notaba su secreta elevación, era que en misa ocupaba una de esas pequeñas tribunas o linternas doradas que parecían estar reservadas al rey y la reina. No exteriorizo, en ningún otro sentido, su grandeza. La devoción que inspiró al rey y contribuyó a su boda, se convirtió poco a poco en un sentimiento real y profundo fortalecido por la edad y el hastío. Hizo que la corte y que el rey la consideraran como fundadora, reuniendo en Noisy varias jóvenes de calidad, para cuya naciente comunidad el rey habla destinado ya las rentas de la abadía de San Dionisio. Saint-Cyr fue construido al extremo del parque de Versailles en 1686. Dio al establecimiento su forma, redactó sus reglamentos con Godet Desmarets, obispo de Chartres, y fué superiora del convento. Iba con frecuencia a pasar en él algunas horas, y cuando digo que el hastío la determinó a esas ocupaciones, me baso en sus propias manifestaciones. Léase lo que escribía a madame de Maisonfort, de quien se habla en el capítulo del quietismo:

“¡Que no os pueda dar mi experiencia! ¡Que no pueda mostraros el hastío que devora a los grandes y el trabajo que les cuesta llenar sus días! ¿No veis que me muero de tristeza en medio de una ventura que sería difícil imaginar? Fui joven y hermosa, gusté todos los placeres; fui amada dondequiera. De edad más avanzada, pasé años en el trato espiritual; he alcanzado el favor, y os aseguro, querida niña, que todos los estados dejan un horrible vacía.”

Si algo pudiera desengañar de la ambición, sería seguramente esta carta. Madame de Maintenon, que no tenía más pena que la de la uniformidad de su vida al lado de un gran rey, le decía una vez a su hermano el conde de Aubigne: “No puedo resistir más, quisiera estar muerta.” Es conocida la respuesta de él: “¿Tenéis, pues, palabra de casaros con Dios padre?”

A la muerte del rey se retiró completamente a Saint-Cyr. Lo que puede parecer sorprendente es que el rey casi no asegurara su vida, y que solamente la recomendará, al duque de Orléans. Ella quiso tan sólo una pensión de ochenta mil libras, que se le pagó exactamente hasta su muerte, acaecida el 15 de abril de 1719.⁵

Se ha cuidado en exceso de no poner en su epitafio el nombre de Scarron: este nombre no tiene nada de humillante, y lo único que se consigue con omitirlo es que se piense que puede serlo.

La corte se volvió menos animada y más seria, cuando el rey comenzó a hacer con madame de Maintenon una vida más retraída; y la grave enfermedad sufrida en 1686 contribuyó también a quitarle el gusto por las fiestas galantes con las que hasta entonces se hablan señalado todos sus años. Padeció una fístula en el último de los intestinos. El arte de la cirugía, cuyo progreso en Francia fué mayor que en el resto de Europa durante su reinado, no estaba todavía familiarizado con dicha enfermedad.

El cardenal de Richelieu murió de lo mismo por falta de tratamiento adecuado. El peligro del rey conmovió a toda Francia. Las iglesias se llenaron de gentes que pedían la

curación del rey con lágrimas en los ojos. Este enternecimiento general, se pareció bastante al que vimos cuando su sucesor se encontró en peligro de muerte en Metz en 1744. Esas dos épocas les darán una lección eterna a los reyes de lo que le deben a una nación que es capaz de querer de esa manera.

En cuanto Luis XIV empezó a sentir los primeros síntomas del mal, su primer cirujano, Félix, buscó en los hospitales enfermos que se encontrasen en el mismo peligro; consultó los mejores cirujanos; ideó con ellos instrumentos que abreviaran la operación y la hicieran menos dolorosa. El rey la soportó sin quejarse. Hizo que sus ministros trabajaran junto a su lecho el mismo día; y, a fin de que la noticia de su peligro no produjera ningún cambio en las cortes de Europa, al día siguiente dió audiencia a los embajadores. A esta presencia de ánimo se agregó la magnanimidad con la que recompensó a Félix; le dio una tierra que valía entonces más de cincuenta mil escudos.

A partir de esa ocasión el rey dejó de asistir a los espectáculos. La delfina de Baviera, atacada de una enfermedad que la abatía y que le causó la muerte en 1690, se volvió melancólica, rechazó todos los placeres y permaneció obstinadamente en su departamento. Tenía afición a las letras y hasta había hecho versos; pero, por su melancolía, amaba sólo la soledad.

El convento de Saint-Cyr reanimó el gusto por las cosas del espíritu. Madame de Maintenon rogó a Racine, que había renunciado al teatro por el jansenismo y por la corte, que escribiera una tragedia que pudiera ser representada por sus alumnas. Quiso un tema sacado de la Biblia y Racine escribió Esther. La pieza se representó primero en la casa de Saint-Cyr y después varias veces en Versalles en presencia del rey, en el invierno de 1689. Prelados y jesuitas se apresuraban a obtener permiso para ver el singular espectáculo. Es notable el éxito universal que la obra tuvo en aquella ocasión, y también lo es que dos años después, Atalía, representada por las mismas personas, no tuviera ninguno. Sucedió todo lo contrario cuando se representaron estas obras en París, mucho después de la muerte del autor, cuando se las pudo ver sin parcialidad. Atalía, representada en 1717, fué recibida, como debía serlo, con entusiasmo; y Esther, en 1721, fué acogida con frialdad, y no reapareció. Pero es que entonces ya no había cortesanos que reconocieran zalameramente a Esther en madame de Maintenon y con malignidad a Vasthi en madame de Montespan, a Aman en el señor de Louvois, y sobre todo a los hugonotes, perseguidos por este ministro en la proscripción de los herejes. El público imparcial no vio en ella más que una aventura sin interés ni verosimilitud; un rey insensato que ha pasado seis meses con su mujer sin saber, sin informarse siquiera de quién es ella; un ministro bárbaro hasta la ridiculez que le pide al rey el exterminio de toda una nación, ancianos, mujeres, niños, porque no le han hecho la reverencia; el mismo ministro lo bastante tonto como para ordenar matar a todos los judíos en el término de once meses, a fin de darles, por lo visto, tiempo de escaparse o defenderse; un rey imbécil que, sin pretexto alguno, firma esta orden ridícula, y que después, sin ton ni son también, hace ahorcar, de pronto, a su favorito. Todo esto, sin intriga, sin acción, sin interés, desagradó sobremanera a todos los que tenían sentido y

gusto. Pero a pesar del defecto del argumento, treinta versos de Esther valen más que muchas tragedias que obtuvieron grandes éxitos.

Estos entretenimientos ingeniosos comenzaron de nuevo para la educación de Adelaida de Saboya, duquesa de Borgoña, llevada a Francia a la edad de once años.

Una de las contradicciones de nuestras costumbres es la de que, por un lado, se vea todavía algo de infamante en los espectáculos públicos, y por el otro, se haya considerado esas representaciones como el ejercicio más noble y más digno de las personas reales. Se levantó un pequeño teatro en el departamento de Madame de Maintenon. La duquesa de Borgoña y el duque de Orléans actuaban en él con las personas de la corte que tenían más aptitudes. El famoso actor Baron les daba lecciones y actuaba con ellos. La mayoría de las tragedias de Duché, ayuda de cámara del rey, fueron escritas para ese teatro; y el abate Genest, capellán de la duquesa de Orléans, las escribía para la duquesa de Mame, que las representaba junto con su corte.

Estas ocupaciones educaban el espíritu y animaban la sociedad. Ninguno de los exagerados censores de Luis XIV dejará de convenir en que fué, hasta la jornada de Hochstedt, el único poderoso, el único magnífico, el único grande, en casi en todos los órdenes. Porque, aunque hubo héroes como Juan Sobieski y reyes de Suecia que lo eclipsaban como guerrero, nadie lo eclipsó como monarca. Es menester confesar también que soportó y remedió sus desgracias. Tuvo defectos, cometió grandes errores; pero ¿quienes lo condenan, lo hubiesen igualado si hubieran estado en su lugar?

La duquesa de Borgoña crecía en gracias y en mérito. Los elogios prodigados a su hermana en España le inspiraron una emulación que desarrolló su capacidad de agradar. No era una belleza perfecta, pero tenía una mirada igual a la de su hijo, un porte elegante, una apariencia distinguida. Estas dotes estaban hermoseadas por su espíritu y más aún por el deseo vehemente de merecer la aprobación de todo el mundo. Era, como Enriqueta de Inglaterra, ídolo y modelo de la corte, con más alta jerarquía: pertenecía a la realeza. Francia esperaba del duque de Borgoña un gobierno como el que imaginaron los sabios de la Antigüedad, pero cuya austeridad sería atemperada por las gracias de la princesa, más adecuadas para ser sentidas que la filosofía de su esposo. Es sabido cómo se frustraron todas esas esperanzas. Fue el destino de Luis XIV ver perecer en Francia a toda su familia de muerte prematura: su mujer a los cuarenta y cinco años; su único hijo a los cincuenta; y un año después de perder a su hijo, vimos a su nieto el delfín, duque de Borgoña, a su mujer la delfina y al hijo mayor de ambos, el duque de Bretaña, llevados a San Dionisio, a la misma tumba, en el mes de abril de 1712; mientras que el último de sus hijos, más tarde elevado al trono, estaba, en su cuna, a las puertas de la muerte. El duque de Berri, hermano del duque de Borgoña, los siguió dos años después, y su hija, por el mismo tiempo, pasó de la cuna al ataúd.

Esa época de desolación dejó en los corazones una impresión tan profunda, que, durante la minoría de Luis XV, he visto a muchas personas que no podían hablar de esas pérdidas sin derramar lágrimas. El más digno de compasión de todos los hombres, en

medio de tantas muertes precipitadas, era aquél que parecía deber heredar pronto el reino.

Las mismas sospechas suscitadas por la muerte de Madame y de María Luisa, reina de España, se despertaron con una violencia notable. El excesivo dolor público casi habría disculpado la calumnia si fuera disculpable. Era una locura pensar que pudiera asesinarse a tantas personas reales, dejando con vida al único que podía vengarlas. La enfermedad que se llevó al delfín, duque de Borgoña, a su mujer y a su hijo, fué un sarampión purpúreo epidémico. Este mal hizo morir en París, en menos de un mes, a más de quinientas personas. En la corte contrajeron la enfermedad el duque de Borbón, nieto del príncipe de Condé, el duque de La Tremouille, madame de La Vrilliere, madame de Listenai. El marqués de Gondrin, hijo del duque de Antin, murió del mal en dos días, y su mujer, después condesa de Toulouse, entró casi en la agonía. La enfermedad cundió por toda Francia, hizo perecer en Lorena a los hijos mayores del duque de Lorena, Francisco, destinado a ser, con el tiempo, emperador y a levantar la casa de Austria.

No obstante, bastó con que un médico llamado Boudin, hombre dado a los Placeres, audaz e ignorante, profiriera estas palabras: “Nosotros no conocemos semejantes enfermedades”; bastó con eso, digo, para que la calumnia se desatara.

Felipe, duque de Orléans, sobrino de Luis XIV, tenía un laboratorio en el que estudiaba química, y cultivaba también otras muchas artes: esto fué tomado como prueba irrefutable. El clamor público era tan espantoso, que es necesario haber sido testigo para creerlo. Ciertos escritos y algunas desgraciadas historias de Luis XIV eternizarían las sospechas si los hombres intruídos no tuvieran el cuidado de destruirlas. Me atrevo a decir que, impresionado desde siempre por la injusticia de los hombres, he realizado muchas investigaciones para saber la verdad. Esto es-lo que me repitió varias veces el marqués de Canillac, uno de los hombres más probos del reino, íntimamente ligado al príncipe sospechoso, de quien tuvo mucho de que quejarse después. El marqués de Canillac, en medio de ese clamor público, fué a verlo a su palacio. Lo encontró tirado en el suelo, derramando lágrimas, loco de desesperación. Su químico Hombert⁷ corrió a la Bastilla para constituirse prisionero, pero como no había orden de recibirlo lo rechazaron. El mismo príncipe (¡quién lo creería!) pidió, traspasado de dolor, que lo pusieran preso; quiso que se aclarara jurídicamente su inocencia y su madre se unió a él para pedir esa cruel satisfacción. Fué expedida la orden de prisión pero sin firma, y sólo el marqués de Canillac conservó, en medio de aquellos trastornos, la suficiente sangre fría para darse cuenta de las consecuencias de un paso tan desesperado. Fué quien hizo que la madre del príncipe se opusiera a esta orden ignominiosa. Tan desdichado era el monarca que la daba, como el sobrino que la pedía.

CAPÍTULO XXVIII

CONTINUACIÓN DE LAS ANÉCDOTAS

Luis XIV ocultaba su dolor en público; se dejaba ver como de ordinario; pero en privado, el pesar de tantas desgracias lo penetraba y trastornaba. Sufría todas esas pérdidas domesticas a continuación de una guerra infortunada, antes de que hubiera asegurado la paz y cuando la miseria desolaba al reino. Ni por un momento, se lo vió sucumbir a sus aflicciones.

El resto de su vida fue triste. El desorden de las finanzas, al que no pudo poner remedio, turbó los ánimos. La plena confianza que puso en el jesuita Le Tellier, hombre muy violento, acabó de sublevarlos. Es notable que la gente le perdonara todas sus amantes, pero no su confesor.¹ En los tres últimos años de su vida perdió en el corazón de la mayor parte de sus súbditos todo lo que había hecho de grande y memorable.

Privado de casi todos sus hijos, su ternura, doblada por el duque de Maine y el duque de Toulouse, sus hijos legitimados, lo llevó a declararlos herederos de la corona, a ellos y a sus descendientes, a falta de príncipes de la sangre, por un edicto registrado sin ninguna amonestación en 1714. Atemperaba así, por la ley natural, la severidad de las leyes convencionales, que privan de todos los derechos a la sucesión paterna a los hijos nacidos fuera del matrimonio. Los reyes están eximidos de esta ley. Creyó poder hacer por su familia lo que había hecho en favor de varios de sus súbditos; y, sobre todo, creyó poder establecer para dos de sus hijos lo que hizo aprobar en el Parlamento, sin oposición, para los príncipes de la casa de Lorena. Más tarde, igualó la categoría de sus bastardos a la de los príncipes de la casa real, en 1715. Se conoce el proceso que los príncipes de la sangre siguieron contra los príncipes legitimados. Éstos han conservado para sus personas y para sus hijos los honores otorgados por Luis XIV. En lo que atañe a su posteridad, dependerá del tiempo, del mérito y de la suerte.

A mediados del mes de agosto de 1715, al regresar de Marli, Luis XIV se vió atacado de la enfermedad que puso fin a sus días. Se le hincharon las piernas y la gangrena comenzó a manifestarse. El conde de Stair, embajador de Inglaterra, apostó, como se acostumbra en su país, a que el rey no pasaría del mes de septiembre.² El duque de Orléans, que hizo completamente solo el viaje a Marli, tuvo de pronto a toda la corte a su alrededor. En los últimos días de su enfermedad, un empírico le dió al rey un elixir que reanimó sus fuerzas. Comió, y el empírico aseguró su curación. En ese mismo momento, disminuyó la multitud que rodeaba al duque de Orléans. “Si el rey come por segunda vez --dijo el duque de Orléans--, ya no tendremos a nadie.” Pero la enfermedad era mortal. Se habían tomado medidas para dejar la regencia absoluta al duque de Orléans. El rey limitó considerablemente su regencia en el testamento, depositado en el Parlamento, o mejor dicho, lo nombraba tan sólo jefe de un consejo de regencia, en el

cual no hubiera tenido más que el voto decisivo. Sin embargo le dijo: “He respetado todos los derechos que os da vuestro nacimiento.” Es que no creía en la existencia de una ley fundamental que diera, en una minoría, poder sin límites al presunto heredero del reino. Esa autoridad suprema, de la cual se puede abusar, es peligrosa; pero la autoridad compartida lo' es más aún. Creyó que sería tan bien obedecido después de muerto como lo había sido en vida, y se olvidaba de que el testamento de su padre había sido anulado.³

(1 de septiembre de 1715) Por otra parte, todo el mundo sabe la grandeza de alma con que vió aproximarse la muerte: le dijo a madame de Maintenon: “Yo creía que era difícil morir”; y a sus criados: “¿Por qué lloráis? ¿me creíais inmortal?”, y dió tranquilamente órdenes sobre muchas cosas, hasta sobre las pompas fúnebres. Cualquiera persona que se vea rodeada de testigos en la hora de su muerte muere siempre con valor. Luis XIII, en su última enfermedad, puso música al De Prof undis que debía cantarse por él. La presencia de ánimo con que Luis XIV esperó su fin, estuvo desnuda de la ostentación que puso de manifiesto durante toda su vida. Esa valentía lo llevó hasta confesar sus faltas. Su sucesor ha conservado escritas a la cabecera de su cama las notables pala-bras que le dijo el monarca, mientras lo tenía, sobre su lecho, entre sus brazos: no todas las historias relatan esas palabras. Hélas aquí fielmente copiadas:

“Pronto seréis rey de un gran reino. Lo que quiero, sobre todo, recomendaros es que no olvidéis jamás las obligaciones que tenéis con Dios. Recordad que le debéis todo cuanto sois. Tratad de conservar la paz con vuestros vecinos. Yo amé demasiado la guerra, no me imitéis en eso, ni tampoco en los gastos excesivos que he hecho. Pedid consejo en todo y procurad conocer el mejor para seguirlo siempre. Aliviad a vuestros súbditos lo más pronto posible y haced lo que desgraciadamente no he podido hacer yo, etc.”

Este discurso dista mucho de la pequeñez de espíritu que algunas Memorias le atribuyen a Luis XIV.

Le han reprochado el haber usado reliquias en los últimos años de su vida. Su sentimiento religioso era profundo, pero su confesor era un espíritu pobre que lo sujetó a esas prácticas poco convenientes y hoy desusadas, para adquirir sobre él un mayor ascendiente; además, estas reliquias, que tuvo la debilidad de llevar, se las había dado madame de Main-tenon.

Aunque la vida y la muerte de Luis XIV fueron gloriosas, su desaparición fué menos lamentada de lo que merecía. El gusto por la novedad, la inminencia de una época de minoridad, en la que todo el mundo pensaba hacer fortuna; la querrela de la Constitución que agriaba los ánimos, todo esto hizo que la noticia de su muerte se recibiera con algo más que indiferencia. Vimos al mismo pueblo que en 1686 pedía al cielo con lágrimas la curación del rey enfermo, seguir su cortejo fúnebre con demostraciones muy diferentes. Se afirma que la reina madre le dijo un día cuando era muy joven: “Hijo mío, pareceos a vuestro abuelo y no a vuestro padre.” Al preguntar el rey la razón, le contestó: “Lo digo porque en la muerte de Enrique IV la gente lloraba, y en la de Luis XIII reía.”

Aunque se le hayan reprochado algunas pequeñeces, dureza en su celo contra el jansenismo, demasiada altivez con los extranjeros en sus victorias, debilidad por varias mujeres, excesiva severidad en sus cosas personales, guerras emprendidas con ligereza, el incendio del Palatinado, la persecución de los reformados, sin embargo, sus grandes cualidades y sus acciones puestas junto a sus errores han inclinado en su favor el fiel de la balanza. El tiempo, que hace madurar las opiniones de los hombres, ha consagrado su reputación; y a pesar de todo lo que se ha escrito contra él, no se pronunciará jamás su nombre sin respeto y sin unir a él la idea de un siglo eternamente memorable. Si se contempla a este príncipe en la vida privada, se lo ve, en verdad, muy pagado de su grandeza, pero afable; no le dió a su madre participación en el gobierno, pero cumplió con ella todos los deberes de un hijo, y guardó siempre las formas en sus relaciones con su esposa; buen padre, buen soberano, correcto en público, laborioso en el gabinete, exacto en los asuntos de Estado, pensó con sensatez, habló bien, y fué amable con dignidad.

En otro lugar he anotado ya que jamás pronunció las palabras que se le atribuyen, cuando el primer gentilhomme de la cámara y el gran maestro del guardarropa se disputaban el honor de servirlo: “¿Qué importa que me sirva un mucamo y no otro?” Una frase tan torpe no podía decirla un hombre tan cortés y tan atento como era él, y no va de acuerdo con lo que le elijo cierto día al duque de La Rochefoucauld, a propósito de sus deudas: “¿Por qué no habláis a vuestros amigos?” Palabras muy diferentes, que tienen un gran valor por sí mismas y a las que acompañó de un donativo de cincuenta mil escudos.

Tampoco es cierto que le haya escrito al duque de La Rochefoucauld: “Os felicito, como amigo, por el cargo de gran maestro del guardarropa, que os doy como rey.” Los historiadores lo elogian por esta carta. Es no darse cuenta de lo poco delicado, y hasta ofensivo, que resulta decir a aquél de quien se es soberano que se es su soberano. Estas palabras estarían en su lugar si se le escribieran a un súbdito que se hubiera rebelado: Enrique IV hubiera podido decíselas al duque de Mayena antes de su completa reconciliación. El secretario de gabinete, Rose, escribió esa carta y el rey tenía demasiado buen gusto para enviarla. Por ese buen gusto, hizo suprimir las pomposas inscripciones con las que Charpentier, de la Academia francesa, recargó los cuadros de Le-brun, en la galería de Versalles: El increíble paso del Rin, la maravillosa toma de Valenciennes, etc. Se dió cuenta de que La toma de Valenciennes, el paso del Rita, decían mucho más. Charpentier estuvo acertado al adornar con inscripciones en nuestra lengua los monumentos de su patria; sólo la adulación perjudicó su ejecución.

Se han recogido algunas respuestas, algunas palabras de este príncipe, que se reducen a muy poca cosa. Se afirma que cuando quiso abolir en Francia el calvinismo, dijo: “Mi abuelo no quería a los hugonotes y no los temía; mi padre no los quería, y los temía; yo no los quiero ni los temo.”

Al darle en 1658 el cargo de primer presidente del Parlamento de París a Lamoignon, que era por aquel entonces magistrado acusador, le dijo: “Si conociera un hombre que

fuera más recto y súbdito más digno, lo hubiera elegido.” Se valió sobre poco más o menos de los mismos términos cuando le dio el arzobispado de París al cardenal de Noailles. El mérito de esas palabras está en su veracidad, y en que fomentaban la virtud.

Se asegura que un predicador indiscreto se refirió a él, cierta vez, en Versalles: temeridad no permitida, tratándose de un particular, menos aún tratándose de un rey. Se afirma que Luis XIV se contentó con decir: “Padre, me agrada mucho interpretar el sermón, pero no ser el tema de él.” Haya o no dicho esta frase, puede servir de lección.

Se expresaba siempre con nobleza y precisión, esforzándose por hablar y obrar en público como soberano. Cuando el duque de Anjou partió para España, donde iba a reinar, le dijo, para expresar la unión que existiría en adelante entre las dos naciones: “Ya no hay Pirineos.”

Indudablemente, nada puede (lar a conocer mejor su carácter que la Memoria siguiente, escrita toda entera de su puño y letra:

“Los reyes se ven obligados, a menudo, a hacer cosas que van contra sus inclinaciones y que hieren su buen natural. Les gusta hacer favores, y se ven a menudo obligados a castigar, perdiendo por ello gentes a las que quieren bien de modo natural. El interés del Estado debe ser contemplado primero. Se deben refrenar las inclinaciones, para no verse en el caso de tenerse que reprochar algo importante, que podría haberse hecho mejor; pero algunos intereses particulares me lo han impedido y han desviado la atención que debía haber puesto en la grandeza, el bien y el poderío del Estado. Con frecuencia uno se encuentra en situaciones penosas; las hay delicadas y difíciles de aclarar; se tienen ideas confusas. Mientras le pase a uno esto, puede permanecer sin decidirse; pero en cuanto el espíritu se fije en algo y se crea ver el mejor partido, es necesario tomarlo. Es lo que frecuentemente me ha hecho alcanzar éxito en mis empresas. He cometido errores, que me han causado pesares infinitos, por complacer y por dejarme llevar con demasiada indolencia por la opinión de los demás. Nada es tan peligroso como la debilidad, de cualquier naturaleza que sea. Para mandar a los demás es menester elevarse por encima de ellos; y después de haber escuchado todas las opiniones, debe uno resolverse a formarse un juicio, sin preocupación, y pensando siempre en no ordenar ni ejecutar nada que sea indigno de uno mismo, del carácter con que se inviste, o de la grandeza del Estado. Los príncipes con buenas intenciones y algún conocimiento de sus asuntos, sea por experiencia, sea por estudio y por aplicarse con ahinco a la tarea de hacerse capaces, encuentran tantas cosas diferentes por las cuales pueden darse a conocer, que deben poner un cuidado especial y un interés universal en todo. Es preciso cuidarse de uno mismo, vigilar las propias inclinaciones, y estar siempre en guardia contra su propio carácter. El oficio de rey es grande, es noble y lisonjero, cuando nos sentimos dignos de cumplir bien con todas las cosas a las que obliga; pero no está exento de penas, de fatigas, de inquietudes. La incertidumbre desespera a veces; y cuando se ha pasado un tiempo razonable examinando un asunto, es necesario decidirse y tomar el partido que se crea mejor.

Cuando se tiene al Estado como fin se trabaja para uno mismo; el bien del tino hace la gloria del otro: cuando el primero es feliz, altivo y poderoso, aquél que es la causa de ello es, por lo mismo, glorioso y, por consiguiente, debe gozar más que sus súbditos, en relación con ellos y consigo mismo, de todo cuanto hay de más agradable en la vida. Cuando uno se equivoca debe reparar su error lo más pronto posible, sin que ninguna consideración lo impida, ni siquiera la bondad.

En 1671 murió un hombre que ocupaba el cargo de secretario de Estado, encargado del departamento de los extranjeros. Era hombre capaz, pero no carecía de defectos: sin embargo, desempeñaba bien este cargo, que es muy importante.

Me pasé algún tiempo pensando a quién dar ese cargo, y después de haber pesado bien las cosas, encontré a un hombre que por haber servido mucho tiempo en las embajadas debería ser quien lo desempeñaría mejor.

Lo mandé llamar. Mi elección fué aprobada por todo el mundo, lo que no siempre sucede. A su regreso, lo puse en posesión del cargo. Lo conocía únicamente por su reputación y por las comisiones que le había encargado y que siempre ejecutó bien; pero el empleo que le di resultó demasiado grande y demasiado complicado para él. No disfruté de todas las ventajas que pude tener, por complacencia y bondad. Por último, tuve que ordenarle que se retirara, porque lo que pasaba por sus manos perdía la grandeza y la fuerza necesarias a la ejecución de las órdenes de un rey de Francia. Si hubiera tomado la decisión de alejarlo antes, me habría evitado todos los inconvenientes, y no me reprocharía que mi complacencia con el haya podido perjudicar al Estado. Me he demorado en este detalle para exponer un ejemplo de lo que he dicho con anterioridad.”

Este precioso monumento hasta ahora desconocido- prueba a la posteridad su rectitud y la magnanimidad de su alma. Puede decirse también que se juzga en él con excesiva severidad, que no tenía reproche alguno que hacerse respecto al señor de Pomponne, puesto que los servicios de este ministro y su reputación determinaron la elección del príncipe, confirmada por la aprobación universal; y si se condena a sí mismo por la elección del señor de Pomponne, que tuvo, por lo menos, la suerte de servir en los tiempos más gloriosos, ¿qué no debería decirse a sí mismo de Chamillart, cuyo ministerio fué tan infortunado y condenado tan unánimemente!

Escribió varias memorias en el mismo estilo, bien para rendirse cuentas a sí mismo, o para instruir al delfín, duque de Borgoña. Estas reflexiones siguieron a los acontecimientos. Se habría acercado más a la perfección a la que tenía el mérito de aspirar, si hubiera podido formarse una filosofía superior a la política ordinaria y a los prejuicios; filosofía que, en el curso de los siglos, ha sido practicada por muy pocos soberanos, e ignorancia muy perdonable en los reyes, puesto que tantos particulares r o la conocen.

He aquí una parte de las instrucciones que dio a su nieto, Felipe V, al partir para España. Las escribió apresuradamente y con un descuido que descubre mucho mejor el alma que un discurso estudiado. Se ve en ellas al padre y al rey.

“Amad a los españoles y a todos los súbditos adictos a vuestra corona y a vuestra persona. No preferáis a los que os elogien más; estimad a los que, para obrar bien, se atrevan a disgustaros. Éstos son vuestros verdaderos amigos.

“Haced la felicidad de vuestros súbditos; y con esta mira, no hagáis la guerra sino cuando os veáis obligado, y cuando hayáis considerado y pensado bien las razones en vuestro consejo.

“Tratad de sanear vuestras finanzas; vigilad las Indias y vuestras flotas; pensad en el comercio, vivid estrechamente unido a Francia; nada es mejor para nuestras potencias que esa unión, a la que nada podrá resistir.

“Si os veis obligados a hacer la guerra, poneos al frente de vuestros ejércitos.

“Pensad en reorganizar vuestras tropas en todas partes, y comenzad por las de Flandes.

“No dejéis nunca vuestros negocios por vuestro placer; pero haceos una especie de reglamento que os permita momentos de libertad y de diversión.

“Casi no hay entretenimientos más inocentes que la caza y la afición por alguna casa de campo, con tal de que no hagáis en ella demasiado gasto.

“Prestad gran atención a los asuntos de Estado cuando se os hable de ello; escuchad mucho al principio, sin decidir nada.

“Cuando tengáis más conocimiento, recordad que sois vos quien debe decidir; pero sea cual sea vuestra experiencia, escuchad siempre todas las opiniones y todos los razonamientos de vuestro consejo, antes de tomar esa decisión.

“Haced todo lo posible para conocer bien a las personas más importantes a fin de servirlos de ellas oportunamente.

“Tratad de que vuestros virreyes y gobernadores sean siempre españoles.

“Tratad bien a todo el mundo; no digáis nada desagradable a nadie; pero distinguid a las personas de calidad y mérito.

“Testimoniad reconocimiento hacia el difunto rey, y hacia todos los que han opinado elegiros para sucederle.

“Poned una gran confianza en el cardenal Porto Carrero, y hacedle notar vuestro agradecimiento por su conducta.

“Creo que debéis hacer algo importante por el embajador que tuvo la dicha de ser el primero en solicitaros y saludaros en calidad de súbdito.

“No olvidéis a Bedmar, que tiene mérito, y es capaz de serviros.

“Confíad plenamente en el duque de Harcourt; es hombre hábil y honrado, y os dará tan sólo consejos pertinentes.

“Mantened en orden a todos los franceses.

“Tratad bien a vuestros criados, pero no tengáis demasiada familiaridad con ellos, y menos aún confianza. Servíos de ellos mientras sean discretos: despedidlos a la menor falta que cometan, y no los defendáis nunca contra los españoles.

“No tengáis más relación con la reina viuda que aquella de la cual no podáis dispensaros. Obrad de modo que abandone Madrid y no salga de España. En cualquier lugar que esté, observad su conducta e impedid que se mezcle en ningún asunto. Considerad sospechosos a todos los que tengan demasiado trato con ella.

“Amad siempre a vuestros padres. Recordad la pena que han tenido al dejaros. Mantened mucho trato con ellos, en las grandes cosas y en las pequeñas. Pedidnos lo que necesitéis o deseéis tener que no se encuentre en vuestro país; nosotros haremos lo mismo con vos.

“No olvidéis nunca que sois francés, y lo que puede ocurrirnos. Cuando hayáis asegurado la sucesión de España con hijos, visitad vuestros reinos, id a Nápoles y a Sicilia; pasad a Milán, y venid a Flandes; será una ocasión para vernos; entretanto, visitad Cataluña, Aragón y otros lugares. Atended a lo que haya que hacer por Ceuta.

“Arrojad algún dinero al pueblo cuando lleguéis a España, y sobre todo al entrar en Madrid.

“No mostréis sorpresa por los rostros extraños que encontréis. No os burléis jamás. Cada país tiene sus maneras particulares y pronto os acostumbraréis a lo que os parecerá, al principio, más sorprendente.

“Evitad, tanto como podáis, hacer favores a los que dan dinero para obtenerlos. Dad oportuna y liberalmente; y no aceptéis presentes, a menos que sean bagatelas. Si, en alguna ocasión, no podéis evitar recibirlos, ofreced a quienes os los hayan hecho otros más valiosos, después de dejar pasar varios días.

“Tened un cofrecillo para guardar las cosas privadas, cuya llave guardaréis vos solo.

“Termino con uno de los consejos más importantes que pueda daros. No os dejéis gobernar. Sed el amo, no tengáis nunca favorito ni primer ministro. Escuchad, consultad a vuestro consejo, pero decidid. Dios, que os ha hecho rey, os dará las luces necesarias mientras tengáis buenas intenciones.”

Luis XIV era un espíritu más estricto y digno que agudo; por otra parte, no se le exige a un rey que diga cosas memorables, sino que las haga. Lo necesario a todo hombre que ocupa un cargo es no dejar salir a nadie descontento de su presencia y hacerse simpático

a todos los que se le acercan. No se puede hacer el bien en todo momento; pero siempre se pueden decir cosas agradables. El rey se hizo de esto una feliz costumbre. Entre él y su corte hubo un comercio continuo de todos los favores que la majestad puede conceder sin rebajarse nunca, y de todas las finezas que el celo de servir y de agradar puede tener, sin incurrir en bajeza. Tenía, especialmente con las mujeres, unas atenciones y una cortesía que aumentaban las de sus cortesanos; y jamás perdió oportunidad de decir a los hombres esas cosas que halagan el amor propio, provocan la emulación y dejan un largo recuerdo.

Un día la duquesa de Borgoña, todavía muy joven, vio en la cena a un oficial muy feo, e hizo muchas bromas en voz muy alta, acerca de su fealdad. “Yo lo encuentro, señora -dijo el rey en voz más alta todavía-, uno de los hombres más hermosos de mi reino, porque es uno de los más valientes.”

Un oficial general, hombre un poco brusco, al que ni la corte de Luis XIV le había suavizado el carácter, perdió un brazo en una acción y se quejaba al rey, que lo había recompensado tanto como es posible hacerlo por un brazo roto: “Quisiera haber perdido el otro también -dijo- y no servir más a vuestra majestad.” “Lo sentiría mucho por vos y por mi”, le respondió el rey, frase que acompañó con la concesión de una gracia. Cuidaba tanto de no decir cosas desagradables -que son mortales en boca de un príncipe-, que ni siquiera se permitía las más inocentes y pacíficas bromas, mientras los particulares las hacen todos los días tan crueles y tan funestas.

Se complacía y era hábil en las cosas de ingenio: las improvisaciones, las canciones agradables; a veces, improvisaba también pequeñas parodias de los aires en boga, como ésta:

*Chez mon cadet de frère
Le chancillier Serrant
N'est pas trop necessairc;
Et le sage Boifrane
Est celui qui sait plaire.*

Y esta otra que hizo un día al despedir al consejo:

Le conseil á ses yeux a beau se présenter,
Sitôt qu'il vost sa chienne il quitte tout pour elle;
Rien ne peut l'arrêter
Quand la chasse l'appelle.

Estas bagatelas sirven, por lo menos, para demostrar que los entretenimientos del espíritu constituían uno de los placeres de su corte, que participaba de esos placeres, y que sabía vivir como hombre en privado, tanto como desempeñar el papel de monarca en el teatro del mundo.

Su carta al arzobispo de Reims, a propósito del marqués de Barbezieux, aunque está escrita con un estilo extremadamente descuidado, hace más honor a su carácter del que podían haberle hecho a su espíritu los pensamientos más ingeniosos. Le había dado a este joven el cargo de secretario de Estado, encargado del despacho de guerra, que tuvo su padre el marqués de Louvois. Descontento de la conducta de su nuevo secretario de Estado, quiere corregirlo sin mortificarlo demasiado. Con este objeto se dirige a su tío, el arzobispo de Reims, y le ruega que aconseje a su sobrino. Es un soberano instruido de todo, es un padre quien habla.

“Sé lo que le debo -dice- a la memoria del señor de Louvois; pero, si vuestro sobrino no cambia de conducta, me veré obligado a tomar una determinación. Me disgustará hacerlo, pero será necesario. Tiene aptitudes, pero no hace buen uso de ellas. Con demasiada frecuencia da cenas a los príncipes, en vez de trabajar; descuida los negocios por los placeres; hace esperar mucho tiempo a los oficiales en su antesala; les habla con altanería, y a veces con dureza.”

Esto es lo que mi memoria guarda de esa carta, cuyo original vi en otro tiempo. Muestra claramente que Luis XIV no era gobernado por sus ministros, como se ha creído, sino que sabía gobernar a sus ministros.

Le agradaban los elogios; y es deseable que a un rey le agraden, porque se esforzará en merecerlos. Pero Luis XIV no los admitía cuando eran demasiado vivos. Cuando nuestra academia, que siempre le daba cuenta de los temas propuestos para sus premios, le mostró éste: ¿Cual de todas las virtudes del rey merece la preferencia?, el rey enrojeció, y no quiso que ese tema fuera tratado. Toleró los prólogos de Quinault, pero fue en los más hermosos días de su gloria, en el tiempo en que la embriaguez de la nación excusaba la suya. Virgilio y Horacio por agradecimiento, y Ovidio por innoble debilidad, prodigaron a Augusto elogios más exagerados, y, si se piensa en las proscipciones, mucho menos merecidos.

Si Corneille hubiera dicho en la cámara del cardenal de Richelieu a alguno de sus cortesanos: “Decid al señor cardenal que entiendo más de versos que el, el ministro no lo hubiera perdonado jamás; esto es, sin embargo, lo que dijo en voz alta Despreaux del rey, en una disputa suscitada por algunos versos que el rey consideraba buenos y que Despreaux condenaba. “Tiene razón -dijo el rey-, él es más competente que yo.

El duque de Vendôme tenía consigo a Villiers, uno de esos hombres entregados a los placeres que hacen un mérito de una libertad cínica. Lo alojaba en su departamento de Versalles; y lo llamaban comúnmente Villiers-Vendôme. Este hombre desaprobaba abiertamente todos los gustos de Luis XIV, en música, en pintura, en arquitectura, en jardines. El rey plantaba un bosquecillo, amueblaba un departamento, construía una

fuelle: Villiers lo encontraba todo mal resuelto, y se expresaba en términos descomedidos. “Es extraño-decía el rey-que Villiers haya elegido mi casa para venir a burlarse de todo lo que yo hago.” Un día lo encontró en los jardines, y mostrándole una de sus nuevas obras, le dijo: “Y bien, ¿eso tampoco tiene la suerte de gustaros?” “No”, contestó Villiers. “Sin embargo-respondió el rey-, a mucha gente no le desagrada tanto.” “Es posible -dijo Villiers-; cada cual tiene su opinión.” El rey, riendo, contestó: “No se puede complacer a todo el mundo.”

Cierto día, Luis XIV jugaba a las tablas reales, e hizo un tiro dudoso. Se discutía; los cortesanos permanecían en silencio. Llega el conde de Grammont. “Juzgadnos”, dice el rey. “Sire, sois vos el equivocado”, dice el conde. “¿Como podéis decir que la falta es mía antes de saber de qué se trata?” “¡Ah, sire! ¿No veis que por poco dudosa que fuera la jugada, todos estos señores os hubieran hecho ganar a vos?”

El duque de Antin se distinguió en ese siglo por un arte singular, no el de decir cosas lisonjeras, sino el de hacerlas. El rey va a dormir a Petit-Bourg y critica una gran calle de árboles que ocultaba la vista del río. El duque de Antin los hace derribar durante la noche. El rey, al despertar, se sorprende al no ver los árboles que había condenado. “Es porque vuestra majestad los criticó por lo que ya no los ve”, responde el duque.

Hemos referido en otra parte que este mismo hombre notó que un bosque muy grande, situado al extremo del canal de Fontainebleau desagradaba al rey; lo preparó todo, aprovechó el momento de un paseo, y ordenó talar el bosque, que, en el mismo instante, estuvo completamente derribado. Estos rasgos son los de un cortesano ingenioso y no los de un adulator.

Han acusado a Luis XIV de un intolerable orgullo porque la base de su estatua, en la plaza de las Victorias, está rodeada de esclavos encadenados; pero no fué él quien hizo erigir esa estatua ni la que se encuentra en la plaza de Vendôme. La de la plaza de las Victorias es el monumento de la grandeza del alma y del agradecimiento del primer mariscal de la Feuillade hacia su soberano. Gastó en ella quinientas mil libras, que representan cerca de un millón de las de hoy; la ciudad añadió otro tanto para darle a la plaza un trazado regular. En verdad, se ha sido tan injusto imputándole a Luis XIV el fausto de esa estatua, como viendo tan sólo vanidad y adulación en la magnanimidad del mariscal.

No se hablaba más que de esos cuatro esclavos; pero ellos representan los vicios dominados tanto como las naciones vencidas; el duelo abolido, la herejía destruida; las inscripciones lo atestiguan bastante bien. Celebran también la unión de los mares, la paz de Nimega; hablan más de beneficios que de hazañas guerreras. Por otra parte, es una vieja costumbre de los escultores el poner esclavos al pie de las estatuas de los reyes. Sería mejor representar ciudadanos libres y felices; pero, en fin, se ven esclavos a los pies del clemente Enrique IV y de Luis XIII, en París; se los ve en Liorna debajo de la estatua de Fernando de Medicis, quien, indudablemente, no encadenó a ninguna nación; se los ve en Berlin debajo de la estatua de un elector que rechazó a los suecos, pero que no hizo conquistas.

Los vecinos de Francia, y los mismos franceses, han hecho muy in-justamente responsable a Luis XIV de esta práctica. La inscripción *Viro inmortalis*, “Al hombre inmortal”, ha sido considerada idólatra, como si esa palabra significara otra cosa que la inmortalidad de su gloria. La inscripción de Viviani en su casa de Florencia: *Aedes a deo data*, “Casa dada por un dios”, sería más idólatra; sin embargo, es una simple alusión al sobrenombre de Dios-Dado y al verso de Virgilio:

...Derer nobis hæc otia fecit.

Egl. I, v. 6

En lo que respecta a la estatua de la plaza de Vendôme, fué la ciudad quien la erigió. Las inscripciones latinas que llenan las cuatro caras de la base son lisonjas más torpes que las de la plaza de las Victorias. Se lee allí que Luis XIV tomó siempre las armas a pesar suyo. Desmintió solemnemente esta adulación en su lecho de muerte, con palabras que se recordarán muchísimo más tiempo que esas inscripciones ignoradas por él, fruto de la bajeza de algunos literatos.

El rey había destinado los edificios de esa plaza para su biblioteca pública. La plaza era más grande; al principio tenía tres caras, que eran las de un palacio inmenso cuyas paredes ya se habían levantado, cuando lo aciago de los tiempos, en 1701, obligó a la ciudad a construir casas de particulares sobre las ruinas de aquel palacio empezado. Por eso el Louvre no se ha terminado; por eso, la fuente y el obelisco que Colbert quería hacer levantar frente al portal de Perrault han aparecido sólo en los dibujos; por eso, el hermoso portal de San Gervasio ha quedado ensombrecido; y la mayor parte de los monumentos de París dan tristeza.

La nación hubiese deseado que Luis XIV prefiriera su Louvre y su capital al palacio de Versalles, al cual el duque de Crequi llamaba un favorito sin méritos. La posteridad admira con reconocimiento lo que se ha hecho de grande para el público; pero la crítica se une a la admiración cuando se ve lo que Luis XIV hizo de soberbio y de defectuoso en su casa de campo.

De cuanto se acaba de referir se sigue que el monarca amaba, en todo, la grandeza y la gloria. Un príncipe, que habiendo hecho tan grandes cosas como él, fuera además sencillo y modesto, sería el primero de los reyes, y Luis XIV el segundo.

Si al morir se arrepintió de haber emprendido guerras sin meditarlo bien, es preciso convenir en que sólo juzgaba por los acontecimientos; porque, de todas sus guerras, la más justa y la más indispensable, la de 1701, fué la única infortunada.

Tuvo de su matrimonio, además de Monseñor, dos hijos y tres hijas, muertos en la infancia. Sus amores fueron más felices: solamente dos de sus hijos naturales murieron en la cuna; otros ocho vivieron, fueron legítimos, y cinco tuvieron posteridad. Tuvo,

además, de una joven, amiga de madame de Montespan, una hija no reconocida, a la que casó con un gentilhomme de las inmediaciones de Versalles, llamado La Queue.

Se sospechó, con mucha verosimilitud, que una religiosa de la abadía de Moret era hija suya. Era extremadamente morena, y además se le parecía. El rey le dio veinte mil escudos de dote al colocarla en el convento. La opinión que tenía de su origen le daba un orgullo tal, que sus superiores se quejaron. Madame de Maintenon, en un viaje que hizo a Fontainebleau, fué al convento de Moret, y deseando inspirarle más modestia a la religiosa, hizo todo lo posible para quitarle la idea que alimentaba su orgullo. “Señora-le dijo aquella persona-, el trabajo que una dama de vuestra elevación se toma, viniendo expresamente aquí a decirme que no soy hija del rey, me persuade de que lo soy.” El convento de Moret recuerda aún esta anécdota.

Tantos detalles podrán desagradar a un filósofo; pero la curiosidad -esa flaqueza tan común al género humano-deja casi de serlo cuando tiene por objeto tiempos y hombres que atraen las miradas de la posteridad.

CAPÍTULO XXIX

GOBIERNO INTERIOR. JUSTICIA. COMERCIO. POLICIA.

LEYES. DISCIPLINA MILITAR, MARINA, ETC.

A los hombres públicos que han hecho bien a su siglo se les debe hacer la justicia de considerar el punto del cual partieron, para ver mejor los cambios realizados por ellos en su patria. La posteridad les debe un eterno reconocimiento por los ejemplos dados, aun cuando hayan sido sobrepasados. Esta justa gloria es su única recompensa. Ciertamente que el amor a esta gloria animó a Luis XIV, cuando al comenzar a gobernar por sí mismo quiso reformar su reino, embellecer su corte y perfeccionar las artes.

No solamente se impuso la tarea de trabajar regularmente con cada uno de sus ministros, sino que todo hombre conocido podía obtener de él una audiencia particular, y todo ciudadano tenía la libertad de presentarle peticiones y proyectos. Al principio, recibía las solicitudes un secretario de peticiones, que las apostillaba; luego se enviaron a los despachos de los ministros. Los proyectos se examinaban en el consejo cuando merecían serlo, y sus autores fueron admitidos, más de una vez, para discutir sus proposiciones con los ministros, en presencia del rey. Así, pues, se estableció entre el trono y la nación una correspondencia que subsistió a pesar del poder absoluto.

Luis XIV se formó y acostumbró a sí mismo al trabajo, y ese trabajo era tanto más penoso cuanto que era nuevo para él, y que la seducción de los placeres podía fácilmente distraerlo. Escribió los primeros despachos a sus embajadores; los borradores de las cartas más importantes los hizo con frecuencia de su puño y letra; y no hubo ninguna escrita en su nombre que no se hiciera leer.

Apenas Colbert, después de la caída de Fouquet, restableció el orden en las finanzas, el rey devolvió todo lo que se debía por concepto de impuestos desde 1647 hasta 1656, especialmente tres millones de tallas.¹ Se suprimieron derechos onerosos por quinientos mil escudos anuales. De lo que se deduce que el abate de Choisy parece estar muy mal informado o ser muy injusto cuando dice que no se disminuyeron los ingresos. Lo cierto es que se mermaron con esas devoluciones y se aumentaron por el buen orden en que se les puso.

Los afanes del primer presidente de Bellievre secundados por la generosidad de la duquesa de Aiguillon y de varios ciudadanos, permitieron fundar el hospital general. El rey lo agrandó e hizo levantar otros en todas las ciudades principales del reino.

Los grandes caminos -hasta entonces impracticables- no se volvieron a descuidar, y poco a poco se convirtieron en lo que son actualmente: la admiración de los extranjeros. Por cualquier lado que se salga de París se viaja hoy alrededor de cincuenta o sesenta

leguas hacia algunos lugares cercanos, por calles firmes y arboladas. Los caminos contruidos por los antiguos romanos eran más duraderos, pero no tan espaciosos ni tan bellos.

El genio de Colbert se ocupó principalmente del comercio, muy poco cultivado, cuyos grandes principios no eran conocidos. Los ingleses, y más aún los holandeses, hacían con sus barcos casi todo el comercio de Francia. Los holandeses, sobre todo, cargaban en nuestros puertos los productos del país y los distribuían en Europa. A partir de 1662, el rey comenzó a eximir a sus súbditos de una contribución llamada derecho de flete, que pagaban todos los barcos extranjeros, y dió a los franceses amplias facilidades para que transportaran sus propias mercaderías con menores gastos. Así nació el comercio marítimo. Se constituyó el consejo de comercio, que subsiste todavía, y que presidía cada quince días.

Los puertos de Dunkerque y de Marsella fueron declarados francos, ventaja que atrajo el comercio del Levante a Marsella, y el del norte a Dunkerque.

En 1664 se organizó la compañía de las Indias occidentales, y la de las grandes Indias se estableció el mismo año. Antes de esa época, el lujo de Francia era necesariamente tributario de la industria holandesa. Los partidarios de la antigua economía tímida, ignorante y estrecha, protestaron en vano contra un comercio en el que se cambia incensantemente el dinero -que no mermará- por artículos de consumo. No reflexionaban que esas mercaderías de la India, convertidas en necesidad, se hubieran pagado más caras en el extranjero. Se envía a las Indias orientales más dinero en efectivo del que retira de allí, por cuya causa Europa se empobrece; pero ese dinero viene del Perú y de México; son el precio de los productos que llevamos a Cádiz, y queda en Francia más dinero del que absorben las Indias orientales.

El rey dió a la compañía más de seis millones de nuestra moneda actual. Invitó a las personas ricas a interesarse por ella. Las reinas, los príncipes y la corte entera suministraron dos millones en dinero efectivo, de aquel tiempo. Las cortes superiores contribuyeron con un millón doscientas mil libras; los capitalistas con dos millones; la corporación de los comerciantes con seiscientas cincuenta mil libras. Toda la nación secundó a su soberano.

Esta compañía subsiste todavía, porque aunque los holandeses tomaran Pondichéry en 1693 y el comercio de las Indias decayera a partir de entonces, cobró nuevo impulso bajo la regencia del duque de Orléans. Pondichéry se convirtió en la rival de Batavia; y, esa compañía de las Indias, fundada con muchos esfuerzos por el gran Colbert, restablecida en nuestros días con singulares trastornos fue, durante algunos años, uno de los más grandes recursos del reino. El rey formó también una compañía del Norte en 1669 y colocó fondos en ella como en la de las Indias. Entonces todo el mundo pensó que no se debía prohibir el comercio, Puesto que las más grandes casas se interesaban en esos establecimientos, a ejemplo del monarca.

Se protegió a la Compañía de las Indias occidentales tanto como a las otras: el rey proporcionó la décima parte del fondo total.

Dio treinta francos por tonelada de exportación y cuarenta por tonelada de importación. Todos los que construyeron barcos en los Puertos del reino recibieron cinco libras por cada tonelada de capacidad que su nave tuviera.

No puede uno menos que asombrarse de que el abate de Choisy haya censurado esos establecimientos en sus Memorias, que deben leerse con desconfianza. Nos damos cuenta hoy de todo lo que el ministro Colbert hizo para bien del reino, pero entonces no lo advertían: trabajaba para ingratos. Se le agradeció todavía menos, en París, la supresión de algunas rentas sobre la Municipalidad adquiridas a precio ínfimo en 1656, y el descrédito en que cayeron los bonos de ahorro prodigados por el ministerio anterior, y no se supo apreciar el bien general que hizo. Había más burgueses que ciudadanos. Pocas personas consideraban la utilidad pública. Es conocida la ofuscación que produce el interés particular y la estrechez de espíritu que provoca; no me refiero solamente al interés de un comerciante, sino al de una compañía o de una ciudad. La grosera respuesta de un comerciante, apellidado Hazon que, al ser consultado por el ministro le dijo: “Habéis encontrado el coche volcado de un lado, y lo habéis volcado del otro”, era citada todavía de buen grado en mi juventud; esta anécdota ha sido recogida por Moreri. Ha sido preciso que el espíritu filosófico, introducido muy tarde en Francia, reformara los prejuicios del pueblo, para que se le hiciera, al fin, completa justicia a la memoria de aquel gran hombre. Era tan estricto como el duque de Sully y tenía miras mucho más amplias. El primero sólo sabía cuidar, el otro sabía organizar grandes establecimientos. Sully, después de la paz de Vervins, no tuvo más trabajo que el de mantener una economía estricta y severa; mientras que Colbert tuvo que encontrar re-cursos expeditos e inmensos para la guerra de 1667 y para la de 1672. Enrique IV secundaba la economía de Sully, pero la magnificencia de Luis XIV se oponía al sistema de Colbert.

No obstante, casi todo fué reorganizado o creado en su tiempo. La reducción al cinco por ciento del interés de los préstamos del rey y de los particulares puso de manifiesto, en 1665, una abundante circulación. Colbert quería enriquecer y poblar a Francia. Se propiciaron los casamientos en el campo mediante una exención de tallas durante cinco años para los que se establecieron a la edad de veinte años; y todo padre de familia que tuviera diez hijos quedaba eximido para toda la vida, porque le daba más al Estado con el trabajo de sus hijos de lo que hubiera podido dar pagando la talla. Esta regla no debió haber sido modificada jamás.

Desde 1663 hasta 1672, cada año de ese ministerio se señaló por la fundación de alguna manufactura. Los paños finos procedentes antiguamente de Inglaterra y de Holanda se fabricaron en Abbeville. El rey le adelantaba al fabricante dos mil libras por cada telar en movimiento, aparte de considerables gratificaciones. En el año 1669 se contaron cuarenta y cuatro mil doscientos telares de lana en el reino. Las manufacturas de seda perfeccionadas produjeron un comercio de más de cincuenta millones de aquel tiempo: y no sólo la ganancia obtenida era muy superior al importe de la compra de las sedas

necesarias, sino que el cultivo de la morera puso a los fabricantes en condiciones de prescindir de las sedas extranjeras para el tramado de las telas.

En 1666 se comenzaron a fabricar espejos tan hermosos como en Venecia, que había provisto siempre a toda Europa, y no tardaron en hacerse de una calidad y una belleza tal que jamás han podido imitarse en otras partes. Se superaron los tapices de Turquía y de Persia en la Savonnerie. Las tapicerías de Flandes cedieron su lugar a las de los Gobelinos. En el vasto recinto de los Gobelinos trabajaban entonces más de ochocientos obreros; se les daba alojamiento a trescientos en la propia fábrica; los mejores pintores dirigían los trabajos, sobre sus propios dibujos o sobre los de los antiguos maestros de Italia. En el recinto de los Gobelinos se fabricaban también ouvrages de rapport, una especie de mosaico admirable, y el arte de la marquetería fué llevado a su perfección.

Además de esa hermosa manufactura de tapicerías de los Gobelinos, se estableció otra en Beauvais. El primer fabricante de esa ciudad tuvo seiscientos obreros y el rey le hizo un regalo de sesenta mil libras.

Se dio trabajo a seiscientas jóvenes en los trabajos de encajes: se hicieron venir treinta maestras de Venecia y doscientas de Flandes, a las que les fueron entregadas treinta y seis mil libras como estímulo.

Las fábricas de paños de Sedán y las de tapicerías de Aubusson, en decadencia, se organizaron de nuevo. Las ricas telas en las que la seda se mezcla con el oro y la plata se fabricaron en Lyon, en Tours, en una industria nueva.

Es sabido que el ministerio compró en Inglaterra el secreto de esa máquina ingeniosa con la que se hacen las medias diez veces más rápido que con la aguja. El estaño, el acero, la hermosa cerámica, los tafiletos que siempre se habían traído de lejos, se trabajaron en Francia. Pero en 1686, calvinistas poseedores del secreto del estaño y del acero se llevaron consigo el secreto e hicieron participar de esta ventaja y de muchas otras a las naciones extranjeras.

El rey compraba todos los años obras de gusto fabricadas en su reino por valor de cerca de ochocientas mil de nuestras libras y las regalaba.

Faltaba mucho para que la ciudad de París fuera lo que es hoy. No había iluminación, ni seguridad, ni limpieza. Se debió atender a la limpieza continua de las calles, a la iluminación que cinco mil fanales proporcionan todas las noches, a pavimentar toda la ciudad, a construir nuevos muelles y reconstruir los viejos, a hacer la vigilancia con una guardia continua, a pie y a caballo, para seguridad de los ciudadanos. El rey se encargó de todo, y destinó fondos para esos gastos necesarios. Creó, en 1667, un puesto de magistrado encargado exclusivamente de la dirección de la policía. La mayor parte de las grandes ciudades de Europa apenas han imitado estos ejemplos, mucho tiempo después, y ninguna los ha igualado. No hay ciudad pavimentada como París, y la misma Roma no está alumbrada.

Todo tendía de tal modo a la perfección, que la reputación adquirida en su cargo por el segundo teniente de policía designado en París, lo puso a la altura de los que hicieron honor a aquel siglo: era también un hombre capaz de todo. El puesto de teniente de policía estaba por debajo de su nacimiento y de su mérito; y, sin embargo, este puesto le dio mayor renombre que el ministerio difícil y pasajero que obtuvo al fin de su vida.

Se debe observar que De Argenson no fué el único miembro de la antigua nobleza que ejerciera la magistratura. Francia es casi el único país de Europa en que la antigua nobleza se haya decidido a menudo por la toga. En los demás estados, casi sin excepción, se ignora todavía por un resto de barbarie gótica la grandeza aparejada a esa profesión.

Desde 1661, el rey no cesó de construir en el Louvre, en Saint-Germain, en Versalles. Los particulares, siguiendo su ejemplo, levantaron en París mil edificios soberbios y cómodos. Su número aumentó de tal manera que, a partir de los alrededores del Palais Royal y de los de San Sulpicio, se formaron en París dos ciudades nuevas, muy superiores a la antigua. Fue en ese tiempo cuando se inventó la estupenda comodidad de las carrozas adornadas con cristales y suspendidas con muelles, con lo que un ciudadano de París se paseaba en esta gran ciudad con más lujo que el que antiguamente usaron los vencedores romanos para ir al Capitolio. Esta costumbre, iniciada en París, tuvo rápida acogida en toda Europa, y se hizo tan común, que ya no es un lujo.

Luis XIV tenía gusto para la arquitectura, los jardines y la escultura, gusto que era, en todo, grande y noble.

Cuando el inspector general Colbert obtuvo, en 1664, la dirección de las construcciones, que es propiamente el ministerio de las artes, se aplicó a secundar los proyectos de su soberano. Primero, fué necesario trabajar para terminar el Louvre. Se eligió a François Mansart, uno de los más grandes arquitectos que haya tenido Francia, para construir los amplios edificios proyectados. No quiso encargarse de la obra sin tener la libertad de rehacer lo que le pareciera defectuoso en la ejecución. Esta falta de confianza en sí mismo, que hubiera acarreado demasiados gastos, determinó que se lo rechazara. Trajeron de Roma al caballero Bernini, célebre por la columnata que rodea el atrio de San Pedro, por la estatua ecuestre de Constantino y por la fuente Navona. Le proporcionaron los medios de transporte para su viaje y fué llevado a París como un hombre que venía a honrar a Francia. Además de cinco luises por día, durante los ocho meses de su permanencia, recibió un presente de cincuenta mil escudos, con una pensión de dos mil y una de quinientos para su hijo. La generosidad que Luis XIV tuvo con Bernini fué mayor aún que la magnificencia de Francisco I con Rafael. El Bernini, por agradecimiento, hizo después en Roma la estatua ecuestre del rey, que se encuentra en Versalles. Pero cuando llegó a París, con tanto aparato, como el único hombre digno de trabajar para Luis XIV, se sorprendió mucho al ver el dibujo de la fachada del Louvre, del lado de Saint Germain l'Auxerrois, que muy pronto se convirtió, al ser ejecutado, en uno de los más augustos monumentos de arquitectura existentes en el mundo. Claude Perrault había concebido ese diseño, ejecutado por Louis Leveau y

Dorbay. Él fue quien inventó las máquinas con las que se llevaron piedras de cincuenta y dos pies de largo para formar el frontón del majestuoso edificio. A veces se va a buscar muy lejos lo que existe en el propio país. Ningún palacio de Roma tiene una entrada comparable con la del Louvre, y se la debemos a Perrault, a quien Boileau se atrevió a pretender ridiculizar. Esta traza tan afamada es, según opinión de los viajeros, muy inferior al castillo de Maisons, construido por François Mansart con tan poco gasto. Bernini fué magníficamente recompensado y no mereció esas recompensas: hizo tan sólo dibujos que no se utilizaron.

El rey mandó construir el Louvre, cuya terminación fué tan deseada, levantó una ciudad en Versalles cerca de ese castillo, que costó tantos millones, edificó el Trianón y Marli, hizo embellecer muchos otros edificios y además ordenó construir el Observatorio, comenzado en 1666, en el tiempo que fundó la Academia de Ciencias. Pero el monumento más glorioso por su utilidad, por su grandeza y por las dificultades que se tuvieron que vencer, fué el canal del Languedoc, que une los dos mares y desemboca en el puerto de Cette, construido para recibir sus aguas. Todo ese trabajo se empezó en 1664 y se continuó sin interrupción hasta 1681. La fundación de los Inválidos y la capilla de ese edificio, la más hermosa de París; el establecimiento de Saint-Cyr, última de las obras construidas por el monarca, bastarían para bendecir su memoria. Cuatro mil soldados y un gran número de oficiales, que en-cuentran en uno de esos grandes asilos consuelo en su vejez y socorro para sus heridas y sus necesidades, doscientas cincuenta jóvenes que reciben en el otro una educación digna de ellas, son otras tantas voces que aclaman a Luis XIV. El establecimiento de Saint-Cyr será superado por el que Luis XV acaba de fundar para educar quinientos gentilhombres; pero en vez de hacer olvidar Saint-Cyr, lo hace recordar; lo que se ha perfeccionado es el arte de hacer el bien.

Al mismo tiempo, Luis XIV trató de realizar cosas más grandes y de utilidad más general, pero de ejecución más difícil; quiso reformar las leyes. Hizo trabajar en ello al canciller Seguier, los Lamoignon, los Talon, los Bignon, y especialmente al consejero de Estado Pussort. Asistía a veces a sus asambleas. El año 1667 fué, a la vez, la época de sus primeras leyes y de sus conquistas. La ordenanza civil apareció primero, en seguida el código de aguas y bosques, luego los estatutos para todas las manufacturas; la ordenanza criminal, el código de comercio, el de la marina, les siguieron casi año tras año. Se hizo también una nueva legislación en favor de los negros de nuestras colonias, infelices que no habían disfrutado todavía de los derechos de la humanidad.

El conocimiento profundo de la jurisprudencia no le corresponde a un soberano; pero el rey conocía las leyes principales: poseía su espíritu, y sabía apoyarlas o mitigarlas según el caso. Juzgaba muchas veces las causas de sus súbditos, no solamente en el consejo de los secretarios de Estado, sino en el llamado consejo de las partes. Hizo dos juicios celebres, en los cuales su voto decidió contra sí mismo.

En el primero, en 1680, se ventilaba un proceso establecido entre él y unos particulares de París que habían edificado en sus tierras. Quiso que conservaran las casas con el terreno que le pertenecía y que les cedió.

El otro atañía a un persa llamado Roupli, de cuyas mercaderías se habían apoderado los recaudadores de impuestos en 1687. El rey opinó que le debía ser devuelto todo y añadió a su fallo un presente de tres mil escudos. Roupli llevó a su patria su admiración y su agradecimiento. Más tarde, cuando vimos en París al embajador persa, Mehemet Rizabeg, nos encontramos con que conocía desde hacía tiempo este hecho por la fama.

La abolición de los duelos fué uno de los más grandes servicios que hizo a la patria. Esos combates habían sido autorizados antiguamente por los reyes, incluso por el Parlamento, y por la Iglesia, y aunque desde la época de Enrique IV estaban prohibidos, la funesta costumbre subsistía con más vigor que nunca. El famoso combate de los La Frette, de cuatro contra cuatro, en 1663, determinó que Luis XIV no volviera a perdonar. Su acertada severidad corrigió poco a poco a nuestra nación, e incluso a las naciones vecinas, que adoptaron nuestras juiciosas costumbres después de haber tomado las malas. Hoy día hay en Europa cien veces menos duelos que en tiempos de Luis XIII.

Legislador de su pueblo, lo fué también de sus ejércitos. Es raro que antes de su reinado no se usaran los uniformes en los ejércitos; pues fué él quien, en el primer año de su administración, ordenó que cada regimiento se distinguiera por el color de los trajes o por diferentes insignias, reglamento que no tardó en ser adoptado por todas las naciones. Fué él quien instituyó los brigadieres, y quien puso a los cuerpos que integran la casa del rey en las condiciones en que actualmente se encuentran. Convirtió en una compañía de mosqueteros las guardias del cardenal Mazarino, fijó en quinientos hombres el número de las dos compañías y les dió el uniforme que todavía llevan.

Bajo su gobierno desapareció el cargo de condestable; y después de la muerte del duque de Épernon se suprimió el de coronel general de infantería; eran demasiados amos; tan sólo él quería y debía ser amo. El mariscal de Grammont, simple maestro de campo de las guardias francesas bajo las órdenes del duque de Épernon, que recibía órdenes de ese coronel general, en adelante sólo las recibió del rey, y fué el primero al que se le designó con el nombre de coronel de las guardias. Ponía personalmente a esos coroneles al frente del regimiento, entregándoles con su propia mano una gola dorada y una pica, y después un espontón cuando se suprimió el uso de las picas. Instituyó los granaderos, al principio en número de cuatro por compañía, en el regimiento del rey, creado por él; después puso una compañía de granaderos en cada regimiento de infantería, y en las guardias francesas puso dos; actualmente toda la infantería tiene una por batallón. Aumentó considerablemente el cuerpo de dragones y les dió un coronel general. No debe olvidarse el establecimiento de los haras, en 1667. Antiguamente estaban completamente abandonados, y resultaron ser de gran utilidad para remontar la caballería. Necesidad importante que después ha sido muy descuidada.

Implantó el uso de la bayoneta al extremo del fusil. Ya era utilizada desde antes, pero sólo algunas compañías combatían con esta arma, no se hacía un empleo uniforme, ni tampoco ejercicios; todo se dejaba a la discreción del general. Las picas se consideraban

el arma más temible. El primer regimiento con bayonetas, ejercitado en su uso, fué el de los fusileros, establecido en 1671.

La calidad del actual servicio de la artillería se le debe por completo a él. Fundó escuelas en Douai, luego en Metz y en Estrasburgo; por fin se vio al regimiento de artillería lleno de oficiales, casi todos capaces de dirigir bien un sitio. Todos los almacenes del reino estaban provistos y se distribuían en ellos anualmente cuatrocientos mil kilos de pólvora. Formó un regimiento de bombarderos y uno de húsares; antes de él, los húsares se conocían sólo en los ejércitos enemigos.

Estableció, en 1688, treinta regimientos de milicia suministrados y equipados por las comunidades; milicias que se ejercitaban en la guerra sin abandonar el cultivo de los campos.

Se mantuvieron compañías de cadetes en la mayor parte de las plazas fronterizas, donde aprendían matemáticas, dibujo y todos los ejercicios, y desempeñaban funciones de soldados. Esta institución duró diez años, pues terminó por cansar al rey esa juventud difícil de disciplinar; pero el cuerpo de ingenieros formado por el rey, y al cual dió reglamentos vigentes todavía, es un establecimiento perdurable. Durante su gobierno, el mariscal De Vauban y sus discípulos llevaron a la perfección el arte de fortificar las plazas y superaron al conde de Pagan. Construyó o reparó ciento cincuenta plazas fuertes.

Para mantener la disciplina militar, creó inspectores generales, después directores, que dieron cuenta del estado de las tropas, y cuyos informes permitían saber si los comisarios de guerra habían cumplido con su deber.

Instituyó la orden de San Luis, honrosa recompensa codiciada a menudo más que la fortuna. El hotel de los Inválidos dió cima a todos los esfuerzos hechos para merecer ser bien servido.

Gracias a esos esfuerzos, tuvo desde el año 1672 ciento ochenta mil hombres de tropas regulares, cuyas fuerzas se aumentaban a medida que el número y el poderío de sus enemigos se acrecentaba, por lo que llegó a tener cuatrocientos cincuenta mil hombres en armas, contando las tropas de la marina.

Antes de su reinado, no se vieron ejércitos tan fuertes. Los que sus enemigos le oponían apenas si eran de igual importancia y, para ello, era necesario que estuviesen reunidos. Demostró lo que podía Francia sola; tuvo siempre, o grandes éxitos, o grandes recursos.

Fué el primero que, en tiempo de paz, dió una imagen y una lección completa de la guerra. Reunió en Compiègne setenta mil hombres, en 1698, donde se hicieron todas las operaciones de una campaña, con el fin de instruir a sus tres nietos. El lujo convirtió en una fiesta suntuosa esa escuela militar.

Con el mismo cuidado que puso en formar ejércitos de tierra, numerosos y bien disciplinados, incluso antes de estar en guerra, trató de conseguir el imperio del mar. En

primer lugar, hace reparar los pocos barcos que el cardenal Mazarino había dejado podrir en los puertos. Ordena comprar otros en Holanda y en Suecia; y en el tercer año de su gobierno envía sus fuerzas marítimas a practicar en Gigeri, sobre la costa de África. En el año de 1665, el duque de Beaufort limpia los mares de piratas; y, dos años después, Francia tiene en sus puertos 60 buques de guerra. No es más que un comienzo, pero mientras se toman nuevas resoluciones y se hacen nuevos esfuerzos, toma conciencia ya de su poder. No consiente que sus barcos arrien su pabellón delante del de Inglaterra. En vano insiste el consejo del rey Carlos II sobre ese derecho, que la fuerza, la industria y el tiempo habían dado a los ingleses. Luis XIV le escribe a su embajador, el conde de Estrades: “El rey de Inglaterra y su canciller pueden ver cuáles son mis fuerzas, pero no ven mi corazón. Nada me importa, salvo mi honor.”

No decía más que lo que estaba dispuesto a sostener; y, en efecto, la usurpación de los ingleses cedió ante el derecho natural y la firmeza de Luis XIV. Se estableció la absoluta igualdad de las dos naciones en el mar. Pero al mismo tiempo que reclama la igualdad con Inglaterra, sostiene su superioridad sobre España. Hace arriar el pabellón a los almirantes españoles delante del suyo, en virtud de aquella precedencia solemne acordada en 1662.

Entretanto, se trabaja en todas partes para formar una marina capaz de justificar sus sentimientos altivos. Se construye la ciudad y el puerto de Rochefort, en la desembocadura del Charente. Se matriculan y alistan marineros, que deben servir tanto en los barcos mercantes como en las flotas reales. Poco tiempo después, el número de enlistados llega a 60,000.

Se establecen en los puertos consejos de construcción, para dar a los barcos la forma más ventajosa. Cinco arsenales de marina se edifican en Brest, en Rochefort, en Tolón, en Dunkerque, en Havre-de-Grâce. En el año de 1672 tiene sesenta grandes buques y cuarenta fragatas. En el año de 1681 cuenta con ciento noventa y ocho naves de guerra, incluyendo los lanchones. v treinta galeras se hallan en el puerto de Tolón, armadas o prontas a serlo. Once mil hombres de tropas regulares sirven en los barcos; las galeras tienen tres mil. Hay ciento sesenta y seis mil hombres enlistados para los diversos servicios de la marina. En los años siguientes llegaron a mil los gentilhombres o hijos de familia que hacían el servicio de soldados en los barcos y aprendían en los puertos el arte de la navegación y de la maniobra: eran los guardias marinas, que son, en el mar, lo que los cadetes en tierra. Se instituyó este cuerpo en 1672, pero en pequeño número; de su escuela han salido los mejores oficiales de marina.

El cuerpo de marina no había tenido todavía mariscales de Francia, prueba de lo descuidada que estaba esa parte esencial de la fuerza de Francia. Jean de Estrees fue el primer mariscal, en 1681. Una de las grandes preocupaciones de Luis XIV fue la de provocar, en todos los órdenes, la emulación, sin la cual todo languidece.

En todas las batallas navales empeñadas, las flotas francesas obtuvieron siempre el triunfo, hasta la jornada de La Hogue, en 1692, cuando el conde de Tourville, acatando órdenes de la corte, atacó, con cuarenta y cuatro velas, una flota de noventa barcos

ingleses y holandeses y se vio obligado a ceder al número. Se perdieron catorce barcos de primera línea, que encallaron, y se quemaron para no dejarlos en poder de los enemigos. A pesar de este fracaso, las fuerzas marítimas se siguieron sosteniendo, pero declinaron en la Guerra de Sucesión. El cardenal de Fleury las des-cuidó después, en el ocio de una paz feliz, tiempo que debió aprovechar para restablecerlas.

Estas fuerzas navales servían para proteger el comercio. Las colonias de la Martinica, de Santo Domingo, del Canadá, antes inactivas, flo-recieron con un vigor que rebasó todos los cálculos; ya que, de 1635 hasta 1663, estos establecimientos habían sido una carga para el estado.

En 1664, el rey envía una colonia a Cayena, en seguida otra a Madagascar. Ensayó todos los caminos para reparar el error y la desgracia en que se mantuvo durante tanto tiempo a Francia al descuidar el mar, mientras sus vecinos habían constituido imperios en los extremos del mundo.

Este rápido examen nos permite ver los cambios que Luis XIV hizo en el estado; cambios útiles, supuesto que subsisten. Sus ministros lo secundaron a más y mejor; a ellos se les deben, indudablemente, los detalles y la ejecución. Pero a él se le debe el ordenamiento general.

No se puede dudar de que los magistrados no hubiesen reformado las leyes, de que no se hubiera restablecido el orden en las finanzas, ni la disciplina en los ejércitos, ni la policía general en el reino; de que no se hubieran tenido flotas, ni de que las artes no se hubieran fomentado -todo ello de concierto, con perseverancia y con diferentes ministros-, si no hubiera existido un soberano que tuviera esas grandes miras y una firme voluntad de cumplirlas.

No divorció en absoluto su propia gloria del progreso de Francia, no miró el reino con los mismos ojos con que un señor mira su tierra, de la que saca todo lo que puede para vivir tan sólo en los placeres. Todo rey que ame la gloria ama el bien público; no vivían ya ni Colbert ni Louvois cuando, hacia el año 1698, ordenó, para instruir al duque de Borgoña, que cada intendente hiciera una descripción detallada de su provincia. Con ello podía tenerse una información exacta del reino y un empadronamiento justo de los pueblos. La obra fue útil, aunque no todos los intendentes tuviesen la capacidad y el interés del señor de Lamoignon de Bâville. Si se hubiera satisfecho la petición del rey en cada provincia como la cumplió este magistrado en el empadronamiento del Languedoc, ese compendio de memorias hubiera sido uno de los más grandes monumentos del siglo. Hay algunas bien hechas, pero fracasó el plan, al no sujetar al mismo orden a todos los intendentes. Habría sido de desear que cada uno diera, por columnas, un estado del número de los habitantes de cada término, de los nobles, de los ciudadanos, de los labradores, de los artesanos, de los peones, del ganado de toda especie, de las buenas, medianas y malas tierras, de todo el clero regular y secular, de sus rentas, de las de las ciudades y las comunidades.

Todos estos objetos están confundidos en la mayor parte de las Memorias publicadas: las materias están poco profundizadas y- son poco exactas; es menester buscar en ellas, a veces con trabajo, las informaciones necesarias que un ministro debe tener a mano y abarcar de una ojeada para descubrir fácilmente las fuerzas, las necesidades y los recursos. El proyecto era excelente y una ejecución uniforme sería de la mayor utilidad.

Esto es, a grandes rasgos, lo que Luis XIV realizó y ensayó para hacer a su nación más floreciente. No creo que puedan dejar de verse todos esos trabajos y todos esos esfuerzos sin algún agradecimiento, y sin sentirse animado por el amor del bien público que los inspiró. Recuérdese lo que era el reino en tiempos de la Fronza y lo que es en nuestros días. Luis XIV le hizo más bien a su nación que veinte de sus predecesores juntos, y no hizo, ni con mucho, lo que hubiera podido. La guerra terminada con la paz de Riswick inició la ruina del gran comercio creado por su ministro Colbert, y la Guerra de Sucesión la acabó.

Si hubiese empleado en embellecer París, en terminar el Louvre, las sumas inmensas destinadas a los acueductos y a las obras de Maintenon, para llevar aguas a Versailles, obras interrumpidas y que se hicieron inútiles; si hubiera gastado en París la quinta parte de lo que costó someter a la naturaleza en Versailles, París sería, en toda su extensión, tan hermoso como lo es del lado de las Tullerías y del Pont-Royal, y se hubiera convertido en la ciudad más espléndida del universo.

Se hizo mucho con reformar las leyes, pero la chicana no ha podido ser aplastada por la justicia. Se pensó en uniformar la jurisprudencia; está uniformada en los asuntos criminales, en los del comercio, en los procesos: podría estarlo también en las leyes que rigen las fortunas de los ciudadanos. Es un gran inconveniente que un mismo tribunal deba pronunciarse sobre más de cien usos diferentes. Derechos sobre tierras equívocos, o gravosos, o que perjudican a la sociedad, subsisten aún como restos del gobierno feudal desaparecido: son escombros de un edificio gótico en ruinas.

Esto no quiere decir que se pretenda que los diferentes órdenes del Estado estén sujetos a la misma ley. Se comprende que las costumbres de, la nobleza, del clero, de los magistrados, de los agricultores deben ser distintas; pero es de desear, en cambio, que cada orden tenga una misma ley en todo el reino, que lo que es justo o verdadero en Champagne no sea considerado como falso o injusto en Normandía. La uniformidad en cualquier orden administrativo es una virtud, pero las dificultades de esa gran obra asustaron.

Luis XIV hubiera podido abstenerse más fácilmente del recurso peligroso de los arrendadores, al cual lo redujo el anticipo que casi siempre tomó sobre sus rentas, como se verá en el capítulo de las finanzas.

Si no hubiera creído que bastaba con su voluntad para hacer cambiar de religión a un millón de hombres, Francia no hubiera perdido tantos ciudadanos. Sin embargo, este país, a pesar de sus sacudidas y sus pérdidas, es todavía uno de los más florecientes de

la tierra, porque todo el bien realizado por Luis XIV subsiste, y el mal, que es difícil no hacer en tiempos tempestuosos, ha sido remediado. En fin, la posteridad, que juzga a los reyes, y cuyo juicio deben tener éstos siempre presente, reconocerá, pesando las virtudes y las debilidades del monarca, que aun—que fué excesivamente alabado durante su vida, mereció serlo eterna—mente, y que fué digno de la estatua erigida en Montpellier, con una inscripción latina que dice: A Luis el Grande después de su muerte. Don Ustariz, hombre de Estado que ha escrito sobre las finanzas y el comercio de España, llama a Luis XIV hombre prodigioso.

Los cambios que acabamos de ver que se hicieron en el gobierno y en todos los órdenes del Estado, produjeron inevitablemente uno muy grande en las costumbres. El espíritu de facción, de violencia y de rebelión que poseía a los ciudadanos desde el tiempo de Francisco II se convirtió en una emulación en el servicio del príncipe. Al dejar los grandes terratenientes de vivir encastillados en sus casas, y al no tener puestos importantes que dar los gobernadores de provincias, cada uno pensó solamente en merecer el favor del soberano; y el Estado se convirtió en un cuerpo regular, cada línea del cual convergía en el centro.

Esto fué lo que liberó a la corte de las facciones y de las conspiraciones que perturbaron al Estado durante tantos años. Durante el gobierno de Luis XIV hubo una sola conjuración, en 1674, concebida por La Truaumont, gentilhombre normando, perdido de vicios y de deudas; y ejecutada por un hombre de la casa de Rohan, montero mayor de Francia, que tenía mucho valor y poca prudencia. La altanería y la dureza del marqués de Louvois lo irritaron hasta el punto de que, al salir de su audiencia, entró profundamente conmovido y fuera de sí en casa del señor de Caumartin, y arrojándose sobre un sofá dijo: “Tiene que morir ese... Louvois o yo.” Caumartin tomó ese arrebato por una cólera pasajera, pero al día siguiente el mismo joven le preguntó si creía que el pueblo de Normandía era adicto al gobierno, y aquél entrevió propósitos peligrosos. “Los tiempos de la Fronda han pasado -le dijo-; creedme, os perderéis y nadie lo lamentará.” El caballero no le creyó y se arrojó de cabeza en la conspiración de La Truaumont. En ese complot tomó parte solamente un caballero de Préaux, sobrino de La Truaumont, quien convencido por su tío, sedujo a su amante, la marquesa de Villiers. Su fin y su esperanza no era, ni podía ser, formar un partido en el reino. Pretendían solamente vender y entregar Quillebeuf a los holandeses y meter a los enemigos en Normandía. Fue más bien una cobarde traición mal urdida que una conspiración. El suplicio de los culpables fué el único fruto de ese crimen insensato e inútil, del que apenas si se habla actualmente.

Si hubo algunas sediciones en las provincias, sólo fueron débiles motines populares fácilmente reprimidos. Los mismos hugonotes se estuvieron tranquilos hasta el momento en que demolieron sus templos. En resumen, el rey consiguió hacer de una nación hasta entonces turbulenta un pueblo pacífico, peligroso únicamente para los enemigos, después de haberlo sido para sí mismo durante más de cien años. Las costumbres se suavizaron sin perjuicio del valor.

Las casas que los señores edificaron o compraron en París, y sus mujeres, que vivieron en ellas, con dignidad, formaron escuelas de cortesanía que alejaron poco a poco a los jóvenes de la vida de cabaret, todavía a la moda durante mucho tiempo, cuyo único resultado era un libertinaje descarado. Las costumbres dependen de tan poca cosa que el hábito de andar a caballo en París disponía el ánimo a las querellas frecuentes, que se terminaron cuando esa costumbre fué abolida. La decencia, debida principalmente a las mujeres que reunieron a la sociedad en sus hogares, hizo los espíritus más agradables, y la lectura los hizo, a la larga, más sólidos. Las traiciones y los grandes crímenes, que no deshonran en modo alguno a los hombres en las épocas de facción y turbulencia, casi desaparecieron. Los horrores de los Brinvilliers y de los Voisin fueron sólo tormentas pasajeras de un cielo habitualmente sereno; y sería igualmente irrazonable condenar a una nación por los terribles crímenes de algunos particulares, como canonizarla por la reforma de la Trapa.

Las diferentes condiciones sociales eran antes fáciles de conocer por los defectos que las caracterizaban. Los militares y los jóvenes destinados a la profesión de las armas tenían una vivacidad colérica; los togados una gravedad antipática a la cual contribuía no poco la costumbre de andar siempre de toga, hasta en la corte. Sucedió lo mismo con los universitarios y los médicos. Los comerciantes llevaban también pequeñas togas cuando se reunían y cuando iban a ver a los ministros, y los más grandes comerciantes eran entonces hombres toscos; pero las casas, los espectáculos, los paseos públicos, en los que empezaba a reunirse la gente para gozar de una vida más amable, uniformaron poco a poco el aspecto exterior de los ciudadanos. Actualmente se nota incluso en el interior de un comercio que la cortesía ha conquistado toda la sociedad. La provincia ha experimentado los mismos cambios. En fin, se ha llegado a poner el lujo al servicio tan sólo del gusto y la comodidad. La multitud de pajes y de criados de librea ha desaparecido para permitir una mayor soltura en el interior de las casas. Se ha dejado la vana pompa y el fausto exterior para las naciones que todavía sólo se preocupan de la ostentación y en las que se ignora el arte de vivir.

La naturalidad de las relaciones mundanas, la afabilidad, la sencillez, la cultura del espíritu, han hecho de París una ciudad que, por la dulzura de la vida, aventaja probablemente en mucho a Roma y a Atenas en los tiempos de su esplendor.

La infinidad de ayudas fácilmente acordadas a todas las ciencias y todas las artes, gustos y necesidades; las sólidas utilidades unidas a tantas cosas agradables, junto con la franqueza particular de los parisienses, han inducido a gran número de extranjeros a viajar o a fijar su residencia en esta patria de la sociedad. Si salen de ella algunos nativos, son los que, llamados de otras partes por sus talentos, representan con honor a su país; o la hez de la nación que procura aprovecharse de la consideración de que goza; o bien son emigrantes que prefieren su religión a su patria y se van a otras partes en busca de la miseria o la fortuna, siguiendo el ejemplo de sus padres expulsados de Francia por la funesta ofensa hecha a las cenizas del gran Enrique IV, cuando se derogó su ley perpetua conocida con el nombre de Edicto de Nantes; o son, en fin, oficiales

descontentos del ministerio; o acusados que escaparon a los procedimientos rigurosos de una justicia a veces mal administrada, cosa que ocurre en todos los países de la tierra.

Se han quejado de no ver en la corte la grandeza de antaño; ya no hay en efecto, los pequeños tiranos de la época de la Fronda, bajo el reinado de Luis XIII, y de los siglos anteriores; pero se ha recuperado la verdadera grandeza en ese gran número de nobles, que se habían visto durante tanto tiempo reducidos á servir a sujetos demasiado poderosos. Vemos gentilhombres, ciudadanos que antes se hubieran creído honrados con servir a esos señores, convertidos en sus iguales, y con mucha frecuencia, en sus superiores en el servicio militar; y cuanto más prevalece el mérito del servicio sobre los títulos, más floreciente es un Estado.

Se ha comparado el siglo de Luis XIV con el de Augusto. No es que el poder y los acontecimientos personales sean comparables. Roma y Augusto eran diez veces más importantes en el mundo que Luis XIV y París; pero es necesario recordar que Atenas fué igual al imperio romano, en todas las cosas que no derivan su valor del poder y de la fuerza. Debe pensarse también que si actualmente no hay nada en el mundo igual a la antigua Roma y Augusto, sin embargo, toda Europa reunida es muy superior a todo el imperio romano. En la época de Augusto había una sola nación, y hoy hay varias, civilizadas, guerreras, ilustradas, que poseen artes ignoradas por los griegos y los romanos; y de esas naciones ninguna tuvo más brillo, en todos los órdenes, desde hace alrededor de un siglo, como la nación formada, en cierta manera, por Luis XIV.

CAPÍTULO XXX

FINANZAS Y REGLAMENTOS

Si se compara la administración de Colbert con todas las administraciones anteriores, la posteridad sentirá afecto por ese hombre cuyo cuerpo quiso destrozar el pueblo insensato después de su muerte. Los franceses le deben, sin lugar a dudas, su industria y su comercio, y por consiguiente, la opulencia, cuyos recursos disminuyen a veces con la guerra, pero que se renuevan siempre y con abundancia con la paz. No obstante, en 1707, se tenía la ingratitud de arrojar sobre Colbert la culpa de la atonía que comenzaban a sentir los nervios del Estado. Bois-Guillebert, teniente general del bailío de Rouen, hizo imprimir en aquel tiempo el *Pormenor de Francia* en dos pequeños volúmenes, donde aseguraba que todo había estado en decadencia desde 1660. Era precisamente lo contrario. Francia no estuvo jamás tan floreciente como lo fué desde la muerte del cardenal Mazarino hasta la guerra de 1689; y, aun en esa guerra, aunque el cuerpo del Estado empezó a estar enfermo, se sostuvo gracias al vigor infundido por Colbert en todos sus miembros. El autor del *Pormenor* afirmaba que desde 1660 los bienes raíces del reino habían disminuido. Sin embargo, sus falaces argumentos persuadieron de esa paradoja ridícula a todos los que quisieron persuadirse. Es igual que en Inglaterra, donde, en los tiempos más florecientes, se pueden leer cientos de impresos en *In ruina del Estado*.

Era más fácil en Francia que en otras partes desacreditar el ministerio de finanzas a los ojos de las gentes. Ese ministerio es el más odioso porque los impuestos lo son siempre: reinaba además en las finanzas tanto prejuicio e ignorancia como en la filosofía.

Han tardado tanto en instruirse a este respecto que hasta en nuestros días, en 1718, se oyó al Parlamento en pleno decirle al duque de Orléans que “el valor intrínseco del marco de plata es de veinticinco libras”, como si hubiera otro valor real intrínseco que el del peso y el título; y el duque de Orléans, tan ilustrado como era, no lo fué bastante para refutar ese error del Parlamento.

Colbert llegó a controlar las finanzas con ciencia y genio. Empezó, como el duque de Sully, por detener los abusos y los robos, que entonces eran enormes. Las contribuciones se simplificaron todo lo posible; y, mediante una economía que tiene algo de prodigioso, aumentó el tesoro del rey disminuyendo las tallas. El memorable edicto de 1664 demuestra que había todos los años un millón de los de aquel tiempo destinado al fomento de las manufacturas y del comercio marítimo. Cuidó tan bien del campo, que hasta entonces se había abandonado a la rapacidad de los arrendadores de rentas y contribuciones públicas, que les pudo contestar, en 1667, a algunos negociantes ingleses que se habían dirigido a su hermano M. de Colbert Croissi, embajador en

Londres, para suministrar a Francia ganado de Irlanda y salazones para las colonias, que desde hacía cuatro años se podía vender a los extranjeros.

Para llegar a esta feliz administración fueron necesarias una cámara de justicia, y grandes reformas. Se vió obligado a suprimir ocho millones y más de rentas sobre la ciudad, adquiridas a precio ínfimo, que se reembolsaron en el momento de la compra. Estos diversos cambios exigieron edictos. Desde Francisco 1, el Parlamento era quien los registraba, y se le propuso registrarlos solamente en la cámara de las cuentas, pero prevaleció el antiguo uso. El rey en persona fué en 1664 al Parlamento para que registraran sus edictos.

El rey no se olvidaba de la Fronda, del decreto de proscripción contra un cardenal, su primer ministro, de los demás decretos por los cuales se habían apoderado de los fondos reales, robado los muebles y el dinero de los ciudadanos adictos a la corona. Habiendo comenzado todos esos excesos por amonestaciones relativas a edictos concernientes a las rentas del Estado, ordenó, en 1667, que el Parlamento no hiciera exhortaciones sino dentro de los ocho días, después de haber registrado en obediencia. Este edicto se renovó también en 1673. Tampoco toleró, en el curso de su administración, amonestación alguna de ninguna corte judicial, excepto en el fatal año de 1709, cuando el Parlamento de París expuso inútilmente el perjuicio que el ministro de finanzas hacía al Estado por la variación del precio del oro y la plata.

Casi todos los ciudadanos han estado convencidos de que si el Parlamento se hubiera limitado a hacer ver al soberano, con conocimiento de causa, las desgracias y las necesidades del pueblo, los peligros de los impuestos, los riesgos más grandes todavía de la venta de esos impuestos a arrendadores que engañaban al rey y oprimían al pueblo, esa práctica de las amonestaciones hubiera sido un recurso sagrado del Estado, un freno a la avidez de los capitalistas, y una lección continua para los ministros. Pero los caprichosos abusos de un remedio tan saludable habían irritado de tal modo a Luis XIV, que vió solamente los abusos y suprimió el remedio. La indignación que guardaba en su corazón era tan profunda, que en 1669 (el 13 de agosto) fué de nuevo en persona al Parlamento para revocar los privilegios de nobleza acordados durante su minoría, en 1664, a todas las cortes superiores.

Pero a pesar de ese edicto, registrado en presencia del rey, ha subsistido la costumbre de conceder privilegios de nobleza a todos aquellos cuyos padres han ejercido durante veinte años un cargo judicial en una corte superior, o han muerto durante su empleo.

A la par que mortificaba de esta manera a un cuerpo de magistrados, quiso alentar a la nobleza, que defiende la patria, y a los agricultores que la alimentan. En su edicto de 1666 había acordado ya dos mil francos de pensión, que hoy son cerca de cuatro, a todo gentilhombre que hubiese tenido doce hijos, y mil al que hubiere tenido diez. La mitad de esta gratificación les estaba asegurada a todos los habitantes de las ciudades eximidas de tallas; y en las sujetas al tributo, todo padre de familia que tenía o había tenido diez hijos se hallaba al abrigo de toda imposición.

El ministro Colbert no hizo, es cierto, todo lo que pudo hacer y menos todavía, lo que quiso. Los hombres no eran entonces bastante instruidos, y en un gran reino hay siempre grandes abusos. La multiplicidad de los derechos, la talla arbitraria, los derechos de aduana de provincia a provincia, que hacen una parte de Francia extranjera de la otra, y aun enemiga, la desigualdad de las medidas de una ciudad a otra, y veinte enfermedades más del cuerpo político no pudieron ser curadas.

La mayor falta que se le reprocha a este ministro es la de no haberse atrevido a estimular la exportación del trigo. Desde hacía mucho tiempo no se enviaba al extranjero. Su cultivo se había descuidado en las borrascas del ministerio de Richelieu, y se descuidó todavía más en las guerras civiles de la Fronda. El hambre, en 1661, remató la ruina de los campos, ruina que, sin embargo, la naturaleza, secundada por el trabajo, está siempre dispuesta a reparar. En ese año desdichado, el Parlamento de París dictó un fallo que en un principio parecía justo, pero cuyas consecuencias resultaron casi tan funestas como todos los fallos arrancados a este cuerpo durante la guerra civil. Se prohibió a los comerciantes, so pena de graves castigos, hacer cualquier clase de contrato para este comercio, y a todos los particulares almacenar granos. Lo que era bueno para una escasez pasajera se hacía pernicioso a la larga y desalentaba a los agricultores; pero anular un fallo de esa naturaleza en una época de crisis y prejuicios, hubiera sublevado los ánimos.

El ministro no tuvo más recurso que el de comprar a precio elevado, en el extranjero, los mismos trigos que habían sido vendidos anteriormente en los años de abundancia por los franceses. El pueblo se alimentó, pero le costó mucho al Estado; el orden implantado por Colbert en las finanzas hizo esta pérdida liviana.

El temor de una nueva escasez cerró nuestros puertos a la exportación del trigo. Todo intendente, en su provincia, consideró como un tncrito el oponerse al transporte de granos a la provincia vecina. En los años buenos, para vender granos tuvo que hacerse una solicitud al consejo. Estas fatales medidas, parecían excusables por la experiencia del pasado. El consejo entero temía que el comercio del trigo lo obligara a comprar de nuevo, con grandes gastos, a otras naciones un artículo de consumo tan necesario, que el interés y la imprevisión de los agricultores hubieran vendido a ínfimo precio.

El labrador entonces, más tímido que el consejo, temió arruinarse con el cultivo de un producto del que no podía esperar un gran beneficio, y las tierras dejaron de cultivarse todo lo bien que hubieran podido serlo. Aunque florecían todas las demás ramas de la administración, Colbert no pudo remediar el defecto de la principal.

Es el único error, grande por cierto, de su ministerio, pero lo que lo disculpa, lo que prueba lo difícil que es destruir los prejuicios en la administración francesa, lo penoso que es hacer el bien, es que ese error señalado por todos los ciudadanos capaces, no ha sido enmendado por ningún ministro, a lo largo de cien años, hasta la época memorable de 1764, en la que un ministerio más ilustrado sacó a Francia de una miseria profunda, al establecer el libre comercio de granos, con restricciones más o menos parecidas a las que se ponen en Inglaterra.

Colbert, para atender a la vez a los gastos de las guerras, de los edificios y de las diversiones, se vio obligado a restablecer, hacia el año 1672, lo que al principio quiso abolir de una vez por todas: impuestos en participación, rentas, cargas nuevas, aumentos de gajes, en fin, lo que sostiene al Estado por algún tiempo y lo endeuda por siglos.

Fue llevado más allá de sus posibilidades; porque en todas las instrucciones que nos quedan de él, vemos que estaba convencido de que la riqueza de un país consiste solamente en el número de sus habitantes, el cultivo de las tierras, el trabajo industrial y el comercio; se ve que el rey, que posee muy pocos dominios particulares, y es solamente el administrador de los bienes de sus súbditos, sólo puede ser verdaderamente rico mediante impuestos fáciles de percibir y repartidos con igualdad.

Hasta tal punto temía entregar el Estado a los arrendadores, que poco tiempo después de la disolución de la cámara de justicia que habla hecho instituir contra ellos, hizo emitir una resolución del consejo que establecía la pena de muerte para los que adelantaran dinero sobre nuevos impuestos. Trataba con esta decisión conminatoria, que jamás se imprimió, de amedrentar la ambición de las gentes de negocios. Pero no tardó en verse obligado a servirse de ellas, sin revocar siquiera la resolución: el rey apremiaba y se necesitaban recursos expeditos.

Este procedimiento, traído de Italia por Catalina de Medicis, había corrompido de tal modo el gobierno, por su funesta facilidad, que después de ser suprimido en los felices años de Enrique IV, reapareció durante todo el reinado de Luis XIII, e infectó, sobre todo, los últimos tiempos de Luis XIV.

En una palabra, Sully enriqueció el Estado con una economía prudente, secundada por un rey tan parsimonioso como valiente, un rey soldado a la cabeza de su ejército y verdadero padre de su pueblo. Colbert sostuvo al Estado, a pesar del lujo de un soberano fastuoso que lo prodigaba todo con tal de darle brillantez a su reinado.

Es sabido que a la muerte de Colbert, cuando el rey le propuso a Le Tellier poner a Le Peletier al frente de las finanzas, aquél le dijo: “Sire, ese hombre no es capaz de desempeñar ese empleo. -¿Por qué? le preguntó el rey. -Porque no tiene el alma bastante dura, le respondió Le Tellier. -Pero, replicó el rey, yo no quiero que se trate con dureza a mi pueblo.” En efecto, el nuevo ministro era bueno y justo, pero cuando comenzó de nuevo la guerra en 1688, y fué preciso sostenerse contra la liga de Augsburgo, es decir, contra casi toda Europa, se vio cargado con un fardo que Colbert había encontrado excesivamente pesado, y lo primero que hizo fué recurrir al fácil y desdichado expediente de pedir prestado y de crear rentas. Luego se quiso restringir el lujo, lo cual, en un reino lleno de manufacturas equivale a disminuir la industria y la circulación, y le conviene sólo a una nación que pague su lujo en el extranjero.

Se ordenó entregar a la casa de la Moneda los muebles de plata maciza, de los que entonces había muchos en casa de los grandes señores, prueba de la abundancia de que se gozaba. El rey dio el ejemplo: se privó de todas sus mesas de plata, candelabros, grandes canapés de plata maciza y demás muebles que eran obras maestras de cincelado

hechas por Ballin, hombre único en su género, y ejecutadas en su totalidad sobre dibujos de Lebrun. Habían costado diez millones y se recuperaron tres. Los muebles de plata labrada de los particulares produjeron otros tres millones. El recurso era débil.

Se cometió después un error tremendo, que el ministerio ha corregido apenas en nuestros últimos tiempos: fué el de alterar las monedas, de hacer refundiciones desiguales, y de dar a los escudos un valor no proporcionado al de los cuartos. Y ocurrió que, al ser los cuartos más fuertes y los escudos más débiles, los cuartos fueron llevados al extranjero, donde se acuñaron como escudos, que al ser introducidos de nuevo a Francia, dejaban una ganancia. Es preciso que un país tenga un gran valor intrínseco, para que subsista vigorosamente después de haber sufrido, con tanta frecuencia, semejantes sacudidas. Faltaba instrucción todavía: las finanzas eran entonces, como la física, una ciencia de vanas conjeturas. Los arrendadores eran charlatanes que engañaban al ministerio, y costaron ochenta millones al Estado. Se necesitan veinte años de esfuerzos para reparar semejantes rajaduras.

Hacia los años 1691 y 1692 las finanzas del Estado se vieron, pues, sensiblemente desordenadas. Los que atribuían el debilitamiento de las fuentes de la abundancia a la generosidad con que Luis XIV atendía a sus edificios, a las artes y a las diversiones, no sabían que, por el contrario, los gastos que estimulan la industria, enriquecen al Estado. Es la guerra la que necesariamente empobrece el tesoro público, a menos que los despojos de los vencidos lo llenen. Desde los antiguos romanos no conozco nación alguna enriquecida por sus victorias. Italia, en el siglo XVI, era rica gracias a su comercio. Holanda no hubiese subsistido mucho tiempo si se hubiera limitado a robar las flotas de plata de los españoles, y si las grandes Indias no hubieran sido el alimento de su poder. Inglaterra se ha empobrecido siempre con la guerra, incluso cuando ha destruido las flotas francesas; sólo el comercio la ha enriquecido. Los argelinos, que casi no tienen otra cosa que lo ganado en las piraterías, son un pueblo lleno de miseria.

En las naciones de Europa, la guerra, al cabo de algunos años, hace al vencedor casi tan desgraciado como al vencido. Es un vórtice en el que se van a perder los canales todos de la abundancia. El dinero contante, fuente de todos los bienes y de todos los males, recaudado con tanto trabajo en las provincias, viene a llenar los cofres de cien empr-sarios, de los de cien recaudadores que adelantan los fondos y que compran con esos adelantos el derecho de despojar a la nación en nombre del soberano. De ahí que los particulares al mirar al gobierno como a un enemigo, oculten su dinero; y la falta de circulación hace languidecer al reino.

Ningún remedio precipitado puede suplir a un ordenamiento fijo y estable, implantado con mucha anticipación, y que provea con aptitud a las necesidades imprevistas. En 1695 se implantó la capitación. Fue suprimida en la paz de Ryswick y restablecida luego. El inspector general Pontchartrain vendió títulos de nobleza por dos mil escudos en 1696: quinientos particulares compraron; pero el recurso fué pasajero y perdurable la vergüenza. Se obligó a todos los nobles, antiguos y nuevos, a registrar sus escudos y a pagar el permiso de lacrar sus cartas con sus armas. Hubo usureros que se ocuparon de

este negocio y adelantaron dinero. El ministerio casi nunca hecho mano más que de esos pequeños recursos, en un país que hubiera podido suministrarlos más grandes.

Apenas en 1710 se atrevieron a imponer el diezmo. Pero ese diezmo, recaudado a continuación de muchos otros impuestos gravosos, pareció tan duro que no se atrevieron a exigirlo con rigor. El gobierno apenas si sacó veinticinco millones anuales, a cuarenta francos el marco.

Colbert había cambiado poco el valor nominal de las monedas, y es mejor no cambiarlo en absoluto. La plata y el oro, esas prendas de cambio, deben ser medidas invariables. Hizo subir el valor numerario del marco de plata de los veintiséis francos en que lo encontró, tan sólo a veintisiete y a veintiocho; y, después de él, en los últimos años de Luis XIV, se extendió esta denominación hasta cuarenta libras ideales; recurso fatal por el cual el rey obtenía un momentáneo alivio y acto seguido se arruinaba; porque en lugar de un marco de plata se le daba un poco más de la mitad. El que debía veintiséis libras en 1668 daba un marco y el que debía cuarenta libras daba aproximadamente ese mismo marco en 1710. Las devaluaciones posteriores trastornaron, tanto como lo había hecho el aumento, lo poco que quedaba de comercio.

Se hubiera podido recurrir al papel moneda; pero ese valor debe crearse en tiempos de prosperidad, para sostenerse en tiempos desgraciados.

El ministro Chamillart empezó en 1706 a pagar en billetes de moneda, en billetes de subsistencia, de utensilios; y como esta moneda de papel no era recibida en los cofres del rey, se desvalorizó casi al instante de aparecer. Se vieron reducidos a continuar haciendo empréstitos onerosos, a consumir por anticipado cuatro años de rentas de la corona.

Se siguieron haciendo los llamados negocios extraordinarios: se crearon cargos ridículos, comprados por quienes desean ponerse al abrigo de la talla; dado que en Francia el impuesto de la talla es humillante y los hombres han nacido vanos, el cebo que los descarga de esa vergüenza no deja de engañarlos; además, los grandes emolumentos con que se pagan los nuevos cargos invitan a comprarlos en tiempos difíciles, porque no se reflexiona que se suprimirán en tiempos menos incómodos. Así, en 1707, se creó la dignidad de consejeros del rey, arrendadores y corredores de vino,⁸ que produjo ciento ochenta mil libras. Se idearon escribanos reales, subdelegados de los intendentes de provincia. Se crearon cargos de consejeros del rey inspectores de los apilamientos de maderas, de consejeros de policía, de barberos-peluqueros, de inspectores-visitadores de manteca fresca, probadores de manteca salada. Estas extravagancias que hoy nos hacen reír hacían llorar entonces.

El inspector general Desmarets, sobrino del ilustre Colbert, sucesor de Chamillart en 1708, no pudo remediar un mal que todo hacía incurable.

La naturaleza conspiró con la fortuna para abatir al Estado. El cruel invierno de 1709 obligó al rey a devolver a los estados nueve millones de tallas en momentos en que no

tenía con qué pagar a sus soldados. La escasez de comestibles fue tan aguda que los víveres del ejército costaron cuarenta y cinco millones. Los gastos de ese año de 1709, ascendían a doscientos veintiún millones y las rentas ordinarias del rey no producían ni cuarenta y nueve. Se tuvo, pues, que arruinar al Estado para que los enemigos no se adueñaran de él. Creció en tal forma el desorden y se le corrigió tan poco, que mucho tiempo después de la paz, a principios del año 1715, el rey se vio obligado a negociar treinta y dos millones de billetes, para obtener ocho en dinero contante. Por último, dejó al morir dos mil seiscientos millones de deudas, a veintiocho libras el marco, valor a que se redujo el metálico, que representan alrededor de cuatro mil quinientos millones de nuestra moneda corriente en 1760.

Es asombroso, pero cierto, que esa inmensa deuda no hubiese sido una carga imposible de sostener, si hubiera habido un comercio floreciente, un papel de crédito establecido, y compañías sólidas que respondieran de ese papel, como en Suecia, en Inglaterra, en Venecia y en Holanda; porque, cuando un Estado poderoso no debe más que a sí mismo, la confianza y la circulación bastan para pagar; pero Francia distaba mucho entonces de poder tocar los resortes suficientes para poner en movimiento una máquina tan vasta y complicada, cuyo peso la aplastaba.

Luis XIV gastó en su reinado dieciocho mil millones, lo que equivale a trescientos treinta millones de hoy por año ordinario, compensando, uno con otro, los aumentos y disminuciones numerarias de las monedas.

Durante la administración del gran Colbert, las rentas ordinarias de la corona llegaban solamente a ciento diecisiete millones, a veintisiete libras, y después a veintiocho el marco de plata. Así, pues, todo el excedente se cubrió siempre con negocios extraordinarios. Colbert, el mayor enemigo de este nefasto recurso, se vio forzado a recurrir a él para proveer de dinero rápidamente. En la guerra de 1672 pidió en préstamo ochocientos millones, de los de hoy en día. Le quedaban al rey muy pocos de los antiguos dominios de la corona. Todos los parlamentos del reino los han declarado inalienables, no obstante lo cual, casi todos están enajenados. La renta del rey consiste actualmente en la de sus súbditos; es una circulación perpetua de deudas y de pagos. El rey debe a los ciudadanos más millones numerarios por año, con el nombre de rentas de la Municipalidad, de los que ha obtenido nunca rey alguno de los dominios de la corona.

Para hacerse una idea del prodigioso crecimiento de tasas, deudas, riquezas, circulación, y al mismo tiempo de dificultades y de penas, experimentado en Francia y en los demás países, basta considerar que a la muerte de Francisco I el Estado debía alrededor de treinta mil libras de rentas perpetuas sobre la Municipalidad, y que ahora debe más de cuarenta y cinco millones.

Los que han querido comparar las rentas de Luis XIV con las de Luis XV han encontrado, limitándose sólo a la renta fija y corriente, que Luis XIV era mucho más rico en 1683, época de la muerte de Colbert, con ciento diecisiete millones de renta, que su sucesor en 1730 con cerca de doscientos millones, lo cual es muy cierto, si se consideran sólo las rentas fijas y ordinarias de la corona; porque ciento diecisiete

millones numerarios, a veintiocho libras el marco, hacen una suma más fuerte que doscientos millones a cuarenta y nueve libras, cantidad a que ascendía la renta del rey en 1730; y además, es preciso contar las cargas aumentadas por los empréstitos de la corona; pero también las rentas del rey, es decir, del Estado, han crecido después, y la comprensión de lo que son las finanzas se ha perfeccionado hasta el punto de que en la guerra ruinosa de 1741, no hubo ni un momento de descrédito. Se ha tomado la determinación de crear fondos de amortización como hacen los ingleses: ha sido necesario adoptar una parte de sus sistemas de finanzas, así como de su filosofía; y si en un Estado puramente monárquico se pudieran introducir esos papeles circulantes que duplican por lo menos la riqueza de Inglaterra, la administración de Francia llegaría a su último grado de perfección; perfección que está, empero, demasiado cerca del abuso en una monarquía.

Había alrededor de quinientos millones numerarios de plata amonedada en el reino en 1683; y aproximadamente mil doscientos en 1730, contados como se hace hoy día. Pero el numerario del tiempo del cardenal de Fleury fue casi el doble del numerario del tiempo de Colbert. Parece, pues, que Francia era tan sólo, sobre poco más o menos, un sexto más rica en especies circulantes después de la muerte de Colbert. Lo es mucho más en concepto de oro y plata trabajados y empleados en obras de utilidad y de lujo, que no valían ni cuatrocientos millones de nuestra moneda de hoy en 1690 y que hacia el año de 1730 equivalían al dinero contante. Nada permite ver con mayor evidencia lo que creció el comercio, cuyas fuentes abrió Colbert, cuando los canales, cerrados por las guerras, se abrieron. La industria se ha perfeccionado a pesar de la emigración de los numerosos artesanos dispersados por la revocación del edicto de Nantes, industria que sigue aumentando día a día. La nación es capaz de igualar y aun de superar las grandes cosas realizadas durante el gobierno de Luis XIV, porque el genio y el comercio se fortalecen siempre cuando se los estimula.

Al ver la vida acomodada de los particulares, ese número prodigioso de casas agradables construidas en París y en las provincias, ese tren de vida llevado por mucha gente, esas comodidades, esos refinamientos llamados lujo, se creería que la opulencia es veinte veces mayor que antaño. Todo esto es fruto de un trabajo ingenioso, más aún que de la riqueza. No cuesta mucho más actualmente un alojamiento agradable de lo que costaba uno malo durante el reinado de Enrique IV. El hermoso espejo de las fábricas del país que adorna nuestras casas cuesta mucho menos gasto que los pequeños espejos traídos de Venecia. Nuestras lindas y vistosas telas son menos caras que las del extranjero, y de superior calidad.

Y es que, en verdad, no son el oro ni la plata los que proporcionan una vida cómoda, sino el genio. Un pueblo que tuviera solamente metales sería muy miserable; un pueblo que, sin esos metales, empleara hábilmente todos los productos de la tierra, sería realmente el más rico. Francia tiene esta ventaja y tiene, además, mucho más metálico del necesario para la circulación.

Al perfeccionarse la industria en las ciudades, aumentó en el campo. Siempre se elevarán quejas por la suerte de los agricultores; se las oye en todos los países del mundo, y son, en casi todas partes, murmuraciones de los ociosos opulentos, que condenan al gobierno más de lo que compadecen a las gentes. Es cierto que casi en todos los países, si los que pasan sus días en los trabajos rústicos tuvieran la libertad de murmurar, protestarían contra las exacciones que les quitan una parte de su ganancia. Anatematizarían la obligación de pagar tasas que no se han impuesto, y de llevar el fardo del Estado sin participar de las vetajas de los demás ciudadanos. No le incumbe a la historia examinar cómo debe contribuir el pueblo sin ser oprimido, y señalar el límite, preciso, tan difícil de encontrar, entre la ejecución de las leyes y el abuso de las leyes, entre los impuestos y las rapiñas; pero sí debe la historia poner de manifiesto la imposibilidad de que una ciudad sea floreciente sin que los campos del contorno disfruten de la abundancia; porque son, evidentemente, esos campos los que la nutren. Se oye, en días fijos, en todas las ciudades de Francia, los reproches de aquellos a quienes su profesión permite declamar en público contra las diferentes ramas de consumo, a las que se les da el nombre de lujo. Es evidente que lo que alimenta ese lujo es suministrado por el trabajo industrioso de los agricultores, trabajo que se hace pagar caro.

Se han plantado más viñas y se las ha trabajado mejor, se han hecho nuevos vinos, desconocidos antes, como los de Champagne, a los que ha sabido dárseles el color, la savia y la fuerza de los de Borgoña, y que se venden en el extranjero con una gran ganancia; este aumento de los vinos ha producido el de los aguardientes. Se ha acrecentado prodigiosamente el cultivo de los huertos, de las legumbres, de las frutas, y el comercio de comestibles con las colonias de America ha aumentado: las lamentaciones proferidas en todo tiempo por la miseria del campo han comenzado a carecer de fundamento. Por otra parte, en esas quejas vagas no se distingue a los agricultores, y los arrendatarios, de los peones. Éstos viven del trabajo de sus manos, como ocurre en todos los países del mundo, donde el mayor número debe vivir de su esfuerzo. Pero casi no hay reino en el universo en el que el agricultor y el arrendatario vivan más desahogadamente que en algunas provincias de Francia y sólo Inglaterra puede disputar esa ventaja. La talla proporcional que substituyó a la arbitraria en algunas provincias, ha contribuido también a hacer más sólidas las fortunas de los agricultores que poseen arados, viñedos, huertos. El peón, el obrero, debe limitarse a lo necesario para trabajar; tal es la naturaleza del hombre. Es necesario que ese gran número de hombres sea pobre, pero no que sea miserable.

La clase media se ha enriquecido con la industria. Los ministros y los cortesanos son menos opulentos, porque mientras el dinero ha aumentado numéricamente casi el doble, los sueldos y las pensiones han seguido siendo los mismos, y el precio de los artículos de consumo ha subido más del doble, lo que ha sucedido en todos los países de Europa. Los derechos, los honorarios, siguen siendo los mismos en todas partes. Un elector, al recibir la investidura de sus estados, paga lo que pagaban sus predecesores en tiempos

del emperador Carlos IV, en el siglo XIV, y sólo se le paga un escudo al secretario del emperador en esa ceremonia.

Es mucho más extraño aún que habiendo aumentado todo, valor nominal de las monedas, cantidad de oro y plata en lingotes, precio de los comestibles, la paga del soldado se atenga a la norma establecida hace doscientos años: se les dan los mismos cinco sueldos en efectivo a los soldados de infantería que se les daban en la época de Enrique IV. Ninguno de esos numerosos ignorantes sabe que vende tan barato su vida, ni que teniendo en cuenta la elevación de la moneda y la carestía de los comestibles, recibe alrededor de dos tercios menos que los soldados de Enrique IV. Si lo supieran pedirían una paga dos tercios más alta y sería muy útil dárselas: pues sucedería entonces que cada potencia de Europa mantendría dos tercios menos de tropas, las fuerzas se equilibrarían a su vez, el cultivo de la tierra y las manufacturas se beneficiarían.

Es menester observar también que al aumentar las ganancias del comercio y disminuir el valor real de los sueldos de todos los cargos importantes, los grandes son menos opulentos y se beneficia la clase media, lo cual ha venido a disminuir la distancia entre los hombres. Antes no tenían los pequeños otro recurso que el de servir a los grandes: hoy, la industria ha abierto mil caminos desconocidos hace cien años. En fin, sea cual fuere la manera con que se administren los dineros del Estado, Francia posee en el trabajo de cerca de veinte millones de habitantes un tesoro inapreciable.

CAPITULO XXXI

DE LAS CIENCIAS

El siglo afortunado que vio nacer una revolución en el espíritu humano, no parecía destinado a ello; porque, comenzando por la filosofía, no daba trazas, en tiempos de Luis XIII, de salir del caos en que estaba hundida. La inquisición de Italia, de España, de Portugal, había unido los errores filosóficos a los dogmas religiosos; las guerras civiles en Francia y las querellas del calvinismo no eran más apropiadas para cultivar la razón humana de lo que el fanatismo de la época de Cromwell lo había sido en Inglaterra. Un canónigo de Thorn renovó el sistema planetario de los caldeos, olvidado desde hacía mucho tiempo, verdad que fué condenada en Roma; la congregación del Santo Oficio, compuesta por siete cardenales, declaró no solamente herético sino absurdo el movimiento de la tierra, sin el cual no hay verdadera astronomía, y el gran Galileo tuvo que pedir perdón a los setenta años de edad por haber tenido razón, por todo lo cual, no parecía que la verdad pudiera ser admitida en la tierra.

El canciller Bacon vislumbró el camino que se podía seguir; Galileo había descubierto las leyes de la caída de los cuerpos; Torricelli empezaba a conocer el peso del aire que nos rodea; se habían hecho algunas experiencias en Magdeburgo. Aparte de esos débiles ensayos, todas las escuelas permanecían en el error y el mundo en la ignorancia. Entonces apareció Descartes, e hizo lo contrario de lo que debía hacer; en vez de estudiar la naturaleza trató de imaginarla. Era el geómetra más grande de su siglo, pero la geometría deja al espíritu tal como lo encuentra. El de Descartes se inclinaba demasiado a la invención. Las obras del primero de los matemáticos casi no son otra cosa que novelas de filosofía. Un hombre que desdeñó las experiencias, que no citó jamás a Galileo, que quería construir sin materiales, no podía levantar más que un edificio imaginario.

Lo que tenía de novelesco fué aceptado, y las pocas verdades mezcladas a sus quimeras fueron al principio combatidas. Pero al fin ese poco de verdad se difundió con la ayuda del método que introdujo: porque antes de él no había hilo que guiara en ese laberinto, y, por lo menos, Descartes encontró uno, del cual se sirvieron los demás después que él se perdió. Ya era mucho destruir las quimeras del peripatetismo, aunque fuera mediante otras quimeras. Estos dos fantasmas se combatieron mutuamente y cayeron uno después del otro, elevándose, por último, la razón sobre sus ruinas. Existía en Florencia una academia experimental llamada del Cimento, fundada por el cardenal Leopoldo de Medicis hacia el año 1655. En esa patria de las artes se pensaba ya que no era posible comprender nada del gran edificio de la naturaleza si no se le examinaba pieza por pieza. Esa academia, después de los días de Galileo y de los tiempos de Torricelli, prestó grandes servicios.

En Inglaterra, durante la sombría administración de Cromwell, se reunieron algunos filósofos para buscar en paz verdades, mientras el fanatismo oprimía toda verdad. Carlos II, llamado al trono de sus antepasados por el arrepentimiento y la inconstancia de su nación, dió la patente a esa naciente academia; pero no pasó de esto lo que dió el gobierno. La Real Sociedad, o más bien la sociedad libre de Londres, trabajó por el gusto de trabajar. De su seno salieron en nuestros días los descubrimientos sobre la luz, sobre los principios de la gravitación, sobre la aberración de las estrellas fijas, sobre la geometría trascendente, y otros cien descubrimientos que podrían, a este respecto, hacer que ese siglo se llamara el siglo de los ingleses, tanto como el de Luis XIV.

En 1666, Colbert, celoso de esa nueva gloria, quiso que los franceses la compartieran y, a ruego de algunos sabios, logró que Luis XIV aprobara el establecimiento de una academia de ciencias. Fue libre, como la de Inglaterra y como la Academia francesa, hasta 1699. Colbert trajo de Italia a Domingo Cassini, a Huygens de Holanda, y a Roemer de Dinamarca, mediante grandes pensiones. Roemer determinó la velocidad de los rayos solares; Huygens descubrió el anillo y uno de los satélites de Saturno, y Cassini los otros cuatro. Se debe a Huygens, si no la primera invención de los relojes de péndulo, por lo menos los verdaderos principios de la regularidad de sus movimientos, principios que dedujo de una geometría sublime.⁴ Se adquirieron, poco a poco, conocimientos de todas las partes de la verdadera física, rechazando todo sistema. El público se asombró al ver una química que no buscaba ni la piedra filosofal ni el arte de prolongar la vida más allá de los límites naturales; una astronomía que no predecía los acontecimientos del mundo; una medicina independiente de las fases de la luna. La corrupción dejó de ser la madre de los animales y las plantas. Desaparecieron los prodigios en cuanto se conoció mejor la naturaleza; se la estudió en todas sus obras.

La geografía recibió contribuciones sorprendentes. Apenas construido el Observatorio, Luis XIV encargó a Domingo Cassini y Picard que iniciaran la determinación de una meridiana, que Lahire continuó hacia el norte en 1683, y finalmente Cassini prolongó en 1700 hasta el Rosellón. Es el más hermoso monumento de la astronomía y puede por sí solo eternizar ese siglo.

En 1672 se enviaron físicos a Cayena para que hicieran observaciones útiles. Ese viaje dio el origen al conocimiento del aplastamiento de la tierra -demostrado después por el gran Newton- y preparó los famosos viajes que posteriormente ilustraron el siglo de Luis XV.

En 1700 se manda a Tournefort al Levante para que recoja plantas con que enriquecer el jardín real, en otro tiempo abandonado, atendido de nuevo entonces, y convertido actualmente en algo digno de la curiosidad de Europa. La Biblioteca Real, que ya era numerosa, se enriqueció durante el reinado de Luis XIV con más de treinta mil volúmenes, ejemplo que ha sido seguido con tanto acierto en nuestros días que contiene más de ciento ochenta mil. Abrió de nuevo la Escuela de derecho, cerrada desde hacía cien años. Creó en todas las universidades de Francia la cátedra de derecho francés. En

verdad, no debería haber otras, y las buenas leyes romanas, incorporadas a las del país, deberían formar un solo cuerpo de leyes de la nación.

Durante su reinado se fundaron los periódicos. Nadie ignora que el *Journal des Savants*, aparecido en 1665, es el padre de todas las obras de ese género que hoy llenan Europa, y en las que se han deslizado demasiados abusos, como en las cosas más útiles.

La academia de bellas letras formada en un principio en 1663, por algunos miembros de la Academia francesa, para transmitir a la posteridad, inscritas en medallas, las acciones de Luis XIV, se hizo útil al público en cuanto dejó de ocuparse únicamente del monarca y se aplicó a las investigaciones de la Antigüedad, y a una crítica juiciosa de las opiniones y de los hechos. Hizo sobre poco más o menos, en la historia, lo que la academia de ciencias hacía en la física: disipó los errores.

El espíritu crítico y sensato, que cundía poco a poco, destruyó insensiblemente muchas supersticiones. A esta razón naciente se debe la declaración que el rey hizo en 1672, prohibiendo a los tribunales admitir simples acusaciones de brujería. No se hubiera atrevido a esto en tiempos de Enrique IV o de Luis XIII; y si después de 1672 hubo todavía acusaciones de maleficios, los jueces condenaron generalmente como profanadores a los acusados, quienes por otra parte, empleaban veneno.

Antes, era muy común probar a los hechiceros sumergiéndolos en el agua, atados con cuerdas; si sobrenadaban convencían. Muchos jueces de provincia ordenaron esas pruebas, que se siguieron haciendo durante mucho tiempo por el pueblo. Todo pastor era brujo; los amuletos, y los anillos mágicos eran de uso común en las ciudades. Las virtudes de la varita de avellano, con la que se descubren fuentes, tesoros y ladrones, pasaban por ciertas, y se les da todavía mucho crédito en más de una provincia de Alemania.⁸ Casi no había persona que no se hiciera sacar el horóscopo. No se oía hablar más que de secretos mágicos; ⁹ casi todo era fantasía. Sabios y magistrados escribieron seriamente sobre dichas materias; se distinguía entre los autores a los demonógrafos. Había reglas para distinguir a los verdaderos magos y verdaderos poseos de los falsos, en fin, hasta en aquel entonces, de la Antigüedad sólo se habían adoptado errores de todas clases.

Las ideas supersticiosas estaban de tal modo arraigadas entre los hombres, que los cometas los espantaban todavía en 1680. Apenas se atrevían a combatir ese temor popular. Jacobo Bernoulli, uno de los grandes matemáticos de Europa, replicando a propósito de ese cometa, a los partidarios del prejuicio, dijo que la cabellera del cometa no puede ser un signo de la cólera divina, porque esa cabellera es eterna, aunque la cola sí podía ser prueba de ella. Sin embargo, ni la cabeza ni la cola son eternas. Fue preciso que Bayle escribiera contra el prejuicio vulgar un libro famoso, que los progresos de la razón han hecho hoy menos mordaz de lo que era entonces.

No se creería que los soberanos pudieran estar obligados con los filósofos. Sin embargo, el espíritu filosófico que penetró en casi todas las clases sociales, exceptuando a la plebe, contribuyó con mucho a hacer valer los derechos de los soberanos. No se ha

hablado de las disputas que en otro tiempo habrían acarreado excomuniones, entredichos, cismas. Con la misma razón con que se ha dicho que los pueblos serían felices cuando tuvieran filósofos por reyes, se puede decir también que los reyes son más felices cuando muchos de sus súbditos son filósofos.

Hay que confesar que el espíritu razonable que comienza a presidir la educación en las grandes ciudades no ha podido evitar los furrores de los fanáticos de Cevennes, ni la demencia del populacho de París alrededor de una tumba en San Medardo, ni zanjar disputas tan encarnizadas como frívolas entre hombres que deberían ser sensatos; pero, antes de este siglo, esas disputas habrían causado desórdenes en el Estado: los milagros de San Medardo hubiesen sido certificados por los más respetables ciudadanos, y el fanatismo, encerrado en las montañas de Cevennes, se hubiera difundido en las ciudades.

En este siglo han sido tratados a fondo todos los géneros de ciencia y de literatura; y son tantos los escritores que han ampliado la ilustración del espíritu humano, que los que en otro tiempo habrían sido considerados prodigios se confunden entre la multitud. Como son muy numerosos, su gloria no es muy grande, pero han acrecentado en cambio la gloria del siglo.

CAPÍTULO XXXII

DE LAS BELLAS ARTES

La sana filosofía no hizo en Francia tan grandes progresos como en Inglaterra y en Florencia; y si la academia de ciencias prestó servicios al espíritu humano, no colocó a Francia por encima de las demás naciones. Todos los grandes descubrimientos y las grandes verdades vinieron de otras partes.

Pero en la elocuencia, en la poesía, en la literatura, en los libros de moral y de entretenimiento, los franceses fueron los legisladores de Europa. No se tenía más gusto en Italia. La verdadera elocuencia era ignorada en todas partes, la religión ridículamente enseñada en el púlpito, y las causas defendidas de igual modo en el foro.

Los predicadores citaban a Virgilio y a Ovidio; los abogados a San Agustín y a San Jerónimo. No había surgido todavía el genio que diera a la lengua francesa el giro, el ritmo, la propiedad del estilo, y la dignidad. Tan sólo algunos versos de Malherbe permitían ver que podía tener grandeza y fuerza, pero más nada. Los mismos genios que escribían muy bien en latín, un presidente de Thou, un canciller de L'Hospital, por ejemplo, ya no eran los mismos cuando manejaban su propio idioma, que se volvía rebelde entre sus manos. El francés era sólo recomendable por una cierta sencillez, único mérito de Joinville, de Amyot, de Marot, de Montaigne, de Regnier, de la Sátira Menipea, sencillez que tenía mucho de irregular y de tosco.

Jean de Lingendes, obispo de Maçon, hoy desconocido, porque no hizo imprimir sus obras, fue el primer orador que habló con gran estilo. Sus sermones y sus oraciones fúnebres, aunque mezclados todavía de la herrumbre de su tiempo, fueron el modelo de los oradores que lo imitaron y lo superaron. En la oración fúnebre de Carlos Manuel, duque de Saboya, apodado el Grande en su país, pronunciada por Lingendes en 1630, había tantos rasgos de elevada elocuencia, que Flechier, mucho tiempo después, utilizó el exordio completo y también el texto y algunos extensos pasajes, para ilustrar su famosa oración fúnebre del vizconde de Turenna.

Por aquel tiempo Balzac daba ritmo y armonía a la prosa. Ciertamente es que sus cartas estaban llenas de arengas ampulosas. Le escribió al cardenal de Retz: "Acabáis de tomar el cetro de los reyes y la librea de las rosas." Le escribió desde Roma a Bois-Robert, hablando de las aguas de olor. "Me salvo a nado, en mi habitación, en medio de los perfumes." Con todos estos defectos, encantaba el oído. La elocuencia tiene tanto poder sobre los hombres, que Balzac fué admirado en su tiempo por haber descubierto esa pequeña parte del arte, ignorado y necesario, que consiste en la elección armoniosa de las palabras, y hasta por haberla empleado con frecuencia fuera de lugar.

En *Voiture* se encuentra algo de la gracia ligera del estilo epistolar, que no es el mejor, puesto que no va más allá de la broma. Los dos tomos de sus cartas son una bufonada; no hay una sola que sea instructiva, ni una que salga del corazón, que pinte las costumbres del tiempo y los caracteres de los hombres; son más bien un abuso que un uso del ingenio.

El idioma comenzaba a depurarse y a tomar una forma permanente; lo cual se le debe a la Academia francesa y sobre todo a Vaugelas. En su traducción de Quinto Curcio, aparecida en 1646, el primer buen libro escrito correctamente, se encuentran pocas expresiones y giros que hayan envejecido.

Olivier Patru, que lo siguió de cerca, contribuyó mucho a ordenar y depurar el idioma; aunque no tuvo fama de abogado profundo, se le debe la claridad, la unidad, la elegancia del discurso, cualidades totalmente desconocidas antes en el foro.

Una de las obras que más contribuyeron a educar el gusto de la nación y a darle un espíritu exacto y conciso, fué la pequeña colección de las Máximas de François, duque de La Rochefoucauld. Aunque casi no haya en ese libro más que una sola verdad: la de que el amor propio es el móvil de todo, este pensamiento se presenta bajo tantos diversos aspectos que resulta casi siempre interesante. Más que un libro, es material para ilustrar un libro. Esa pequeña colección se leyó ávidamente, y acostumbró a pensar y a encerrar los pensamientos en un giro vivo, preciso y delicado. Es un mérito que nadie tuvo antes de él en Europa, después del renacimiento de las letras.

Pero el primer libro genial escrito en prosa fué la colección de las Cartas provinciales, en 1656, que encierran todas las formas de la elocuencia. No hay en él una sola palabra que, en el curso de cien años, haya resentido el cambio que altera con frecuencia las lenguas vivas. A esta obra corresponde la época de la fijación del lenguaje. Me ha dicho el obispo de Luçon, hijo del célebre Busi que al preguntarle a M. de Meaux de qué obra hubiese preferido ser autor, si no hubiera escrito las *suyas*, Bossuet le contestó: de Las cartas provinciales. Perdieron gran parte de su mordacidad cuando fué disuelta la orden de los jesuitas y los objetos de sus disputas despreciados.

El buen gusto que reúne desde el principio hasta el fin del libro y el vigor de las últimas cartas, no corrigieron inmediatamente el estilo flojo, difuso, incorrecto y deshilvanado que desde hacía mucho tiempo era el de todos los escritores, predicadores y abogados.

Uno de los primeros en exponer desde el púlpito argumentos de elevada elocuencia fué el padre Bourdaloue, hacia el año 1668. Fue una nueva luz. Ha habido después otros oradores sagrados, como el P. Massillon, obispo de Clermont, que han puesto en sus discursos más atractivos y han hecho pinturas más ingeniosas y penetrantes de las costumbres del siglo; pero ninguno ha hecho que se lo olvidara. Su estilo, más nervioso que florido, sin ninguna imaginación en las expresiones, parece que trata más bien de convencer que de conmover, y jamás piensa en agradar.

Tal vez, hubiese sido deseable que al desterrar del púlpito el mal gusto que lo rebajaba, se hubiera desterrado también la costumbre de predicar sobre un texto. En efecto, hablar largo tiempo sobre una cita de una o dos líneas, fatigarse en acomodar todo el discurso a esa línea, es un trabajo que nos parece un papel poco digno de la gravedad de ese ministerio. El texto se convierte en una especie de divisa, o más bien de enigma, que el discurso explica. Los griegos y los romanos jamás utilizaron este procedimiento; comenzó a usarse durante la decadencia de las letras y el tiempo lo consagró.

El hábito de dividir siempre en dos o tres puntos cosas que, como la moral, o bien no exigen ninguna o requieren más divisiones, como la controversia, es también una costumbre molesta que el P. Bourdaloue encontró establecida y a la cual se conformó.

Había sido precedido por Bossuet después obispo de Meaux. Bossuet, tan célebre más tarde, se había comprometido en su primera juventud con mademoiselle Desvieux, joven de raro mérito. Sus dotes para la teología y para esa especie de elocuencia que la caracteriza, se manifestaron tan temprano, que sus padres y sus amigos lo decidieron a dedicarse a la Iglesia. La propia mademoiselle Desvieux lo instó a ello, prefiriendo la gloria que debería ganar a la felicidad de vivir en su compañía. Predicó, siendo bastante joven, delante del rey y de la reina madre, en 1662, mucho tiempo antes de que se conociera a Bourdaloue. Sus discursos, subrayados con ademanes nobles y conmovedores, los primeros oídos en la corte que se acercaran a lo sublime, tuvieron un éxito tan grande que el rey mandó que le escribieran en su nombre al padre, intendente de Soissons, para felicitarlo por tener semejante hijo.

Sin embargo, cuando apareció Bourdaloue, Bossuet dejó de ser considerado el primer predicador. Se había entregado a las oraciones fúnebres, género de elocuencia que requiere imaginación y una grandeza, majestuosa, muy próxima a la poesía de la cual debe siempre tomarse algo, aunque con discreción, cuando se tiende a lo sublime. La oración fúnebre de la reina madre que pronunció en 1667, le valió el obispado de Condom; pero ese discurso no era todavía digno de él y no fué impreso, como tampoco sus sermones. El elogio fúnebre de la reina de Inglaterra, viuda de Carlos I, hecho en 1669, pareció, casi en su totalidad, una obra maestra. Los temas de esas piezas de elocuencia son felices en proporción a las desgracias padecidas por los muertos. Ocurre, en cierta manera, lo que en las tragedias, en las que los grandes infortunios de los principales personajes despiertan el mayor interés. El elogio fúnebre de Madame, arrebatada en la flor de la edad, y muerta en sus brazos, tuvo el más grande y el más raro de los éxitos, el de hacer derramar lágrimas a la corte. Tuvo que interrumpirse después de estas palabras: “¡Oh noche desastrosa! noche terrible, en la que retumbó de pronto, con fragor de trueno, esta noticia conmovedora: Madame se muere, Madame ha muerto, etc.” El auditorio estalló en sollozos; y la recitación del orador fué interrumpida por sus suspiros y por su llanto.

Los franceses fueron los únicos que tuvieron éxito en este género de elocuencia. Algún tiempo después el mismo hombre descubrió un nuevo género que sólo en sus manos podía alcanzar un resultado feliz. Aplicó el arte oratorio a la historia, que parece

excluirlo. Su Discurso sobre la historia universal, escrito para la educación del Delfín, no ha tenido modelo ni imitadores. Aunque el sistema adoptado por él para sincronizar la cronología de los judíos con la de las demás naciones ha encontrado sabios que la contradigan, su estilo le ha ganado tan sólo admiradores. Causó asombro esa fuerza majestuosa con la que describe las costumbres, el gobierno, el crecimiento y la caída de los grandes imperios, y esos rasgos rápidos de una verdad enérgica con los que pinta y juzga a las naciones.

Casi todas las obras que honraron este siglo pertenecían a un género desconocido en la Antigüedad. El Telémaco es una de ellas. Fénelon, el discípulo, el amigo de Bossuet, convertido después, a pesar suyo, en su rival y su enemigo, escribió ese libro singular que tiene algo de novela y de poema, en el que sustituye la versificación por una prosa cadenciosa. Parece como si hubiera querido tratar la novela como M. de Meaux trató la historia, dándole una dignidad y un encanto desconocidos; y sobre todo, deduciendo de esas ficciones una moral útil al género humano, moral totalmente descuidada en casi todas las invenciones fabulosas. Se creyó que había escrito el libro para servir de tema y de instrucción al duque de Borgoña y a otros príncipes de Francia, cuyo preceptor fué, de la misma manera que se pensó que Bossuet había escrito su Historia universal para la educación de Monseñor. Pero su sobrino, el marqués de Fénelon, heredero de las virtudes de aquel hombre célebre, y que murió en la batalla de Rocou, me aseguró lo contrario. En efecto, no habría sido conveniente que los amores de Calipso y Éucarís fueran las primeras lecciones que un sacerdote diera a los príncipes de Francia.

Escribió esta obra cuando lo relegaron a su arzobispado de Cambrai. Lleno de la lectura de los antiguos y nacido con una imaginación viva y tierna, se había formado un estilo absolutamente personal, fluido y rico. He visto su manuscrito original: no hay en él ni diez tachaduras. Lo escribió en tres meses, en el tiempo que le dejaban sus desdichadas disputas sobre el quietismo, sin sospechar cuán superior a sus ocupaciones era ese descanso. Aseguran que un criado le robó una copia y la hizo imprimir. De ser cierto, el arzobispo de Cambrai le debe a esa infidelidad la fama que adquirió en Europa, y también, el haberse perdido parasiempre en la corte. Creyeron ver en el Telémaco una crítica indirecta al gobierno de Luis XIV.⁴ Sesostris, que triunfaba con demasiada pompa; Idomeneo que introducía el lujo en Salento y se olvidaba de lo necesario, creyeron que eran retratos del rey; aunque, después de todo, sea imposible que un país goce de lo superfluo sin la superabundancia de las artes más indispensables. A los ojos de los descontentos, el marqués de Louvois parecía estar personificado en Protesilao, persona je vano, duro, altanero, enemigo de los grandes capitanes que servían al Estado y no al ministro.

Los aliados, que se unieron contra Luis XIV en la guerra de 1688, y luego, en la guerra de 1701 hicieron vacilar su trono, gozaron al reconocerlo en ese Idomeneo cuya arrogancia irrita a todos sus vecinos. Esas alusiones dejaron una impresión profunda, gracias al estilo armonioso que insinúa de manera tan tierna la moderación y la concordia. Los extranjeros y también los franceses, cansados de tantas guerras, tomaron con maliciosa satisfacción, por sátira, un libro hecho para enseñar la virtud. Se hicieron

innumerables ediciones. He visto catorce en idioma inglés. Después de la muerte de ese monarca tan temido, tan envidiado, tan respetado por todos, y tan odiado por algunos, cuando la malicia humana cesó de saciarse con las supuestas alusiones que censuraban su conducta, los jueces de gusto severo trataron al Telémaco con cierto rigor. Censuraron su lentitud, sus detalles, su falta de cohesión en la acción, sus descripciones excesivamente repetidas y monótonamente iguales de la vida campestre; pero ese libro ha sido considerado siempre como uno de los hermosos monumentos de un siglo floreciente.

Pueden contarse entre las producciones de un género único los Caracteres de La Bruyère. Al igual que el Telémaco, la antigüedad no ofrece ningún ejemplo de una obra de esta naturaleza. Su estilo rápido, conciso, nervioso, sus expresiones pintorescas, el uso novedoso que hace de la lengua, sin violar las reglas, impresionaron al público, y el gran número de alusiones que en él se encuentran remataron el éxito. Cuando La Bruyère le mostró su obra manuscrita a M. de Malezieu, éste le dijo: “Con ella os ganaréis muchos lectores y muchos enemigos.” Este libro perdió en la estimación de los hombres cuando desapareció la generación a la que se atacaba en la obra. Sin embargo, como hay en él cosas de todos los tiempos y de todos los lugares, podemos creer que nunca será olvidado. El Telémaco tuvo varios imitadores; los Caracteres de La Bruyère un mayor número. Es más fácil hacer breves pinturas de las cosas que nos impresionan, que escribir una larga obra de imaginación,

El delicado arte de hacer atractiva hasta la filosofía fue una novedad más, cuyo primer ejemplo lo constituyó el libro de los Mundos; pero este ejemplo es peligroso, porque el verdadero ornamento de la filosofía es el orden, la claridad y, sobre todo, la verdad. Lo que tal vez impida que la posteridad ponga a esta obra ingeniosa en la categoría de nuestros libros clásicos, es que está fundada, en parte, en la quimera de los torbellinos de Descartes.

Hay que añadir a estas novedades la que produjo Bayle al publicar una especie de diccionario del razonamiento. Es la primera obra de ese género en la que pueda aprenderse a pensar. Hay que hacerles correr la suerte de los libros comunes a los artículos de esa colección que no contienen más que hechos sin importancia, indignos a la vez de Bayle, de un lector serio y de la posteridad. Por lo demás, al colocar a Bayle entre los autores que honraron el siglo de Luis XIV, aunque estaba refugiado en Holanda, me ciño al dictamen del parlamento de Toulouse, que, al declarar su testamento válido en Francia, a pesar del rigor de las leyes, dice claramente “que un hombre semejante no puede ser considerado extranjero”.

No insistiremos aquí sobre la multitud de buenos libros que vieron la luz en ese siglo; nos detenemos solamente en las producciones de genio singulares o nuevas que lo caracterizan y lo distinguen de los demás siglos. La elocuencia de Bossuet y de Bourdaloue, por ejemplo, no era, ni podía ser, la de Cicerón: eran un género y un método totalmente nuevos. Si algo se acerca al orador romano, son las tres memorias escritas por Pellisson para Fouquet. Entran en el mismo género que muchas de las

oraciones de Cicerón: son una mezcla de asuntos judiciales y de asuntos de Estado tratados sólidamente, con un arte poco ostentoso y adornados por una elocuencia conmovedora.

Hemos tenido historiadores, pero no un Tito Livio. El estilo de la Conspiración de Venecia es comparable al de Salustio. Se nota que el abate de Saint-Real lo tomó por modelo, al que quizá superó. Todos los demás escritos, de los que acabamos de hablar, parecen ser una creación nueva. Esto es esencialmente lo que distingue a esta edad ilustre; porque sabios y comentaristas, los siglos XVI y XVII produjeron muchos, pero el verdadero genio no se había revelado todavía en ningún género.

Quién creería que todas esas buenas obras en prosa probablemente no habrían existido nunca si no hubieran sido precedidas por la poesía? Tal es, sin embargo, el destino del espíritu humano en todas las naciones: los versos fueron, en todas partes, los primeros hijos del genio y los primeros maestros de elocuencia.

Los pueblos son como los individuos. Platón y Cicerón comenzaron por hacer versos. Todavía no se podía citar un pasaje noble y sublime de prosa francesa, cuando ya se sabían de memoria las pocas estrofas bellas que dejó Malherbe; y es muy probable que sin Pierre Corneille el genio de los prosistas no se hubiera desarrollado.

Este hombre es tanto más admirable cuanto que se veía rodeado de malísimos modelos cuando empezó a escribir sus tragedias. Lo que también pudo haberlo desviado del buen camino era la estimación que se tenía por esos malos modelos, que para colmo de males eran protegidos por el cardenal de Richelieu, protector de los literatos, pero no del buen gusto. Recompensó a escritores despreciables, que de ordinarios son rastreros; por su altivez, tan oportuna en otras ocasiones, quería humillar a aquéllos en quienes descubría, con cierto despecho, un verdadero genio, que no suele plegarse a la dependencia. Es muy raro que un hombre poderoso, si es también artista, proteja sinceramente a los buenos artistas.

Corneille tuvo que luchar con su siglo, con sus rivales y con el cardenal de Richelieu. No repetiré lo que se ha escrito sobre El Cid; haré notar solamente que la Academia, en sus juiciosas decisiones entre Corneille y Scudery, fué demasiado complaciente con el cardenal de Richelieu al condenar el amor de Jimena. Amar al asesino del padre y perseguir la venganza de ese crimen era una cosa admirable. Vencer su amor hubiera sido un defecto capital en el arte trágico, que consiste principalmente en los combates del corazón; pero el arte era desconocido entonces de todo el mundo, excepto del autor.

El Cid no fue la única obra de Corneille que el cardenal de Richelieu quiso rebajar. El abate de Aubignac nos dice que el ministro desaprobó Policucto.

El Cid, después de todo, era una imitación, muy embellecida, de Guillén de Castro, y, en algunos pasajes, una traducción. Cinna, que la siguió, era única. Conocí a un anciano criado de la casa de Condé, que contaba que el gran Condé, a la edad de veinte años,

asistiendo a la primera representación de Cinna, derramó lágrimas al escuchar las palabras que pronuncia Augusto.

*Je suis maître de moi comme de l'univers;
Je le suis, je veux l'être. O siècles! Ô mémoire!
Conservez à jamais ma dernière victoire.
Je triomphe aujourd'hui du plus juste courroux
De qui le souvenir puisse aller jusqu'à vous.
Soyons amis, Cinna; c'est moi qui t'en convie.
Acto IV, esc. III*

Ésas eran lágrimas de héroe. El que el gran Corneille haga llorar de admiración al gran Condé, marca una época muy célebre en la historia del espíritu humano.

El gran número de piezas indignas de el que escribió varios años después no impidió a la nación considerarlo un gran hombre, como las grandes faltas de Homero no le impidieron jamás alcanzar la sublimidad. Es privilegio del verdadero genio, y sobre todo del genio que abre un camino, cometer impunemente grandes faltas.

Corneille se formó completamente solo, pero Luis XIV, Colbert, Sófocles, Eurípides, contribuyeron todos a formar a Racine. Una oda que compuso a los dieciocho años de edad, para el casamiento del rey, le valió un presente inesperado y lo decidió a dedicarse a la poesía. Su reputación ha crecido de día en día y la de Corneille ha disminuido un tanto. La razón de esto estriba en que Racine, en todas sus obras, desde su Alejandro, pone siempre una misma elegancia, corrección y veracidad; en que habla al corazón, mientras que el otro falta con demasiada frecuencia a estos deberes. Racine comprendió las pasiones con mucha más profundidad que los griegos y que Corneille, y llevó la dulce armonía de la poesía, así como los atractivos de la palabra, al más alto grado de perfección alcanzable. Estos hombres enseñaron a la nación a pensar, a sentir y a expresarse. Sus auditorios, educados por ellos, se convirtieron, por último, en jueces severos, incluso para los que los habían ilustrado.

En tiempos del cardenal de Richelieu, pocas personas, en Francia eran capaces de discernir los defectos del Cid; y, en 1702, cuando Atalía, la obra maestra del teatro, se representó en casa de la duquesa de Borgoña, los cortesanos se creyeron lo bastante hábiles para condenarla. El tiempo ha vengado al autor; pero ese gran hombre murió sin gozar del éxito de su obra admirable. Un grupo numeroso se preció siempre de no hacerle justicia a Racine. Madame de Sevigne, cuyo estilo epistolar es el mejor de su siglo, célebre sobre todo por su arte de contar frivolidades con gracia, creyó siempre que Racine no iría lejos. Lo juzgaba como al café, del que dijo que se desengañarían pronto.. Es necesario que pase el tiempo para que las reputaciones maduren.

El singular destino de aquel siglo quiso que Molière fuera contemporáneo de Corneille y de Racine. No es cierto que, al aparecer, Molière haya encontrado el teatro carente

por completo de buenas comedias: el propio Corneille había escrito *El Mentiroso*, pieza de carácter y de intriga, tornada del teatro español, como *El Cid*; y Molière había hecho aparecer tan sólo dos de sus obras maestras cuando ya el público conocía *La tía coqueta* de Quinault, obra, a la vez, de carácter y de intriga, y hasta modelo de intriga. Data de 1664 y es la primera comedia en la que se pinta a los que después se llamaron los marqueses. La mayor parte de los grandes señores de la corte de Luis XIV querían imitar ese aire de majestad, esplendor y dignidad que tenía su soberano. Los de clase inferior copiaban la arrogancia de los primeros; y había, por último, en gran número por cierto, los que llevaban ese aire de superioridad y ese afán enfermizo de hacerse valer hasta el ridículo más grande.

Este defecto duró largo tiempo. Molière lo atacó a menudo y contribuyó a que el público se librara de esos importantes subalternos, así como de la afectación de las preciosas, de la pedantería de las mujeres sabias, de la toga y el latín de los médicos. Molière fue –diríamos un legislador de las conveniencias del mundo. Sólo hablo aquí de ese servicio que le prestó a su siglo: sus demás méritos son bastante conocidos.

Era una época digna de la atención de los tiempos venideros aquella en que los héroes de Corneille y de Racine, los personajes de Molière, las sinfonías de Lulli, completamente nuevas para la nación, y (puesto que aquí sólo se trata de las artes) las voces de Bossuet y de Bourdaloue se hacían oír de un Luis XIV, de Madame –tan célebre por su buen gusto–, de un Condé, de un Turena, de un Colbert y de esa infinidad de hombres superiores aue aparecieron en todos los órdenes. No vol–vera el tiempo en que un duque de La Rochefoucauld, autor de las *Máximas*, al salir de una conversación con un Pascal o con un Arnauld, se dirigía al teatro de Corneille.

Despreaux se elevaba al nivel de tantos hombres ilustres, no por sus primeras sátiras, ya que las miradas de la posteridad no se detendrán en modo alguno sobre los Apuros de Paris y sobre los nombres de los Cassaigne y de los Cotin; pero instruía a esa posteridad con sus bellas epístolas y, sobre todo, con su *Arte poético*, en el que Corneille hubiera encontrado mucho que aprender.

La Fontaine, de estilo mucho menos pulido, de lenguaje mucho menos correcto, pero único por la sencillez y la gracia que le son propias, se colocó, con las cosas más sencillas, casi a la par de aquellos hombres sublimes.

Quinault, en un género completamente nuevo y tanto más difícil cuanto más fácil parecía, se hizo digno de que se le colocara junto a todos sus ilustres contemporáneos. Es conocida la injusticia con que quiso desacreditarlo Boileau. Le faltó a éste hacerles un sacrificio a las gracias y procuró en vano, durante toda su vida, humillar a un hombre que sólo era conocido por ellas. El verdadero elogio de un poeta es que se recuerden sus versos; se saben de memoria escenas enteras de Quinault, de lo que ninguna ópera de Italia se puede preciar. La música francesa se ha detenido en una simplicidad que no gusta ya en ninguna nación; pero la sencilla y bella naturaleza, que aparece a menudo en Quinault unida a tantos encantos, agrada todavía, en toda Europa, a los que dominan nuestro idioma y tienen el gusto cultivado. Si se llegara a encontrar en la Antigüedad un

poema como Armida o como Atis; ¡con qué adoración sería recibido!, pero Quinault era moderno.

Todos esos grandes hombres fueron conocidos y protegidos por Luis XIV, excepto La Fontaine. Su extrema sencillez, llevada hasta el abandono de sí mismo, lo apartaba de una corte que, por otra parte, no buscaba; pero el duque de Borgoña lo acogió, y recibió en su vejez algunos beneficios de este príncipe. A pesar de su genio, era casi tan sencillo como los héroes de sus fábulas. Un sacerdote del Oratorio, llamado Pouget, tuvo a mérito haber tratado a este hombre de costumbres tan inocentes, como si hubiera hablado a la Brinvilliers y a La Voisin. Sus cuentos son como los de Pogge, de Ariosto o de la reina de Navarra. Si la voluptuosidad es peligrosa, no son las bromas las que inspiran esta voluptuosidad. Podría aplicarse a La Fontaine su amable fábula de los Animales enfermos de peste, que se acusan de sus faltas: en ella se le perdona todo a los leones, a los lobos y a los osos, y un animal inocente es sacrificado por haber comido un poco de hierba.

En la escuela de esos genios, que deleitarán e ilustrarán a los siglos venideros, se formó una multitud de espíritus agradables, que nos han dejado infinidad de obritas delicadas con las que se entretienen las personas honestas, de la misma manera que hemos tenido muchos pintores graciosos que no pueden ponerse a la altura de los Poussin, los Lesueur, los Lebrun, los Lemoin y los Vanloo.

Sin embargo, a fines del reinado de Luis XIV, dos hombres se abrieron camino a través de la multitud de talentos mediocres, y tuvieron mucha fama. Uno de ellos era La Motte-Houdart, hombre de espíritu más juicioso y amplio que sublime, escritor delicado y metódico en prosa, pero carente, a menudo, de fuego y de elegancia en la poesía, y hasta de esa estrictez que sólo es permitido descuidar en favor de lo sublime. Publicó primero lindas estancias más bien que bellas odas. Su talento declinó poco tiempo después; pero muchos hermosos trozos que nos quedan de él, en más de un género, impedirán que se le llegue a colocar jamás entre los autores despreciables. Probó que, en el arte de escribir, se puede ser alguien, aunque se sea de segunda categoría.

El otro era Rousseau, que tuvo menos ingenio, menos sutileza y facilidad que La Motte, pero tuvo más talento para el arte de los versos. Sus odas escritas a la manera de La Motte, son más bellas que las de éste, más variadas, más llenas de imágenes. Igualó en sus salmos la unción y la armonía de los cánticos de Racine. Sus epigramas están mejor trabajados que los de Marot. Son menos logradas sus óperas, que requieren sensibilidad, sus comedias que necesitan alegría y sus epístolas morales que exigen verdad, cosas todas de que carecía. Por ello fracasó en esos géneros, que le eran ajenos.

Hubiera corrompido la lengua francesa, si el estilo marotique que emplea en sus obras serias, hubiera sido imitado. Pero felizmente esa mezcla de la pureza de nuestro idioma con la deformidad del que se hablaba hace doscientos años, no ha pasado de ser una moda pasajera. Algunas de sus epístolas son imitaciones un poco forzadas de Des-préaux y no tienen como fundamento ideas tan claras ni verdades reconocidas:

... le vrai seul est aimable.

Ep. IX, V. 43.

Decayó mucho en los países extranjeros; bien porque la edad y las desgracias hayan debilitado su genio, o porque, al consistir su principal mérito en la elección de las palabras y en los giros felices -cualidad más necesaria y más rara de lo que se piensa- no tuviera ya a su alcance los mismos recursos. Lejos de su patria, podía contar entre sus desventuras la de no tener críticos severos.

La fuente de sus infortunios fue un amor propio indomable, demasiado mezclado de celos y animosidad. Su ejemplo es una lección que no debe olvidar ningún hombre de talento; pero aquí se lo juzga únicamente como escritor que contribuyó no poco a honrar las letras.

Casi no surgieron grandes genios después de los hermosos días de esos artistas insignes; hacia la época de la muerte de Luis XIV, la naturaleza pareció reposar.

El camino era difícil a principios del siglo, porque nadie había andado por él, y actualmente lo es porque ha sido trillado. Los grandes hombres del siglo pasado han enseñado a pensar y hablar; han dicho lo que no se sabía. Los que los han sucedido no pueden decir mucho más de lo que ya se sabe. Por último, ha sobrevenido una especie de hastío por ese gran número de obras maestras.

El destino del siglo de Luis XIV es igual en todo al destino de los siglos de León X, de Augusto, de Alejandro. Las tierras en que nacieron, en esos famosos tiempos, tantos frutos del genio, habían sido largamente preparadas. Se ha buscado en vano en las causas morales y en las causas físicas la razón de esa tardía fecundidad, seguida de una prolongada esterilidad. El verdadero motivo de esto es que los pueblos que cultivan las bellas artes necesitan muchos años para depurar la lengua y el gusto. Una vez dados los primeros pasos, los genios progresan; la rivalidad y el favor público otorgado a los nuevos esfuerzos incitan los talentos. Cada artista se apodera en su género de las bellezas naturales que ese género comporta. Cualquiera que haya profundizado la teoría de las artes puramente de genio, sabe, si tiene algo de talento, que esas bellezas primordiales, esos grandes rasgos naturales propios de esas artes y convenientes a la nación para la cual se trabaja, existen en pequeño número. Los temas y el embellecimiento propio del tema tienen límites mucho más estrechos de lo que se piensa. El abate Dubos, hombre de mucho talento, que escribía su tratado sobre la poesía y la pintura en el año 1714, encontró que en toda la historia de Francia el único tema verdadero de poema épico era el de la destrucción de la Liga por Enrique el Grande. Debíó añadir que al estar proscrito en Francia el embellecimiento de la epopeya, conveniente a los griegos, a los romanos, a los italianos de los siglos XV y XVI: los dioses de la fábula, los oráculos, los héroes invulnerables, los monstruos, los sortilegios, las metamorfosis; y pasadas de moda las aventuras novelescas, las bellezas propias del poema épico han quedado encerradas en un círculo muy estrecho. Si llega a

surgir un artista que se apodere de los únicos ornamentos convenientes al tiempo, al tema, a la nación y que realice lo que ya se ha intentado, quienes vengan después encontrarán una rica cantera.

Sucede lo mismo en el arte de la tragedia. No hay que creer que las grandes pasiones trágicas y los grandes sentimientos puedan variarse al infinito de una manera nueva e impresionante. Todo tiene sus límites.

La alta comedia tiene los suyos. No hay en la naturaleza humana más de una docena, a lo sumo, de caracteres verdaderamente cómicos y distinguidos por rasgos notables. El abate Dubos, falto de genio, cree que los hombres de talento pueden todavía encontrar una multitud de caracteres nuevos; pero sería menester que la naturaleza los creara. Se imagina que esas pequeñas diferencias que distinguen los caracteres de los hombres pueden ser manejadas tan felizmente como los grandes temas. Los matices son, en verdad, innumerables, pero hay muy pocos colores fuertes, y son los colores primarios los que un gran artista emplea sobre todo.

La elocuencia del púlpito, y especialmente la de las oraciones fúnebres, están en ese caso. Una vez predicadas con elocuencia las verdades morales y trazados con mano hábil los cuadros de las miserias y las debilidades humanas de la vanidad, de la grandeza y de los estragos de la muerte, se convierten en lugar común. Se ve uno reducido a imitar o a extraviarse. Todo lo que se añada al número suficiente de fábulas escritas por un La Fontaine tendrá por fuerza que repetir su moraleja, y aun sus mismos lances. Así, pues, el genio vive un siglo solamente, después necesariamente degenera.

Los géneros cuyos temas se renuevan sin cesar, como la historia, las observaciones físicas, y que únicamente requieren trabajo, discernimiento y sentido común, pueden sostenerse más fácilmente; y las artes manuales como la pintura, la escultura, pueden no degenerar cuando los gobernantes tienen, a semejanza de Luis XIV, el cuidado de emplear sólo los mejores artistas. Porque en pintura y en escultura pueden tratarse cien veces los mismos temas: se pinta todavía la Sagrada Familia, aunque Rafael haya desplegado en ese tema toda la superioridad de su arte; pero nadie se atrevería a tratar Cinna, Andrómaca, el Arte Poético, el Tartufo

Es necesario observar, además, que habiendo el siglo pasado instruido al presente, se ha hecho tan fácil escribir cosas de mediano valor que se ha producido una verdadera inundación de libros frívolos, y, algo peor aún, de libros serios inútiles; pero entre esa multitud de escritos mediocres -mal necesario en una ciudad inmensa, opulenta y ociosa, en la que una parte de los ciudadanos se ocupa incesantemente de entreteñer a la otra- se encuentran de vez en cuando excelentes obras de historia, o de pensamiento, o de esa literatura ligera que recrea a toda suerte de espíritus.

De todas las naciones, es la nación francesa la que ha producido más obras de éstas. Su lengua se ha convertido en la lengua de Europa: todo ha contribuido a ello; los grandes autores del siglo de Luis XIV y los que le siguieron; los pastores calvinistas refugiados que llevaron la elocuencia, el método, a los países extranjeros; Bayle, sobre todo, que al

escribir en Holanda, se ha hecho leer en todas las naciones; Rapin de Thoyras, que escribió en francés la única historia buena de Inglaterra; Saint-Évremond, cuyo trato buscaba toda la corte de Londres; la duquesa de Mazarino, a quien todo el mundo trataba de agradar; madame de Obreuse, después duquesa de Zell, que llevó a Alemania las gracias todas de su patria. El espíritu de sociedad es un don natural de los franceses: es una cualidad y un placer que les ha faltado a los demás pueblos. El idioma francés es, de todos los idiomas, el que expresa con mayor facilidad, claridad y delicadeza, todos los temas de la conversación de las personas honestas, por lo cual contribuye a uno de los más grandes placeres de la vida en Europa entera.

CAPITULO XXXIII

CONTINUACIÓN DE LAS ARTES

Respecto a las artes que no dependen solamente del espíritu, como la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, se habían hecho muy débiles progresos en Francia antes del tiempo al que se llama el siglo de Luis XIV. La música estaba en pañales: algunas canciones lánguidas, algunas arias Para violín, para guitarra, para tiorba, la mayor parte compuestas en España, eran todo cuanto se conocía. Lulli asombró por su gusto y por su ciencia. Fue el primero que compuso en Francia bajos, las partes centrales y fugas. En un principio, fue un tanto difícil ejecutar sus composiciones, que hoy parecen tan sencillas y tan fáciles. Por cada mil personas que saben música en nuestros días, había una en tiempos de Luis XIII que la supiera; y el arte se ha perfeccionado en esta proporción. Actualmente, en ninguna ciudad faltan conciertos públicos y en aquel entonces ni en el propio París los había: veinticuatro violines del rey eran toda la música de Francia.

Los conocimientos propios de la música y de las artes que de ella dependen hicieron tantos progresos que, a fines del reinado de Luis XIV, se inventó el arte de escribir la música de baile; de ahí que sea hoy verdad decir que se baila a primera vista.

Tuvimos arquitectos muy notables en la época de la regencia de María de Medicis, que hizo construir el palacio del Luxemburgo en estilo toscano, para honrar a su patria y embellecer la nuestra. De Brosse, autor también del pórtico de San Gervasio, construyó este palacio, del que jamás disfrutó esta reina. A pesar de toda su grandeza de espíritu, el cardenal de Richelieu distaba mucho de tener tanto gusto como ella, como lo prueba el palacio Cardenal, que es hoy el Palais-Royal. Concebimos las mayores esperanzas cuando vimos levantarse la hermosa fachada del Louvre, que hace desear tanto la terminación de ese palacio. Muchos ciudadanos mandaron construir edificios magníficos, de gusto más esmerado en su interior que recomendables por su exterior, y que satisfacen el lujo de los particulares más de lo que embellecen la ciudad.

Colbert, el Mecenaz de todas las artes, fundó una academia de arquitectura en 1671. No basta con tener Vitruvios, es necesario que los Augustos los empleen.

Es menester también que haya magistrados municipales celosos de su cargo y de gusto educado. Si hubiese habido dos o tres prebostes de los comerciantes como el presidente Turgot, no se le reprocharía a la ciudad de París ese palacio municipal mal construido y mal situado; esa plaza tan pequeña y tan irregular, célebre únicamente por los cadalsos y las fogatas; esas calles estrechas de los barrios más frecuentados, en fin, un resto de barbarie en medio de la grandeza y en el centro de todas las artes.

La pintura empezó durante el reinado de Luis XIII con Poussin. No deben tenerse en cuenta los pintores mediocres que lo precedieron. Después de él, hemos tenido pintores notables, pero no el número que constituye una de las riquezas de Italia; pero sin detenernos en un Lesueur, que no tuvo otro maestro que sí mismo; en un Lebrun, que igualó a los italianos en el dibujo y la composición, más de treinta pintores nuestros dejaron una obra digna de que se la conserve.

Los extranjeros empiezan a llevársela. He visto en el palacio de un gran rey galerías y departamentos adornados exclusivamente con cuadros nuestros, cuyo mérito quizá no hemos sabido apreciar bastante.

He visto en Francia quien haya rehusado dar doce mil libras por un cuadro de Santerre. Es difícil encontrar en Europa una obra de pintura más amplia que el cielo raso de Lemoine en Versalles; y no sé si hay otros más bellos. Tuvimos después a Vanloo, que era considerado incluso por los extranjeros el más grande de su tiempo.

Colbert no solamente le dio a la academia de pintura la forma que tiene hoy, sino que, en 1667, indujo a Luis XIV a que estableciera una en Roma. Se compró en esta metrópoli un palacio, en el que se aloja el director. Se envían a ella alumnos premiados en la academia de París. El rey paga su traslado y mantenimiento: copian a los antiguos, estudian a Rafael y a Miguel Ángel. El deseo de imitarlos es un noble homenaje que se le rinde a la Roma antigua y moderna; y no se ha dejado, incluso, de rendir ese homenaje desde que las inmensas colecciones de cuadros de Italia reunidas por el rey y por el duque de Orléans, y las obras maestras de escultura producidas por Francia nos han puesto en condiciones de no buscar maestros en otras partes. Nos hemos destacado, sobre todo, en la escultura y en el arte de fundir figuras ecuestres colosales de una sola pieza.

Si algún día se encontraran sepultados bajo ruinas trozos tales como los baños de Apolo, expuestos a las injurias de la intemperie en los bosquecillos de Versalles; la tumba del cardenal de Richelieu, muy poco mostrada al público, en la capilla de la Sorbona; la estatua ecuestre de Luis XIV hecha en París, para engalanar Burdeos; el Mercurio obsequiado por Luis XIV al rey de Prusia y tantas obras iguales a las citadas, de seguro que estas producciones de nuestros (lías serían equiparadas a la más bella antigüedad griega.

En las medallas hemos igualado a los antiguos. Varin fué el primero que sacó a este arte de la mediocridad en las postrimerías del reinado de Luis XIII. Son admirables ahora esos punzones y esos buriles que se ven colocados por orden histórico en el lugar ocupado por los artistas en la galería del Louvre. Valen unos dos millones y la mayor parte son obras maestras.

No se logró menos éxito en el arte de tallar las piedras preciosas. El de multiplicar los cuadros, el de eternizarlos por medio de planchas de cobre, el de transmitir fácilmente a la posteridad todas las representaciones de la naturaleza y el arte, era todavía muy informe en Francia antes de este siglo. Es ésta una de las artes más agradables y más

útiles, y se le debe a los florentinos que la inventaron a mediados del siglo XV, pero en Francia ha alcanzado una perfección mayor que en el propio lugar de su nacimiento, porque se ha hecho un mayor número de obras de ese género. La colección de estampas del rey fué a menudo uno de los más espléndidos obsequios ofrecidos por él a los embajadores. El cincelado en oro y en plata, que depende del dibujo y del gusto, se ha llevado a la mayor perfección alcanzable por la mano del hombre.

Después de recorrer todas las artes que contribuyen al deleite de los particulares y a la gloria del Estado, no pasemos en silencio la más útil de todas, en la que los franceses superan a todas las naciones del mundo: quiero hablar de la cirugía, cuyos progresos fueron tan rápidos y tan famosos en aquel siglo, que venían a París gentes de todos los extremos de Europa para las curaciones y las operaciones que requerían una destreza fuera de lo común. Aparte de que casi no había excelentes cirujanos más que en Francia, sólo este país fabricaba los instrumentos necesarios y proveía a sus vecinos. Cheselden, el más grande cirujano de Londres, me ha dicho que fué él quien empezó a fabricar allí, en 1715, los instrumentos de su arte. La medicina, aunque servía para perfeccionar la cirugía, no tuvo en Francia un desarrollo superior al de Inglaterra o de Holanda con su famoso Boerhaave; pero le sucedió a la medicina lo que a la filosofía, que llegó a la perfección que le es dable alcanzar aprovechándose de la ilustración de nuestros vecinos.

He ahí un cuadro fiel de los progresos del espíritu humano entre los franceses en ese siglo, que comenzó en tiempos del cardenal de Richelieu y termina en nuestros días. Es difícil que sea superado; y, si lo es en algunos aspectos, quedará como el modelo de las edades todavía más afortunadas que habrá hecho nacer.

CAPÍTULO XXXIV

DE LAS BELLAS ARTES EN EUROPA EN LA ÉPOCA DE LUIS XIV

Hemos insinuado más de una vez a lo largo de esta historia que los desastres públicos que la integran y se suceden unos a otros casi sin interrupción son, a la larga, borrados de los registros del tiempo. Los detalles y los móviles de la política caen en el olvido: las buenas leyes, los institutos, los monumentos producidos por las ciencias y por las artes subsisten para siempre.

Los numerosos extranjeros que hacen actualmente el viaje a Roma, ya no como peregrinos, sino como hombres de gusto, se preocupan poco de Gregorio VII y de Bonifacio VIII; admiran los templos construidos por el Bramante y por Miguel Ángel, los cuadros de Rafael, las esculturas de Bernini; si tienen espiritualidad, leen a Ariosto y al Tasso, y respetan las cenizas de Galileo. En Inglaterra se habla un instante de Cromwell y nadie conversa sobre las guerras de las rosas, pero se estudia a Newton durante años enteros; de ahí que no sorprenda leer en su epitafio que fué gloria del género humano, y sí asombraría mucho, en cambio, ver en ese país las cenizas de algún hombre de Estado honradas con un título semejante.

Quisiera poder hacer justicia aquí a todos los grandes hombres que, como él, ilustraron su patria en el pasado siglo. He llamado a ese siglo el de Luis XIV, no solamente porque este monarca protegió las artes mucho más que todos los reyes contemporáneos suyos juntos, sino también porque vio renovarse tres veces las generaciones todas de los príncipes de Europa. Esa época, según la he fijado, comienza algunos años antes de Luis XIV y termina algunos años después de él: en efecto, fue en dicho espacio de tiempo cuando el espíritu humano realizó los mayores progresos.

Los ingleses han avanzado más hacia la perfección, en casi todos los órdenes, desde 1660 hasta nuestros días, que en todos los siglos anteriores. No repetiré aquí lo que he dicho en otras partes de Milton. Es verdad que muchos críticos le reprochan la extravagancia de sus pinturas, su paraíso de los tontos, sus murallas de alabastro que rodean el paraíso terrenal; sus diablos que se transforman de gigantes en pigmeos para ocupar menos lugar en el consejo, reunido en una gran sala totalmente de oro construida en el infierno; los cañones que se disparan en el cielo, las montañas que se arrojan a la cabeza, sus ángeles a caballo, sus ángeles a los que parten en dos y cuyas partes se reúnen inmediatamente. Se quejan de las redundancias y repeticiones; se dice que no ha igualado ni a Ovidio ni a Hesíodo en su larga descripción de la manera como fueron creados la tierra, los animales y el hombre. Se censuran sus disertaciones sobre astronomía por ser demasiado áridas, y sus invenciones, consideradas más extravagantes que maravillosas, más desagradables que exageradas: como lo son el

largo camino sobre el caos; el Pecado y la Muerte enamorados, que tienen hijos de su incesto; y la Muerte “que levanta la nariz para ventear a través de la inmensidad del caos el cambio experimentado por la tierra, como un cuervo que huele cadáveres”; esa Muerte que olfatea el olor del Pecado y golpea con su maza petrificadora sobre lo frío y lo seco; ese frío y ese seco que con lo cálido y lo húmedo se han convertido en cuatro bravos generales de ejército y conducen en batalla embriones e átomos armados a la ligera. En fin, se han agotado las críticas, pero no los elogios. Milton sigue siendo la gloria y la admiración de Inglaterra: se lo compara con Homero, cuyos defectos son igualmente grandes, y se lo juzga superior a Dante, cuyas obras de imaginación son todavía más extravagantes.

Entre el gran número de poetas agradables que engalanaron el reinado de Carlos II, como los Waller, los condes de Dorset y de Rochester, el duque de Buckingham, etc., se distingue al célebre Dryden, que se destacó en todos los géneros de poesía: su obra está llena de naturalidad y brillantez, es animada, vigorosa, audaz, apasionada, mérito no igualado por ningún poeta de su nación ni sobrepasado por ningún antiguo. Si Pope, posterior a él, no hubiera escrito al final de su vida el Ensayo sobre el hombre, no podría compararse con Dryden.

Ninguna nación ha tratado la moral en verso con más energía y profundidad que la nación inglesa, en lo que consiste, a mi parecer, el mayor mérito de sus poetas.

Hay otra clase de literatura variada que requiere un espíritu más cultivado y más universal, que Addison dominó; no sólo se inmortalizó por su Catón, la única tragedia inglesa escrita con elegancia y nobleza sostenidas, sino que sus demás obras de moral y de crítica también denotan gusto: en todas ellas se nota un buen sentido al que adornan las flores de la imaginación; su manera de escribir es un modelo excelente para cualquier país. Del deán Swift nos quedan varias obras que no tienen ejemplo en la Antigüedad: es un Rabelais perfeccionado.

Los ingleses apenas conocieron las oraciones fúnebres, pues no acostumbran a loar a los reyes y a las reinas en las iglesias; pero la elocuencia del púlpito, muy tosca en Londres antes de Carlos II, se creó de golpe. El obispo Burnet confiesa en sus memorias que se hizo a imitación de los franceses, y quizá hayan superado a sus maestros: sus sermones son menos acompañados, menos afectados, menos declamatorios que los franceses.

Es también notable que esos insulares, separados del resto del mundo, e instruidos tan tardíamente, hayan adquirido conocimiento; de la Antigüedad iguales, por lo menos, a los que se han podido reunir en Roma, centro de las naciones durante largo tiempo. Marshau penetró en las tinieblas del antiguo Egipto. No hay persa que sep: tanto de la religión de Zoroastro como el sabio Hyde. La historia de Mahoma y de los tiempos que lo precedieron era ignorada por los turcos, y ha sido estudiada por el inglés Sale, que viajó por Arabia con tanto provecho.

No hay en el mundo país donde la religión cristiana haya sido tan vigorosamente combatida ni defendida tan sabiamente como en Inglaterra. Desde Enrique VIII hasta

Cromwell, discutieron y combatieron como aquellos antiguos gladiadores que descendían a la arena espada en mano y los ojos vendados. Algunas ligeras diferencias en el culto y en el dogma produjeron guerras horribles; sin embargo, desde la restauración hasta nuestros días se atacó al cristianismo casi cada año, pero esas disputas no provocaron el menor disturbio, se argumentó con la ciencia: en otro tiempo se hacía con el hierro y con el fuego.

Sobre todo en filosofía, los ingleses fueron los maestros de las demás naciones. No se trataba ya de sistemas ingeniosos. Las fábulas de los griegos hacía mucho que habían desaparecido y las fábulas de los modernos no aparecieron nunca. El canciller Bacon había comenzado por decir que se debía interrogar a la naturaleza de una manera nueva, que era necesario hacer experiencias. Boyle se pasó la vida haciéndolas. No es éste lugar para disertar sobre física, pero basta con decir que después de tres mil años de vanas búsquedas, Newton fué el primero que descubrió y demostró la gran ley de la naturaleza por la que todos los elementos de la materia se atraen recíprocamente, y por la cual los astros no se desvían de su órbita. Fue el primero que vio, efectivamente, la luz: antes de él no se la conocía.

Sus principios matemáticos, en los que reina una física absolutamente nueva y verdadera, están fundados en el descubrimiento del cálculo llamado, con poco acierto, del infinito, último esfuerzo de la geometría, realizado por él a los veinticuatro años. Esto le hizo decir a un gran filósofo, el sabio Halley, “que no le es posible a un mortal acercarse más a la divinidad.”

Ilustró y estimuló con sus descubrimientos a una multitud de buenos geómetras y cíe buenos físicos. Bradley descubrió por fin la aberración de las estrellas fijas, situadas por lo menos a una distancia de doce millones de millones de leguas de nuestro pequeño globo.

El mismo Halley, a quien acabo de citar, aunque era un simple astrónomo, tuvo el mando de un barco del rey en 1698. En ese barco determinó la posición de las estrellas del polo antártico y señaló todas las variaciones de la brújula en todas las partes conocidas del globo. Comparado con él, el viaje de los Argonautas no era más que el paso de una barca de una orilla a otra del río; sin embargo, apenas se habló en Europa del viaje de Halley.

Esta indiferencia que tenemos por las grandes cosas, que se nos han hecho demasiado familiares, y aquella admiración que los antiguos griegos tuvieron por las pequeñas, prueban una vez más la prodigiosa superioridad de nuestro siglo sobre los antiguos. Boileau, en Francia, y el caballero Temple, en Inglaterra, se obstinaban en no reconocer esa superioridad: querían desestimar su siglo para colocarse por encima de él. La disputa entre antiguos y modernos se decidió al fin, por lo menos en filosofía. No hay hoy ni un filósofo antiguo que se utilice para instruir a la juventud en las naciones ilustradas.

Nos bastaría con el notable ejemplo de Locke para probar la superioridad de nuestro siglo sobre las mejores edades de la Grecia. Desde Platón hasta él no hay nada: nadie, en ese intervalo, ha explicado las operaciones de nuestra alma, y un hombre que supiera todo Platón, y que no supiera más que Platón, sabría poco y mal.

Platón era, en verdad, un griego elocuente; su apología de Sócrates es un servicio prestado a los sabios de todas las naciones; es justo respetarlo, puesto que ha hecho tan respetable a la virtud en desgracia, y tan odiosos a sus perseguidores. Se creyó durante mucho tiempo que su bella moral no podía ir acompañada de una mala metafísica, y se le convirtió casi en un Padre de la Iglesia a causa de su Ternario, que jamás ha comprendido nadie. ¿Pero qué se pensaría hoy de un filósofo que nos dijera que una materia es la otra, que el mundo es una figura de doce pentágonos, que el fuego, que es una pirámide, está unido a la tierra por números? ¿Se estaría dispuesto en nuestros días a probar la inmortalidad y las metempsicosis del alma diciendo que el sueño nace de la vigilia, la vigilia del sueño, lo vivo de lo muerto y lo muerto de lo vivo? Tales son los razonamientos que se han admirado durante tantos siglos; ideas más extravagantes todavía se han empleado en la educación de los hombres.

Solamente Locke ha explicado el entendimiento humano en un libro en el que sólo hay verdades, todas ellas claras, lo que hace perfecta a la obra.

Para terminar de ver por qué este último siglo fué superior a todos los demás, basta con arrojar una mirada sobre Alemania y sobre el norte. Un Hevelius, en Dantzic, fué el primer astrónomo que conoció bien el planeta de la luna; ningún hombre examinó mejor el cielo que él. De todos los grandes hombres hijos de esa época, ninguno prueba mejor que a ese siglo puede llamarse el de Luis XIV. Hevelius perdió en un incendio una hermosa biblioteca y el monarca de Francia gratificó al astrónomo de Dantzic con un presente muy superior a su pérdida.

Mercator, en Holstein, fue el precursor, en geometría, de Newton; los Bernouilli, en Suiza, fueron dignos discípulos de ese gran hombre; Leibnitz pasó algún tiempo por ser su rival.

El famoso Leibnitz nació en Leipzig y murió como un sabio en Hannover, adorando a un dios, como Newton, sin consultar a los hombres. Era, quizá, el sabio que tenía conocimientos más universales de Europa: historiador infatigable en sus búsquedas, jurisconsulto profundo, ilustró el estudio del derecho con la filosofía, aunque ésta parezca extraña a ese estudio: metafísico lo suficientemente sutil para tratar de reconciliar la teología con la metafísica; poeta latino también, y, finalmente, matemático lo bastante capaz como para disputarle al gran Newton la invención del cálculo del infinito, y para hacer que se dudara durante algún tiempo entre Newton y él.

Era la de aquél entonces la gran época de la geometría: los matemáticos se enviaban a menudo desafíos, es decir, problemas a resolver, al igual, sobre poco más o menos, como dicen que hacían los antiguos reyes de Egipto y de Asia, que se enviaban recíprocamente enigmas para adivinar. Los problemas propuestos por los geómetras

eran más difíciles que aquellos enigmas y no quedó ninguno sin solución en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Francia. Nunca fue más universal la correspondencia entre los filósofos a la que Leibnitz contribuyó a animar. Se vio cómo se establecía insensiblemente una república literaria en Europa, a pesar de las guerras y de las diferentes religiones. Todas las ciencias y artes se ayudaron mutuamente. Las academias han constituido esta república. Italia y Rusia fueron unidas por las letras. Ingleses, alemanes y franceses iban a estudiar a Leyden. Al célebre médico Boerhaave lo consultaban, a la vez, el papa y el zar. Sus discípulos más eminentes atraieron a los extranjeros que se convirtieron en cierto modo en los médicos de las naciones. Los verdaderos sabios en cada materia han estrechado los lazos de esa gran sociedad de los espíritus, extendida por todas partes y en todas partes independiente. Esta correspondencia dura todavía, como un consuelo para los males que la ambición y la política han extendido sobre la tierra.

En ese siglo, Italia conservó su antigua gloria aunque no tuviera ni un nuevo Tasso ni un nuevo Rafael: ya es bastante haberlos producido una vez. Los Chiabrera, y luego los Zappi, los Filicaia, demostraron que la delicadeza es el patrimonio de esta nación. La Merope de Maffei y las obras dramáticas de Metastasio son hermosos monumentos del siglo.

Perduró el estudio de la verdadera física, establecido por Galileo, a pesar de las contradicciones de una antigua filosofía excesivamente consagrada. Los Cassini, los Viviani, los Manfredi, los Bianchini, los Zanotti y muchos otros derramaron sobre Italia la misma luz que iluminaba a los demás países, y aunque los principales rayos de esa luz viniesen de Inglaterra, las escuelas italianas no apartaron los ojos de ellos.

Todos los géneros de literatura se cultivaron en esa vieja patria de las artes tanto como en otros países, excepción hecha de las materias en que la libertad de pensar da más vuelo al espíritu en otras naciones. Ese siglo, sobre todo, conoció mejor a la Antigüedad que los anteriores. Italia aportó más monumentos que toda Europa junta, y cuanto más monumentos se desenterraban tanto más se ampliaba la ciencia.

Esos progresos se debieron a unos cuantos sabios, a unos pocos genios desparramados en algunos lugares de Europa, durante mucho tiempo casi desconocidos y con frecuencia perseguidos, quienes ilustraron y consolaron a la Tierra que las guerras devastaban. Pueden hallarse en otras partes listas de todos los que ilustraron Alemania, Inglaterra, Italia. Un extranjero no sería muy capaz, tal vez, de apreciar el mérito de todos esos grandes hombres; baste con haber demostrado aquí que en el siglo pasado la humanidad se ilustró más, de un extremo a otro de Europa, que en todas las edades anteriores.

CAPÍTULO XXXV

ASUNTOS ECLESIASTICOS. DISPUTAS MEMORABLES

De los tres órdenes del Estado, la Iglesia es el menos numeroso. Sólo en el reino de Francia el clero se ha convertido en un orden del Estado, cosa tan real como asombrosa; ya he hablado de ello, y nada muestra mejor el poder de la costumbre. Reconocido como orden del Estado, el clero es quien le ha exigido siempre al soberano la conducta más delicada y circunspecta. Conservar, a la vez, la unión con la sede de Roma, y mantener las libertades de la Iglesia galicana, que son los derechos de la antigua Iglesia; saber hacer obedecer a los obispos en tanto que súbditos, sin tocar los derechos del episcopado; someterlos en muchos aspectos a la jurisdicción secular y dejarlos como jueces de otros; hacerles contribuir a las necesidades del Estado, sin lesionar sus privilegios, son cosas todas para las que se necesita una mezcla de habilidad y de firmeza que Luis XIV tuvo casi siempre.

El clero, en Francia, fue llevado, poco a poco, al orden y la decencia de los que las guerras civiles y la licencia de los tiempos lo habían apartado. El rey no toleró que los seculares poseyesen beneficios con el nombre de confidenciaros, ni que los que no eran sacerdotes tuviesen obispados, como el cardenal Mazarino que había poseído el obispado de Metz sin ser siquiera suediácono, y el duque de Verneuil que gozó también de otro siendo seglar.

Lo pagado al rey por el clero de Francia y de las ciudades conquistadas alcanzaba, en años comunes, a alrededor de dos millones quinientas mil libras, y después, cuando aumentó numéricamente el valor del metálico socorrieron al Estado con cerca de cuatro millones por año, ya con el nombre de diezmos, de subvención extraordinaria, o de donativo gratuito. Esta palabra y este privilegio de donativo gratuito se han conservado como una huella de la costumbre observada desde tiempos remotos, por todos los señores feudales, de acordar donativos gratuitos a los reyes en las necesidades del Estado. Los obispos y los abates, señores de los feudos por un antiguo abuso, debían contribuir sólo con soldados en la época de la anarquía feudal, cuando los reyes no poseían más que sus dominios como los demás señores. Todo cambió más tarde, menos el clero, que conservó la costumbre de ayudar al Estado con donativos gratuitos.

A esa vieja costumbre, a menudo conservada por un cuerpo que se reúne, y necesariamente perdida por un cuerpo que no se reúne, se agrega la inmunidad, reclamada constantemente por la Iglesia, y la máxima, de que sus bienes son los de los pobres; y no es que pretenda que no le debe nada al Estado del cual saca todo, ya que el reino cuando se ve necesitado es el primer pobre; sino que reclama el derecho de dar tan sólo socorros voluntarios; socorros que Luis XIV exigió siempre de manera que no le fueran rehusados.

Le sorprende a Europa y a Francia que el clero pague tan poco; creen que es usufructuario de una tercera parte del reino. De poseerla, indudablemente debería pagar el tercio de las cargas, que sumaría, en años comunes, más de cincuenta millones, aparte de los derechos de las contribuciones que paga como los demás súbditos; pero se tienen a este respecto ideas vagas y, sobre todo, prejuicios.

No cabe la menor duda de que la Iglesia de Francia es, de todas las Iglesias católicas, la que ha acumulado menos riquezas. No sólo ningún obispo se ha apoderado, como el de Roma, de una gran soberanía, sino que ningún abate goza de derechos de regalía, como el de Monte Casino o los de Alemania. En general, los obispados de Francia no tienen rentas demasiado grandes; los más fuertes son los de Estrasburgo y Cambrai, pero porque pertenecían originariamente a Alemania, y la Iglesia de Alemania era mucho más rica que el Imperio.

Giannone, en su historia de Nápoles, asegura que los eclesiásticos poseen los dos tercios de las rentas del país. Semejante abuso no aflige, en lo absoluto, a Francia. Se dice que la Iglesia posee un tercio del reino con la misma razón con que se dice que hay un millón de habitantes en París. Con sólo que uno se tomara la molestia de calcular la renta de los obispados, vería, por el importe de los contratos hechos hace cincuenta años, que todos los obispados estaban valuados entonces sobre la base de una renta anual de cuatro millones; y en las abadías comendatarias llegaba a cuatro millones quinientas mil libras. Cierto es que la declaración del precio de los contratos fué un tercio más baja que su valor; y si se agrega, además, el aumento de las rentas en tierras, la suma total de las utilidades de todos los beneficios consistoriales llegaría a dieciséis millones sobre poco más o menos. No debe olvidarse que una gran parte de este dinero se envía todos los años a Roma, de donde no vuelve, y es pura pérdida. Es ésta una gran liberalidad que los reyes tienen con la Santa Sede, que despoja al Estado, en el espacio de un siglo, de más de cuatrocientos mil marcos de plata, lo cual, en el transcurso de los tiempos, empobrecería al Estado si el comercio no viniese a reparar con creces esa pérdida.

A esos beneficios que pagan anatas a Roma deben agregarse los curatos los conventos, los colegios, las comunidades y todos los demás beneficios juntos; pero, si se valúan en cincuenta millones por año en toda la extensión actual del reino, no se estará muy lejos de la verdad.

Los que han examinado esta materia con ojos severos y atentos no han podido calcular las rentas de toda la iglesia galicana secular y regular en más de noventa millones. No es una suma exorbitante para el mantenimiento de los noventa mil religiosos y de los cerca de ciento sesenta mil eclesiásticos, que había en 1700. Y de esos noventa mil monjes, hay más de un tercio que vive de las limosnas y las misas. Muchos de los monjes enclaustrados no le cuestan ni doscientas libras por año a su monasterio: hay monjes abates regulares que gozan de doscientas mil libras de renta. Es esta enorme desproporción la que impresiona y provoca las murmuraciones. Se compadece al cura de campaña cuyos trabajos penosos le proporcionan apenas su porción congrua de

trescientas libras como derecho de rigor, y unas cuatrocientas o quinientas libras que obtiene por liberalidades, mientras que un religioso ocioso, convertido en abate, y no menos ocioso por ello, posee una suma inmensa y recibe títulos fastuosos de quienes le están sometidos. Estos abusos son mucho más graves en Flandes, en España, y, sobre todo, en los estados católicos de Alemania, en los que hay monjes príncipes.

Los abusos se convierten en leyes en casi toda la Tierra; y, ¿cual sería el Estado cuya forma se conservara por entero si los hombres más sabios se reunieran para hacer las leyes?

El clero de Francia observa una costumbre gravosa para él cuando le entrega al rey un donativo gratuito de varios millones durante algunos años. Pide prestado, y después de haber pagado los intereses, le reembolsa el capital a los acreedores, por lo que paga dos veces. Hubiese sido más ventajoso para el Estado y para el clero en general, y más conforme a la razón, que ese cuerpo hubiera subvenido a las necesidades de la patria con contribuciones proporcionadas al valor de cada beneficio. Pero los hombres se aferran constantemente a los antiguos usos. Por ese mismo aferrarse a las costumbres el clero, que se reúne cada cinco años, jamás ha tenido ni una sala de asambleas, ni un mueble que le perteneciera. Es bien claro que gastando menos habría podido ayudar más al rey y edificarse en París un palacio, con lo que añadiría un nuevo ornamento a la capital.

Las máximas del clero de Francia, durante la minoridad de Luis XIV, no se habían depurado enteramente de la confusión que la Liga puso en ellas. Se vió en la juventud de Luis XIII y en los últimos Estados reunidos en 1614, a la parte más numerosa de la nación, a la que se llama el tercer estado, que es la base del Estado, pedir en vano junto con el Parlamento que se implantara como ley fundamental, “que ninguna potencia espiritual pueda privar a los reyes de sus derechos sagrados que sólo recibe de Dios; y que se considere crimen de lesa majestad enseñar que se puede deponer y matar a los reyes”. Esto es, en sustancia, el contexto de la demanda de la nación, hecha en un tiempo en que la sangre de Enrique el Grande humeaba todavía. Sin embargo, un obispo de Francia, nacido en Francia, el cardenal Du Perron, se opuso violentamente a esa proposición con el pretexto de que no le correspondía al tercer estado proponer leyes en lo que le concierne a la Iglesia. ¿Por qué no hacía él entonces, junto con el clero, lo que quería hacer el tercer estado? Pero distaba tanto de hacerlo que se encolerizó hasta el punto de decir “que el poder del papa era pleno, plenísimo, directo respecto de lo espiritual, indirecto en lo concerniente a lo temporal, y que por encargo del clero comunicaba la resolución de excomulgar a quienes dijeran que el papa no puede deponer a los reyes”. Ganaron a su causa a la nobleza e hicieron callar al tercer estado. El Parlamento renovó sus antiguos decretos, por los que declaraba la corona independiente y la persona de los reyes sagrada. La cámara eclesiástica reconoció que la persona era sagrada pero persistió en sostener que la corona era dependiente. Era el mismo espíritu que depuso en otro tiempo a Luis el Bueno. Espíritu que prevaleció hasta el punto de que la corte subyugada se vió obligada a meter en prisión al impresor que había publicado el decreto del Parlamento con el título de ley fundamental, por el

bien de la paz, según decían; pero con ello se castigaba a quienes le proporcionaban armas defensivas a la corona. Semejantes escenas no se veían en Viena; es que entonces Francia temía a Roma y Roma temía a la casa de Austria.

Esa causa perdida era hasta tal punto la causa de todos los reyes, que Jacobo I, rey de Inglaterra, escribió contra el cardenal Du Perron, y esa fue la mejor obra del monarca. Era también la causa del pueblo cuya tranquilidad exige que sus soberanos no dependan de una potencia extranjera. Poco a poco, la razón prevaleció, y a Luis XIV no le costó trabajo hacer que se atendiera a esa razón, sostenida con el peso del poder.

Antonio Pérez le había recomendado a Enrique IV tres cosas: Roma, Consejo, Piélagó. Luis XIV tuvo las dos últimas con tanta superioridad que no necesitó la primera. Cuidó de conservar el uso de la apelación al Parlamento por abuso de las ordenanzas eclesiásticas, en todos los casos en que esas ordenanzas interesan la jurisdicción real. El clero se quejó con frecuencia y se felicitó a veces; porque, si de una parte, esas apelaciones defienden los derechos del Estado contra la autoridad episcopal, aseguran, de la otra, esa misma autoridad al sostener los privilegios de la Iglesia galicana contra las pretensiones de la corte de Roma: de manera que los obispos han considerado a los parlamentos como adversarios y como defensores suyos; y el gobierno cuidó de que, no obstante las querellas de religión, los límites fáciles de rebasar no fueran pasados por ninguna de las dos partes. El legislador debe equilibrar tanto el poder de las corporaciones y compañías como los intereses de las ciudades comerciales.

DE LAS LIBERTADES DE LA IGLESIA GALICANA

El término libertades supone sometimiento. Libertades y privilegios, son excepciones de la servidumbre general. Debería decirse los derechos y no las libertades de la Iglesia galicana. Esos derechos son los de todas las antiguas iglesias. Los obispos de Roma jamás tuvieron la menor jurisdicción sobre las sociedades cristianas del imperio de Oriente: pero en las ruinas del imperio de Occidente lo invadieron todo. La Iglesia de Francia fue, durante mucho tiempo, la única que le disputó a la sede de Roma los derechos que cada obispo se había otorgado, cuando, después del primer concilio de Nicea, la administración eclesiástica y puramente espiritual se modeló sobre el gobierno civil, y cada obispo tuvo su diócesis, como cada distrito imperial tenía la suya. Ciertamente, en ningún Evangelio se dice que un obispo de la ciudad de Roma pueda enviar a Francia legados a latere con poder de juzgar, reformar, dispensar y percibir dinero de las gentes;

De ordenar a los prelados franceses ir a litigar a Roma;

De imponer tasas sobre los beneficios del reino, con el nombre de vacantes, espolias, sucesiones, cuartas canónicas, incompatibilidades, encargos, novenas, diezmos, anatas;

De excomulgar a los oficiales del rey para impedirles ejercer las funciones de sus cargos;

De hacer que los bastardos puedan heredar:

De anular los testamentos de los que han fallecido sin dar una parte de sus bienes a la Iglesia;

De permitir a los eclesiásticos franceses enajenar sus bienes inmuebles;

De delegar jueces para dictaminar sobre la legitimidad de los matrimonios.

En fin, se cuentan más de setenta usurpaciones contra las cuales los parlamentos del reino han sostenido la libertad natural de la nación y la dignidad de la corona.

Aunque los jesuitas hayan gozado de algún crédito durante el gobierno de Luis XIV, y aunque el monarca haya frenado un tanto las exhortaciones de los parlamentos desde que reinó por sí mismo, sin embargo, ninguno de esos grandes cuerpos perdió ni una sola ocasión de reprimir las pretensiones de la corte de Roma, vigilancia que el rey aprobó siempre porque los derechos esenciales de la nación eran los derechos del príncipe.

El más importante y más delicado asunto de ese género fué el de la regalía. Es un derecho de los reyes de Francia proveer a todos los beneficios simples de una diócesis, durante la vacante de la sede, y economizar a su arbitrio las rentas del obispado. Esta

prerrogativa es particular hoy de los reyes de Francia, pero cada Estado tiene las suyas. Los reyes de Portugal disfrutaban de un tercio de las rentas de los obispados de su reino. El emperador tiene el derecho de las primeras rogativas; ha conferido siempre todos los primeros beneficios vacantes. Los reyes de Nápoles y de Sicilia tienen derechos mayores. Los de Roma están, en su mayor parte, fundados en el uso más que en títulos primitivos.

Los reyes del linaje de Meroveo conferían, por su sola autoridad, los obispados y todas las prelaturas. Carlomagno, en el año 742, hizo arzobispo de Maguncia a ese mismo Bonifacio que después consagró a Pepino por agradecimiento. Quedan todavía muchos monumentos del poder que tenían los reyes de disponer de esos cargos importantes, que cuanto más lo son, más deben depender del jefe del Estado. El concurso de un obispo extranjero parecía peligroso; y el nombramiento reservado a ese obispo extranjero se ha considerado a menudo como una usurpación más peligrosa todavía. Más de una vez ha provocado una guerra civil. Puesto que los reyes conferían los obispados parecía justo que conservasen el débil privilegio de disponer de la renta y de designar al usufructuario de algunos beneficios simples, en el breve lapso transcurrido entre la muerte de un obispo y el juramento de fidelidad prestado por su sucesor. Varios obispos de ciudades unidas a la corona, durante el tercer linaje, no quisieron reconocer este derecho que señores particulares, demasiado débiles, no habían podido hacer valer. Los papas se declararon en favor de los obispos y esas pretensiones quedaron para siempre en la oscuridad. En 1608, durante el reinado de Enrique IV, el Parlamento declaró que la regalía debía entregarse en todo el reino, pero el clero se quejó, y el príncipe, que trataba con miramientos a los obispos y a Roma pasó el asunto a su consejo, y se guardó bien de decidirlo.

Los cardenales de Richelieu y Mazarino hicieron emitir al consejo varios decretos por los cuales los obispos que se decían exentos, estaban obligados a mostrar sus títulos. Todo quedó indeciso hasta 1673; y el rey no osaba conceder un solo beneficio en casi ninguna de las diócesis situadas allende el Loira, durante la vacante de una sede.

Por último, en 1673, el canciller Étienne de Aligre selló un edicto por el cual todos los obispados del reino quedaban sometidos a la regalía. Dos obispos -desgraciadamente los dos hombres más virtuosos del reino- se negaron porfiadamente a someterse; eran Pavillon, obispo de Aleth, y Caulet, obispo de Pamiers. Al principio se defendieron con razones plausibles: se les opuso otras igualmente convincentes. Cuando hombres ilustrados discuten mucho tiempo se pone de manifiesto que la cuestión no es clara, y era en verdad, muy oscura; pero, evidentemente, ni la religión ni el buen orden tenían interés en impedirle a un rey que hiciera en dos diócesis lo que hacía en todas las demás. Sin embargo, los dos obispos fueron inflexibles. Ninguno de los dos había hecho registrar su juramento de fidelidad, y el rey se creía en el derecho de disponer de las canonjías de sus iglesias.⁶

Los dos preladados excomulgaron a los comprendidos en la regalía. Los dos eran sospechosos de jansenismo. Habían tenido contra ellos al papa Inocencio X; pero

cuando se enfrentaron a las pretensiones del rey, Inocencio XI, Odescalchi, se puso a su favor: este papa, virtuoso y obtinado como ellos, estuvo enteramente de su parte.

El rey se contentó, al principio, con desterrar a los principales subalternos de esos obispos, mostrando más moderación que dos hombres que se preciaban de santos. Se dejó morir tranquilamente al obispo de Aleth al que se respetaba por su avanzada edad. El obispo de Pamiers. Aunque se quedó sólo, no se arredró. Redobló sus excomuniones y se siguió negando a registrar su juramento de fidelidad, convencido de que la Iglesia se somete demasiado a la monarquía con ese juramento. El rey se apoderó de sus bienes temporales. El papa y los jansenistas lo indemnizaron. Se benefició al ser privado de sus rentas, y murió en 1680 convencido de haber defendido la causa de Dios contra el rey. Con su muerte no terminó la querrela: canónigos nombrados por el rey acuden a tomar posesión; religiosos que se decían canónigos y grandes vicarios los hacen salir de la iglesia y los excomulgan. El metropolitano Montpezat, arzobispo de Toulouse, a cuya jurisdicción le pertenece este asunto, da en vano sentencias contra esos supuestos grandes vicarios. Éstos apelan a Roma, de acuerdo con la costumbre de llevar a esa corte las causas eclesiásticas juzgadas por los arzobispos de Francia; uso que contradice las libertades galicanas, pero todos los gobiernos de los hombres son contradicciones. El Parlamento emite fallos. Un monje llamado Cerle, que era uno de esos grandes vicarios anuló las sentencias del metropolitano y los fallos del Parlamento. Este tribunal lo condena por contumacia a morir decapitado y a ser arrastrado. Lo ejecutan en efigie. Insulta desde su retiro al arzobispo y al rey, y el papa lo defiende. El pontífice llega a más: persuadido como el obispo de Pamiers de que el derecho de regalía es un abuso que se le hace a la Iglesia y de que el rey no tiene atribuciones en Pamiers, anula las ordenanzas del arzobispo de Toulouse, excomulga a los nuevos grandes vicarios nombrados por este prelado, a los provistos de regalías, y a sus fautores.

El rey convoca a una asamblea del clero, integrada por treinta y cinco obispos, y otros tantos diputados del segundo orden. Por primera vez, los jansenistas se ponían de parte de un papa, y ese papa, enemigo del rey, a pesar de no quererlos los favorecía. Consideró siempre un honor resistir a este monarca en toda ocasión; y después, en 1689, llegó incluso a unirse con los aliados contra el rey Jacobo, porque Luis XIV protegía a este príncipe: de ahí que, por aquel entonces, se dijera que para poner fin a los trastornos de Europa y de la Iglesia, el rey Jacobo debía hacerse hugonote, y el papa católico.

Entretanto, la asamblea del clero reunida en 1681 y 1682, por unanimidad de votos, se declara en favor del rey. Se trataba, una vez más, de otra pequeña querrela que había cobrado importancia: la elección a un priorato en un barrio de París hecha a la vez por el rey y el papa. El pontífice romano había anulado una ordenanza del arzobispo de París y la designación que hizo para el priorato. El Parlamento juzgó abusivo el proceder de Roma. El papa ordenó mediante una bula que la Inquisición mandara quemar la sentencia del Parlamento; y el Parlamento ordenó la anulación de la bula. Estas luchas son, desde tiempos remotos, consecuencias ordinarias e inevitables de la antigua mezcla de la libertad natural de gobernar autónomamente el país, y el sometimiento a una potencia extranjera.

El partido tomado por la asamblea del clero demuestra que hombres sensatos pueden ceder con dignidad ante su soberano, sin la intervención de otro poder. Consintió en extender el derecho de regalía a todo el reino: lo cual fue tanto una concesión de parte del clero, que rebajaba sus pretensiones por agradecimiento a su protector, como una confesión formal del derecho absoluto de la corona.

La asamblea se justificó ante el papa con una epístola en la que se encuentra una frase que debería servir, por sí sola, de regla eterna en todas las disputas; dice: “es preferible sacrificar una parte de los propios derechos a turbar la paz”. El rey, la Iglesia galicana, los parlamentos, quedaron satisfechos. Los jansenistas escribieron algunos libelos. El papa permaneció inflexible: anuló por un breve todas las resoluciones de la asamblea y ordenó a los obispos que se retractaran. Éste era motivo suficiente para separar de una vez por todas a la Iglesia de Francia de la de Roma. Durante los ministerios del cardenal de Richelieu y de Mazarino se habló de nombrar un patriarca. La opinión de todos los magistrados era la de que se dejara de pagar a Roma el tributo de las anatas; que Roma no hiciera nombramientos, durante seis meses del año, en los beneficios de Bretaña y que los obispos de Francia dejaran de llamarse obispos por la gracia de la Santa Sede. Si el rey lo hubiese querido, le hubiera bastado con decir una palabra: dominaba la asamblea del clero y tenía con él a la nación. Roma lo hubiera perdido todo por la inflexibilidad de un pontífice virtuoso, el único de los papas de aquel siglo que no sabía adaptarse a los tiempos; pero hay antiguos límites que no se rebasan sin violentas convulsiones. Era preciso que hubieran más grandes intereses, más grandes pasiones, y una efervescencia mayor en los ánimos, para romper de golpe con Roma, y era muy difícil hacer esa escisión mientras se quería desterrar el calvinismo. Llegó incluso a creerse que se daba un golpe audaz cuando se publicaron las cuatro famosas decisiones de la misma asamblea del clero reunida en 1682, cuya esencia es ésta:

1. Dios no ha dado a Pedro ni a sus sucesores poder alguno, directo ni indirecto, sobre las cosas temporales.
2. La Iglesia galicana aprueba el concilio de Constanza, que declara a los concilios generales superiores al papa en lo espiritual.
3. Las reglas, los usos, las prácticas admitidas en el reino y en la Iglesia galicana deben permanecer invariables.
4. Las decisiones del papa, en materia de fe, sólo son infalibles cuando la Iglesia las ha aceptado.

Todos los tribunales y todas las facultades de teología registraron estas cuatro proposiciones en toda su extensión; y se prohibió por un edicto enseñar nada que las contradijera. Esta firmeza fue considerada en Roma como un atentado de rebeldes, y por todos los protestantes de Europa como el débil esfuerzo de una Iglesia, nacida libre, que rompía tan sólo cuatro eslabones de sus cadenas.

Al principio, esas cuatro máximas fueron sostenidas con entusiasmo por la nación, y luego con menos vivacidad. En las postrimerías del reinado de Luis XIV comenzaron a ser discutidas; y el cardenal de Fleury mandó después desaprobarlas en parte por una asamblea del clero, sin que esa desaprobación tuviera la menor resonancia, porque los ánimos no estaban todavía enardecidos, y porque, en el ministerio del cardenal Fleury, nada la tuvo. Han recobrado, por último, un gran vigor.

Entretanto, Inocencio XI se irritó como nunca: negó bulas a todos los obispos y a todos los abates comendatarios nombrados por el rey: por lo que, al fallecer este papa en 1689, había veintinueve diócesis en Francia que no tenían obispos. No por ello dejaban esos prelados de percibir sus rentas, pero no se atrevían a hacerse consagrar, ni a desempeñar las funciones episcopales. Cobró nueva vida la idea de nombrar un patriarca. La querrela de las franquicias de los embajadores en Roma, que terminó de enconar las heridas, hizo pensar que había llegado por fin el momento de establecer en Francia una Iglesia católica-apostólica, que no sería, en modo alguno, romana. El procurador general de Harlai y el abogado general Talon lo dieron a entender claramente cuando apelaron; por considerarla un abuso, en 1687, de la bula contra las franquicias y arremetieron contra la obstinación del papa. que dejaba a tantas iglesias sin pastores, pero el rey no consintió jamás en dar ese paso, que era más fácil de lo que parecía.

La causa de Inocencio XI se convirtió, mientras tanto, en la causa de la Santa Sede. Las cuatro proposiciones del clero de Francia atacaban el fantasma de la infalibilidad (en la que no se cree en Roma pero a la que se sostiene) y el poder efectivo ligado a ese fantasma. Alejandro VIII e Inocencio XII siguieron las huellas del altivo Odescalchi, aunque con menos rigor: confirmaron la condenación promulgada contra la asamblea del clero; negaron las bulas a los obispos; en fin, hicieron demasiado porque Luis XIV no había hecho bastante. Los obispos, cansados de ser nombrados por el rey y de verse sin funciones, pidieron a la corte de Francia permiso para apaciguar a la corte de Roma.

El rey, cuya firmeza flaqueaba, lo permitió. Cada uno de ellos escribió por separado “que estaba dolorosamente afligido por los procedimientos de la asamblea” y declaró en su carta que no aceptaba las decisiones allí tomadas, ni las órdenes dadas. Pignatelli (Inocencio XII), más conciliador que Odescalchi quedó satisfecho con esto. No por ello dejaron de enseñarse, de tanto en tanto, en Francia las cuatro proposiciones; pero esas armas se enmohecieron cuando se dejó de combatir con ellas, y se echó un velo sobre la disputa que quedó sin decidir, como sucede casi siempre en un Estado que no tiene, en tales materias, principios invariables y reconocidos. Así pues, tan pronto se rebelan contra Roma como ceden ante ella, según el carácter de los que gobiernan y de acuerdo con los intereses particulares de aquellos por quienes están gobernados los principales del Estado.

Luis XIV, por otra parte, no tuvo más conflicto eclesiástico con Roma y no sufrió oposición alguna del clero en los asuntos temporales.

Durante su reinado el clero se hizo respetable por una decencia ignorada en la barbarie de los dos primeros linajes, en la época aun más bárbara del gobierno feudal, totalmente desconocida durante las guerras civiles y en las agitaciones del reinado de Luis XIII, y, sobre todo, durante la Fronda, salvo algunas excepciones, que es necesario hacer siempre tanto en los vicios como en las virtudes dominantes.

Fue entonces cuando se comenzó a abrir los ojos del pueblo acerca de las supersticiones que éste mezcla siempre a su religión. Se hizo saber, a pesar del Parlamento de Aix y de los Carmelitas, que Lázaro y Magdalena no habían estado en Provenza. Los benedictinos no pudieron hacer creer que Dionisio el Areopagita había gobernado la Iglesia de París. Los santos supuestos, los falsos milagros, las falsas reliquias empezaron a caer en descrédito. La sana razón, que iluminaba a los filósofos, penetraba en todas partes, pero lentamente y con dificultad.

El obispo de Châlons-sur-Marne, Gaston Louis de Noailles, hermano del cardenal, tuvo una piedad lo bastante ilustrada como para quitar y mandar tirar, en 1702, una reliquia preciosa conservada desde hacía varios siglos en la iglesia de Notre Dame, y adorada con el nombre de ombligo de Jesucristo. Todo Châlons murmuró contra el obispo. Presidentes, consejeros, gente del rey, tesoreros de Francia, comerciantes, notables, canónigos, curas, protestaron unánimemente, en una acta jurídica contra la acción del obispo y reclamaron el santo ombligo, alegando en su favor la vestidura de Jesucristo conservada en Argenteuil, su pañuelo en Turín y en Laon, uno de los clavos de la cruz en Saint-Denys; su prepucio en Roma; ese mismo prepucio en Puy-en-Velay y tantas otras reliquias que se conservan y se desprecian; y que perjudican sobremanera a una religión reverenciada. Pero la sensata firmeza del obispo triunfó sobre la credulidad del pueblo.

Algunas otras supersticiones, ligadas a usos respetables, han subsistido. Los protestantes las han vencido: pero se ven obligados a convenir en que no hay iglesia católica donde esos abusos sean menos comunes y más despreciados que en Francia.

El espíritu verdaderamente filosófico, que no echó raíces hasta mediados de aquel siglo, no apagó las antiguas o nuevas querellas teológicas ajenas a su jurisdicción. Vamos a hablar de esas disensiones que son la vergüenza de la razón humana.

CAPÍTULO XXXVI

DEL CALVINISMO EN TIEMPOS DE LUIS XIV

Es horrible, sin duda alguna, que la Iglesia cristiana se haya visto siempre desgarrada por sus querellas, y que manos que llevaban el Dios de la paz hayan hecho correr sangre durante siglos. El paganismo no conoció esta violencia. Cubrió la tierra de tinieblas, pero apenas si la roció con sangre que no fuera de animales; y si, alguna vez, entre los judíos o entre los paganos, se consagraron víctimas humanas, esos sacrificios, con todo lo horribles que eran, jamás provocaron guerras civiles. La religión de los paganos se limitaba a la moral y a las fiestas. La moral, que es común a los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares, y las fiestas que eran simples diversiones, no podían turbar al género humano.

El espíritu dogmático puso en los hombres la violencia de las guerras de religión. Durante mucho tiempo me he preocupado por saber cómo y por qué ese espíritu dogmático, que dividió a las escuelas de la antigüedad pagana sin causar los menores trastornos, los produjo entre nosotros tan terribles. No es el fanatismo la única causa; porque los gimnosofistas y los bracmanes -los más fanáticos de los hombres- sólo se hicieron daño a sí mismos. ¿No podría encontrarse el origen de esa nueva peste que ha desolado la tierra, en la lucha natural del espíritu republicano, que animó a las primeras iglesias, contra la autoridad que odia toda clase de resistencia? Las asambleas secretas que desafiaron en sótanos y grutas las leyes de algunos emperadores romanos, constituyeron poco a poco un Estado dentro del Estado: era una república oculta en el seno del Imperio. Constantino la sacó de bajo tierra para ponerla al lado del trono. La autoridad ligada a las grandes sedes no tardó en entrar en conflicto con el espíritu popular, inspirador, hasta entonces, de todas las asambleas de los cristianos. Frecuentemente, en cuanto el obispo de una metrópoli hacía valer un pensamiento, un obispo sufragáneo, un sacerdote, un diácono, discrepaban. Toda autoridad hierde en secreto a los hombres, tanto más cuanto que toda autoridad tiende siempre a acrecentarse. Cuando se encuentra un pretexto para resistirla que se considera sagrado, la rebelión se convierte en un deber. Así, los unos se convierten en perse-guidores, los otros en rebeldes, y ambas partes ponen a Dios por testigo.

Desde las controversias que el sacerdote Arrio tuvo con un obispo, hemos visto cómo la pasión de dominar las almas ha transtornado el mundo. Considerar a su pensamiento como la voluntad de Dios, mandar creer so pena de castigo en la muerte del cuerpo y en los tormentos del alma, ha sido el último grado de despotismo al que ha llegado el espíritu de algunos hombres; y hacer resistencia a esas dos amenazas fue, en otros, el último esfuerzo de la libertad natural. El Ensayo sobre las costumbres que habéis

recorrido, os ha hecho ver, a partir de Teodosio, la lucha perpetua entre la jurisdicción secular y la eclesiástica, y, a partir de Carlomagno, los esfuerzos reiterados de los grandes feudos contra los soberanos, a los obispos rebelarse a menudo contra los reyes, y a los papas luchar contra los reyes y los obispos.

En los primeros siglos de la Iglesia latina casi no había disputas. Las continuas invasiones de los bárbaros no dejaban mucho tiempo para pensar; y había pocos dogmas bastante desarrollados para fijar la creencia universal. Casi todo el Occidente rechazó el culto de las imágenes en el siglo de Carlomagno. Un obispo de Turín, llamado Claudio, las prohibió con ardor, y conservó varios dogmas que constituyen todavía hoy el fundamento de la religión de los protestantes. Esas creencias perduraron en los valles del Piamonte, del Delfinado, de la Provenza, del Languedoc, se manifestaron violentamente en el siglo xii y produjeron poco tiempo después la guerra de los albigenses; y al pasar más tarde a la universidad de Praga provocaron la guerra de los Hussitas. No hubo más de un siglo de intervalo entre el final de las turbulencias nacidas de las cenizas de Jean de Huss y de Jerónimo de Praga, y las que renacieron con la venta de las indulgencias. Los antiguos dogmas abrazados por los valdenses, los albigenses, los hussitas, renovados y expuestos de diferente manera por Lutero y por Zwinglio fueron recibidos ávidamente en Alemania, pues daban un pretexto para apoderarse de las tierras de las que se habían adueñado los obispos y los abates, y para hacer resistencia a los emperadores que marchaban, por aquel entonces, a grandes pasos, hacia el poder despótico. Esos dogmas triunfaron en Suecia y en Dinamarca, países cuyos pueblos eran libres durante el gobierno de los reyes.

Los ingleses, cuyo espíritu es independiente por naturaleza, los adoptaron, los mitigaron y se hicieron una religión para ellos solos. El presbiterianismo estableció en Escocia, en los tiempos desgraciados, una especie de república cuyo pedantismo y dureza eran mucho más intolerables que el rigor del clima, e incluso que la tiranía de los obispos, provocadora de tantas quejas. Dejó de ser peligroso en Escocia cuando la razón, las leyes y la fuerza lo reprimieron. La Reforma se introdujo en Polonia e hizo muchos progresos en las ciudades en que el pueblo no es esclavo. A la parte más grande y más rica de la república helvética no le costó trabajo admitirla. Estuvo a punto de ser establecida en Venecia por la misma razón y allí hubiese arraigado, si Venecia no hubiera sido vecina de Roma y, quizás también, si el gobierno no hubiera temido la democracia, a la que aspira naturalmente el pueblo en toda república, y que era entonces el principal objetivo de la mayor parte de los predicadores. Los holandeses adoptaron esta religión cuando sacudieron el yugo de España. Ginebra se convirtió en un estado totalmente republicano y se hizo calvinista.

La casa de Austria alejó a esas religiones de sus Estados en la medida de lo posible. A España casi no se acercaron. Fueron extirpadas a sangre y fuego de los Estados del duque de Saboya, que habían sido su cuna. Los habitantes de los valles piamonteses padecieron, en 1655, lo que los pueblos de Merindol y de Cabrieres sufrieron en Francia durante el reinado de Francisco I. El duque de Saboya, príncipe absoluto, exterminó la secta en su país en cuanto le pareció peligrosa: no quedan de ella más que algunos

débiles retoños, ignorados entre las rocas que los encierran. Los luteranos y los calvinistas no causaron grandes perturbaciones en Francia durante el gobierno firme de Francisco I y de Enrique II: pero en cuanto se debilitó y fue un gobierno compartido, las querellas de religión se hicieron violentas. Los Condé y los Coligny, que se hicieron calvinistas porque los Guisa eran católicos, trastornaron el Estado a cual más y mejor. La ligereza y la impetuosidad de la nación, el furor de la novedad y el entusiasmo hicieron, durante cuarenta años, del pueblo más civilizado un pueblo de bárbaros.

Enrique IV, nacido en esta secta, a la que quería, aunque no fuese fervoroso partidario de ninguna, tuvo que abandonar el calvinismo, a pesar de sus victorias y sus virtudes, para reinar. Al hacerse católico, no fue tan ingrato como para querer destruir un partido durante mucho tiempo enemigo de los reyes, pero al que debía, en parte, su corona; y aunque hubiese deseado destruir esa facción, no lo hubiera conseguido. La amó, la protegió y la frenó.

Los hugonotes en Francia eran, entonces, aproximadamente la duodécima parte de la nación. Entre ellos había señores poderosos: ciudades enteras eran protestantes. Habían hecho la guerra a los reyes, que se vieron obligados a cederles plazas para su seguridad: Enrique III les había concedido catorce sólo en el Delfinado; Montauban y Nîmes, en el Languedoc; Saumur, y, sobre todo, La Rochela, que constituía una república aparte a la que el comercio y el favor de Inglaterra podían tornar poderosa. Por último, Enrique IV pareció satisfacer su inclinación, su política y hasta su deber al decretar en favor del partido el célebre edicto de Nantes, en 1598. Ese edicto no era, en el fondo, más que la confirmación de los privilegios que los protestantes de Francia habían obtenido de los reyes anteriores con las armas en la mano, y que Enrique el Grande, afirmado en el trono, respetó por buena voluntad. Por el edicto de Nantes, que el nombre de Enrique IV hizo más célebre que todos los demás, todo señor de feudo con atribuciones de justicia podía hacer, en su castillo, pleno ejercicio de la supuesta religión reformada; los señores que no pudieran impartir justicia podían admitir treinta personas a su prédica. El pleno ejercicio de esta religión estaba autorizado en todos los lugares que pertenecían directamente a la jurisdicción de un parlamento.

Los calvinistas podían imprimir, sin pedir autorización a los superiores, todos sus libros, en las ciudades en las que su religión estaba permitida.

Se los declaró capacitados para todos los cargos y dignidades del Estado; lo cual quedó, en efecto, bien demostrado, puesto que el rey hizo duques y pares a los señores de La Tremouille y de Rosny.

Se creó expresamente una cámara en el parlamento de París, integrada por un presidente y dieciséis consejeros, que juzgó todos los procesos de los reformados, no sólo en el inmenso distrito de París, sino en el de Normandía y en el de Bretaña. Fue llamada Cámara del edicto. De hecho, nunca hubo más de un solo calvinista entre los consejeros de esta jurisdicción. No obstante, como se había creado para impedir los vejámenes de los que se quejaba el partido, y como los hombres se vanaglorian de cumplir un deber

que los distinga, esta cámara, integrada por católicos, impartió siempre a los hugonotes, según lo confiesan ellos mismos, una justicia de ejemplar imparcialidad.

Tenían una especie de pequeño parlamento en Castres, independiente del de Toulouse. Existieron en Grenoble y en Burdeos cámaras mitad católicas y mitad calvinistas. Sus Iglesias se reunían en sínodos como la Iglesia galicana. Estos privilegios y muchos otros incorporaron a los calvinistas al resto de la nación. En realidad, esta equivalía a poner a los enemigos uno junto al otro; pero la autoridad, la bondad y la habilidad de ese gran rey los contuvieron durante toda su vida.

Después de la muerte espantosa y deplorable de Enrique IV, en la debilidad de una minoridad y con una corte dividida, era muy difícil que el espíritu republicano de los reformados no abusara de sus privilegios, y que la corte, débil como era, no quisiera refrenarlos. Los hugonotes habían establecido ya círculos en Francia, a imitación de Alemania. Los diputados de esos círculos eran a menudo sediciosos; y había en el partido señores llenos de ambición. El duque de Bouillon, y, sobre todo, el duque de Rohan, el jefe más prestigiado de los hugonotes, aceleraron la rebelión en el espíritu revoltoso de los predicadores y el celo ciego de las gentes. En 1615, la asamblea general del partido se atrevió a presentar a la corte un pliego en el cual, entre otros artículos injuriosos, se pedía que se reformara el consejo del rey. Desde el año de 1616 tomaron las armas en algunos lugares; la audacia de los hugonotes, unida a las divisiones de la corte, al odio contra los favoritos, a la inquietud de la nación, lo trastornó todo durante mucho tiempo. Se sucedieron las sediciones, intrigas, amenazas; se acudió repetidas veces a las armas, se hicieron apresuradamente paces que se rompieron del mismo modo; hechos todos que hicieron decir al célebre cardenal Bentivoglio, por aquel entonces nuncio en Francia, que no había visto en ella más que tempestades.

En el año 1621, las Iglesias reformadas de Francia le ofrecieron a Lesdiguières -que después fué Condestable- el generalato de sus ejércitos y cien mil escudos al mes. Pero Lesdiguières, menos cegado por su ambición que ellos por sus facciones, y que los conocía por haberlos mandado, prefirió combatirlos a dirigirlos; y como respuesta a sus ofrecimientos se hizo católico. Los hugonotes acudieron después al mariscal duque de Bouillon, quien dijo que era demasiado viejo, y por último, le dieron el fastidioso cargo al duque de Rohan, quien, junto con su hermano Soubise, se atrevió a hacerle la guerra al rey de Francia.

Por el mismo año, el condestable de Luynes llevó a Luis XIII de provincia en provincia. Sometió a más de cincuenta ciudades casi sin resistencia, pero fracasó en Montauban, donde el rey pasó por la vergüenza de levantar campamento. Sitiaron en vano La Rochela, que resistía por su propia fuerza y gracias a la ayuda de Inglaterra; y el duque de Rohan, culpable del crimen de lesa majestad, trató la paz con su rey, casi de corona a corona.

Después de esa paz y después de la muerte del condestable de Luynes, fué menester empezar de nuevo la guerra y sitiar otra vez La Rochela, que seguía aliada con Inglaterra contra su soberano y con los calvinistas del reino. Una mujer (la madre del

duque de Rohan) defendió esta ciudad durante un año del ejército real, de la actividad del cardenal de Richelieu y de la intrepidez de Luis XIII, quien afrontó varias veces la muerte en ese asedio. La ciudad padeció todos los rigores del hambre; y la rendición de la plaza se debió solamente al dique de quinientos pies de largo que el cardenal de Richelieu mandó construir, a semejanza del que Alejandro construyera en otro tiempo delante de Tiro. Con él dominó el mar y a los de La Rochela. El alcalde Guiton, que quería quedar sepultado bajo las ruinas de La Rochela, tuvo la audacia, después de rendirse a discreción, de aparecer con sus guardias frente al cardenal de Richelieu. Los alcaldes de las principales ciudades de los hugonotes tenían guardias. Le quitaron los suyos a Guiton y los privilegios a la ciudad. El duque de Rohan, jefe de los heréticos rebeldes, seguía haciendo la guerra por su partido; y, abandonado por los ingleses -a pesar de ser protestantes- se aliaba con los españoles, no obstante que eran católicos. Pero la firmeza del cardenal de Richelieu obligó a los hugonotes, derrotados en todas partes, a someterse.

Todos los edictos que hasta entonces se les habían concedido habían sido tratados hechos con los reyes. Richelieu quiso que al edicto emitido por él se le llamara el edicto de gracia. El rey apareció en el edicto como soberano que perdona. Se privó a La Rochela del ejercicio de la nueva religión, lo mismo que a la isla de Ré, a Oleron, a Privas, a Pamiers por lo demás, el edicto de Nantes, al que los calvinistas consideraron siempre como su ley fundamental, siguió en vigor.

Parece extraño que el cardenal de Richelieu, tan inflexible y tan audaz, no anulara ese famoso edicto: y es que obraba con otras miras, tal vez más difíciles de alcanzar, pero no menos proporcionadas a la magnitud de su ambición y a la altura de sus designios. Quiso alcanzar la gloria de reducir los espíritus, para lo cual su ilustración, su poder y su política lo hacían sentirse capaz. Se proponía ganarse algunos predicadores, a los que los reformados llamaban entonces ministros y que hoy se llaman pastores; hacerles confesar primero que el culto católico no era un crimen ante Dios, dominarlos luego gradualmente, ceder en algunos puntos poco importantes, y aparecer ante la corte de Roma como si no les hubiera concedido nada. Contaba con deslumbrar a una parte de los reformados, con seducir a la otra por medio de presentes y favores y dar, en fin, todas las apariencias de haberlos reunido a la Iglesia, dejando que el tiempo hiciera el resto, ocupándose tan sólo de la gloria de haber realizado o preparado esa gran obra, y de pasar por autor de la misma. El famoso capuchino José, de una parte, y dos ministros ganados a la causa, de la otra, comenzaron la negociación. Pero, al parecer, el cardenal de Richelieu había presumido demasiado, ya que es más difícil poner de acuerdo a teólogos que construir diques sobre el Océano.

Richelieu, desairado, se propuso aplastar a los calvinistas. Otras preocupaciones se lo impidieron. Tenía que luchar, a la vez, con los grandes del reino, la casa real, la casa de Austria, y, a menudo, con el propio Luis XIII. Murió, por último, en medio de todas aquellas borrascas, de muerte prematura. Dejó todos sus proyectos sin terminar y un nombre más brillante que amado y venerable.

Sin embargo, después de la toma de La Rochela y del edicto de gracia, las guerras civiles cesaron, pero siguieron las disputas. Una y otra parte editaban gruesos libros que nadie leía. El clero, y sobre todo los jesuitas, trataban de convertir a los hugonotes. Los ministros protestantes procuraban atraerse algunos católicos. El consejo del rey se hallaba atareado en dictaminar acerca de un cementerio que las dos religiones se disputaban en un pueblo, de un templo construido en un terreno que antes pertenecía a la Iglesia, de escuelas, de derechos de castillos, de entierros, de campanas, y rara vez los reformados ganaban sus pleitos. No quedaban más que esos pequeños escollos después de tantas devastaciones y saqueos. Los hugonotes se quedaron sin jefe cuando el duque de Rohan dejó de serlo y cuando la casa de Bouillon perdió Sedán. Llegaron incluso a considerar como un mérito el permanecer tranquilos en medio de las facciones de la Fronza y de las guerras civiles que príncipes, parlamentos y obispos provocaron, pretendiendo servir al rey contra el cardenal Mazarino.

No hubo casi problemas de religión durante la vida de este ministro. No puso ninguna objeción para otorgar el cargo de inspector general de finanzas a un calvinista extranjero, llamado Hervart. Todos los reformados participaron en los arriendos, subarriendos y demás cargos dependientes de ellos.

Colbert, que reavivó la industria de la nación y a quien se puede considerar como el fundador del comercio, empleó muchos hugonotes en las artes, en las manufacturas, en la marina. Todas estas ocupaciones útiles a las que se entregaron apaciguaron poco a poco en ellos el furor epidémico de la controversia; y la gloria que durante cincuenta años rodeó a Luis XIV, su poder, su gobierno firme y vigoroso, le quitaron al partido reformado, como a todos los órdenes del Estado, hasta la menor idea de resistencia. Las magníficas fiestas de una corte galante ponían en ridículo la pedantería de los hugonotes. A medida que el buen gusto se depuraba, los salmos de Marot y de Beze no podían inspirar más que el hastío. Esos salmos que encantaron a la corte de Francisco II no podían gustar más que al populacho durante el reinado de Luis XIV. La sana filosofía, que comenzó a mediados de aquel siglo a penetrar un poco en el mundo, debía también, a la larga, cansar a las personas cultas de las disputas de la controversia.

Pero en la espera de que la razón se hiciera escuchar poco a poco de los hombres, el mismo espíritu de polémica podía servir para mantener la tranquilidad del Estado; porque los jansenistas que comenzaban entonces a hacerse de una cierta reputación, ganaban para sí una parte de los sufragios de los que se nutren con esas sutilezas: escribían contra los jesuitas y contra los hugonotes; éstos replicaban a los jansenistas y a los jesuitas; los luteranos de la provincia de Alsacia escribían contra todos ellos. Esta guerra llevada con la pluma por todos esos partidos, mientras el Estado se ocupaba de grandes cosas y el gobierno era todopoderoso, estaba condenada a convertirse, en breve plazo, en una ocupación de gente ociosa que cae, tarde o temprano, en la indiferencia. Animaban a Luis XIV contra los reformados las exhortaciones continuas de su clero, las insinuaciones de los jesuitas, la corte de Roma y, por último, el canciller Le Tellier y su hijo Louvois, enemigos ambos de Colbert, y que deseaban la pérdida de los reformados por rebeldes, porque Colbert los protegía como súbditos útiles. Luis XIV que, por otra

parte, no tenía el menor conocimiento del fondo de su doctrina, los consideraba, no sin algo de razón, como antiguos rebeldes sometidos penosamente. Se aplicó primero a minar gradualmente, por todos lados, el edificio de su religión. Se les quitaba un templo con el menor pretexto. Se les prohibía casarse con jóvenes católicas; y en esto no fueron, tal vez, políticos muy hábiles, pues era ignorar el poder de un sexo que la corte, sin embargo, conocía muy bien. Los intendentes y los obispos trataban, por todos los medios plausibles, de arrebatarse los hijos a los hugonotes. En 1681 se le ordenó a Colbert que no aceptara a ningún hombre de esa religión para los arrendamientos. Se los excluyó en la medida de lo posible de las comunidades de artes y oficios. El rey, aunque los tenía bajo el yugo, no siempre se los hacía pesado. Se prohibió por decreto toda violencia contra ellos. A las advertencias se unió la severidad; sólo a las formalidades de la justicia se atendió muy rigurosamente.

Se empleó, sobre todo, un medio de conversión a menudo eficaz: el dinero; pero no se usó suficientemente este recurso. Encargaron a Pellison, que había sido durante mucho tiempo calvinista, muy conocido por sus obras, su elocuencia llena de recursos y su adhesión al superintendente Fouquet, de quien había sido empleado, favorito y víctima. Tuvo la suerte de ser iluminado y de cambiar de religión en un tiempo en que ese cambio podía conducirle a las dignidades y a la fortuna. Tomó el hábito eclesiástico, obtuvo beneficios y un cargo de magistrado acusador. El rey le confió la renta de las abadías de Saint-Germain-des Prés y de Cluny, en el año 1677, junto con las rentas del tercio de los economatos, para que las distribuyera entre quienes quisieran convertirse. El cardenal Lecamus, obispo de Grenoble, se había valido ya de ese procedimiento. Pellison, encargado del departamento, enviaba el dinero a las provincias. Se trataba de lograr muchas conversiones con poco dinero. Pequeñas sumas repartidas a los indigentes inflaban la lista que Pellison le presentaba al rey cada tres meses, persuadiéndolo de que todo en el mundo cedía a su poder o a sus beneficios.

El consejo, alentado por esos pequeños éxitos, que el tiempo hubiera hecho mayores, se decidió en 1681 a hacer una declaración según la cual los niños podían renunciar a su religión a la edad de siete años; en apoyo de la declaración se cogieron en las provincias muchos niños para hacerlos abjurar y se apostaron soldados en las casas de los padres.

Esta precipitación del canciller Le Tellier y de su hijo Louvois, hizo que huyeran inmediatamente, en 1681, muchas familias de Poitou, de Saintonge y de las provincias vecinas. Los extranjeros se apresuraron a sacar provecho de ello.

Los reyes de Inglaterra y de Dinamarca, y sobre todo la ciudad de Amsterdam, invitaron a los calvinistas de Francia a que se refugiaran en sus estados y les garantizaron un subsidio. La ciudad de Amsterdam se comprometió incluso a construir mil casas para los fugitivos.

El consejo vio las consecuencias peligrosas del uso demasiado violento de la autoridad y creyó ponerles remedio con la misma autoridad. Se dieron cuenta de lo necesarios que eran los artesanos en un país en que florecía el comercio, y los marineros en un tiempo

en que se establecía una potencia marítima. Se ordenó la pena de galeras para las gentes de esos oficios que intentaran escapar.

Al ver que muchas familias calvinistas vendían sus inmuebles, se dictó inmediatamente un decreto por el cual se confiscarían todos esos inmuebles en el caso de que sus vendedores saliesen del reino en el término de un año. Se redobló la severidad con los ministros protestantes. Se clausuraban sus templos a la menor contravención. Todas las rentas legadas en testamento a los consistorios se entregaron a los hospitales del reino.

Se prohibió a los maestros de escuela calvinistas recibir pupilos. Se impuso la talla a los ministros protestantes; se privó de la nobleza a los alcaldes protestantes. Los oficiales de la casa del rey y los secretarios de éste que eran protestantes recibieron orden de renunciar a sus cargos. No se les admitió en la profesión de notario o de abogado y se les impidió incluso actuar como procuradores.

Se le dio al clero en general la orden de hacer prosélitos, mientras se les prohibía a los pastores reformados hacerlos, so pena de destierro perpetuo. Todas estas resoluciones eran solicitadas públicamente por el clero de Francia. En resumidas cuentas, eran los niños de la casa que no querían compartir nada con extraños introducidos por fuerza.

Pellison seguía comprando conversos; pero madame Hervart, viuda del inspector general de finanzas, animada por el celo religioso que se ha advertido siempre en las mujeres, enviaba tanto dinero para evitar las conversiones, como Pellison remitía para hacerlas.

(1682) Por último, los hugonotes se decidieron a desobedecer en algunos lugares. Se reunieron en el Vivarais y el Delfinado, cerca de los lugares en que sus templos habían sido demolidos. Se los atacó y se defendieron. No era más que una levísima chispa de fuego de las antiguas guerras civiles. De doscientos a trescientos infelices, sin jefes, sin plazas fuertes y hasta sin planes, fueron dispersados en un cuarto de hora: los suplicios siguieron a su derrota. El intendente del Delfinado sometió al suplicio de la rueda al nieto del pastor Charnier, que había redactado el edicto de Nantes. Se cuenta entre el número de los mártires más famosos de la secta, y el nombre de Charnier ha sido venerado mucho tiempo entre los protestantes.

(1683) El intendente del Languedoc aplicó el mismo suplicio al predicador Chomel. Otros tres fueron condenados al mismo castigo y diez a la horca, pero la fuga que emprendieron los salvó y sólo fueron ejecutados en efigie.

Con todo esto se inspiraba terror y al mismo tiempo se aumentaba la obstinación. Es bien sabido que los hombres se aferran tanto más a su religión cuanto más sufren por ella.

Fue entonces cuando convencieron al rey de que después de haber mandado misioneros a todas las provincias era necesario enviar dragones. Estas violencias fueron hechas a destiempo y eran consecuencia del espíritu reinante entonces en la corte, que quería que todo se do-blegara ante Luis XIV. No se pensaba en que los hugonotes ya no eran

aquellos de Jarnac, de Moncontour y de Coutras; que la violencia apasionada de las guerras civiles se había extinguido; que esa larga enfermedad había degenerado en languidez; que entre los hombres todo tiene su momento; que si los padres habían sido rebeldes durante el reinado de Luis XIII, los hijos estaban sometidos durante el de Luis XIV. En Inglaterra, en Holanda, en Alemania, convivían en paz en las mismas ciudades sectas que en el siglo anterior se habían degollado mutuamente. Todo demostraba que a un rey absoluto le servían tan bien los católicos como los protestantes. Los luteranos de Alsacia eran una prueba fehaciente de ello. En fin, pareció dársele la razón a la reina Cristina, que había dicho en una de sus cartas, en ocasión de esas violencias y emigraciones: “Considero a Francia como a un enfermo a quien le cortan brazos y piernas para sanarlo de un mal que la dulzura y la paciencia hubieran curado totalmente.”

Luis XIV, que al apoderarse de Estrasburgo en 1681 protegió el luteranismo, podía haber tolerado en sus Estados el calvinismo, que hubiera desaparecido probablemente con el correr del tiempo, de la misma manera que disminuye un poco cada día el número de luteranos en Alsacia. ¿No se percataban de que haciéndoles fuerza a un gran número de súbditos se perdería un número mayor, el cual, a pesar de los edictos y de los guardias, huiría para escapar a una violencia considerada como una horrible persecución? ¿Qué razón había, en fin, para desear que más de un millón de hombres odiaran un nombre querido y precioso, al cual, protestantes y católicos, franceses y extranjeros, le habían dado entonces el sobrenombre de grande?

La política, incluso, parecía aconsejar que se conservara a los calvinistas, para oponerlos a las pretensiones continuas de la corte de Roma. Justo en esos momentos, el rey había roto abiertamente con Inocencio XI, enemigo de Francia. Pero Luis XIV, conciliando los intereses de su religión con los de su grandeza, quiso, a la vez, humillar con una mano al papa, y aplastar al calvinismo con la otra.

En esas dos empresas obraba movido por el brillo de la gloria que idolatraba. Los obispos, varios intendentes, el consejo entero, lo convencieron de que sus soldados, con sólo mostrarse, acabarían por lograr lo que los beneficios y las misiones habían iniciado. Creyó hacer uso tan sólo de su autoridad, pero aquellos a quienes se les confió esa autoridad la emplearon con extremado rigor.

A fines de 1684 y a principios de 1685, cuando Luis XIV, poderosamente armado, no temía a ninguno de sus vecinos, se enviaron tropas a todas las ciudades y castillos en que vivían la mayor parte de los protestantes; y como los dragones, bastante mal disciplinados en aquel tiempo, fueron quienes cometieron mayores excesos, se llamó a esa ejecución la dragonada.

También las fronteras estaban cuidadosamente vigiladas, tanto como era posible, para prevenir la fuga de aquellos a quienes se quería reunir a la Iglesia. Era una especie de cacería hecha en un gran coto.

Un obispo, un intendente, un subdelegado, o un cura, o alguien que estuviera autorizado, marchaba al frente de los soldados. Se reunía a las principales familias calvinistas, sobre todo a las que se creían más fáciles de persuadir. Éstas renunciaban a su religión en nombre de las demás, y los obstinados eran entregados a los soldados, que cometieron con ellos toda clase de excesos, excepto el de matarlos. Sin embargo, hubo muchas personas tan cruelmente maltratadas que murieron a causa de ello. Los hijos de los refugiados en los países extranjeros claman todavía contra esa persecución desencadenada contra sus padres, comparándola con las más violentas que la Iglesia padeció en los primeros tiempos.

Era una extraña paradoja que del seno de una corte voluptuosa en la que reinaban la dulzura de las costumbres, las gracias y los encantos de la sociedad, partieran órdenes tan duras y tan despiadadas. El marqués de Louvois puso en este asunto la inflexibilidad de su carácter; mostró en su actuación la misma índole moral con que había pretendido sumergir a Holanda bajo las aguas, y que, después, redujo el Palatinado a cenizas. Se conservan todavía cartas de su puño y letra, escritas en ese año de 1685, que rezan como sigue: “Su Majestad desea que se trate con el mayor rigor a quienes no quieran convertirse a su religión; y quienes quieran merecer la gloria tonta de ser los últimos, deben ser llevados a los últimos extremos.”

París no se vio expuesto a esos vejámenes, los gritos se hubiesen oído muy cerca del trono. No cuesta trabajo hacer desgraciados, pero se sufre oyendo sus clamores.

(1685) Mientras se derribaban los templos en todas partes y se pedían en las provincias abjuraciones a mano armada, el edicto de Nantes fue revocado por último en el mes de octubre 9 de 1685, con lo que se acabó de arruinar el edificio ya minado por todos lados.

La Cámara del edicto había sido suprimida. Se ordenó a los consejeros calvinistas del Parlamento renunciar a sus cargos. Aparecieron, una tras otra, gran número de resoluciones del consejo para extirpar los restos de la religión proscrita. La más fatal fue la que ordenaba quitar los hijos a los presuntos reformados para ponerlos en manos de los católicos más próximos: orden contra la que clamaba con vigor la voz de la naturaleza.

Pero con el célebre edicto que revocó el de Nantes parecía que se trataba de conseguir un resultado fatalmente opuesto al fin perseguido. Se quería hacer volver a los calvinistas del reino al seno de la Iglesia. Gourville, hombre muy prudente, al ser consultado por Louvois, le propuso, como es sabido, que se encarcelara a todos los ministros y que sólo se dejara en libertad a quienes, comprados con pensiones secretas, abjuraran en público e hicieran más por realizar la unión que los misioneros y los soldados. En lugar de seguir este hábil consejo político, se ordenó, en el edicto, que salieran del reino, en el término de quince días, todos los ministros que no querían convertirse. Se necesitaba estar ciego para pensar que expulsando a los pastores una gran parte del rebaño no los seguiría. Era confiar demasiado en el propio poder y conocer mal a los hombres, creer que todos esos corazones lacrados y todas esas imaginaciones exaltadas por la idea del martirio, sobre todo en las comarcas

meridionales de Francia, no se expondrían a todo para ir al extranjero a hacer pública su constancia y la gloria de su destierro, siendo tantas las naciones que, envidiosas de Luis XIV, les tendían los brazos a esas caravanas de fugitivos.

El anciano canciller Le Tellier, al firmar el edicto, exclamó lleno de alegría: Nunc dimittis servum tuum, Domine... quia viderunt oculi mei salutaru tuum. No sabía que firmaba una de las grandes desgracias de Francia.

Louvois, su hijo, también se engañaba al creer que bastaba con una orden suya para vigilar todas las fronteras y todas las costas e impedir la huida de los que consideraban la fuga como un deber. La astucia puesta en burlar la ley es siempre más fuerte que la autoridad: bastaba con sobornar a algunos guardias para favorecer a la multitud de refugiados. En el lapso de tres años salieron del reino cerca de cincuenta mil familias, seguidas más tarde por otras. Llevaron al extranjero las artes, las manufacturas, la riqueza. Casi todo el norte de Alemania, región todavía agreste y carente de industria, adquirió un nuevo aspecto con esas multitudes trasplantadas. Poblaron ciudades enteras. Los géneros, los galones, los sombreros, las medias, que antes se compraban en Francia, fueron fabricados por ellos. Un barrio entero de Londres se pobló de obreros franceses que trabajaban la seda; otros llevaron a esa ciudad el arte de la cristalería, que se perdió en Francia. Es muy común también encontrar en Alemania el oro que los refugiados llevaron consigo. Así, pues, Francia perdió alrededor de quinientos mil habitantes, una enorme cantidad de metálico y, sobre todo, artes con las que se enriquecieron los enemigos. Holanda se hizo de excelentes oficiales y soldados. El príncipe de Orange y el duque de Saboya tuvieron regimientos enteros de refugiados. Esos mismos soberanos de Saboya y del Piamonte que habían cometido tantas crueldades contra los reformados de su país, asalariaban a los de Francia; y no era indudablemente por celo religioso, por lo que los alistaba el príncipe de Orange. Hubo algunos, incluso, que se establecieron en el cabo de Buena Esperanza. El sobrino del célebre Duquesne, teniente general de la marina, fundó una pequeña colonia en ese lejano confín, que no prosperó porque los que se embarcaron perecieron en su mayor parte, aunque todavía quedan restos de esa colonia vecina de los hotentotes. Los franceses han sido dispersados más lejos que los judíos.

En vano se llenaron las galeras y las prisiones con aquellos a quienes se detenía en su fuga. ¿Qué hacer con tantos desdichados a quienes los tormentos robustecían la fe? ¿Cómo dejar en galeras gente de ley, ancianos, enfermos? Se embarcó a algunos centenares para América. Por último, el consejo creyó que con no prohibir la salida del reino, y quitarle con ello a la gente el incentivo de la desobediencia, se producirían menos desertiones. Se equivocaron de nuevo, y después de haber abierto los pasos, los cerraron inútilmente por segunda vez.

En 1685, se prohibió a los calvinistas tener criados católicos, por temor de que los amos los pervirtieran; y, al año siguiente, otro edicto les ordenó despedir a los sirvientes hugonotes, a fin de poderlos detener como vagabundos. La manera de perseguirlos era caprichosa, lo único constante era el propósito de oprimirlos para lograr su conversión.

Una vez destruidos la totalidad de los templos y desterrados los ministros, se trató de mantener en la comunión romana a todos los que se habían convertido por la persuasión o por el temor. Quedaban más de cuatrocientos mil en el reino. Estaban obligados a oír misa y a comulgar. Algunos, que escupieron la hostia después de haberla recibido, fueron condenados a ser quemados vivos. Los cuerpos de los que no querían recibir los sacramentos al morir eran arrastrados y arrojados al muladar.

Toda persecución hace prosélitos, si se castiga cuando los sentimientos están vivos. Los calvinistas se reunían en todas partes para cantar sus salmos, a pesar de la pena de muerte ordenada contra quienes realizaran asambleas. Se castigaba también con la pena de muerte a los ministros que volvieran al reino, y se ofrecían cinco mil quinientas libras de recompensa a quien los denunciara. Volvieron varios y se los hizo morir en la horca o en la rueda.

La secta subsistió, aunque parecía aplastada. En la guerra de 1689 esperó en vano que el rey Guillermo, que había destronado a su suegro católico, sostuviera en Francia el calvinismo. Pero en la guerra de 1701 la rebelión y el fanatismo estallaron en el Languedoc y en las comarcas vecinas.

Se hicieron profecías que incitaron a la rebelión. Las predicciones han sido, en todo tiempo, un medio utilizado para seducir a los simples y para exaltar a los fanáticos. Basta con que se realice, por azar, uno sólo de cien acontecimientos pronosticados por los bribones, para que los demás se olviden, y que se considere al acertado como prenda del favor de Dios y prueba del prodigio. Si alguna predicción no se cumple, se la explica, se le da un nuevo sentido; los entusiastas la adoptan y los imbéciles la creen.

El ministro Jurieu fue uno de los más ardientes profetas. Empezó por colocarse por encima de un Cotterus, de no sé qué Cristina, de un Justus Velsius, de un Drabitus, a quienes juzgaba como personas inspiradas por Dios. Luego se puso casi a la par del autor del Apocalipsis y de San Pablo; sus partidarios, o más bien sus enemigos, hicieron acuñar en Holanda una medalla con este exergo, *Jurius propheta*. Prometió la liberación del pueblo de Dios durante ocho años. Su escuela de profecía se hallaba establecida en las montañas del Delfinado, del Vivarais y de los Cevennes, país que ni mandado hacer para las predicciones, poblado por ignorantes y por cerebros febriles, calentados por el calor del clima y más aún por sus predicadores.

La primera escuela de profecía se estableció en una fábrica de vidrio, sobre una montaña del Delfinado llamada Peira; desde allí un viejo hugonote llamado De Serre anunció la ruina de Babilonia y el restablecimiento de Jerusalén. Enseñaba a los niños las palabras de la Escritura que dicen: “Porque donde están (los o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos; si tuviereis fe moveríais este monte.” Luego recibía el espíritu: se le confería soplándole en la boca, porque se dice en San Mateo que Jesús sopló sobre sus discípulos antes de morir; se ponía fuera de sí; tenía convulsiones; cambiaba de voz; se quedaba inmóvil, extraviado, con los cabellos erizados, de acuerdo con la antigua costumbre de todas las naciones y de acuerdo con esas reglas de demencia transmitidas de siglo en siglo. De esta manera los niños recibían el don de

profesía, y si no eran capaces de mover montañas, era porque si bien tenían bastante fe para recibir el espíritu, no la tenían suficiente para hacer milagros; por lo cual redoblaban su fervor a fin de obtener ese don.

Mientras que los Cevennes se convertían en la escuela del entusiasmo, ministros llamados apóstoles volvían subrepticamente a predicar a los pueblos.

Claude Brousson, de una respetable familia de Nîmes, hombre elocuente y pleno de celo, estimadísimo entre los extranjeros, volvió a su patria en 1698, y quedó convicto, no solamente de haber desempeñado su ministerio a pesar de los edictos, sino de haber tenido, diez años antes, correspondencias con los enemigos del Estado. En efecto, había proyectado introducir tropas inglesas y saboyanas en el Languedoc. Este proyecto, escrito de su puño y letra y dirigido al duque de Schomberg, hacía tiempo que había sido interceptado y estaba en manos del intendente de la provincia. Brousson erró de ciudad en ciudad, fué apresado en Oléron y trasladado a la ciudadela de Montpellier. El intendente y sus jueces lo interrogaron: contestó que era el apóstol de Jesucristo, que había recibido al Espíritu Santo, que no debía traicionar la fe que se le había confiado, que su deber era distribuir el pan de la palabra a sus hermanos. Se le preguntó si los apóstoles habían redactado proyectos para sublevar a las provincias; se le mostró su fatal escrito y todos los jueces lo condenaron por unanimidad a ser arrastrado vivo (1689). Murió como morían los primeros mártires. Toda la secta, lejos de considerarlo como un criminal político, vio en él al santo que había pagado su fe con su sangre, y se imprimió el Martirio de M. Brousson.

Entonces se multiplican los profetas y se robustece el espíritu de violencia. Desgraciadamente, en 1703, un abate de la casa Du Chaila, inspector de las misiones, obtiene una orden de la corte para encerrar en un convento a dos hijas de un gentilhomme, recién convertido. En vez de llevarlas al convento, las lleva primero a su castillo. Los calvinistas se agrupan: derriban las puertas, liberan a las dos jóvenes y a algunos otros prisioneros. Los sediciosos se apoderan del abate Du Chaila, le ofrecen perdonarle la vida si se convierte a su religión. Rechaza el ofrecimiento. Un profeta le grita: “Muere entonces, el espíritu te condena, tu pecado está contra tí”, y lo matan a tiros de fusil. Inmediatamente después, apresan a los recaudadores de la capitación y los ahorcan con sus registros al cuello. Luego se arrojan sobre los sacerdotes que encuentran y los matan. Los persiguen, se retiran a los bosques y roquedales. Su número aumenta: sus profetas y profetisas les anuncian, de parte de Dios, el restablecimiento de Jerusalén y la caída de Babilonia. El abate de La Bourlie aparece inesperadamente entre ellos, en medio de sus retiros salvajes, y les lleva dinero y armas.

Este abate era hijo del marqués de Guiscard, sub-preceptor del rey, uno de los hombres más sabios del reino. El hijo no era digno de tal padre. Refugiado en Holanda por un crimen, fué a los Cevennes a excitar la rebelión. Poco tiempo después pasó a Londres, donde fué detenido en 1711 por haber traicionado al ministerio inglés, después de traicionar a su país. Llevado ante el consejo, tomó de encima de la mesa uno de esos largos cortaplumas con los que se puede cometer un asesinato e hirió con él al canceller

Robert Harley, después conde de Oxford, por lo cual lo condujeron a la prisión cargado de grillos. Se suicidó para evitar el suplicio. Fue, pues, este hombre el que, en nombre de los ingleses, de los holandeses y del duque de Saboya, alentó a los fanáticos y les prometió poderosa ayuda.

(1703) Una gran parte del país los ayudaba en secreto. Su grito de guerra era: Abajo los impuestos y libertad de conciencia. Este grito sedujo en todas partes a la plebe. Esas violencias justificaban a los ojos del pueblo la intención que había tenido Luis XIV de extirpar el calvinismo; pero sin la revocación del edicto de Nantes no hubiera sido necesario combatir esas exaltaciones.

El rey manda primero al mariscal de Montrevel con algunas tropas. Le hace la guerra a esos desgraciados con una barbarie que supera a la suya propia. Arrastran y queman a los prisioneros; pero también los soldados que caen en manos de los rebeldes reciben muerte cruel. El rey, obligado a sostener la guerra en todos lados, sólo podía enviar muy pocas tropas contra ellos. Era difícil sorprenderlos entre las rocas, casi inaccesibles entonces, en las cavernas, en los bosques, en los que caminaban por caminos intransitables, y de los cuales descendían inesperadamente como bestias feroces. Llegaron a desafiar, en combate regular, a tropas de la marina. Se enviaron a combatirlos, sucesivamente, tres mariscales de Francia.

Al mariscal de Montrevel le sucedió, en 1704, el mariscal de Villars. Como le era más difícil aún encontrarlos que derrotarlos, el mariscal de Villars, después de hacerse temer, les propuso una amnistía. Algunos consintieron desengañados de las promesas de socorro del duque de Saboya, quien, a ejemplo de tantos soberanos, los perseguía en su país y quería protegerlos en los países enemigos.

El más prestigiado de sus jefes y el único que merezca ser nombrado, era Jean Cavalier. Lo he visto después en Holanda y en Inglaterra. Era un hombrecito rubio, de fisonomía dulce y agradable. En su partido lo llamaban David. De oficial panadero se había convertido en jefe de una gran multitud, a la edad de veintitrés años, por su valor y por la ayuda de una profetisa que lo hizo reconocer por orden expresa del Espíritu Santo. Cuando le propusieron la amnistía estaba al frente de ochocientos hombres organizados por él. Pidió rehenes y se le dieron. Se dirigió a Nîmes, seguido de uno de los jefes, donde trató con el mariscal de Villars.

(1704) Prometió formar cuatro regimientos con los sublevados, quienes servirían al mando de cuatro coroneles, de los cuales el primero sería él y los otros tres serían nombrados también por él. Esos regimientos deberían poder ejercer libremente su religión, como las tropas extranjeras asalariadas por Francia; pero dicho ejercicio no tendría que ser permitido en otras partes. Estas condiciones iban a ser aceptadas cuando llegaron emisarios de Holanda para evitar que se cumplieran, mediante dinero y promesas. Separaron de Cavalier a los principales fanáticos. Pero habiéndole dado su palabra al mariscal de Villars, quiso mantenerla. Aceptó el nombramiento de coronel y empezó a formar su regimiento con ciento treinta hombres que le eran adictos.

He oído con frecuencia contar al propio mariscal de Villars que al preguntarle a aquel joven cómo podía, a su edad, tener tanta autoridad sobre hombres tan feroces y tan indisciplinados, le contestó que cuando le desobedecían, su profetisa, llamada la gran María, entraba inmediatamente en trance y condenaba a muerte a los refractarios, a quienes se ejecutaba sin discutir. Le hice más tarde la misma pregunta a Cavalier y obtuve igual respuesta.

Esta negociación singular se realizaba después de la batalla de Hochstedt. Luis XIV, que tan arrogantemente había prohibido el calvinismo, hizo la paz, con el nombre de amnistía, con un obrero panadero, al que el mariscal de Villars le entregó el nombramiento de coronel con una pensión de mil doscientas libras.

El nuevo coronel se dirigió a Versalles, donde recibió las órdenes del ministro de guerra. El rey lo vio y se encogió de hombros. Cavalier, vigilado por el ministerio, sintió temor y se retiró al Piamonte, de donde se trasladó a Holanda y a Inglaterra. Peleó en España y mandó un regimiento de refugiados franceses en la batalla de Almansa. Lo acontecido a este regimiento prueba la furia de las guerras civiles y cuánto acrece la religión esta violencia. Las tropas de Cavalier se encontraron frente a un regimiento francés, y en cuanto se reconocieron, se arrojaron los unos contra los otros con la bayoneta, sin disparar. Ya hemos hablado de que la bayoneta no es muy útil en los combates. La serenidad de la primera línea, formada por tres filas, después de haber hecho fuego, decide la suerte de la jornada; pero en esa ocasión la ira hizo lo que casi nunca hace el valor. No quedaron ni trescientos hombres de esos regimientos. El mariscal de Berwick contaba a menudo, con admiración, esta aventura.

Cavalier murió siendo oficial general y gobernador de la isla de Jersey, con fama de hombre muy valeroso; de sus primeros arrebatos conservaba tan sólo el coraje, pues había ido cambiando poco a poco un fanatismo, al que ya no estimulaba el ejemplo, por la prudencia.

El mariscal de Berwick reemplazó al de Villars, cuando éste fué mandado llamar del Languedoc. Las desgracias de las armas del rey enardecían a los fanáticos del Languedoc, que esperaban auxilios del cielo y los recibían de los aliados. Se les enviaba dinero por intermedio de Ginebra. Esperaban oficiales que debían serles enviados de Holanda y de Inglaterra, y tenían inteligencias en todas las ciudades de la provincia.

Se puede poner a la altura de las más grandes conspiraciones la que tramaron para apoderarse en Nîmes del duque de Berwick y del intendente Bâville, sublevar el Languedoc y el Delfinado y dar paso a los enemigos. El secreto fué guardado por más de mil conjurados, pero bastó con la indiscreción de uno sólo para descubrirlo todo. Más de doscientas personas murieron en el tormento. El mariscal de Berwick hizo exterminar a sangre y fuego a todos los desdichados que cayeron en sus manos. Unos murieron con las armas en la mano, otros en las ruedas o en la hoguera, y otros más, dedicados a las profecías más que a las armas, encontraron el medio de dirigirse a Holanda, donde fueron recibidos como enviados del cielo por los refugiados franceses. Marcharon a su encuentro cantando salmos y alfombrando el camino con ramas de

árboles. Varios de estos profetas fueron a Inglaterra; pero advirtiendo que la Iglesia episcopal tenía demasiado en común con la Iglesia romana, quisieron hacer predominar la suya. Era tan absoluta su convicción que, creyendo como creían que una gran fe podía obrar muchos milagros, ofrecieron resucitar a un muerto, e incluso cualquier muerto que se les entregara para ello. El pueblo es pueblo en todas partes; y los presbiterianos podían unirse a esos fanáticos contra el clero anglicano. ¿Quién creería que uno de los más grandes geómetras de Europa, Fatio Duiller, y un literato muy sabio, llamado Daudé, estuviesen a la cabeza de aquellos energúmenos? El fanatismo llega a hacer su cómplice a la misma ciencia y ahoga la razón.

El gobierno inglés adoptó la actitud que siempre debería tomarse con los hombres que hacen milagros. Se les permitió desenterrar un muerto en el cementerio de la iglesia catedral. Se rodeó de guardias el lugar. Todo se efectuó con las formalidades legales. La escena terminó poniendo en la picota a los profetas.

Los excesos del fanatismo no podían tener mucho éxito en Inglaterra, donde la filosofía comenzaba a dominar. Ya no agitaron a Alemania, desde que las tres religiones, la católica, la evangélica y la reformada, gozaban de una misma protección por los tratados de Westfalia. Las Provincias unidas permitían el ejercicio de todas las religiones, por tolerancia política. En fin, al finalizar aquel siglo, sólo en Francia se produjeron grandes disputas eclesiásticas, a pesar de los progresos de la razón. Esa razón, que tan lentamente progresaba entre los doctos, apenas si avanzaba entre los doctores y menos aún entre el común de los ciudadanos. Es menester que se entronice primero en las cabezas principales, descienda progresivamente a las demás y gobierne por último al pueblo mismo, que si bien no la conoce, aprende a ser moderado al ver la moderación de sus superiores. Es ésta una de las grandes obras del tiempo, pero ese tiempo no había llegado aún.

CAPITULO XXXVII

DEL JANSENISMO

El calvinismo debía, necesariamente, producir guerras civiles y sacudir los cimientos de los Estados. El jansenismo sólo podía suscitar querellas teológicas y guerras de pluma, ya que, una vez rotos por los reformadores del siglo XVI todos los lazos con los que la Iglesia romana mantenía atados a los hombres, considerado como idolatría lo que tenía de más sagrado, y abierto las puertas de sus claustros y puesto sus tesoros en manos de los seglares, era preciso que uno de los dos partidos pereciera a manos del otro. En efecto, en ningún país la religión de Calvino y de Lutero apareció sin provocar persecuciones y guerras. Pero como no atacaron en lo más mínimo a la Iglesia, no discutieron los dogmas fundamentales ni amenazaron los bienes, y escribieron sobre cuestiones abstractas, unas veces contra los reformadores, otras contra las constituciones de los papas, los jansenistas no tuvieron prestigio en ninguna parte; y han terminado por ver a su secta despreciada en casi toda Europa, aunque haya tenido algunos partidarios muy respetables por su talento y por sus costumbres.

Por el tiempo en que los hugonotes atraían sobre sí una seria atención, el jansenismo inquietó más que transtornó a Francia. Estas disputas vinieron de fuera, como muchas otras. Primero, cierto doctor de Lovaina, llamado Michel Baius,¹ a quien llamaban Baius, según la costumbre pedante de esos tiempos, defendió en el año 1552 algunas proposiciones sobre la gracia y sobre la predestinación.

Este problema, como casi toda la metafísica, entra, por su fondo, dentro del laberinto de la fatalidad y de la libertad en el que se ha extraviado toda la Antigüedad, y en el que el hombre casi no tiene hilo que lo conduzca. La curiosidad, dada por Dios al hombre, impulso necesario para instruirnos, nos lleva con frecuencia a rebasar los límites, como todos los demás móviles de nuestra alma, que, si no pudieran llevarnos demasiado lejos, quizá jamás nos excitarían lo suficiente.

Por eso se ha discutido sobre todo lo conocido y por conocer; pero mientras que los debates de los antiguos filósofos fueron siempre pacíficos, los de los teólogos son, con frecuencia, sangrientos y siempre turbulentos.

Algunos franciscanos que no entendían de estas cuestiones más que Michel Baius, creyeron que se ponía en entredicho el libre albedrío y a la doctrina de Escoto en peligro. Disgustados, además, con Baius con motivo de una disputa más o menos semejante, defirieron setenta y seis proposiciones de Baius al Papa Pío V. Fué Sixto V, entonces general de los franciscanos, quien redactó la bula de condenación, en 1567.

Fuera por temor de comprometerse, por fatiga de examinar tales sutilezas, o bien por indiferencia y por desprecio a las tesis de Lovaina, las setenta y seis proposiciones

fueron condenadas en bloque, por heréticas, reveladoras de herejía, malsonantes, temerarias y sospechosas, sin especificar nada ni entrar en ningún detalle. Este método es el de un poder supremo y deja poco margen a la disputa. Los doctores de Lovaina se encontraron en situación embarazosa al recibir la bula; había, sobre todo, una frase en la que una coma, según donde se la colocara, condenaba o toleraba algunas opiniones de Michel Baius. La universidad mandó emisarios a Roma para que el Santo Padre les hiciera saber dónde era necesario poner la coma. La corte de Roma, que tenía otros asuntos que atender, envió, por toda respuesta a esos flamencos, un ejemplar de la bula en el que no había absolutamente ninguna coma. Lo guardaron en los archivos. El gran vicario, llamado Morillon, dijo que era necesario aceptar la bula del Papa, aunque hubiera errores. Morillon tenía razón desde el punto de vista político, porque es, en verdad, mejor admitir cien bulas erróneas que reducir a cenizas cien ciudades como han hecho los hugonotes y sus adversarios. Baius dio oídos a Morillon y se retractó pacíficamente.

Varios años después, España, tan fecunda en autores escolásticos como estéril en filósofos, produjo al jesuita Molina, que creyó haber descubierto, precisamente, la manera como Dios obra sobre las criaturas y la forma con que éstas le resisten. Distinguió el orden natural y el orden sobrenatural, la predestinación a la gracia y la predestinación a la gloria, la gracia preventiva y la cooperante. Fué quien inventó el concurso concomitante, la ciencia media y el congruismo. Esa ciencia media y ese congruismo eran, sobre todo, ideas raras. Dios, por su ciencia media, consulta hábilmente la voluntad del hombre para saber que es lo que hará cuando haya obtenido su gracia; y después, de acuerdo con el uso que adivine que hará el libre albedrío, toma las disposiciones pertinentes para determinar al hombre, y esas disposiciones son el congruismo.

Los dominicos españoles no entendían más que los jesuitas esa explicación, pero como estaban celosos de ellos, escribieron que el libro de Molina era el precursor del Anticristo.

La corte de Roma avocó la disputa, que ya estaba en manos de los grandes inquisidores, y ordenó, con mucha sensatez, silencio a los dos partidos, silencio que no guardaron ni uno ni otro. Por último, se litigó seriamente ante Clemente VIII, y, para vergüenza del espíritu humano, todo Roma tomó parte en el proceso. Un jesuita llamado Achille Gaillard le aseguró al Papa que había un medio seguro de devolver la paz a la Iglesia; propuso con mucha gravedad que se aceptara la predestinación gratuita a condición de que los dominicos admitieran la ciencia media, y que se conciliaran esos dos sistemas como se pudiera. Los dominicos rechazaron la transacción de Achille Gaillard. El célebre Lemos, dominico, sostuvo el concurso preveniente y el complemento de la virtud activa. Las congregaciones se multiplicaron sin que nadie se entendiese.

Clemente VIII murió antes de haber podido aclarar los argumentos en pro y en contra. Pablo V reanudó el proceso, pero como tenía uno más importante con la república de Venecia, puso fin a todas las congregaciones que se llamaban y se llaman todavía de

auxiliis. Se les daba este nombre, tan confuso como las causas que se ventilaban, porque esa palabra significa socorro, y en aquella disputa se averiguaban los socorros que Dios da a la débil voluntad del hombre. Pablo V terminó por ordenar a los dos partidos que viviesen en paz.

Mientras los jesuitas establecían su ciencia media y su congruismo, Cornelio Jansenio, obispo de Ypres, renovaba algunas ideas de Bañus en un voluminoso libro sobre San Agustín, impreso después de su muerte; de manera que, sin que jamás se le hubiera ocurrido, se convirtió en jefe de secta. Casi nadie leyó ese libro, causa de tantas conmociones; pero Duverger de Hauranne, abate de Saint-Cyran, amigo de Jansenio, hombre ardiente y escritor difuso y oscuro, vino a París y convenció a algunos jóvenes doctores y a algunas mujeres de edad. Los jesuitas pidieron a Roma la condenación del libro de Jansenio, en consecuencia con la de Bañus, y la obtuvieron en 1641; pero en París, la Facultad de Teología y todos cuantos se preciaban de razonar, fueron divididos. No parece que se obtenga ninguna gran ventaja con pensar como Jansenio que Dios manda cosas imposibles: no es filosófico ni consolador; pero el placer inconsciente de ser de un partido, el odio que se sentía contra los jesuitas, el deseo de distinguirse y la inquietud de espíritu, formaron una secta.

La facultad condenó cinco proposiciones de Jansenio, por mayoría de votos. Las cinco proposiciones se habían sacado del libro muy fielmente en cuanto al sentido, pero no así en cuanto a las palabras. Sesenta doctores apelaron al parlamento como de abuso, y la cámara de audiencias ordenó que comparecieran las partes.

Las partes no comparecieron; pero, de una parte, un doctor llamado Habert sublevaba los ánimos contra Jansenio, y de la otra, el famoso Arnauld, discípulo de Saint-Cyran, defendía el jansenismo con la impetuosidad de su elocuencia. Odiaba a los jesuitas mucho más de lo que amaba a la gracia activa; y era más odiado todavía por ellos por ser hijo de un padre que, habiéndose dedicado al foro, había abogado violentamente en nombre de la Universidad contra su establecimiento. Sus antepasados se habían ganado mucha consideración con la toga y con la espada. Su temperamento y las circunstancias en que se encontró, lo decidieron a emprender la guerra de pluma y a convertirse en jefe de partido, ambición que eclipsa a todas las demás. Combatió contra los jesuitas y contra los reformados hasta la edad de ochenta años. Se conservan ciento cuatro volúmenes escritos por él y casi ninguno que pueda entrar en la categoría de los buenos libros clásicos que honraron el siglo de Luis XIV y que integran actualmente la biblioteca de todas las naciones. Todas sus obras tuvieron una gran aceptación en su tiempo por la reputación del autor y el calor de las disputas. Ese calor se ha entibiado y los libros se han olvidado. Sólo quedaron los que pertenecían simplemente a la razón, su Geometría, la Gramática razonada, la Lógica, una gran parte de los cuales era suya. Nadie habla nacido con un espíritu más filosófico, pero su filosofía fué corrompida por la facción que lo arrastró, y que sumió durante sesenta años en miserables disputas de escuela, y en los infortunios ligados a la terquedad, a un espíritu hecho para iluminar a los hombres.

También los obispos, como la Universidad, fueron divididos por aquellas cinco famosas proposiciones. Ochenta y ocho obispos de Francia escribieron conjuntamente a Inocencio X para rogarle que decidiera; y otros once le escribieron para rogarle que no hiciera nada. Inocencio X juzgó; condenó cada una de las cinco proposiciones por separado: pero no dio las citas de las páginas de las que estaban sacadas, ni de lo que las precedía, ni de lo que las seguía.

Esta omisión, que no hubiera ocurrido en un asunto civil del menos importante de los tribunales, fué hecha por la Sorbona, por los jansenistas, por los jesuitas y por el Sumo Pontífice. El fondo de las cinco proposiciones condenadas se encuentra evidentemente en Jansenio; basta con abrir el tercer tomo en la página 138, edición de París de 1641, donde se lee palabra por palabra:

“Todo eso demuestra plena y evidentemente que no hay nada más cierto y más fundamental, en la doctrina de San Agustín, que el que hay algunos mandamientos imposibles, no solamente para los infieles, para los ciegos, para los endurecidos, sino para los fieles y para los justos, a pesar de su voluntad y de sus esfuerzos, según las fuerzas que tengan; y a quienes les falta la gracia que haría posible esos mandamientos.” Se lee también en la página 165 “que Jesucristo no ha muerto, según San Agustín, por todos los hombres”.

El cardenal Mazarino hizo que la asamblea del clero aceptara unánimemente la bula del Papa. En esos momentos estaba a bien con el Papa; no quería a los jansenistas, y odiaba con razón las facciones.

Parecía que la paz había vuelto a la Iglesia de Francia: pero los jansenistas escribieron tantas epístolas, se citó tanto a San Agustín, se hizo trabajar en ello a tantas mujeres, que después de aceptada la bula hubo más jansenistas que nunca.

Un sacerdote de San Sulpicio negó la absolución a M. de Liancourt porque decía que no creía que estuvieran en Jansenio las cinco proposiciones y porque en su casa tenía herejes. Nuevo escándalo, y nuevo tema para escribir sobre él. El doctor Arnauld se distinguió al sostener en una nueva epístola a un duque y par, real. o imaginario, que las proposiciones de Jansenio condenadas no se encontraban en Jansenio, sino en San Agustín y en varios Padres. Agregó que “San Pedro era un justo a quien la gracia, sin la que nada se puede, le había faltado”.

Cierto es que San Agustín y San Juan Crisóstomo habían dicho la misma cosa, pero las circunstancias que todo lo cambian hicieron culpable a Arnauld. Se decía que era necesario poner agua en el vino de los Santos Padres: porque lo que para unos es un objeto serio, es siempre para otros motivo de bromas. La facultad se reunió y el propio Seguier asistió enviado por el rey. Arnauld fué condenado y excluido de la Sorbona, en 1654. La presencia del canciller entre teólogos dejó una sensación de despotismo que desagradó a la gente; y la precaución que se tomó de llenar la sala con una multitud de doctores, monjes mendicantes, que no acostumbraban reunirse en tan gran número, hizo decir a Pascal en sus Provinciales “que era más fácil encontrar monjes que razones”.

La mayor parte de esos monjes no aceptaba el congruismo, la ciencia media, la gracia versátil de Molina; pero sostenía una gracia suficiente a la cual la voluntad puede acceder y jamás accede; una gracia eficaz a la cual se puede resistir y no se resiste; y explicaban todo esto claramente diciendo que se podía resistir a esa gracia en el sentido dividido, y no en el sentido compuesto.

Si estas cosas sublimes no van demasiado de acuerdo con la razón humana, el pensamiento de Arnauld y de los jansenistas parecía estar excesivamente de acuerdo con el calvinismo puro. Éste era precisamente el fundamento de la disputa de los gomaristas y arminianos, que dividió a Holanda como el jansenismo dividió a Francia; pero que en Holanda se convirtió en una facción política antes que en una disputa de personas ociosas, e hizo correr sobre el patíbulo la sangre del pensio-nario Barneveldt: violencia atroz que los holandeses detestan actualmente, una vez que han abierto los ojos a lo absurdo de aquellas polémicas, al horror de la persecución y a la prudente necesidad de la tolerancia: recurso de los sabios que gobiernan contra el entusiasmo de los que argumentan. Esta disputa produjo en Francia únicamente mandamientos, bulas, ordenanzas y folletos, porque había entonces querellas más importantes que solucionar.

Arnauld fué, pues, separado tan sólo de la facultad. Esta pequeña persecución le ganó una multitud de amigos: pero tanto él como los jansenistas tuvieron siempre en su contra a la Iglesia y al Papa. Una de las primeras medidas que tomó Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, fué la de renovar las censuras contra las cinco proposiciones. Los obispos de Francia que ya habían redactado un formulario, escribieron otro cuya conclusión se expresaba en los siguientes términos: “Condeno de corazón y de palabra la doctrina de las cinco proposiciones contenidas en el libro de Cornelio Jansenio, doctrina que no es la de San Agustín, que Jansenio ha explicado mal.”

Fue menester suscribir esta fórmula que los obispos presentaron en sus diócesis a todos los sospechosos. Quisieron que las firmaran las religiosas de Port-Royal de París y de Port-Royal-des Champs. Estas dos casas eran el santuario del jansenismo: Saint-Cyran y Arnauld las dirigían.

Habían establecido, junto al monasterio de Port-Royal-des-Champs, una casa a la que se habían retirado varios sabios virtuosos, pero por-fiadados, unidos por la igualdad de pensamientos, donde instruían a jó-venes elegidos. De esa escuela salió Racine, del mundo entero, el poeta que conoció mejor el corazón humano. Pascal, el más grande de los satíricos franceses, superior a Despreaux, estaba íntimamente relacionado con esos ilustres y peligrosos solitarios. Les presentaron el formulario para que lo firmaran a las jóvenes de Port-Royal-des-Champs, quienes contestaron que, en conciencia, no podían opinar, tras de lo que habían dicho el papa y los obispos, que las cinco proposiciones se encontrasen en el libro de Jansenio, pues no lo habían leído; que, evidentemente, no se había cogido su pensamiento; que podrían ser erróneas esas cinco proposiciones, pero que Jansenio no estaba equivocado.

Semejante obstinación irritó a la corte. El teniente civil de Aubray (no había todavía teniente de policía) fué a Port-Royal-des-Champs para sacar a los solitarios que se

habían retirado allí y a los jóvenes que educaban. Se amenazó con destruir los dos monasterios y un milagro los salvó.

Mademoiselle Perrier, interna de Port-Royal de París, sobrina del célebre Pascal, estaba enferma de un ojo. En Port-Royal se hacía la ceremonia de besar una espina de la corona que en otro tiempo ciñó la cabeza de Jesucristo. Esa espina se encontraba desde hacía tiempo en Port-Royal. No es fácil saber cómo fué preservada y transportada de Jerusalén al barrio de Saint-Jacques. La enferma la besó y varios días después pareció curada. Afirmaron y atestiguaron que había sanado en un abrir y cerrar de ojos de una fístula lagrimal desesperada. Esta joven murió en 1728. Personas que vivieron con ella mucho tiempo me han asegurado que su curación fué muy larga, lo cual es muy verosímil; en cambio, apenas si lo es, que Dios, que no hace milagros para atraer a nuestra religión a las diecinueve vigésimas partes de la tierra, para quien esa religión es o desconocida o aborrecida, hubiese contravenido el orden de la naturaleza en favor de una niña, a fin de justificar a una docena de religiosas que aseguraban que Cornelio Jansenio no había escrito una docena de líneas que se le atribuían, o que las había escrito con intención distinta a la que se le imputaba.

El milagro causó tanto alboroto que los jesuitas escribieron contra él. Un Padre llamado Annat, confesor de Luis XIV, publicó el Aguafiestas de los jansenistas, en ocasión del milagro que se dice se ha producido en Port-Royal, por un doctor católico. Annat no era ni doctor, ni docto. Creyó demostrar que si había venido una espina desde Judea a París para curar a la pequeña Perrier, era para probarle que Jesús murió por todos y no por algunos: todos reprobaban al Padre Annat. Los jesuitas resolvieron hacer también milagros, pero no tuvieron fama: los únicos que estaban de moda entonces eran los de los jansenistas. Algunos años después hicieron otro milagro aún. En Port-Royal había una hermana de nombre Gertrudis que se curó de una hinchazón en la pierna. Este prodigio no tuvo éxito: el tiempo había pasado y la hermana Gertrudis no tenía un Pascal por tío.

Los jesuitas que contaban con la protección de los papas y los reyes estaban totalmente desacreditados ante el espíritu de las gentes. Se hicieron correr de nuevo las antiguas historias del asesinato de Enrique el Grande, meditado por Barrière, ejecutado por Châtel su alumno, el suplicio del P. Guignard, su destierro de Francia y de Venecia, la con-juración de las pólvoras, la bancarrota de Sevilla. Se intentaba por todos los medios hacerlos odiosos. Pascal hizo más, los puso en ridículo. Sus Cartas provinciales, aparecidas por aquel entonces, eran un modelo de elocuencia y de sátira. Las mejores comedias de Molière no tienen más sal que las primeras Cartas provinciales: en Bossuet no se encuentra nada más sublime que en las últimas.

Cierto es que todo el libro se asentaba en un falso fundamento. Se les atribuían hábilmente a toda la sociedad las opiniones extravagantes de varios jesuitas españoles y flamencos. Se hubiera encontrado también entre los casuístas dominicos y franciscanos, pero sólo a los jesuitas se les quería mal. Esas cartas trataban de probar que se habían formado el propósito de corromper las costumbres de los hombres: designio que ni secta

ni sociedad alguna ha tenido jamás ni puede tener; pero no se trataba de tener razón, sino de divertir al público.

Los jesuitas carecían entonces de un buen escritor y no pudieron borrar el oprobio con que los cubrió el libro mejor escrito que hubiera aparecido hasta ese momento en Francia; pero les sucedió en sus querellas, sobre poco más o menos, lo mismo que a Mazarino. Los Blot, los Marigny y los Barbançon habían hecho reír a toda Francia a sus expensas; y fué amo de Francia. Los padres jesuitas tuvieron la gloria de mandar quemar las Cartas provinciales por decreto del parlamento de Provenza, pero no por ello fueron menos ridículos, y se hicieron más odiosos a la nación.

Doscientos guardias sacaron a las principales religiosas de la abadía de Port-Royal de París, que fueron diseminadas en otros conventos, y dejaron en el únicamente a las que quisieron firmar el formulario. La dispersión de estas religiosas interesó a todo París. La hermana Perdreau y la hermana Passart que firmaron e hicieron firmar a otras, fueron objeto de bromas y canciones con las que inundaron la ciudad esos hombres ociosos que siempre ven el lado ridículo de las cosas y se divierten siempre, mientras que los convencidos se quejan, los censores reclaman y el gobierno procede.

Los jansenistas se fortalecieron con la persecución. Cuatro prelados, Arnould, obispo de Angers y hermano del doctor; Buzanval, de Beauvais; Pavillon, de Aleth, y Caulet, de Pamiers, el mismo que después se opuso a Luis XIV por la regalía, se declararon contra el formulario. Un nuevo formulario redactado por el Papa Alejandro VII, en sustancia idéntico al primero que fué aceptado en Francia por los obispos y hasta por el Parlamento, fué rechazado por aquéllos. Alejandro VII, indignado, nombró nueve obispos franceses para formarles proceso a los cuatro prelados refractarios, con lo que los ánimos se irritaron más que nunca.

Pero cuando todo estaba que ardía por saber si las cinco proposiciones se encontraban o no en Jansenio, Rospigliosi, convertido en papa con el nombre de Clemente IX, puso paz en todo por algún tiempo. Indujo a los cuatro obispos a que al firmar el formulario pusieran sinceramente, en vez de puramente y simplemente; de ese modo pareció permitido creer, a la vez que se condenaban las cinco proposiciones, que no estaban extraídas de la obra de Jansenio. Los cuatro obispos dieron algunas pequeñas explicaciones: la urbanidad italiana calmó la vivacidad francesa. Una palabra puesta en lugar de otra obró esa paz llamada la paz de Clemente IX, y también la paz de la Iglesia, aunque no era más que una disputa ignorada, o despreciada en el resto del mundo. Desde el tiempo de Baïus, los papas persiguieron constantemente el fin de ahogar esas controversias, en las que nadie se entiende, y de reducir a las dos partes a enseñar la misma moral que todo el mundo entiende. Nada era más razonable, pero tenían que tratar con hombres.

El gobierno puso en libertad a los jansenistas presos en la Bastilla, y entre otros a Sacy, autor de la Versión del Testamento. Se hizo regresar a las religiosas desterradas, las que firmaron sinceramente, y creyeron triunfar con esta palabra. Arnould salió del retiro en que estaba oculto, y fué presentado al rey, recibido por el nuncio y considerado por la

gente como un Padre de la Iglesia; se comprometió desde ese momento a no combatir más que a los calvinistas, porque necesitaba hacer la guerra. Esa época de tranquilidad produjo su libro de la Perpetuidad de la fe, en el que lo ayudó Nicole; y éste fué el motivo de la gran controversia suscitada entre ellos y Claude el ministro, controversia en la que cada bando se creyó victorioso, como de costumbre.

Otorgada a espíritus poco pacíficos, en constante movimiento, la paz de Clemente IX fué sólo una tregua pasajera. De ambas partes continuaron las cábalas sordas, las intrigas y las injurias.

La duquesa de Longueville, hermana del gran Condé, tan conocida por las guerras civiles y por sus amores, envejecida y sin ocupación, se hizo devota; y como odiaba la corte y necesitaba intrigar, se hizo jansenista. Edificó un cuerpo de edificio en Port-Royal-des-Champs al que se retiraba a veces con los solitarios. Ésa fué su época más floreciente. Los Arnauld, los Nicole, los Le Maistre, los Hermant, los Sacy y muchos otros hombres que, aunque eran menos célebres, tenían sin embargo gran mérito y reputación, se reunían en su casa. A la espiritualidad de la duquesa de Longueville que le venía del hotel de Rambouillet, oponían sus conversaciones sólidas, y ese espíritu viril, vigoroso y animado que daba carácter a sus libros y pláticas. Contribuyeron no poco a difundir en Francia el buen gusto y la verdadera elocuencia; pero, desgraciadamente, ponían más celo en difundir sus opiniones. Parecían ser en sí mismos una prueba del fatalismo que se les reprochaba. Hubierase dicho que una necesidad irresistible los llevaba a ganarse persecuciones por sostener quimeras, pudiendo gozar de la mayor consideración y de la vida más feliz renunciando a esas vanas disputas.

(1679) La facción de los jesuitas irritada por las Cartas provinciales, lo movió todo contra el partido. Madame de Longueville, al no poder conspirar en favor de la Fronda, conspiró en favor del jansenismo. Su casa y la de Arnauld eran centros de reunión en París. El rey había resuelto extirpar el calvinismo y no quería una nueva secta. Amenazó, y por último Arnauld, temiendo a enemigos armados de la autoridad soberana y privado del apoyo de madame de Longueville, a quien arrebató la muerte, tomó la resolución de abandonar para siempre Francia y de irse a vivir a los Países Bajos, desconocido, sin fortuna, hasta sin criados, él, que hubiera podido ser cardenal y cuyo sobrino había sido ministro de Estado. El placer de escribir en libertad lo compensó de todo. Vivió hasta 1694, en un retiro ignorado del mundo, conocido sólo de sus amigos, escribiendo constantemente, filósofo que se impuso siempre a la mala suerte, y que dió hasta el último momento el ejemplo de un alma pura, fuerte e inquebrantable.

Su partido fué incesantemente perseguido en los Países Bajos católicos, país llamado de obediencia, en el que las bulas de los papas son leyes soberanas. En Francia lo persiguieron más todavía.

Lo extraño es que la cuestión de “si las cinco proposiciones se encontraban en efecto en Jansenio” era el único pretexto de esa pequeña guerra intestina. La distinción entre lo que era de hecho y lo que era de derecho tenía ocupadas a las mentes. Por último, en

1701, se propuso un problema teológico que se llamó el caso de conciencia por excelencia: “¿Podían dársele los sacramentos a un hombre que hubiera firmado el formulario, creyendo, en el fondo de su corazón, que el papa y la Iglesia incluso pueden equivocarse sobre los hechos?” Cuarenta doctores firmaron que podía dársele la absolución a ese hombre.

Acto seguido, vuelve a empezar la guerra. El papa y los obispos querían que se les creyera sobre los hechos. El arzobispo de París, Noailles, ordenó que se creyera el derecho, con fe divina, y el hecho, con fe humana. Los demás, inclusive el arzobispo de Cambrai, Fenelon, que no estaba contento de M. de Noailles, exigieron la fe divina para el hecho. Quizá hubiese sido mejor tomarse el trabajo de citar los pasajes del libro, que es lo que no se hizo nunca.

El Papa Clemente IX dió, en 1705, la bula *Vineam Domini*, por la que ordenó creer el hecho, sin explicar si debía serlo con fe divina o humana.

Era una novedad introducida en la Iglesia la de hacer firmar las bulas a las monjas; se les hizo de nuevo este honor a las religiosas de Port-Royal-des-Champs. El cardenal de Noailles se vio obligado a mandarles la bula para probarlas. Firmaron, sin derogar la paz de Clemente IX, y encerrándose en respetuoso silencio respecto al hecho.

No se sabe qué es más original: si pedirles a las monjas que confesaran que cinco proposiciones se encontraban en un libro escrito en latín, o la negativa obstinada de las religiosas.

El rey le pidió una bula al papa para suprimir su monasterio; el cardenal de Noailles las privó de los sacramentos; su abogado fué puesto en la Bastilla. Sacaron a las religiosas y las pusieron a cada una en conventos menos desobedientes. En 1709 el teniente de policía demolió su casa hasta los cimientos; y, por último, en 1711, se exhumaron los cuerpos sepultados en la iglesia y en el cementerio, para transportarlos a otros lugares.

Los problemas no terminaron con la destrucción del monasterio. Los jansenistas querían seguir conspirando y los jesuitas hacerse sentir necesarios. El P. Quesnel, sacerdote del Oratorio, amigo del célebre Arnauld y compañero en su retiro hasta el último momento, había escrito en el año de 1671 un libro de reflexiones piadosas sobre el texto del Nuevo Testamento. El libro contiene algunas máximas que podrían parecer favorables al jansenismo; pero se pierden entre una cantidad tan grande de máximas santas y plenas de esa unción que llega al corazón, que la obra fué acogida con universal beneplácito. En ella se muestra plenamente el bien, y el mal hay que buscarlo. Muchos obispos le hicieron grandes elogios cuando apareció, y los confirmaron luego cuando el autor le dio al libro un acabado perfecto. Sé asimismo que el abate Renaudot, uno de los hombres más sabios de Francia, que se encontraba en Roma el primer año del pontificado de Clemente XI, visitó un día al papa, que era sabio y estimaba a los sabios, y lo encontró leyendo el libro del P. Quesnel. “He aquí, le dijo el papa, un libro excelente. No hay en Roma nadie capaz de escribir así. Quisiera traer al autor a mi lado.” Este mismo papa condenó el libro más tarde.

Sin embargo, no deben considerarse contradictorios esos elogios de Clemente XI y las censuras que los siguieron. Al leer una obra, puede uno conmoverse primero con su innegable belleza, y condenar luego sus defectos ocultos. Uno de los prelados que en Francia dieron su aprobación más sincera al libro de Quesnel, fué el cardenal de Noailles, arzobispo de París. Cuando desempeñaba el obispado de Chalons, se hizo su protector, y Quesnel le había dedicado el libro. El cardenal, lleno de virtudes y de ciencia, el más dulce de los hombres, el más amigo de la paz, protegía a algunos jansenistas sin serlo, y quería poco a los jesuitas sin perjudicarlos y sin temerlos.

Los jesuitas comenzaron a gozar de un gran prestigio desde que el P. de La Chaise, que gobernaba la conciencia de Luis XIV, estuvo, de hecho, a la cabeza de la Iglesia galicana. El P. Quesnel les temía y se había retirado a Bruselas con el sabio benedictino Gerberon, un sacerdote llamado Brigode y otros más del mismo partido. Se había convertido en su jefe después de la muerte del famoso Arnauld, y gozaba, como él, de la gloria lisonjera de establecer un imperio secreto independiente de los soberanos, de reinar sobre las conciencias, y de ser el alma de una facción formada por espíritus ilustrados. Los jesuitas, más diseminados que su facción y más poderosos, no tardaron en descubrir a Quesnel en su soledad y lo persiguieron acusándolo ante Felipe V, quien todavía era dueño de los Países Bajos, como habían perseguido a su maestro Arnauld, acusándolo ante Luis XIV. Obtuvieron una orden del rey de España para apresar a esos solitarios (1703). A Quesnel lo pusieron en la prisión del arzobispado de Malinas. Un gentilhomme, creyendo que el partido jansenista lo colmaría de favores si liberaba a su jefe, perforó las paredes y liberó a Quesnel, que se retiró a Amsterdam, donde murió en 1719 a edad muy avanzada, después de haber contribuido a formar en Holanda algunas iglesias de jansenistas, débil rebaño que se debilita día a día.

Cuando lo detuvieron le quitaron todos sus papeles, en los que encontraron todo cuanto caracteriza a un partido organizado. Tenía una copia de un antiguo contrato hecho por los jansenistas con Antoinette Bourignon, célebre visionaria, mujer rica, que había comprado a nombre de su director la isla de Nordstrand, cerca de Holstein, para reunir en ella a los que pretendía asociar a una secta de místicos que había querido establecer.

Esta visionaria mandó imprimir a sus expensas diecinueve gruesos volúmenes de piadosos desvaríos, y gastó la mitad de sus bienes en hacer prosélitos, con todo lo cual consiguió tan sólo ponerse en ridículo y sufrir, además, las persecuciones que toda innovación acarrea. Por último, desesperando de establecerse en su isla, la revendió a los jansenistas, quienes tampoco se establecieron en ella.

Entre los manuscritos de Quesnel se encontraba un proyecto más censurable todavía, de no haber sido insensato. Cuando Luis XIV, en 1684, envió a Holanda al conde de Avaux, con plenos poderes para negociar una tregua de veinte años con las potencias que quisieran acogerse a ella, a los jansenistas, con el nombre de discípulos de San Agustín, se les ocurrió que debían ser comprendidos en esa paz, como si hubieran sido un partido formidable, como lo fue durante mucho tiempo el de los calvinistas. Esta idea quimérica quedó sin ejecución; pero al menos las proposiciones de paz de los

jansenistas con el rey de Francia habían sido redactadas por escrito. Evidentemente, en el proyecto se traslucía el deseo de hacerse importantes, y fue motivo suficiente para que se les considerara criminales. A Luis XIV se le hizo creer fácilmente que eran peligrosos.

El rey no era lo bastante instruido para saber que esas vanas opiniones especulativas caerían por su propio peso, con sólo que se las abandonara a su inutilidad. Era darles una importancia de la que carecían convertirlas en asuntos de estado. No fué difícil obtener que se juzgara culpable el libro del P. Quesnel después de que el autor había sido tratado como sedicioso. Los jesuitas instaron al propio rey a solicitar de Roma la condenación de la obra, con lo que, en realidad, se condenaba a su más celoso protector, el cardenal de Noailles. Tenían la esperanza, y no andaban descaminados, de que el Papa Clemente XI mortificara al arzobispo de París. Cuando Clemente era el cardenal Albani, mandó imprimir un libro totalmente molinista de su amigo el cardenal Sfrondate, y M. de Noailles fué quien denunció ese libro. Era natural pensar que Albani, convertido en papa, haría por lo menos, contra las aprobaciones dadas a Quesnel, lo que se había hecho contra las aprobaciones dadas a Sfrondate.

No se equivocaron: el Papa Clemente XI dió hacia el año de 1708 un decreto contra el libro de Quesnel. Pero en esa ocasión los asuntos temporales impidieron que este asunto espiritual, a pesar de haber sido solicitado, tuviera éxito. La corte estaba descontenta de Clemente XI, que había reconocido al archiduque Carlos como rey de España después de haber reconocido a Felipe V. Se encontró que su decreto contenía defectos que lo anulaban: no fué aceptado en Francia, y las querellas se apaciguaron hasta la muerte del P. de La Chaise, confesor del rey, hombre dulce que tenía abiertas siempre las vías de la conciliación y que contemporizaba con el cardenal de Noailles, aliado de madame de Maintenon.

Los jesuitas podían darle un confesor al rey como a casi todos los príncipes católicos. Esta prerrogativa era fruto de su orden porque al entrar en ella renuncian a las dignidades eclesiásticas. Lo que su fundador había establecido por humildad se había convertido en un principio de grandeza. Cuanto más envejecía Luis XIV, más importante se hacía el cargo de confesor. Se le dió este puesto a Le Tellier, hijo de un procurador de Vire en la Baja Normandía, hombre sombrío, ardiente, inflexible, que ocultaba su violencia bajo una flema aparente; hizo todo el mal que pudo mientras desempeñó ese cargo, en el que es tan fácil inspirar lo que se quiera y perder a quien se odie: tenía que vengar injurias personales. Los jansenistas habían hecho condenar en Roma uno de sus libros sobre las ceremonias chinas. Estaba en malos términos, personalmente, con el cardenal de Noailles y no sabía contemporizar. Agitó a toda la Iglesia de Francia. En 1711 redactó epístolas y mandamientos para que los firmaran los obispos. Les enviaba acusaciones contra el cardenal de Noailles al pie de las cuales sólo faltaba que pusieran su nombre. Semejantes maniobras, cuando se trata de asuntos profanos, se castigan; pero fueron descubiertas y no tuvieron por eso menos éxito.

La conciencia del rey estaba alarmada por su confesor, tanto como estaba ofendida su autoridad por la idea de la existencia de un partido rebelde. En vano el cardenal de Noailles le pidió justicia para esos misterios de iniquidad; el confesor lo convenció de que se había valido de medios humanos para hacer triunfar causas divinas; y como, en efecto, defendía la autoridad del papa y la unidad de la Iglesia, la sustancia toda del asunto le era favorable. El cardenal se dirigió al delfín, duque de Borgoña; pero lo encontró prevenido por las epístolas y por los amigos del arzobispo de Cambrai. La flaqueza humana tiene cabida en todos los corazones. Fenelon no era aún lo bastante filósofo como para olvidar que el cardenal de Noailles habla contribuido a que lo condenaran; y Quesnel pagó entonces por madame Guyon.

El cardenal no tuvo más suerte con madame de Maintenon. Este asunto sólo podría dar a conocer el carácter de esta señora, que casi no tenía voluntad propia y que se ocupaba tan sólo de plegarse a la del rey. Tres líneas escritas de su puño y letra al cardenal de Noailles exponen todo lo que debe pensarse, de ella, de la intriga del padre Le Tellier, de las ideas del rey, y de la coyuntura. “Me conocéis bastante para saber lo que pienso sobre el nuevo descubrimiento; pero muchas razones me impiden hablar. No soy yo quien debe juzgar y condenar; yo sólo debo callarme y rogar por la Iglesia, por el rey y por vos. Le he dado vuestra carta al rey; la ha leído: esto es todo cuanto puede deciros, sintiéndome abatida por la tristeza.”

El cardenal-arzobispo, presionado por un jesuita, les quitó la facultad de predicar y confesar a todos los jesuitas, excepto algunos de los más prudentes y más moderados. Su cargo le daba el peligroso derecho de impedir que Le Tellier confesara al rey; pero no se atrevió a irritar hasta ese punto a su enemigo. “Temo, escribía a madame de Maintenon, mostrar demasiada sumisión al rey, dándole poderes a quien menos los merece. Ruego a Dios que le haga ver el peligro, que corre confiando su alma a un hombre de semejante carácter.”

En algunas Memorias se lee que el P. Le Tellier dijo que uno de los dos, él o el arzobispo, debería perder su cargo. Es muy probable que lo haya pensado, pero no que lo haya dicho.

Cuando se exaltan los ánimos, ambas partes dan pasos funestos. Partidarios del P. Le Tellier, obispos que esperaban el capelo, se valieron de la autoridad real para inflamar esas chispas que podían apagarse. En lugar de imitar a Roma, que varias veces había impuesto silencio a los adversarios; en lugar de refrenar a un religioso y de apaciguar al cardenal; en lugar de prohibir esos combates como los duelos y de obligar a todos los sacerdotes, como había hecho con todos los señores, a ser útiles sin ser peligrosos; en lugar de aplastar, en fin, a los dos partidos bajo el peso del poder supremo, sostenido por la razón y por todos los magistrados, Luis XIV creyó hacer un bien con solicitar por sí mismo a Roma una declaración de guerra y con traer la famosa constitución Unigenitus, que llenó de amargura el resto de su vida.

El jesuita Le Tellier y su partido enviaron a Roma para que se las condenara ciento tres proposiciones; el Santo Oficio proscribió ciento una. La bula fué dada en el mes de

septiembre de 1713. Llegó, y levantó contra ella a casi toda Francia. El rey la había pedido para evitar un cisma, y estuvo a punto de causarlo. Lo que suscitó el clamor fué que entre las ciento una proposiciones había algunas que en opinión de todo el mundo tenían el sentido más inocente y la más pura moral. Se convocó en París a una numerosa asamblea de obispos. Cuarenta aceptaron la bula por el bien de la paz; pero al mismo tiempo dieron explicaciones para calmar los escrúpulos del público. La aceptación pura y simple se le envió al papa, y las modificaciones se hicieron para las gentes. Pretendían con ello satisfacer a la vez al pontífice, al rey y a la multitud; pero el cardenal de Noailles y otros siete obispos de la asamblea que se unieron a él, no aceptaron ni la bula ni sus correcciones, y le escribieron al papa para pedirle que hiciera esas correcciones. Ésta era una afrenta que le hacían respetuosamente, y que el rey no toleró: impidió que la epístola se publicara, mandó a los obispos a sus diócesis y le prohibió al cardenal que apareciera en la corte. La persecución acrecentó la consideración de que gozaba este arzobispo entre la gente. Otros siete obispos se unieron también a él. Era una verdadera división en el episcopado, en el clero, en las órdenes religiosas. Todo el mundo opinaba que no se trataba de puntos fundamentales de la religión: no obstante, los ánimos atravesaban por una guerra civil como si se hubiese tratado del derrumbe del cristianismo; y ambas partes movieron los resortes todos de la política, como si se tratara de la cuestión más profana.

Se movieron esos resortes para que la Sorbona aceptara la constitución. Tuvo en su contra a la mayoría de los sufragios, no obstante lo cual fue registrada. Le costó trabajo al ministerio cumplir con todas las órdenes reales que enviaban a prisión o destierro a los opositores.

(1714) La bula había sido registrada en el Parlamento, con la reserva de los derechos ordinarios de la corona, de las libertades de la Iglesia galicana, del poder y de la jurisdicción de los obispos; pero el clamor público se hacía oír a través de la obediencia. El cardenal de Bissy, uno de los más ardientes defensores de la bula, manifestó, en una de sus epístolas, que no hubiera sido recibida con más indignación en Ginebra que en París.

Los ánimos estaban exaltados sobre todo contra el jesuita Le Tellier. Nada es más irritante que ver hacerse poderoso a un religioso; su solo poder nos parece una violación de sus votos, y cuando abusa de ese poder se torna aborrecible. Hacía tiempo que todas las prisiones estaban llenas de ciudadanos acusados de jansenismo. Le hacían creer a Luis XIV, muy poco instruido en estos asuntos, que ése era el deber de un rey cristianísimo, y que no podía expiar sus pecados más que persiguiendo a los herejes. Lo más vergonzoso de todo era que le llevaban al jesuita Le Tellier las copias de los interrogatorios hechos a esos infortunados. Jamás se traicionó tan cobardemente la justicia; jamás la bajeza se sometió más indignamente al poder. En 1768 se encontraron en la casa profesa de los jesuitas esos testimonios de su tiranía, una vez que hubieron recibido el castigo por sus excesos y que fueron expulsados por todos los parlamentos del reino, por los votos de la nación y, finalmente, por un edicto de Luis XV (1715) Le Tellier se atrevió a hacer ostentación de su prestigio hasta el extremo de proponer que el

cardenal de Noailles fuera destituido en un concilio nacional. Así fué cómo un religioso utilizaba para su venganza a su rey, a su penitente y a su religión.

Para preparar ese concilio, en el que se trataba de deponer a un hombre convertido en el ídolo de París y de Francia, por la pureza de sus costumbres, por la dulzura de su carácter, y más aún por la persecución, decidieron a Luis XIV a que hiciera registrar en el Parlamento una declaración, por la cual todo obispo que no hubiera aceptado la bula puramente y simplemente, estaría obligado a firmarla, o sería perseguido de acuerdo con el rigor de los cánones. El canciller Voisin, secretario de Estado de la guerra, duro y despótico, redactó el edicto. El procurador general De Aguesseau, más versado que el canciller Voisin en las leyes del reino, y que tenía entonces esa presencia de ánimo que da la juventud, se negó en redondo a encargarse de semejante pieza. El primer presidente de Mesmes le hizo ver al rey las consecuencias que tendría. Se le dio largas al asunto. El rey estaba agonizando; esas desgraciadas disputas turbaron y precipitaron sus últimos momentos. Su despiadado confesor fatigaba su debilidad exhortándolo de continuo a que consumara una obra que no haría amable su memoria. Los criados del rey, indignados, le negaron dos veces la entrada en la habitación; y por último, lo obligaron a que no le hablara al rey de la constitución. El príncipe murió y todo cambió.

El duque de Orléans, regente del reino, que transformó como primera medida la forma toda del gobierno de Luis XIV, y sustituyó por consejos las oficinas de los secretarios de Estado, formó un consejo de conciencia presidido por el cardenal de Noailles. El jesuita Le Tellier fué desterrado cargado del odio público y poco apreciado de sus colegas.

Los obispos que se oponían a la bula convocaron a un futuro concilio que no se realizó jamás. La Sorbona, los curas de la diócesis de París, cuerpos enteros de religiosos, hicieron el mismo llamamiento; y, por último, hizo el suyo el cardenal de Noailles en 1717, pero al principio no quiso publicarlo. Se dice que lo imprimieron contra su voluntad. La Iglesia de Francia quedó dividida en dos facciones, los aceptantes y los no aceptantes. Los aceptantes eran los cien obispos que durante el gobierno de Luis XIV se adhirieron a los jesuitas y los capuchinos. Los no aceptantes eran quince obispos y la nación entera. Los aceptantes se valían de Roma; los otros de las universidades, de los parlamentos y del pueblo. Se imprimían volúmenes tras volúmenes, epístolas tras epístolas. Se llamaban recíprocamente cismáticos y herejes.

Un arzobispo de Reims, llamado Mailly, grande y afortunado partidario de Roma, había puesto su nombre al pie de dos escritos que el Parlamento mandó que el verdugo quemara. Al saberlo, el arzobispo ordenó que se cantara un Te deum para agradecerle a Dios el haber sido injuriado por los cismáticos. Dios lo recompensó: fué cardenal. Un obispo de Soissons, llamado Languet, después de sufrir el mismo trato por parte del Parlamento y de notificarle a este cuerpo que “no le correspondía a él juzgarlo, ni aun por un crimen de lesa majestad”, fué condenado a una multa de diez mil libras. Pero el regente no quiso que la pagara, por miedo -dijo- a que se convirtiera también en cardenal.

Roma prorrumpía en reproches: se extenuaban en negociaciones: se apelaba y se volvía a apelar; y todo ello por algunos pasajes, hoy olvidados, del libro de un sacerdote octogenario que vivía de limosnas en Ámsterdam.

La locura del orden de las finanzas contribuyó más de lo que se cree a devolver la paz a la Iglesia. El público se entregó con tal furor al comercio de las acciones, la codicia de los hombres, excitada por ese incentivo, fué tan general, que los que siguieron hablando del jansenismo y de la bula no encontraron quien los escuchase. París sólo pensaba en la guerra que tenía lugar en las fronteras de España. Las fortunas rápidas e increíbles que se hacían entonces, el lujo y la voluptuosidad llevadas hasta el extremo, silenciaron las polémicas eclesiásticas; y el placer hizo lo que Luis XIV no había podido hacer.

El duque de Orléans aprovechó esas coyunturas para reconciliar a la Iglesia de Francia. Su política era interesada. Temía que pudiera llegar a tener en su contra a Roma, España y cien obispos.

Era preciso instar al cardenal de Noailles no solamente a que aceptara esa constitución, que consideraba escandalosa, sino a que se retractara de su convocatoria, que juzgaba legítima. Era menester conseguir de él más de lo que Luis XIV, su bienhechor, le había pedido en vano. A pesar de la gran oposición que el duque de Orléans debía encontrar en el Parlamento, confinado por él en Pontoise, triunfó en todo. Se formó un cuerpo de doctrina que satisfizo casi a los dos bandos. El cardenal dio su palabra de que aceptaría. El duque de Orléans fué en persona al gran-consejo con los príncipes y los pares, para registrar un edicto que ordenaba la aceptación de la bula, la supresión de los llamamientos, la unanimidad y la paz. El Parlamento, al que se mortificó al llevar al gran-consejo declaraciones que era de su competencia recibir y, amenazado, por otra parte, de que lo transferirían de Pontoise a Blois, registró lo registrado por el gran-consejo, pero siempre con las reservas de costumbre, es decir, el mantenimiento de las libertades de la Iglesia galicana y de las leyes del reino.

El cardenal-arzobispo que había prometido retractarse cuando obedeciera el Parlamento, se vio por último obligado a cumplir su palabra y se publicó su mandamiento de retractación el 20 de agosto de 1720.

El nuevo arzobispo de Cambrai, Dubois, hijo de un boticario de Brive-la-Gaillarde, que después fué cardenal y primer ministro, fué quien tuvo una mayor participación en este asunto, en el que el poder de Luis XIV había fracasado. Nadie ignora cuáles eran la conducta, la manera de pensar y las costumbres de este ministro. El licencioso Dubois subyugó al piadoso Noailles. Se recuerda el desprecio con que el duque de Orléans y su ministro hablaban de las querellas que apaciguaron, y el ridículo con que cubrieron aquella guerra de controversias. Ese desprecio y ese ridículo contribuyeron también a la paz. Tarde o temprano, se hace cansado luchar por disputas de las que el mundo se ríe.

A partir de entonces, todo lo que en Francia llevaba el nombre de jansenismo, quietismo, bulas, querellas teológicas, decayó sensiblemente. Algunos de los obispos que apelaron siguieron porfiadamente aferrados a sus opiniones.

Pero hubo algunos obispos conocidos y varios eclesiásticos ignorados que persistieron en su entusiasmo por el jansenismo. Estaban convencidos de que Dios destruiría la tierra, ya que un trozo de papel, llamado bula, impreso en Italia, había sido aceptado en Francia. Con sólo que se hubieran puesto a considerar, sobre algún mapamundi, el reducido lugar que Francia e Italia ocupan en el, y lo poco que representan los obispos de provincia y los habitués de parroquia, no hubieran escrito que Dios exterminaría el mundo entero por amor de ellos; y hay que confesar que no hizo nada. Al cardenal de Fleury le cogió otra clase de locura, la de creer que esos piadosos energúmenos eran peli-grosos para el Estado.

Quería congraciarse, por otra parte, con el papa Benito XIII, de la antigua casa de Orsini, viejo monje obstinado, que estaba convencido de que una bula emana de Dios mismo. Orsini y Fleury convocaron, pues, a un pequeño concilio en Embrum, para condenar a Soanen, obispo de un pueblo llamado Senez, de ochenta y un años de edad, ex sacerdote del Oratorio, jansenista mucho más obstinado que el papa.

El presidente de ese concilio era Tencin, arzobispo de Embrum, hombre empeñado más en obtener el capelo de cardenal que en sostener una bula. Había sido perseguido por simonía en el Parlamento de París, y la gente lo consideraba un sacerdote incestuoso y estafador. Pero había convertido al banquero Lass, inspector general: de un presbiteriano escocés había hecho un francés católico. Esta buena obra le valió al autor de la conversión mucho dinero y el arzobispado de Embrum.

En toda la provincia se consideraba santo a Soanen. El simoníaco condenó al santo, le prohibió ejercer las funciones de obispo y de sacerdote, y lo relegó a un convento de benedictinos rodeado de montañas, donde el condenado rogó a Dios por él hasta la edad de noventa y cuatro años.

Ese concilio y ese juicio y, sobre todo, el presidente del concilio, indignaron a Francia entera; al cabo de dos días no se volvió a hablar del asunto.

El pobre partido jansenista recurrió a los milagros, pero ya los milagros no eran muy eficaces. En vano un viejo sacerdote de Reims, llamado Rousse, muerto, como se dice, en olor de santidad, curó el dolor de muelas y las torceduras; en vano el Santo Sacramento, llevado al barrio de San Antonio de París curó a una mujer de apellido Lafosse al cabo de tres meses de una pérdida de sangre, a consecuencia de lo cual quedó ciega.

Por último, los entusiastas imaginaron que un diácono, llamado Paris, hermano de un consejero del Parlamento, que había apelado dos veces, enterrado en el cementerio de San Medardo, debía obrar milagros. Algunos miembros de la secta que fueron a orar ante la tumba recibieron una impresión tan fuerte que sus órganos trastornados les produjeron ligeras convulsiones. Inmediatamente, el pueblo rodeó la tumba; día y noche, la muchedumbre se apretaba alrededor de ella. Los que subían al sepulcro les daban a sus cuerpos sacudidas que hasta ellos mismos tomaban por prodigios. Los fautores secretos del partido estimulaban ese frenesí. Se oraba en lenguaje vulgar en torno a la tumba:

todo era hablar de sordos que habían oído algunas palabras, de ciegos que habían entrevisto algo, de lisiados que por un momento hablan caminado bien. Una multitud de testigos daban testimonio judicial de que casi habían visto estos prodigios, a buen seguro, porque habían ido con la esperanza de verlos. El gobierno dejó que siguiera su curso esta enfermedad epidémica durante un mes. Pero la concurrencia aumentaba; los milagros se redoblaban; y por último fué necesario cerrar el cementerio y poner guardias. Entonces, esos mismos entusiastas fueron a hacer sus milagros en las casas. El sepulcro del diácono Pâris fué, en realidad, la tumba en que el jansenismo quedó sepultado en el espíritu de todas las personas honradas. Esas farsas hubiesen tenido serias consecuencias en tiempos menos ilustrados. Se creería que aquellos que las protegían ignoraban el siglo en que vivían.

La superstición fué llevada tan lejos, que un consejero del Parlamento de nombre Carré, y apodado Montgeron, tuvo la ocurrencia de presentarle al rey, en 1736, una colección de aquellos prodigios acompañada de toda una serie de testimonios. Este hombre insensato, instrumento y víctima de insensatos, le dijo en su Memoria al rey: “es necesario dar fe a los testigos que se dejan matar por sostener su testimonio”. Si su libro se hubiese conservado y los demás hubiesen desaparecido, la posteridad creería que nuestro siglo ha sido una época de barbarie.

Estas extravagancias fueron, en Francia, el postrer aliento de una secta que, al carecer del apoyo de Arnauld, Pascal y Nicole, y contar únicamente con convulsionarios, cayó en descrédito. No se volvería a oír hablar de esas querellas que deshonran a la razón y perjudican a la religión, si no aparecieran de tiempo en tiempo algunos agitadores, que buscan en las cenizas apagadas restos del fuego, con los que tratan de provocar un incendio. Aunque alguna vez lo logren, la controversia del molinismo y jansenismo no volverá a causar trastornos. Lo que ha caído en el ridículo no puede tornarse peligroso. La disputa cambiará de naturaleza. A los hombres no les faltan pretextos para hacerse daño, cuando carecen de motivos para hacérselo.

La religión puede todavía afilar los puñales. Hay siempre en la nación gentes que no tienen ningún trato con las personas honradas, que o son del siglo, inaccesibles a los progresos de la nación, y sobre las cuales la atrocidad del fanatismo conserva su imperio, como ciertas enfermedades que sólo atacan a la plebe más baja.

Los jansenistas parecieron arrastrar en su caída a los jesuitas, cuyas armas enmohecidas no tenían ya adversarios que combatir: perdieron en la corte el prestigio del que había abusado Le Tellier. Su Journal de Trévoux no les ganó ni la estimación ni la amistad de los literatos. Los obispos, a los que hablan dominado, los confundieron con los demás religiosos; y éstos, que habían sido humillados por ellos los humillaron a su vez. Los parlamentos les hicieron sentir en más de una ocasión lo que pensaban de ellos al condenar algunos escritos que se hubieran podido pasar por alto. La Universidad, que comenzaba entonces a hacer buenos estudios de literatura y a impartir una excelente educación, les quitó una gran parte de la juventud; esperaron, para recuperar su ascendiente, a que el tiempo les proporcionara hombres de genio y circuns-tancias

favorables; pero sus esperanzas se vieron defraudadas: su caída, la abolición de su orden en Francia, su destierro de España, de Portugal, de Nápoles, han demostrado cuánto se equivocó Luis XIV al poner en ellos su confianza.

A todos los que se obstinan en esas disputas les sería muy útil echar una mirada sobre la historia general del mundo; porque, considerando el gran número de naciones, costumbres y religiones diferentes, se ve lo poco que representan sobre la tierra un molinista y un jansenista. Se sonroja uno entonces de su pasión vehemente por una secta que se pierde entre la multitud y la inmensidad de las cosas.

CAPÍTULO XXXVIII

DEL QUIETISMO

Además de las facciones del calvinismo y de las querellas del jansenismo, Francia se vio dividida por el quietismo. Una consecuencia desdichada de los progresos hechos por el espíritu humano en el siglo de Luis XIV, fué el que se esforzaron en rebasar, casi en todo, los límites prescritos a nuestros conocimientos; aunque, mejor dicho, era una prueba de que todavía no se había progresado lo suficiente.

La disputa del quietismo es una de esas intemperancias del espíritu y de esas sutilezas teológicas que no hubieran dejado huella alguna en la memoria de los hombres, de no ser por los nombres de los dos ilustres rivales que la sostuvieron. Una mujer que no gozaba de consideración ni tenía un verdadero espíritu, y sí una imaginación exaltada, provocó el encuentro de los dos más grandes hombres de Iglesia que había entonces. Su nombre era Jeanne Bouvier de La Motte. Su familia era oriunda de Montargis. Se había casado con el hijo de Guyon, empresario del canal de Briare. Viuda desde muy joven, con dinero, belleza y un carácter mundano, se encaprichó por eso que llaman la espiritualidad. Un barnabita de la comarca de Annecy, cerca de Ginebra, llamado Lacombe, fué su director. Este hombre, ejemplo de esa mezcla bastante frecuente de pasiones y de religión, y que murió loco, sumió el espíritu de su penitente en desvaríos místicos, de los que, por otra parte, ya había padecido. El deseo de ser una Santa Teresa en Francia le impidió ver lo opuesto que el genio español es al genio francés, y la hizo ir mucho más lejos que Santa Teresa. La ambición de hacer discípulos, la más fuerte quizá de todas las ambiciones, se adueñó por completo de su corazón.

Su director Lacombe la llevó a Saboya, a su pequeño país de Annecy, donde reside el obispo titular de Ginebra. Era ya una grandísima indecencia que un monje condujera a una joven viuda fuera de su patria; pero así han obrado casi todos los que han querido establecer una secta; la mayor parte de ellos arrastran consigo a mujeres. Al principio, la joven viuda adquirió cierta autoridad en Annecy por la generosidad de sus limosnas. Dio conferencias; predicaba el renunciamiento completo, el silencio del alma, el anonadamiento de todas sus potencias, el culto interior, el amor puro y desinteresado, ni rebajado por el temor, ni animado por la esperanza de recompensas.

Las imaginaciones tiernas y flexibles, sobre todo las de las mujeres y las de algunos jóvenes religiosos, que amaban más que creían a la palabra de Dios puesta en boca de una mujer hermosa, se impresionaron fácilmente con esa elocuencia verbal, la única capaz de convencer de todo a espíritus preparados. Hizo prosélitos. El obispo de Annecy logró que hicieran salir del país a ella y a su director, y se instalaron en Grenoble; allí difundió un pequeño libro titulado *Le Moyen Court*, y otro al que llamó

Torrents, escritos en el mismo estilo con que hablaba, y fué obligada a salir también de Grenoble.

Jactándose de estar ya en la categoría de los confesores, tuvo una visión e hizo una profecía; profecía que envió al P. Lacombe. “Todo el infierno se aprestará -dijo- a impedir los progresos de lo interior y la formación de Jesucristo en las almas. La tempestad será tal que no quedará piedra sobre piedra; creo que en toda la tierra habrá desconcierto, guerra y destrucción. La mujer estará encinta del espíritu interior, y el dragón se mantendrá de pie delante de ella.”

La profecía resultó ser cierta en parte; el infierno no se aprestó a nada; pero al regresar a París, llevada por su director, como tanto el uno como la otra dogmatizaron en 1687, el arzobispo de Harlay, de Chanvalon, obtuvo una orden del rey para encerrar a Lacombe por seductor, y para meter a un convento a madame Guyon como un espíritu enajenado al que era necesario curar; pero madame Guyon, antes de este golpe, se había hecho de protectores que le fueron útiles. Tenía en la casa de Saint-Cyr, todavía en formación, una sobrina llamada madame de La Maisonfort, favorita de madame de Maintenon, que se había ganado la voluntad de las duquesas de Chevreuse y de Beauvilliers. Sus amigas se quejaron abiertamente de que el arzobispo de Harlay, de quien todo el mundo sabía que le gustaban mucho las mujeres, persiguiera a una mujer que no hablaba más que del amor de Dios.

La protección todopoderosa de madame de Maintenon impuso silencio al arzobispo de París y le devolvió la libertad a madame Guyon. Fue a Versalles, se introdujo en Saint-Cyr, asistió a conferencias devotas del abate de Fénelon, y comió en tiers con madame de Maintenon. La princesa de Harcourt, las duquesas de Chevreuse, de Beauvilliers y de Charot creían ya en esos misterios.

El abate de Fénelon, preceptor de los príncipes niños de Francia, era el hombre más seductor de la corte. Nacido con un corazón tierno y una imaginación dulce y brillante, nutrió su espíritu con la flor de las bellas letras. Pleno de gusto y dotes espirituales, prefería de la teología lo conmovedor y sublime a lo sombrío y espinoso. Con todo esto, tenía un no sé qué de novelesco, que le inspiró, no los desvaríos de madame Guyon, sino un gusto por la espiritualidad no muy alejado de las ideas de esta señora.

El candor y la virtud exaltaban su imaginación de la misma manera que a otras las inflaman sus pasiones. Su pasión era la de amar a Dios por sí mismo. Vio en madame Guyon a un alma pura, presa de una pasión semejante a la suya, y se unió a ella sin escrúpulos.

Es extraño que lo sedujera una mujer dada a revelaciones, profecías, y galimatías, que se sofocaba con la gracia interior, a quien era necesario desceñir, y que se vaciaba (según decía) de la superabundancia de gracia para henchir el cuerpo del elegido sentado junto a ella; pero Fénelon, en su amistad y en sus ideas místicas, obraba como cuando se está enamorado: disculpaba los defectos y sólo vela la identidad sustancial de los sentimientos que lo hablan encantado.

Madame Guyon, segura y orgullosa de semejante discípulo, a quien llamaba hijo, y contando además con madame de Maintenon, difundió en Saint-Cyr todas sus ideas. El obispo de Chartres, Godet, en cuya diócesis se encuentra Saint-Cyr, se alarmó y se quejó. El arzobispo de París amenazó con renovar sus anteriores persecuciones.

Madame de Maintenon, que pensaba sólo en hacer de Saint-Cyr una morada de paz, que sabía cómo se oponía el rey a toda novedad, que no necesitaba, para ser considerada, colocarse a la cabeza de una especie de secta, y que pensaba sólo en su prestigio y su tranquilidad, rompió toda relación con madame Guyon y le prohibió residir en Saint-Cyr.

El abate de Fénelon vió venir una tormenta y temió perder los elevados cargos a los que aspiraba. Le aconsejó a su amiga ponerse en manos del célebre Bossuet, obispo de Meaux, conceptuado como un Padre de la Iglesia. Madame Guyon se sometió a las decisiones de este prelado, recibió la comunión de su mano, y le dió todos sus escritos para que los examinara.

El obispo de Meaux, con el consentimiento del rey, se unió para examinarlos con el obispo de Chalons, después cardenal de Noailles, y con el abate Tronson, superior de San Sulpicio. Se reunieron en secreto en el pueblo de Issy, cerca de París. El arzobispo de París, Chanvalon, celoso de que otros se constituyeran en jueces en su diócesis, hizo fijar una censura pública contra los libros que se examinaban. Madame Guyon se retiró a la ciudad de Meaux, firmó todo cuanto quiso el obispo Bossuet, y prometió no volver a dogmatizar.

Entretanto, Fénelon fue elevado al arzobispado de Cambrai en 1695, y consagrado por el obispo de Meaux. Parecía que un asunto casi olvidado, que hasta ese momento no había suscitado más que ridículo, jamás volvería a cobrar vigor. Pero acusada madame Guyon de seguir dogmatizando, no obstante el silencio prometido, en el mismo año de 1695 el rey dió orden de prenderla y ponerla en la prisión de Vincennes, como si hubiera sido una persona peligrosa para el Estado. No podía serlo, y sus piadosos desvaríos no merecían la atención del soberano. Escribió en Vincennes un grueso volumen de versos místicos, peores todavía que su prosa, en el que parodiaba los versos de las óperas. Cantaba con frecuencia:

*L'amour pur et parfait va plus loin qu'on ne pense;
On ne sait pas, lorsqu'il commence,
Tout ce qu'il doit coûter un jour.
Mon cœeur n'aurait connu Vincennes ni souffrance,
S'il n'eût connu le pur amour.*

Las opiniones de los hombres dependen de los tiempos, de los lugares y de las circunstancias. Mientras tenían en prisión a madame Guyon, que había desposado a Jesucristo en uno de sus éxtasis y que a partir de entonces no le rezaba a los santos

porque decía que la señora de la casa no debía dirigirse a los criados; en ese tiempo, digo, solicitaban a Roma la canonización de María de Agreda, que había tenido más visiones y revelaciones que todos los místicos juntos; y, para colmo de las contradicciones de que este mundo está lleno, perseguían en la Sorbona a esa misma religiosa de Agreda, a quien se quería hacer santa en España. La universidad de Salamanca condenaba a la Sorbona, que a su vez condenaba a la primera. Era difícil decir cuál de las dos partes incurría en mayor absurdo y desvarío; lo indudable es que no podía haber mayor absurdo que darle a las extravagancias de esta clase la importancia que todavía tienen a veces.

Bossuet, que se había considerado a sí mismo durante mucho tiempo como el padre y maestro de Fénelon, celoso de la fama y el prestigio de su discípulo, y deseando seguir conservando el ascendiente adquirido sobre todos sus colegas, exigió que el nuevo arzobispo de Cambrai se uniera a él en la condenación de madame Guyon, y suscribiera sus instrucciones pastorales. Fénelon no quiso sacrificarle ni su pensamiento ni su amiga. Se propusieron medios de conciliación; se dieron promesas. Una y otra parte se quejó de que se había faltado a la palabra. El arzobispo de Cambrai, al partir para su diócesis, hizo imprimir en París su libro de las Máximas de los santos, obra con la que creyó rectificar todo lo que se le reprochaba a su amiga, y desarrollar las ideas ortodoxas de los piadosos contemplativos que se elevan por encima de sus sentidos, tendiendo a un estado de perfección al que las almas comunes casi no aspiran. El obispo de Meaux y sus amigos se indignaron con el libro. Se lo denunció al rey como si hubiese sido tan peligroso como poco era inteligible. El rey le habló a Bossuet, cuya reputación e inteligencia respetaba, y éste, arrojándose a los pies del príncipe, le pidió perdón por no haberle advertido antes de la funesta herejía de Fénelon.

Este entusiasmo no les pareció sincero a los numerosos amigos de Fénelon. Los cortesanos pensaron que era un ardid de cortesano. Costaba trabajo creer que, en el fondo, un hombre como Bossuet juzgara una herejía funesta la quimera piadosa de amar a Dios por sí mismo. Tal vez fuera de buena fe su odio por esa devoción mística, y más todavía, el odio secreto que le tenía a Fénelon, y tal vez, confundiendo el uno con el otro, llevara de buena fe la acusación contra su colega y antiguo amigo, pues tal vez se figuraba que las delaciones que deshonoran a un militar, honran a un eclesiástico, y que el celo por la religión santifica los procedimientos cobardes.

El rey y madame de Maintenon le consultan en seguida al P. de La Chaise; el confesor contesta que el libro del arzobispo es muy bueno, que ha edificado a todos los jesuitas y que sólo los jansenistas lo desaprueban. El obispo de Meaux no era jansenista pero había nutrido su espíritu en sus excelentes escritos. Los jesuitas no lo querían, y tampoco él los quería.

La corte y la ciudad se vieron divididas, y como el asunto atrajo toda la atención, los jansenistas tuvieron un respiro. Bossuet escribió contra Fénelon, y los dos enviaron sus obras al papa Inocencio XII, sometiéndose a su decisión. Las circunstancias no parecían favorables a Fénelon: hacía poco se había condenado violentamente en Roma, en la

persona del español Molinos, el quietismo de que acusaban al arzobispo de Cambrai. El cardenal de Estrées, embajador de Francia en Roma, era el que había perseguido a Molinos. Ese cardenal de Estrées a quien hemos visto en su vejez más interesado por los atractivos de la sociedad que por la teología, persiguió a Molinos para complacer a los enemigos de este desdichado sacerdote. Había instado incluso al rey para que solicitara de Roma la condenación, que obtuvo fácilmente: de manera que Luis XIV resultó ser, sin saberlo, el enemigo más temible del amor puro de los místicos.

Nada es más fácil, en esas delicadas materias, que encontrar en un libro que se juzga pasajes semejantes a los de un libro que ya ha sido prohibido. El arzobispo de Cambrai tenía a su favor a los jesuitas, al duque de Beauvilliers, al duque de Chevreuse y al cardenal de Bouillon, que desde hacía poco tiempo era embajador de Francia en Roma. M. de Meaux contaba con su ilustre nombre y la adhesión de los principales prelados de Francia. Le llevó al rey las firmas de varios obispos y de un gran número de doctores que se declaraban en contra del libro de las Máximas de los santos.

La autoridad de Bossuet era tal que el P. de La Chaise no se atrevió a defender al arzobispo de Cambrai ante el rey, su penitente, y madame de Maintenon abandonó resueltamente a su amigo. El rey le escribió al papa Inocencio XII que le había deferido el libro del arzobispo de Cambrai porque era una obra perniciosa, que lo había puesto en manos del nuncio, y que le rogaba a Su Santidad que lo juzgara.

Se pretendía -rumor que todavía tiene quien le de pábulo y que circulaba abiertamente en Roma-, que el arzobispo de Cambrai era perseguido de esta manera porque se había opuesto a la declaración del matrimonio secreto del rey y madame de Maintenon. Los inventores de anécdotas afirmaban que esta señora había instado al P. de La Chaise a que hiciera presión para que el la reconociera como reina; que el jesuita le había encargado esta comisión arriesgada al abate de Fénelon, y que el preceptor de los infantes de Francia había preferido el honor de Francia y de sus discípulos a su fortuna; que se habla arrojado a los pies de Luis XIV para evitar un escándalo, cuyo absurdo lo perjudicaría ante la posteridad más que dulzuras le reportaría durante su vida.

Lo que es muy cierto es que habiendo continuado Fénelon educando al duque de Borgoña después de su nombramiento para el arzobispado de Cambrai, el rey, durante ese intervalo, había oído hablar confusamente de sus relaciones con madame Guyon y con madame de La Maisonfort. Creyó, además, que le inspiraba al duque de Borgoña máximas un poco austeras, y principios de gobierno y de moral que algún día podrían convertirse en una censura indirecta del aire de grandeza, la avidez de gloria, las guerras emprendidas con ligereza, y el gusto por las fiestas y los placeres que habían caracterizado su reinado.

Quiso tener una conversación con el nuevo arzobispo sobre sus principios de política. Fénelon, imbuido de sus ideas, le hizo entrever al rey una parte de las máximas desarrolladas después en los pasajes del Telémaco que se refieren al gobierno; máximas que están más cerca de la República de Platón que de la manera con que se debe

governar a los hombres. El rey, después de esta conversación, dijo que habla hablado con el espíritu más bello y más quimérico de su reino.

El duque de Borgoña llegó a saber lo que el rey había dicho. Poco tiempo después se las repitió a M. de Malezieu, su profesor de geometría. M. de Malezieu me las contó y el cardenal de Fleury me las ha confirmado.

Después de aquella conversación el rey creyó sin esfuerzo que Fénelon era tan novelesco en materia de religión como en política.

También es cierto que el rey estaba resentido personalmente con el arzobispo de Cambrai, pues Godet des Marais, obispo de Chartres, que gobernaba a madame de Maintenon y Saint-Cyr con el despotismo de un director, envenenó el corazón del rey. El monarca convirtió en principal preocupación esta disputa ridícula, de la cual no entendía nada. Era, indudablemente, bien fácil dejar que cayera por su propio peso; pero hacía tanto ruido en la corte que vio en ella una intriga más que una herejía. Éste fué el origen verdadero de la persecución desatada contra Fénelon.

El rey le ordenó al cardenal de Bouillon, su embajador en Roma, por cartas del mes de agosto (que llamamos con tan poca propiedad août) de 1697, que obtuviera la condenación de un hombre al que se quería, rotundamente, hacer pasar por hereje. Le escribió de su puño y letra al papa Inocencio XII para apresurar su decisión.

La congregación del Santo Oficio nombró para instruir el proceso a un dominico, un jesuita, un benedictino, dos franciscanos, un bernardo y un agustino. En Roma se los llama consultores. Los cardenales y los prelados dejan de ordinario a esos monjes el estudio de la teología para entregarse a la política, a la intriga o a las dulzuras del ocio.

Los consultores examinaron durante treinta y siete conferencias treinta y siete proposiciones y las juzgaron equivocadas por mayoría de votos; y el papa, a la cabeza de una congregación de cardenales, las condenó en un breve que fué publicado y fijado en las calles de Roma el 13 de marzo de 1699.

El obispo de Meaux triunfó; pero el arzobispo de Cambrai logró una victoria más honrosa con su derrota. Se sometió totalmente y sin reservas. Subió en persona al púlpito en Cambrai para condenar su propio libro e impidió a sus amigos que lo defendieran. Este insólito ejemplo de docilidad de parte de un sabio que podía hacerse de innumerables adeptos por, la misma persecución, ese candor o esa gran habilidad le ganaron todos los corazones, e hicieron odiar casi al que había obtenido la victoria. Fénelon vivió luego como arzobispo digno en su diócesis, como literato. La dulzura de sus costumbres, manifestada en su conversación y en sus escritos, le ganaron la afectuosa amistad de todos los que lo conocieron. La persecución que había sufrido y su Telémaco lo hicieron venerable en Europa. Sobre todo los ingleses, que hicieron la guerra en su diócesis, se apresuraron a testimoniarle su respeto. El duque de Marlborough se preocupaba de que respetaran sus tierras. El duque de Borgoña, a quien

había educado, lo apreció siempre; y si el príncipe hubiese vivido, hubiera formado parte de su gobierno.

En su retraimiento filosófico y honorable, dejaba ver lo difícil que era desligarse de una corte como la de Luis XIV; porque hay otras que muchos hombres célebres han abandonado sin añoranza. A través de su resignación, se transparentaban el placer y el interés con que hablaba de la corte. Varias obras de filosofía, de teología y de literatura, fueron el fruto de su retiro. El duque de Orléans, que después fué regente del reino, le consultó algunos temas espinosos que a todos los hombres interesan y sobre los cuales son muy pocos los que piensan. Le preguntaba si se podía demostrar la existencia de un Dios, si ese Dios exige un culto, si había un culto que le fuera grato, y si se lo podía ofender haciendo una mala elección. Le hacía muchas preguntas de esta naturaleza, como filósofo que desea instruirse; y el arzobispo le contestaba como filósofo y como teólogo.

Después de haber sido vencido en las disputas escolásticas, quizá le hubiera convenido más no mezclarse en lo absoluto en las querellas del jansenismo; sin embargo, tomó parte en ellas. En otro tiempo, el cardenal de Noailles había tomado contra él el partido del más fuerte; el arzobispo de Cambrai procedió de igual manera. Creyó que volvería a la corte y que sería consultado; tanto le cuesta al espíritu humano desligarse de los asuntos que en cierta ocasión han nutrido su inquietud. Sus deseos, sin embargo, eran moderados, como sus escritos; y al final de su vida despreció incluso todas las controversias: semejante en esto sólo al obispo de Avranches, Huet, uno de los hombres más sabios de Europa, que al término de sus días reconoció la vanidad de la mayor parte de las ciencias, y la del espíritu humano. El arzobispo de Cambrai (¿quién lo creería!) parodió un aire de Lulli, de la manera siguiente:

*Jeune j'étais trop sage,
Et voulait trop savoir:
Je ne veux en partage
Que badinage,
Et touche au dernier âge
Sans rien prévoir.*

Escribió estos versos en presencia de su sobrino el marqués de Fénelon, que después fué embajador en La Haya; fué él quien me los dio. Doy fe de la veracidad del hecho. Hecho poco importante por sí mismo si no viniera a probar cómo vemos a menudo con indiferencia, en la triste tranquilidad de la vejez, lo que tan grande y tan interesante nos pareció en la edad en que el espíritu, más activo, es juguete de sus deseos y de sus ilusiones.

Aquellas disputas, que atrajeron la atención de Francia durante mucho tiempo, junto con otras nacidas de la ociosidad, se han desvanecido. Nos causa asombro hoy el que hayan causado tantos odios. El espíritu filosófico gana día con día más adeptos y parece

asegurar la tranquilidad pública, e incluso los fanáticos, aunque ataquen a los filósofos, les deben la paz de que gozan y tratan de perder.

El asunto del quietismo, que fue desgraciadamente tan importante durante el gobierno de Luis XIV, tan despreciado y tan olvidado hoy, causó la ruina en la corte del cardenal de Bouillon. Era sobrino de aquel célebre Turenne a quien el rey le debió su salvación en la guerra civil, y más tarde el engrandecimiento de su reino.

Unido por la amistad con el arzobispo de Cambrai y comisionado por el rey para perseguirlo, procuró conciliar esos dos deberes. Sus cartas dejan constancia de que no traicionaba su ministerio siéndole fiel a su amigo. Apresuraba la decisión del papa, acatando las ordenes de la corte; pero, al mismo tiempo, trataba de conciliar los dos bandos.

Estaba con él un sacerdote italiano, llamado Giori, un espía de la facción contraria, que se ganó su confianza y lo calumnió en sus cartas, y que, llevando su perfidia hasta el extremo, tuvo la baja de pedirle una ayuda de mil escudos; y después de obtenerla no lo volvió a ver jamás.

Las cartas de este miserable fueron las que causaron la ruina del cardenal de Bouillon en la corte. El rey lo agobió de reproches, como si hubiera traicionado al Estado; sin embargo, sus despachos nos permiten ver que procedió con sensatez y dignidad.

Acataba las órdenes del rey al pedir la condenación de algunas máximas piadosamente ridículas de los místicos, que son los alquimistas de la religión; pero era fiel a la amistad al desviar los golpes que le querían asestar a Fenelon. Suponiendo que la Iglesia tuviera interés en que no se amase a Dios por sí mismo, no vemos el beneficio que le reportaría difamar al arzobispo de Cambrai. Pero, desgraciadamente, el rey quiso la condenación de Fénelon; bien por acrimonia contra él, lo que sería indigno de un gran rey; ya por sometimiento al partido contrario, lo que todavía está más por debajo de la dignidad del trono. Sea lo que fuere, lo cierto es que le escribió al cardenal de Bouillon, el 16 de marzo de 1699, una mortificante carta llena de reproches; carta de hombre irritado, en la que declara que quiere la condenación del arzobispo de Cambrai. En aquel tiempo, el Telémaco causaba una gran sensación en toda Europa; y las Máximas de los Santos, que el rey no había leído, eran castigadas por las máximas de que estaba lleno el Telémaco, que sí había leído.

El cardenal de Bouillon fué mandado llamar inmediatamente. Éste partió, pero como en el camino le informaran, a algunas leguas de Roma, de la muerte del cardenal decano, se vio obligado a volver sobre sus pasos para tomar posesión de esa dignidad que le pertenecía de derecho, pues, aunque era joven todavía, era el más antiguo de los cardenales.

El cargo de decano del Sacro Colegio concede en Roma grandísimas prerrogativas; y, de acuerdo con la manera de pensar de ese tiempo, era halagador para Francia que lo ocupara un francés.

Por otra parte, no era faltarle al rey ponerse en posesión de su bien, y partir de inmediato. Sin embargo, esa acción irritó al rey irremediabilmente. Al llegar a Francia, el cardenal fué desterrado; destierro que duró diez años enteros.

Por último, cansado de tan largo infortunio, decidió salir de Francia para siempre, en 1710, cuando Luis XIV parecía abatido por los aliados y el reino estaba amenazado por todas partes.

Sus parientes, el príncipe Eugenio y el príncipe de Auvergne, lo recibieron en las fronteras de Flandes, en las que eran victoriosos. Le devolvió al rey la cruz de la orden del Espíritu Santo, acompañada de la renuncia de su cargo de gran capellán de Francia, y le escribió exactamente estas palabras: “Recobro la libertad que el haber nacido de príncipe extranjero, hijo de un soberano, que sólo dependía de Dios, mi dignidad de cardenal de la santa Iglesia romana, y de decano del Sacro Colegio me daban... Trataré de trabajar el resto de mis días para servir a Dios y a la Iglesia, en el primer lugar después del supremo, etc.”

Pretendía que era príncipe independiente, fundándose no solamente en el axioma de algunos jurisconsultos que aseguran que quien a todo renuncia a nada está sujeto, y que todo hombre es libre de elegir su residencia, sino en el hecho de que había nacido en Sedán cuando su padre era todavía soberano de Sedán: consideraba su calidad de príncipe independiente como un hecho innegable; y en cuanto al llamar al título de cardenal decano, el primer lugar después del supremo, se justificaba por el ejemplo de todos sus predecesores, que han pasado incontestablemente antes que los reyes en todas las ceremonias de Roma.

La corte de Francia y el Parlamento de París opinaban de manera completamente diferente. El procurador general de Aguesseau --que después fué canciller-- lo acusó antes las cámaras reunidas, quienes dictaron un decreto de captura y confiscaron todos sus bienes. Vivió en Roma, cargado de honores, pero pobre, y murió víctima del quietismo al que despreciaba, y de la amistad, que habían conciliado no solamente con su deber.

Hay que decir que cuando se trasladó de los Países Bajos a Roma, la corte temió que se convirtiera en Papa. Tengo en mi poder la carta escrita por el rey al cardenal de La Trimouille, del 26 de mayo de 1710, en la que expresa ese temor: “Todo puede esperarse --dice-- de un sujeto que está convencido de que no depende más que de sí mismo. Bastará con que el cargo que lo deslumbra actualmente le parezca inferior a su origen y a su talento: creará que todo le está permitido para llegar a ocupar el primer sitial de la Iglesia, cuando haya contemplado de cerca su esplendor.”

Así, pues, se decretó auto de prisión contra el cardenal de Bouillon y se dio orden de ponerlo en las prisiones de la Conserjería si podían apoderarse de él, porque se temió que subiera a un trono al que todos los católicos consideraban el más elevado, y que, al unirse con los enemigos de Luis XIV, se vengara más todavía que el príncipe Eugenio,

pues aunque nada pudieran por sí mismas las armas de la Iglesia, podían entonces mucho por las de Austria.

CAPITULO XXXIX

DISPUTAS SOBRE LAS CEREMONIAS CHINAS.

CÓMO CONTRIBUYERON ESAS QUERELLAS

A PROSCRIBIR EL CRISTIANISMO DE LA CHINA

No teníamos bastante, para la inquietud de nuestro espíritu, con que hubiéramos disputado durante mil setecientos años sobre el tema de nuestra religión: era necesario también que la de los chinos se mezclara a nuestras querellas. Esta controversia no produjo grandes movimientos, pero caracterizó mejor que ninguna otra el espíritu inquieto, contencioso y pendenciero que reina en estas latitudes.

El jesuita Matthieu Ricci fué, en las postrimerías del siglo XVII, uno de los primeros misioneros que llegaron a China. Los chinos estaban y están todavía en literatura y en filosofía a la altura en que nos encontrábamos nosotros hace doscientos años. El respeto por sus antiguos maestros les fija límites que no se atreven a rebasar. El progreso en las ciencias es obra del tiempo y de la audacia espiritual; pero siendo, como son, más fáciles de comprender la moral y la civilidad que las ciencias, se perfeccionaron en su país aun cuando las demás artes se quedaban rezagadas, de ahí que los chinos, que se han detenido en los límites alcanzados hace más de dos mil años, sitian siendo mediocres en las ciencias y el primer pueblo de la tierra en moral y civilidad, así como el más antiguo.

Después de Ricci, muchos otros jesuitas penetraron en este vasto imperio; y, valiéndose de las ciencias de Europa, llegaron a sembrar secretamente algunas simientes de la religión cristiana entre los niños del pueblo, a quienes instruyeron como pudieron. Dominicos que compartían la misión, acusaron a los jesuitas de permitir la idolatría mientras predicaban el cristianismo. La cuestión era delicada, y también la conducta que debía observarse en China.

Las leyes y la tranquilidad de ese gran imperio están fundadas sobre el derecho más natural y al mismo tiempo el más sagrado: el respeto de los hijos hacia los padres. A este respeto añaden el que deben a sus primeros maestros de moral y, sobre todo, a Kon-Fu-Tseu, llamado por nosotros Confucio, antiguo sabio que, casi seiscientos años antes de la aparición del cristianismo, les enseñó la virtud.

Las familias se reúnen en privado, en días señalados, para honrar a sus antepasados; los letrados, en público, para honrar a Confucio. Se prosternan en la misma postura con que saludan a los superiores, costumbre que los romanos encontraron en toda el Asia y a la que dieron antaño el nombre de adorar. Queman pajillas y pastillas. Colaos, a quienes los portugueses llaman mandarines, matan dos veces al año, alrededor de la sala en la

que se venera a Confucio, animales que luego son comidos. ¿Son idólatras esas ceremonias? ¿Son puramente civiles? ¿Consideran a sus antepasados y a Confucio como dioses? ¿Son, meramente, invocados como nuestros santos? ¿Es, en fin, una ceremonia política de la que abusan algunos chinos supersticiosos? Cosas éstas, todas, muy difíciles de aclarar por extranjeros en la China, y de las cuales era imposible decidir en Europa.

Los dominicos comunicaron las costumbres de China a la Inquisición de Roma, en 1645; y el Santo Oficio, basándose en su exposición, prohibió esas ceremonias chinas hasta que el papa decidiera.

Los jesuitas expusieron sus razones y defendieron la causa de los chinos y de sus prácticas que no parecían poder proscribirse so pena de cerrar toda posibilidad de que la religión cristiana penetrara en un país tan celoso de sus costumbres. En 1656, la Inquisición permitió a los letrados reverenciar a Confucio, y a los niños chinos honrar a sus padres, protestando contra la superstición, si en ello hubiera.

La cuestión se mantuvo indecisa, los misioneros siguieron divididos y el proceso se siguió en Roma de tiempo en tiempo; entretanto, los jesuitas residentes en Pekín se hicieron tan gratos al emperador Kang-hi, por sus conocimientos matemáticos, que el príncipe, célebre por su bondad y sus virtudes, les permitió, por último, establecerse como misioneros y enseñar públicamente el cristianismo. No es inútil observar que este emperador, tan despótico y nieto del conquistador de China, estaba, sin embargo, sometido por el uso a las leyes del imperio; que no pudo, de su sola autoridad, permitir la enseñanza del cristianismo y debió dirigirse a un tribunal y hacer personalmente dos solicitudes en nombre de los jesuitas. Por fin, en 1692, se toleró el cristianismo en China por las gestiones infatigables y la habilidad de los jesuitas.

En París hay establecida una casa para las misiones extranjeras. Algunos sacerdotes de esta casa se encontraban a la sazón en China. El papa que envía vicarios apostólicos a todos los países llamados las regiones de los infieles, eligió un sacerdote de esa casa de París, de apellido Maigrot, para que fuera a presidir, en calidad de vicario, la misión de China, dándole el obispado de Conon, pequeña provincia china en Fu-Kiên. Ese francés, obispo en China, no sólo declaró supersticiosos e idólatras los ritos observados en honor de los muertos, sino que declaró ateos a los letrados, tal y como pensaban todos los rigoristas de Francia. Los mismos hombres que tantas protestas levantaron contra Bayle, censurándolo exageradamente por haber dicho que una sociedad de ateos podía subsistir, que tanto han escrito sobre la imposibilidad de una organización semejante, sostenían fríamente que tal sociedad florecía en China con el más sabio de los gobiernos. Los jesuitas tuvieron entonces que combatir a sus colegas misioneros, más que a los mandarines y al pueblo. Manifestaron en Roma que era evidentemente incompatible que los chinos fuesen a la vez ateos e idólatras. Se les reprochaba a los letrados que admitieran sólo la existencia de la materia; de ser así, difícilmente hubieran invocado las almas de sus padres y la de Confucio. Uno de esos reproches parece destruir al otro, a menos que se pretenda que en China se admite lo contradictorio, como

sucede muchas veces entre nosotros; pero sería necesario conocer profundamente su lengua y sus costumbres para desenmarañar esa contradicción. El proceso del imperio de China se siguió durante mucho tiempo en la corte de Roma; mientras tanto, los jesuitas eran atacados por todas partes.

Uno de sus sabios misioneros, el P. Leconte, había escrito en sus Memorias de la China: “que ese pueblo ha conservado durante dos mil años el conocimiento del verdadero Dios, que ha honrado al Creador en el más antiguo templo del universo; que China ha practicado las más puras lecciones de moral, cuando Europa se hallaba todavía en el error y la corrupción”.

Hemos visto, por una historia auténtica y por una serie de treinta y seis eclipses de sol calculados, que el origen de esta nación se remonta más allá del tiempo en que nosotros situamos de ordinario el diluvio universal. Los letrados jamás tuvieron otra religión que la de la adoración de un Ser supremo. Su culto fue la justicia. No pudieron conocer las leyes sucesivas dadas por Dios a Abraham, a Moisés, y por último, la ley perfeccionada del Mesías, desconocida durante mucho tiempo por los pueblos del Occidente y del Norte. Está probado que las Galias, Germania, Inglaterra, todo el Septentrión, estaban sumidos en la más bárbara idolatría, cuando los tribunales del vasto imperio de la China cultivaban las buenas costumbres y las leyes, reconociendo un solo Dios, cuyo sencillo culto jamás había cambiado. Estas verdades evidentes debían justificar las palabras del jesuita Lecomte. No obstante, como en dichas proposiciones podría encontrarse alguna idea que contradijera un tanto las ideas admitidas, se las atacó en la Sorbona. El abate Boileau, hermano de Despreaux, espíritu no menos crítico que su hermano y más enemigo de los jesuitas, denunció, en 1700, ese elogio de los chinos al que consideraba una blasfemia. El abate Boileau era un espíritu vivaz y singular que escribía cómicamente cosas serias y atrevidas. Es autor del libro de los Flagelantes y de varios otros de la misma especie. Decía que los escribía en latín por temor a la censura de los obispos; y Despreaux, su hermano, decía de él: “Si no fuera doctor de la Sorbona, hubiera sido doctor de la comedia italiana.” Declamó violentamente contra los jesuitas y los chinos y comenzó por decir “que el elogio de esos pueblos había hecho vacilar su cerebro cristiano”. Los demás cerebros de la asamblea vacilaron también. Se produjeron algunos debates: un doctor de apellido Lesage opinó que debían enviarse al lugar del suceso doce de sus colegas de fe más robusta, para que fueran a conocer a fondo la causa. La escena fué violenta; pero, en fin, la Sorbona declaró que las alabanzas de los chinos eran falsas, escandalosas, temerarias, impías y heréticas.

Ésta tan viva y no menos pueril querrela envenenó la de las ceremonias; y, finalmente, el Papa Clemente IX envió, al año siguiente, un legado a la China. Eligió a Thomas Maillard de Tournon, patriarca titular de Antioquía. El patriarca no pudo llegar antes de 1705. La corte de Pekín había ignorado hasta ese momento que se la juzgaba en Roma y en París. Asunto éste más absurdo que el de que la República de San Marino se constituyera en mediadora entre el Gran Turco y el reino de Persia.

Al principio, el emperador Kang-hi recibió al patriarca de Tournon con mucha bondad; pero podemos imaginarnos su sorpresa al enterarse, por los intérpretes del legado, de que los cristianos, aunque predicaban su religión en el imperio, no estaban de acuerdo entre ellos, y que el legado iba para dar término a una disputa de la que nunca había oído hablar la corte de Pekín. El legado le hizo saber que todos los misioneros, excepto los jesuitas, condenaban los antiguos usos del imperio, y que se sospechaba incluso que su majestad china y los letrados eran ateos que sólo admitían la existencia del cielo material. Agregó que había un sabio obispo de Conon que le explicaría todo eso si su Majestad se dignaba escucharlo. La sorpresa del monarca se dobló al enterarse de que existían obispos en su imperio; pero la del lector no será menor cuando sepa que aquel príncipe indulgente llevó su bondad hasta permitirle al obispo de Conon que le hablara contra la religión y las costumbres de su país y contra él mismo. El obispo de Conon fué recibido en audiencia. Tenía muy poco conocimiento del chino. El emperador le pidió primero que le explicara lo que decían cuatro caracteres que aparecían pintados arriba de su trono. Maigrot solamente pudo leer dos; pero sostuvo que los king-tien escritos sobre tablillas por el propio emperador no significaban adoración al Señor del cielo. El soberano tuvo la paciencia de hacerle explicar mediante intérpretes que ése era precisamente el sentido de las palabras. Se dignó entrar en un largo examen, justificó los honores que se rendían a los difuntos; pero el obispo fué inflexible. No cabe duda de que los jesuitas tenían más prestigio en la corte que él. El emperador, ateniéndose a las leyes, podía castigarlo con la muerte, pero se contentó con desterrarlo y ordenó que todos los europeos que estuvieran interesados en permanecer dentro del imperio fueran en lo sucesivo a recibir de él patentes, y a someterse a un examen.

En cuanto al legado de Tournon, recibió órdenes de salir de la capital, y apenas llegado a Nankín, dio un mandamiento por el que condenaba rotundamente los ritos del culto de los muertos en China, y prohibía hacer uso de la palabra empleada por el emperador para significar el Dios del cielo.

Entonces relegaron el legado a Macao, del cual siguen siendo amos los chinos, aunque les permitan a los portugueses tener un gobernador. Cuando el legado estaba confinado en Macao, el papa le envió el birrete, que sólo le sirvió para que pudiera morir como cardenal. Terminó su vida en 1710. Los enemigos de los jesuitas les imputaron su muerte. Podían haberse contentado con atribuirles su destierro.

Las divisiones existentes entre los extranjeros que venían a instruir al imperio desacreditaron la religión que predicaban. Y se desacreditó más cuando la corte, que dedicó un mayor interés al conocimiento de los europeos, supo que no sólo los misioneros estaban divididos así, sino que entre los mercaderes que abordaban en Cantón había varias sectas discordantes.

El emperador Kang-hi falleció en 1724. Era un príncipe aficionado a todas las artes de Europa. Se le habían enviado jesuitas muy ilustrados, que por sus servicios merecieron su afecto y obtuvieron de él -como ya se ha dicho- el permiso para profesar y enseñar públicamente el cristianismo.

Su cuarto hijo, Yung-Ch'ing, designado por él para que reinara en perjuicio de sus hermanos mayores, tomó posesión del trono sin que éstos murmurasen. La piedad filial -que es la base de este imperio- hace que todas las condiciones sociales consideren un crimen y un oprobio quejarse de la última voluntad de un padre.

El nuevo emperador Yung-Ch'ing sobrepasó a su padre en el amor de las leyes y del bien público. Ningún emperador estimuló más la agricultura. Dirigió su atención sobre la más necesaria de todas las artes, hasta elevar al grado de mandarín de octavo orden, en cada provincia, al labrador que, a juicio de los magistrados de su cantón, fuera el más diligente, el más industrioso y el más honrado; no se trataba de que el labrador abandonara un oficio en el que se había destacado para que ejerciera las funciones de la judicatura, desconocidas para él; seguía siendo labrador con el título de mandarín; tenía el derecho de sentarse en casa del virrey de la provincia y de comer con él. Su nombre aoa-ecía escrito en letras de oro en una sala pública. Ese reglamento, tan alejado de nuestras costumbres y que quizá las condena, existe todavía.

El príncipe ordenó que en toda la extensión del imperio no se ajusticiara a nadie antes de que se le fuera enviado el proceso criminal, e incluso antes de que se le presentara tres veces. Dos razones, que fueron causa de este edicto, son tan respetables como el edicto mismo. Una es el respeto que debe tenerse por la vida del hombre; la otra, la ternura debida por un rey a su pueblo.

Mandó instalar grandes almacenes de arroz en cada una de las provincias con una economía que no podía estar a cargo del pueblo, y evitó para siempre la escasez. Todas las provincias manifestaban su júbilo ofreciendo nuevos espectáculos, y su agradecimiento erigiéndole arcos de triunfo. Dictó un edicto por el que exhortaba a que suspendieran esos espectáculos ruinosos para la economía que recomendaba, y pro-hibió que se le levantaran monumentos. “Si acordé gracias, dijo en un rescripto a los mandarines, no fué para hacerme de una vana reputación: quiero que el pueblo sea feliz; que sea mejor, que cumpla con todos sus deberes. Éstos son los únicos monumentos que acepto.”

Así era aquel emperador, y, desgraciadamente, fué él quien prohibió la religión cristiana. Los jesuitas poseían ya varias iglesias públicas e incluso algunos príncipes de la familia imperial habían recibido el bautismo: se empezaban a temer innovaciones funestas en el imperio. Las desgracias ocurridas al Japón impresionaban más a los espíritus que la pureza del cristianismo, casi totalmente desconocido por lo general. Se supo que, precisamente por ese tiempo, las disputas, que arrojaron a unos contra otros a los misioneros de las diferentes órdenes, habían pro-ducido la extirpación de la religión cristiana en Tonkin; y esas mismas disputas, todavía más frecuentes en China, indispusieron a todos los tribunales contra aquellos que no podían ponerse de acuerdo sobre la ley que iban a predicar. En fin, se supo que en Cantón había holandeses, suecos, daneses e ingleses, a los cuales, aunque eran cristianos, no se consideraba adeptos de la religión de los cristianos de Macao.

La suma de todas estas reflexiones determinó, por último, al supremo tribunal de los ritos, a prohibir el ejercicio del cristianismo. Esta resolución se dió el ro de enero de 1724, pero sin ninguna afrenta, sin que en ella se discernieran penas rigurosas, sin que contuviera la menor palabra ofensiva contra los misioneros: en el fallo se llegaba incluso a sugerirle al emperador que conservara en Pekín a los que pudieran ser útiles en las matemáticas. El emperador confirmó la resolución y ordenó, en su edicto, que se enviaran los misioneros a Macao acompañados de un mandarín, para que los cuidara en el camino y los preservara de cualquier insulto. Éstas son, exactamente, las palabras del edicto.

Se quedó con algunos de ellos, entre otros con el jesuita Parennin, cuyo elogio he hecho ya, hombre célebre por sus conocimientos y por su carácter sensato, que hablaba muy bien el chino y el tártaro. Les era necesario no sólo como intérprete, sino como buen matemático. Entre nosotros es conocido, sobre todo, por las respuestas juiciosas e instructivas que sobre las ciencias de la China dió a las sabias objeciones puestas por uno de nuestros mejores filósofos. Este religioso gozó del favor del emperador Kang-hi, y conservó también el de Yung-Ch'ing. Si alguien podía salvar la religión cristiana era él. Obtuvo, con otros dos jesuitas, audiencia del príncipe hermano del emperador, que estaba encargado de examinar el fallo y de redactar un informe. Parennin refiere con candor lo que les contestó. El príncipe, que los protegía, les dijo: “Vuestros asuntos me embarazan; he leído las acusaciones dirigidas contra vosotros: vuestras querellas continuas con los demás europeos sobre los ritos de la China os han perjudicado infinitamente. ¿Qué diríais si, transportándonos a Europa nosotros, observáramos la misma conducta que observáis vosotros aquí? ¿De buena fe, la toleraríais?” Era difícil replicar a ese discurso. Sin embargo, obtuvieron que el príncipe le hablara al emperador en su favor; y cuando fueron recibidos al pie del trono, el emperador les declaró que expulsaba a todos los que se decían misioneros.

Ya hemos referido sus palabras: “Si supisteis engañar a mi padre, no esperéis engañarme a mí.”

No obstante las prudentes órdenes del emperador, algunos jesuitas volvieron después en secreto a las provincias durante el gobierno del sucesor del célebre Yung-Ch'ing, y fueron condenados a muerte por haber violado flagrantemente las leyes del imperio. De igual manera mandamos ejecutar en Francia a los predicadores hugonotes que vienen a hacer prosélitos a pesar de las órdenes del rey. Esta pasión por el proselitismo es una enfermedad particular de nuestros climas, como ya se ha hecho notar; jamás ha sido conocida en el Asia del norte. Nunca han enviado esos pueblos misioneros a Europa, y nuestras naciones son las únicas que han querido extender sus opiniones, como su comercio, a los dos extremos del globo.

Los propios jesuitas causaron la muerte de muchos chinos y, sobre todo, de dos príncipes de la sangre que los favorecían. ¿Era muy digno que vinieran al confín del mundo a sembrar discordia en la familia imperial y provocar la muerte en el suplicio de dos príncipes? Creyeron que hacían respetable su misión ante Europa con afirmar que

Dios se declaraba en su favor y que había hecho aparecer cuatro cruces en las nubes sobre el horizonte de la China. Grabaron las imágenes de esas cruces en sus Cartas edificantes y curiosas; pero si Dios hubiese querido que la China fuera cristiana, ¿se habría contentado con poner cruces en el aire? ¿No las hubiera puesto en el corazón de los chinos?

LISTA RAZONADA

DE LOS HIJOS DE LUIS XIV.

DE LOS PRINCIPES DE LA CASA DE FRANCO

DE SU TIEMPO,

DE LOS SOBERANOS CONTEMPORÁNEOS,

DE LOS MARISCALES DE FRANCIA, DE LOS MINISTROS,

DE LA MAYOR PARTE DE LOS ESCRITORES Y DE LOS ARTISTAS QUE

FLORECIERON EN ESE SIGLO.

Luis XIV sólo tuvo una esposa, María Teresa de Austria, nacida, como él, en 1638, hija única de Felipe IV, rey de España, de su primer matrimonio con Isabel de Francia, y hermana de Carlos II y de Margarita Teresa, hijos del segundo matrimonio de Felipe IV con María Ana de Austria. Ese segundo matrimonio de Felipe IV es muy notable. María Ana de Austria era su sobrina, y había sido novia de Felipe Baltasar, infante de España, en 1648; de manera, pues, que Felipe IV se casó, a la vez, con su sobrina y con la novia de su hijo.

Las nupcias de Luis XIV se celebraron el 9 de junio de 1660. María Teresa murió en 1683. Los historiadores se han fatigado por decir algo de ella. Se ha dicho que, habiéndole preguntado una religiosa si no había tratado de agradar a los jóvenes de la corte del rey su padre, ella contestó: “No, no había reyes.” No dan el nombre de esa religiosa, que habría sido más que indiscreta. Las infantas no podían hablar a ningún joven de la corte; y cuando Carlos I, rey de Inglaterra, siendo príncipe de Gales, fue a Madrid para casarse con la hija de Felipe III, ni siquiera pudo hablarle. Esas palabras de María Teresa hacen suponer, por otra parte, que, si hubiese habido reyes en la corte de su padre, hubiera tratado de hacerse amar por ellos. Tal respuesta hubiera convenido a la hermana de Alejandro, pero no a la modesta sencillez de María Teresa. La mayor parte de los historiadores se complacen en hacer decir a los príncipes lo que no han dicho ni debido decir.

El único hijo de este matrimonio de Luis XIV que vivió fue Luis el Delfín, llamado Monseñor, nacido el 1 de noviembre de 1661, muerto el 14 de abril de 1711. Mucho tiempo antes de la muerte de este príncipe, era muy común oír este proverbio: “Hijo de rey, padre de rey, jamás rey.” Los acontecimientos parecen estimular la credulidad de quienes tienen fe en las predicciones; pero esa frase era simplemente la repetición de lo

que se dijo del padre de Felipe de Valois, y estaba fundada, además, en la salud de Luis XIV, más robusta que la de su hijo.

En honor a la verdad, hay que decir que no debe prestarse ninguna atención a los libros escandalosos escritos sobre la vida privada de este príncipe.

Las Memorias de madame de Maintenon, compiladas por La Beaumelle, están llenas de esas ridículas anécdotas. Una de las más extravagantes es la de que Monseñor estuvo enamorado de su hermana y que se casó con mademoiselle Choin. Estas necedades deben ser refutadas, puesto que se han impreso.

Se casó con María Ana Cristina Victoria de Baviera, el 8 de marzo de 1680, muerta el 20 de abril de 1690. Tuvo de su matrimonio a:

1º Luis, duque de Borgoña, nacido el 6 de agosto de 1682, muerto el 18 de febrero de 1712, de un sarampión epidémico; el cual tuvo de María Adelaida de Saboya, hija del primer rey de Cerdeña, muerta el 12 de febrero de 1712, a Luis, duque de Bretaña, nacido en 1705, muerto en 1712;

Y a Luis XV, nacido el 15 de febrero de 1710.

La muerte prematura del duque de Borgoña causó pesar a Francia y a Europa. Era muy instruido, justo, pacífico, enemigo de la vanagloria, digno discípulo del duque de Beauvilliers y del célebre Fenelon.

Han sido escritos, para vergüenza del espíritu humano, cien volúmenes contra Luis XIV, su hijo Monseñor, su sobrino el duque de Orléans, y ni uno siquiera que haga conocer las virtudes de ese príncipe, que hubiera merecido la celebridad, aunque no hubiera sido más que un particular.

2º FELIPE, duque de Anjou, rey de España, nacido el 19 de diciembre de 1683, muerto el 9 de julio de 1746;

3º CARLOS, duque de Berry, nacido el 31 de agosto de 1686, muerto el 4 de mayo de 1714.

Luis XIV tuvo también dos hijos y tres hijas, muertos jóvenes.

HIJOS NATURALES Y LEGITIMADOS

Luis XIV tuvo de la duquesa de La Vallière, que ingresó a la orden de las carmelitas el 2 de junio de 1674, profesó el 4 de junio de 1675, y murió el 6 de junio de 1710, a la edad de sesenta y cinco años, a:

LUIS DE BORBÓN, nacido el 27 de diciembre de 1663, muerto el 15 de julio de 1666:

Luis DE BORBON, conde de Vermandois, nacido el 2 de octubre de 1667, muerto en 1683;

MARÍA-ANA, llamada mademoiselle de Blois, nacida en 1666, casada con Luis Armando, príncipe de Conti, y muerta en 1739.

OTROS HIJOS NATURALES Y LEGITIMADOS

De Françoise-Athénais de Rochechouart Mortemar, esposa de Henri-Louis de Pardailan de Gondrin, marqués de Montespan. (Como nacieron todos en vida del marqués de Montespan, el nombre de la madre no se encuentra en las actas relativas a su nacimiento y a su legitimación.)

LUIS-AUGUSTO DE BORBÓN, duque de Maine, nacido el 31 de marzo de 1670, muerto en 1736;

LUIS CÉSAR, conde de Vexin, abate de Saint-Denis y de Saint-Germain-desPrès, nacido en 1672, muerto en 1683;

LUIS ALEJANDRO DE BORBÓN, conde de Toulouse, nacido el 6 de junio de 1678, muerto en 1737

LUISA FRANCISCA DE BORBÓN, llamada mademoiselle de Nantes, nacida en 1673, casada con Luis III, duque de Borbón-Condé, muerta en 1743;

LUISA MARÍA DE BORBÓN, llamada mademoiselle de Tours, muerta en 1681;

FRANCISCA MARÍA DE BORBÓN, llamada mademoiselle de Blois, nacida en 1677, casada con Felipe II, duque de Orléans, regente de Francia, muerta en 1749.

Otros dos hijos, muertos jóvenes, uno de los cuales era de mademoiselle de Fontanges.

Luis, Delfín, dejó una hija natural. Después de la muerte de su padre quisieron hacerla religiosa; pero enterada la duquesa de Borgoña de que esa vocación era forzada, se opuso a ello, le dió una dote y la casó.

PRÍNCIPES Y PRINCESAS DE SANGRE REAL

JUAN BAUTISTA GASTÓN, duque de Orléans, segundo hijo de Enrique IV y de María de Médicis, nacido en Fontainebleau en 1608, casi siempre infortunado, odiado por su hermano, perseguido por el cardenal de Richelieu, participó en todas las intrigas y abandonó con frecuencia a sus amigos. Por su culpa murieron el duque de

Montmorency, Cinq-Mars, y el virtuoso de Thou. Celoso de su categoría y de la etiqueta, un día hizo cambiar de lugar a todas las personas de la corte que asistían a una fiesta que daba, y al tomar de la mano al duque de Montbazon para hacerle bajar de una grada, éste le dijo: “Soy el primero de vuestros amigos al que habéis ayudado a descender del cadalso.” Desempeñó un papel importante, pero triste, durante la regencia, y murió relegado en Blois, en 1660.

ISABEL, hija de Enrique IV, nacida en 1602, esposa de Felipe IV, muy desdichada en España, donde vivió sin consideración y sin consuelo. Muerta en 1644.

CRISTINA, segunda hija de Enrique IV, mujer de Víctor Amadeo, duque de Saboya. Su vida fue una continua borrasca, tanto en la corte como en sus asuntos. Se le disputó la tutela de su hijo, se atacó su poder y su reputación. Murió en 1663.

ENRIQUETA MARÍA, esposa de Carlos I, rey de Gran Bretaña, la princesa más desgraciada de esta casa; tenía casi todas las cualidades de su padre. Murió en 1669.

Mademoiselle de MONTPENSIER, llamada la Grande Mademoiselle, hija de Gastón y de María de Borbón-Montpensier, cuyas Memorias tenemos, y de quien se habla mucho en esta historia. Murió en 1693.

MARGARITA LUISA, mujer de Cosme de Medicis, que abandonó a su marido y se retiró a Francia.

FRANCISCA MAGDALENA, mujer de Carlos Manuel, duque de Saboya.

FELIPE, Monsieur, hermano único de Luis XIV, muerto en junio de 1701. Se casó con Enriqueta, hija de Carlos I, rey de Inglaterra, nieta de Enrique el Grande, princesa querida en Francia por su espíritu y por sus gracias, muerta en la flor de la edad en 1670. Tuvo con esta princesa a María Luisa, casada con Carlos II, rey de España, en 1679, muerta a los veintisiete años, en 1689; y a Ana María, casada con Víctor Amadeo, duque de Saboya, después rey de Cerdeña. Por este casamiento, en la mayor parte de las memorias sobre la Guerra de Sucesión, llaman al duque de Orléans, tío de Felipe V.

Con él comienza la nueva casa de Orléans. Tuvo de la hija del elector palatino, muerta en 1722, a:

FELIPE DE ORLÉANS, regente de Francia, célebre por su valor, por su espíritu y por sus placeres; nacido para la sociedad mucho más que para los asuntos de Estado, y uno de los hombres más amables que hayan existido jamás. Su hermana fué la última duquesa de Lorena. Muerto en 1723.

LA RAMA DE CONDÉ.

La rama de Condé fué brillantísima.

ENRIQUE, príncipe de CONDÉ, segundo de este nombre, primer príncipe de la sangre, gozó de sólido prestigio durante la regencia, y tuvo reputación de hombre probo, rara en esos tiempos de desorden. Poseyó alrededor de dos millones de renta, según la manera de contar de hoy, y dió en su casa ejemplo de una economía que el cardenal Mazarino hubiera debido imitar en el gobierno del Estado, pero que era demasiado difícil de igualar. Su mayor gloria fue la de ser padre del gran Condé. Muerto en 1646.

EL GRAN CONDÉ, Luis II de este nombre, hijo del anterior y de Carlota Margarita de Montmorency, sobrino del ilustre e infortunado duque de Montmorency, decapitado en Toulouse, reunió en su persona todo lo que había caracterizado durante tantos siglos a esas dos casas de héroes. Nació el 8 de septiembre de 1621. Falleció el 1 de diciembre de 1686.

Tuvo de Clemencia de Maille de Brézé, sobrina del cardenal de Richelieu, a:

ENRIQUE JULIO, llamado comúnmente el Señor Príncipe, muerto en 1709. Enrique Julio tuvo de Ana de Baviera, palatina del Rin, a:

Luis DE BORBÓN, llamado el Señor Duque, padre del que fué primer ministro durante el reinado de Luis XV. Muerto en 1710.

RAMA DE CONTI

El primer príncipe de CONTI, ARMANDO DE BORBÓN, era hermano del gran Condé; desempeñó un papel en La Fronda. Murió en 1666.

Dejó de Ana Martinozzi, sobrina del cardenal Mazarino, a:

Luis, muerto en 1685, sin dejar hijos de su mujer María Ana, hija de Luis XIV, y de la duquesa de La Vallière;

Y a FRANCISCO Luis, príncipe de la Roche-sur-Yon, después de Conti, quien fué elegido rey de Polonia en 1697; príncipe cuya memoria fué durante mucho tiempo cara a Francia, parecido al gran Condé por el espíritu y el valor, y animado constantemente del deseo de agradar, cualidad que a veces faltó al gran Conde. Muerto en 1709.

Tuvo de su prima ADELAIDA de Borbón, a:

LUIS ARMANDO, nacido en 1695, que sobrevivió a Luis XIV.

RAMA DE BORBÓN-SOISSONS

De esta rama sólo existió Luis, conde de Soissons, muerto en la batalla de La Marfée, en 1641.

Todas las demás ramas de la casa de Borbón estaban extinguidas.

A los COURTENAI sólo la voz pública los reconocía como príncipes de la sangre y no tenían su categoría. Descendían de Luis el Gordo, pero habiendo tomado sus antepasados los blasones de la heredera de Courtenai, no tuvieron la precaución de ligarse a la casa real, en un tiempo en que los grandes terratenientes no conocían más prerrogativas que la de los feudos y la de la dignidad de par. Esta rama de la que salieron emperadores de Constantinopla, no pudo dar un príncipe real reconocido. El cardenal Mazarino, para mortificar a la casa de Condé, quiso conceder a los Courtenai la jerarquía y los honores que pedían desde hacía mucho tiempo; pero no encontró en ellos un gran apoyo para ejecutar ese proyecto.

SOBERANOS CONTEMPORANEOS

PAPAS

Barberini, URBANO VIII. Fué él quien dió a los cardenales el título de eminencia. Disolvió la orden de los jesuítas: todavía no era tiempo de disolver a los jesuitas. Nos dejó una voluminosa colección de versos latinos. Hay que confesar que Ariosto y el Tasso lo hicieron mejor. Murió en 1644.

Pánfilo, INOCENCIO X, conocido por haber expulsado de Roma a los dos sobrinos de Urbano VII, a los cuales debía todo; por haber condenado las cinco proposiciones de Jansenio sin haberse molestado en leer el libro, y por haber sido gobernado por la dona Olimpia, su cuñada, que vendió durante su pontificado todo lo vendible. Muerto en 1655.

Chigi, ALEJANDRO VII. Fué el que pidió perdón a Luis XIV enviándole un legado a latere. Era peor poeta que Urbano VIII. Alabado durante mucho tiempo por no haber practicado el nepotismo, terminó por ponerlo en el trono. Muerto en 1667.

Rospigliosi, CLEMENTE IX, amigo de las letras sin hacer versos, pacífico, económico y liberal, padre del pueblo. Deseaba ardientemente dos cosas que no alcanzó: impedir a los turcos tomar Candía y poner paz en la Iglesia de Francia. Falleció en 1669.

Altieri, CLEMENTE X, hombre honrado y pacífico, como su predecesor, pero que fué gobernado. Murió en 1676.

Odescalchi, INOCENCIO XI, altivo enemigo de Luis XIV, que olvidó los intereses de la Iglesia en favor de la Liga formada contra este monarca. Se habla mucho de él en esta historia. Muerto en 1689.

Ottoboni, veneciano, ALEJANDRO VIII. Ninguno socorrió como él a los pobres ni enriqueció más a sus parientes. Murió en 1691.

Pignatelli, INOCENCIO XII. Condenó al ilustre Fenelon; por otra parte, fué querido y estimado. Falleció en 1700.

Albani, CLEMENTE XI. Su bula contra Quesnel, que consta de una sola hoja, es mucho más conocida que sus obras en seis volúmenes en folio. Muerto en 1721.

CASA OTOMANA

IBRAHIM. De él dice Racine con toda razón:

*L'imbécille Ibrahim, sans craindre sa naissance,
Traîne, exempt de péril, une éternelle enfance.
Bajazet, acto I, ese. I.*

Fue sacado de su prisión para reinar después de la muerte de su hermano Amurat. Imbécil como era, los turcos conquistaron la isla de Candia durante su reinado. Estrangulado en 1649.

MAHOMA IV, hijo de Ibrahim, depuesto y muerto en 1687

SOLIMÁN III, hijo de Ibrahim y hermano de Mahoma IV, después de obtener diversas victorias en sus guerras contra Alemania, muere de muerte natural en 1691.

ACMET II, hermano del anterior, poeta y músico. Su ejército fué derrotado en Salenkemen por el príncipe Luis de Baden. Murió en 1695.

MUSTAFÁ II, hijo de Mahoma IV, vencedor en Temesvar, vencido por el príncipe Eugenio en la batalla de Zenta, sobre el Theiss, en septiembre de 1697, depuesto en Andrinópolis, y muerto en el serrallo de Constantinopla, en 1703

ACMET III, hermano del anterior, vencido también por el príncipe Eugenio en Peterwardein y en Belgrado. Depuesto en 1730

EMPERADORES DE ALEMANIA

Aquí no se dirá nada, porque se habla mucho de ellos a lo largo de esta historia, lo mismo que de los de España.

FERNANDO III. Muerto en 1657.

LEOPOLDO I. Muerto en 1705.

JOSÉ I. Muerto en 1711.

CARLOS VI. Muerto en 1640.

REYES DE ESPAÑA

FELIPE IV. Muerto en 1665.

CARLOS II. Muerto en 1700.

FELIPE V. Muerto en 1746.

REYES DE PORTUGAL

JUAN IV, duque de Braganza, llamado el Afortunado. Su mujer Luisa de Guzmán, lo hizo rey de Portugal. Murió en 1656.

ALFONSO VI, hijo del anterior. Si Juan fué rey por el valor de su mujer, Alfonso fue destronado por la suya en 1667; fué confinado en la isla de Terceira, donde murió en 1683

DON PEDRO, hermano del anterior, le arrebató la corona y la mujer; y para casarse legítimamente lo hizo declarar impotente, pervertido y todo como era. Murió en 1706.

JUAN V. Muerto en 1750.

REYES DE INGLATERRA, DE ESCOCIA Y DE IRLANDA

De los que se habla en este libro.

CARLOS I, muerto, después de ser juzgado, en el cadalso, en 1649.

CROMWELL (Oliverio), protector el 22 de diciembre de 1653, más poderoso que un rey. Muerto el 13 de septiembre de 1658.

CROMWELL (Ricardo), protector inmediatamente después de la muerte de su padre, depuesto pacíficamente en el mes de junio de 1659. Muerto en 1712.

CARLOS II. Muerto en 1685.

JACOBO II, destronado en 1688. Muerto en 1701.

GUILLERMO III. Muerto en 1702.

ANA ESTUARDO. Muerta en 1714.

JORGE I. Muerto en 1727.

REYES DE DINAMARCA

CRISTIÁN IV. Muerto en 1648.

FEDERICO III, reconocido en 1661 por el clero y los burgueses, como soberano absoluto, superior a las leyes, pudiendo hacerlas, abrogarlas o desentenderse de ellas a voluntad. La nobleza se vió obligada a conformarse a los votos de los otros dos órdenes del Estado. Gracias a esa extraña ley, los reyes de Dinamarca han sido los únicos príncipes absolutos de derecho; y es aún más extraño que ese rey y sus sucesores hayan abusado de ella muy rara vez. Falleció el 9 de febrero de 1670.

CRISTIÁN V. Muerto en 1699.

FEDERICO IV. Muerto en 1730.

REYES DE SUECIA

CRISTINA. Se habla mucho de ella en El siglo de Luis XIV. Abdicó en 1654. Murió en Roma en 1689.

CARLOS X, conocido más comúnmente con el nombre de Carlos Gustavo; pertenecía a la casa palatina y era sobrino de Gustavo Adolfo por vía materna. Quiso establecer en Suecia el poder absoluto. Muerto en 1660.

CARLOS XI, que estableció ese poder. Murió en 1697.

CARLOS XII, que abusó de él, gracias a lo cual el reino obtuvo la libertad. Muerto en 1718.

REYES DE POLONIA

LADISLAO SEGISMUNDO, vencedor de los turcos. Fué quien envió en 1675 una magnífica embajada para casarse por procurador con la princesa María de Gonzaga de Nevers. Las personas, los trajes, los caballos, las carrozas de los embajadores polacos eclipsaron el esplendor de la corte de Francia, a la cual Luis XIV no le había dado todavía el brillo que eclipsó después a todas las demás cortes del mundo. Muerto en 1648.

JUAN CASIMIRO, hermano del anterior; jesuita, más tarde cardenal, después rey, se casó con la viuda de su hermano, se cansó de Polonia, la dejó en 1670, se retiró a París, fué abate de Saint-Germain-des-Prés, vivió mucho tiempo con Ninón. Muerto en 1672.

MIGUEL VIESNOVIEKI, electo en 1670. Dejó que los turcos tomaran Kaminieck, la única ciudad fortificada y clave del reino, y se resignó a ser su tributario. Muerto en 1673.

JUAN SOBIESKI, electo en 1674, vencedor de los turcos y libertador de Viena. Su vida ha sido escrita por el abate Coyer, hombre de ingenio y filósofo. Se casó con una francesa, lo mismo que Ladislao y Casimiro: era mademoiselle de Arquien. Muerto en 1696.

AUGUSTO I, elector de Sajonia, elegido en 1697 por una parte de la nobleza, mientras el príncipe de Conti era elegido por la otra. No tardó en ser rey único; destronado por Carlos XII, repuesto por el zar Pedro I. Muerto en 1765.

ESTANISLAO, puesto en el trono, por el contrario, por Carlos XII, y destronado por Pedro I. Muerto en 1765.

REYES DE PRUSIA

FEDERICO, primer rey. Muerto el 25 de febrero de 1713.

FEDERICO GUILLERMO, el primero que tuvo un gran ejército y que lo disciplinó, padre de Federico el Grande, que fué el primero que venció con ese ejército. Muerto en 1740.

ZARES DE RUSIA

ESTANISLAO, hijo de Philarete, arzobispo de Rostov, elegido en 1613, a la edad de quince años. En su tiempo, los zares se casaban sólo con sus súbditas; hacían venir a su corte cierto número de jóvenes, y elegían. Son las antiguas costumbres asiáticas. Por eso, Miguel desposó la hija de un pobre gentilhomme que cultivaba personalmente sus campos. Muerto en julio de 1645.

ALEJO, hijo de Miguel, que combatió a los turcos con éxito. Muerto en febrero de 1676.

FEDOR, hijo de Alejo, que quiso civilizar a los rusos, obra que le estaba reservada a Pedro el Grande. Murió en 1682.

IVÁN, hermano de Fedor, mayor que Pedro, inepto para el trono. Murió en 1696.

PEDRO EL GRANDE, verdadero fundador. Muerto en enero de 1725.

GOBERNADORES DE FLANDES

Habiendo sido casi siempre los Países Bajos teatro de la guerra durante el reinado de Luis XIV, nos parece conveniente dar la serie de gobernadores de esta provincia, que no vió a ninguno de sus reyes desde Felipe II.

El marqués FRANCISCO DE MELO DE ASUMAR, el mismo que fué derrotado por el gran Condé. Destituido en 1644.

El gran comendador CASTEL RODRIGO, muerto en 1647.

LEOPOLDO GUILLERMO, archiduque de Austria, aunque llevaba el título de archiduque no poseía nada en Austria; hermano de Fernando III. Fué quien envió un

diputado al Parlamento de París para que se unieran a él contra el cardenal Mazarino. Muerto en 1656.

DON JUAN DE AUSTRIA, hijo natural de Felipe IV, célebre enemigo del primer ministro de España, el jesuita Nitard, como el príncipe de Condé lo fue del cardenal Mazarino, pero más afortunado que el príncipe de Condé, pues logró la expulsión definitiva de Nitard. Fué derrotado por Turena en la batalla de las Dunas. Muerto en 1619.

El marqués de CARACÈNE. Muerto en 1664.

El marqués de CASTEL RODRIGO, que sostuvo mal la guerra contra Luis XIV, y que no podía sostenerla bien. Murió en 1668.

FERNÁNDEZ DE VELASCO, condestable de Castilla. Muerto en 1669.

El conde de MONTERREY, que ayudó bajo mano a los holandeses contra Luis XIV. Muerto en 1675.

El duque de VILLA HERMOSA, el hombre más generoso de su tiempo. Muerto en 1678.

ALEJANDRO FARNESIO, segundo hijo del duque de Parma. Era difícil estar a la altura de este nombre de Alejandro. Destituido en 1682. El marqués de GRANA. Muerto en 1685.

El marqués de CASTANAGA. Murió en 1692.

MAXIMILIANO MANUEL, elector de Baviera, fué gobernador de los Países Bajos después de la batalla de Hochstelt, y conservó este título hasta la paz de Utrecht en 1714. Murió el mismo año.

El príncipe EUGENIO, vicario general de los Países Bajos. Nunca residió allí. Murió en 1736.

***MARISCALES, ALMIRANTES, GENERALES DE GALERAS,
MINISTROS, CANCELLERES, SUPERINTENDENTES,
Y SECRETARIOS DE ESTADO DE FRANCIA***

MARISCALES DE FRANCIA

ALBRET (César Phébus de), de la casa de los reyes de Navarra, mariscal de Francia en 1653. No tuvo reparo en casarse con la hija de Guenegaud, tesorero del ahorro, que era una dama de gran mérito. Saint-Evremond la ha celebrado. Fué amante de madame de Maintenon y de la famosa Ninon; querido en sociedad, estimado en la guerra. Muerto en 1676.

ALEGRE (Ives de), aunque sirvió cerca de sesenta años durante el reinado de Luis XIV, no fué mariscal hasta 1724. Murió en 1733.

ASFELD (Claude François Bidal de), adquirió gran reputación en el ataque y defensa de las plazas. Desempeñó un papel muy importante en la batalla de Almanza: mariscal en 1734. Murió en 1743.

AUMONT (Antoine de), nieto del célebre Jean, mariscal de Aumont, uno de los grandes capitanes de Enrique IV. Antoine puso mucho de su parte para ganar la batalla de Réthel en 1650. Obtuvo el bastón de mariscal como recompensa y muno en 1669.

BALINCOURT (Claude Guillaume Testu, marqués de), mariscal en 1746.

BARWICK, o más bien BERWICK (Jacques Fitz-James, duque de), hijo natural del rey de Inglaterra, Jacobo II, y de una hermana del duque de Marlborough. Su padre lo hizo duque de Barwick en Inglaterra. Fué también duque en España. Lo fue en Francia. Mariscal en 1706; muerto en el sitio de Filisburgo en 1734. Dejó Memorias publicadas en 1778 por el abate Hook en las que se encuentran anécdotas curiosas y detalles instructivos sobre sus campañas.

BASSOMPIERRE (François de), nacido en abril de 1579, coronel general de los Suizos, mariscal en 1622; preso en la Bastilla desde 1631 hasta la muerte del cardenal de Richelieu. Escribió allí sus Memorias, en las que relata las intrigas de corte y sus galanterías. César, en sus Memorias, no habla de sus éxitos... Casi nadie sabe que hizo revestir de piedra, a sus expensas, el foso de Cours-la Reine, que se acaba de rellenar. Muerto en 1646.

BELLEFONDS (Bernardin Gigault, marqués de), mariscal en 1668; ganó una batalla en Cataluña, en 1684. Muerto en 1694.

BELLE-ÎLE (Charles-Louis-Auguste Fouquet, conde de), nieto del superintendente, distinguido en las guerras de 1701; duque y par, príncipe del Imperio, mariscal en 1741. Hizo con su hermano (Louis-Charles-Armand) todo el plan de la guerra contra la reina de Hungría, donde mataron a su hermano. Murió siendo ministro y secretario de Estado encargado del despacho de guerra en 1761.

BEZONS (Jacques Bazin de), mariscal en 1709. Muerto en 1733.

BIRON (Armand-Charles de Gontaut, duque de), que restauró el ducado de su casa. Aunque sirvió en todas las guerras de Luis XIV, y perdió un brazo en el sitio de Landao, no fue mariscal hasta 1734

BOUFFLERS (Louis-François, duque de), uno de los mejores oficiales de Luis XIV; mariscal en 1693. Muerto en 1711.

BOURG (Éléonor-Marie Du Maine, conde Du), ganó un combate importante durante el reinado de Luis XIV, y no fue mariscal hasta 1725. Murió el mismo año.

BRANCAS (Henri de), sirvió mucho tiempo durante el gobierno de Luis XIV, fue mariscal en 1734.

BRIZE (Urbain de Maillé, marqués de), cuñado del cardenal de Richelieu, mariscal en 1632, virrey de Cataluña. Muerto en 1650.

BROGLIO (Victor-Maurice, conde de), sirvió en todas las guerras de Luis XIV, mariscal en 1724. Murió en 1727.

BROGLIO (François-Marie, duque de), hijo del anterior. Uno de los mejores tenientes generales de las guerras de Luis XIV, mariscal en 1734, padre de otro mariscal de Broglio que heredó las dotes de sus antepasados.

CASTELNAU (Jacques de Castelnau-Mauvissière, marqués de), mariscal en 1658, herido de muerte, el mismo año, en el sitio de Calais.

CATINAT (Nicolas), mariscal en 1693. Unió la filosofía a la aptitud para la guerra. El último día que mandó en Italia, dió por santo y seña Paris y Saint-Gratien que era el nombre de su casa de campo. Murió como un sabio, después de haber rehusado el cordón bleu, en 1712.

CHAMILLY (Noël Bouton, marqués de), estuvo en el sitio de Candía; mariscal en 1703, se hizo célebre por la defensa de Grave en 1675; el sitio de esta pequeña plaza duró cuatro meses y costó dieciséis mil hombres al ejército de los aliados. Las personas del oficio consideran todavía a esa defensa como un modelo. Muerto en 1715.

CHATEAU-RECNAUD (François-Louis Rousselet, conde de), vicealmirante de Francia, sirvió tan bien en tierra como en el mar, limpió el mar de piratas, combatió a los ingleses en la bahía de Bantri, bombardeó Argel en 1688, dio seguridad a las islas de América. Mariscal en 1703. Murió en 1716.

CHAULNES (Honoré de Albert, duque de), mariscal en 1620. Murió en 1649.

CHOISEUL (César, conde de Plessis-Praslin, duque de), mariscal en 1645. Fué quien tuvo la gloria de derrotar al vizconde de Turena en Rethel, en 1650. Muerto en 1675.

CHOISEUL-FRANCIÈRES (Claude, conde de), tercer mariscal de Francia de este nombre, en 1693. Murió en 1711.

CLÉREMBAULT (Philippe de), conde de Palluau, mariscal en 1653. Murió en 1665.

CLERMONT-TONNERRE (Gaspard, marqués de), sirvió en la guerra de 1701, mariscal en 1747.

COIGNY (François de Franquetot, duque de), fué durante mucho tiempo oficial general bajo el reinado de Luis XIV, mariscal en 1734, ganó dos batallas en Italia.

COLIGNY (Gaspard de), nieto del almirante; mariscal en 1622; mandó el ejército de Luis XIII contra las tropas rebeldes del conde de Soissons, muerto en La Marfée. Falleció en 1646.

CRÉQUI (François de Bonne de), mariscal en 1668. Murió con la reputación de ser el hombre que debía reemplazar al vizconde de Turena, en 1687. Era de la casa Blanchefort.

DURAS (Jacques-Henri de Durfort, duque de), sobrino del vizconde de Turena, fue mariscal en 1675, inmediatamente después de la muerte de su tío. Murió en 1704.

DURAS (Jean Baptiste de Durfort, duque de), mariscal de campo durante el reinado de Luis XIV; mariscal de Francia en 1741; hijo de Jacques-Henri, y padre del mariscal de Duras que vive todavía.

ESTAMPES (Jacques de La Ferté-Imhault d'), mariscal en 1651. Muerto en 1668.

ESTRÉES (François-Annibal, duque d'), mariscal en 1626. A la edad de noventa y tres años, cosa singular, se volvió a casar con mademoiselle de Manicomp, quien tuvo un falso alumbramiento. Murió de más de cien años, en 1670.

ESTRÉES (Jean, conde d'), vicealmirante en 1670, y mariscal en 1681. Muerto en 1707.

ESTRÉES (Victor-Marie, duque d'), hijo de Jean d'Estrees; vicealmirante de Francia, como su padre, antes de ser mariscal. Debe hacerse notar que en calidad de vicealmirante de Francia mandó las flotas francesa y española en 1701, mariscal en 1703. Muerto en 1737.

FABERT (Abraham), mariscal en 1658. Se han empeñado en atribuir su fortuna y su muerte a causas sobrenaturales. Lo único extraordinario de él fué que hizo su fortuna por su solo merito, y que rehusó el cordón de la orden, aunque se le dispensaran las pruebas. Se dice que habiéndole propuesto el cardenal Mazarino actuar como espía en el

ejército, le respondió; “Tal vez un ministro necesite hombres honrados y bribones. Yo no puedo ser sino del número de los primeros.” Murió en 1662.

FARE (Philippe-Charles de La), hijo del marqués de La Fare, célebre por sus agradables poesías; oficial en la guerra de 1701, mariscal en 1746.

FERTÉ SENNECTERRE (Henri, duque de La), lo hicieron mariscal de campo sobre la brecha de Hesdin; mandó el ala izquierda en la batalla de Rocroi; mariscal en 1651. Murió en 1681.

FEUILLADE (François de Aubusson, duque de La), mariscal en 1675. Fué el que, por agradecimiento, hizo levantar la estatua de Luis XIV en la plaza de las Victorias. Murió en 1691. Su hijo no fue mariscal hasta mucho tiempo después, en 1725.

FORCE (Jacques Nompar de Caumont, duque de La), mariscal en 1622. Escapó a la matanza de la noche de San Bartolomé y relató este suceso en Memorias conservadas en su casa. Murió en 1652 a los noventa y siete años.

FOUCAULT (Louis), conde de Daugnon, mariscal en 1653. Murió en 1659.

GASSION (Jean de), discípulo del gran Gustavo, mariscal en 1643. Era calvinista. No quiso casarse jamás, pues decía que estimaba demasiado poco la vida para compartirla con alguien. Muerto en el sitio de Lens,

GRAMMONT (Antoine de), mariscal en 1641. Muerto en 1678.

GRAMMONT (Antoine de), nieto del anterior, mariscal en 1724, paare ciel duque de Grammont, muerto en la batalla de Fontenoy Falleció en 1725.

GRANCEI (Jacques Rouxel, conde de Médavi y de), mariscal en 1651. Muerto en 1680.

GRANCEI (Jacques-onor Rouxel, conde de Médavi y de), fue mariscal en 1724, aunque había ganado una batalla completa en 1706. Muerto en 1725.

GUÉÉRIANT (Jean-Baptiste Budes, conde de), mariscal en 1642, uno de los grandes hombres de guerra de su tiempo. Muerto en 1643, en el sitio de Rothweil, enterrado con pompa en Notre Dame.

HARCOURT (Henri, duque d'). Puede decirse que fue él quien puso fin a la antigua enemistad de franceses v españoles, cuando era embajador en Madrid. Su habilidad y su arte de agradar dispusieron tan favorablemente a la corte de España, que Carlos II no tuvo reparos para designar heredero a un nieto de Luis XIV. Debía mandar en lugar del mariscal de Villars el año de la excelente campaña de Denain; pero le hubiera sido difícil hacerlo mejor. Mariscal en 1703. Muerto en 1718. Su hijo fué mariscal después, en 1746.

HOCQUINCOURT (Charles de Monchi), mariscal en 1651. Lo mataron sirviendo a los enemigos frente a Dunkerque, en 1658.

HOSPITAL-VITRY (Nicolas de L'), capitán de los guardias de Luis XIII; mariscal en 1617, por haber dado muerte al mariscal de Ancre; pero se mereció también esa dignidad con buenas acciones. Lo contamos entre los mariscales de este siglo porque murió durante el reinado de Luis XIV, en 1644.

HUMIÈRES (Louis de Crevant, duque d'), mariscal en 1668. Muerto en 1694.

ISENGHIEN (d'), de la casa de Gante, oficial durante el reinado de Luis XIV, mariscal en 1741.

JOYEUSE (Jean-Armand de), mariscal de Francia en 1693. Muerto en 1710.

LORGES (Gui-Aldonce de Durfort, duque de), sobrino del vizconde de Turenne; mariscal en 1676. Muerto en 1702.

LUXEMBOURG (François-Henri de Montmorency, duque de), discípulo del gran Conde; mariscal en 1675. Ha habido siete mariscales de este apellido, aparte de los condestables; desde el siglo XI casi no ha habido reinado en el que un hombre de esta casa no estuviera al frente del ejército. Muerto en 1695.

LUXEMBOURG (Christian-Louis de Montmorency), nieto del anterior, se destacó en la guerra de 1701. Mariscal en 1747.

MAILLEBOIS (Jean-Baptiste-François Desmarets, marqués de), hijo del ministro de Estado Desmarets, se destacó, en todas las ocasiones, durante la guerra de 1701; lo hicieron mariscal en 1741.

MARSIN o MARCHIN (Ferdinand, conde de), sirvió primero a la casa de Austria y, luego, a la de Francia; mariscal en 1703. Murió en Turín en 1706.

MATIGNON (Charles-Auguste Goyon de Gacé de), mariscal en 1708. Falleció en 1729.

MAULERIER-LANGERON, mariscal en 1745.

MEILLERAYE (Charles de La Porte, duque de La), fué hecho mariscal en 1639, durante el reinado de Luis XIII, que le dió el bastón de mariscal sobre la brecha de la ciudad de Hesdin. Era gran maestro de artillería, y tenía fama de ser el mejor general para los asedios. Muerto en 1664.

MONTESQUIOU D'ARTAGNAN (Pierre de), mariscal en 1709. Muerto en 1725.

MONT-REVEL (Nicolas-Auguste de La Baume, marqués de), mariscal en 1703. Muerto en 1716.

MOTHE-HOUDANCOURT (Philippe de La), mariscal en 1642. Fué encarcelado en el castillo de Pierre-Encise en 1645; y debe hacerse notar que no hay un solo general que

no haya estado preso o desterrado durante los ministerios de Richelieu y Mazarino. Muerto en 1657. Su nieto, fue mariscal en 1747.

NANGIS (Louis Armand de Brichanteau, marqués de), sirvió con distinción a las órdenes del mariscal de Villars en la guerra de 1701. Mariscal en el reinado de Luis XIV Murió en 1742.

NAVAILLES (Philippe de Montault-Benac, duque de), mariscal en 1675, mandó en Candía a las órdenes del duque de Beaufort, y después de él. Murio en 1684.

NOAILLES (Anne-Jules, duque de), mariscal en 1693. Se destacó en España donde ganó la batalla del Ter. Falleció en 1708,

NOAILLES (Adrien Maurice de), hijo del anterior, general del ejército en el Rosellón, en 1706, grande de España en 1711, después de haber tomado Gerona. No fué mariscal de Francia hasta 1734. Se encargó de las finanzas en 1715, y después fue ministro de Estado. Nadie escribió despachos mejor que él. El abate Millot publicó en 1777 unas Memorias sacadas de sus manuscritos; en ellas se encuentran anécdotas curiosas sobre los dos reinados en que vivió. Sus dos hijos³⁴ fueron nombrados mariscales de Francia en 1775 Murió en 1766.

PUYSFCUR (Jacques de Châtenet, marqués de), mariscal en 1734, hijo de Jacques, teniente general durante los reinados de Luis XIII y Luis XIV, que alcanzó mucha consideración y nos dejó sus Memorias. El mariscal escribió sobre la guerra; era un hombre que el ministerio consultaba en todos los asuntos graves.

RANPZAU (Josias, conde de), de una familia oriunda del ducado de Holstein, mariscal en 1645, católico el mismo año, puesto en prisión en 1649, durante los conflictos, puesto en libertad después. Muerto en 1650. Fué herido muchas veces; Bautru decía de él “que sólo le quedaba uno de todo lo que los hombre tienen dos”. Se le hizo un epitafio que terminaba con este verso:

Et Mars ne lui laissa d'entier que le coeur

RICHELIEU (Louis-François-Armand du Plessis duque de), brigadier durante el gobierno de Luis XIV, general de ejército en Génova, mariscal en 1748 les quitó a los ingleses en 1756 la isla de Menorca.

ROCHETORT (Henri-Louis de Aloigni, marqués de), mariscal en 1675. Muerto en 1676.

ROQUELAURE (Antoine-Gastón-Jean-Baptiste, duque de), mariscal en 1720

ROSEN o ROSE (Conrad de), de una antigua casa de Livonia, vino primero a servir como simple caballero en el regimiento de Brinon; pero no tardaron en conocerse su

mérito y su cuna, por lo que fue ascendido de grado en grado. Jacobo II lo hizo general de sus tropas en Irlanda. Mariscal de Francia en 170 Murió a la edad de ochenta y siete años, en 1715.

SAINT-LUC (Timoleón de Épinai, señor de), hijo del valiente Saint-Luc cuyo elogio hace Brantôme; mariscal en 1628. Muerto en 1644.

SCHOMBERG (Frédéric Armand de), discípulo de Frédéric Henri, príncipe de Orange, mariscal en 1675, duque de Mértola en Portugal, gobernador y generalísimo de Prusia, duque y general en Inglaterra. Era protestante celoso, y abandonó Francia cuando fué revocado el edicto de Nantes. Muerto en la batalla de La Boyne, en 1690.

SCHULEMDERG (Jean de), conde de Montdejeu, oriundo de Prusia; mariscal en 1658. Muerto en 1671.

TALLARD (Camille, duque de Hostun, conde de), fué el que concertó los dos tratados de partición. Mariscal en 1703, ministro de Estado en 1726. Muerto en 1728.

TESSÉ (René de Froulai, conde de), mariscal en 1703. Muerto en 1725.

TOURVILLE (Anne-Hilarion de Costentin, conde de), se dió a conocer, siendo caballero de Malta, por sus hazañas contra los turcos y los berberiscos. Vicealmirante en 1690, obtuvo una victoria completa sobre las flotas de Inglaterra y de Holanda, y perdió en 1692 la de La Hogue; derrota que lo hizo más célebre que sus victorias. Mariscal de Francia en 1693. Muerto en 1701.

TURENA (Henri de La Tour d'Auvergne, vizconde de), nacido en 1611, mariscal de Francia en 1644, mariscal general en 1660. Muerto en 1675.

UXELLES (Nicolas Châlons de Blé, marqués d'), mariscal en 1703, presidente del consejo de asuntos extranjeros en 1718. Muerto en 1730.

VAUBAN (Sébastien Le Pêtre, marqués de), mariscal en 1703. Muerto en 1707.

VILLARS (Louis-Claude, duque de), que tomó el nombre de Hector, mariscal en 1702, presidente del consejo de guerra en 1718, representó al condestable en la consagración de Luis XV en 1722. Murió en 1734. Se lo menciona mucho en esta historia, lo mismo que a Turena.

VILLEROI (Nicolás de Neuville, duque de), preceptor de Luis XIV en 1646, mariscal el mismo año. Muerto en 1685.

VILLEROI (François de Neuville, duque de), hijo del anterior; preceptor de Luis XV, mariscal en 1693. Su padre y él fueron jefes del consejo de finanzas, título sin función que les daba entrada al consejo. Murió en 1730.

VIVONNE (Louis-Victor de Rochechouart, duque de Mortemart y de), gonfaloniero de la iglesia; general de las galeras, virrey de Merina, mariscal de Francia en 1675. No se le cuenta como el primer mariscal de la marina, porque sirvió mucho tiempo en tierra.

GRANDES ALMIRANTES DE FRANCIA

Armand DE MAILLÉ, marqués de BRÉZÉ, gran maestro, jefe y superintendente general de navegación y comercio de Francia en 1643. Muerto en el mar de un tiro de cañón, el 14 de junio de 1646.

Ana DE AUSTRIA, reina regente, superintendente de los mares de Francia en 1646; dimitió en 1650.

César, duque DE VENDÔME y de Beaufort, gran maestro y superintendente general de la navegación y del comercio de Francia en 1650.

FRANÇOIS DE VENDÔME, duque de Beaufort, hijo de César, muerto en el combate de Candía, el 25 de junio de 1669.

LUIS DE BORBÓN, conde de VERMANDOIS, legitimado de Francia, almirante en el mes de agosto de 1669, a la edad de dos años. Murió en 1683.

Luis-Alejandro DE BORBÓN, legitimado de Francia, conde de Toulouse, almirante en 1683, y muerto en 1737.

GENERALES DE LAS GALERAS DE FRANCIA

Armand-Jean du Plessis, duque de RICHELIEU, par de Francia; fué general en 1643, en vida de François, su padre, y dimitió el cargo en 1661.

François, marqués de CRÉQUY, le sucedió, y dimitió en 1669, un año después de haber sido nombrado mariscal de Francia.

Louis-Victor de ROCHECHOUART, conde, luego duque de VIVONNE, príncipe de Tonnai-Charente; lo fué en 1669.

Louis de ROCHECHOUART, duque de MORTEMART; lo fue en vida de su padre. Muerto el 3 de abril de 1688.

Luis Augusto de BORBÓN, legitimado de Francia, príncipe de Dombes, duque de Maine y de Aumale; lo fué en 1688 y dimitió en 1694.

Louis-Joseph, duque de VENDÔME; lo fué en 1694. Murió en 1712.

RENÉ, señor de FROULAI, conde de TESSÁ, mariscal de Francia; lo fue en 1712; dimitió en 1716.

Caballero de ORLÁANS; lo fue en 1716. Murió en 1748. Después de él, esta dignidad ha sido unida al almirantazgo.

MINISTRO DE ESTADO

-Giulio MAZARINI, cardenal, primer ministro, de una antigua familia de Sicilia trasladada a Roma, hijo de Pietro Mazarini y de Ortenzia Buffalini, nacido en 1602; empleado primero por el cardenal Sacchetti. Detuvo a los ejércitos francés y español prontos a atacarse cerca de Casal, e hizo concertar la paz de Quérasque, en 1631. Vicelegado en Aviñón y nuncio extraordinario en Francia en 1634. Apaciguó los conflictos de Saboya, en 1640, en calidad de embajador extraordinario del rey. Cardenal en 1641 por recomendación de Luis XIII. Totalmente ligado a Francia desde ese tiempo. Fue admitido en el consejo supremo el 5 de diciembre de 1642, con el título de consejero especial. Se colocó por encima del canciller.

Fue declarado consejero único de la reina regente para los asuntos eclesiásticos, en el testamento de Luis XIII. Padrino de Luis XIV, junto con la princesa de Condé-Montmorency. Desistió, al principio, de la precedencia sobre los príncipes de la sangre, que el cardenal de Richelieu había usurpado; pero precedía a las casas de Vendôme y de Longueville: después del tratado de los Pirineos tomó el paso en tercer lugar sobre el gran Condé. No tuvo lettrespatentes de primer ministro, pero desempeñó sus funciones. Se expidieron para el cardenal Dubois. Felipe de Orléans, príncipe de Francia, se dignó recibir las después de su regencia. El cardenal de Fleury no tuvo nunca ni la patente ni el título. El cardenal Mazarino murió en 1661.

CANCILLERES

Charles de L'AUBÉPINE, marqués de Châteauneuf, durante mucho tiempo empleado en las embajadas. Guardasellos en 1630, puesto en prisión en 1633 en el castillo de Angulema, donde permaneció diez años prisionero. Guardasellos en 1650, dimitió en 1651, vivió y murió entre las borrascas de la corte. Falleció en 1653.

Pierre SÉGUIER, canciller, duque de Villemor, par de Francia; apaciguó las turbulencias de Normandía en 1639, arriesgó su vida en la jornada de las barricadas. Fue fiel en un tiempo en que era un mérito no serlo. No discutió al padre del gran Conde la precedencia en las ceremonias, cuando asistía a ellas con el Parlamento. Hombre equitativo, sabio; que estimaba a los literatos; fue el protector de la Academia francesa

antes de que ese cuerpo libre, compuesto por los primeros señores del reino y por los primeros escritores, se viese en estado de no tener nunca más protector que el rey. Murió a los ochenta y cuatro años, en 1672.

Matthieu MOLE, primer presidente del Parlamento de París en 1641, guardasellos en 1651, magistrado justo e intrépido. No es verdad, como dicen dos nuevos diccionarios, que el pueblo haya querido asesinarlo; lo que sí es cierto es que se impuso siempre a los sediciosos por su valor tranquilo. Murió en 1656.

Etienne D'ALIGRE, canciller en 1674, hijo de otro Étienne, canciller durante el reinado de Luis XIII. Falleció en 1677.

Michel LE TELLIER, canciller en 1677, padre del ilustre marqués de Louvois. Su memoria ha sido honrada en una oración fúnebre del gran Bossuet. Murió en 1685.

Louis BOUCHERAT, canciller en 1685. Su divisa era un gallo bajo un sol, por alusión a la divisa de Luis XIV.

En la leyenda se leía: Sol reperit vigilem: Murió en 1699.

Louis PHÉLYPEAUX, conde de Pontchartrain, descendiente de varios secretarios de Estado, canciller en 1699.

Se retiró a la institución del Oratorio en 1714. Murió en 1727.

Daniel François VOISIN, muerto en 1717, predecesor del célebre d'Agues-seau.

SUPERINTENDENTES DE FINANZAS

Claude LE BOUTHILLIER, primero superintendente con Claude de Bullion, en 1632; luego solo, en 1640. Fué el primero que hizo que los intendentes impusieran las tallas. Retirado en 1643. Murió en 1655.

Nicolas BAILLELL, marqués de Château-Gontier, presidente del parlamento, superintendente de finanzas, en 1643, hasta 1648. Murió en 1652. Más versado en el conocimiento del foro que en el de las finanzas. Tuvo a sus órdenes, como inspector general, a Particelli, de apellido Émeri, conocido por sus depredaciones. Este Émeri era hijo de un campesino de Siena, colocado por el cardenal Mazarino. Decía que los ministros de finanzas habían nacido para que se les maldijera.

Émeri ideó muchas clases de impuestos y nuevos oficios: de jurados medidores y acarreadores de carbón; de vaciadores, cargadores y acarreadores de madera; de primeros empleados de la talla y de puentes y calzadas; del centavo por libra de aumento de salarios; de inspectores de multas y de especias, etc.

El mismo Émeri fué superintendente en 1648; pero algunos meses después lo sacrificaron al odio público desterrándolo.

El mariscal duque de LA MEILLERAYE, superintendente en 1648, durante el destierro de Émeri. Ya se habían visto guerreros en ese cargo. Tenía la probidad del duque de Sully, pero no sus recursos. Llegó en la época más difícil, mientras que el duque de Sully había tenido la superintendencia hasta después de la guerra civil. Tasó a todos los capitalistas y a todos los arrendadores. La mayor parte hicieron bancarrota y ya no se encontró más dinero. Abandonó la superintendencia en 1649 y murió en 1664.

ÉMERI volvió a hacerse cargo de la superintendencia inmediatamente después de la dimisión del mariscal. En ese tiempo, un italiano llamado Tonti, ideó los préstamos en rentas vitalicias, rentas distribuidas en varias clases, y que son pagadas al último sobreviviente de cada clase. Fueron llamadas Tontinas, por el nombre del inventor. Se hicieron por valor de un millón veinticinco mil libras anuales, lo que constituyó una renta prodigiosa para el último sobreviviente; invención que carga al Estado durante un siglo, pero menos gravosa que la de las rentas perpetuas, que lo cargan para siempre. Murió en 1650.

Claude de MESME, conde D'AVAUX, de una antigua casa de Guyena, literato que unía el ingenio y las dotes a la ciencia; plenipotenciario con Servien; querido por todos los negociadores, tanto como Servien era temido. Superintendente en 1650 y muerto el mismo año.

Charles, duque de LA VIEUVILLE, el mismo que el cardenal de Richelieu había hecho expulsar del consejo y encerrar en el castillo de Amboise, en 1624; al escapar del castillo, huyó a Inglaterra; había sido condenado a muerte por contumacia. Lo hicieron duque y par en 1651, y superintendente el mismo año. Murió en 1653.

René de LONGUEIL, marqués de MAISONS, presidente à mortier, superintendente en 1651. Tuvo este cargo sólo un año. Se ha pretendido que edificó en ese año el castillo de Maisons, uno de los más hermosos de Europa, pero en Pcnctnridn un afín anres. Fue el ensayo y la obra maestra de François

Mansart, que era entonces simplemente un joven albañil. Sobre este castillo se cuenta una anécdota singular que varias personas han conocido, como yo, de labios del nieto del superintendente. Su hotel, demolido hoy, formaba un callejón sin salida en la calle de Prouvaires. Un día, al registrar una antigua pequeña bodega, encontró en ella cuarenta mil piezas de oro con el sello de Carlos IX. Con este dinero fué construido el castillo de Maisons. Murió en 1677.

Como se ve, los superintendentes se sucedían rápidamente en esas épocas agitadas.

Abel SERVIEN, después de negociar la paz de Westfalia con el duque de Longueville y el conde de Avaux, de la cual le cupo el principal honor, fué superintendente junto con Nicolas Fouquet; administró las finanzas hasta su muerte, acaecida en 1659. Pero Fouquet se ocupó siempre de lo más importante.

Nicolas FOUQUET, marqués de BELLE-ÎLE, superintendente en 1653, aunque fuera procurador general del Parlamento de París. Se ha impreso por error en las primeras ediciones de El siglo de Luis XIV, que gastó un millón ochocientos mil francos en construir su palacio de Vaux, hoy Villars; es un error de tipografía; gastó en él dieciocho millones de su tiempo, que sumarían cerca de treinta y seis del nuestro.

El cardenal Mazarino, desde su regreso en 1653, se hacía dar por el superintendente veintitrés millones al año para los gastos privados. Compraba a precio ínfimo viejos billetes desvalorizados y se hacía pagar la suma entera. Esto fue lo que perdió a Fouquet. Jamás disipador alguno de los dineros reales fué más noble y más generoso que este superintendente. Jamás hombre alguno que desempeñara un cargo tuvo más amigos personales, y jamás perseguido alguno fué mejor servido en su desgracia. Fué condenado, sin embargo, a destierro perpetuo, por comisarios, en 1664. Murió ignorado en 1680.

Después de su desgracia, se suprimió el cargo de superintendente.

A las órdenes de los intendentes había inspectores generales. El cardenal Mazarino nombro para ese cargo a un extranjero, calvinista de Augsburgo, llamado Bartolomé Hervart, que era su banquero. Este Hervart había, en efecto, prestado grandes servicios a la corona. Fue el quien, al morir el duque Bernard de Saxe-Weimar, entregó su ejército a Francia adelantando todo el dinero necesario, y quien retuvo a ese mismo ejército y a otros regimientos en el servicio del rey cuando el vizconde de Turena lo quiso sublevar, en 1648. Adelantó dos millones quinientas mil libras de la moneda de entonces, para que cumpliera con su deber; dos importantes servicios que prueban que no se es amo sino con dinero.

Cuañdo detuvieron al superintendente Fouquet, le prestó al rey dos millones. Jugaba prodigiosamente, perdió muchas veces cien mil escudos en una sesión. Esta prodigalidad le impidió tener el primer cargo. El rey tuvo, con razón, más confianza en Colbert. Hervart murió siendo simple consejero Estado, en 1676.

Su familia abandonó el reino después de la revocación del edict Nantes, llevándose sus inmensos bienes al extranjero.

SECRETARIOS DE ESTADO

E INSPECTORES GENERALES DE FINANZAS

Henri-Auguste de LOMÁNIE, conde de BRIENNE, ocupó el despacho de negocios extranjeros durante la minoridad de Luis XIV. Su altivez no lo perjudicó porque se fundaba en sentimientos de honor. Nos dejó instructivas Memorias. Murió en 1666.

François SUBLET DES NOYERS, retirado en 1643. Muerto en 1645.

Léoi1 LE BOUTHILLIER DE CHAVIGNY, hijo de Claude Le Bouthillier, ocupó el despacho de guerra. Murió en 1652.

Louis PHÉLYPEAUx, marqués de LA VRILLÏRE, ocupó el despacho de los negocios del reino. Murió en 1681.

Louis PHFLYPEAUX, su hijo, fué admitido en vida de su padre; pero el cargo se le dió a otro de sus hijos, Balthasar Phélypeaux, quien tuvo por sucesor a otro Louis Phélypeaux, hijo suyo. Balthasar Phélypeaux, recibido en vida de su padre, en 1669, entró en funciones en 1676. Murió en 1700. Los tres fueron estimados por sus virtudes y queridos por su dulzura. Este cargo de secretario de Estado fué desempeñado sin interrupción por la familia de los Phélypeaux, durante ciento sesenta y cinco años, desde Paul Phélypeaux, nombrado secretario de Estado en 1610, hasta Louis Phélypeaux, duque de La Vrillière, retirado en 1775.

Henri-Louis de LománIE, conde de BRIENNE, hijo de Henri-Auguste, tuvo la vivacidad de su padre, pero no sus otras cualidades. Fué consejero de Estado desde la edad de dieciséis años, destinado a los asuntos extranjeros, enviado a Alemania para instruirse, llegó hasta Finlandia, y escribió sus viajes en latín. Ejerció el cargo de secretario de Estado de los asuntos extranjeros a los veintitrés años; pero al perder a su mujer, Henriette de Chavigni, se afligió tanto que su espíritu se enajenó, y hubo que alejarlo de la sociedad. El resto de su vida fué muy desgraciado. Se ha hecho trizas su memoria en los últimos Diccionarios históricos; debería mostrarse compasión por su estado y consi=deración por su nombre.

HUGUES, marqués de LIONNE, de una antigua casa del Delfinado, a cargo de los asuntos extranjeros hasta 1670. Hay Memorias suyas. Era un hombre tan laborioso como amable; su hijo había obtenido la herencia de su cargo, pero al morir el padre se le dió al señor De Pomponne. Murió en el año de 1671.

Jean-Baptiste COLBERT ascendió únicamente por su mérito. Llegó a ser intendente del cardenal Mazarino. Conocedor a fondo de todas las ramas del gobierno, y particularmente de las finanzas, se hizo un hombre necesario en la ruina en que el cardenal Mazarino, el superintendente Fouquet, y más aún la desgracia de los tiempos, habían puesto las finanzas. Luis XIV lo hizo trabajar secretamente con el para instruirse. Junto con Le Tellier, tramó la pérdida de Fouquet, entonces secretario de Estado; pero se hizo perdonar ese encarnizamiento por el orden inalterable que puso en las finanzas, y por servicios que no deben olvidarse. Inspector general en 1664, se le puede considerar como fundador del comercio y protector de todas las artes; no descuidó la agricultura, como se dice en tantos libros nuevos. Su genio y su solicitud no podían descuidar esa parte esencial. Tal vez lo único que se le puede re=prochar es que haya cedido al prejuicio contra la libertad del comercio de granos con el extranjero. Murió en 1683.

Jean-Baptiste COLBERT, marqués de SEICNELAI, hijo del anterior, de un espíritu más amplio todavía que el de su padre, mucho más brillante y más culto: secretario de Estado de la marina, a la que convirtió en la más perfecta de Europa. Murió en 1690.

Charles COLBERT DE CROISSY, hermano del gran Colbert; secretario de Estado de los asuntos extranjeros, en 1679, después de varias embajadas gloriosas.

Tuvo el cargo de secretario de Estado de Arnauld de Pomponne; pero lo ponemos aquí para no interrumpir la lista de los Colbert. Murió en 1696.

Jean-Baptiste COLBERT, marqués de TORCY, hijo del anterior, secretario de Estado de los asuntos extranjeros, a la muerte de su padre. Unió la habilidad a la probidad; jamás dio promesas que no cumpliera, fue estimado y respetado por los extranjeros. Murió en 1746.

Simón ARNAULD DE POMPONNE, secretario de Estado de los asuntos extranjeros en 1671, hombre sabio y de mucho espíritu, como casi todos los Arnauld, querido en sociedad; prefirió a veces los atractivos de esa sociedad a los asuntos de Estado, por lo que fué despedido en 1679 y reemplazado por el marqués de Croissy. No fué secretario de Estado toda su vida, como lo dicen los nuevos Diccionarios históricos, pero el rey le conservó el título de ministro de Estado, con derecho a entrar en el consejo, derecho que no usó. Murió en 1699.

Michel LE TELLIER, el canciller, secretario de Estado hasta 1666.

François-Michel LE TELLIER, marqués de Louvois, el más grande ministro de guerra que se viera hasta entonces, secretario de Estado en 1666. Fue más estimado que amado por el rey, por la corte y por el público; gozó, como Colbert, la dicha de tener descendientes que han hecho honor a su casa, y hasta mariscales de Francia; no es verdad que haya muerto repentinamente al salir del consejo, como se dice en tantos libros y diccionarios. Tomaba las aguas de Balaruc, y quería trabajar tomándolas; ese indiscreto ardor por el trabajo causó su muerte en 1691.

Louis-François Marie LE TELLIER, marqués de BARBESIEUX, hijo del marqués de Louvois, secretario de Estado de la guerra después de la muerte de su padre, joven que empezó por preferir los placeres y el fausto al trabajo. Murió a los treinta y tres años, en 1701.

Claude LE PELLETIER, presidente de la cámara de investigaciones, preboste de los comerciantes, hombre de bien, modesto, retraído, trabajó en el código de derecho canónico. Este estudio no parecía designarlo para sucesor del gran Colbert; sin embargo, lo fué en 1683. Le dijeron al rey que no era apto para ese cargo porque no era lo bastante duro: “por eso lo elijo”, contestó Luis XIV. Dejó el ministerio y la corte al cabo de seis años. Toda su familia ha sido famosa, como él, por su integridad. Murió en 1711.

Louis PHÉLYPEAUX, conde de PONTCHARTRAIN, el mismo que fué canciller, empezó por ser primer presidente del parlamento de Bretaña; inspector en 16go, después del retiro del inspector general Le Pelletier; secretario de Estado después de la muerte del marqués de Seignelai, el mismo año de 16go. Fue quien, por consejo del abate Bignon, sometió todas las academias a los secretarios de Estado, excepto la Academia francesa, que sólo podía depender del rey.

Jerome PHÉLYPEAUX, conde de PONCHARTRAIN, hijo del anterior, secretario de Estado en vida de su padre el canciller, excluido por el duque de Orléans a la muerte de Luis XIV.

Michel de CHAMILLART, consejero de Estado, inspector general en 1699, secretario de Estado de la guerra en 1701, hombre moderado y dulce, no pudo llevar esos dos fardos en tiempos difíciles, y no tardó en verse obligado a dejarlos: su hijo, que heredó el cargo del ministerio de la Guerra, dimitió en 1709, al mismo tiempo que él. Murió en 1721.

Daniel-François VOISIN, secretario de Estado de la guerra en 1709, ejerció el ministerio, aunque fue canciller en 1714, hasta la muerte de Luis XIV.

Nicolas DESMARETZ, inspector general en 1708, celoso, laborioso, Inteligente, no pudo reparar los males de la guerra. Dimitió después de la muerte de Luis XIV. Al dejar su cargo, entregó al regente una apología de su administración que se imprimió luego. Habla con franqueza de las operaciones intrínsecamente injustas que se vio obligado a hacer por la desgracia de los tiempos, para prevenir nuevas desgracias e injusticias mayores. Esa memoria prueba que tenía talento, una gran modestia e intenciones rectas. Se la puede considerar como un modelo del estilo sencillo, noble, respetuoso y firme que conviene a un ministro obligado a rendir cuentas de su administración. Fue inmolado al odio público, y sus sucesores lo hicieron lamentar. Murió en 1721.

Freeditorial 